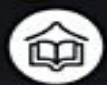


R E C I É N

CAZADOS

ROXANA AGUIRRE



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2019, **Roxana Aguirre**

© 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero

Corrección

Abel Carretero

Ilustraciones de la portada

Asgard Salas Hernández

Diseño de cubierta

Daniela Gresely

Maquetación

Vasco Lopes

Primera edición: Septiembre de 2019

ISBN: 978-84-18013-02-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ROXANA AGUIRRE

RECIÉN CAZADOS



Nova Casa Editorial

Índice

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[EPÍLOGO](#)

[ESCENA EXTRA](#)

CAPÍTULO 1

David

La luz martilla mis pupilas y siento cómo quema mis pestañas. En un intento de abrir los ojos, un maldito dolor se apodera de mis sienes, mi cabeza da vueltas, mi estómago está revuelto. ¿Qué es esta mierda? Siento como algo de mi interior quiere salir y sin pensarlo dos veces corro hasta el baño, mis extremidades y mis brazos duelen, siento que hice una extraña rutina de gym pesada, pero recuerdo que ayer no hice ningún tipo de ejercicio físico. ¡Demonios! Ni siquiera llego hasta el baño, vomito en la puerta hasta la bilis. ¡Qué asco! Apesta, hago una expresión de repulsión al ver mi propio vómito.

De cuclillas, observo mi entrepierna. ¿Por qué estoy desnudo? ¡Maldición! ¿Fui violado? No, no, no. Me sostengo de las paredes tomando lugar en el alfombrado piso muy cerca de la puerta, no recuerdo nada y estoy comenzando a rozar la histeria, que no haya sido un hombre. ¡Nooo! Cuando logro levantarme del suelo después de sacudir mi cabeza y rogarle a un Ser Supremo que espero me escuche luego de esa tremenda borrachera de ayer, pido que no sea un hombre, por favor. Tomo una toalla del baño y la enrolló en mi cintura, me acerco al bulto que hay en la cama debajo de todas esas sábanas, tomo un bastón que no sé qué hace aquí y me percato... ¡Joder! ¡Que no haya sido un viejito! Todo mi interior se revuelve solo pensar que perdí mi virginidad trasera con un viejito, o peor aún, que mi King Kong haya entrado en no sé qué agujero negro y peludo.

Con la punta del bastón toco el bulto repetidas veces y no se mueve, ahora todos mis problemas pasan a segundo plano. ¿Qué tal si el viejito murió? Y luego tendré que ir a testificar y se darán cuenta de que... Yo... Noooo...

Observo mis manos y hay algo rojo en la derecha. ¿Qué es esto? No... ¿De paso maté al viejito? Iré a la cárcel, violado y solo, estoy entrando en pánico, hiperventilando. ¿Qué carajo hago aquí? «David, cálmate», me hablo a mí mismo. Me siento en el suelo intentando recordar qué pasó y con los codos sobre mis rodillas llevo las manos a mi cabeza y hundo los dedos entre el cabello. Seguro lo maté porque me quiso violar, sí, eso debe de ser, yo no me dejaría ni borracho. De pronto escucho un quejido, levanto la cabeza y el bulto se mueve, abro los ojos como platos. ¡El viejito no está muerto!

Tengo tiempo para salir corriendo de aquí, estoy por hacerlo cuando una mano salta a mi vista y se deja caer sobre el colchón, no se ve como la mano de un anciano, me levanto y tomo el bastón otra vez, me acerco un poco más, veo un cabello castaño asomarse entre las sábanas y toco el bulto nuevamente ahora con más fuerza, casi de inmediato la mano fuera de las sábanas toma el bastón y en un ágil movimiento logra quitármelo y solo veo cómo me apunta con él, cierro los ojos y espero el zapotazo de mi vida.

—¿David? —Es la voz de una chica.

¡Joder! ¡Es la voz de una chica!

Aún atemorizado, la observo y abro los ojos como platos. ¡Esta chica!

—¿Natalie? —pregunto, ella me mira con sus ojos castaños bien abiertos, hace una mueca de dolor, se lleva una de las manos a su sien y comienza a masajearla, la observo de pies a cabeza, está

desnuda con las rodillas enterradas sobre la cama y apuntándome con un bastón. ¡Qué escena más erótica! Y qué buenos pechos. Joder. Ella sí, ojalá me haya violado una y mil veces.

Al percatarse de la situación inmediatamente toma una de las sábanas e intenta taparse con esta, la sábana blanca está cubierta con un líquido rojizo, como el que está en mi mano, y ella también lo mira asombrada. Mira a su alrededor y llevo los ojos a la dirección en la que los suyos están puestos, parece que hubo un asesinato en esa cama.

—Por favor, dime que no eras virgen. —Te lo ruego, Ser Supremo de las alturas, que diga que no, si lo era significa casamiento por la iglesia con traje y corbata.

—No —dice de inmediato y mis pulmones sueltan todo el aire que estaban conteniendo. ¡Qué alivio!—. ¡No puede ser! —exclama—. ¿Qué fecha es hoy?

Baja rápidamente de la cama acomodando la sábana alrededor de su cuerpo y busca algo como una loca, comienza a correr de un lado a otro, me está poniendo nervioso.

—¿Qué? ¿Qué estamos buscando? —comienzo a correr con ella buscando lo que sea que busca.

—Mi celular —exclama, casi gritando. Casi me hace chillar por la impresión y la tensión del momento, que no ayuda en nada. Tomo el mío, que posaba sobre la mesa de noche, para poder marcar su número.

—Préstamelo —espeta y lo arrebató de mis manos. Observa la pantalla y chilla, haciendo que mis tímpanos se resientan—. ¡No puede ser! Aún faltaba un día.

—¿Para qué? —pregunto desconcertado. ¿Por qué las mujeres son tan raras?

—Para mi menstruación —menciona, despejando de su frente algunos mechones de pelo que le caían por la frente—, no traigo conmigo ningún maldito tampón.

—¿Qué cosa? —Comienza a revolver todo en el interior de su bolso como una loca y yo la observo frunciendo el ceño, y mis alarmas se activan... dijo... ¿menstruación? Llevo los ojos a mi mano derecha y mis dedos están cubiertos del líquido rojo... ¿menstruación? Ahogo un grito.

—¿Esta mierda en mis manos es sangre de ahí? —Estoy tan alterado que no puedo pensar, me dan arcadas, pero ya nada me sale porque mi estómago está vacío.

—¿Por qué...? ¿Por qué todos tus dedos están cubiertos de mi menstruación? ¿Y tu cara? —Toma el bastón nuevamente y se acerca a mi apuntándome con él, me cubro la cabeza por instinto.

—¿Mi cara? No, no, no... ¿Por qué, Dios, me haces pasar por estas cosas? —digo, en un sollozo, pero no estoy llorando—. ¿Por qué me pasan estas cosas a mí? ¿Por quééé?

—Necesito que vayas a buscarme unos tampones, ahora mismo. —Levanto la mirada a sus ojos, aturdido. Espero no sea cierto eso que me está pidiendo.

—¿Tampones? ¿Qué mierda es eso? ¿Se come? —me mofo, obvio sé que es un tampón. Son buenos para detener flujos de sangre de tu nariz cuando te la rompen en una discoteca por coquetear con la mujer de un luchador profesional de la UFC.

Ella levanta el bastón y cubro mi cara.

—¿Qué mierda hace ese bastón aquí? —pregunto temeroso, que no me pegue en el rostro, por favor, Ser Supremo—. Iré a deshacerme de esa cosa hoy mismo.

—Tú se lo quitaste al señor que llevaba las flores. Y luego me querías azotar con él diciendo que eras Christian Grey.

Ella lo tira al suelo cabreada y yo solo la observo intrigado. ¿Qué? Clavo la mirada en ella, quien está comenzando a sacar todas las cosas de su bolso.

—¿Quién carajos es Christian Grey?

—El tipo de la película que vimos antes de venir a Las Vegas.
Y ahí recuerdos vienen a mi mente.



—*Odio lazz relaxzioness siemprre terrminass joddido.*

—*Szí. Dímmmeelo a mí, mi ex se acostó con dozs de miszs amigazss. Malditass hijasz de putaaa.*

—*A mí me dejaronn por un tipooo con dineeroo un messz despueszz deee propponerleee matriiimonio.*

—*¿Qué?* —Lleva un trago de cerveza a su boca mientras me mira intrigada y yo no puedo quitar la mirada de su escote, aun ebrio puedo distinguir entre qué está bueno y qué está buenísimo.

—*Tú y yooo deberíaamos caszarnooz nos entendemoszz bastanteee.* —Alterno mi mirada entre su busto y sus ojos.

—*Tienezs razónnnn. Vámonos a las malditassxx Vegas hoyyy mismo.*

—*Y despuésss tenemozzzs setzo salvaje como los tipoozz eszto del Grey y la Anastasia.*



Vuelvo en mí. Me llevo la mano izquierda frente a mis ojos y en mi dedo anular hay un anillo. Es de plástico, pero es un anillo, y solo puede significar una maldita cosa. Llevo la otra mano a mi cabeza y miro su mano izquierda. Ella la levanta dejándola frente a sus ojos y ahí está, el anillo de plástico, también en su dedo anular.

Esto no puede ser verdad.

Tres días antes

Natalie

—¡Alex! ¡ALEXANDRAAAA! —lloriqueo mientras me sostengo de las cortinas del baño. Esto no me puede estar pasando—. ALEX...

—¡Joder, Natalie! ¿Qué te pasa ahora? —Ella tan tranquila entra al lugar con un envase de helado en las manos, lamiendo una cuchara y yo aquí, muriendo del susto con esta cosa.

—¡Ah! ¡No me mires desnuda! —grito cuando me percató de que no tengo nada puesto y ella ha recogido las cortinas dejándome completamente expuesta. Me tapo con ellas, o es lo que intento, porque de inmediato me resbalo y quedo suspendida en el aire sosteniéndome de la tela y con mi culo ante sus ojos.

—¿En serio crees que haya algo ahí que me interese ver? Ciertamente que tienes un culo exótico, pero tampoco es para tanto. —Frunzo el ceño e intento enderezarme, hasta ya había olvidado para qué la había llamado, pero la jodida cosa vuela otra vez y se me pega en la espalda. Ahogo un grito.

—Alexxx —lloriqueo, aún sosteniéndome de las cortinas, y no puedo evitar pensar que sí hice una muy buena inversión porque las jodidas han soportado muy bien mi peso—, quítame esta cosa de la espalda y máatala, por favor.

La boba se ríe a carcajadas, y no, no esperó que la maldita cucaracha volara hacia otro lugar, la mató en mi espalda dándome un chancletazo.

—Ahora lávate porque te ha llenado de mierda —grito de nuevo, qué asco, ahora sí me incorporo por completo, corro hasta la regadera y miro cómo la cosa aplastada cae y el agua la arrastra por mis pies.

—Eres una asquerosa, Alex —le grito y está ahí parada, tomando el helado que había dejado sobre la tapa del váter y regresa su atención a mí.

—¿Qué? Yo no fui la que te cagó la espalda —dicho esto, así sin más, se retira, cerrando la puerta a sus espaldas.

Sí, ella y su personalidad son únicas. Por eso es mi mejor amiga.

Una rubia con carita de ángel y ojos verdes, que no pareciera que quebrara un plato, pero muy capaz es de desatar la tercera guerra mundial si la provocan. Se ligó a su jefe, bueno, primero se casaron y luego se lo ligó, larga y confusa historia, o fue él quien se la ligó a ella, yo ya ni sé la verdad, pero aún recuerdo cuando me miraba con cara de asco cuando yo le hacía bromas con su jefe, algo que no entendía porque es joven y apuesto, yo lo más cerca que he estado de estar con un jefe fue a los 18, con el dueño de una heladería. Al menos tuve helado gratis por los dos meses que estuvimos juntos.

Salgo del baño una vez que creo que todo el excremento de cucaracha se ha limpiado de mi espalda, solo pensarlo me da náuseas y vuelvo a entrar otra vez, vierto un poco de mi gel de baño en la zona y comienzo a restregarme otra vez. Ahora sí, saldré sin pensar en eso.

Aproximadamente a las seis de la tarde comienzo a prepararme, hoy es Halloween y el cuerpo lo sabe. Tiendo en mi cama ambos trajes que Alex y yo usaremos hoy, los había comprado el otro día en una tienda de disfraces, había invitado a mi amiga a la fiesta que hará el canal para el que trabajo y ella llevará a su chico, así que elegí uno de los más sexys, Oliver Anderson tendrá que agradecerme luego. Me maquillo y después hago lo mismo con Alex. Arreglo nuestro cabello de la misma forma, un rizado espectacular, aunque Alex ya tiene el cabello así, por lo que no se me

dificulta tanto, a mí sí, mi cabello es muy lacio y deseara no tenerlo de esta forma. Ella se está observando en nuestro espejo de sala cuando voy hacia mi cuarto por los disfraces.

—Bien, tú eliges... ¿Caperucita roja? O... ¿El lobo? —pregunto, una vez cerca de ella, mostrándole ambos trajes, y ella hace una extraña expresión.

—¿¡Ah!?! —Ella voltea hacia mí y me mira con desconcierto. Vuelve a ver los trajes y me mira de nuevo—. ¡Oh, por Dios! Estoy segura de que esa caperucita roja no iba hacia donde su abuelita como decía.

—Alex, solo elige uno, por favor. —Intento parecer molesta, pero una risa se me escapa, la verdad que me da igual hacia dónde iba, es *sexy* y punto.

—Creo que el lobo —dice finalmente. ¡Genial! Porque yo en serio quería ser caperucita.

Me despojo de mi ropa y comienzo a ponerme unas medias caladas sobre mis bragas negras. Seguido me pongo el traje, bastante ajustado, lo sé, pero es Halloween. A decir verdad, me gusta la ropa ajustada. Alex me ayuda a acomodar el corsé y yo le ayudo con el de ella, nos tomamos más de media hora en la puesta de cada prenda, tirando de cada una de las cintas y ajustando los broches, incluso siento su pierna en mi trasero para ajustar mejor y acomodar todo en su lugar, por poco me arrepiento de haber conseguido estos trajes, pero cuando me miro en el espejo siento que ha valido la pena.

—Es —habla mi amiga, jadeante— la última vez que te ayudo a ponerte algo así.

La ignoro, de perfil miro mi reflejo y me gusta lo que veo, con entusiasmo voy hacia mi habitación y me calzo cuando en mi reloj veo que ya casi es la hora.

Escucho mi celular sonar y una vez que tengo los tacones puestos voy hasta la mesa de noche y tomo mi teléfono, que yace sobre la cama. Deslizo el dedo pulgar sobre la pantalla y el nombre de mi ex es el que parpadea anunciando un texto.

De: Dereck

En serio, mi amor, lo lamento, no quise hacerlo, ella fue la que me sedujo, te lo juro.

¡Ah, sí, claro! Por eso les metías la lengua hasta la garganta y acariciabas su muslo en plena fiesta. Maldito bastardo.

Para: Dereck

Come mierda, cabrón.

Salgo de mi habitación ya lista para irme a la bendita fiesta, ahí está Alex mirándose en el espejo con el ceño fruncido, la condenada tiene unas buenas y largas piernas que juegan a su favor. Ya desearía tener unas así, pero no, yo tuve que heredar los genes de mi madre y no llegar ni a los 160 centímetros.

CAPÍTULO 2

David

¡Ah! Qué mierda, ya estoy aburrido. En serio que esto de esperar mujeres no es lo mío.

—¿Estás seguro de que la espera valdrá la pena? Porque, en serio, Oliver, siempre que te citas con una mujer y me invitas es porque llevará a su amiga fea. —Oliver ríe y me mira a los ojos.

—Deja de quejarte, no vaya a ser que termines enamorado. —Resoplo. ¡Sí, claro! Yo enamorado.

Hay miles de mujeres guapas aquí y yo esperando una por culpa del caga-billetes este. En serio que este disfraz me está dando comezón. ¿A qué hora me decidí por este disfraz de mago? Hay miles de magos en este lugar. Observo que mi amigo no se pone su sombrero y lo tiene tirado en la barra, a mí me costó comprar estos trajes por Amazon, aunque él los pagó, pero eso no se lo he dicho.

—Oliver, el sombrero va en tu cabeza. —Tomo el sombrero y lo pongo en su cabeza, pero no, él lo vuelve a agarrar y lo pone en la barra—. ¡Ah! Es parte de tu disfraz de vampiro reptil. ¿Sí o no que se mira bien? —pregunto al *bartender*, quien solo sonríe y asiente sirviéndonos otros tragos—. ¿No entiendes que Alexandra te verá mucho más atractivo con ese sombrero? —Miro que no responde y tiene su mirada clavada en algo, llevo de inmediato mis ojos hacia donde están puestos los suyos. Me lo debí de haber imaginado, es Alex y se ve estupenda, también clavo mis ojos en ella, pero en realidad no en ella en sí, sino en una preciosa criatura que trae tomada de su mano, supongo que es la amiguita que tengo que distraer hoy.

Ella está viendo hacia un lado, me da tiempo de analizarla mientras está distraída, lleva un traje que parece ser de caperucita roja, tiene una asombrosa silueta y buenos pechos que resaltan con ese traje, sus piernas bastante firmes y trabajadas en el gimnasio van enfundadas en unas medias negras caladas. En ese preciso instante voltea la mirada hacia mí, y ahí sí la puedo observar más detalladamente, no solo tiene buen cuerpo, sino que su rostro es precioso.

Tiene el cabello castaño y rizado que en las puntas va dando a rubio, unos grandes y atractivos ojos castaños con espesas pestañas largas, su nariz fina y rasgos ovalados, a la mierda todo si la amiguita de Alex no es encantadora.

Y es que el lobo quiero ser yo.

Ella me observa de pies a cabeza y yo hago lo mismo. Alexandra se acerca a Oliver y le da un abrazo. ¿Por qué esta otra chica no me abraza a mí? Yo quiero abrazarla y muchas cosas más. Ella observa mis labios y luego mis ojos, mis labios otra vez y luego mis ojos, me siento un objeto sexual y eso me encanta, yo hago lo mismo y muerdo mi labio inferior viendo los suyos, ella pasa suavemente su lengua por sus labios, qué labios más ricos, sé que esa boquita podría hacer mucho por mí.

Sí, esas cosas que ustedes están pensando.

—Natalie, él es David, David, ella es Natalie —menciona Alex mientras sigue abrazada del idiota que juega el papel de mi mejor amigo. Natalie... qué lindo nombre... no solo está bien buena, sino que tiene un buen nombre, como Natalie Portman, esa mujer me sacó mis buenas pajas cuando era un puberto.

Mejor no hablaré de eso.

—¿Va... Vamos por allá? —balbucea la chica que lleva el nombre de Natalie, señalando unos sillones de piel en una esquina del lugar, no despega la mirada de mí y yo igual, sé que su cerebro está proyectando una escena bastante sexual de nosotros dos juntos y bueno, yo igual... ¿Para qué mentir?

Camino junto a ella hasta los sillones de piel, en serio que está comenzando a hacer calor. Hablo con ella mientras tomamos unos cuantos tragos. Ah, es presentadora de televisión, eso suena interesante. ¿Por qué nunca he visto su programa? ¡Ah! Es de maquillaje. Con razón. Aunque... creo que ahora comenzaré a ver el condenado programa de maquillaje. Me agrada esta chica, es fácil conversar con ella.

Luego de unos cuantos tragos de más, observo sus labios, son tan llamativos, no me puedo contener, junto mis labios con los suyos y ella por un momento me mira asombrada, por unos dos segundos, de hecho, de inmediato me corresponde y... ¡vaya! Sí que besa bien.

Luego de algunas dos horas, ya me sé sus labios de memoria y me paseo libremente por ellos, ella hace lo mismo.

Luego baila sensualmente alrededor de mí y yo me descontrolo, nos frotamos como adolescentes y apuesto a que debió sentir mi erección más de una vez por la forma en que me sonrió mordiendo su labio inferior, no lo sé, estoy tan tomado, pero no tanto como para aún querer saborearla de nuevo.

Quiero continuar esto lejos de la vista pública. La tomo de la mano y la saco de aquel lugar, no sé dónde carajo está Anderson, pero por suerte ella tiene las llaves del auto de su amiga. Nos besamos todo el camino hacia el vehículo, antes de llegar a nuestro destino alguien la toma del brazo y la separa de mis labios. Abro los ojos y pestañeo algunas veces para enfocar mejor al tipejo con complejo de Kurt Cobain.

Y compararlo todavía es una ofensa para Kurt Cobain.

—¿Es en serio? ¿Por este imbécil es que no regresas conmigo? —Ella lo aparta de un empujón y el sujeto intenta tomarla del brazo de nuevo.

—No, vete a la mierda, Dereck. Ve a buscar zorras como te gusta —suelta la chica linda. El idiota ríe sarcástico.

—Bueno, si ya andas con este marica es porque tú también lo eres. —Inmediatamente siento ira recorrer mi interior.

¿Acaso la llamó zorra?

—¿Cómo la llamaste, hijo de puta? —Ni siquiera me importa que me haya llamado marica a mí, una mujer merece respeto y al parecer a este idiota no se lo enseñaron antes—. ¿Qué clase de hombre llama zorra a una mujer?

—¡Ah! Y es que la princesita rasguña. —Inmediatamente escucho abucheos de un grupito de subnormales que venían con él—. A ver, barbita. —¿Barbita? ¿Qué carajo?—. Lárgate de aquí, esto no es asunto tuyo.

Me río en la cara a todos, tan estruendosamente que casi puedo presentir que se escucha dentro del club, y le dejo ir mi puño contra el rostro pálido sin resentimientos. En otras circunstancias me hubiera retirado como una persona educada, pero... ¡a la mierda ser educado. El flacucho cae al suelo y se lleva el dedo pulgar al labio, que ya está comenzando a sangrar.

Ahora sí me puedo retirar como una persona educada, acomodo mi saco y tomo a Natalie de la mano, ella me mira perpleja y mira al tipo que yace en el suelo. Volteo a ver solo para cerciorarme si nos están siguiendo, pero no, por suerte ellos caminan hacia la dirección opuesta y puedo verlo

limpiar su labio de vez en cuando. Tengo ganas de seguirlo y agarrarlo a golpes, pero no quiero terminar en la cárcel. Suficientes líos he tenido a mi corta edad.

Al llegar al auto Natalie me acorrala en él y junta sus labios con los míos, llevo mis manos a su cuello para profundizar el beso y... ¡Joder! Me estremezco al sentir su mano en mi entrepierna, trago saliva, hasta debí parecer virgen, ella me mira con intriga, sí, de seguro creyó que soy virgen. Maldición.

En mi defensa, nadie nunca me había agarrado el paquete de esa forma.

—Gracias. —Le escucho decir, mi respiración está acelerada al igual que la suya. Estoy tan duro que siento que puedo correrme en cualquier momento en los pantalones. Aunque no sé a lo que se refiere hasta que señala el lugar donde nos encontramos a los idiotas.

—Por ti lo haría una y mil veces. —Vuelve a besarme y yo le correspondo de manera feroz, mis manos viajan a su trasero y por la falda con bastante tul que lleva puesta casi no me percato de que también tiene buen culo. Soy un hombre afortunado.

—¿Vamos a mi apartamento? —pregunta jadeante. Yo sé lo que eso significa, por supuesto que sí, ni siquiera tengo palabras, solo asiento y subimos al auto. Pude decirle que fuéramos a mi casa que está a unos minutos de aquí, pero estoy tan fuera de mis cinco sentidos que accedo a ir a su apartamento, no sé si es seguro que conduzca si ambos estamos ebrios, solo espero que no nos encontremos a los malditos policías, pero por fortuna de ambos no hay ninguna sorpresa a mitad del camino.

Vamos por el ascensor hacia su apartamento y no hay nadie, inmediatamente la acorralo en la esquina y comienzo a tocar ese trasero otra vez, ella podría abofetearme justo ahora y no me importaría, porque esto es glorioso, prominente y bastante tonificado. Cuando el ascensor se abre, ella toma mi mano y camina a paso rápido, intento seguirle el paso, pero estoy tan perdido que tropiezo y caigo.

Qué vergüenza. De por sí ya parecí virgen y ahora torpe. Malditos dioses que les gusta reírse de mí.

—¿Estás bien? —pregunta, observándome con esos bellos ojos castaños. No, me golpeé la cadera, pero es obvio que no se lo diré.

—Sí, estoy bien. —Me levanto con toda la dignidad posible y continúo mi camino. Intentando no cojear y ocultando mi cara de dolor.

Al llegar frente a lo que creo es su apartamento, comienza a revolver todo dentro de un pequeño bolso y saca unas llaves, me acorrala contra la puerta y comienza a besarme, en un ágil movimiento la levanto con mis brazos y enrolla sus piernas alrededor de mis caderas, mi King Kong está a punto de liberarse al estilo Hulk y romper este carísimo pantalón del maldito disfraz de mago. Abro la puerta y la cierro a mis espaldas con ella a horcajadas, la acorralo contra la misma y ni siquiera me percato de lo que esté pasando alrededor.

Acaricio sus fuertes piernas y ella baja sus manos por mi espalda hasta llegar a mi trasero, presiono un poco para que se sientan tonificadas. Luego, las lleva hasta mi camisa y comienza a deshacer el primer botón. Estoy tan perdido, ambos lo estamos... Abro los ojos y como si estuvieran diciendo mi nombre volteo a ver a mi derecha, esto no puede ser cierto.

Oliver y Alexandra están mirando todo el *show* que estamos protagonizando. En cuanto dejo de besarla, Natalie abre los ojos y mira en dirección a donde mi vista está puesta. Hace una mueca y se baja de inmediato, una vez que sus pies tocan el suelo acomoda su vestido y yo intento acomodar mi traje. Al menos el maldito de Oliver no me vio en plena acción.

Una vez, hace mucho tiempo, era la primera modelo rusa que conquistaba y de la emoción dejé la puerta de mi habitación de hotel abierta, él entró y... ¡Pam! Me vio las nalgas, fue la cosa más vergonzosa de la que ninguno de los dos se pudo reír luego y, hasta hoy, algo de lo que no nos atrevimos a volver a hablar.

No siento vergüenza por Oliver, siento vergüenza por Alex. Miro en otra dirección mientras acomodo mi saco como si nada hubiera pasado, de inmediato Oliver y Alex caminan hacia lo que creo es el cuarto de ella. Natalie toma mi mano y me lleva a otro lugar. Cierra la puerta a sus espaldas y comienza a besarme nuevamente, mientras quita mi cinturón y deshace el botón de mi pantalón, comienzo a quitarle el vestido, pero me es casi imposible por la gran cantidad de broches. Y eso no es todo, también hay cintas. ¿Por qué las mujeres usan estas cosas?

Tardé más en sacar ese vestido de lo que ella tardó en provocarme una erección.

Me está comenzando a dar sueño, esto no debe ser cierto. Me intento mantener despierto mientras ella comienza a deshacerse de mi ropa, en ropa interior nos tiramos a la cama y comienzo a besarla apasionadamente, sus besos comienzan a descender por mi barbilla y después comienzo a sentir sus labios en mi cuello, mi pecho... siento que todo da vueltas, pero intento estar al margen de todo, siento un horrible malestar dominar mi cuerpo.

No sé ni cómo, pero en instantes me quedo dormido.

CAPÍTULO 3

David

Despierto de golpe quedando sentado sobre la cama, inmediatamente un dolor punzante se instala en mi cabeza. ¡Qué mierda! Cierro los ojos con fuerza mientras masajeo mi sien. ¿Qué hora es? ¡Joder! Si llego tarde el maldito de Anderson me va a matar. Miro a mi alrededor. ¿Dónde diablos estoy? Todo es de colores aquí, y veo a la par mía una linda chica, Natalie, recuerdo su nombre al menos, no me va a pasar lo de tener que llamarla «cariño» por no acordarme de su nombre. Y ahí recuerdo que me quedé dormido, ella está con ropa, lo que significa que solo yo me quedé dormido, porque ella tuvo tiempo de ponerse un pijama, no puede ser, solo falta que crea que soy gay. Virgen, tonto y gay.

¡Qué buen comienzo, maldito David! ¡Qué buen comienzo!

Me levanto sigilosamente para que no se despierte y no tener que dar explicaciones. Cuando mis pies tocan el suelo sin provocar ningún ruido, la estúpida alarma suena estremeciéndome, doy la vuelta de manera brusca, y choco con un mueble con espejo, encima tiene una serie de maquillajes que caen al piso casi de inmediato haciendo un estruendoso ruido.

¡Hija de la fruta!

Inmediatamente, la chica que lleva el nombre de Natalie, en un ágil movimiento se pone de pie, saca algo de la gaveta de su mesa de noche y me apunta. ¡Es un arma! ¡Maldición! Voy a morir. Ahogo un grito.

—No me mates, estoy muy joven para morir —sollozo, intento cubrir mi cabeza, no sé ni para qué, no es como que mis manos fueran a servirme como chaleco antibalas o algo por el estilo.

Inmediatamente, su expresión se suaviza al verme y trago saliva mientras despejo mi rostro y ella solo dice:

—Lo siento, me asustaste, había olvidado que te habías quedado aquí.

Baja el arma como si nada y se encoge de hombros mientras apaga el maldito aparato ruidoso, mi corazón late a mil por hora y ella actúa como si lo que acaba de hacer fuera algo muy normal.

—¿Por qué puta tienes un arma? —Intento calmar mi respiración, tiene un arma... ¡maldición! Quiero salir corriendo de aquí.

—¿Por qué te gusta mencionar la palabra *puta*? Deberías tatuársela en tu frente. —Me evade el tema, no me interesa tatuarme nada en la frente, solo quiero saber por qué tiene una puta arma en su habitación.

—Porque es mi puta palabra favorita, ahora dime, ¿qué puta hace un arma en tu habitación?

—No es real. —Sonríe—. Es de espuma. —Me apunta con ella y me vuelvo a cubrir por instinto, cuando tira del gatillo varias burbujas salen de su interior.

La observo confuso y recojo toda la dignidad que se me cayó al suelo con el grito agudo que produjo. En mi defensa, la maldita cosa parece real.

—Qu... Qué bien. —Es lo único que logro decir, y balbuceando. ¿Más tonto no puedo ser?—. Es solo que es muy real. —Aclaro mi garganta.

—Lo sé. —Acomoda su cabello en una coleta, observo que lleva unos *shorts* bastante cortos y ajustados, no es alta, pero tiene muy buenas piernas—. La compré por unos idiotas que teníamos

de vecinos, no volvieron a asomarse por aquí cuando la vieron. —Y yo no tengo ganas de asomarme por aquí nunca más.

Recojo mi ropa, al menos me puse los bóxeres nuevos y no el que tiene los dos agujeros, porque sería la gota que colme mi copa de la vergüenza.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? No andas en auto —pregunta, llevando las manos a su cintura, obvio que no, mi aliento debe apestar. Y debo oler a borracho.

—No te preocupes, tomaré un taxi... —Comienza a caminar hacia lo que creo es su guardarropa y... no puede ser... sus *shorts* se ajustan perfectamente a su trasero, todo tipo de morbosidad comienza a pasar por mi cabeza, no puedo dejar de ver mientras ella de espaldas hacia mí busca algo de ropa—. ¿Sabes qué? Tú y yo deberíamos salir a almorzar, hoy mismo —digo sin despegar la vista de su trasero hasta que ella voltea a verme; entonces intento disimular viendo hacia otro lado mientras ubico mi ropa estratégicamente sobre mi entrepierna.

—¿Almorzar? —pregunta enarcando una ceja—. ¿Tú y yo?

—Sí, bueno... te diría a desayunar, pero si llego tarde el maldito de Anderson me manda a la mierda. —Se ríe, da la vuelta otra vez y toma una bata de baño y mis ojos se posan otra vez donde no deben.

—¿Esto es una cita? —Ahora me mira de nuevo y yo intento ver a otro lado.

—No. —¡Ah!—. No, bueno... —Me lío yo solo, ahora no va a querer ir, comúnmente se les dice a las mujeres que sí y luego no las vuelves a llamar, excepto si no conseguiste lo que quieres...

Un resoplo de su parte me interrumpe.

—Estupendo que no sea una cita, ya me habías asustado. —Sonríe ampliamente. Frunzo el ceño. ¿No quiere una cita conmigo? Pero qué ofensa. Me siento rechazado. ¡Qué mujer más mala! No me puedo quedar a discutir ese punto porque el maldito del caga-billetes me lanza por el ventanal si llego tarde.

Me despido de ella, después de vestirme le dije que la llamaría. No, ni siquiera beso su mejilla, mucho peor sus labios, no quiero que sienta mi apestosidad —ni siquiera sé si esa es una palabra, pero si a un caso no lo es yo ya la he inventado—. Aunque, claro, no me podía ir sin su número. Antes de salir de su casa me fijo una vez más en su parte trasera: sí, sí vale la pena.

Natalie

Camino por el parqueo rumbo hacia el lugar donde trabajo, mis zapatos resuenan en el pavimento con cada paso que doy cuando uno de mis tacones se pega en un maldito agujero. ¡Ah! ¡Maldición! Tiro de mi pie con fuerza y caigo de espaldas. ¡Ahhh! Lo que me faltaba, y con este vestido muy ajustado y corto, lo más seguro es que enseñé mi cosita. Inmediatamente me levanto y acomodo mi vestido con *glamour* mirando alrededor, por suerte no hay nadie, ya puedo respirar tranquila y continúo caminando, solo espero que nadie haya visto las cámaras justo ahora.

—Hola, preciosa. —Escucho a uno de mis compañeros de trabajo cuando pasa frente a mí en su flameante auto del año. Había bajado la ventanilla y ahora me guiña un ojo—. Quería estar contigo en la fiesta de Halloween ayer, ¿te fuiste temprano?

Creo que él no capta cuando una mujer no está interesada, tiene el ego por las nubes, el maldito es un dios griego, voy a admitirlo, pero está casado y a mí no me gustan los casados. Y al parecer su cerebro no funciona bien. ¿Es que todos los hombres tienen que ser así? La verdad, estoy pensando en quedarme soltera por el resto de mi vida.

—Llegué con alguien, ¿no estaba tu esposa contigo? —cuestiono a propósito, él solo se ríe y se encoge de hombros.

—Me estoy divorciando. —¡Pero qué coincidencia! Suelto una risa irónica y lo ignoro mientras continúo mi camino y voy en dirección a la puerta. Puedo sentir su mirada en mi trasero y lo compruebo al girarme para encararlo.

—¿Se te perdió algo ahí? —Él simplemente muestra una leve sonrisa y acelera el auto para dejarlo en el *parking*, esto es lo que tenemos que vivir las mujeres día a día.

Camino con más prisa antes de que me alcance, pero mis tacones y mi vestido ajustado no me permiten ir a la velocidad que quiero, a medio pasillo escucho mi celular sonar y no lo saco del bolso hasta que estoy en la sala de maquillaje. Sí, yo conduzco un programa de televisión sobre maquillaje, pero a mí me maquilla otra persona, cosas de la televisión.

Busco finalmente el bendito aparato hasta que lo encuentro entre todas mis cosas. Paso el dedo índice sobre la pantalla y es la misma persona que se quedó dormida ayer: David.

De: David

¡Hola, lindura! ;)

¿Un guiño? ¿Es en serio, David?

Comienzo a teclear mi respuesta, conteniendo una risa mientras tomo el lugar que la maquilladora me indica cuando termina con otra de las chicas.

Para: David

¡Hola, bella durmiente!

No contesta hasta luego de un par de minutos que mi celular vuelve a sonar cuando la chica ha hecho en mi cabello una coleta alta y comienza a buscar con lo que va a empezar.

De: David

En mi defensa, estaba muy tomado.

No puedo soltar una carcajada en ese instante, no contesto porque Marisa ya ha esparcido base en mi rostro. Un par de minutos después otro mensaje llega.

De: David

¿A qué hora paso por ti? ¿Te gustaría que Oliver y Alexandra nos acompañen?

Tecleo rápidamente un: «*Por supuesto*». No puede ser, mi sueño hecho realidad, que mi amiga y yo salgamos en citas dobles.

Pero esto no es una cita.

No quiero que sea una cita, todos los hombres hacen lo mismo: engañar. De algo de una noche este David no pasa, o algo de unas cuantas veces si es bueno en lo que hace. Le digo la hora y dejo mi celular sobre el tocador.

—Natalie. —Escucho mi nombre de parte de una productora del programa, Carmen, también es una buena amiga desde que ingresé a este lugar. Ella siempre lo menciona de una forma canturreada que me hace reír por la vocecilla aguda que hace—. Sales en diez minutos.

—De acuerdo. —La observo rodearme mientras la maquilladora pone algo de polvo en mi cara, se para frente al espejo, se levanta la blusa y se toca el abdomen.

—Quiero ir al gimnasio —dice, esbozo una sonrisa al verla cambiar de posición frente al espejo —, subí cinco kilos después del engaño del maldito de mi ex.

—Pero estás mejor ahora. —Intento subirle el ánimo. Recuerdo que su divorcio fue un escándalo porque su marido se ligó a una modelo importante y apareció en todos los noticieros del país—. ¿Para qué querías tener a tu lado a un tipo que no aprecia una mujer con un corazón increíble?

Ella suelta una risa.

—Porque los hombres prefieren cuerpos increíbles y un buen sexo. —Le escucho decir, acomodándose la ropa. Se va en dirección a la puerta—. Bueno, no es que yo sea mala, soy el Kamasutra andante. Pero mi punto es que ellos prefieren las esqueléticas, tal vez porque son más flexibles, o más fáciles de manipular, no lo sé, yo siempre intentaba moverme de manera ágil y terminaba rodando en la cama a carcajadas probando otro tipo de posición. Pero bueno, así es la vida. Voy a emborracharme para mientras lo supero. ¿Vienes conmigo?

Aún estoy intentando comprender todo lo que me dijo, aunque parte de lo que entendí me hace soltar una carcajada.

—Por supuesto —exclamo, luego de un par de segundos. Ella eleva la palma de su mano en mi dirección y hago lo mismo para chocar la suya.

—Nunca te cases, Natalie.

—Por eso ni te preocupes.

Cuando mi jornada laboral de media mañana se termina me voy directo al parqueo, acordamos con David que lo esperaría aquí, por mucho que insistí que podía llegar sola, él consiguió convencerme de venir por mí. Un Ferrari negro se para justo enfrente. ¡Ah! Lo que me faltaba, maldito Sean, ya me tiene hasta los cojones. ¿Qué es lo que no comprende de que no me gustan los hombres casados? Sin ver al interior bufo y ahora sí, saco mi dedo medio, si le dice a alguien que hice esto me negaré.

—Qué cordial saludo. —Escucho, de una voz que definitivamente no es la de Sean. Inmediatamente llevo mi vista a la persona que ha dicho esas palabras y mi rostro debe ser un poema, quito mi mano y me la llevo a la espalda, me rasco la parte trasera de la cabeza con la otra. Oh, Dios mío.

—Lo... —Aclaro la garganta—. Lo siento, es que un idiota de aquí tiene un vehículo igual al tuyo y creí que era él. ¿Cómo estás, David?

—Bien, gracias. —Sonríe y me mira rodear el auto para subir del lado del copiloto con la vista abajo, qué vergüenza—. ¿Algún idiota al que deba golpear? —pregunta cuando me he acomodado en el asiento del copiloto, y eso me hace esbozar una leve sonrisa.

Esas palabras sonaron tan bien, voy a admitirlo; y recuerdo que ayer golpeó a Dereck por mí. Nadie nunca me había defendido. Niego con la cabeza y él pone en marcha el auto sin mediar palabra, llegamos hasta un restaurante, se ve bien desde afuera, me gusta.

—Esperemos a Oliver, dijo que ya estaba a unos minutos. —Asiento mientras me bajo del vehículo, lo rodeo hasta el lugar donde está él cerrando la puerta y nos quedamos de pie mientras nuestros amigos llegan.

Tamborileo el pie derecho contra el pavimento mientras recuesto la cadera sobre el auto de David, él hace lo mismo a la par mía, se voltea levemente hacia mí y sus ojos tienen un brillo especial con la luz del sol. Vaya, si alguien podía gustarte tanto con solo una mirada, ese era David.

—¿El idiota que nos encontramos ayer es tu ex? —pregunta, sus cejas se arquean y me mira con intriga.

—Así es —contesto, qué vergüenza, la verdad—. No sé a qué horas se me ocurrió salir con él.

—Lo mismo te iba a preguntar, siendo tan bella y con un tipo tan feo como ese —resopla mientras mira al frente, llevando ambas manos al bolsillo.

No puedo evitar reír, la verdad que no soy de las personas que se fijan solo en el atractivo físico, pero tampoco puedo evitar notar cuando un hombre está bastante guapo. David está como dado a hacer y ese color de ojos le da muchos puntos a favor.

En ese preciso momento el Porsche de Oliver con mi amiga se estaciona a la par de nosotros, Alex baja del auto y cuando nuestras miradas se cruzan hacemos lo que hemos hecho toda la vida desde que nos conocemos: gritar y correr a abrazarnos, como dos crías.

—Acostúmbrate. —Escucho que Oliver dice a David, y ellos se encaminan en dirección al restaurante.

CAPÍTULO 4

David

Tal vez no debí ir a ese almuerzo, darme cuenta de que Natalie sabe *kick boxing* y con eso de que hoy me apuntó con un arma dispara mis alarmas de ser una expsicópata. ¿Han visto esos documentales sobre exnovias con extrañas formas de venganzas? A Natalie la miro como una de ellas, mejor no intento nada más, yo no soy para una relación y estoy seguro de que ella no solo quiere *bam bam*. Aunque está bien buena, mejor me alejo de ella. No quiero terminar en un hospital con mis testículos explotados o parapléjico.

Mejor no le digo nada, solo desaparezco como si me hubiera mudado a China y listo.

—Hola, David. —Mi secretaria entra a la oficina sacándome de todos mis pensamientos y contoneando sus caderas en un *sexy* traje rojo bastante ajustado.

—Andi, pero qué bella te ves hoy. —Guiño un ojo, cierra la puerta a sus espaldas y se cerciora de poner seguro, no vaya a suceder lo de la última vez que al maldito de Oliver se le ocurrió entrar a mi oficina y ella estaba aquí sobre mis piernas y yo tenía la mano en su muslo por debajo de la falda.

Camina hacia mí sensualmente y pone sus manos en ambos brazos de mi silla giratoria, se inclina y me deja una gran vista de su escote, posa sus labios en los míos, huelen a fresas y me dan ganas de devorarlos, se sube la falda un poco y se ubica a horcajadas sobre mí, paso mis manos por sus muslos mientras se pasea por cada uno de mis labios. Andi es puro fuego y me encanta, no quiere nada más que sexo porque ya tiene un esposo y no quiere otro.

En ese preciso instante mi celular suena. ¡Jooo...! Iba a espetar miles de malas palabras, pero puede tratarse de un socio importante.

—Lo siento —exclamo, haciendo que Andi ruede los ojos exasperada, se levanta de mí y me pongo de pie para sacar el celular del bolsillo bufando. Es Natalie, me interrumpe en uno de los momentos más preciados, borro su número, pero el mensaje sigue llamando mi atención y de inmediato deslizo el dedo sobre la pantalla. Es un mensaje multimedia.

Observo que Andi arregla unos papeles mientras se lleva un mechón de su cabello rojo detrás de la oreja, vuelvo la pantalla a mi celular y... ¡No puede ser! Es una foto de Natalie en traje de baño, sostenida de lo que parece un mueble y está de frente. Mátenme, mejor, que me da algo.

«Me compré este traje de baño para cuando vayamos a Miami» es la descripción.

¡Yo voy! ¡Por supuesto! ¿Cuándo?

«Quiero ir, aunque aún no me lo has preg...»

No termino de teclear cuando me manda otro mensaje, de inmediato lo abro, espero sea otra fotito, como que hace calor.

«Joder, lo lamento, no era para ti, disculpa».

¿Qué? Yo ya hasta estaba pensando en broncearme en el sol de Miami. Comienzo a borrar todo lo que había escrito para escribir de nuevo.

«Ahora me tienes que invitar ;)»

Y otro guiño. Andi llama mi atención.

—¿Qué te tiene tan intrigado, papi? ¿Me vas a dejar a medias? —Sonríe coquetamente cuando otro mensaje llega.

—Es un cliente, tal vez deberías volver más tarde, porque esto es importante.

Claro que es importante, quiero más fotos. Ella asiente, pero de mal gusto, lanza los papeles contra el escritorio y camina hacia la puerta, en otras ocasiones la hubiese seguido, tomado por la cintura, acorralado contra la puerta... Pero hoy no, esta Natalie me ha dejado sin poder pensar claramente.

Abro el siguiente mensaje.

«Si me envías una foto tuya ;)»

Usó un guiño. ¿Foto mía? ¿De mi rostro? ¿De mi abdomen? Sí, de mi abdomen, a nadie le importa si tienes una cara bonita cuando tu abdomen está marcado, todos han notado eso, el tipo puede tener cara de renacuajo, pero si tiene tabletas de chocolate. ¡Pam! Es el hombre más *sexy* del mundo entero y sabrá Dios cuántas babean por él.

Bien, me voy al baño, por suerte tengo uno privado que no tengo que compartir, me quito la americana, la corbata y la camisa blanca. Por suerte, me gusta ejercitar mi abdomen, si no ni loco hago algo así. Me tomo una foto en el espejo y se la envío, no solo ella me va a hacer calentar.

Envío la jodida foto, pero antes me cercioro de que me vea delicioso. Pasan un par de minutos y no recibo mensaje, alguien se desmayó, me sostengo del lavamanos cuando un mensaje suyo llega.

«No estás mal».

¿No estoy mal? ¿Y eso qué significa? Esperaba algo mejor, como «estás hecho un bombón», «estás buenote», «me mojé», «papasito, bendito sea el gusano de donde sacaron la seda con la que hicieron la sábana que cubría el colchón donde sus señores padres echaron pasión para concebir tan bello ser humano»... Pero no, ella contesta un puto «*no estás mal*». Tantas horas de *gym* no es para que me contesten eso. Me saco el pantalón y me quedo solo en mi bóxer blanco. Tomo otra foto, haciendo que mis brazos resalten más y mi abdomen. ¡Maldición! Estoy en la empresa y yo haciendo esta tremenda tontería.

Espero la respuesta y su mensaje es solo.

«¿Por qué no bajas la tapa del sanitario luego de hacer pis?»

¿Ah? Volteo a ver en dirección al sanitario, y ahí está el muy pendejo detrás de mí. ¿Es en serio? Se fija en el puto sanitario cuando hay muchas más cosas por ver.

En ese preciso instante, envía otro mensaje multimedia, de inmediato lo abro y es otra fotito suya, ahora mostrándome su retaguardia debajo de ese trajecito. ¡NO puede ser! Dios llévame y reencárname en uno de esos trajes de baño que Natalie usa.

Observo la foto una y otra vez, qué belleza de mujer. ¿Quién es Andi? Esta mujer es mucho mejor.

Aprieto el celular con fuerza, no quiero solo fotos, quiero tenerla aquí enfrente de mí, ahora mismo, alguien irá a hacer una visita hoy.

Inconscientemente llevo mi mano dentro del bóxer para aliviar la tensión de mi entrepierna. Cierro los ojos y me quedo con esa última imagen dentro de la cabeza, mi cerebro la proyecta una y otra vez mientras hago caricias en mi King Kong.

—¿David, qué carajo estás haciendo y en mi empresa? —La voz del maldito del caga-billetes retumba en mis oídos y me estremece, inmediatamente saco la mano y todo mi semblante se llena de todos los colores. Solo a mí me pasan estas cosas.

¿Por qué siempre olvido cerrar la puerta? ¿Por quééééé? En cualquier momento me encontrará en una situación más vergonzosa que esta.

Aunque, la verdad: algo más vergonzoso que esto... no hay.

Actualidad

—No, no, noooo, Natalie, no podemos estar casados, entiéndelo, no, no, no... estoy muy joven, justo cumplí 25 años hace unos meses. —Comienzo a caminar de un lado a otro en la habitación del hotel—. Tengo aún un largo camino que recorrer, metas que cumplir, sueños que alcanzar, mujeres que... —Mejor me callo. Hiperventilo, me siento en una de las esquinas de la cama, me va a dar un infarto, lo sé.

—David, joder, cálmate. Esto se debe arreglar de alguna forma, ahora necesito que te bañes y te vistas para que vayas por unos tampones, porque es obvio que yo no puedo ir así.

Y sigue con los jodidos tampones.

—Estás loca. ¿Cierto? Yo... comprando tampones. —Suelto una risa sarcástica.

¡Pero no! ¡Me hizo ir por los benditos tampones! ¡Mierda! Ni siquiera a mi madre le compré tampones alguna vez. Acomodo las mangas de mi camisa azul mientras camino hacia lo que es un maldito supermercado, un día estás bien tomando unos tragos con una linda chica y al día siguiente estás casado. Me quito el puto anillo de plástico —la verdad que mencionar la palabra *puto* hace que esto suene un poco más sencillo y no como el caos que en realidad es— y lo lanzo cabreado contra el pavimento, que me arrolle un auto ahora, por favor, Dios. Pero no, ellos se detienen y para rematar dicen:

—¿Es que no te fijas por dónde caminas, idiota?

—Fíjate tú, malnacido. —Muy maduro, le enseño mi dedo medio.

Y mi día apenas inicia.

Entro a una farmacia, no sé dónde diablos pueden estar los tampones, los conozco porque mi hermana usaba y le robé uno el día que me rompieron la nariz y... ¡Mierda! Sí que absorben.

Miro el reloj una y otra vez, tengo exactamente 20 minutos para comprar estas cosas, arreglar lo del matrimonio e irme a Nueva York. Si no, iré preparando mi funeral.

Aclaro la garganta al acercarme a un mostrador, una señora pelirroja de mediana edad bajita y regordeta que está mascando un chicle menciona algo bastante parecido a un «ajá».

—Disculpe, hermosa dama. —La miro de pies a cabeza—. ¿Dónde están los tampones? —Sonríe ampliamente. Ella solo me observa intrigada y enarcando una ceja me pregunta:

—¿Son para usted?

¿Es en serio? ¡Claro! Como yo sangro por el culo.

—Solo bromeaba. —Sonríe, maldita—. ¿Cómo los quiere? ¿Lites? ¿Regular? ¿Súper? ¿Superplus?

¿Qué? Creo que era mejor llevarle unos paquetes de algodón.

—Emm, bueno, deme de los cuatro. —Sé cómo son las mujeres y si no llevas algo como ellas quieren arman bronca, mejor me los llevo todos y ella que elija. Juro que hoy mismo me divorcio.

La mujer me entrega cuatro cajas pequeñas, saco mi tarjeta y la identificación una vez que ha dicho el precio y se los entrego. Esto de ser mujer es caro, lo único en lo que he tenido que gastar como hombre es en condones.

—Lo siento, señor Schmitt, su tarjeta ha sido rechazada. —Le escucho decir, después de mirar alrededor y pensar que no fue buena idea venir a este lugar tan lujoso, por ello el precio. Frunzo el ceño y pienso que a lo mejor he escuchado mal.

—¿Cómo? Disculpe.

—Que su tarjeta está bloqueada.

—No, por favor, vuelva a intentarlo, es de crédito ilimitado. —Vuelve a probarlo, y no, ni mierda. Esto no puede ser verdad.

Busco en mi cartera algo de efectivo, y no, no llevo ni un maldito dólar. ¡Qué estrés! Este es el peor día de mi vida, solo falta que me cague un perro.

Saco la tarjeta de la empresa, no tengo otra. Anderson me va a matar, lo sé, y lo peor es que será por comprar unos tampones, será algo interesante decir: «En mi antiguo empleo me despidieron por usar la tarjeta de la empresa para comprarle tampones a mi recién esposa, a quien conocía de apenas tres días atrás». Al menos yo tengo acceso libremente a ella, pero como buen ciudadano nunca la he tocado para cosas que no sean de la empresa.

Señor Anderson, perdóneme.

Obviamente me refiero al señor Anderson padre de Oliver, no al caga-billetes en sí.

Salgo de la bendita farmacia y me paro unos segundos viendo el reloj. Me quedan trece minutos, espero que el semáforo cambie de color mientras miro alrededor. Las putas Vegas, no vuelvo a venir aquí ni en pesadillas.

Un extraño olor invade mis fosas nasales, frunzo el ceño y bajo la mirada hacia el suelo. ¡A la gran...! ¡Lo que me faltaba!

—Maldito perro. ¡Vete a la mierda! —No, no, nooo mis zapatos italianos cocidos a mano ahora apestarán a caca de perro. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué? —lloriqueo—. ¿Qué condena estoy pagando?

Miro a la mujer que sostiene el pequeño perrito que se acaba de hacer popó en mis pies y nada más continúa hablando por teléfono tirando del pequeño perro en dirección contraria.

CAPÍTULO 5

David

—Aquí están tus malditos tampones —riño golpeando la puerta del baño y despegando el celular de mi oreja para que los del banco no puedan escucharme. Ella abre y sostiene con ambas manos una toalla para tapar su cuerpo.

—Te envié un mensaje. ¿Por qué no contestaste? —pregunta, me llevo el dedo índice a los labios para indicar silencio y le señalo el teléfono celular, ella toma la pequeña bolsa y mira mi calzado, hace una mueca de asco y yo ruedo los ojos al cielo. Vuelve a cerrar y me comienzo a quitar los malditos zapatos.

—Señor Schmitt. —Escucho del otro lado de la línea, de inmediato vuelvo mi celular a mi oreja para seguir escuchando—. Hemos hecho todas las verificaciones, la tarjeta fue bloqueada por petición de su persona, pero usted llamó el día de ayer diciendo que autorizáramos los cincuenta mil dólares para pagar un ascensor y que luego bloqueáramos la cuenta...

—¿Qué? —interrumpo—. Espere... señor de servicio al cliente. —Llevo la mano a mi cabeza... ¿Cincuenta mil dólares? ¡Dios mío!—. ¿Un ascensor? ¿Dónde compré un ascensor?

—Señor Schmitt, según informes en nuestro sistema usted dijo que quería disfrutar su luna de miel con su esposa en un ascensor bajando desde el piso cincuenta y que autorizaba la transacción de cincuenta mil dólares porque le recordaba a la película *50 sombras de Grey*.

—¿50 de qué...? ¿Qué carajo es eso? —Frunzo el ceño mientras me siento en el filo de la cama, puta mierda, no vuelvo a tomar.

—Supongo que se refería a la película *50 sombras de Grey*.

—¿Qué? ¡Oh, por Dios! ¿Qué pu...? —En ese preciso instante siento que arrebatan el teléfono celular y llevo la vista en dirección a Natalie, que está apagándolo y lo tira sobre la cama.

—¿Qué rayos te pasa, Natalie? —Me pongo de pie a la defensiva—. No puedes tomar mi celular, cortar la llamada y tirarlo sobre la cama.

—Pues ya lo hice... —En ese preciso instante deja caer la toalla de su cuerpo quedándose solo en ropa interior. ¡Me muero!

Hormonas, cálmense.

Comienza a buscar algo de ropa en una maleta de espaldas hacia mí. ¡Como que me da algo!

—Na... Natalie, vístete, por favor —balbuceo como un idiota, ella de inmediato voltea hacia mí.

—¿Qué? O sea... ¿Tú si puedes pasearte por ahí en ropa interior y yo no? —Sostiene en las manos un pequeño vestido de flores y comienza a vestirse con él frente al espejo.

—Es... es... —Trago saliva—. Diferente. —Me siento en el borde de la cama y veo cómo su pequeño vestido se va deslizando por su piel hasta quedarse completamente ajustado a toda su silueta.

—Estamos casados, así que... a la mierda. —¡A la mierda mi vida! Continúo recorriendo su cuerpo con la vista, esas curvas son las causantes de que yo esté aquí, casado, con una terrible resaca, caca de perro en mis zapatos caros y sin cincuenta mil putos dólares.

Tengo ganas de tirarme por el balcón.

—¿Entonces yo puedo caminar desnudo por aquí porque estamos casados? ¡Qué considerada!
—No dice nada, solo se encoje de hombros y yo observo cada uno de sus movimientos. Se pone los zapatos, bastantes altos. ¿Cómo puede andar con esas cosas? ¿Y todo el día? Comienza a ponerse miles de cosas en el rostro, lo que significa que no iba maquillada, y a decir verdad no se notaba la diferencia, comienza a hacer rulos en su cabello con un aparato que no conozco, y ahí me percaté de que ya ni de broma llego a Nueva York temprano, solo espero que el caga-billetes no me llame antes.

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón deseando tener padrinos mágicos para desear poder volver al día de ayer y no cometer esta tremenda tontería. Intento recordar, aunque sea una mínima parte de lo acontecido, pero no, nada. Yo no sirvo para ser un alcohólico y siempre lo hago.

—Natalie... —digo, incorporándome nuevamente de un salto cuando recuerdo que hoy estábamos desnudos, lo que significa que...—. ¿Recuerdas si nos protegimos? Porque si no fue así estamos a tiempo de ir por una pastilla del día después o no sé qué, porque para eso fueron creadas esas benditas pastillas, ¿no? Para el día después, para cagadas como la que cometimos ayer, y no hablo precisamente de tener relaciones sexuales, porque es muy normal tener relaciones...

—David...

—Pero casarnos... ¡Por Dios! Si nos casamos borrachos no quiero pensar qué más hicimos irresponsablemente, y ya tengo suficientes líos en la cabeza como estar ahora pensando que tenemos que hacernos cargo de un niño...

—David —me grita—, sí, hay cinco preservativos en la papelera, así que supongo que sí, y ya deja de inventarte tonterías que me voy a poner histérica pensando que me haya podido embarazar justo ahora.

—¿Qué? —pregunto perplejo—. ¿Cinco? ¿Cinco? —digo con más fuerza—. ¡A la mierda! ¡Me exprimiste! ¿Es eso siquiera legal?

—¿Yo? ¿Quién fue que dijo que su King Kong era todo un orangután?

Me llevo las manos a la cara y muevo los dedos hasta mi cabello. ¿Por qué mejor no bailé solo en una mesa como los borrachos normales?

—Bien, acabemos con este jodido matrimonio y finjamos que nunca nos conocimos —dice tomando sus cosas, frunzo el entrecejo.

—¡Por fin una mujer con la que me entiendo! —Suspiro y me levanto de la cama—. Mujer, choca esos cinco. —Extiendo la palma frente a ella y casi de inmediato la choca con la suya—. Espera, necesito lavar estos zapatos, son los únicos que traje.

Un día antes

David

Estoy sentado frente a mi computadora, solo cuando Oliver no está me doy estos gustos, estiro los pies y los pongo sobre el escritorio comiendo palomitas de maíz mientras miro no sé qué película. ¡Qué hijos de puta más tontos! ¿Cómo vas a dejar a un tipo perdido en Tailandia? Qué idiotas, siento comezón en los vecinos de mi King Kong, llevo la mano por debajo de mi pantalón. ¡Ah! ¡Qué alivio! Mi celular suena y me hace estremecer, regando las palomitas por todos lados. ¡Ah! ¡Joder! Saco la mano del pantalón y tomo el celular, que está cerca de la computadora.

Paso el dedo índice por la pantalla y veo que es un mensaje multimedia... de Natalie Ya sé qué significa eso. Me incorporo en la silla giratoria de la oficina y abro el mensaje, el estúpido wifi está lento, lo que significa que hay muchos conectados, estupendo, me iré a dar mi paseo por todos los pasillos dentro de un rato. Miro para todos lados mientras espero que cargue la imagen, mi estómago da un vuelco, no sé con qué me iré a encontrar, ojalá sea una fotito desnuda, ya hasta está despertando mi entrepierna, y esto que no la he visto.

Llevo los ojos al celular, y es una imagen de la jodida pantera rosa con un odioso mensaje de que mi día sea próspero. ¿Qué? ¿Por esta mierda esperé tanto? Comienzo a teclear rápidamente.

Para: Natalie

Yo quiero fotitos ;)

Listo, enviar. Espero conteste rápido y sin más imágenes de esa estúpida cosa rosa. En fracción de segundos recibo su respuesta. Rápidamente abro el mensaje y ahí está una foto suya frente a un espejo, con un bonito vestido azul cielo que se le ajusta perfectamente por toooooodos lados. Muerdo mis nudillos viendo principalmente cómo se pronuncia su escote.

Para: Natalie

¿Salimos?

Ella de inmediato contesta «ok». ¡A la mierda el trabajo! Yo voy a salir con esta chica. Exactamente a mi hora de salida, sin importarme si hay trabajo pendiente o no, salgo a buscarla.

Conduzco hacia el lugar donde nos vamos a ver. No sé por qué, pero me siento feliz, la radio suena invadiendo cada rincón de mi coche y comienzo a corear las jodidas canciones de los Bee Gees.

De pronto unas luces de colores llaman mi atención. Miro por el espejo retrovisor y observo una patrulla detrás de mí, y están hablándome por una bocina. ¡Ah! ¡Esto no puede ser cierto!

Lentamente me detengo buscando la orilla. ¡Lo que me faltaba! ¡Una multa! De inmediato una mujer castaña de mediana edad viene hacia mí a paso rápido, ya estoy jodido. Abro la ventanilla y la observo por el espejo sacar una linterna.

—Disculpe, señor, ¿sabe a la velocidad que iba? —Enciende la linterna y la pone frente a mis ojos.

—¿Y usted sabe que aún es de día, señora? —Ella agranda sus ojos azules y puedo ver cómo sus nudillos se quedan pálidos de apretar la jodida linterna con fuerza.

—Le hice una pregunta. —¿Qué? ¿Todavía me grita?

—¿Acaso me ve cara de radar? —Ahora sí apaga la jodida linterna y la lleva a su bolsillo, saca unos jodidos papeles y suspiro.

—Documentos, por favor —menciona, extendiendo la mano. Hago lo que me dice por no tener más problemas cuando en mi mente la estoy maldiciendo de todas las maneras posibles—. Gracias —enuncia. Sí, ahora es educada... ¡Putos policías de tráfico!

Me extiende la multa con una sonrisa junto a mis documentos. ¡Joder! ¡No! Miro el jodido papel, con todas las multas que pago mensual yo solito les doy su sueldo a todos estos hijos de su madre.

—Hija de puta —siseo, guardando mis documentos.

—¿Cómo me llamó? —¡No puede ser! Vuelve a poner la luz de la linterna frente a mí—. He dicho: ¿Cómo me llamó?

—¿Pre...ci...osa da...ma? —Logro decir en un hilo de voz. ¡Solo a mí me pasan estas cosas!

—Está detenido, señor Schmitt, salga del auto. —Agrandando los ojos y la observo con intriga.

—¿Qué? ¡No! No puede...

—Que salga del auto dije. —Saca unas esposas. ¡Oh, por Dios!

Media hora después estoy aquí detenido, con los codos sobre mis rodillas sosteniendo la cabeza con ambas manos sentado en el borde de una cama dentro de una celda.

—Señor Schmitt. —Un hombre afroamericano alto y robusto llama mi atención, levanto la vista en su dirección—. Tiene derecho a una llamada.

Maldita sea, en estos casos al que llamo es a Oliver, pero el maldito está en Miami. Comienzo a hacer memoria: mi hermana no es una opción, no, lo más probable es que esté tirándose a algún viejo ve a saber en qué parte del mundo.

Mierda, no tengo de otra.

Salgo de aquella celda y me encamino hacia el jodido teléfono escoltado del oficial este. No me sé su número, así que hago un berrinche digno de David Schmitt que incluye intentos de desmayo para que me presten mi teléfono celular y marcar su número, por fin lo consigo. De inmediato que su celular suena escucho su voz invadir mis oídos, el día más vergonzoso de toda mi jodida vida.

—Hola, Natalie. —Sonrío ampliamente, aunque no me esté viendo, dicen que cuando sonríes a la persona al otro lado de la línea puede notarlo, no sé cómo—. Necesito un favorcito.

¡Qué vergüenza! Me lo repito una y otra vez mientras camino hasta mi celda a esperarla. Definitivamente solo con Natalie he pasado todas estas cosas, a estas alturas debe tener un concepto bastante malo de mí, tengo que esmerarme más si quiero conseguir algo.

Me siento otra vez en el borde de la cama en la misma posición que estaba mientras espero ser sacado de esta prisión, luego de un par de minutos escucho las puertas abrirse, levanto la mirada y veo a dos tipos con vestidos rosados y mucho tul, parecen bailarinas travestis de ballet. Un asiático y un rubio teñido bastante delgado me miran con curiosidad y sonrían ampliamente una vez que cierran el portón a sus espaldas.

—¡Holaaaa! —dicen al unísono con una fingida voz bastante aguda.

—Yo soy Paula.

—Y yo Marisol.

—Y juntas soooooomos las Kitty Dolls —ronronean y comienzan a aplaudir dando saltitos.

Esto no puede ser verdad.

CAPÍTULO 6

David

—Escúchame, guapo. —El rubio murmura sentándose a la par mía y el asiático al otro costado—. Tenemos marihuana, crack, anfetaminas...

—Estimulantes para tu... ya sabes. —El asiático interrumpe, enarca una ceja y se me queda viendo esa parte, me cruzo de piernas para evitar esa mirada morbosa. ¡Me quiero ir de aquí!

—¿Están en la cárcel y están ofreciendo drogas? —cuestiono cuando el rubio sisea con el dedo índice sobre sus labios y mira para todos lados. ¡Solo estamos nosotros tres! Para mi desgracia.

—No hables en voz alta —dice—, si quieres algo no será hasta que salgamos de aquí. —¿Cómo carajos dejaron entrar a estos hombres con drogas a este lugar? ¿Dónde diablos tendrán metidas esas sustancias? Voy a preguntarlo cuando el asiático toca mi cabello y me hace llevar mi vista a él de inmediato.

—¡Ah! —chilla, maldita sea—. Es un rubio natural, Marisol.

—¿Rubio natural? —El tal Marisol también toca mi cabello y suelta un jodido chillido agudo que resiente mis tímpanos peor que los de Natalie y Alex juntas—. Nosotras hemos tenido sueños eróticos con hombres rubios naturales toda la vida. —Eso me paraliza el corazón.

—¿Cómo te llamas? —cuestiona el que supongo se hace llamar Paula, se acerca demasiado a mí y no puedo alejarme porque del otro costado está el rubio. Mira atentamente a mis ojos muy de cerca.

—Patricio —digo tragando saliva. Dios, por favor, ponle un motor a los tacones de Natalie al estilo *Rápido y Furioso* para que llegue cuanto antes.

—¿Y dónde dejaste a Bob Esponja? —Ambos gritan soltando carcajadas mientras se cruzan de piernas de manera muy femenina.

—En... una piña debajo del mar —balbuceo cuando ambos nuevamente sueltan carcajadas, tal vez yo también necesito marihuana, crack y anfetaminas para reírme de cualquier pendejada mientras trabajo.

—Me caes bien, rubio, pero con ese nombre que llevas mejor saco cualquier fantasía sexual de mi cabeza contigo. —Gracias, Dios—. No me imagino a ti sobre mí y yo gritando: «¡Oh, Patricio!» —Definitivamente, necesitaré un psicólogo luego de salir de este lugar.

—¿Y por qué ustedes traen vestidos de tul? —pregunto, cambiando rápidamente de tema para evitar más trauma psicológico y que luego necesite un psiquiatra, viendo a ambos alternadamente.

—Estábamos en una fiesta de disfraces cuando Paula barrió el césped con la perra de Clarissa por robarle a su hombre.

—Perra —sisea el tal Paula—. Y encima fue a nosotras a quienes detuvieron, malditos policías.

—Lo mismo digo —suelto luego de un suspiro—. Malditos policías de tráfico hijos de puta.

—Dame esos cinco, Patricio. —El asiático extiende la palma de su mano. ¿Ya qué? La choco con la mía y ambos me rodean con sus brazos por ambos costados. No puede ser.

En ese preciso instante, por gracia u obra del Espíritu Santo, el portón de hierro se abre.

—Señor Schmitt. —De inmediato llevo mi mirada al oficial—. Puede salir, han pagado su fianza. —Me pongo de pie como un resorte, necesito salir de aquí cuanto antes.

—Bien, fue un gusto conocerlos... o conocerlas... no sé... Paula... y... Marisol. —Me causa gracia mencionar esos nombres, precisamente el año pasado estuve con una Paula y una Marisol que sí eran mujeres.

—Adiós, Patricio Schmitt, te vamos a extrañar. —Patricio Schmitt ¡Ja! ¡Qué cosa más graciosa! —. Te vamos a buscar por Facebook, te uniremos a nuestro grupo de chat Gatitas Salvajes.

Por eso y mucho más, nunca se da el nombre real a un desconocido.

Salgo de aquella celda y camino en la dirección a donde el oficial me indica lo más rápido posible al escuchar a Paula y Marisol gritándome desde la celda que les de mi número de celular para enviarme un WhatsApp y salir de fiesta el próximo fin de semana. En la sala donde me darán mis pertenencias me encuentro con unos enormes ojos castaños y de inmediato su gesto se torna molesto, no me queda otra que sonreír ampliamente.

—Holi —digo con un tono amable, mostrando mis dientes y tomando mis cosas; siento vergüenza, ni siquiera puedo verla a los ojos.

—¿Holi? —cuestiona, con el entrecejo fruncido—. ¿Por qué le llamaste hija de puta a una oficial? —murmura, cruzándose de brazos.

—En mi defensa. —Ahora sí me paro frente a ella, ni tan de frente, porque es bastante pequeña, la miro a los ojos—. Yo no se lo dije en la cara, creí que ya se había ido, pero no... la bruja seguía ahí... —susurro esto último viendo a mis alrededores, no quiero pasar por lo mismo otra vez.

Salgo de la maldita comisaría y una oleada de aire frío me recibe. Amo ser libre, abro los brazos e inhalo profundamente la libertad cuando me trago un jodido mosquito y casi me ahogo... enfrente de Natalie.

¡Maldita sea! ¡Todo tiene que pasarme frente a ella!

Luego de ir al banco para pagarle el dinero que había regalado a los oficiales para que compren sus malditos donuts, llegamos al lugar al que la había invitado en un inicio.

—¿Ya estás mejor? —pregunta acariciándome la espalda y haciendo círculos con la palma de la mano.

—Sí, no te preocupes. —La verdad es que no, aún siento ese jodido insecto en mi garganta, voy a tragármelo a punto de cerveza, tal vez me provea proteínas—. Espérame un segundo, iré a la barra. ¿Tú quieres algo de tomar? ¿Una cerveza? ¿Una soda?

—Una cerveza —dice con un gesto amable, tomando lugar en un pequeño sillón esquinero que rodea una mesa. Yo me retiro, tengo que ir a toser tranquilo a otro lugar.

Una vez que pido la cerveza para ambos, regreso donde está ella viendo algo que se está proyectando en la televisión de aquel lugar. Me siento frente a su persona, extendiendo la cerveza y la toma de inmediato llevando su mirada a mí.

—¿Sabes qué es la cerveza? —digo, acomodándome en mi lugar—. Es el mejor amigo del hombre, es algo así como un perro embotellado. —Ella frunce el entrecejo y me observa con intriga soltando una risa.

—Algo me dice que tú y yo seremos mejores amigos. —Enarco una ceja. ¿Cómo debo tomarme eso?

—¿Qué clase de mejores amigos? —La miro fijamente con una sonrisa pícaro, en ese preciso instante intenta reír mientras toma un trago de su cerveza y el líquido se resbala por su barbilla y cae exactamente en su escote. No puedo evitar sentir envidia por cómo esa jodida gota recorre su pecho, ella toma una servilleta y se limpia específicamente esa parte, de inmediato desvió la mirada hacia otro lugar para evitar tener pensamientos pecaminosos enfrente de ella, mi vista se detiene en

la pantalla y hay un tipo con una chica en un cuarto que parece una cámara de tortura usada para una película de *Saw*.

—¿Te gusta esa película? —pregunta, vuelvo mi mirada a ella y ahora no puedo evitar que mis ojos se vayan a otro lado, pero hago lo mejor que puedo para ver sus ojos.

—¿Qué película es? —Frunzo el entrecejo tomando más cerveza.

—*50 sombras de Grey* —dice de inmediato con gesto de desesperación—. ¿Nunca la has visto? —Hace una expresión como si fuera la cosa más jodidamente extraña. ¡Por supuesto que no! Lo más gay que he visto es *Titanic*.

—¿Ese es el tipo que se llama Christian? —Ella asiente—. Nunca he visto la maldita película, pero mi hermana se volvía loca por el libro ese.

—¿Tienes una hermana? —pregunta con curiosidad y tomando más cerveza.

—Caroline —digo con el entrecejo fruncido viendo en dirección a la pantalla—, pero tengo más de un año de no saber de ella. ¿Sabes qué es lo más gracioso de esa película? —Suelto una leve risa.

—¿Qué cosa? —dice, volviendo su vista al aparato electrónico.

—Que mi primer nombre es Christian, me han jodido mi existencia. —Ella vuelve la mirada a mí con una leve sonrisa—. Mi hermana me lo recordaba cuando leía el puto libro.

—¿Entonces David es tu segundo nombre?

—Así es, pero estoy más acostumbrado a David, porque mi padre se llamaba Christian, así que todos me han llamado David para evitar confusiones. —Debí evitar mencionar a mi padre, no quiero hablar de él o el motivo por el cual me he referido a él en pasado. Agradezco que Natalie no pregunte, me mira a los ojos sin decir nada, hasta que finalmente habla:

—Mi segundo nombre es peor. —Se encoge de hombros, siento que puedo respirar tranquilo porque ha preferido cambiar de tema antes que hablar sobre mi pasado, como me ha pasado en ocasiones anteriores—. Mi padre vino a mi vida solo a cagar mi nombre. —La observo con curiosidad tomando la botella de cerveza.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —interrogo, tomando un sorbo de este líquido amargoso que me encanta.

—Constanza. —En un intento de risa suelto todo el líquido de cerveza que tenía en mi boca y cae sobre mi traje. ¡Joder!

—¿Lo ves? —dice viendo cada uno de mis movimientos mientras limpio el jodido líquido de cerveza. Ahora apestaré a borracho. Ahora Rosa, la ama de casa de Oliver, no querrá lavar mis trajes con manchas de cerveza—. Mi padre solo llegó a decir «Arruinemos la vida de nuestra hija. Llamémosla Constanza, como mi madre» y luego se fue. Agradezco que la señora que me engendró le propusiera Natalie antes que nada y llegaron a la conclusión de que ese llevaría primero. Si me hubiesen dejado solo Natalie, a secas, mucho mejor.

—Natalie, a secas. —Y suelto una risita—. Me gusta.

—No te burles.

—De acuerdo. —Me río un poco y me aclaro la garganta para cambiar mi gesto—: ¿Y qué pasó con tu padre? —Tal vez no debería preguntar esto ahora, a mí no me gusta que me pregunten por mis padres, pero para mi sorpresa ella contesta sin pensar demasiado al respecto.

—Nos dejó cuando yo tenía cuatro años por una modelo brasileña. —Relame sus labios por el líquido que acaba de tomar y yo no puedo evitar sentir el maldito impulso de comerme esos labios.

—¡Pues qué jodido! —digo, sin apartar la vista de esos labios rosas—. Oye, ¿puedo besarte? — Ella frunce el entrecejo y de inmediato se convierte en una sonrisa.

—Por supuesto —enuncia, de manera coqueta, y no lo pienso dos veces, me pongo de pie y rodeo la mesa sentándome a la par suya uniendo esos suaves labios con sabor a cerveza con los míos.

Actualidad

David

—No, no pueden divorciarse. —La mujer robusta del otro lado del escritorio nos mira con desprecio, definitivamente no está dispuesta a cooperar. ¿Es demasiado pedir que anule el maldito matrimonio?—. Les dejamos claro ayer que nosotros no divorciamos a gente, el matrimonio es algo sagrado no para chiquillos estúpidos que quieren pasarla bien y al día siguiente divorciarse.

—Mamá, ¿eres tú? —me burlo. La señora de cabello corto y rizado lleva sus ojos hacia mí con una mirada fulminante, Natalie golpea mi antebrazo con disimulo, yo solo quiero divorciarme, irme de aquí y fingir que esto nunca pasó siquiera.

—Ustedes al momento de firmar estuvieron de acuerdo con nuestras pautas y una de ellas es que no se acepta el divorcio; y, en todo caso, si quieren hacerlo tendrá que ser en otro lugar, con otro abogado. —¡Maldición! Sostengo mi cabeza con ambas manos y con los codos sobre las rodillas, maldita borrachera—. Aquí unimos almas gemelas, no las separamos.

Tengo ganas de soltar una risa cargada de ironía.

—Pero debe de haber algo que se pueda hacer aquí —menciona Natalie con desesperación, yo estoy igual, pero creo que es mejor fingir cordura. Me levanto del lugar y una de las chanclas que compré se sale de mi pie, no pude lavar los zapatos porque ya era tarde, así que tuve que ir por unas sandalias que también pagué con la tarjeta de Anderson. Bueno, en realidad Natalie tuvo que ir a comprarlas y se pasó dos números del mío.

Acomodo la chancla de regreso a mi pie y voy hasta una mesa que llama mi atención por la serie de cuadros de matrimonios, supongo que los que se han hecho aquí.

—Podemos enviarlos a terapia de pareja y hacer este matrimonio funcionar. —Sigue mi vista puesta en aquellas fotografías y de inmediato mi cerebro capta a un David bastante ebrio con un traje amarillo con rayas negras. ¿De dónde saqué ese traje? Tapo los ojos con mi mano para evitar seguir viendo aquella atrocidad—. Pero ya les dije que no se pueden divorciar aquí.

No presto atención a lo que le dice Natalie, quito la mano de mi rostro nuevamente y sí, joder, soy yo. ¡No puede ser! Estoy besando a Natalie, quien lleva un vestido rojo con botas blancas, y... maldita sea... ¿esos jodidos de detrás de nosotros son Paula y Marisol? Abro los ojos como platos. ¿Qué hacen esos jodidos ahí? Ambos miran a la cámara sonrientes.

Mátenme.

Alguien entra a la sala, no presto atención. Solo escucho la puerta abrirse y cerrarse, después el hombre intercambia unas palabras con la mujer odiosa detrás del escritorio y yo sigo viendo aquella maldita fotografía que jamás podré sacarme de la cabeza. Creo que voy a vomitar si no es por la voz del hombre que me interrumpe cuando dice:

—¿Tú eres Patricio? —Oh, mierda, me doy vuelta lentamente de manera vacilante y me encuentro a un hombre vestido de Elvis Presley. Él esboza una gran sonrisa—. Casi no te reconozco con esa vestimenta tan aburrida.

Me doy un vistazo rápido, pantalones negros, camisa manga larga de color azul y una corbata en tonalidades grises. Lo único que no pega ni con cola son las chanclas.

—Oh... bueno...

—¿Entonces tú eres Natalie? —Ahora mira a la chica, que le devuelve una sonrisa nerviosa y el tipo suelta una carcajada que ninguno de los dos comprende—. Increíble, la boda más divertida que he celebrado en los treinta años que tengo aquí. —Se acerca a mí y me extiende la mano, la

tomo por cortesía y me sacude tanto que temo me arranque el brazo. Después se va donde mi supuesta esposa y hace lo mismo con ella—. El señor y la señora Schmitt, oye, casi suena como aquella película de Brad Pitt y Angelina Jolie, *El señor y la señora Smith*. ¿La han visto? Pero, por favor, no vayan a matarse.

Comienza a cantar la *Macarena* y se aleja haciendo los ridículos pasos.

Miro a Natalie y ella me mira a mí. Después se vuelve a la señora que requiere su atención y yo pienso en lo miserable que es la vida.

Saben qué, adiós mundo cruel, tomo la silla en la que estaba y observo el barandal de la ventana que sostiene una cortina color *beige*, la llevo hasta ahí, me subo sobre el jodido asiento y con la corbata que llevo en el bolsillo hago un nudo en mi cuello y luego intento hacerlo en el barandal para colgarme.

—David, ¿qué diablos haces? —Natalie toma mi antebrazo y tira de mí hasta que caigo al suelo de nalgas. La miro con desaprobación.

—¿Saben qué? Mejor deberían ir a un psicólogo —menciona la mujer causante de esta atrocidad. Toma unas carpetas y se dispone a salir de aquel lugar cerrando de un portazo al pasar el umbral.

CAPÍTULO 7

Un día antes

David

20 cervezas más tarde

—*U can't touch this*. —Y comienzo a bailar al estilo MC Hammer, solo me faltan los pantalones abombados—. *Yo I told you can't touch this, can't touch this (oh-oh, oh-oh, oh-oh-oh). Can't touch this (oh-oh, oh-oh, oh-oh-oh)*. —Todos comienzan a aplaudir y a gritar sobre la mesa.

¿O es mi imaginación? No, definitivamente, soy todo un *rapstar*.

—Él fue Patricio Schmitt, señores —habla el hombre con canas que acaba de quitarme el micrófono.

—Yo soy Patriccccio... Schmittttt. —Levanto las manos y todos gritan golpeando las mesas con sus manos.

—Al parecer tenemos un ganador —agrega el señor del bigote—, Patricio Schmitt. —Maldita sea, gané, tomo el micrófono nuevamente mientras bigotes me da alguna cosa plástica en la que vomitaré luego.

—Muchas gracias. —Apenas logro articular—. Agradezzco este premio a ttodos, deszeara que eszto fuera la película de la chica que se mudda de África, para romperlo en pedazzoss y darle un trozo de plástico a cada uno. —El hombre me quita el micrófono y golpea suavemente mi hombro.

—Patricio Schmitt —todos gritan, aplauden y silban.

Maldita sea, dejaré la revista *Anderson* para hacerme cantante bajo el pseudónimo de Patricio Schmitt.

Me bajo del escenario de un salto, mis piernas flaquean, pero me aferro como un piojo de un hombre moreno parado casi a la par mía, él esboza una amplia sonrisa con una ceja enarcada, me suelto rápidamente y trago saliva; acomodo mi saco y camino como todo un macho alfa, pelo en pecho, lomo plateado, espalda de gladiador, barba de leñador... Okey, no, pero sí soy cien por cien hombre.

Al llegar a la mesa donde está la castaña que me hace compañía de inmediato se abalanza hacia mí.

—Erezzs un malditooo buenazooo para el cantooo. —Me besa, correspondo ese beso de la forma más caliente posible.

—Me encantaaan esozs labbios. —Toco esas cosas jodidamente preciosas con el dedo índice.

—A míí me encantazs tú. —Presiona su dedo índice en mi pecho y yo como que me enciendo. De inmediato da la vuelta y mis ojos se van por otro lado; la verdad, no solo me encantan sus labios.

—Messzzero —llamo a un hombre vestido de pingüino que pasa a la par mía—. Trááigamme una botella de vodddka para celllebrar mi vvictoriaaa.

Me siento frente a ella y la miro fijamente, sus lindos ojos castaños me miran con intriga. ¡Joder! Esta mujer es preciosa, soy el jodido Patricio más afortunado de este mundo.

—¿Cómo esz que no ti... enes novio siendo tann guappaa? —Siento que mi lengua pesa un kilo, ella esboza una sonrisa.

—Por... que... los hombres son unos perros mentirosos. —Se percata de sus palabras y de inmediato intenta corregirlas—. Bueno, no todossz.

—Odio lazs relaxzioness siemprre terrminass joddido. —No solo los hombres, también las mujeres son mentirosas.

—Szí, dímmmeelo a mí, mi ex se acostóó con dozs de miszs amigazss. Malditasss hijasz de putaaa. —Niega con la cabeza mientras se lleva un mechón de cabello detrás de su oreja.

—A míí me dejaronn por un tipooo con dineeroo un messz despueszz deee propponerleee matriiimonio. —Putá vida.

—¿Qué? —Se lleva un trago de cerveza a la boca mientras me mira intrigada y yo no puedo quitar mi mirada de su escote, aun ebrio puedo distinguir entre qué está bueno y qué está buenísimo.

—Tú y yooo deberíaamos caszarnossz, nos entendemoszz bastanteee. —Alterno mi mirada entre su busto y sus ojos.

—Tienezs razónnnn. Vámonos a las malditassxx Vegas hoyyy mismo. —Lanza una botella y se pone de pie de un salto.

¿Las Vegas? Suena bien. También me levanto y lanzo una botella.

—Y despuéssss tenemozzss setzo salvaje como los tipoozz esztos del Grey y la Anastasia.

—Sueennaaa bien, pero necesitamoozz damas de honor.

—Ya lasss tengo, prometida, iremos a hacerrr visitas a la cárcel. —La levanto en mis brazos, es tan liviana, pero... borracho, ni yo me aguanto y caemos al piso en la puerta de salida del jodido lugar... maldita sea.

Actualidad

Y aquí voy, en el hijo de la fruta *jet*, viendo por la hija de la fruta ventana las hijas de fruta nubes que pasan a la par mía; nótese que estoy intentando hablar educado pero de una forma que denota mi frustración y envidia hacia las malditas nubes... ellas no están casadas, son libres.

—*Say something I'm giving up on you...* —Adios soltería—. *Anywhere I've would followed you...* *Yeeeahhh*. —Juro que me divorciaré y volveremos a ser solo tú y yo.

—David. —Los gritos de Natalie me estremecen y doy un salto sobre mi lugar, sus tacones traquetean sobre la alfombra del *jet* y cuando volteo a verla trae su *laptop*.

—¿Qu...? —Pone su computadora frente a mis ojos y puedo ver... que... soy... yo... en... un... vídeo... en... internet... ¡Nooo!

Tomo la maldita computadora y la pongo en mis piernas para reproducir el puto vídeo, de inmediato que doy al *play* mi cara de borracho y drogado aparece y la mitad de mi cuerpo en el maldito traje amarillo. Me tiraré de este *jet*, lo sé, que alguien me amarre ahora mismo. Mucho más cuando veo el encabezado del vídeo:

David Schmitt y Natalie Carson se casan en Las Vegas

Mi corazón... se detiene.

—*Holaaaa, mundo precioso allá afuera*. —Natalie está a la par mía sonriente con ese jodido vestido ridículo—. *Hago anuncio formal de que he contraído matrimonio con esta precioso mujer, Natalie Constanza*. —De inmediato ella pone sus ojos furiosos en mí, pero la ignoro—. *Carson ahora Schmitt, la amo y juro que nunca me divorciaré de ella porque es la mujer de mis sueños más húmedos*. —Tapo mi rostro con ambas manos, no puedo seguir viendo esto—. *Holaaaa*. —Esas voces, yo las conozco, levanto la mirada nuevamente—. *Yo soy Paula, y yo Marisol, y juntas soooooomos las damas de honorrrrr*.

De inmediato cierro la computadora y hundo mis dedos en mi cabello, yo... moriré...

—Maldita sea... ¿Qué voy a hacer? —Miro para todos lados hiperventilando.

—No es todo... —me interrumpe ella, aclarando su garganta—. En mis redes sociales... —Hace una pausa que me desespera más y yo abro los ojos como platos—. Hay fotos de todo el supuesto matrimonio y tengo más de cuatrocientos mil seguidores. —Mira en otra dirección y yo, bueno, yo estoy pensando seriamente en dejarla viuda.

Contemplé muchas veces lanzarme por la ventana del avión, pero mi vida es muy fabulosa como para dejarme vencer por un maldito matrimonio. ¡No me vas a derrotar, maldito matrimonio del demonio! Aunque ahora no sé qué voy a decir... ¿Qué va a ser de mí? Soy David Schmitt, se supone que soy uno de los solteros más codiciados. Acomodo mi corbata mientras camino a paso firme por el parqueo de la empresa cuando de pronto mi maletín se abre, dejando caer todos mis papeles al suelo... húmedo.

—¿Por quééé, Dios? —Miro hacia arriba—. ¿Por qué me haces esto? ¿No fue suficiente con la maldita boda, el traje y las Kitty Dolls?

Lloriqueo, aunque no me sale ni una lágrima, recojo los papeles cuando miro a Simon el guarda de seguridad mirarme con intriga. Aclaro la garganta y me levanto de golpe, acomodo los papeles y paso a la par suya con una sonrisa.

—¿Un mal día, señor? —pregunta y yo niego con la cabeza porque este no es un mal día, es el peor de todos los malos días. Apuesto que si hacen un certamen Miss Mal día este día les ganaría a todos los malos días.

Y ya basta de decir la maldita palabra *día*. Pero lo es, no es un mal día, es un día terrible.

—Todo perfecto. —Sonrío tanto que el gato de *Alicia en el país de las maravillas* envidiaría la sonrisa que le estoy mostrando a Simon, cuando solo quiero decirle a él que mi vida es un completo caos y solo quiero ser arrollado por un autobús.

—Eso es genial. Que tenga buen día, señor Schmitt. —Buen día, ¡claro! Muy buen día tendré hoy buscando la forma de divorciarme y no volverme a casar nunca.

Natalie

Ya es tarde, se supone que debo de estar trabajando... Hoy me despiden, lo sé. Camino a toda prisa por el parqueo mordiendo la uña de mi dedo índice, estaré casada y desempleada, seré una ama de casa, de esas que hornean galletas y esperan a sus esposos en casa, no... esa no es mi vida, no tengo un buen trabajo solo para echarlo a la borda por casarme, no señor.

Atravieso la puerta principal y mis nervios se notan, no sé por qué preocuparme más, si por estar casada o porque vengo tarde. Observo que llevo un estúpido anillo de plástico en el dedo anular, de inmediato me lo quito y lo guardo en el bolso... No, ni siquiera me pudo comprar un anillo de verdad... no, fue uno de plástico... yo y mi buena suerte con los hombres.

No veo a nadie en los pasillos, eso es extraño, siempre algún camarógrafo o productor o lo que sea se pasa por estos pasillos. Me preparo mentalmente antes de entrar al set, acomodo el vestido que llevo para entrar a lo que posiblemente sea mi despido, respiro profundamente y al abrir la puerta...

¡No!

Mátenme.

—¡Felicidades! —Todos comienzan a aplaudir y veo el rótulo tras ellos «Feliz matrimonio, Natalie». ¡Por Dios! Ni siquiera hacen eso en mis cumpleaños, quiero encerrarme en un baño y no salir hasta que los chinos hayan dominado el mundo.

—Natalie, no puedo creer que no me invitaste. —Ese fue mi jefe, él se acerca a mí diciendo estas palabras. ¿Cómo iba a invitarlo?

—A nadie, de hecho —grita Carmen, sé que cuando quiere liarla lo hace, mucho más si se siente indignada, como ahora. Desde el otro lado de la sala está comiéndose un donut glaseado lanzándome dardos feroces con la mirada y yo solo puedo darle una sonrisa o lo que sea que fue el gesto que hice en estos instantes—. ¿Qué? Un simple mensaje de texto con algo que hubiese dicho «Carmen, me caso en Las Vegas, ven conmigo» no hubiera estado mal.

Cállate, Carmen, maldita sea.

Vuelvo a lanzarle una mirada de desaprobación y le hago un gesto de cerrar la boca con cremallera aprovechando que nuestro jefe no nos está viendo. Él tiene su vista clavada en unos papeles y me temo que sea mi despido.

—Bu... bue... no —balbuceo, rasco la parte de atrás de mi cabeza, no sé qué decir, siempre improviso frente a la cámara y hoy, precisamente hoy, no se me ocurre nada bueno por decir—. Es que... fue de improviso, así queríamos hacerlo mi esposo y yo... en Las Vegas, sin pensarla mucho. —Trago saliva, no... no puedo creer que todos sepan esto.

—Lo sé, la verdad te admiro... —habla el señor Williams, mi jefe—. Yo pensé más de un año el casarme con mi exesposa o no, la verdad no resultó como pensé; mi punto es que las cosas que menos se piensan son las que mejor salen. —Estoy comenzando a transpirar y a punto de arruinar

mi *manicure*—. No sé qué haces aquí, según las leyes de este maravilloso país tienes unos días libres para disfrutar tu luna de miel.

Él camina en dirección a la puerta detrás de mí y miro a mis compañeros esbozando una amplia sonrisa.

—Hay un pastel. ¡Vaya! —exclamo y quiero sacarles en cara que ni para mis cumpleaños hacen tremenda tontería.

—Oh, sí, hay pastel. —Escucho al señor Williams a mis espaldas—. Ya casi lo olvidaba, siendo así me quedo un rato y nos cuentas cómo fue que surgió esa historia de amor.

Oh, Dios mío, yo... aclaro la garganta y asiento con una fingida emoción que no sé de dónde pude sacar ahora entre tanto *shock*.

—Bueno... —Tomo un lugar que me ofrecen y observo a todos tirar de sus banquetas y hacer un círculo a mi alrededor, esto pasa por trabajar en uno de los canales televisivos más grandes de cotilleos.

No sé de dónde inventé una historia de amor digna de un libro de Nicolas Sparks, a decir verdad, pensé todo el tiempo que la idea descabellada sobre mi despido del programa no estaba tan mal luego de las cosas que tuve que inventarme. Creo que me quedaría genial plasmar todo lo que dije en un libro porque merecía galardones de los mejores premios de novelas románticas que pudieran existir, de ficción, claro, porque esto ni de coña le pasaría a alguien en la vida real.

Luego de ver las caras de todas mis compañeras de trabajo y sus suspiros por cada cursilería que se me ocurría me di cuenta de que tenía ganado mi pase VIP al infierno. Y antes de seguir cavando más hondo este pozo de la mentira, me inventé una excusa para salir corriendo de ahí, porque ya no soportaba más preguntas al respecto. Fui al baño y me encerré en un cubículo por un buen rato.

—No puedo creerlo, ¿es este el tipo que se casó con Natalie? —Estoy enviándole un mensaje a David cuando reconozco la voz de una de las chicas del canal, escucho sus pasos aproximarse e intuyo que va con alguien más, se detienen en el espejo y por precaución subo mis pies al váter.

—Así es, mira qué bien guardado se lo tenía, la condenada, con un tipo así hasta yo me casaría sin pensarlo en Las Vegas. —Escucho a la otra mujer que la acompaña y luego unas risas de ambas. Dios, ¿todas las mujeres tienen que ponerse así con David?

—Pero, ¿crees que sea verdad? ¿Todo eso que nos contó? —Pregunta la otra mujer, que sé que se trata de la que conduce el programa de cotilleos, la rubia alta con una afición por los estampados de animales—. Casi me suena a que eso lo vi en alguna película, pero no recuerdo en cuál.

Mierda.

—A mí también, pero solo espero que algún día me pase algo igual y con un bombón como ese. —Más risitas de parte de ambas y yo quiero tapar mis oídos para no seguir escuchando más atrocidades.

Salgo del baño unos minutos después de que ambas chicas se hayan retirado, lo último que quería era que se dieran cuenta de que yo estaba ahí mientras lanzaban tantos halagos para David, quien se supone es mi esposo, pero el que más me molestó y me contuve para no sacar el Hulk que llevo dentro y rasgar este bonito vestido Armani, fue:

—Yo no veo a Natalie una mujer de matrimonio. Te apuesto a que se divorcian pronto.

Eso me hizo recordar la llamada de mi madre esta mañana, una de las razones por la cual necesito pensar mejor qué hacer ahora, los errores se cometen siempre, pero es lo peor que te

puede pasar cuando lo haces al ojo del público, no es algo que se pueda borrar como un tatuaje, hubiese preferido amanecer con el nombre de David en mi antebrazo que casada y con vídeos en internet. Es necesario afrontar esto como adultos, no tengo ni la menor idea de qué hacer, pero tal vez estar casada no debe de ser tan malo.

Camino por el parqueo de regreso a mi auto, un tanto cabreada, sí. El viento azota fuerte y siento que peinarme hoy ha sido una completa pérdida de tiempo, comienzo a teclear rápidamente un mensaje para David y que entienda el caos en que esto se puede convertir para ambos.

—Natalie. —Oh, Dios, es Carmen. Pretendo hacer ver que no la he escuchado, pero entre más avanzo escucho su voz más cerca—. Natalie, espera.

Me doy media vuelta, titubeante. Tal vez fingir un desmayo ahora no sea tan mala idea, recuerdo una vez en la secundaria, cuando de la impresión olvidé lo que tenía que decir en una exposición muy importante de mi clase, tal vez la más importante para pasar el año escolar. No era muy buena hablando en público y me quedé en blanco al ver la mirada de todos mis compañeros puesta en mí, tragué saliva como tres veces y no se me ocurrió nada mejor que fingir un desmayo y una convulsión, incluso comencé a babear, porque es lo que había visto en la televisión, todos se alarmaron, tanto así que llamaron al director y el maestro puso un lápiz dentro de mi boca. Me trasladaron en una ambulancia hasta el hospital y me hicieron tantos exámenes que no dieron ningún resultado. Fue lo primero que le conté a Alex, mi mejor amiga, cuando nos conocimos, se carcajeó tanto que hasta olvidamos la verdadera razón por la que nos estábamos conociendo, ambas salíamos con el mismo chico.

—¿Sí? —digo, aclarando la garganta cuando me doy cuenta de que no podría hacer eso ahora, trabajo en un programa de televisión y esto puede ser noticia después. Lo que menos quiero es seguir llamando la atención—. Tengo prisa.

—¿Cómo es eso que te casaste? ¿Qué diablos te pasa? —habla jadeante, intenta llenar sus pulmones de aire inclinada con las palmas de sus manos sobre las rodillas—. Maldición, necesito hacer cardio.

—Bueno...

—¿Dónde quedó el juramento que no ibas a cometer el mismo error que yo?

—Esto es diferente.

—Vas a decirme que están súper enamorados y por eso decidieron casarse, porque amiga, eso ya lo viví y lamento decepcionarte, pero no funciona.

—Carmen, fue en Las Vegas, estaba borracha —siseo, ella se endereza y cruza los brazos sobre el pecho—. No fue un matrimonio, bueno... que en realidad haya querido.

—Pero dijiste que no salías con nadie.

—Es una larga historia, Carmen —contesto cuando mi celular suena. Me percaté de que es David y dejo la lectura de su mensaje para más tarde.

—Bueno, yo tengo tiempo. —Aprieto el puente de mi nariz entre mi dedo pulgar y el índice, me debato interiormente si contarle o no. Ella es mi amiga, sí, me ha confiado muchas cosas, hemos trabajado en caridad juntas, he sostenido su cabello mientras vomita y habla de lo maldito que ha sido su ex; pero esto es algo más grave, algo que puede perjudicarme socialmente si ella llega a hablarlo con alguien—. Porque yo no te creo todas las mentiras que dijiste allá adentro.

Mierda.

—Si te cuento, júrame que no vas a decirle a nadie. —Ella hace un gesto de cerrar una cremallera en sus labios, asiente y tiende sus manos hacia el comedor frente a las instalaciones del canal—. Porque si esto sale de aquí...

—Me ofendes. —Comienza a caminar y yo tomo una calada de aire, lo suelto lentamente mientras camino en la dirección que me indica y pienso si esto en realidad es buena idea o no. No es algo de lo que me enorgullezca, pero no estaría mal escuchar la opinión de alguien que no cree ni quiere creer en el amor.

Escribo un mensaje a David a medida que avanzamos al lugar, le menciono que tal vez me tarde un poco, pero nuestro encuentro queda en pie, no le digo que Carmen sabrá las estupideces que hicimos, él puede estarlo pasando igual o peor que yo; no, peor no creo. Casi de inmediato contesta, su respuesta es un simple «Está bien». Puedo respirar, por ahora. Es una estupidez lo que pienso proponerle, pero solo espero que acceda o me declare muerta desde hoy mismo.

CAPÍTULO 8

David

—Mi King Kong no necesita estimulantes, mi King Kong es todo un orangután. —Hago sonidos leves con los puños contra mi pecho al estilo gorila y todos gritan eufóricos, no puede ser. Llevo mis manos a la frente intentando tapar mi vergüenza al ver este vídeo.

—Un orangutááááán. —Más gritos y escucho de fondo cómo aclaman a Patricio Schmitt. Trago saliva. ¿Qué es esta mierda? Y para rematar las cosas, uno de los estúpidos en trajes de *ballet* me pasa un cigarrillo y yo doy una larga calada... esperen... eso no es un cigarrillo. ¡No puede ser!

—ACABO DE FUMARRR MARIHUANNNNAAAA. —Más gritos eufóricos—. ACABO DE...

Detengo el maldito vídeo de inmediato y me quedo en *shock*, viendo hacia un lugar dentro de mi auto, no sé cuántos minutos pasan y yo en esta misma posición, esto es peor que aquel vídeo mío bailando en una tanga roja, aquel que la maldita de Sara le envió a Oliver para chantajearme, yo no quería una relación formal, tampoco quería darle diez mil dólares.

Bueno, ¿por qué querría una relación formal con una chica que quería diez mil dólares, mi auto y mi casa a su nombre?

Pero ese vídeo no era ni la mitad de vergonzoso que este.

Adiós vida increíble de David Schmitt, adiós chicas calientes, adiós respeto; espero ese vídeo no esté en internet, porque me tiro de la cúspide del edificio Anderson. Dejo caer mi cabeza sobre el volante produciendo un sostenido pitido del claxon, ya no tengo motivos para vivir, mi celular suena y levanto la cabeza para tomar el estúpido aparato que está sobre el asiento del copiloto, estoy seguro es otro de mis socios felicitándome por el “gran paso”.

Tomo el celular y observo la pantalla... Es Natalie.

Y su fotito en traje de baño es la que se muestra en mi pantalla, sí, esa había puesto para su número de contacto. Decido cambiarla porque no es sano para mi bienestar emocional; pero antes, reviso su mensaje.

«Ya estoy llegando. El tráfico está pesado».

Ni siquiera contesto, me quedo viendo aquella foto una y otra vez. Tal vez no sea tan malo estar casado con ella. Estar casado con ella significa sexo todas las noches.

Pero analizándolo desde otra perspectiva, cuando quieres tomar leche no te compras una vaca entera, no puedo estar casado solo por sexo con ella si puedo conseguirlo sin compartir esos escalofriantes papeles firmados.

Pero bueno, también depende de qué tan seguido quieras tomar leche... es economía básica. Qué mierda estoy hablando.

Vuelvo a dejar caer la frente sobre el claxon. Estoy comenzando a odiar mi vida.

El maldito celular vuelve a sonar: «Amiguis Marisol» se muestra en la pantalla. ¿Amiguis Marisol? Qué p... Y para rematar las cosas, la foto de contacto es de él o ella, lo que sea, junto a mí con ese jodido traje amarillo; oficialmente, el día de hoy odio el amarillo. Respiro hondo, había dejado a estos dos tipos en las Vegas, ojalá se queden allá para siempre. Ahora tendré que cambiar de número.

Paso las manos por mi cara a modo de frustración mientras consigo el valor para salir del auto y caminar hacia el interior del restaurante en el que había quedado con Natalie. Vamos David, tú puedes. Tomo una calada de aire y salgo, mis zapatos tocan el pavimento y tengo la sensación de que todos me miran, debe de ser mi imaginación.

Camino hacia el lugar y antes de llegar a la puerta dos chicos bastante jóvenes se me acercan haciéndome ahogar un grito. ¡Maldita sea!

En mi defensa, creí que eran asaltantes. Pero al ver la cara de desconcierto de ambos al verme puedo casi asegurar que no. De inmediato, acomodo mi saco y aclaro la garganta, ellos sonríen ampliamente.

—¿Tú eres Patricio Schmitt? —¿Patricio Schmitt? ¿Qué? Miro a ambos con extremo desconcierto y sus rostros son de exaltación en estos momentos—. ¡Amigo, eres increíble! Tus vídeos en internet son lo máximo.

Esperen... Puta... mierda... vídeos... dijo... vídeos...

—¿Qu... qué vídeos? —digo, trago saliva... no, ya esto no.

—¿Cómo que qué vídeos? —habla el gemelo perdido de Ron Weasley—. *Can't touch this* de MC Hammer, *Thriller* de Michael Jackson y la *Macarena* con un traje amarillo con rayas.

Mis ojos se desorbitan. ¡Ay! ¡Me muero! ¡Juro que me muero! ¡Agárrenme! Ángeles, vengan por mí, yo ya no tengo una misión en este mundo, no vale la pena vivir, mejor llévenme, sáquenme de esta pesadilla, mándenme la jodida luz que me transporta a la otra vida. ¿Cómo puede ser posible que vídeos de este tipo circulen por la red? Mis amistades, mis socios, las chicas... Patricio Schmitt, vídeos en internet. ¿¡Qué!?

—Hermano... queremos tu autógrafo. —Sacan un bolígrafo y yo aún no vuelvo a la vida. Mandaré a borrar esos malditos vídeos antes de que alguien más los mire. De hecho, antes de que Oliver los mire.

No por miedo a perder mi trabajo, sino por miedo a que se burle de ellos de por vida.

—¿Q...? ¿Qué? Esperen... ¿Cómo son esos vídeos?

El pelirrojo saca su teléfono celular, estos chicos no tienen más de veinte años. Él pone la pantalla frente a mis ojos y ahora un evidentemente tomado David Schmitt acapara la pantalla, comienza a sonar la *Macarena* y soy yo moviéndome al ritmo de la música. Santos... seres... de... ciudad... almeja...

—Santo cielo... ¿tienen idea de cómo borrar esos vídeos?

—Oh, por Dios, no vayas a hacerlo, eres la sensación de internet, hasta deberías considerar ser *Youtuber*.

Youtuber, claro. Me río, no puedo creer esto. Aunque voy a tenerlo en cuenta en caso de que me despidan.

—¿Te tomas una foto con nosotros?

A la mierda, disfrutaré de los quince minutos de fama de Patricio Schmitt, tomo el bolígrafo y autografo la camiseta de ambos, no sé de dónde saco un súper ingenioso autógrafo de Patricio Schmitt en el que solo logran entenderse la P y la S. Por último, me tomo la foto con ambos y antes de entrar al lugar los dos tipos sonrientes me dicen:

—Así se celebra un matrimonio, hermano.

Qué día más loco.

Entro al lugar a zancadas, tendré que ir a afeitarme mi barba para que nadie me reconozca. Mejor no, prefiero ser Patricio Schmitt que quitarme la sensualidad que le da una barba al rostro masculino. Tomo asiento en una mesa frente a un gran ventanal con vistas al parqueo, recargo la

espalda en la silla mientras la espero. ¿Patricio Schmitt? Río, qué nombre más jodido para hacerte famoso. Maldita borrachera.

Mi vista enfoca el auto de Natalie en el parqueo y de inmediato la castaña sale del vehículo y acomoda sus gafas de sol, no puedo evitar notar cómo la vista de varios hombres presentes se postra en ella, y eso a cierto grado me incomoda, se supone que es mi vaca, no física sino económicamente hablando. Ya saben, *vaca* significa leche gratis, *esposa* significa sexo gratis.

Ya basta, David. Concéntrate.

Su mirada se topa con la mía al entrar al lugar, mi celular suena y veo que es un mensaje de otro socio... no puede ser verdad, más felicitaciones. ¡Mierda!

Natalie viene hacia mí a paso rápido, observo cada uno de sus movimientos y cómo todas sus curvas se realzan con un minivestido blanco con mangas largas que lleva puesto. Había ido a su casa a cambiarse, puesto que no era eso lo que llevaba esta mañana. Casi me pierdo en la forma que contonea sus caderas a la perfección, luce como una modelo de pasarela, y esto que yo he estado con muchas modelos de pasarela, me tengo que jactar.

Pero no sé qué tiene ella que la hace especial, tal vez la forma tan perfecta en la que maneja esos zapatos altos como una profesional. Mucho peor cuando muchos ojos la miran, no sé cómo no se siente incómoda. Se quita los lentes de sol y ahora los lleva a la cabeza. Observo que sostiene un periódico y cuando está muy cerca de mí lo pone frente a mis ojos y suspira dejándolo caer sobre la mesa.

—Qué caída, ¿no crees? —exclama poniendo su bolso sobre la mesa, toma el lugar frente a mí. Aún puedo ver cómo todos nos miran... O la miran a ella más bien, ya no sé.

Tomo el periódico y de inmediato llama mi atención la fotografía de la primera plana, soy yo con ella y para rematar la situación es la foto extraída del jodido vídeo que circula por internet.

«Natalie Carson contrae matrimonio con el empresario David Schmitt en Las Vegas»

No puede ser.

Me llevo una de las manos a la cabeza mientras mis ojos recorren aquel montón de letras. Continúan hablando de Natalie y de mí, posteriormente un sinnúmero de estadísticas sobre una encuesta a personas que prefieren casarse en Las Vegas.

—¿Qué mierda...? —exclamo sin despegar la mirada de aquel jodido papel. Mi vida se ha arruinado—. ¿Cómo es que esto ocupa primera plana?

—Soy presentadora de uno de los programas más vistos en este país. Y tú eres empresario.

—Soy el perrito faldero de Oliver Anderson, yo nunca tengo tanto protagonismo. —Ella rueda los ojos, pero esboza una sonrisa, tomo una prolongada calada de aire y agarro el valor para las siguientes palabras que voy a decir.

—No nos podemos divorciar. —Para mi sorpresa, ella ha dicho lo mismo y al mismo tiempo. Sus ojos se agrandan y luego frunce el entrecejo, creo que yo hice lo mismo y al mismo tiempo. ¿Qué carajo...?

¿Desde cuándo nos sincronizamos?

—Es genial que tú pienses igual —digo, así no me siento estúpido por ser rechazado. Ella intenta sonreír, pero no le sale. No es una decisión muy agradable y yo no sé qué gesto debo estar poniendo.

—Mi madre me llamó esta mañana, también vio el periódico. —¡Oh, por Dios! Lo más seguro es que ahora tenga que ir a conocer a la suegra—. Mis compañeros de trabajo tenían una enorme

pancarta que decía «Feliz matrimonio, Natalie». No puedo simplemente decirles que me voy a divorciar. —No puedo evitar reír, aunque con una risa desganada que casi me dan ganas de llorar.

—Solo espero que en mi próxima reunión no me hagan eso —me mofo, comienzo a imaginármelo, maldita sea.

Qué trauma.

—¿Cuánto tiempo crees que debemos mantener esto? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos. Se lo agradezco, ya por mi mente estaban pasando miles de escenarios en los que me tiro por la ventana, luego de encontrarme una enorme pancarta que diga «Feliz matrimonio, David».

—Hasta que las cosas se calmen, supongo. —Vacilo por unos instantes. ¿Y qué tal si las cosas nunca se calman?—. Digo, no es usual ver a David Schmitt casado. Mientras tanto, tenemos que hacer como si todo estuviera funcionando de maravilla.

No puedo creer que yo dijera eso.

—¿Tendríamos que vivir... juntos? —Ella pregunta frunciendo el entrecejo, esa parte no la pensé. Yo no me imagino viviendo con nadie. Pero bueno, vuelve a mi cabeza el asunto de la vaca.

—¿Vivir juntos? ¿Significa que tendrías que dormir conmigo? —Natalie de inmediato me mira fijamente. Pero no viéndome en sí, sino pensando, imaginándose esa situación donde tiene que compartir cama con alguien que apenas conoce. Lo sé, porque es lo que estoy pensando justo ahora.

—Yo... no lo creo necesario —habla finalmente. Su espalda choca con el respaldo de la silla y en parte siento decepción. ¿Voy a tener que estar casado sin siquiera poder disfrutar de la que se supone es mi mujer?

—Bueno, yo vivo solo y el resto de las habitaciones de mi casa están sin amueblar. —No es excusa, es verdad. Solo tengo un sofá cama en uno de ellos, y qué clase de caballero sería si la dejo dormir ahí.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿Qué pasa cuando te visitan?

—Yo no tengo familia, Natalie.

Vuelvo la mirada al periódico, no quiero que me haga más preguntas porque no quiero hablar al respecto. Por suerte no las hace. Nos quedamos en silencio por unos cuantos minutos hasta que su voz me interrumpe:

—Bien, entonces... supongo que así será. —Suelta, apoyando sus codos sobre la mesa—. Pero... Alex, no puedo simplemente irme y dejarla con todos...

—No te preocupes por ella —la interrumpo, ojeando otras páginas del periódico—. Solo le digo al caga-billetes que la invite a vivir a su casa y créeme que los dos estarán más que fascinados.

—¿El caga-billetes? —cuestiona y yo me río, solo espero que no vaya a decirle nada sobre cómo lo llamo en secreto, aunque un par de veces se me ha escapado.

—Sí, en muchas ocasiones me he sentido tentado de revisar el sanitario luego de que acuda a hacer sus necesidades, tengo la sensación de que en vez de caca me encontraré un rollo de billetes de cien dólares. —Ella suelta una risa, miro alrededor esperando que no haya llamado la atención. Al parecer, está más relajada que yo. O aparenta estar más relajada que yo, porque la verdad que estoy a punto de tirar todo aquí y salir corriendo a encerrarme en una cueva.

—No sé qué es peor. —La escucho, quitando mi vista del periódico para concentrarme en esos ojos de chocolate—. Lo que acabas de decir o la seriedad con que lo dices.

—Constanza, yo soy bien serio.

—Sí, claro, por eso gritabas que eras Patricio Schmitt arriba de una mesa bailando...

—Shhh —siseo interrumpiéndola, llevando el dedo índice frente a su cara—. No... no sigas... no quiero recordarlo. Oye, ¿tienes idea de cómo se borran vídeos de internet? Tiene que desaparecer toda la evidencia de aquella noche.

Ella hace un gesto, sé qué comprende a qué me refiero.

—No, pero conozco a alguien.

CAPÍTULO 9

David

Maldita sea, ya es tarde, no sé por qué desperté a estas horas, yo nunca llego tarde a ningún lado. ¡Odio llegar tarde! Corro de un lado a otro con desesperación, salgo corriendo al baño, el agua no cae. ¡No hay agua! Puta mierda... me iré sin bañar, no tengo otra.

Me visto y ni siquiera me percató de lo que me estoy poniendo, el pantalón no me queda, y es que estoy metiendo la pierna donde no es. Caracoles.

Conduzco a la empresa, siento que el auto no avanza, golpeo el volante y hay una gran fila de autos. ¡No puede ser! Ya ha pasado una hora desde que se supone que estaría en esa reunión.

Por fin llego, luego de dos horas... ¿Con qué cara me presentaré ante mis socios? Entro a la empresa, no hay nadie caminando por ahí y eso es extraño.

—¿Cómo estás, Patricio? —Sonríe la recepcionista. ¿Qué? ¿Qué, qué, qué?

Voy hasta la sala de reuniones, todos están ahí, la reunión no ha iniciado, esto es bueno... Sonríe ampliamente, todos sus ojos están sobre mí, me voy a disculpar cuando de pronto dejan caer una pancarta y llevo mis ojos al letrero intentando descifrar aquellas letras.

«Feliz matrimonio, Patricio»

Todos aplauden y se ponen de pie, el vídeo donde digo que King Kong es un orangután comienza a reproducirse, a plena sala, con más de cincuenta personas importantes.

Ellos ríen. Todos ríen.

—Lindo traje —dicen Paula y Marisol, parándose frente a mí. ¿Qué hacen estos tipos aquí? Vuelvo a ver mi traje y es el jodido traje amarillo con rayas.

Me están tomando fotos. Todos me toman fotos.

¡No, no, noooooo!

Despierto de golpe con el sonido estruendoso de mi celular, me incorporo de inmediato quedando completamente sentado sobre el colchón de la cama. Miro alrededor con desespero, sudores recorren mi frente, estoy hiperventilando.

—Es mi cama —digo mientras comienzo a palparla—, es mi cama, maldición.

Solo fue un sueño, un jodido sueño. Intento respirar tranquilo. Solo fue una pesadilla. Tranquilo, David.

Me dejo caer sobre el delicioso colchón de mi cama, solo fue una maldita pesadilla. Me tapo la cara con ambas manos y luego extendiendo una con la intención de buscar mi celular, que está en algún lado enredado entre mis cobijas. Anoche había estado escribiéndome por WhatsApp con Andi, bueno, yo dejé de escribirle cuando comenzó a reñir sobre mi matrimonio. ¡Claro! ¿Ella puede estar casada y yo no? Mi celular sigue sonando, debe ser Natalie, se supone que hoy la traería a conocer mi casa y acordaríamos cómo dividir nuestro espacio en este lugar.

—Maldito celular. ¿Dónde estás? —Sigue sonando y yo no doy con él. Intento palparlo entre las sábanas, pero no lo encuentro—. Mierda.

Ese sonido me desespera. Cuando por fin alcanzo a cogerlo, observo que es un número desconocido. Frunzo el entrecejo, nadie me llama de números desconocidos, a no ser que sea de la empresa, pero si Anderson no está nadie me llama de la empresa.

—¿Hola? —digo al descolgar, mi voz rasposa delata que justo me acabo de despertar y no sé qué excusa pondré si es alguien importante.

—David. —Escucho del otro lado, de inmediato reconozco esa voz, mi cerebro se activa al igual que todas mis terminaciones nerviosas, poniéndome tenso de inmediato. Siento algo estrujarse en mi interior, siento que un puñado de grava se ha instalado en mi estómago. Por un momento me quedo petrificado y no encuentro qué decir o qué hacer. Yo... no... ¿Qué?

—¿Por qué diablos me estás llamando? —Es lo único que logra salir de mí a un tono reñido, la verdad que saber de ella no me pone feliz y lo sabe, creo que fui claro justo en el momento de decirle que esperaba no se volviera a comunicarme jamás—. Te dije que no quería volver a saber de ti el día que me dijiste que te ibas a casar...

Tenía más por decir, pero me quedo callado, porque esto es algo que ya no debería importar, así como también su llamada en este momento.

—Yo... —habla y hace una pausa—, es solo que... ¿Te casaste?

Cuelgo, esto no puede ser cierto. Años... años de no saber de ella y el peor día de mi vida se le ocurre venir a empeorarlo con tremenda tontería.

Me llevo la mano a la cabeza buscando paz interior, mi cerebro va a explotar, lo único bueno de mi día es que recibí un correo sobre los vídeos ya siendo borrados de internet. Finalmente, el amigo de Natalie, al que miré con recelo todo el tiempo por la forma en que le hablaba a la que se supone es mi chica —porque lo es, al menos por este tiempo que esté conmigo— logró entrar a la cuenta de que había subido los vídeos.

Mi celular vuelve a sonar, por un momento estoy tentado de lanzarlo contra la pared, pero por suerte no lo hago, no es ella. Es Natalie.

—Constanza, ¿estás lista? —digo, antes que ella siquiera hable. Escucho su silencio, hasta que finalmente contesta.

—De hecho, estoy frente a tu casa, Patricio. —Me indigno. Patricio, qué jodido nombre más traumático.

Alto ahí. ¿Dijo que ya está afuera? Maldita costumbre de las mujeres de hacer lo que les da la gana.

Me pongo de pie de un salto para mirar por mi ventana, sí, no bromea. Salgo corriendo hacia el baño, me lavo los dientes y la cara para no verme adormilado y me cambio la ropa. Comienzo a meter todo mi desorden debajo de la cama y ahora sí bajo las escaleras hasta la sala.

Observo por la cámara que da hacia el exterior para cerciorarme si no he confundido su auto, pero no, ahí está la castaña, no está sola, habla con alguien y es con el portero. Ambos sonríen, ambos se miran y él gentilmente al parecer le está dando unas direcciones por la forma que mueve su mano derecha, demasiado gentil.

Alguien quiere robar mi vaca. Y es el portero.

Voy a toda prisa hacia el portón y ahí está ella, acomoda su cabello detrás de la oreja; de inmediato esboza una sonrisa al verme y yo hago lo mismo. No puedo evitar notar su abdomen marcado, lleva un traje deportivo que deja a la vista esa parte.

Tiene un *piercing* en el ombligo. ¡Dios! Ni siquiera recuerdo ese *piercing*.

—Natalie —hablo, tomando su antebrazo—. ¿Entramos? —Puedo ver la cara del sujeto volverse completamente seria al escuchar mi voz. Debería, yo le pago a su agencia por su servicio. Natalie esboza una sonrisa hacia él a modo de despido.

Cierro el portón y de inmediato ella se adelanta mirando alrededor. Maldita sea, qué bien se le miran esos *leggings*.

—Camilo es agradable —me dice girando levemente hacia mí. Llevo la vista a otro lugar.

—Por supuesto, contigo. —No dudo en responder—. Creo que ni con su esposa es tan amable. —Ella de inmediato me mira y suelta una leve risa—. ¿Qué? Deberías saber que ahí afuera hay hombres que intentarán algo...

—David —me interrumpe—, no soy ingenua. ¿En serio crees que yo no vi cómo escondía la mano izquierda en su bolsillo? ¿Su mano con un anillo de matrimonio? ¡Vamos! No tengo quince años. —Dicho esto vuelve a caminar en dirección a la puerta. Al menos es lista.

Abro la puerta de mi casa y de inmediato mis ojos enfocan unos calzoncillos sobre el sofá. ¡No puede ser! ¡Yo creí que ya lo había recogido todo!

—Na... Natalie, mira este cuadro de acá. —La giro tomando su antebrazo y ella primeramente frunce el entrecejo, pero luego mira el jodido cuadro pegado de la pared—. ¿Bi... bien interesante? ¿No?

—¿Cómo supiste que me gusta el arte? —Yo no lo sabía, solo quiero esconder esos jodidos calzoncillos.

—Sa... sabes... sé que son árboles... pero... —Me voy alejando lentamente de ella—. Dicen que todo cuadro tiene un significado.

Corro hacia el jodido sofá y tiro los calzoncillos debajo del mueble. Ella se gira hacia mí luego de analizar el cuadro y me lanzo sobre el sofá de piernas cruzadas como si nada ha pasado.

—Bueno, es obvio que es un árbol genealógico. ¿Lo observas? —Me señala el cuadro y se gira nuevamente.

—Sí... sí, claro. —Reviso debajo si los calzoncillos no se ven... sí, todo bien.

—De hecho, si lo miras detenidamente son dos árboles unidos y a los extremos forman el contorno de un rostro de mujer y otro de hombre... unido a su raíz hay un retoño, que es obvio que simboliza un hijo. —Frunzo el entrecejo y me levanto para caminar en dirección al cuadro, ella se voltea nuevamente en mi dirección—. El significado es la familia.

—Yo solo miraba un jodido árbol con hojas rosas. —Me paro frente al cuadro, y solo pensar que se lo compré a un vagabundo para que se fuera a beber alcohol tranquilo.

—Un punto a tu favor, la familia para ti significa mucho. —La miro con desaprobación. No, ni siquiera intento ocultarlo. Ella solamente sonrío y camina en otra dirección. Solo espero ya no haya más calzoncillos por ahí. Mi celular suena en el bolsillo del pantalón mientras la sigo, lo saco y observo nuevamente el mismo número sin registrar del que Brittany me llamó.

Luego de un extenso recorrido por mi casa y Natalie deteniéndose en cada cuadro que mira, dándome interpretaciones, ya me siento exhausto.

—Me gusta tu casa —dice cuando llegamos a la cocina. Le había ofrecido jugo, pero creo que ni eso tengo—. Pero es triste.

Mi casa no es triste.

—Está bien así, a mí me gusta —me defiendo, cruzándome de brazos, recargando mi hombro sobre la pared—. ¿Y bien? ¿Cuándo te mudarías?

—No lo sé, tal vez mañana. —La escucho, voy hasta el refrigerador esperando encontrarme algo, aunque sea alguna lata de cerveza, pero recuerdo que esas en mi poder no duran ni un día. Al abrir no me percaté de que ella está detrás de mí.

—Por Dios —exclama, haciéndome sobresaltar y mi cabeza choca con la parte superior del refrigerador, aunque intento disimular el dolor y de manera sutil paso la mano por la parte de

atrás de mi cabeza para sobarme—. ¿Es en serio? ¿Una lata de cerveza abierta? ¿Un pan duro? ¿Una caja con orillas de *pizza*?

Ruedo los ojos.

—Te faltó el yogur caducado —punteo, ella hace un extraño gesto y parece estar pensando viendo mis ojos—, y esa cerveza es la que te iba a ofrecer.

Saco la lata del refrigerador y aún quedan unos tres tragos si mis cálculos son correctos, miro el interior del envase, aspiro el aroma para considerar si es bebible y se lo extiendo.

—¿Sabes qué? Mejor me voy —dice, me encojo de hombros y llevo la lata a mi boca para no desperdiciar el poco líquido que queda—. Debo ir a trabajar. ¿Paso por ti esta tarde? Tal vez necesite ayuda con algunas cosas.

Dice todo esto mientras camina en dirección a la puerta y yo voy tras ella drenando con mi lengua las últimas gotas del líquido amargo dentro de la lata.

—Bien. —Es lo único que le digo y me adelanto para abrirle la puerta pensando que hoy no podré dormir luego del trabajo porque tendré que ayudarla a desempacar o lo que sea.

Para las mujeres *hombres* es sinónimo de *mula de carga*. Típico.

Acompaño a Natalie hasta el portón y ahí está Camilo, por eso lo hice, para que Camilo no le hable. Al verla sonrío, pero al verme a mí su sonrisa se disipa. Voy con ella hasta el auto y le abro la puerta, con un asentimiento y una sonrisa entra al coche y me cercioro de que esté lo suficientemente lejos para que no regrese a despedirse de Camilo. Cuando ya no es visible en mi campo de visión vuelvo la mirada hacia él.

—Tú ya tienes tu propia vaca, amigo. —Me mira con el entrecejo fruncido y entro a mi casa antes de esperar su respuesta.

CAPÍTULO 10

Natalie

—De acuerdo, el tipo es un desastre. ¿Es eso lo que intentas decirme? —Estoy del otro lado del teléfono, con las manos al volante intento escuchar lo que me dice Carmen a través del auricular. Estoy tarde, apenas me había dado tiempo de llegar a mi apartamento, ducharme y cambiarme, miro el reloj cuando me detengo en un semáforo en rojo y me doy cuenta de que es imposible ir por algo para desayunar.

—Totalmente. —Toco el claxon para que el tipo del auto de delante de mí avance un poco, a estas horas el tráfico en Nueva York es un asco—. Tiene una casa increíble, pero tomará mucho trabajo hacerla una casa de verdad.

—¡Uh! —Escucho el ruido de un envoltorio abrirse del otro lado y luego un mordisco que me hace el estómago rugir—. Bueno, todos los hombres son un desastre, unos con sus casas, otros con sus familias y otros con sus vidas. ¿Entonces, acordaron vivir juntos?

—Así es. —Vuelvo a tocar el claxon y nada que avanza la fila de autos—. No sé qué voy a hacer, pero definitivamente se nota lo borracha que estaba, de haberlo conocido mejor nunca me hubiese casado con un hombre que ni siquiera baja la tapa del váter.

Silencio de parte de Carmen, recuerdo que hoy se supone que está en viajes de negocios en París y no regresa hasta dentro de unos tres días, qué suerte tiene la condenada.

—Esto va a ser muy difícil, Natalie.

—Lo sé. —Suelto un suspiro, sonoro y pesado, porque aún no me imagino una vida casada con un hombre como David—. ¿Qué voy a hacer, Carmen? ¿Qué voy a hacer? —Sueno desesperada, suelto el volante y me llevo la mano a la frente mientras con la otra intento alcanzar mi bolso en el asiento del copiloto.

—Disfrutarlo —contesta sin duda, saco una botella de agua y le doy un trago—. Tienes un pene personal veinticuatro horas al día. —Casi escupo el agua de regreso al envase mientras Carmen, la muy desgraciada, solo ríe a carcajadas del otro lado.

—No todo en esta vida es sobre penes, Carmen. Hay cosas más importantes que ver en un hombre, y al menos agradezco que nos protegieramos, porque no me imaginaría tener este problema y pensar que puedo estar embarazada.

—¿Cómo sabes que se protegieron? —dice, apenas audible. Tomo otro trago de agua mientras la escucho—. Digo, recuerdas poco, según lo que me cuentas. ¿Qué te hace pensar que en una de esas ocasiones tal vez no se hayan protegido? Qué tal si esos preservativos estaban ahí, pero, ¿los revisaste bien? ¿Sí estaban usados? ¿No había fallos? ¿Y si en algún momento se entregaron al fornicio y dijeron «a la mierda los condones»?

Comienzo a toser, siento que me ahogo y ahora es a mí a quien le dedican sus ruidos del claxon, miro el semáforo y ya ha cambiado de color. En un rápido intento por avanzar, la botella se cae sobre mis pies y siento el agua esparcirse entre mis dedos.

¿Qué tal si estoy embarazada? ¿Qué tal si en realidad Carmen tiene razón? ¿Y quién usa la palabra *fornicio*?

Me quedo en *shock* un momento, concentrada en la carretera, pero en nada en sí. Escucho a Carmen parlotear en el auricular y después arranco mi auto sin en realidad saber a dónde voy, qué

hago aquí o cuál es mi misión en este mundo.

—No puedo estarlo, estoy en mis días.

—¿Y qué? Mi hermana quedó embarazada por haber tenido relaciones sin protección... con la menstruación, el idiota de su novio que estudiaba medicina le dijo que no había probabilidad. Lo que creyó que era una colitis en realidad eran cuatro meses de embarazo y ahora tiene tres años.

Entro en pánico.

—¿Entonces necesito hacerme una prueba de embarazo?

—¡Nah! Todavía no, estaría muy pequeño.

—Mierda —siseo cuando intento recomponerme. No, no puedo tener tan mala suerte, no puedo estar embarazada... de David.

—No tienes un buen día, ¿eh? —pregunta con sorna, no sé cómo ella puede mantener un buen ánimo todo el tiempo a pesar de que ha tenido peores días que los míos.

—¿Parece que estoy teniendo un buen día?

—Oye, no es tan malo, es un sujeto que está buenísimo, con un buen empleo, y yo quiero ser la madrina del bebé. —Oh, Dios mío. No puedo tener un hijo con David. ¿Qué será del futuro de esa pobre criatura? Yo ni siquiera sé cómo cuidar un bebé y estoy segura de que David tampoco. Más bien, David necesita cuidados como un bebé—. Oye, si tiene un amigo guapo me lo presentas.

—Lo mismo le dije yo a mi amiga y mira en lo que estoy —replico de inmediato añadiéndole un bufido, se vuelve a reír y yo solo ruedo los ojos porque definitivamente esta para mí no es una situación graciosa.

—Después de todo, su casa es tu casa, ¿no? Lo tuyo es de él y lo de él es tuyo, así que amiga, tienes una casa en el Upper East Side, un Ferrari y un marido, después de todo, no estás tan mal, eres listilla, ¿eh?

Me dan ganas de tomar a Carmen por el cuello y sacudirla algunas veces.

—Carmen, ya basta —espeto con fastidio—, no pienso sacarle provecho a eso. Una vez que esto pase y nos divorciemos, espero no tener que saber de él nunca.

—Solo digo que no es tan malo estar casada con un bombón como ese. Muchas mujeres matarían por estar en tu posición.

Ruedo los ojos, miro el reloj de nuevo y en ese momento recuerdo que supuestamente hoy tengo vacaciones.

—Pu... —Me callo, llevo unos cuantos días casada con David y ya se me está pegando su mal vocabulario. Doy un golpe en el volante y quiero dar con la cabeza repetidas veces en la ventana.

—Al menos parece un tipo decente. —Escucho a Carmen, para mi suerte, no escuchó mi reciente oración—. Yo lo veo del tipo intelectual que no tendría una aventura. Aprovechalo, no es diario que se tiene un semental en casa.

Se ríe, pero puede tener razón. No en la parte de que no es diario que se tenga un semental en casa, bueno en esa parte también tiene razón, pero me refería a que puedo intentarlo, nunca he estado casada ni he vivido con ningún hombre, pero no puede ser tan malo. Después de todo, solo es cuestión de acostumbrarnos a vivir juntos, poner ambos de nuestra parte y cero aventuras, aunque pensaré muy bien esa última.

—¿Crees que sea un tipo decente? —Le toma unos segundos a Carmen contestar, porque al parecer había dejado el teléfono en algún lado.

—Totalmente, Natalie. Yo en tu lugar ni me preocuparía.

David

Tengo una cantidad excesiva de trabajo. ¿A qué horas me fui a Las Vegas? Maldita sea, odio trabajar, pero luego recuerdo el sueldo, mi casa, mi Ferrari y que no tengo cincuenta mil dólares y, de hecho, siento que amo trabajar. El caga-billetes viene hoy y si no lo tengo todo listo mejor me cuelgo yo solo.

Escucho la puerta de la oficina abrirse, levanto la mirada levemente con el entrecejo fruncido, nadie tiene permiso para entrar así a mi lugar de trabajo.

Ah, claro, excepto Andi. Andi puede entrar cuando quiera, hasta se me dibuja una sonrisa en el rostro.

—Recuerdo como si fuese ayer cuando dijiste que no querías nada serio con alguien —dice, tira sobre mi escritorio unos papeles y se lleva las manos a la cintura mirándome fijamente.

—Andi, creí que ya habíamos dado esa plática por clausurada el día de ayer —hablo de manera calmada, creí que vendría a quitarme el estrés, pero... ¡No! Ella quiere seguir hablando de esa estupidez. Me recuesto en el espaldar de mi silla giratoria y la miro fijamente.

—Para mí no, David, me mentist...

—Espera... —la interrumpo—, yo no te dije mentiras, creo que fui claro contigo. —Me pongo de pie para encararla frente a frente, Andi es sexy y preciosa, pero de vez en cuando se convierte en un grano en el culo—. Te dije que no quería nada serio contigo.

—Simplemente quieres guardar las apariencias porque te casaste borracho. —Ella se cruza de brazos y me mira desafiante, agrando los ojos pero intento disimular soltando una risa sarcástica.

—¿Qué? —resoplo, rodeando el escritorio para hablarle más de cerca—. Por supuesto que no.

—¿En serio? —Ella saca el celular y observo cada uno de sus movimientos mientras busca algo en el aparato. Lo extiende hacia mí y llama de inmediato mi atención la cara de un David ebrio en la pantalla. Y reproduce un vídeo.

—*Andiii, te aviszo formalmeeente de que mi King Kong ya tieneee dueña.* —Oh, por Dios—. *La verdaddd fue un buen momento contigo, pero serééé fiel a Constanzzza.* —¡Oh, por Dios! Mejor me tiro por la ventana—. *Además, tiene mejor cu...*

Ella detiene el vídeo y guarda el celular en el bolsillo.

Estoy en *shock*, estoy viendo el bolsillo donde guardó su teléfono pensando una y otra vez sobre quiénes más tienen vídeos míos.

—¿Tu King Kong? ¿Es en serio? —No levanto la mirada, solo la escucho, hace un par de días mi King Kong solo era King Kong en mi cabeza, ahora ya todos lo saben.

—Así es —reacciono, volviendo la mirada a sus ojos, intento sonar calmado como si eso fuera algo muy normal—. ¿Acaso tú no tienes un nombre para tu pelirroja? —Llevo la vista a esa parte y la vuelvo a poner a sus ojos.

—No —dice de inmediato, con un tono que se me hace desesperado. Tal vez la plática no está yendo por el camino que ella quería, la conozco lo suficiente como para saber que a ella le gusta escuchar solo lo que quiere que le digan—. Existimos personas normales en este mundo.

—Lo normal es aburrido —suelto, intentando defenderme, regreso a mi silla para continuar trabajando—, y yo no quiero guardar las apariencias; así es más divertido, Andi. —Tomo mi lugar, todo esto bajo su mirada de desaprobación—. Tengo buenos recuerdos de mi boda. —Buenísimos, tanto es así que me trauman y me hacen tener pesadillas—. ¿Y tú qué buen recuerdo tienes de tu boda? —continúo mi trabajo intentando verme profesional.

Ella no dice una palabra, solo está viéndome, pero no a mí en sí, mira a través de mí, piensa en mis palabras tomando una pose tensa. Lleva sus ojos hacia un costado de mi oficina y vuelve a postrarlos en mí. Está molesta, pero no es la primera vez que está molesta, siempre se molesta cuando sabe de mí con otra mujer. Actúa como si le perteneciera, y yo ya la hubiese despedido si no fuera por esas curvas mortales y yo no tuviera frenos.

—¿Quién es ella? —cuestiona de inmediato y aprieta la mandíbula. Con una ceja enarcada pone una mano sobre mi escritorio y se inclina, su traje azul marino tiene buen escote.

Como todos los que usa, de hecho.

—Eso no es problema tuyo —hablo, tamborileando mi pluma y volviendo mi vista a unos papeles que estoy firmando, cuando siento un jodido lápiz estrellarse en mi coronilla.

Ahora sí, adiós, David “súper educación” Schmitt.

Me pongo de pie de un salto y rodeo el escritorio para llegar hacia ella.

—¿Qué es lo que te pasa? —riño, ella da un paso hacia atrás. Juro que si fuera hombre ya lo hubiese agarrado a golpes.

—Tú eres mío.

OH, POR DIOS.

¿Desde cuándo David Schmitt le pertenece a alguien? Mi King Kong es libre.

—Dime dónde carajo dice que David Schmitt es de tu propiedad. —Me cruzo de brazos y recuesto las caderas en el escritorio esperando su respuesta con la ceja levantada—. ¿Te he dicho alguna vez que soy tuyo?

—Lo eres, así que díselo a la tal Constanza.

Maldita sea.

—Y escúchame bien —habla sin esperar que yo diga una palabra, da un paso hacia mí quedando muy cerca—. Ni creas que tendrás algo conmigo mientras estés casado.

—¡Genial! —suelto, como si no me importara, no despego mi mirada de la suya, me observa desafiante.

Ella es la que se pierde a mi King Kong. A rey muerto, rey puesto.

—No te doy ni un mes en ese matrimonio. —Pasa el dedo índice sobre mis labios y hago resistencia cuando sus labios pintados de rojo casi rozan los míos. Me guiña uno de sus azules ojos. Despeja su cabello de los hombros y camina hacia la puerta contoneando sus caderas como solo ella sabe hacerlo.

Da un último vistazo hacia mí y esboza una media sonrisa para luego perderse tras la puerta.

Qué estrés.

Respiro hondo y suelto el aire retenido poco a poco en un intento vago de relajación. El teléfono de mi oficina suena causándome un susto de muerte, suelto el aire de golpe para atender y solo escucho... de parte de Andi, por cierto:

—Señor Schmitt, su esposa está al teléfono. —Noto cierto recelo en su voz, un tono amargo y ansioso con el que suelta esas palabras. Me percató de que dijo mi esposa. Alto ahí... ¿mi esposa?

—Emmm... Ok, ¿y qué esperas para transferirla? —Sueno seguro cuando hablo y ella lo hace sin decir ni una sola palabra. Solo un instante después escucho la voz de Natalie del otro lado y la interrumpo, para mencionar lo suficientemente elocuente:

—¿Por qué no me llamas a mi teléfono celular?

—Porque no me contestabas. —Lo más seguro es que estaba en media discusión con Andi y no me di cuenta de sus llamadas, pero igual, nada es tan importante como para llamarme a mi trabajo.

—¿Y es algo tan importante que no puede esperar?

—Compraré cortinas para tu casa. ¿Te gusta el color *beige*? ¿O marrón oscuro? Cualquiera de los dos colores combina perfecto.

—¿Es en serio? ¿Me estás llamando para eso? ¿Sabes lo ocupado que puedo estar y tú llamándome por unas malditas cortinas?

—Y también me gustaría comentarte un asuntito.

—¿Y acaso ese asuntito no puede esperar? —La escucho suspirar y finalmente dice:

—Está bien... ¿Entonces cambio las cortinas?

—Haz lo que te dé la gana.

—Genial. —Y corta.

Definitivamente, creí que tantas malas referencias hacia el matrimonio y comparaciones con el mismísimo infierno eran solo leyendas.



Conduzco a casa, no había tenido días con más problemas que este, al menos todo está terminado. Estoy estresado, no sé qué horas serán, solo sé que quiero beber cerveza, tirarme en la cama y dormir. Tal vez ir a la casa de Oliver y ejercitarme un poco. Y entonces recuerdo que Natalie me quiere de mula de carga y que descansar no está entre mis planes hoy.

Me quedo pensativo viendo al frente, cualquiera pensaría que estoy súper concentrado en la carretera como todo conductor responsable, pero en realidad estoy pensando y dándome cuenta en lo que se va a convertir mi vida de ahora en adelante. Quiero retractarme y decirle a Natalie que cada cual con su camino, pero al mismo tiempo todos esos vídeos... Andi... Mis socios... No pueden verme en esa situación y mostrarme como un irresponsable.

Al llegar al portón principal de mi casa el primero al que mis ojos enfocan es a Camilo. Camilo el casado.

Él me sonrío de una manera muy fingida, y yo le dedico una igual esperando que abra el jodido portón, pero en vez de eso, se acerca a mi auto y bajo la ventanilla con el entrecejo levemente fruncido. Camilo el casado nunca me ha caído bien, pero eso ya lo saben.

—¿Cómo está, señor Schmitt? Su vaca vino hace una hora y la dejé entrar. Ella dijo que si yo tenía problemas usted se las vería con ella.

Levanto una ceja. ¿Mi vaca? Cuando recuerdo lo de esta mañana casi suelto una carcajada, pero sin embargo, me muestro serio y asiento.

Mi vaca. ¡Ja! Al menos no le agregé *Patricio*. «Su vaca vino hace una hora, señor Patricio Schmitt».

Resoplo de manera sonora, ahora sí no me puedo contener una carcajada y río hasta que mis pulmones se quedan sin aire. Camilo me observa con intriga y aclara su garganta. También aclaro mi garganta al ver la expresión en su rostro.

—Gracias —digo con extrema seriedad. Acomodo la corbata y llevo ambas manos al volante. Él se aparta para dejarme pasar.

Alto... ¿Dijo que Natalie está ahí adentro?

El portón de mi casa se abre y entro a toda carrera hasta derrapando en el pavimento... ¡Joder! Vin Diesel agárrate que aquí va Patricio Schmitt.

Oh, por Dios. Toda mi ropa interior. Todas mis camisas debajo de la cama. Los pedazos de *pizza* debajo del sillón.

Bajo del auto y corro, mis zapatillas resuenan en el pavimento, Natalie no puede ver mis calzoncillos. Ella solo puede ver los bóxer nuevos y serios, no los calzoncillos de Batman.

Son cómodos, por eso los conservo... Excelentes para hacer ejercicio sin sentirte que te roza demasiado la entrepierna, porque no saben lo frustrante que es cuando tu amigo está muy apretado ahí abajo; pero bueno, me desvié del tema, lo que quería decir es que ella no puede verlos, nunca.

Subo los tres escalones y antes de llegar a la puerta, mis zapatillas se deslizan y caigo de espaldas al suelo sobre un líquido que huele a rosas. ¡Carajo! En ese preciso momento ella abre la puerta... joder.

—David. ¿Estás bien? —Me levanto de un salto más encabronado de lo que venía.

—Sí. —Aclaro la garganta y acomodo mi saco, giro un poco para hacer una mueca de dolor cuando mis ojos enfocan a Camilo el casado y me está viendo.

Me está viendo con un gesto de preocupación.

Él de inmediato voltea al frente mientras los portones eléctricos de mi casa se cierran y lo pierdo de vista. Maldito Camilo.

—Hola, Constanza —hablo volviendo mi atención a ella para que olvide la escena que acabo de protagonizar, de inmediato la expresión de su rostro cambia y me apresuro para entrar a mi casa para esconder todos mis calzoncillos.

Me detengo en seco. Miro alrededor y por un momento me confundo y creo que he entrado a otra casa, pero no, es la mía, la reconozco por el cojín del hombre araña, el sillón de mi casa está movido de lugar. ¡Mis calzoncillos! ¡Ya los encontré! Pero no es todo, ¡no! Hay floreros de cristal sobre mis mesas con estúpidas orquídeas —o creo que son orquídeas—, hay cuadros con figuras extrañas, hay cortinas de colores, ya no está la mancha de café sobre mi alfombra.

Oh, por Dios. Me muero, de pronto siento que me va a dar un ictus.

—¿Te gusta? —pregunta detrás de mí. Sí, ¡por Dios! Estas lágrimas internas son de felicidad.

—¿Qué hiciste? —pregunto en un hilo de voz.

—Me llevó todo el día, ahora tu casa sí parece casa.

—Natalie —me giro hacia ella, conteniéndome realmente todo lo que tengo por decirle—, no puedes hacer esto en mi casa, no me lo has preguntado —riño, mi voz está más alta de lo normal y ella frunce el ceño.

—Me dijiste que hiciera lo que quisiera —dice, quitándose el delantal.

—Me preguntaste si podías comprar cortinas.

—Te pregunté si podía cambiar las cortinas y me dijiste que hiciera lo que quisiera.

—Quiero ese florero en la basura ahora mismo. —Dejo caer mi maletín al suelo, tomo el jodido florero y a paso rápido lo llevo hacia el cesto de basura—. ¿Y qué es eso? ¿Vómito de pony? —Señalo un cuadro con varias figuras rosadas con púrpuras, ella mira el cuadro y luego me mira a mí. Tomo el cuadro y también lo tiro al cesto de basura—. La verdad estoy estresado y lo último que quiero es que vengas a modificar mi casa... MI CASA —hablo, hasta siento que la garganta me duele de tanto alzar la voz, porque esto no es normal en mí.

No dice nada, simplemente me mira a los ojos. Regresa a la cocina y aparece con una bolsa de plástico negra en las manos.

—Pensé que te gustaban los cuadros —dice, sacando el cuadro del basurero junto al florero y los deposita en la bolsa—, por eso los compré. Había visto cuadros aquí, por lo que creí que apreciabas el arte.

—Se los compré a un vagabundo por cinco dólares. —Mi voz sigue subida de tono mientras comienzo a bajar todos los cuadros—. Me molesta esto, el día que quieras decorar que sea tu propia casa. —Me mira con una expresión que no logro descifrar, aparta la mirada de mí cuando enfoca sus ojos.

—Yo solo quería que tu casa tuviera algo de color —continúa—, por eso le compré cortinas, floreros y cuadros. Creí que tú no tenías tiempo para decorarla, a mí sí me gustaría que alguien me diera una sorpresa así.

—Pero yo no soy tú. —Sin prestarme atención sigue guardando los cuadros y ahora sube las escaleras arrastrando la gran bolsa negra.

¡A la mierda mi vida! Ya conoce mis calzoncillos.

Recuesto la espalda sobre el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre mi peso y un gesto derrotado, solo espero que después eso no sea usado en mi contra. Ahora baja arrastrando la enorme bolsa. Esa escena es bien cómica, mucho más porque está descalza y puedo apostar que no mide más de 160 cm.

Es como que miro a un Oompa Loompa arrastrando una enorme bolsa negra. Casi me suelto en carcajadas cuando esa imagen se cruza por mi cabeza, pero me contengo antes de que crea que tengo algún trastorno bipolar o algo por el estilo. Ahora está sobre una silla quitando las cortinas, lleva una pequeña falda blanca y al inclinarse se ve malditamente *sexy*.

—Listo —dice y me sonrío de esa forma que no demuestra nada de alegría, solo un gesto cortés que no parece salirle del interior. Se baja del lugar y veo que busca algo dentro de la enorme bolsa y saca el cuadro de vómito de pony, otro que parece un bosque, creo, y uno de un paisaje.

Se pone los zapatos, unos enormes zapatos rojos que por un momento me desconcentran y me hace imaginarme la tortura que debe suponer andar sobre esas cosas todo el tiempo. Le agradezco a la persona que no inventó esos zapatos para nosotros, porque ya de por sí es difícil ser hombre, hasta deberíamos traer un manual al momento de nacer, si las mujeres creen que ser del sexo masculino es algo totalmente fácil, qué equivocadas están.

Observo que va saliendo de la casa con la gracia de una bailarina de ballet y son puntos a su favor, porque es de las pocas mujeres que saben usarlos con elegancia, llama mi atención cuando se pierde tras la puerta cerrándola a sus espaldas, voy tras ella porque lo más seguro es que se haya molestado lo suficiente como para que no se despida y se largue. Bueno, no es que quisiera que se quede, porque si no se muda significa que no trabajaré de mula carguera y podré ir a dormir tranquilo.

Para mi sorpresa no camina hacia su auto, va hacia el portón. Miro por la cámara que da hacia el exterior y al abrir la entrada metálica ahí está Camilo. Camilo el casado le sonrío y ella le extiende los cuadros a él, que hace un gesto de agradecimiento.

¿Le acaba de regalar los cuadros a Camilo?

Salgo de mi casa, voy directo hacia ellos a preguntar por qué rayos le da los cuadros a Camilo. Ella viene de regreso y esboza una sonrisa, una sonrisa que me dice lo molesta que está como para darle los cuadros que compró para mi casa al casado.

—¿Por qué le diste mis cuadros a Camilo? —Ella enarca una ceja y me mira curiosa.

—A Camilo le gustaron —me dice sin ninguna preocupación. Con una gentileza que me dan ganas de colgar a Camilo de un bonsái—. La verdad el arte es para la gente que sabe apreciarlo.

Me rodea y se va en dirección a la casa. Me giro para ir tras ella y estoy subiendo los escalones de la entrada cuando ella está de regreso con su cartera colgada del hombro y la bolsa negra.

—Yo no dije que no sepa apreciarlo.

—Está bien —dice, pasando a la par mía. No muestra molestia, su gesto no me dice nada, es como si nada hubiera pasado y eso me encabrona aún más. Es mucho mejor que te griten, las mujeres normales se desahogan de esa forma, cuando una mujer no demuestra lo molesta que está es algo para temer por tu vida—. Perdí mucho tiempo aquí, creí que te iba a gustar que alguien hiciera algo así por ti. Tengo muchas cosas que hacer, David. Nos vemos.

Me siento mal, y yo odio este sentimiento.

—Escucha, vamos a decorar juntos —digo, observándola irse hacia su auto. Abre la puerta del copiloto y deja la bolsa negra en ese lugar—. Vamos por tus cosas y luego me dices qué quieres poner en mi casa para ver si me gusta.

—No —contesta de inmediato, con una negación sutil de cabeza que hace sus rizos moverse—. Camilo tiene un amigo que le presta su camión de mudanzas, él se ofreció a ayudarme con mis cosas.

—¡Qué Camilo... y una mierda! Yo voy a ir por tus cosas. —Entro a mi casa por mis llaves y en solo un instante me dirijo a mi auto—. Vamos —le hablo, al verla mirarme con auténtica curiosidad. Me subo a mi auto y espero que ella haga lo mismo para ponerme en marcha.

CAPÍTULO 11

David

Salgo de mi casa detrás de ella. De su auto, de hecho. Al ver que no comprendía lo que estaba haciendo le ofrecí ir en el mío, pero se negó, las mujeres son bien difíciles, no entiendo los hombres que se casan por placer. Al cruzar por el portón principal toca el claxon y Camilo el casado le sonrío, lo miro fijamente y miro el cuadro de vómito de pony en sus manos, arranco mi auto y... ¡Vaya! ¡Qué casualidad que casi choco con Camilo!

Él agranda sus ojos. Abro la ventanilla con cara de auténtico horror fingido.

—Lo siento, amigo, las flechas de dirección hidráulicas de mi auto están un poco flojas. —Él me mira con el entrecejo fruncido, ni yo me creí eso, es más, ni siquiera sé qué significa, pero igual no me importa si lo cree o no.

Pongo en marcha el auto dejando a un confundido Camilo a mis espaldas y observo por el espejo retrovisor su gesto al alejarme del sitio. Presiono el acelerador a fondo pasando a la par del Mini Cooper de Natalie, sé dónde vive, así que no me quedo detrás de ella porque maneja a paso de tortuga.

Después de casi una hora llego a su apartamento, ya a punto de quedarme dormido por la distancia entre ambos lugares. Ahora tengo que esperarla llegar y le toma más de diez minutos. Sin nada de amabilidad me bajo del vehículo un poco aturdido por todo este tiempo perdido y entro al edificio, desde el ascensor observo que se detiene a hablar con unas personas, así que decido irme sin ella. La espero sentado sobre la alfombra recostando mi espalda sobre la puerta, se digna a aparecer unos quince minutos después y todavía dice:

—¡Vaya! Eres todo un caballero.

—¿Qué crees? ¿Que me quedaré esperando que termines de hablar con tus vecinos toda la vida? Mi tiempo es valioso y lo estoy desperdiciando.

No dice nada, rueda los ojos al mismo tiempo que ingresa la llave en el orificio y entra. Me pongo de pie y al cruzar el umbral lo primero que veo son cuadros por todos lados, y muy extraños. Le gustan las pinturas, me estoy dando cuenta, si algún día quiero regalarle algo ya sé cuál sería el regalo perfecto, un cuadro de esos que no se entiende una mierda.

—Veo que te gustan los cuadros —hablo, tomando el caparazón de un caracol que está sobre una mesa.

—Yo te dije que me gusta el arte —dice en respuesta, se quita la chaqueta y la pone en un sillón sin verme a los ojos. Pongo el caparazón sobre mi oído esperando escuchar el mar o algo por el estilo—. ¿Quieres algo de tomar?

—Estoy bien —digo, dejando el objeto en su lugar y doy un vistazo a mi alrededor. Interesante lugar, la verdad que el último día que estuve aquí no me quedé a contemplarlo.

Es pequeño, sí, pero se ve acogedor, la cocina se divisa desde la sala y solo una barra separa ambos lugares. Hay un sillón frente a una televisión de plasma y otros dos más pequeños a los lados. También hay una mesa que funciona como comedor y, al parecer, como lugar de trabajo, un florero y cuatro sillas la adornan y una *laptop* cerrada está sobre ella.

Flores y muchos colores, en eso se resume el apartamento, solo falta el azúcar y la sustancia X para apostar que aquí se hicieron a las chicas superpoderosas. ¿Profesor Utonio, estás aquí?

Mejor no me río o terminaré con el tacón del zapato rojo de Constanza incrustado en la cabeza. Camino hacia el desayunador y me siento en una banqueta roja, hay una buena vista desde la ventana de la cocina, vaya, me gusta este lugar. Natalie me extiende un pedazo de pastel de chocolate.

—Dije que est... —Lo más seguro es que si lo rechazo se lo lleve a Camilo. Maldito Camilo—. Se ve bueno.

Miro el pastel y observo que tiene chispas de colores. ¿Todo aquí tiene que tener colores?

—¿Qué tienes con los colores? —pregunto, la observo rodear el desayunador para sentarse a la par mía, sostiene un vaso de jugo de naranja en una mano y un platito con un pedazo de pastel en la otra, y ante mi pregunta sonrío.

—Creo que todos somos diferentes. —Toma un sorbo de jugo de naranja y se sienta en la banqueta a mi costado—. Hay personas a las que no les gustan los colores y hay personas a las que sí, yo soy del segundo grupo y tú eres del primero.

—Interesante explicación —digo, observando cómo se cruza de piernas frente a mí y pone el platito y el vaso con jugo de naranja sobre el desayunador—. Bien, te gusta el arte. ¿Qué más debo saber de ti antes de mudarnos juntos? —Corto un pedazo del pastel y lo llevo a mi boca.

Lo que faltaba, el maldito pastel sabe bien.

—Eso de mudarnos juntos me suena como si fuéramos una pareja de verdad y vamos a mudarnos “juntos”. —Hace comillas con los dedos en esa última palabra.

—Pero no se lo puedes decir a nadie, me refiero a que de nada va a servir si todos se dan cuenta de que...

—Lo sé, Patricio —me interrumpe.

Maldito nombre.

Ella solo ríe, yo no le veo la gracia a ese jodido nombre. Vuelvo la vista a sus piernas en esa minifalda blanca, aprovechando que no me está viendo.

—Bien, yo creo que hay cosas que debemos hablar antes de mudarnos “juntos” —Vuelve a hacer las comillas y ahora sí me está viendo.

Acaba de verme observando sus piernas, carajo. Pero es mi esposa, se supone que eso sería normal, ¿no?

—¿Qué le dijiste exactamente a Camilo? —pregunto y frunce el entrecejo. Tengo que saber. ¿Qué tal si hace eso mismo cada vez que habla de mí?

—Que no te gustaban los cuadros...

—No —la interrumpo, negando al mismo tiempo con la cabeza y el tenedor de mi mano—, cuando te preguntó quién eras.

—Tu novia —dice de inmediato. *Novia*... esa palabra también trauma, pero igual está bien para que Camilo el casado se aleje—. No le quise decir *esposa* porque no tengo un anillo que lo compruebe.

—¿Y qué dijo? —Por primera vez en mi vida me siento intrigado sobre Camilo.

—Se río. —Vuelve a tomar otro trago de jugo y yo frunzo el entrecejo—. Creía que eras gay y que tu pareja era Oliver.

Como que me atraganto, me ahogo, comienzo a toser; me muero, una chispa de color se ha ido a mi pulmón. Natalie golpea mi espalda, me da el vaso con jugo de naranja, comienzo a tomar el jodido jugo, hasta siento en mi nariz un pedazo de chocolate.

Uno queriendo ser el macho alfa, pelo en pecho, lomo plateado, espalda de gladiador, barba de leñador, semental italiano, el que se abre paso frente a todos e impone respeto.

Y lo creen gay... ¡No!

—¿Estás bien? —Asiento, veo preocupación en su rostro y va a por más jugo.

Sigo tosiendo.

No sé qué es peor, que crean que mi King Kong no puede con las mujeres o que digan que mi pareja es el caga-billetes. No me quiero imaginar las teorías sobre quién le da a quién.

—Lo siento, es que... no mastiqué bien ese último pedazo. —Ella me extiende el vaso de jugo y comienzo a beberlo con grandes tragos.

—¿Ya? —dice acariciando mi espalda y haciendo leves círculos con las palmas de las manos. Su entrecejo está fruncido y sus pechos están rozando mi brazo.

«...no puedes ver ahí, David».

—Sí, tal vez no debería seguir comiendo tu pastel de colores. —Me quito la corbata y ella me está viendo con una media sonrisa o eso creo.

—Ese color te queda bien, va con tus ojos —habla y va de regreso al refrigerador.

—Esa falda te queda bien, va con tus piernas —digo, mirando esa parte.

«¿Qué? ¿David, es en serio?». Dios, tengo ganas de darme un golpe en la cara... con un ladrillo. Ella solo se ríe, mira su falda y luego a mí.

—¿Gra... cias? —Ni siquiera sé si eso fue una afirmación o una pregunta en realidad.

«¡Qué idiota, David!»

Definitivamente, hasta yo estoy comenzando a dudar sobre si soy cuerdo.

—Lo siento —hablo—, soy muy malo para los cumplidos. —Ella sonrío girando hacia mí y camina en mi dirección.

—Me he dado cuenta. —Lleva una cereza a su boca, camina de regreso hacia mí y se inclina en la barra poniendo sus codos sobre ella, no sé si lo ha hecho a propósito, pero juega con la cereza en su boca antes de morderla mientras revisa su teléfono celular.

—Este pastel sabe bien —digo, llevando mi vista a otro lugar porque definitivamente aún no hemos hablado nada sobre si King Kong puede jugar con ella o no y no puedo dejarme provocar si no va a haber nada. Tampoco soy irrespetuoso, si la mujer no cruza la línea hay que respetarla, porque de mi parte, que cruce las líneas que quiera conmigo y yo no pondré resistencia.

—Lo sé, lo hice esta mañana. —Sigue manipulando su celular, frunzo el entrecejo y llevo mi mirada hacia ella, que aún está distraída con el aparato.

—¿Qué? ¿Tú...? —Ahora sí sus ojos me enfocan y asiente con una sonrisa.

—Te llevé un pedazo y lo guardé en tu nevera.

Me quedo pensando por unos instantes, no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien tuvo esas atenciones conmigo, creo que nadie aparte de mi madre ha tenido esas atenciones conmigo.

—Al igual que te llevé jugo, sodas, pastel de carne, algunas bebidas energéticas. —Me quedo viéndola unos segundos, genial... ahora me siento mal—. No sé cómo puedes vivir con *pizza* y cerveza.

—No vivo solo de *pizza* y cerveza, como fuera casi siempre o en casa de Oliver. —Nat asiente y después de verla un momento me apresuro a decir—: Natalie... lo siento. Estaba estresado y tus cuadros colmaron mi paciencia, no fue mi intención hablarte así. —Ella me está viendo con esa mirada fija en mis ojos.

—Eso era lo que quería hablar contigo. ¿Qué cosas más no te gustan? Así nos evitamos el mal momento de hoy. —Se encoge de hombros y se baja de la banqueta—. Creo que si vamos a estar

casados tendremos que aprender a llevarnos mejor. Quiero iniciar por las cosas que no te gustan.

—Tienes razón. —Giro de manera leve mi torso en su dirección—. No me gusta que decores mi casa. —La miro a los ojos cuando digo esto y puedo ver cierto gesto de molestia en su rostro, pero estamos siendo sinceros, ¿no es así?—. Pero... si algún día quieres hacer algo... en mi casa... —recalco—, puedes llamarme, decirme qué es lo que piensas hacer y vemos si también me gusta.

Hay un silencio entre ambos, ahora vienen los gritos.

—De acuerdo —me habla y yo me pierdo por un momento. Bueno... a decir verdad, no es la reacción que me esperaba—. Es un trato.

Extiende su mano en mi dirección y se la tomo simulando el cierre de un asunto importante, me causa gracia, no sé por qué. La observo rodear el desayunoador y se abalanza a mí, haciendo que casi caigamos de espaldas. ¡Ah! Huele tan bien, hasta cierro los ojos cuando su pecho está contra el mío. Constanza, hazme tuyo.

«David, cálmate». Joder... me calmo, me calmo... King Kong no... no...

Oh, Dios, ya parezco un adolescente virgen con las hormonas descontroladas.

Abro los ojos de inmediato antes de que mi amigo allá abajo me haga pasar un mal rato. Mis ojos de inmediato enfocan un saco de boxeo en una pequeña sala que no había visto, lo que significa que el lugar tiene tres cuartos, porque logro divisar dos puertas más en este lugar sin cerradura. Al parecer ella se percató de dónde mis ojos están puestos y lleva su vista en esa dirección.

—¿Alguna vez has practicado *kick boxing*? —me pregunta, y yo niego con la cabeza. En este momento está acomodando su cabello en una coleta. Recuerdo la vez que escuché de Alex que ellas sabían *kick boxing*, pero tenía la esperanza de que Natalie ya lo hubiese olvidado. ¡Pero no! Tiene un jodido saco de boxeo en su casa.

—Solo boxeo. —Y era muy malo, creo que era el peor de la clase, pero al menos aprendí a dar unos buenos derechazos. La observo alejarse, perderse tras la puerta de su cuarto y volver con algo en las manos.

—¿Quieres practicar? —cuestiona, la miro a ella y miro al saco, se está poniendo unos guantes, no he dado mi respuesta y ya sé que igual terminaré golpeando esa cosa con ella.

—Está... bien. —Intento sonar convincente, como si en realidad fuera una actividad que quisiera practicar alguna vez en mi vida. Me extiende unos guantes color rosa y me dice de inmediato que pertenecen a Alex.

—Vaya, golpear esto con unos guantes rosas, todo un honor —me mofo, pudo prestarme los suyos, que son verdes y ese es un color más neutral—. ¿Solo has practicado *kick boxing*? —Me estoy poniendo de pie justo ahora, aunque en realidad no quiero, no me interesa saber qué tan bien golpea ese jodido saco. Hago la pregunta porque quiero ganar tiempo, pero su respuesta me trauma más y quiero salir corriendo.

—Practiqué taekwondo hace algún tiempo. —¡Santísimos seres de ciudad almeja!—. ¿Y tú?

—Yo... yo... —Aclaro mi garganta—. Un poco de... —Ella espera mi respuesta, estoy acomodándome los guantes en las manos. ¿Qué mierda he practicado yo? Nada, absolutamente nada—. Bueno, fui a dos clases de... ummm... la verdad que la violencia no es mi actividad favorita.

—¿Golpeas tipos por ahí pero no es tu actividad favorita? —Se ríe, yo me río con ella porque en realidad me da vergüenza, ella extiende su mano en dirección al jodido saco y yo sigo el camino que me indica porque no tengo otra.

CAPÍTULO 12

David

—Te digo desde ya que no soy tan bueno —aclaro, antes de golpear el saco. Lo que no quiero es pasar vergüenza, darme cuenta de que ella golpea mejor que yo y que después sepa que en realidad es ella la que va a defenderme a mí y no al revés.

—David, golpeaste a Dereck y lo dejaste en el suelo con el labio roto.

—Estaba molesto —contesto, intentando recordar al tal Dereck, pero solo tengo un recuerdo borroso de su cara y su cabello a lo vocalista de Nirvana—. Cuando estoy molesto David el destripador sale a la luz.

Ella suelta una carcajada.

—Eres tan adorable. —¿Me llamó adorable? Adorable como los cachorros. ¿Fue eso un cumplido? ¿O debería preocuparme?

—Define *adorable* —digo de inmediato, cruzándome de brazos. La miro ir al saco de boxeo y rodearlo para ubicarse en el otro lado.

—Encantador... como un perrito. —Si pensé que el hecho de que me creyeran pareja del cagabilletos era malo, que una mujer te mire como a un perrito es peor. E incluso peor que te lancen a la *friendzone*.

—¿Sabes que Camilo fue a la escuela militar? —Me saca de mis pensamientos con la palabra *Camilo* y le da una patada al jodido saco sacudiéndolo de manera brusca.

¡Putra mierda! Está con los jodidos tacones rojos. ¿Cómo puede hacer eso con esas malditas cosas?

—Sí, como también sé que está casado. —No dudo en responder, ella frunce el ceño y en ese momento me da toda su atención a mí.

—Yo también lo sé —me aclara, pero me continúa viendo a los ojos. Sus grandes ojos castaños me dan miedo. Sin embargo, de inmediato se gira y acomoda sus guantes—. Sabe karate, dice que me enseña.

—No —le interrumpo. Ella me vuelve a mirar intentando digerir el monosílabo que acabo de pronunciar—. ¿Para qué quieres aprender karate? Golpeas un maldito saco con tacones, practicaste taekwondo y ahora quieres practicar karate. ¿Cuál es tu meta? ¿Ser Bruce Lee?

Ella se ríe, deja el maldito saco a un lado y camina hacia mí con una sonrisa en el rostro, se queda enfrente con los brazos cruzados.

—Camilo da clases de karate por las noches...

—Lo sé, me invitó una vez, pero la verdad que estoy ocupado como para esas cosas. —Aunque sí pensé asistir, pero eso era antes de que comenzara a caerme de esta forma.

—¿Irías conmigo?

—No —dije eso incluso antes de que terminara su pregunta.

—Está bien. —Da media vuelta y se queda frente al saco de nuevo. Me quedo meditando un rato y llamo su atención, a lo que ella atiende de inmediato.

—¿Camilo también te parece adorable? —Llevo las manos a mi cintura esperando ansioso su respuesta.

—Por supuesto que no. —¿Por supuesto que no? ¿Yo sí le parezco un perro y Camilo el casado no?—. ¿Por...?

No le contesto, me ubico frente al saco y le doy un puñetazo, de inmediato otro; izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

—Oye, tranquilo, viejo —dice con sorna. Me intenta detener tomando mi antebrazo y hasta que no me siento relajado no me vuelvo hacia ella—. Lo estás haciendo mal y vas a fracturarte.

Ella me muestra su puño y me indica cómo debo hacerlo.

Pero no le hago caso, sigo haciéndolo de la forma que golpeo todo el tiempo y el saco se sacude con mis bruscos movimientos.

—David, creo que lo estás...

—No me interrumpas.

—Ok. —Me deja continuar—. ¡Vamos, David, más duro! —Escucho, sin necesidad de que me lo diga lo estoy haciendo y hasta quejidos roncros salen de mi garganta. De reojo la observo rodear el saco y del otro lado lo sostiene con fuerza para volver a gritar:

—Más duro, ¡joder! No siento que muevas nada. —¡Ja! Eso es porque no se acuerda de mis sacudidas.

Bueno, ni yo.

¿Qué tal estuve esa noche? Ni siquiera lo sé. «¿Qué?». David, concéntrate.

—¡Estoy sudando! ¿Qué más duro quieres? —Me detengo por un momento para limpiar la gota de sudor que cae por mi frente.

¡Joder! Qué buen cardio. Practicaré esta mierda más seguido.

Se escucha un sonido en la sala y Natalie se aleja en dirección a la puerta; voy tras ella y me doy cuenta de que los que han entrado al apartamento son Oliver y Alexandra. De inmediato, Natalie chilla de una manera estruendosa y Alex lo hace de igual manera, fundiéndose ambas en un abrazo.

Las mujeres están locas.

—¡Mis oídos! —Definitivamente terminaré sordo y todos tendrán que gritarme en la oreja como a mi abuelo Ramiro, que en paz descanse, cuando tenga su edad. Miro a Oliver detrás de ella igual de aturdido que yo—. Anderson, estamos jodidos, estas mujeres tienen un saco de boxeo en este lugar. ¿Puedes creerlo?

—¿A ese es al que le estabas dando duro? —se mofa, lo miro con toda la seriedad posible y ahí viene a mi mente que Camilo el casado nos creía pareja y me traumo de nuevo. Debería contarle, algún día cuando seamos viejos y no tengamos otra mierda que hablar.

Mejor voy a servirme un pedazo de *pizza*. Me abro paso hacia la encimera donde Alex depositó la caja de *pizza*, tomo el pedazo con mis dedos cuando Natalie lo arrebató de mis manos y lo pone en un platito. ¿Es en serio?

Un cesto de frutas de plástico llama mi atención. ¿Por qué carajo hay un cesto con frutas de plástico y un aguacate cortado por la mitad? Me quedo pensando en el jodido aguacate. ¿Dónde está tu otra mitad, amigo? ¿La hicieron guacamole?

Me río en silencio. Escucho la voz de Natalie, pero no presto tanta atención.

Una de mis teorías es que el aguacate se ve más *sexy* sin una mitad... si cortas una manzana a la mitad se pondría oscura, sería extraño pintar una manzana oscura, el creador de esto utilizó la lógica...

Alto ahí.

Mi cerebro reproduce las palabras de Natalie en mi cabeza, ahora de una forma lenta «David-trae-ese-culazo-que-tienes-a-este-sofá-ahora-mismo».

Y lo peor es que yo ya me senté en el puto sofá.

—A mí no me hables así —le advierto, me pongo de pie y vuelvo a la encimera junto al cesto de frutas del que sobresale el aguacate.

—¿Y así es como ustedes se van a ir a vivir juntos? —Escucho la voz de Alex.

—Sí, necesito una cocinera en mi casa, así que... da igual.

—Cocinera tu abuela, David —dice Natalie de inmediato. Me hace reír, pero finjo que no. Voy a admitir que Natalie me agrada, es una lástima que nos hayamos casado. Seríamos perfectos ligues el uno para el otro.

Pensando en esto caigo en la cuenta de que estoy casado con una mujer que ni siquiera conocía, con la que ni siquiera me acosté antes. Estaba tan borracho que ni me acuerdo de todo lo que sucedió.

—En serio que ustedes hasta casas cerca se tuvieron que buscar. ¿Están seguros de que no se aman? —Escucho a Natalie, desde hace rato no seguía el hilo de su conversación. Viene ahora a mi mente Camilo el casado, Natalie se suelta en risas y yo la miro con desaprobación.

—En serio que preferiría estar casado con Oliver que contigo —digo en respuesta, voy de regreso hacia donde ellos están y tomo lugar en un cojín gigante que está en la sala—. Aunque de pronto se vuelva loco y comience a dar miles de órdenes por todos lados y comience a despedir gente.

Le doy un mordisco a la *pizza*, sabe bastante bien. Cuando levanto la mirada observo esos ojos maliciosos del caga-billetes y estoy seguro de que no me gustará lo siguiente que piensa decir.

—Tal vez tú deberías ir despidiendo a tu asistente, David.

Lo sabía, maldito Oliver. De inmediato le hago una muy discreta seña para que cierre la boca de una buena vez, pero... ¡No! Todo fue captado por Natalie antes.

—¿Asistente? ¿Qué tienes con tu asistente? —cuestiona de inmediato. ¡Joder! ¡No! Ahora sí habrá excusas para asistir a las clases de Camilo el casado y a cualquier lugar al que él la invite. Aunque... alto ahí, no hemos hablado nada de no tener a alguien más. Yo puedo estar con mi asistente si quiero... aunque no, por Dios, Andi ya no me interesa ni un poco.

—Na... nada —balbuceo, y muy maduro comienzo a correr cuando veo que le quita un zapato a Alex, al menos no es uno de sus tacones que clavaré en mi cabeza.

La verdad que me divierte.

Ella llega hasta mí y yo intento calmar las risas, diablos, no sé cómo hace para correr con esos jodidos zapatos rojos, miro sus pies y ella también ríe dejando caer las Vans a la par mía.

—No sé cómo haces para correr con esas malditas cosas. —Estoy hiperventilando, con las manos sobre mi rodilla miro los feos tacones y ella de inmediato lleva su vista al mismo lugar.

—Porque las mujeres podemos hacer muchas cosas que ustedes no. —Eso es verdad, pudiese mencionar todas las cosas que sé que las mujeres pueden hacer que nosotros no, pero no voy a hacerlo, porque todavía no es conveniente dar ese tipo de bromas, pero tengo una lista y muy larga—. Por cierto, tenemos cosas que hablar, como de tu asistente, por ejemplo.

—Yo... eh... no... Fue antes de todo esto, Natalie. —Bueno, se supone que eso no es verdad, así que... qué importa la verdad. Escuchamos a los caga-billetes decir algo, así que Natalie se da media vuelta en dirección a ellos, se detiene en la puerta y se gira hacia mí para decir:

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Asiento, la observo regresar a la sala con esa gracia única, bamboleando las caderas, yo me quedo quieto alejando cualquier deseo pecaminoso de mi mente

y respiro hondo cuando me doy cuenta de que tengo algo que en realidad no puedo ni siquiera tocar un poco.

CAPÍTULO 13

David

Sí, Natalie tenía razón, estaba golpeando mal el jodido saco y me di cuenta varias horas después.

Tengo mi muñeca con la pata de un elefante, una compresa de agua tibia alrededor y un envase de analgésicos a mi lado con un vaso de agua por la mitad cuando me bebí la última, nunca más vuelvo a tocar ese maldito saco.

—Te dije que no era la forma que tenías que golpearlo —dice, recostada sobre mis piernas, con la vista hacia la televisión, la dejo estar ahí porque masajeaba mi muñeca y la verdad que la hinchazón bajó bastante.

—Me dijiste que le diera más duro.

—Pero bromeaba.

—Igual, es tu culpa —refunfuño, la escucho reír. La observo y no me ha dicho una palabra de lo que acordamos hablar y eso me aterra. Tanto silencio en las mujeres no es normal, su vista está puesta en la televisión, no hemos hablado nada, ni siquiera hemos tocado el tema.

La observo de reojo, está meramente concentrada en la película, o es que está tramando la forma de torturarme luego de escuchar lo de Andi. No lo sé, yo tengo una hermana y siempre que pasaba en silencio un buen rato yo terminaba con un calzón chino.

No sé qué es peor, su silencio o estar viendo la jodida película de Romeo y Julieta, ya no tengo palomitas para atragantarme con cada escena cursi.

—¿Quieres más? —pregunta, luego de ver mi tazón vacío. ¿Será que las palomitas tengan algo que me haga tener una disfunción eréctil? Entrecierro los ojos y la observo retirarse hacia la cocina luego de arrebatarme el jodido tazón.

Ni siquiera esperó mi respuesta. Sospechoso.

—¿Sabes qué? Estoy bien. Mucha mantequilla me causa gases, y créeme, no querrás que eso pase si quieres que me quede a dormir contigo esta noche. —Mentira, no me da gases. Pero no me inspira confianza.

Ella solo quita la mirada del tazón y la vuelve a mí con el entrecejo levemente fruncido.

—Qué asco —dice guardando las palomitas y regresa al sillón conmigo, se acomoda junto a mí, muy junto a mí.

Muy junto... a... mí.

Deja caer su cabeza en mi hombro y yo sigo pensando qué cosa está tramando, se acurruca debajo de mi brazo. Lo peor de todo es que sube las piernas encima de las mías.

Sus piernas, con un mini *short*. Sus piernas perfectamente trabajadas en el gimnasio con un mini *short* están sobre las mías.

—Bien, ya —digo, quitando sus piernas de encima y acomodándome para encararla frente a frente—. ¿Qué es lo que estás planeando? Porque sé que una noche apasionada no. —Señalo su entrepierna—. Tu rápida y furiosa está perdida en el mar rojo. Así que ya... dímelo.

Ella se endereza y me mira con intriga, hasta dejó de masticar las jodidas palomitas.

—¿Mi qué? —Enarca una ceja, con una mirada curiosa puesta en mí.

—Tu rápida y furiosa, tú misma lo dijiste en un vídeo de esos de tu celular. —Ella frunce el entrecejo, me agrada saber que no soy el único loco que dijo en público el nombre de su parte

íntima.

—¿Revisaste mi celular? —interroga de inmediato.

Mierda.

—No... bue... yo solo quería saber qué más vídeos había de King Kong. —Otra mentira, pero es a medias, sí quería saber qué vídeos había en su teléfono sobre nosotros, quería saber si en algún momento nos habíamos grabado en nuestra luna de miel o algo así, porque no soportaría un vídeo mío en acción circulando por la red.

Recuerdo cuando alguna vez en mi adolescencia quería ser estrella porno. Sí, había iniciado a ver ese tipo de vídeo y era mi sueño ser un actor en esa rama. Después crecí y maduré. Ahora no me imagino yo siendo conocido especialmente por King Kong, aunque sería un muy buen actor de películas para adultos. Y no es por tirarme flores.

Natalie está observándome sin ningún tipo de expresión. Se cruza de piernas y lleva la vista hacia algún punto de la sala pensando en lo que acabo de decir, pero la verdad es que ni yo me la creo.

—¿Y yo puedo revisar tu celular? —Ahora sí pone sus ojos en los míos. Ay, por Dios.

—Yo no tengo problemas —digo, sonando convincente. Me relajo en el espaldar del sillón como si en serio me vale una mierda, pero no, mi celular no es algo que dejaría en manos de cualquier persona, y menos aún las de Natalie.

—Bien. —Es todo lo que dice. Su vista se clava en la pantalla y antes de retractarme por lo que acabo de decir, añade—: Y quiero aclarar que yo no quiero que te quedes a dormir conmigo.

La miro.

—¿Entonces qué diablos hago aquí?

—Te quedaste porque Oliver te lo pidió.

—No me he quedado por Oliver, yo creí que... bueno, te has portado amable hoy.

—¿Entonces porque me porto amable significa que quiero dormir contigo?

—No puedo creer esto —siseo, cerrando los ojos un momento con la mano sobre la frente—. ¿Sabes qué? Olvídalo. ¿Por qué no me dijiste eso antes? —Me pongo de pie de un salto—. Ya estuviera en casa, durmiendo en mi preciosa cama con sábanas de algodón egipcio.

Rueda los ojos y deja su vista puesta en el televisor.

—Bien, si quieres irte, hazlo.

—¿Cuando ya es más de medianoche?

—¿Y qué? ¿Tienes miedo de que un fantasma te asuste a mitad de la carretera? —Suelta una carcajada, una de esas que hacen que se me revuelva el estómago de ira e intento controlarme, dejo caer mi espalda sobre el sofá y suelto un suspiro.

—Me voy —hablo, con nada de paciencia. Es una mierda estar casado, es lo peor que puedes hacerte en tu vida cuando eres feliz soltero, en serio, no entiendo cómo un hombre puede casarse solo por querer... ¿quién en su sano juicio querría vivir esto?—. Lo intento, Natalie, sí que lo intento, pero tú haces las cosas muy difíciles.

—¿Yo? —Se lleva la mano al pecho de manera muy dramática y entiendo la ironía de sus palabras—. Por supuesto.

—¿Esto es por lo de Andi?

—Lo de Andi no me importa.

—¿Cómo que no te importa? —Me cruzo de brazos. Ella se pone de pie y la observo alejarse hasta el refrigerador.

Me quedo pensativo. Ninguna mujer en el mundo opina de esa manera. Ninguna mujer ni poseída por el Espíritu Santo.

Esto debe ser una trampa.

—Este no es un matrimonio de verdad, David —dice, saca un jugo de la nevera y lo destapa para darle un trago—. Si me porto amable contigo es porque en realidad estoy haciendo un esfuerzo por soportarte, no porque quiera dormir contigo.

—Creo que es mejor que dejemos esto como está —digo ya cabreado, busco mis cosas para irme de una buena vez cuando le escucho decir:

—Y porque creo que estoy embarazada.

—¿¡Qué!?

—Que creo que estoy embarazada. —Me congelo en mi lugar, agradezco no tener nada en las manos porque lo más seguro es que lo hubiese tirado al piso y causado un desastre porque estoy a punto de entrar en pánico. Hiperventilo, hasta siento que me va a dar un paro cardíaco o un ictus, me duele el pecho, el brazo y me hormiguea el lado derecho del cuerpo.

—¿Eso no es posible! Tú y yo... bueno, yo... o tú... o ambos... ya no lo sé. Pero nos protegimos, había preservativos en la papelera. ¿Cómo pasó esto? Además, solo han pasado unos días. ¿Tres? ¿Cuatro? Ni siquiera lo sé. ¿Cómo es que lo sabes? —Bajo la voz mirando alrededor—. Además, tenías la menstruación. Se supone que no... bueno, no lo sé... pero es lo que he escuchado.

—La hermana de Carmen tuvo relaciones sexuales con la menstruación. Ahora tiene un niño de tres años.

Maldita sea. Hubiese preferido irme a mi casa y que me apareciera un fantasma a mitad de la carretera. Eso causa menos terror que lo que estoy escuchando ahorita.

—Bueno, solo es que crees... no es que en realidad estés. —Puedo relajarme, aunque me tiemblen las piernas y sienta que el corazón se me va a salir del pecho—. Solo relájate, no creo que... —Hago una temerosa pausa y comienzo a entrar en pánico—. ¿Qué va a pasar si estás embarazada? Yo ni siquiera sé cuidarme solo. ¿Cómo puta voy a cuidar a un niño?

Ella regresa al sillón y se deja caer en el lugar que estaba. Tan tranquila y serena, como si lo que me acaba de soltar no es algo para tirarse por la ventana.

—Ya lo sabremos, agendé una cita con mi ginecólogo.

—¿Ginecólogo? ¿Es hombre?

—¿¡Y eso qué importa! Te estoy diciendo que puedo estar embarazada. ¿Y tú solo te preocupas por si es un hombre?

—¿Cómo puedes dejar que un hombre te...?

—¿Es un profesional!

—Yo también soy un profesional y eso no me impide ver a las socias de la compañía. —Resoplo y suelto una risa irónica, es que es verdad, ¡vamos!

Ella solo me mira, si tuviera el superpoder de lanzar rayos láser con la mirada, yo ya no estaría aquí para contar el cuento. Así que dejo de reírme y me aclaro la garganta para cruzar los brazos sobre el pecho.

—En fin, solo te quería decir que, si quieres tener amigas, amantes o lo que sea la tal Andi en tu vida, está bien. —Sigo sin creerme esto—. Pero si yo quiero tener amigos, no te metas.

—Yo no digo nada de que tengas am...

—Incluye a Camilo —me interrumpe. Suelto una risa, una risa que refleja mi incomodidad, maldita sea. Sabía que era demasiado bueno para ser verdad—. Y si quiero tener un ginecólogo,

también. Por cierto, no todos los hombres son tan sucios como tú, David.

—No conozco al bendito ginecólogo, pero sí a Camilo, y ese no solo quiere ser tu amigo. Camilo está casado.

—Andi también.

Por Dios.

Vuelvo mi vista fulminante a ella.

—¿Entonces te importa una mierda su esposa? —Ahora se gira completamente hacia mí, quedamos frente a frente sobre este sofá con esa mirada retadora cada uno. No puedo creer que esté teniendo esta discusión justo ahora, no sé en qué momento sucedió, pero estoy arrepentido de haberme quedado aquí, de hecho, estoy arrepentido de haberme ido a Las Vegas con ella.

—¿Y qué hay del esposo de la tal Andi? —Carajo, no sé ni para qué discuto si una mujer siempre gana, creo que si algún día llego a necesitar un abogado me buscaría una mujer, no necesitaría ni el título.

—Tú no sabes la historia de Andi con su esposo.

—Tú no sabes la historia de Camilo con su esposa. Y no creo que eso sea lo que te incomoda.

—¿Qué estás insinuando?

—Que estás celoso de Camilo.

—¿Por qué estaría celoso de Camilo?

—Porque tiene un aspecto bastante masculino, con un exótico cabello rubio con rizos, unos ojos celestes brillosos, su cuerpo está bien formado, fue a la escuela militar, sabe karate, boxeo y sé que todas las chicas que has llevado a tu casa te han mencionado lo guapo que es.

Me río sarcásticamente, aunque no digo una palabra, estoy molesto. Molesto con ella, molesto con Camilo y molesto con todos y no he llevado chicas a mi casa, voy a decírselo, pero ella continúa hablando y sus siguientes palabras definitivamente captan mi atención:

—Pero no entiendo por qué. —La escucho hablar mientras se va en dirección a la cocina—. Tú eres igual de guapo, también tienes un exótico cabello rubio. —Trae una caja de galletas, creo que su propósito es hacerme engordar, lo típico de las esposas—. Tienes un color de ojos llamativo y bastante inusual, un excelente cuerpo; aunque no practiques boxeo o karate, tú haces funcionar una empresa, eres un genio y eso te da muchos puntos extras.

¡Ay! ¡Natalie basta! ¡Me sonrojas!

Digo... Qué bien.

—Gracias —digo, con indiferencia.

—Qué lástima que seas un grano en el culo. —Mejor me calmo, respiro hondo y suelto el aire poco a poco hasta que mis pulmones quedan vacíos. No me voy a dejar vencer por una mujer, no voy a hacerlo.

Me dejo caer en el sillón sosteniendo la cabeza con ambas manos y con los codos sobre las rodillas intentando restarle importancia. Entro en pánico solo con pensar en vivir así el resto de mi vida.

Me acomodo en el sofá con los pies sobre la mesita que está al frente. Esta noche duermo aquí, no quiero quedarme, pero tampoco me voy a ir y no tiene nada que ver con que un fantasmita me asuste en la carretera, simplemente no me voy a dejar vencer por Natalie, ni por esta mierda que llaman matrimonio, así que me quedo, nos guste o no.

Antes de irse a su cama me pregunta si estoy cómodo y le digo que sí, pero no, es el sofá más horrible en el que he estado en toda mi vida y lo único que hace es darme una sábana y una

almohada. Está demás decir que no duermo ni un poco.

Antes de las cinco ya estaba vistiéndome para irme a casa y se me ocurrió despertar al caga-billetes para ir a correr porque sentía mi nivel de estrés más arriba de lo considerado normal por un psicólogo. Además, tantas galletas y palomitas de maíz de ayer necesitan salir y no me refiero a salir por el conducto de desechos David Schmitt.

—Oye, ¿cuándo es que te acostumbras a estar casado? —le pregunto a Oliver, luego de recorrer unos cuántos kilómetros. He estado preocupado todo el tiempo, si Natalie está embarazada tendré que acostumbrarme a esta mierda. ¡Oh, Dios mío! No puede estarlo—. Porque a ti solo te he visto sufrir por tener sueños húmedos con Alexandra.

—¡David!

—¿Qué? Tú mismo me lo contaste.

Él se detiene y me ve con esa mirada diabólica, yo me encojo de hombros porque no tengo nada de lo que arrepentirme, él me lo ha dicho y no estoy diciéndolo frente a Alex. Comienza a correr de nuevo y yo le sigo el paso, no puedo evitar distraerme un momento en un hombre que carga a un bebé en una cangurera mientras camina a paso rápido, con unos auriculares en los oídos, ese puedo ser yo el próximo año. Intento sacar ese pensamiento de mi cabeza antes de que cause un ataque de pánico y me vuelvo a Oliver cuando dice:

—Va a llegar el día que simplemente te das cuenta de que no es tan malo como creías.

Me río irónico, no puedo evitarlo.

—Eso sonó tan gay. —Lo siguiente no lo veo venir, me lanza su botellón de agua justo en la frente, por poco me derriba. El maldito caga-billetes suelta una carcajada nada más y se larga.

Regreso a casa exhausto, tengo que trabajar y apenas me da tiempo de pasar por algunas cosas en el apartamento de Natalie, cuando llego a mi hogar ella ya está aquí, paso de largo ignorando el vestido que lleva puesto y la forma como sube por sus piernas cada vez que ella se inclina intentando colgar un cuadro, cuando llego a mi habitación y cierro la puerta detrás de mí, me doy una palmadita mental en la espalda por haber pasado por alto todas esas curvas sin nublar mi raciocinio.

Tengo que ir a trabajar, me desvisto y termino mi terapia antiestrés con una relajante ducha mientras Constanza ubica sus cuadros por toda mi casa. Lo habíamos hablado y le dije que sí, podía poner los cuadros de mierda donde quisiera. Tendré que acostumbrarme al “arte”, supongo. Aunque no tengo idea de lo que cada una de esas cosas significa, creo que veré algunos vídeos en YouTube después de esto.

Salgo del baño una vez que el agua tibia ha recorrido mi cuerpo, me quedo frente al espejo. Me quito la toalla de golpe y la dejo tirada en el alfombrado piso de mi cuarto, admiro mi reflejo y sonrío para mí mismo.

—Ju juuuuyyy, pero qué hombre más guapo. —Me guiño un ojo—. King Kong, esa afeitada te hace ver más grande. —Me pongo de perfil, de frente y de nuevo de perfil—. ¿Quién es el rey de la selva? ¿Eh? ¡King —tiro la cadera para adelante— Kong! —Vuelvo a tirar para adelante.

—David. —Natalie está entrando a mi cuarto en ese momento, giro sobre mis talones de manera brusca chocando con el escritorio y la lámpara cae el suelo, me sostengo para no caer yo. Ella me está viendo con intriga y de inmediato lleva su mirada de morbo a King Kong.

—Creí que el rey de la selva era el león, no los gorilas... —Aplana los labios para no reírse, de inmediato recojo la toalla para taparme y olvidar lo que me acaba de ver haciendo.

—¿La próxima vez puedes tocar, por favor? —Aclaro la garganta y miro en otra dirección, diviso mi peine y voy hasta él intentando que mi cara no se llene de vergüenza—. Además, qué importa. Hay temas más importantes por los que preocuparse, como la paz mundial, por ejemplo. ¿Ya desempacaste?

—En eso estoy —casi balbucea, intentando aguantar una carcajada y yo, bueno, tengo ganas de tirarme por la ventana—. ¿Puedo arreglar tu habitación? ¿Te importa si hago...?

—Haz lo que quieras —la interrumpo, caminando hacia mi armario, solo quiero que salga de aquí. Y puedo respirar tranquilo cuando por fin lo hace.

Repito: solo con ella me tienen que pasar estas cosas.

CAPÍTULO 14

David

Una vez que me he recuperado del *shock* de que mi King Kong haya sido visto en acción y no acción de la que puede ser considerada buena, recojo todo el valor posible para salir luego de arreglarme para ir a la empresa, tomo el maletín y cuando veo el reloj sobre la mesa de noche camino hacia él y mis ojos se percatan de los jodidos calzoncillos de Batman perfectamente doblados que hay sobre mi cama.

Oh, por Dios, qué vergüenza. ¿De dónde carajo los ha sacado? Recuerdo haberlo tirado a la basura el otro día. Tomo los calzoncillos para guardarlos de una vez por todas y mis fosas nasales detectan un olor a rosas proveniente de ellos, Dios mío, King Kong va a sentirse King Konga con este maldito olor.

Abro el gabinete y observo toda mi ropa interior perfectamente doblada. Toda. ¡No!

Diablos, me replanteo la idea de salir por la ventana, pero no hay ni un árbol cerca, maldito el día en que se me ocurrió cortar aquel maldito roble que había crecido afuera de mi casa. En mi defensa, temía que secuestradores entraran por la ventana por medio de ese árbol, o peor aún, que alguna mujer de esas que dejé en el olvido en algún cuarto de hotel investigara mi dirección, subiera a mi casa y me arrancara a King Kong. Las mujeres están locas, nunca te imaginas cómo pueden actuar por despecho. Quien opine lo contrario debería visitar YouTube y ver todos esos vídeos extraños de exnovias psicópatas.

Definitivamente, ese árbol tenía que irse.

Cuando ya la vergüenza no se nota en mi rostro, bajo a toda prisa hacia la sala, cuando voy por la mitad de las escaleras un increíble olor llega hasta mis fosas nasales, maldita sea, desde hace mucho mi casa no olía a otra cosa que no fuera sopa instantánea.

Mis pies automáticamente se dirigen en dirección al olor, me detengo en seco en la puerta cuando mis ojos divisan a Natalie en la cocina, ella está de espaldas a mí haciendo algo sobre la encimera, tiene unos auriculares puestos y mueve sus caderas, supongo que al ritmo de lo que está escuchando, y está en... ¿bóxer? Aquí creo que murió cualquier esfuerzo por mantenerme como un hombre serio y casi virginal.

Ay, por Dios. ¿Qué hago?

La verdad es que estoy tentado a preguntar cuándo el mar rojo por fin se va a abrir para dejarme pasar al otro lado. Si saben a lo me refiero.

Pero prefiero callarme, trago saliva y camino hacia mi refrigerador, intento espantar mis pensamientos pecaminosos al mismo tiempo que algo me ruge y me doy cuenta de que no es precisamente mi estómago. Natalie continúa bailando y de inmediato siente mi presencia y se gira hacia mí.

—¿Ya te vas? —dice.

Si me haces quedarme, a la mierda la empresa. «¿Qué? Por Dios, concéntrate, David.»

—Tengo que ir a trabajar —digo, sacando un jugo de la nevera, se quita los auriculares y vuelve a girar hacia lo que está haciendo, parece una ensalada—, a algunos nuestro jefe no nos da vacaciones por casarnos, mucho peor si ese jefe es tu amigo y es un grano en el culo. —Suelta una pequeña risita, de inmediato mi vista se desvía a ese específico lugar suyo.

Santísimos seres de las posaderas.

—Ya es casi mediodía. ¿No vas a comer? —Trago saliva intentando volver en sí y ver en otra dirección, no debo caer en la tentación. Repite, David: «no debes caer en la tentación». Pronto tenemos que hablar sobre lo que va a pasar entre los dos, si seguimos casados así sin nada de nada o si disfrutamos estos meses.

No, no, por Dios, nada de eso.

—Siempre pido mi comida en el restaurante que está frente a la empresa. —Un vistazo más ahí... carajo. ¿Por qué me tuve que casar con Natalie? Seríamos felices ambos en estos momentos simplemente disfrutando del hecho de tener órganos sexuales que encajen perfectamente.

Es cierto, el matrimonio lo arruina todo.

—He hecho desayuno para ambos. —Le escucho decir cuando estoy camino al refrigerador para extraer una manzana. Me toma del antebrazo y prácticamente me lleva a rastras al comedor.

—Constanza, es tarde —hablo, pero no... como todas las mujeres, no descansa hasta que logra hacerme sentar en la jodida silla que aparta para mí en el comedor.

Tomo el lugar cuando... ¡JA! Mis ojos de inmediato enfocan al jodido cesto de frutas de plástico sobre mi comedor y ahí está el maldito aguacate sin mitad. No puedo evitar reír. Natalie me mira curiosa llevando su mirada desconcertada al jodido cesto y yo aclaro mi garganta.

—Lo siento, es que me parece divertido —digo, mirando seriamente hacia otro lugar. No dice nada mientras, supongo, intenta ver lo gracioso del cesto plástico.

Bien, tal vez debería portarme un poco más serio.

Se retira un momento y cuando regresa lo hace con un plato de comida bien cargado. Debe haber algo mal aquí, no entiendo el porqué de estas atenciones si ya lo habíamos hablado, ella no quiere estar conmigo y yo tampoco con ella.

Miro el platillo con recelo y cuando ella está de espaldas tomo el tenedor y comienzo a hurgar dentro del huevo, pincho los pedazos de tocino y los levanto buscando algo extraño, pero no hay nada. Al menos nada visible.

—Quiero mostrarte algo —me habla y de golpe deo caer el tenedor sobre el plato. Intento restarle importancia, para no parecer sospechoso, llevándome un pedazo de huevo a la boca. Me sorprende cuando Natalie se sienta sobre mis piernas... su buen trasero justo sobre mi entrepierna... joder.

King Kong, relájate, no me hagas pasar vergüenzas ahora.

No... no...

Intento acomodarme de otra forma, de una que no sea mi King Kong junto a su culo. Natalie saca su teléfono celular y lo pone frente a mis ojos, mientras intento concentrarme en lo que tengo enfrente, parece una vagina... no, Dios, no existen las vaginas violetas, creo que estoy traumatado, parpadeo un par de veces para aclararme y la escucho:

—¿Qué color te gusta más? —Miro su celular, ella huele tan bien. Quiero poner mis manos en sus piernas o en cualquier otro lado. Hasta en sus orejas si es posible.

—Es... el mismo color. —Aclaro la garganta, ella suspira.

—David, uno es fucsia royal y el otro es fucsia púrpura. —Se pone de pie, finalmente, y se sienta a mi derecha mientras continúa viendo el aparato, apuesto que sintió mi parte íntima despierta. Intento distraerme, empiezo a comer y me gusta lo que estoy probando—. ¿A qué hora sales del trabajo? Iré a las clases de karate.

Me atraganto.

—¿Por qué? —Ella de inmediato clava los ojos en mí y me mira como si fuera lo más obvio.

—¿Por qué? Porque a mí me gusta, David. Yo creo que es algo que todas las mujeres debemos saber por defensa propia.

—Ya hablamos de eso el otro día.

—¿Cuál es tu problema?

—Yo no tengo ningún problema.

—No, tu problema es Camilo —dice finalmente, eso me hace resoplar.

—Eso no es cierto, por Dios. Me vale una mierda Camilo, no puedes estar ahí sola entre una gran cantidad de hombres.

—También van chicas, David. Su esposa va a las clases de karate.

—Ah, deberías comentarle que quieres que sea tu “amigo” —ironizo, haciendo comillas con las manos.

—¿Lo ves? Tu problema es Camilo...

—El casado —la interrumpo.

Ella resopla.

—Creo que no entiendes que, para mí, un amigo es un amigo. —Ella tiene clavados en mí sus enormes ojos tan oscuros que casi me dan miedo.

—¿Y para Camilo también “amiga” es “amiga”? —pregunto con sorna, ella suelta un suspiro y su espalda choca con el respaldar de la silla.

—Puedes venir conmigo, David. Camilo no es de esa calidad de hombre que tal vez tú estás acostumbrado a ser.

—No me conoces, no puedes juzgarme.

—Tú tampoco lo conoces a él.

—Sí, pero te recuerdo que yo soy hombre...

—¿En serio? —me interrumpe con ironía, con una expresión de burla agrandando sus ojos con exageración—. Yo pensé que eras un alienígena.

La miro con desaprobación, pasan un par de minutos en que ambos nos miramos en completo silencio, ella con una mirada maliciosa y yo con un aire policíaco que no me hace reír con nada.

—¿Entonces vienes? Sería divertido practicar juntos.

—Sí, claro. Dices eso porque sabes que no puedo golpearte, Natalie. —Miro el reloj, creo que ya es tarde.

—Lo más seguro es que yo te golpee a ti —se mofa y yo suspiro en desaprobación. Lo peor de todo es que sé que tiene razón.

—Bien, iremos a las malditas clases de karate. —Ella vuelve a poner su vista en mí esbozando una gran sonrisa.

—¿En serio?

—Sí, por supu... —Mis palabras son interrumpidas cuando siento su cuerpo sobre mí y me abraza. Oh, por Dios, está sentada a horcajadas sobre mí abrazándome, sus piernas desnudas están rodeando las mías. La rápida y furiosa está sobre mi King Kong.

—Bien. ¿Voy por ti a la oficina? ¿Nos vemos aquí? ¿Antes de arreglar tu cuarto? ¿Después? —Aspiro su aroma, con la barbilla apoyada sobre su hombro escucho lo que dice, pero en realidad no lo hago, hasta cierro los ojos. Oh, Dios mío, esto debe ser un complot, debe querer manipularme... buenas piernas, poses sugerentes, buena comida... no, eso nunca es buena

combinación, no me vas a tener en tus manos, Natalie. Aléjate de mí, demonio del pecado—. Por cierto, ¿puedo pintar tu cuarto luego?

—Te dije que hicieras lo que quisieras con el jodido cuarto. —Me remuevo para ponerme de pie. De inmediato ella se baja de mi regazo, me levanto como un resorte y tomo un trago grande del jugo de naranja—. Ya es tarde —digo, viendo mi reloj. Acomodo la corbata y no puedo siquiera darle un vistazo antes de salir.

Conduzco con la mente en blanco, creo que necesito salir y deshacerme de toda esa testosterona que esa mujer está haciendo a mi cuerpo producir, en cualquier momento me voy a correr en mis propios pantalones mientras trabajo. Al llegar a la empresa y ver el reloj me doy cuenta de la hora y comienzo a andar a paso mucho más rápido. Mi celular suena y mientras camino por recepción lo saco del bolsillo, es un mensaje de Andi, ruedo los ojos, no puedo evitarlo.

Voy hacia el ascensor luego de saludar al guarda de seguridad, no todos los guardas de seguridad me caen mal, solo aquellos que tienen un cuerpo musculoso, el cabello rubio, los ojos azules y quieren conquistar a tu chica. Abro el jodido mensaje y...

Oh, por Dios.

El celular se me cae al suelo y lo recojo de inmediato viendo alrededor, por suerte nadie me está viendo, de inmediato llevo el celular frente a mis ojos de nuevo y todo eso aparece frete a mí otra vez con la descripción:

«Me dijiste una vez que te gustaba el color rojo.»

Aclaro la garganta y continúo caminando con pose erguida mientras saludo a las personas que me encuentro. Una vez que las puertas de metal se cierran frente a mí vuelvo a ver la imagen de su cuerpo en una braga de encajes rojo, solamente eso. De inmediato envía una segunda con la descripción.

«Lástima que decidiste casarte.»

La puerta del ascensor se abre en mi piso y como que el sudor frío me recorre la espalda. Doy un paso al frente para caminar hacia la oficina y a la primera que mis ojos enfocan es a ella, sosteniendo un café mientras habla con un tipo. De inmediato que sus ojos se postran en los míos, observa el celular en mis manos y vuelve la mirada a mí esbozando una sonrisa picarona.

Guardo el teléfono celular y paso a su lado como si nada. Solo le toma un par de minutos llegar a mi oficina después de mí cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Ya ves de lo que te pierdes, mi querido David? —Camina hacia mí contoneando sus caderas como siempre lo hace, deja unos papeles sobre mi escritorio con su cuerpo muy junto al mío.

—Eso es porque no has conocido a mi esposa. —Le guiño un ojo. De inmediato se tensa y todo su semblante antes coqueto ahora demuestra tremenda seriedad. Va a decir unas palabras y agradezco el golpe en la puerta que la interrumpe.

—Adelante —digo, sin despegarle la mirada de encima. El hombre calvo entra por la puerta y Andi se aparta de mí sin ningún tipo de expresión.

—Señor Schmitt... —exclama el anciano cuando llevo mi mirada a él, le extiendo la mano y la toma de una manera amable, lo invito a tomar asiento frente a mí—. Muchacho, no sabía que te habías casado. —¡Ah! Estupendo, ahora este es el tema inicial de todas mis conversaciones—. Nunca me imaginé que fueras una persona de sentar cabeza.

—¡Por Dios! ¿Cómo no iba a casarme? Si esa mujer es hermosa —digo a propósito, aprovechando que Andi está aquí. Ella solo me observa y aclara su garganta—. Un día te la presentaré.

—Oh, ya la conozco. —Habla, eso me sorprende—. Mi esposa ama su programa de televisión, dice que ustedes hacen tan linda pareja. Un día fuimos a una de las fiestas de aniversario de ese canal. Mi esposa se volvió loca y después de eso ni siquiera me prestó atención a mí por estar hablando con ella. Un dulce en persona. Por cierto, me preguntó si podía invitarlos a su cumpleaños.

—¿Puedo retirarme... señor... Schmitt? —Andi hace énfasis en esas últimas palabras. En ese instante la miro, su pose no es relajada, puedo determinar que no se siente conforme con lo que está escuchando. Quiero decirle que no se puede ir, solo por torturarla un poco más.

—Claro que no, los papeles de ese archivero no están en orden alfabético. —Me mira, casi puedo percibir sin necesidad de ponerle atención la cantidad de dardos que me está lanzando con la mirada. Tomo los papeles que había traído y los observo mientras el señor frente a mí saca unos papeles.

—Y cuéntame más, Mark... ¿por qué tu esposa ama tanto a mi chica?

—Porque es una chica muy dulce, inteligente y lista. Es usted un hombre muy afortunado, señor Schmitt. —Algo se le cae de las manos a Andi y ambos vemos en su dirección, disimuladamente recoge el pisapapeles y sin decir nada sale con un folio que encontró por ahí.

Al momento que la puerta resuena, Mark se vuelve a mí y llama mi atención la risilla que suelta, por un momento me tenso, creí que había descubierto lo que sea que hubo entre Andi y yo, pero sus palabras me dejan anonadado, hubiese preferido que creyera que tenía algo con Andi y no con la persona que menciona a continuación:

—Y yo que creí que tú y el jefe... —murmura y hace una pausa, de inmediato levanto la mirada cuando él aclara su garganta.

—¿Yo y el jefe qué, Mark? —Él sonrío.

—Pues... ya sabes... —Ríe levemente, es una risa nerviosa, que no sea lo que estoy pensando—. Creí que el jefe hacía lo de su matrimonio para ocultar lo que tenía contigo. —Se ríe a carcajadas—. Los del piso dieciséis nos hacíamos tantas teorías y hasta apuestas.

Me quedo en silencio por unos segundos, viéndolo con desaprobarción. Él de inmediato deja de reír, se aclara la garganta y finalmente me extiende unos papeles.

—Pero no... era... nada... —balbucea, al ver mi expresión. No tomo los papeles, lo miro fijo, encabronado.

—Si eso llega a oídos de Anderson, ten por seguro que te despide, junto a todos los del piso dieciséis.

Mark asiente mientras lleva su vista a los papeles e intenta aguantar una risa.

—Lo siento —dice y tose para evitar soltar una carcajada. A mí esa mierda no me causa gracia.

CAPÍTULO 15

Natalie

—¡Oh, por Dios! Mira esta casa —habla Carmen a mi lado. La había llamado esta mañana justo después de que David se fue a trabajar. Ya había tocado suelo americano hace unas horas, según ella misma moría de sueño y todavía no se recuperaba del *jet lag*. Justo al levantar el teléfono yo iba camino al supermercado y me dijo que iba a acompañarme, le dije que no era necesario, que tenía que descansar pero apareció en el local unos minutos más tarde y comenzó a dejar todo tipo de cerveza dentro de mi carrito de compras:

—A los hombres les encantan las cervezas —me dijo, sé que tenía razón, especialmente David, él ama las cervezas. Era lo único que había visto en su refrigerador, y eran latas vacías precisamente, todavía no comprendo qué hace cuando tiene hambre—. También la ropa interior *sexy*.

—Carmen, devuelve eso, maldición —le hablé cuando la vi aparecer con prendas íntimas que había tomado en sus manos en la sección de ropa interior. Tuve que quitárselas, pero al final terminamos en un local de Victoria's Secret mientras ella se probaba algunas prendas y me compró un conjunto rojo por si acaso.

No lo entiende, con David no. ¡Nunca!

El resto de nuestro encuentro me encargué de quejarme, lo bueno de todo es que dejó el tema por la paz y se quedó muda una vez que entramos a la casa de David, no dijo nada más que un «Guau» y me ayudó a descargar las compras de mi auto en completo silencio, lo que agradecía en mi interior. Silencio que duró hasta que entramos y prosiguió:

—Sí que eres una condenada con suerte. —Suelto un bufido.

—¿No entiendes nada de lo que te digo, cierto? —Escucho sus pasos y se detiene detrás de mí aún viendo hacia todos lados. Deja las latas de cerveza que tiene en las manos y saca una de la bolsa, escucho el sonido del material y a ella alejarse mientras abro la puerta del refrigerador—. Se acuesta con su secretaria. —Esto último lo digo con un tono más bajo de lo normal, aunque estamos solas, pero no es algo que me atreva a decir en voz alta: «mi marido se acuesta con su secretaria», y aunque no es mi marido de verdad sigue sonando tan ridículo—. Que está casada, por cierto. ¿Ahora te imaginas que esté embarazada de él? Tendré que acarrear con el hecho de que el padre de mi hijo se acuesta con su asistente.

Esto último lo agrego con desesperación, casi acabando con mi manicura recién hecha. Oh, Dios, solo con pensarlo me apresa el pánico.

—Relájate, no sabes si lo estás o no. —Saca una cerveza y me la extiende—. Oh, por Dios, ¿su secretaria? —le digo que sí y comienzo a dejar todo en el lugar correspondiente—. ¡Oh, Diablos! ¿Y está casada? —Le vuelvo a decir que sí y veo que continúa viendo alrededor con la expresión de un niño entrando a una tienda de dulces—. No, no se puede confiar en ningún hombre guapo, pero al menos la casa está de diez.

Miro alrededor y sí, hay que admitirlo, la casa es más de lo que yo pudiera soñar.

—¿Sabes qué es también increíble? —me dice, viendo por la ventana, había abierto una cerveza y ahora está tomando un trago. Llama mi atención qué es eso que mira con tanto esmero y me acerco a ella sosteniendo un envase de jugo de naranja con cierta curiosidad impregnada en el rostro—. El portero. ¿Es que todo en esta zona tiene que ser bello?

Me hace reír. No puedo contradecirle, Camilo es un hombre apuesto, voy a admitirlo.

—Bueno, solo sé que está casado. —Regreso al comedor, ella hace un sonido desde el fondo de su garganta, algo parecido a un bufido—. Y su esposa es alguna bella mujer que lleva como fondo de pantalla, al menos eso he visto en una ocasión que sacó su teléfono celular frente a mí.

—Pues... otra condenada con suerte. —Se gira hacia mí y agrega—: Y... deseo de todo corazón, Natalie, que el tan mencionado David deje a la zorra de su secretaria y que tu matrimonio sí triunfe.

—¡No! Este no es un matrimonio de verdad, Carmen.

—Uno nunca sabe. —Se encoge de hombros y yo lo único que puedo hacer es respirar hondo y soltar ese aire con brusquedad, porque no pienso discutir por esta tontería—. A veces las mejores relaciones se dan de improviso. Con mi ex estuvimos ocho años de novios y menos de un año casados. ¿Qué te hace pensar que lo tuyo no puede ser lo contrario? Nada de novios y muchos años casados.

Suelto un bufido, Carmen se vuelve a mí mientras decido dejar el jugo dentro de la nevera.

—¿No eras tú la que me dijo que me divorciara lo antes posible, el día que te conté todo en aquella cafetería? —Lo recuerdo a la perfección, cuando le dije todo lo que había acontecido en Las Vegas se quedó muda, se puso de pie y me tomó por los hombros, me sacudió y después dijo: «Amiga, divórciate cuanto antes».

—Sí, antes de conocer a ese bombón con el que te casaste. Es que hacen tan linda pareja que me da ternura.

Por Dios. Mejor cambio de tema.

—Camilo tiene una academia de artes marciales. ¿Te gustaría venir? —Carmen se acomoda en el desayuno mientras piensa su respuesta. Tomo un tazón y me sorprende que David tenga algunos cubiertos, especialmente porque aquí no hay comida.

—No, definitivamente la violencia no es lo mío —habla, vierto un poco de leche dentro del objeto y después dejo caer un poco de cereal orgánico que habíamos conseguido con Carmen en el supermercado.

—¿La violencia no es lo tuyo, pero sí practicas tiro al blanco?

—Eso es diferente, es algo así como una terapia para el estrés, solo imagino la cara de ellos dos, de mi ex y la zorra. ¿Sabes? De pronto me siento hermanada con Jennifer Aniston, luego de vivir lo mismo y todavía tener que aguantar verlos en la televisión todos los días, tan finos, tan elegantes, tan hijos de puta.

—Si Jennifer Aniston logró superar al bombonazo de Brad Pitt, ¿cómo tú no vas a superar al renacuajo ese de tu ex? —Se ríe, al menos sé que hago mi parte bien cuando ella suelta una risotada y se olvida de lo que estamos hablando, comienza a hablar sobre su viaje a Francia y me habla sobre las clases de tiro al blanco.

—¿Sí me acompañarás este fin de semana, cierto? —me dice cuando la acompaño a su auto, una vez que ella sube y baja la ventanilla—. Quiero conseguir la licencia para portar armas, así nadie se va a meter conmigo. Si hubiese tenido un arma cuando estaba con mi ex, apuesto que no me pasa esto.

—Carmen...

—¿Qué? Se vale soñar, ¿no? No tienes idea de cuántas veces los he matado en sueños. —Me río, sé que no debería, pero lo hago—. ¿Sí me acompañarás?

—Sí, ya me convenciste. —Le extiendo la palma de la mano en su dirección y ella la choca dándome un gesto con aprobación.

—Tú también la necesitas, con ese bombón rubio vas a tener que apartarte a varias del camino, amiga... iniciando por la secretaria.

—Que no es un matrimonio de verdad, Carmen.

—Pero puede serlo. —Me guiña un ojo y yo solo la miro con disgusto, David no es el tipo de hombre con quien me casaría si alguna vez decidiese hacerlo, es todo lo contrario al tipo de hombre con quien yo quisiera compartir mi vida, aunque no digo nada a Carmen porque no quiero y porque discutir con ella es una pérdida de tiempo.

Nos despedimos, no dejo que se quede mucho tiempo porque es mi primer día en esta casa y no quiero que David crea que me estoy aprovechando y metiendo a mis amigas a este lugar completamente suyo. Cada vez que pienso qué hago aquí, no tengo una respuesta acorde porque sé que ha sido la peor decisión que haya tomado, lo único que me da consuelo es decirme a mí misma que no tengo dónde vivir y Alex merece estar al lado del hombre que ama si así lo desea, yo en algún momento tendré ese espacio solo para mí. Miro a Carmen alejarse y voy hasta mi auto para poner en marcha el mío, necesito cortinas, pintura y darle otro aspecto a este lugar. Toco el claxon al ver a Camilo de pie a un lado del portón, él me sonrío y bajo la ventanilla cuando miro su intención de hablarme.

—Convencí a David, así que ahí nos tienes esta noche. —Me sonrío afable, miro los camanances que se forma en sus mejillas debajo de la escasa barba que puebla su rostro. Se inclina hacia mí, tiene unos ojos azul cielo que a cualquier mujer hipnotizarían.

—No creí que aceptara, tengo el presentimiento de que no le caigo bien al señor Schmitt. —Me hace reír al escuchar de la boca de Camilo «señor Schmitt». Camilo es un poco mayor que David y casi no se nota la diferencia.

—Creo que solo siente un poco de celos, pero nada que no se controle. ¿Acaso tú no eres así con tu esposa? —Se tensa, aclara la garganta y sonrío de lado mientras cambia de posición, pero sigue inclinado hacia mi ventana.

—Antes —dice, mira en otra dirección, sé que no quiere mantener contacto visual, en los días que tengo de hablar con él me he dado cuenta de que hace lo mismo cada vez que no quiere hablar de algo y ese algo es algún tema relacionado con su esposa. Pero bueno, ¿a qué hombre le gusta hablar de su esposa frente a otra mujer?—. Desde hace un tiempo nuestro matrimonio ya no es lo mismo.

Típica mentira, hago un gesto de afirmación con la cabeza y miro su intención de seguir hablando sobre el tema, estoy a punto de despedirme, pero eso hace que aguarde un poco y lo miro instándolo a continuar.

—No tiene caso celar a alguien que ya sé cómo es. —Ahora sí lleva su mirada a mis ojos, a cualquier otra mujer le hubiese derretido el corazón su gesto al decir esas palabras, pero ya me conozco todas estas tácticas masculinas—. ¿La ayudo a desempacar, señorita?

Le contesto con una negación de cabeza.

—Creo que ya he desempacado la mayoría de mis cosas, David me ayudará con las otras. —Él asiente esbozando una media sonrisa, acentuando el hoyuelo sobre su mejilla izquierda.

—Cualquier cosa, ya sabe que estoy aquí. —Le sonrío en respuesta, me despido con un gesto de mano y pongo en marcha el auto.

Aún no me acostumbro al vecindario de David, mi antiguo apartamento era estratégico: estaba cerca de muchos supermercados, farmacias y mi lugar de trabajo, ahora tengo que conducir el

doble para ir hacia algún lugar de los que conocía antes. Llevo varios minutos con el volante en las manos y aún no he divisado ninguna tienda. Recibo un mensaje y sé que se trata de David, desde que se fue me ha enviado mensaje cada vez que tiene tiempo, haciéndome reír con cada cosa que se le ocurre. Me gusta su personalidad, es un punto a favor suyo.

Voy a tomar mi teléfono celular cuando estoy al borde de la histeria y no logro ver ni una sola tienda en este lugar, él debe conocer mucho mejor que yo por aquí y puede guiarme, aunque dudo mucho que él conozca algún lugar para artículos de casa.

Me detengo frente a una tienda de ropa, uno de los maniqués tiene una chaqueta de cuero color rosa que definitivamente quedaría muy bien con mi nuevo vestido Armani. Estaciono el auto y cuando camino en dirección al establecimiento no puedo evitar que mi atención vaya a una mujer que está en la entrada, sostiene un bebé en brazos que no para de llorar, parece bastante afectada por no saber qué hacer y camina de un lugar a otro hablando por teléfono; en realidad, le grita al aparato. Me visualizo a mí misma en esa situación, no puedo dejar de verla, no... yo no estoy preparada para esto.

—Disculpa... —Me llama a mí, oh, por Dios, esto me pasa por quedarme viendo a las personas de esta forma—. Necesito sacar unos papeles de mi cartera. ¿Serías tan amable de sostener a mi bebé un momento?

Miro alrededor y me doy cuenta de que sí, me habla a mí. ¿Qué tal si esto es una estafa? ¿Qué tal si esta mujer va a secuestrarme? Pero veo un guarda de seguridad al frente y otro a unos escasos metros, así que... si esta mujer intenta hacerme algo, comenzaré a gritar fuerte.

Vacilante, le digo que sí cuando ella sigue gritándole a su teléfono celular. Me entrega al niño y por un momento no sé qué hacer o decirle al bebé. No para de llorar y la mujer nada más está buscando cosas en su bolso. pero sin quitarme el ojo de encima. Genial, le estoy haciendo un favor y ya desconfía de mí. Pero eso es recíproco, señora.

—Hola... —le digo al bebé, cuando me doy cuenta de que ha parado de llorar y me mira, tan fijo que me da escalofríos. Le sonrío para intentar despejar la tensión y le agrego—: ¿Cómo te llamas?

Genial, Natalie. Genial. Como si él fuera a contestarte.

—¿Eres niño o niña? —continúo, por supuesto que sé que es niño, al menos lleva ropa como si lo fuera. Una camiseta oscura de Kiss, la banda de *rock*, y un gorro tejido de color gris sobre su cabeza con dos orejas de Koala—. Me gusta tu gorro.

Él me continúa viendo, no me despega la mirada de encima en ningún momento. Después, sonrío, como si entendiera las tonterías que le estoy diciendo y, entonces, la mujer lo arrebató de mis manos cuando ya ha guardado su teléfono celular y se cuelga el bolso en el hombro.

—Muchas gracias por sostener a mi hija. —Oh, diablos. Es una niña—. Estaba hablando con mi exesposo, es un maldito bastardo que no quiere pagar la pensión de su propio esperma, lo demandé. Hombres, son todos iguales. —Hace una pausa, mira a su bebé y después a mí—. Oye, por lo que veo eres muy buena con los niños. ¿Tienes hijos?

—No. —Instintivamente me llevo una mano al vientre—. Al menos no todavía.

—Ni los tengas, muchacha. Mejor aún, no te cases, por favor. Nunca. Sé feliz, usa preservativo siempre y por nada del mundo creas eso que dicen por ahí que hay que tener relaciones de noche porque los espermatozoides están dormidos.

¿Qué diablos?

Ella da media vuelta y se va, la observo caminar en dirección contraria sin creerme lo que acaba de pasar y lo que acabo de oír. Dios. Mi celular comienza a sonar y me da un susto de muerte, revuelvo todo mi bolso hasta dar con el aparato, al ver la pantalla y usar el dedo índice para desbloquearlo me doy cuenta de que es un número desconocido y de inmediato frunzo el entrecejo.

—¿Hola? —digo, justo al descolgar.

—Natttttyyyyyyy. —Una voz chillona que de inmediato logro reconocer me hace esbozar una sonrisa, al mismo tiempo que alejo el aparato de mi oreja. Dejo la imagen que tengo frente a mí y entro al lugar.

—Angelique... ¡Joder! Vas a dejarme sorda. —Escucho sus risitas del otro lado. Un sonido a lo lejos de alguna tele encendida y una canción de BTS resuena en un espacio que puedo asegurar es su habitación.

—No me contestaste mi WhatsApp. ¿Qué te pasa? —Entro a la tienda para ver la chaqueta más de cerca y de inmediato miro otra de color blanco.

—¿Cómo es que tienes WhatsApp? Tienes once años. —Una amable mujer al ver mi interés por la chaqueta se acerca y le pido con una seña que me la muestre. Ella amablemente asiente y va en esa dirección contoneándose con unos altos tacones que se me hacen muy agradables junto a su caminado y sus modales.

—Doce, Natalie... Doce. Estoy a siete meses de tener doce. Ya hasta tengo novio —susurra y me hace reír—. ¿Vendrás a la cena de cumpleaños de mamá, cierto?

—No lo sé —contesto vacilante. Tomo la chaqueta que la amable mujer me está entregando y luego de quitarme mi abrigo sosteniendo el teléfono celular entre mi hombro y mi oreja, me miro al espejo con la prenda puesta.

—Le queda divina —me dice la mujer, con una sonrisa en el rostro, le correspondo con un gesto de simpatía y le pido que ahora me muestre la de color rosa. Ella se va, a los minutos está con la chaqueta en sus manos caminando en mi dirección.

—Nat, no... tienes que venir a presentarnos a tu esposo. —Mi esposo, eso hace que se me revuelva algo en mi interior, no es nada bueno. Pero creo que puedo acostumbrarme, al menos por estos meses.

—Angelique, mi amor. —Escucho la voz de mi madre susurrando al otro lado del teléfono—. Deja eso, solo a ti se te ocurre estar invitando a esa...

Dicho esto, la llamada se cuelga, no alcancé a escuchar la última palabra que dijo. Me quedo ahí estática, digiriendo lo que acaba de pasar, la verdad que estoy acostumbrada a las palabras de desprecio de mi madre, ella y yo no tenemos una relación, desde... bueno, nunca. Ella me culpa de sus desgracias y no soporta que yo tenga algo de éxito en la televisión.

Tomo un respiro hondo e intento enfocarme en lo que tengo frente a mí, la pequeña mujer castaña tiene una sonrisa que no ha perdido a pesar de haberla ignorado unos minutos mientras acomodaba mis pensamientos, ahora me pruebo la chaqueta rosa y me doy cuenta de que parecen ambas haber sido hechas exclusivamente para mí.

Le digo que me llevo las dos y su sonrisa se ensancha, me pide que la siga y así lo hago. Mientras esperamos en la caja que unas personas efectúen su pago, recuerdo que hace unas semanas le había enviado una solicitud de amistad a mi padre a su red social, todo este tiempo he pensado que no la acepta porque no debe ser mucho de revisar estas cosas. Pero mi corazón se rompe en mil pedazos cuando entro a su cuenta y observo que su más reciente actividad fue hoy y ha cambiado su foto de perfil, sus amistades lo felicitan por su familia y él a todos les agradece entusiasmado.

Me quedo ahí contemplando esa foto, él está sonriente junto a su esposa, con ellos están sus dos hijos. En el perfil de mi madre también está ella y su esposo y con ellos, Angelique y Fabiano, sus dos hijos. Ambos se ven contentos, mostrando al mundo sus familias perfectas, yo no formo parte de ninguna.

Muerdo el interior de mi mejilla con pesadez, mientras miro hacia el exterior imaginándome cómo sería tener una familia, compartir cenas de navidad o de cumpleaños con todos los miembros. Mi celular vuelve a sonar y de inmediato cambio el gesto cuando un mensaje de David aparece en mi pantalla.

De: Patricio Schmitt

¿No te ha raptado Camilo?

No puedo evitar reír, comienzo a teclear la respuesta para hacer el pago e ir por las cortinas.

David

—Hola, amiguis Patricio. —Oh, por Dios—. Seguimos tu consejo y tenías razón. —Los dos tipos Paula y Marisol chillan del otro lado del vídeo que me enviaron, mis tímpanos se resienten—. Luego de tu monólogo sobre el significado del amor y el por qué amar es la mejor sensación del mundo. —¡Oh, por Dios! Como que me da algo—. La verdad que nos tocaste el corazón y... NOS CASAMOS —dicen al unísono—. La verdad que tenías razón, no hay como casarte con tu mejor amiga, confidente...

Detengo el vídeo. Me quedo pensativo viendo el fondo de pantalla de mi celular. ¿Amar es la mejor sensación del mundo? Dios, espero eso no lo hayan grabado y también circule por internet.

El nombre de Natalie aparece en mi pantalla, junto a su mensaje. Le he escrito todo el día cada vez que tengo un tiempo libre para interrumpir por si a un caso está hablando con Camilo y creo que he hecho un buen trabajo.

De: Constanza

Sí, de hecho, estoy en su maletero mientras contesto tus mensajes.

Me hace reír.

Las puertas del ascensor se abren y camino en dirección a la puerta principal mientras le contesto con una sonrisa. En ese preciso momento alguien me golpea con su hombro y mi celular cae al suelo.

—Lo siento —dice Andi, sin voltearse. Solo observo su cabellera roja y su vestido ajustado salir por las puertas de vidrio del edificio.

Todo el día he tenido que soportar sus miradas, malos gestos, insinuaciones, y ahora esto. Intento controlarme mientras avanzo detrás de ella a una distancia prudencial, pero lo suficiente como para ver cómo contonea sus caderas porque sabe que voy detrás, en otras circunstancias, lo primero que hubiese hecho es ir hasta mi oficina, citarla y ahí hacer lo que se debe hacer; pero no, a mí no va a manipularme de esa forma. King Kong y yo tenemos dignidad. O lo que nos queda.

Reviso mi teléfono y juro que si presenta un problema luego se lo descontaré de su salario. Voy hacia mi auto mientras tecleo un «ya voy en camino» a Constanza. No tengo de otra, voy a acostumbrarme a estar casado unos meses, no puede ser tan malo. ¿O sí?

Pero si está embarazada. ¿Esto tendrá que ser de por vida? Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?

Subo al auto y conduzco en esa dirección, solo con pensar que tengo que ir a esas clases de karate y ver a Camilo el casado presumir de sus poderes Kung Fu Panda me da dolor de cabeza.

Un mensaje entra a mi celular y esperando que sea Natalie, lo saco de mi bolsillo, pero a la que mis ojos observan es a Andi en la pantalla de mi teléfono con el texto:

De: Sexy Andi

Esta noche estaré con mi esposo, no me llames.

Ay, por Dios, como si yo te llamara, Andi. Desde siempre, es ella la que me llama, nunca he gastado un minuto en su persona. Comienzo a contestar mientras bajo la velocidad de mi auto, debería esperar a que llegue al lugar y no hacerlo mientras conduzco, pero me apetece contestar ahora, porque cuando llegue no me voy a sentir igual de molesto que en estos momentos.

Para: Sexy Andi

Definitivamente, voy a cambiar el contacto a Grano en el culo Andi.

¿Acaso yo te llamo? Yo estaré con mi esposa, así que te pediré que tú no me llames a mí.

Dejo el celular sobre el asiento del copiloto y espero su respuesta, pero ya han pasado tres minutos y aún no obtengo nada de su parte, nuevo récord para Andi. Unos cinco minutos después ya cuando casi estoy llegando a mi destino, mi celular vuelve a sonar con un mensaje suyo, bajo la velocidad listo para contraatacar y al abrirlo me percaté de que no es solo un mensaje, es una foto, una foto donde solo está tapando a su pelirroja con la mano y su largo cabello rojizo cubriendo sus pechos.

Por Dios. Me quedo viendo la jodida foto y no me percaté de lo que pasa frente a mí hasta que siento un golpe que me sacude en el interior de mi auto. Maldición.

De inmediato, levanto la mirada y observo a tres oficiales bajarse de una patrulla, la misma con la que yo he chocado.

Maldita Andi.



—Señor Schmitt, ya pagaron su fianza, puede salir. —El mismo oficial del día que estuve encerrado aquí llama mi atención. Me levanto como un resorte frotando mi rostro, porque ya estaba a punto de quedarme dormido.

Camino hacia la sala en la que se supone Natalie me está esperando. Ya me sé estos pasillos de memoria, creo que incluso mejor que los de mi casa, pero bueno, esta es la segunda vez que no los recorro borracho.

Mis ojos enfocan a la castaña que está hablando con un oficial, quien parece bastante entusiasmado con sus palabras y no solo con sus palabras, estoy seguro; puedo ver cómo disimuladamente mira su escote cuando ella busca algo en su bolso que cuelga de su hombro y él le está sonriendo amable.

Demasiado... amable.

Se toma un selfi con ella y yo solo me quedo viendo el espectáculo porque todo esto pasa en mi presencia. Al momento que nuestras miradas se encuentran, se despide del oficial y se encamina hacia mí a paso rápido mientras retiro mis cosas.

—¿Te detuvieron por conducir mientras mirabas porno? —cuestiona, cruzándose de brazos. La señora que está entregándome el resto de las cosas levanta la mirada con una ceja enarcada y vuelve a ponerla en las cosas que me está entregando.

—No era porno —digo, aclarando mi garganta, me encamino hacia mi auto rogándole a cualquier Ser Supremo de las alturas que mi auto esté bien—. ¿Dijiste que no te importaba lo de Andi, cierto? —Dispuesto a contarle lo que está pasando, me giro hacia ella al notar que no

obtengo una respuesta de su parte, pero ella no va a la par mía y mis ojos la enfocan a un par de metros...

Con el oficial... Están intercambiando números. En mi cara.

Me quedo ahí estático viendo cómo se sonríen y se dicen algunas palabras antes de que ella se encamine hacia mí tecleando en su celular.

—¿Me decías? —pregunta una vez que está a mi lado, ni siquiera me mira mientras guarda su celular en el bolso y yo, de pronto, no tengo ganas de hablar. Me apetece preguntar quién es él, pero creo que eso sería imprudente, aunque al parecer, leyó mi mente o algo por el estilo, ya no sé qué pensar de las mujeres, porque siempre saben exactamente lo que pasa por la mente de nosotros y dice—: Era un amigo de la universidad, gracias a él no pagaste fianza, David.

Me giro un poco en su dirección, sin ningún tipo de expresión y comentario:

—Entonces, dile que gracias. —Pero hablo con seriedad, sin una pizca de entusiasmo porque prefiero pagar mi fianza que deber un favor a un desconocido que solo quiere impresionar a Natalie ahora que la ha encontrado, que se ha dado cuenta de que está guapa y presenta un programa de televisión. Buen partido, ¿eh, policía? Una lástima que no esté soltera.

Sin mediar palabra, caminamos a la par hacia el *parking* donde se supone que mi chocado auto está, Natalie se adelanta, no puedo evitar que mis ojos se postren en esa parte especial suya.

—Ah, por cierto, te compré algo. —Natalie llama mi atención girando sobre sus talones y desvió la mirada en otra dirección buscando mi vehículo, espero me haya comprado dignidad, porque es lo que me falta—. Vi esto y no pude evitar pensar en ti. —Frunzo el entrecejo, espero no sea un perro.

Camina hacia mí y me entrega una bolsita. De inmediato se gira para ir hacia su auto y me quedo ahí, pensando qué puede contener esa bolsa. Con temor la abro para sacar lo que hay adentro. Y... por Dios. Es un calzoncillo de Batman, nuevo.

De inmediato lo guardo de regreso a la bolsa, hasta casi se me caen de la vergüenza, miro alrededor esperando que nadie los haya visto, pero el oficial en la entrada, por la sonrisa en su rostro, sé que se ha dado cuenta.

CAPÍTULO 16

David

Espero en el auto de Constanza mientras ella se digna a terminar de arreglarse. ¿Por qué las mujeres son así? Luego de unos quince minutos ya está corriendo hacia mi auto a toda prisa y de inmediato entra al vehículo invadiendo el interior con un rico olor a melocotón. ¿Por qué las mujeres siempre gustan de oler a frutas o flores? Que no está mal, por cierto. De hecho, huele bien, demasiado bien como para ir a ver a Camilo.

—¿Y bien? Te gustaron, ¿cierto? —pregunta de inmediato con las cejas arqueadas. En estos momentos quiero ser un avestruz y meter mi cabeza en un hoyo.

—Me encantaron, Constanza. Es el regalo que siempre le he pedido a los tres reyes magos —ironizo, ella ríe. He notado que últimamente ya se ha acostumbrado a su segundo nombre, porque no dice nada cuando lo menciono.

No voy a mentir, ese nombre en realidad me gusta.

—Me compraré unos que combinen —habla, me mira con una sonrisa picarona mientras se pone el cinturón de seguridad. No sé si se está burlando o habla en serio, la miro con los ojos entrecerrados mientras lleva sus manos al volante.

—Qué vergüenza —musito y llevo mi vista a la ventana lateral, para ver las calles cubiertas de lluvia, mientras pone el auto en marcha.

—Yo no te juzgo por eso, David —habla, por un momento la miro y tiene su vista puesta en la carretera—. Cada uno tiene su ropa interior con la cual se siente más cómodo. Si a ti te gustan, está bien.

—Esos me los compró mi madre —digo, viendo el vaivén de los limpiavidrios en el parabrisas—. La verdad es que... no he querido deshacerme de ellos porque, en serio, les guardo un... valor sentimental. —Esto es algo que nunca mencionaría frente a alguien, no hay forma que lo haga. Ella asiente con una media sonrisa y agrego:

»Y, además, los Calvin Klein aprietan demasiado. —Esto la hace reír, no quiero que se quede con mi comentario anterior en su cabeza y me recuerde como una persona sentimental. Sigue conduciendo mientras ninguno de los dos habla... no sé qué más decir, creo que ya pasé suficiente vergüenza con que haya visto, lavado y roseado mis calzoncillos y todavía me haya comprado unos iguales.

—¿Puedo preguntar qué pasó con tu madre? —pregunta finalmente de manera prudente, por unos momentos me quedo pensando cómo decir esa palabra que por las malas tuve que aceptar que es parte de la vida, no sé cuánto tiempo me tomó darme cuenta de que son cosas que tienen que pasar de alguna forma y hay que continuar—. Escúchame, lo siento, si no quieres hablar sobre ello lo enti...

—Murió —la interrumpo, viéndola por unos instantes y de inmediato su semblante cambia—. Hace un par de años... y la verdad no me he querido deshacer de ninguno de sus regalos por muy viejos y gastados que estén. —Suelto una risa, una risa desganada, de inmediato Natalie lleva su vista a mí quitándola casi de inmediato para ver la carretera.

—Lo lamento —dice, y voy a contestar cuando siento su mano suave y delicada sobre la mía, frunzo el entrecejo al ver que entrelaza sus dedos con los míos.

—No te preocupes —digo, viendo sus dedos por unos segundos. De una forma gentil quito su mano pretendiendo tomar mi botella de agua porque en serio ese roce me ha incomodado, pero no de una mala manera, sino de una agradable, de esa que un escalofrío te recorre la espalda y prefieres alejarte para resguardar tu corazón—. Tampoco me he podido deshacer de muchas cosas feas que hay en mi casa porque eran de ella.

No dice más y tampoco hace más preguntas, el camino hacia el supuesto lugar donde Camilo se las da de Jackie Chan es un completo silencio, no es un silencio incómodo, es un silencio tranquilo, de hecho, que se interrumpe cuando ella enciende la radio. La lluvia se hace más fuerte, casi taladra el techo de su auto, ese sonido se mezcla con la música que ella comienza a corear, me hace sonreír escuchar que lo hace jodidamente bien.

Cuando llegamos la lluvia no me da una gran vista del lugar oscuro que hay afuera. Desde la entrada se ve que no es un buen sitio. Natalie busca dónde aparcar y una vez que lo hace se recuesta en el asiento del auto.

—Te contaré que mi ropa interior favorita es una braga de abuelita con la cara de rosita fresita que me gusta usar para dormir. —Escuchar eso me hace reír. Llevo la mirada a ella, quien tiene una amplia sonrisa.

—Por Dios, quiero verla —ironizo, aunque sí, quiero verla. Natalie toma su bolso del asiento trasero inclinándose de una manera bastante provocativa, no puedo evitar ver esa parte en específico.

—El día que la conozcas será porque ya hemos pasado el límite de la confianza. —Con una ceja alzada, se incorpora nuevamente en su lugar—. Especialmente porque es de esas mata-pasiones que estoy segura de que no querrás volver a ver.

—¿Tan mal está? —cuestiono con ironía. Ella lleva la mirada hacia mí soltando una leve risa.

Aunque estoy seguro de que esa de rosita fresita también se debe ver bien buena en ese...

—Si alguien no te acepta como eres y con las cosas que te gustan, sácalo de tu vida. Te lo digo como una amiga.

—¿Amiga? —cuestiono de inmediato—. ¿Estás lanzando a tu esposo a la *friendzone*? —me mofa, tomando un trago de agua. Ella se ríe mientras abre la puerta del auto.

—Bien, ¿corremos hasta ese callejón? —¿Callejón? Miro hacia el exterior y la lluvia nubla todo mi campo de visión.

—De acuerdo —digo abriendo la puerta del auto. En solo segundos ya estamos entrando al que se supone es el local.

Natalie saca una toalla y comienza a secar las gotas de lluvia que se escurren por sus brazos, rápidamente comienza a secarme a mí, no sé por qué su actitud me hace reír, pone la toalla sobre mi cuello y tira de mí de ambos costados para comenzar a secarme el cabello.

Nuestros rostros están muy cerca y me concentro en su sonrisa.

—Me estás despeinando —susurro.

—¿Es que estabas peinado? —se mofa, al parecer le gusta arquear su bien arreglada ceja. Quita la toalla de mi cuello y continúa su camino bajo la atenta mirada de muchos idiotas que están fumando afuera.

La sigo unos pasos más atrás, no puedo evitar que aquello no me resulte molesto, pero no puedo hacer nada. El lugar comienza a llamar mi atención... y es que yo creí que solo hombres venían aquí, pero no, hay mujeres también... y mujeres muy bonitas.

Ahora entiendo por qué la esposa del tipo este viene a estas clases.

Dos mujerones pasan a la par mía, ellas me sonrén y yo a ellas mientras me giro levemente para seguir su mirada, ¡por Dios! Cuánta belleza en dos mujeres, una de ellas me guiña un ojo... David Schmitt no pierde su toque. En lo que me doy la vuelta para continuar mi camino choco con un jodido poste que hace que me vaya de espaldas. Joder.

De inmediato Natalie se acerca a mí, al igual que las otras dos chicas que acababan de pasar, ay, por Dios. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué?

—¿Estás bien? —pregunta Natalie, se inclina hacia mí e inspecciona mi frente, juro que estoy tan desorientado que no veo bien.

—E... estoy bien —balbuceo, ella se pone de pie y me extiende su mano para ayudar a levantarme.

Estos son los momentos en que deseas haber muerto.

Tomo su mano y para rematar las cosas ambas chicas a cada costado mío me ayudan a ponerme de pie, no... definitivamente, ser Patricio Schmitt no es lo más vergonzoso que me ha pasado.

Me pongo a reír, porque la verdad que no sé qué hacer. Hasta me sostengo el estómago de las risas, cuando en realidad me quiero encerrar en una cueva y no salir hasta dentro de unos veinte años. Las tres ríen conmigo.

—Hey, vinieron. —Escucho una perturbadora voz que mi cerebro de inmediato sabe a quién pertenece, Camilo el casado está acercándose a nosotros y de inmediato puedo ver la sonrisa coqueta de las dos chicas.

—¿Cómo están? —Saluda él, pero de inmediato lleva su vista hacia Natalie y esboza una amplia sonrisa que ella le corresponde de inmediato. Miro mi reloj indiferente y con ganas de que pasen las dos malditas horas.

Camilo el casado extiende su mano hacia mí y quito la mirada de mi reloj para ver su rostro, tomo su mano por cortesía.

—Un placer verlo por acá, señor Schmitt. —Ni siquiera sonrío; él, incómodo, mira a Natalie y le comienza a decir una serie de cosas en cuanto a las clases que no presto atención. ¿Para qué escuchar hablar a Camilo? Mi celular suena y de inmediato lo saco del bolsillo.

Por Dios.

De: Sexy Andi

Ahora sí cambiaré el nombre del contacto.

¿Divirtiéndote?

Ni siquiera contesto, de inmediato regreso el celular a mi bolsillo analizando aquel lugar.

—Por favor, pasen —habla Camilo, extiende su mano en dirección a una puerta, Natalie se encamina primero y yo voy detrás de ella—. Los veo adentro, solo saludaré a algunas personas.

Sí claro, el popular. Abro la puerta para Natalie, quien me mira esbozando una sonrisa de cortesía.

—Gracias, qué caballeroso. —No sé si eso ha sido sarcasmo o qué.

El lugar es grande y voy a admitir que es bastante bueno, hay varias personas dentro... pero solo hombres. De inmediato el celular de Natalie suena y veo en su dirección cuando la saca de su bolsillo, al ver el nombre en la pantalla esboza una sonrisa y se vuelve a mí para pedir disculpas y alejarse.

—¿Oscar? —habla de inmediato, frunzo el entrecejo—. ¡Por supuesto! Tanto tiempo.

¿Quién carajo es Oscar?

Me quedo ahí parado, viendo cómo habla y ríe al tal Oscar. Lo más seguro es que sea el jodido oficial de hoy. No, ya no solo quieren robarte tu salario, ahora también quieren robarte a tu esposa, malditos policías.

—Señor Schmitt. —Escucho la perturbadora voz de Camilo el casado distraerme cuando voy decidido a escuchar la conversación con el tal Oscar, me giro sobre los talones para saber qué quiere el Camilo y mis ojos de inmediato enfocan a la mujer que está tomada de su brazo.

Una mujer tecleando en su teléfono celular. Una mujer con las uñas pintadas de color rojo, porque yo le dije que me gustaba el rojo.

De inmediato levanta la mirada hacia mí, y... ¡No!

CAPÍTULO 17

David

Me quedo ahí estático por unos segundos y ella también, el celular que sostenía la pelirroja en sus manos ahora está en el suelo y de inmediato recompone su postura cuando Camilo se lo entrega nuevamente.

—Lo siento —dice con una risa nerviosa, vuelve sus ojos a mí con una sonrisa extremadamente fingida—. ¿Cómo está, señor Schmitt? —Por un momento no sé qué hacer ni qué decir, ni cómo actuar o si finjo la muerte.

—Bien, señora Spencer. Un placer verla por acá. —Intento sonar profesional cuando en realidad quiero tirarme de un acantilado.

—¿Ustedes se conocen? —habla Camilo con el entrecejo levemente fruncido, uno de sus brazos está alrededor de la cintura de Andi y el otro dentro de su bolsillo. Si supieras, Camilo, si supieras...

—Así es, el señor Schmitt es... —Aclara su garganta—. Es mi jefe.

Dios, te ruego que sea su hermana, prima, amiga, amante, lo que sea... pero no...

—Entonces... ¿Es él quien asegurabas que era gay?

La madre que la parió. Andi golpea el codo de Camilo, que suelta una leve risa y yo con mi rostro sin mostrar algún tipo de expresión los miro a los dos. Camilo lleva su mirada a mis ojos y cambia su gesto al ver el mío.

—Estoy bromeando —dice, golpeando suavemente mi hombro con una sonrisa.

¿Desde cuándo tú y yo nos damos bromas, Jackie Chan?

—¿Ella es tu esposa? —La voz de Natalie a la par mía interrumpe la dichosa plática, ella me rodea por la cintura con uno de sus brazos mientras Camilo asiente con una sonrisa.

En estos momentos desearía tener la velocidad del maldito de Flash para desaparecer en segundos.

—Cariño, ella es Natalie. Por cierto, mi esposa también trabaja en la revista *Anderson* y me acabo de enterar de que es la asistente del señor Schmitt. —Diablos, diablos... mierda y mil veces mierda. Natalie frunce el entrecejo, lo sabe, estoy seguro. Esboza una amplia sonrisa a Andi para luego estrechar su mano hacia ella.

Por favor, que no lo recuerde.

—Y bueno, ella es la esposa del señor Schmitt —habla nuevamente la tortuga ninja. Yo siento que mis rodillas son de gelatina. ¿Cómo diablos pueden pasarme estas cosas a mí? ¡A mí!—. Te dije que estaba casada, no tienes de qué preocuparte.

¿Preocuparse? Casi me río con sorna, pero mejor me quedo callado.

—Es un placer conocerte —le dice Natalie, Andi con una de sus sonrisas más falsas le responde de la misma manera—, y no, yo puedo asegurarte que el señor Schmitt no es gay —dice, dándome una palmada en el culo.

Joder... Joder.

Me vuelvo a ella incómodo ante la carcajada que Camilo el casado quiere ocultar. Tomo su mano con una sonrisa que no indica nada bueno y Natalie, sin más, se acerca a mis labios para depositar un beso en ellos. Sus suaves, tibios y húmedos labios se pasean por los míos con una

extrema delicadeza que por unos segundos no sé cómo reaccionar, ni qué hacer, ni qué pensar siquiera. Rápidamente doy órdenes a mi cerebro de despertar y mis labios se acoplan a los suyos.

Ella se separa de mí y por un momento aún de desorientación siento cómo mis labios extrañan el calor de los suyos.

Ahora estoy comprendiendo mejor el por qué me casé. Y por muchas otras cosas.

Esboza una amplia sonrisa y se vuelve a las dos personas que están enfrente, puedo notar la incomodidad en ambos, pero mucho más en Andi, quien observo cómo entierra sus uñas pintadas de rojo en el brazo de su esposo. No analizo sus facciones con determinación porque mi cerebro aún está procesando ese beso.

—Y... yo —balbuceo y aclaro mi garganta—, iré a cambiarme. —Natalie me extiende su bolso, ni siquiera fui tan caballeroso como para cargarlo yo. Ella dijo que llevaría mi ropa con la de ella, pero yo me limité a comer y ni siquiera subí a cambiarme.

Entro al baño y por un momento no sé dónde estoy, ni quién soy, ni qué hago en este mundo, maldita Constanza y esos besos que provienen de esa linda boca, junto a esa linda nariz que está cerca de esos lindos ojos que van pegados a esa linda cabeza que forma parte de ese lindo cuerpo...

«David, cálmate», me ordeno a mí mismo.

Abro la llave del lavamanos y observo el agua caer antes de dejar verter un poco en mis manos para mojarme el rostro, cuando unos pasos detrás de mí llaman mi atención, de inmediato doy la vuelta y mi cara de decepción es más que notable al ver a Andi frente a mí de brazos cruzados.

—¿Qué haces aquí? —cuestiona de inmediato.

—La correcta pregunta es... ¿Qué haces tú aquí? —ironizo, tomando una toalla y pasándola por mi rostro—. Por favor, vete.

—No se te ocurra decir nada de esto, entendido, porque si no te juro que...

—¿Qué cosa? —la interrumpo—. ¿Le dirás a mi esposa? Porque yo también le puedo decir al tuyo, y déjame decirte que tú sí tienes las de perder. Punto uno, me dijiste que Camilo estaba fuera del país y él me fue asignado hace cuatro meses, por lo cual sé que no ha estado fuera del país en este tiempo; punto dos, me dijiste que estabas en planes de divorcio, yo no veo planes de divorcio.

—Estamos yendo a charlas matrimoniales y más te vale que tú no quieras interferir.

—¿Qué? —suelto de inmediato con una estruendosa risa sarcástica—. Tú no interfieras en mi matrimonio. Ahora que ya conoces a mi esposa, ¿qué te hace pensar que quiero algo contigo?

—Eres un idiota.

—Y yo no diré lo que pienso de ti, ahora vete que no quiero problemas. —Tomo su brazo y ella de manera brusca se suelta de mi agarre, sale a grandes zancadas y cierra de un portazo.

Suspiro, esto será mi tortura.

Salgo del vestidor y a la primera que mis ojos enfocan es a Constanza, quien de inmediato lleva la vista hacia otro lugar, y ese otro lugar es Camilo el casado sin camisa, tiene un tatuaje en su espalda de algo que parece un dragón y parece estarle explicando a Natalie por los gestos que hace con sus manos mientras Natalie mira ese tatuaje. No es la gran cosa.

Doy gracias al cielo y a todos los seres divinos que se supone que hay en él, Andi no está por ningún lado.

Cuando ya toda esta tortura ha terminado camino hacia el exterior y recuesto la espalda en la pared esperando a Natalie, ella sale acomodando su abrigo, solo me mira esbozando una sonrisa.

—¿Vamos a McDonald's? —dice, emprendiendo su camino—. Podemos pedir para llevar y comer en casa mientras vemos *El diario de Noah*. —La escucho, camino tras ella y llegamos hasta su auto.

—Bien —me limito a decir. Me acerco y tomo su bolso a lo que ella mira frunciendo el entrecejo—. Voy a ayudarte con esto.

—Yo puedo —dice sin soltarlo. Solo espero que no se queje sobre no tener un esposo caballeroso, porque es ella quien no lo permite.

Mi celular suena en ese momento y lo saco de mi bolsillo esperando cualquier cosa de Andi, sin embargo, llama mi atención el número desconocido, el mismo que me había llamado el otro día. Cuelgo la llamada de inmediato, al levantar la mirada me encuentro con los ojos de Natalie escudriñándome con intriga.

—¿Era Andi? —pregunta, viendo mi celular. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo es que...? Abre la puerta de su auto. Pero ahí me percaté de que ella no sabe que la esposa de Camilo se llama Andi, ni que esa Andi sea la misma Andi—. Te molesta tanto que hable con Camilo y tú te acuestas con su esposa.

Estoy muerto.

—Q... que... n... no... ella no es —balbuceo.

—Alex me lo acaba de confirmar. —Abre la puerta del auto y entra sin esperar mi respuesta.

Maldita Alex.

Me subo del lado del copiloto y tomo una calada de aire por frustración.

—Te juro que yo no sabía que su esposo era Camilo —suelto luego de un suspiro, ella con indiferencia ingresa la llave del auto en el lugar correspondiente y se gira levemente hacia mí.

—Aunque no lo supieras... no es correcto, David. No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti.

Por un largo rato se me queda viendo a los ojos, luego de eso el motor del auto ruge en lo que Camilo el casado pasa enfrente, Natalie toca el claxon mientras él eleva la mano a modo de saludo hasta llegar a su auto, un auto que vi muchas veces estacionado frente a la empresa esperando a Andi, pero nunca me interesó tanto saber más de ella.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice, captando mi atención—. Que he juzgado mal a Camilo.

Ay, por Dios.

—Ya dejemos ese tema a un lado.

—Tú seguirás acostándote con ella y él seguirá de estúpido amarrando los cordones de sus zapatos.

—¿Qué? —Ella pone en marcha el auto y suspira.

—Que es buen esposo. Él amarra los cordones de sus zapatos cuando ella lo necesita. ¿No has visto cómo la atiende? Esa mujer no es zorra... es lo siguiente.

Frunzo el entrecejo, no contesto... no sé qué contestar, me dejo caer en el espaldar del asiento, solo espero llegar a casa, beber cerveza y dormir.

—¿Y qué es para ti ser buen esposo? —interrogo, viéndola fijamente. No sé, tal vez pueda intentarlo.

—Alguien que se preocupe por ti, David. Que si te falta agua en tu botella él vaya por ella, que abra la puerta del auto para que subas, que sepa tu comida favorita y haga el posible intento por preparártela.

—¿Sabes qué? —la interrumpo, un poco frustrado—. Yo ya he hecho todo eso y me dejaron por un tipo con dinero. Te pregunto, ¿valió la pena?

—David, depende de la persona, juzgando por tu superficialidad si te buscaste una mujer como Andi es muy probable que se vaya con alguien con más dinero —espeta, poniendo la mirada en mí por unos segundos y volviéndola a la carretera casi en instantes.

—No, Natalie, soy superficial porque me di cuenta de que no importa en lo que te fijes, si te van a engañar, te engañan sean atractivas o no lo sean. Qué tan poco me conoces.

Suelto una risita sarcástica, pero que demuestra mi encabronamiento —si es que esa palabra existe, si no, ya la inventé—. Ella no dice nada, lo que es genial, porque no quiero dar más explicaciones sobre ese tema, me concentro en las calles húmedas cuando suena mi celular nuevamente y esta vez es un mensaje, ahora sí es Andi con una de sus fotos en ropa interior.

Ya me está poniendo harto. Maldigo el día en que la defendí para que Anderson no la sacara de la empresa.

El resto del camino es silencioso, vamos por la comida rápida y luego a casa sin mediar palabra, el celular de Natalie suena y de inmediato esboza una sonrisa en lo que comienza a teclear antes de bajar del auto.

—¿Puedes creer que el abdomen de Camilo esté marcado y ni siquiera haga abdominales? —Continúa tecleando en su celular, así que puedo asegurar con quién está hablando.

—Lo único marcado que le vi fue la goma de sus calzoncillos —digo, bajándome del auto y cerrando de un portazo.

Escucho que suelta una carcajada, pero no presto atención, continúo mi camino hacia mi casa para poder irme a recostar a la cama y olvidar la mierda de día que ha sido hoy.

Me abro paso hasta mi habitación luego de tomar una cerveza del refrigerador, llego a la puerta y enciendo la luz para buscar algo que ponerme. Pero... de inmediato mis ojos perciben algo extraño en mi habitación... algo, que antes no estaba y ahora sí, algo...

Miro alrededor...

No puede ser verdad.

—¡Natalie! —espeto mientras sigo observando lo que me rodea, estoy conteniendo las ganas de tirar todo por la ventana. Escucho sus pasos entrar a la habitación, por lo cual giro hacia ella con la mano apoyada sobre mi frente—. ¿Por qué pintaste MI CUARTO?

—Tú me dijiste que hiciera lo que quisiera.

Respiro profundamente para no perder la calma, sin embargo, siento que no puedo.

—Pero no especificaste que pintarlo de fucsia era lo que querías hacer. Te dije que teníamos que hablarlo.

—David, solo es una pared y es pequeña, además tengo una idea...

—¡NO! —espeto enfurecido—. Esta es la última vez que tocas algo de mi casa, yo no quiero despertar sintiéndome todos los días como una princesa, tampoco vivo con una niña de ocho años.

—David, no juzgues... no me has dejado explicarte...

—¡Y no quiero escucharte! —Me he dado cuenta de que he levantado la voz, pero en estos momentos me importa una mierda—. Tengo suficiente ya con todos los cambios que estás haciendo en mi vida para que ahora vengas a pintar mi cuarto de ese puto color de niña...

—Pero es que...

—No —comienzo a sacar ropa del armario, porque no me pienso quedar a dormir aquí—, voy a amueblar uno de los otros cuartos y en ese haz lo que quieras, pero en el mío NO. —Saco una maleta para guardar mi ropa, esto es el colmo, yo mismo saliendo de mi casa.

—¿Sabes qué? Jódete. —Ahora sí tiene mi atención, levanto la mirada hacia ella, que toma su bolso y camina hacia la puerta cerrando de un portazo.

Maldita sea, me siento sobre el borde de mi cama con los codos sobre las rodillas y me llevo las manos a la cabeza para intentar calmar mi interior, pero al levantar la mirada lo primero que mis ojos enfocan es la jodida pared fucsia y me dan ganas de lanzarme por la ventana. Lo último que escucho es el motor del auto de Natalie y agradezco interiormente no tener que verla.

CAPÍTULO 18

David

El estruendoso sonido del jodido aparato sobre mi mesa de noche me hace estremecer, adormilado extiendo mi mano para intentar palparlo sin abrir los ojos, necesito apagar ese ruidoso sonido agudo y la maldita alarma cae al suelo.

Maldición.

De mala gana, me pongo de pie y lo apago luego de un suspiro, si no es porque me ha costado un buen dinero lo lanzo contra la pared. Lo primero que mis ojos miran es la jodida pared color fucsia y cualquier resentimiento que haya tenido por la noche debido a que Natalie no regresó se me pasa.

Yo no modifico sus cosas, por lo tanto, no quiero que ella modifique las mías.

Tomo el celular y veo que no hay ninguna notificación de nadie. En parte, siento peso de conciencia pensar que haya deambulado a media noche por las calles, se me ocurre preguntarle a Andi si Camilo durmió con ella, pero eso va a sonar algo comprometedor.

Tomo una ducha y el agua tibia relaja mi cuerpo, hasta olvido la pared fucsia de mi cuarto. Salgo del baño y tomo el celular para hacer las llamadas correspondientes para amueblar el cuarto a la par del mío.

Significa que estaremos alejados de la rápida y furiosa. Pero King Kong puede sobrevivir a eso, no es la única vagina en este mundo.

Me arreglo para ir a trabajar y llama mi atención un panfleto con distintos colores en él y el nombre de los tonos. ¡Por Dios! Estoy seguro de que quería pintar mi habitación como la suya en el antiguo apartamento donde vivía, con paredes de distintos colores. Espero mi auto no esté pintado de colores también, porque me pego un tiro.

Una vez que estoy listo voy hasta mi refrigerador y veo todo tipo de jugo ahí, hay pasteles y cervezas, me ruge el estómago, pero prefiero no tomar nada, son suyos; no quiero que los comparta conmigo.

Al salir de mi casa, el puto de Anderson pasa y toco el claxon a modo de saludo, él hace lo mismo y me toma segundos ponerme a la par de él, maneja como una abuelita. De hecho, mi abuela manejaba más rápido.

Bajo la ventanilla cuando paso a la par suya y muevo las cejas a modo de reto, no veo su gesto, pero sé que me ha visto, porque cuando piso el acelerador a fondo él hace lo mismo, solo que luego de unos cuantos metros comienza a quedarse atrás.

Buuu... abuela Anderson.

Llego a la empresa y lo espero en la entrada junto a Simón, el guarda de seguridad. Sostengo el maletín en una de mis manos y con la otra me saco el teléfono celular del bolsillo esperando cualquier mensaje de Natalie, pero no lo hay y yo no voy a llamarla.

—Muchas felicitaciones, señor Schmitt. —Simón llama mi atención—. He escuchado sobre su matrimonio. —Él sonrío de manera amplia, a lo que me veo obligado a contestar con la misma expresión.

—Así es. —Sonrío, sin mostrar mi arrepentimiento.

Miro el reloj y Anderson se aparece hasta luego de varios minutos.

—¡Hey, Anderson! ¿Cómo que te quedaste atrás? —digo, quitando la mirada del reloj para ponerla en él, que viene caminando hacia mí acomodando su saco con una mano. Me llevo la mano al bolsillo mientras espero su respuesta.

—Sí, tuve mis razones —dice, simplemente.

Caminamos juntos hacia la sala de reuniones, hoy hay una junta y agradezco interiormente no tener que ver a Andi por al menos unas cuantas horas. Tomo mi lugar al lado del caga-billetes para esperar que la dichosa reunión inicie luego de saludar a algunos socios.

—Oliver, ¿te sientes bien casado? —suelto de pronto, Oliver levanta la mirada quitándola de su computadora para enfocar mis ojos, su ceño está levemente fruncido y luego enarca una ceja meditando en mi pregunta.

—Increíblemente sí —habla y la verdad me asombra. Lo miro fijamente mientras pongo los codos sobre la mesa de cristal y entrelazo los dedos.

—Tú, Oliver Anderson, el que decía que nunca se iba a casar, el que decía que para qué casarse, el que decía que estaba bien sin compartir sus cosas, el que decía que... —De pronto siento una pluma estrellarse en mi frente.

—Oliver... —espeto, hijo de puta. Me hace reír.

—Ahora recógela, tú me hiciste tirártela. —Señala la pluma en el suelo y vuelve a ver su computadora.

—Bueno, eso te va a costar 50 dólares. —Me inclino para recoger la pluma y él esboza una media sonrisa, algo demasiado anormal en Oliver Anderson.

—¿Tan barato? La pluma es más cara —ironiza y se recuesta en el espaldar de su silla.

—Bueno, con esos 50 dólares ya compro tampones —me mofo, tirándole la pluma justo en su torso. Por estar riendo ni siquiera se percata.

Y recuerdo a Natalie, por un momento siento la intención de llamarla y saber cómo está, pero no lo haré, ojalá se encuentre a alguien que le guste el color fucsia para que se vaya pronto y yo me quede sin remordimientos.

—¿Y tú no te sientes bien casado? —Oliver me saca de mis pensamientos, me está viendo fijamente y yo no tengo ni necesidad de pensar esa respuesta.

—Por supuesto que no —digo soltando una leve risa sarcástica, dejando caer mi peso en el espaldar de la silla.

—Tal vez es momento de que te portes bien —dice, ni siquiera sé cuál es el significado de *portarse bien* cuando este es un matrimonio que se acabará en un par de meses más, pero igual, no he hecho nada. Igual, me estoy portando bien, ¿no? Ni siquiera he salido o hablado con alguna chica, incluso con Andi se acabó todo y no me voy a arriesgar a que venda nuestra aventurilla a la prensa ahora que estamos casados.

—Necesito que despidas a Andi, me está volviendo loco —digo, ignorando su comentario.

—Despídela tú, también puedes. —Es porque no la conoce y no se imagina el *show* que me puede hacer.

Abro la boca para contestar, pero en eso su nueva secretaria nos interrumpe, le entrega un café al caga-billetes y se sienta a la par mía, un par de minutos después sale y regresa con una taza de café para mí. Me agrada esta señora, necesito una asistente así.

La reunión da inicio y termina unas horas después. Me doy cuenta de que tengo más de doce horas de no saber de Natalie, voy hasta mi oficina y al sentarme en mi escritorio observo un

cuadro en la pared frente a mí, ahora todos los cuadros me van a recordar a ella, tengo que deshacerme de ese objeto.

Luego de terminar mi jornada laboral conduzco a casa, al llegar observo su auto estacionado afuera y me relaja saber que ya ha llegado. Al entrar, observo mi casa diferente, las cosas de colores ya no están; sin embargo, mi casa está limpia y de la cocina se desprende un delicioso aroma. La busco por toda la casa y ella no está por ningún lado. Al llegar a mi habitación observo que la pared volvió a ser blanca, mi cama está hecha y todas las cosas perfectamente en su sitio. Estas cosas son las que me carcomen la conciencia. ¿Por qué Natalie tiene que ser así? A veces es mejor que me grite.

Salgo de mi casa marcando su número, pero como es de imaginarse no me contesta, el primer lugar que me da por buscarla es en la casa de Anderson. Al llegar, toco el timbre y espero que alguien me abra la puerta mientras sostengo mi teléfono celular esperando que me llame de vuelta, pero no lo hace, un par de minutos después Oliver abre la puerta.

—¿Está Natalie? —pregunto, entro a la casa y lo primero que mis ojos enfocan es un sillón de una mano gigante que tiene las uñas pintadas de rojo.

—No lo sé, ni siquiera veo a Alex o a Rosa —dice, y suelto una risa por el jodido sillón.

—¿Qué puta es eso? —digo, señalándolo. La base es la muñeca y parece tener una cadena de perlas.

—Se supone que es un maldito sillón. —Le escucho decir, me siento en el jodido mueble y... ¡Carajo! Sí que es cómodo—. Estoy esperando el día que llegue el pie.

—Cuando te des cuenta tienes una vagina de sillón en tu sala —digo entre risas, él se detiene con el entrecejo levemente fruncido y por el gesto que hace sé que se lo ha imaginado—. ¿Esta mierda no te rasca el trasero? —me mofa y él esboza una sonrisa sacudiendo su cabeza.

—Lo mismo me imaginé, pero creo que no.

—Si me siento en él, ¿puedo demandarlo por acoso sexual? —Se ríe nuevamente, pero yo hablo en serio.

Después de un rato, Oliver menciona algo sobre el saco de boxeo y tenerlo en su gimnasio personal, se encamina en esa dirección y me pongo de pie para seguirlo. A mitad del pasillo se escuchan unas risas junto a unos gritos eufóricos que parecen ser de la ama de llaves de Anderson. Él abre primeramente la puerta y sí, ahí están. Una sostiene el brazo de Rosa con fuerza y la otra el pie teniendo a la pobre anciana tumbada en el piso muerta en risas.

¿Por qué no me sorprende?

—¿Qué le están haciendo a Rosa? —pregunta el caga-billetes, cuando en ese preciso momento mi celular suena y lo saco de mi bolsillo. No presto atención a lo que contestan, porque de inmediato el mensaje capta toda mi atención.

El número desconocido del que solo una persona me llama me está invitando a un café el día que venga a Nueva York. No sé cuántas veces deseé recibir un mensaje así de su parte hace mucho tiempo, pero eso quedó guardado en una caja, con un moño, en el rincón de mis pensamientos, que luego quemé. Lo guardo de inmediato para volver a la escena donde ya han dejado libre a Rosa, pero mi mente ha quedado perturbada.

—Suelten a Rosa que yo quiero *brownies* —digo, tratando de despejar mi mente. Ella eleva la mirada y me mira con descontento.

—¿Sabes qué, muchachas? Mejor terminen de matarme —contesta, enarco una ceja. Rosa Rosa... ya no veré las telenovelas contigo.

Nos sentamos en el comedor mientras Rosa prepara los *brownies*, me siento en la cabeza y Natalie se sienta del otro extremo. Los caga-billetes están a mi lado derecho comiéndose el uno al otro. No he cruzado palabras con Natalie y ella al parecer no tiene la intención.

—Natalie, al menos envíame un mensaje cuando salgas. —Es lo único que se me ocurre, la verdad, no tengo nada más por decir y no es que me interese en lo absoluto, pero quiero llegar a casa y no estar pensando en que le pudo haber pasado algo por mi culpa.

—Yo salgo cuando a mí me da la gana —suelta con un suspiro. Un tono reñido disfrazado de cansancio que no me esperaba en lo absoluto. Levanto la mirada de inmediato, pero ella ni siquiera me está viendo, cuando sus ojos se topan con los míos puedo sentir el ácido que lanza con su mirada.

Su actitud no me causa nada de gracia. Pero intento calmarme, pensar con la cabeza antes de hablar.

—Bueno, ahora estás casada, así que al menos me tienes que decir. —Genial, ya sueño a esposo controlador. Pero no es mi objetivo, solo estoy buscando las palabras correctas para decirle que me vale una mierda dónde vaya, solo necesito que me diga si va a quedarse fuera para no estar pensando en su posible desaparición y mis años de cárcel si le pasa algo, siempre el esposo es el principal sospechoso, seamos sinceros. Pero ya no me está mirando, mira sus uñas con la mano extendida frente a sus ojos.

—Bueno, tú también estás casado, no deberías ver las fotos en ropa interior que te envía aquella pelirroja. —Ay, por Dios. ¿Cómo es que vio que era su foto? Y además... ¿Qué?

—¿Casado? —Rosa, la ama de llaves de Oliver, cuestiona—. ¿Cómo que casado?

—Desgraciadamente —contesto, sin despegar la vista de ella, a quien parece no importarle toda esta mierda. Si algo he notado de Natalie en este corto tiempo juntos es que no demuestra nunca lo que siente... no sé si está molesta, triste, entusiasmada, emocionada... nunca sé nada de ella.

Y no es como que me interese tampoco.

—¿Cómo? ¿Por qué todo el mundo se casa y a mí nadie me dice nada? —Vuelvo a escuchar a Rosa, pero yo sigo concentrado en Natalie, solo para despegar un poco la mirada de ella y volverme a la pequeña mujer haciendo los *brownies*.

—Porque fue en Las Vegas y borracho —contesto, Natalie no hace ningún tipo de gesto, mira en dirección al cuadro de frutas colgado en la pared. Lo último que escucho es que Rosa tira el cucharón y comienza a decir un montón de cosas que sé que me incluyen, pero no presto atención. Natalie de inmediato se pone de pie y mirando a su amiga con una sonrisa se despide.

Hago lo mismo y luego de subir a mi auto me detengo ahí un momento, respiro hondo. ¿Qué mierda? Cuando pongo en marcha mi auto me la encuentro en el andén y aunque quiero pasar de largo, llegar a mi casa y dormir, no puedo dejarla ahí, en la nada. Vamos, que hay que ser un caballero antes. La sigo lentamente hasta llegar a su lado, camina sobre el andén bamboleando sus caderas y noto cómo obtiene todo tipo de atención masculina hasta de los guardas de seguridad de ambos costados.

—Natalie, sube al auto —hablo, dos tipos pasan caminando a la par de ella y literalmente se la comen de pies a cabeza, me hace rodar los ojos, necesitan que alguien les tire agua... muy fría. Cuando me doy cuenta de que no tengo su atención, vuelvo a mencionar—: Natalie, maldición, sube. —Aparco el auto y me bajo para interponerme en su camino. Tomo su antebrazo y de una manera suave hago que se gire hacia mí—. Escúchame, sube al auto.

—David, estamos a unos pocos metros —habla, acomodando el bolso en su hombro—, no es necesario que me lleves.

—Sí, pero aquí puede ser peligroso. —Bufa y continúa su camino guardando su teléfono en el bolso. Voy a hablar cuando unos chiflidos provenientes de un auto me interrumpen y me giro hacia ellos, maldita sea.

Intento relajarme y extendiendo mi mano en dirección al coche.

—Escúchame, sé que las cosas entre los dos no pueden ser peor, pero tienes que entender que es la primera vez que vivo con alguien, estás ahora ocupando mi espacio y modificando mis cosas.

—¿Crees que para mí sí es fácil? Intento poner de mi parte, David, pero eres tan difícil. Todo era mucho más sencillo cuando vivía con Alex.

—¡Pintaste mi cuarto en color fucsia!

—Olvidalo.

—Además, Alex es una chica y es tu amiga. Tú y yo apenas nos conocemos desde hace... no sé, unos días. —Silencio. Ella solo me mira con seriedad, activo la alarma de mi auto y guardo las llaves en el bolsillo—. Vamos, caminaré contigo.

—¿Es en serio?

—Parece una bonita noche para intentar hablar... —Vacilo por un momento—. Sin discutir.

—No puedes dejar tu auto aquí.

—Mi auto no es problema. —Avanzo, pero me detengo al ver que ella no camina conmigo. Me giro en su dirección y solo me está viendo mientras con la mano despeja su rostro de pequeños mechones de cabello que se habían colado en su cara—. ¿Vamos?

—Tú ganas, subiré al auto por muy ridículo que sea estar a unos cuantos metros. —Señala el auto y lo rodea, abre la puerta del lado del copiloto una vez que he desactivado las alarmas—. Pero solo porque estos zapatos están matándome y no quiero caminar contigo.

Debería ofenderme, sí, pero la verdad es que yo tampoco quiero caminar. Me deslizo en mi lugar frente al volante, ninguno de los dos dice una palabra en todo el medio minuto de recorrido y al llegar, ella simplemente baja del auto y antes de cerrar la puerta me mira.

—Regreso mañana.

—¿Dónde vas?

—No lo sé, tal vez por ahí.

Cierra la puerta y solo lo observo irse a través de la ventana lateral de mi vehículo. Salgo de ahí y sigo sus pasos al verla que se está alejando sin ninguna explicación.

—¿Al menos vas a decirme dónde vas?

Se gira.

—Estoy segura de que ni siquiera te importa. ¿Para qué querrías saber?

—¿Disculpa? Si desapareces, ¿qué crees que le diré a la policía cuando yo sea el principal sospechoso? —Simulo una entrevista policíaca—. Señor policía, ella se fue y no me dijo dónde, no sé nada de ella. —Hasta dramatizo con una voz más grave—. ¿Notas lo ridículo que se escucha?

Aprieta sus labios... ni siquiera sé interpretar su gesto... ¿Le parece gracioso? ¿Es gracioso pensar que puede desaparecer? Oh, no... solo espero no lo esté planeando.

—Entonces créate una cuartada. —dice. Casi veo la malicia detrás de esa gran sonrisa del Guasón cuando se da media vuelta y sube a su auto.

—Ni se te ocurra desaparecer —hablo lo suficientemente alto como para que el portero escuche y, bueno, ahí tengo mi cuartada—. Buenas noches.

—Buenas noches, David. —Finjo una sonrisa, aunque por dentro esté a punto de convertirme en Hulk. Escucho su celular sonar y desde aquí puedo ver que lo saca de su cartera y descuelga la llamada.

—¿Cómo estás, Oscar? —dice con una sonrisa. El mismo idiota de hace unas horas—. Suena bien, en estos momentos no tengo nada que hacer. —No escucho nada del resto dicho por ella porque está cerrando la ventanilla del vehículo y lo pone en marcha. Tan solo unos segundos después va saliendo por el portón principal y yo me quedo ahí, viendo donde la sombra de su vehículo ha desaparecido y sintiéndome completamente hastiado.

Suspiro, llevándome la mano a mi frente. Saco el teléfono celular, pero me imagino la ridícula imagen que debo protagonizar llamándola, así que dejo de hacerlo. Bien, que se divierta con el tal Oscar, total no es como que me importe.

«Unas semanas más y esto se acaba», me repito una y otra vez mientras entro a mi casa odiándome por mi estúpida decisión de irme a Las Vegas con Natalie.

CAPÍTULO 19

Natalie

Y así pasaron seis meses.

Okey, no, pero así se siente estar unos días casada con David Schmitt, a quien todo parece molestarle. Me arrepiento del día que acepté irme a vivir con él, con Alex nunca tuve ningún tipo de problema, podía pintar sus bragas y su respuesta simplemente era «me vale madre».

Voy a enviarle en un mensaje de texto mi arrepentimiento a mi amiga por mudarme con el señor MiKingKongEsTodoUnOrangután; pero antes de ponerme de pie para ir por mi celular lo pienso dos veces, no quiero que Alex se sienta culpable porque yo esté sin hogar.

Me doy la vuelta hasta quedar viendo el techo del hotel más feo que se vea en Nueva York, pero no me quejo, hay personas allá afuera que no pueden ni siquiera pagarse esto.

Me pongo de pie, ya consciente de la hora que puede ser, aunque la alarma no ha sonado, reviso mi teléfono celular y solo hay un mensaje de Oscar sobre nuestro proyecto. Si todo sale bien, pronto tendré un empleo donde pueda pagarme un apartamento decente para vivir yo sola.

Mi cabeza duele, casi no pude dormir toda la noche pensando miles de cosas, necesito un nuevo empleo, divorciarme ahora y hacer oídos sordos a lo que mi familia tenga por decir, tal vez mi madre tiene razón, ningún hombre va a tomarme en serio nunca. Pero bueno, yo no necesito de ningún hombre, ni de David, mucho menos de King Kong cuando tengo a Terminator guardado en alguna caja por ahí. Aunque un consolador no me abrace por las noches, pero es algo.

Me miro al espejo y mi cansancio se nota, pero no hay nada que un buen maquillaje no oculte. Camino hacia el lienzo donde estoy haciendo la pintura que tenía pensada hacer en el cuarto de David. Necesito puntos extra a mi currículum, por supuesto que en una pared se vería más creativo, pero no tengo una jodida pared.

Mi celular suena y solo por un par de segundos me imagino que puede ser David, pero sé que él no es así, incluso si desapareciera le valdría una mierda, ni siquiera conoce lo que es disculparse y yo me disculparé por decirle «jódete». A veces me siento tonta intentando hacer funcionar algo que no tiene futuro ni para una amistad. Al parecer prefiere las mujeres casadas, aunque no con él.

Observo la pantalla del teléfono antes de tomarlo en mis manos, me doy cuenta de que es un mensaje de Camilo, un mensaje de buenos días preguntando si todo está bien, la verdad que no he hablado con él desde que me di cuenta de lo de David y Andi, ni siquiera he ido a las clases de karate los últimos dos días, no sé cómo actuar ahora, pobre Camilo. Me siento hipócrita sabiendo lo que hace esa mujer, pero mucho más hipócrita me siento por juzgarlo sin antes haberlo conocido bien.

Casi de inmediato, otro mensaje suyo llega. Me pregunta si ha pasado algo, ya que mi auto no está en casa de David. Al menos alguien está preocupado por mí, anota eso, David.

Para: Camilo

... Estoy bien. Tuve que salir temprano. Trabajo. ¿Quieres ir po...

Comienzo a borrarlo todo. Esto molestaría a David. Pero... ¡A la mierda David! Él no se preocupa ni por enviarme un mensaje y yo pensando en que le moleste si tomo un café con Camilo.

Al final, me decido no enviarle la pregunta. Pero no por David, sino por su esposa.

Me doy una ducha fría, he escuchado que mejora la circulación y ayuda a mantener la piel firme. En realidad, es porque no hay un calentador de agua y tengo que usarla de esta forma. Termino de arreglarme y salgo de aquel lugar en busca de mi auto.

Al salir del pequeño hotel un anciano está recostado en la pared cerca de la puerta extendiendo su mano hacia las personas que van pasando, y todos lo ignoran. El anciano hace contacto visual conmigo y sus pequeños ojos marrones me miran con tristeza... mi corazón se encoge, extiende su mano hacia mí y sus guantes tienen agujeros. Yo... me trago las lágrimas y miro mi empobrecida billetera. Oh, Dios. Saco todo el dinero en efectivo que llevo conmigo y se lo entrego, esboza una gran sonrisa que me hace olvidar que hoy no desayunaré, pero me pregunto cuántas veces no ha desayunado este hombre. Comienza a hacer señas, por lo que deduzco es mudo, le sonrío y comienza a caminar a toda prisa hacia la panadería frente a nosotros.

David

—¡Hey! ¡David! —Escucho la voz rasposa del viejo Steve mientras entro a su bar, levanto la mirada del teléfono celular hacia sus arrugados contornos de ojos—. Tanto tiempo de no verte por aquí muchacho.

—Necesito una copa de tu mejor vino, o mejor... una botella... o tres —digo, tomando lugar en una banqueta al otro lado de la barra que nos separa.

—¿Qué estamos celebrando? ¿Tan bien está tu matrimonio? —Eso me hace reír, pero una risa que muestra mi frustración junto a un resoplo, al viejo Steve no se le escapa nada.

—O mi divorcio tal vez, Steve.

—Nadie dice que el matrimonio sea fácil, por eso yo estoy solo, pero créeme, no es lo mejor, yo a tu edad creía que no había mejor sensación que la de ser libre y estar con cuanta mujer desees. Pero luego llegas a viejo y te das cuenta de que necesitas una buena compañía, no algo de una sola noche.

Tantas cursilerías me dan jaqueca.

—¿Y qué hay del muchacho hijo del señor Anderson que te acompaña siempre? —continúa, mientras limpia un vaso con una pequeña toalla.

—Por favor, no me digas que creías que era mi pareja, porque ya estoy harto de escuchar eso. —El viejo Steve frunce el entrecejo y luego suelta una carcajada.

—No era lo que iba a decir, pero ya que lo mencionas te confieso que tal vez sí lo pensé. —Vuelve a reír y yo le lanzo una de mis peores miradas—. Bueno, no es culpa de nadie, tú no te has dejado ver con ninguna mujer desde aquella tal Shittany hace un par de años.

Nadie ha querido a Brittany... nunca... no sé si debería reírme de eso o molestarme.

—Dame mi vino. Tengo que ir a terminar algo de trabajo que dejé pendiente en casa.

—David, te diré algo —dice, viéndome a los ojos—, el secreto de la salud para el alma es no lamentarse por el pasado. Hay que vivir el presente y dar la oportunidad a nuevas personas de entrar a nuestras vidas. Al final, no todas las personas somos iguales. ¿Acaso tú y yo somos iguales, David?

No, a mí no me gusta fisgonear en la vida privada.

No contesto nada, él solo esboza una media sonrisa ante mi silencio y se pierde tras la puerta en segundos, suspiro, vuelvo a ver mi teléfono celular y me decido si contestar el mensaje de Brittany o no hacerlo cuando un mensaje de Natalie aparece en la pantalla.

De: Constanza

¿Estás ocupado? Tengo un problema.

¿Y no puedes pedirle al tal Oscar que resuelva tu problema? Voy a contestar cuando el viejo Steve aparece con una botella de vino que pone frente a mis ojos.

—Este es el mejor vino que tengo, te aseguro que hasta tiene tataranietos con edad de votar en la siguiente elección presidencial. —Esboza una gran sonrisa, lo que me hace reír. Tomo la botella de vino mientras guardo el teléfono celular.

—Bien, me la llevo —digo, sacando la billetera—. ¿Tienes más? Porque si me gusta vendré por unas cinco. —Vuelve a reír mientras toma mi tarjeta para realizar el pago.

—Espero verte pronto, David, y que me presentes a la afortunada. Yo te diré si la muchacha es buena para ti. ¿Recuerdas que no me equivoqué sobre lo que te dije de la tal Brittany?

Mejor me voy.

—Cualquier día, Steve —contesto para sacármelo de encima de una buena vez. Estrecho mi mano para despedirme y él la toma de una manera afable—. Sé que vendré por más de este —digo, levantando la botella levemente, él asiente y me retiro.

Conduzco a mi casa. Una vez que he llegado me dejo caer en el sillón abriendo la botella y dándole un gran trago, sí que es bueno. Saco mi *laptop* para ir avanzando en lo que tengo que hacer, pero me da por ir a por una copa, no quiero terminar borracho y con vídeos en internet nuevamente.

Vierto un poco del líquido dentro de la copa cuando miro por la ventana que da al portón principal, me distraigo al ver el auto de Camilo frente a mi casa, hoy es su día libre, por lo cual uno de sus compañeros cubre su turno. Constanza se baja del auto y lo rodea para despedirse de él, Camilo baja la ventanilla del vehículo y ella se inclina en la ventana para decir unas palabras a lo que él se ríe, me quedo intrigado hasta que escucho que la copa se hace añicos en el suelo salpicando todo mi pantalón y mis zapatos. Resoplo, me inclino para recoger los pedazos, siento algo en mi interior al pensar que Natalie estaba con la tortuga ninja casada y uno de los trozos de vidrio que sostengo me hace un corte en la palma.

Maldita sea.

Me pongo de pie rápidamente y busco algo con que limpiar la sangre que está comenzando a asomarse, tomo una toalla de papel y observo por la ventana que Natalie viene caminando hacia la puerta principal. De inmediato camino hacia ella, sosteniendo contra la herida la toalla de papel y abro la puerta antes de que ella lo haga.

—¿Por qué estabas con Camilo? —cuestiono, ella frunce el entrecejo y de inmediato sus ojos se enfocan en la toalla de papel que estoy sosteniendo, hay un poco del líquido rojo que ha logrado colarse y también del vino tinto, por lo cual aquello parece un caos, pero no es nada para alarmarse.

—No estaba con él. ¿Qué te pasó?

—¿Entonces me lo imaginé? —No puedo evitar la frustración que se cuele en mi tono, ella entra rápidamente y sube las escaleras con extrema rapidez, hasta me desorienta, por un momento no sé qué está haciendo y pienso que tal vez ha llegado por algo de ropa, pero cuando la miro bajar me sorprende, trae un botiquín en las manos.

Voy a preguntar qué es lo que lleva ahí, pero antes de que pueda enunciar una palabra está tirando de mi codo, arrastrándome hacia el sillón para luego tirar de mí y hacerme sentar junto a ella.

—Natalie, es solo un corte —digo, pero no hace caso, comienza a limpiar la herida que ni siquiera puede ser considerada herida, por Dios, por qué las mujeres son tan testarudas—. No voy a morir por esto.

No dice una palabra, continúa en silencio y finalmente me pone una venda, por Dios, aunque... al menos no es fucsia.

—Yo no estaba con Camilo —dice, poniéndose de pie—, mi auto se descompuso y necesitaba que alguien fuera por mí porque no tengo dinero para un taxi.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que no tengas dinero? —Me mira a los ojos en ese momento, me imagino cualquier cosa: «me compré maquillaje», «pasé por una tienda de ropa», «me encontré unos lindos zapatos con incrustaciones de diamantes».

—Se lo di a un indigente.

—¿Qué? —No dice nada, está guardando sus cosas dentro del botiquín.

—Le di mi dinero a un indigente.

—¿Hablas en serio? —Asiente y me mira de nuevo. De todas las cosas que me esperaba esta pudo haber sido la última, no, ni siquiera la hubiera pensado. Me quedo en silencio un momento, hasta que espabilo y pregunto—: ¿Y por qué no me pediste a mí que fuera por ti, Natalie?

—¿Es en serio? —dice de inmediato, girándose levemente viéndome a los ojos. Y ahí recuerdo lo de su mensaje.

Ah, por Dios.

Me llevo la mano a la frente con los ojos cerrados mientras escucho sus pasos retirarse por las escaleras mientras me siento una mierda, aunque no tengo por qué, ella es la que no quiere quedarse conmigo, no soy adivino, no hubiese podido imaginar siquiera el motivo de su mensaje.

—Por cierto —hablo, intentando pasar del sentimiento de culpa—, tu cuarto ya está arreglado, puedes... quedarte. —Hago una pausa cautelosa mientras analizo sus facciones.

—Yo... no lo sé. No sé si es buena idea.

—Es tu propio espacio... puedes hacer ahí todo lo que quieras. Ni siquiera nos rozaremos en algún momento. Funciona para los dos, ¿no? Cada uno en su sitio hasta que nos divorciemos.

Sé que lo está pensando y tal vez su respuesta no sea positiva, pero al menos lo intenté y con eso creo que me he ganado el cielo.

—Está bien —habla finalmente. Se va en dirección a las escaleras y antes de que ponga un pie en el primer escalón pregunto de manera cautelosa:

—¿Vas a necesitar dinero?

—No de ti. No te preocupes.

Tengo que recordarme el no volver a hacer propuestas amables.

CAPÍTULO 20

David

Despierto de golpe y me percató de que me he quedado dormido, mi computadora yace a mi costado y la taza de café que tomé para “mantenerme despierto” está derramada sobre la alfombra, tallo mis ojos para ver el jodido despertador sobre mi mesa de noche, aún no es mi hora de despertar, pero aprovecharé para entrenar.

Me pongo de pie con toda la pereza del mundo sobre mis hombros, esta es la única hora del día en que mi cerebro no quiere responder. Camino hacia mi armario y buscando entre la ropa algo decente que ponerme, me encuentro una prenda que estoy seguro no es mía. Frunzo el entrecejo al ver la braga con lazos que solo pueden pertenecer a una persona, no puedo evitar reír. ¿Cómo puede la rápida y furiosa andar cómoda en esta cosa?

Bajo hacia la sala una vez que me he vestido, y al estar en el último escalón mis ojos enfocan a Constanza, está de espaldas hacia mí en la cocina, parece que, haciéndose un sándwich, lo que llama mi atención es que parece vestida para ir a trabajar y con sus altos tacones, con el entrecejo fruncido observo el reloj para cerciorarme de que es la hora correcta. Camino hacia ella y de inmediato al escuchar mis pasos se gira hacia mí esbozando una amplia sonrisa. Lleva un vestido holgado pero que aun así resalta su figura espectacularmente.

Y me reprendo mentalmente por estar viendo a Natalie de esa forma. Pero igual, ya me dirá algo que me enfade y se me olvide lo buena que está.

—Buenos días —me dice con una sonrisa, saludo de la misma manera y a medida que me acerco a ella siento ese rico aroma suyo a primavera—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Lo mismo iba a preguntarte —digo, de pie junto a ella para tomar una manzana—. Voy a entrenar a la casa de Oliver, ¿y tú? —Doy un mordisco a la manzana mientras observo su vestimenta, me gusta cómo le queda el color rojo.

—Tengo que trabajar, tendré que tomar el transporte público hasta que pueda pagar el arreglo de mi auto. —Frunzo el entrecejo, ella me extiende un vaso de jugo de naranja y la observo a los ojos mientras tomo el vaso—. Tu desayuno está en el microondas.

—Natalie, no vas a ir en transporte público. Te llevarás todo el día viajando desde aquí al lugar que trabajas.

—Cuando recién me mudé a esta ciudad no tenía un auto, así que sé exactamente a qué hora debo salir de aquí. —Se va hacia la mesa, sosteniendo su plato y una taza de café. Camino hacia ella y me siento a la par, voy a decirle que yo la llevaré, pero antes de abrir la boca ella me interrumpe—. David... lo estuve pensando con la cabeza fría y es mejor divorciarnos.

Eso definitivamente me toma por sorpresa, hasta se me cae la manzana de la mano haciendo ruido sordo sobre la mesa de madera. Miro la fruta que rueda y cae al suelo, ella también la mira y continúa:

—Es lo mejor para ambos, es una tontería obligarnos a estar en una situación en la que no queremos estar. —Vuelvo la mirada a sus ojos—. La verdad, no me importa lo que tenga por decir mi madre, mis compañeras de trabajo o el mundo entero. Creo que ya los dos sabemos que no somos el uno para el otro.

Flashback

—David, tú y yo no somos el uno para el otro. —Ella continúa caminando hacia su auto y yo con el corazón destrozado voy tras ella rogando que sea mentira—. No quiero ser grosera, por favor, solo déjame en paz.

—No es lo que pensabas hace un mes. —Logro decir en un hilo de voz, parpadeo varias veces para evitar que las lágrimas se derramen de mis ojos, al menos conservaré algo de dignidad.

—David... —Se gira hacia mí y me mira a los ojos—. Merezco a alguien más.

—¿Qué? He sido exactamente como tú quieres que sea...

—No —me interrumpe—, yo merezco a alguien con quien pueda viajar, salir todos los fines de semana... sin estar pensando en un presupuesto. Quiero a alguien que me pueda dar una buena calidad de vida.

Fin del *flashback*

Por un momento, me quedo pensando, viendo hacia un punto fijo sobre la mesa de madera. Varios recuerdos que había enterrado en lo más profundo de mi cerebro comienzan a amenazar con salir y arruinarme el día. Tomo un puñado de aire y me vuelvo a Nat:

—¿Quieres salir con alguien más? —No es que su respuesta me importe, pero vamos, nosotros hubiésemos sido perfectos en una relación sin compromiso y sexo duro contra el muro, pero tuvimos que irnos a las malditas Vegas y terminar así, ahora nunca podré saber qué es dormir con ella... Pero entonces recuerdo algo más importante y después de soltar un suspiro agonizante, hablo—: Oye, pero... espera... ¿Qué hacemos si estás...? Bueno, yo digo que tal vez deberíamos esperar hasta... ya sabes... saber... si... —Oh vaya, nunca una frase se me hizo tan difícil. Hago un gesto con la mano que indica un gran vientre y ambos nos quedamos en silencio.

—Bueno, podemos... no lo sé... —Tal vez esa pregunta no la esperaba, pero vamos, hay que cubrirlo todo antes de dar un paso adelante. No puedo ser un irresponsable—. Nadie ha muerto por tener padres divorciados. —Más silencio y ella entonces se humedece los labios y esa acción me resulta realmente atractiva. ¡Maldición! ¿Por qué me fui a Las Vegas... con ella... específicamente? Casarse es una mierda.

—Es mejor así. Si mi presencia te molesta, es mejor dejarlo así.

No puedo evitar reírme.

—Constanza, tu presencia no me molesta. ¿De dónde sacas eso? —Sé de dónde lo saca, no he sido la mejor persona con ella—. Si me he molestado algunas veces es porque haces cosas que no... —Hago una pausa, pensando las palabras correctas para decir esto.

—No quiero tener una mala percepción del matrimonio, en serio quiero casarme algún día, pero... con alguien que esté contento de estar casado conmigo. Lo mejor que nos podemos hacer es separarnos. Y no te preocupes, podemos costear los gastos a medias.

No sé qué decir, es la verdad. Tal vez en algún momento, cuando nos pase el mal trago, podemos volver a ser amigos y... quién sabe qué más cosas podríamos hacer, pero esta vez sobrios. Simplemente suelto un suspiro recostando mi espalda en la silla.

—A ver, no es que tu presencia me moleste. Ya te lo dije, no estoy acostumbrado a vivir con alguien más. —La miro directamente a los ojos y ella hace lo mismo—. Pero tienes razón, es lo mejor, yo cubriré los gastos del divorcio, y... si acaso... —No me atrevo a mencionarlo—. Ya sabes... mejor lo hablamos después.

Ella asiente y cuando veo que llegamos a un acuerdo me levanto, porque ya debe ser tarde y ese divorcio no va a pagarse solo.

—Y no te preocupes, yo te voy a llevar. ¿Sí?

—David, no es nec... —Antes de que diga algo tomo su rostro con ambas manos y deposito un beso en su frente.

—Vuelvo en treinta minutos. Por cierto, tus bragas con lacitos se colaron en mi ropa, puedes ir por ellas. —Suelto eso antes de que pueda negarse, miro su gesto de sorpresa y de inmediato se levanta y corre en dirección a las escaleras.



Mi cerebro divaga en todas las palabras intercambiadas con Constanza mientras camino hacia el gimnasio del caga-billetes, es lo que siempre he querido desde el inicio, divorciarme. Pero algo me hace estar inconforme conmigo mismo, no he sido la mejor persona con Natalie. Al llegar, ahí está Oliver sobre la caminadora, de inmediato que escucha la puerta abrirse voltea en mi dirección y asiente con la cabeza, cuando estoy más cerca de su persona extiende su puño hacia mí y golpeo sus nudillos con los míos.

—¿Qué hay, hermano? —saludo mientras deposito la toalla que llevaba en la nuca sobre una banca plana.

—David, necesitamos hablar. —De inmediato miro en su dirección con una ceja enarcada, él detiene el aparato y limpia algunas gotas de sudor que corren por su frente.

—¡Ah, por Dios! ¿Estamos terminando? —me mofo, finjo indignación llevando mi mano al pecho. Él me lanza una mirada de desaprobación y yo suelto una carcajada tomando mi botella de agua, la verdad que necesito reírme para distraerme—. Ya dime qué pasó.

—Quiero pedirle matrimonio a Alex. —Con el ceño fruncido me giro hacia él, yo voy a divorciarme y él quiere casarse dos veces.

—Oliver, ¿es en serio eso que piensas hacer? —Me cruzo de brazos frente a él—. Es decir, ya estás casado. ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? David, ese matrimonio fue un acuerdo y lo sabes, mi padre me iba a quitar la presidencia, pero ahora quiero que sea algo real, quiero hacerlo. —¿Dónde puta quedó el caga-billetes que yo conocía?—. Además, quiero que tenga un buen recuerdo, para las mujeres eso es importante, todas sueñan con el día que les propongan matrimonio. Pero no le cuentes a Natalie porque le dirá y ya no será una sorpresa.

No es como que Natalie y yo tuviéramos una excelente relación.

—¿Puedo estar ahí por si te rechaza? No quiero perderme nada —digo despreocupado, él se ríe y me mira con desaprobación.

—No, no puedes, y no me va a rechazar. Tú ya has pedido matrimonio, así que quiero que me aconsejes.

Ahora sí cambió todo mi gesto, esas son cosas que no quiero recordar. Ojalá pudiese viajar en el tiempo y precisamente borrar ese momento, ojalá los recuerdos fueran tan fáciles de eliminar, ojalá fueran simplemente como comprar una pala y enterrarlos en tu patio para evitar que vuelvan a atormentarme.

—No me lo recuerdes, Oliver —digo, soltando un suspiro—. Esa fue una de las vergüenzas por las que he pasado que prefiero no recordar. Me gasté buen dinero en un restaurante carísimo solo para que un mes después dejara el anillo sobre mi cama y una nota que decía «Lo lamento». —De

inmediato mi cerebro intenta reproducir esa escena, pero no se lo permito—. Bien, practiquemos, solo te pones de rodillas y enuncias las mágicas palabras. Yo soy Alex y tú... bueno, eres el mismo idiota.

Él me mira con una de sus cejas levantadas, miro a un costado de nosotros un trapeador, voy hasta él y luego de sacarle las mechas las pongo sobre mi cabeza simulando una cabellera.

—David, ¿qué estás haciendo? —dice de inmediato, me paro frente a él y tomo uno de los mechones que cae a un costado de mi rostro, comienzo a enrollarlo en mi dedo índice con una mano en la cintura. Solo me faltó la goma de mascar.

—Apresúrate, hijo de puta, tengo que pintar mis uñas. —Finjo una voz femenina mientras me abanico con los dedos, Oliver suelta una carcajada que no me hace hacer las cosas serias y profesionales.

—Joder, Oliver. Vamos, solo póstrate en una rodilla y di las putas palabras de una buena vez. —Él sacude su cabeza e intentando calmarse se acerca a mí, vuelvo a mi pose de mujer sensual y él se vuelve a soltar en risas.

—No... n... no puedo —balbucea, suelto un suspiro, pero también termino en carcajadas.

—Oliver, maldición. Solo finje que soy Alex.

No sé qué me da más risa, si Oliver o la escena que debo estar protagonizando, él finalmente se postra sobre una rodilla y sigo con mi pose sensual mientras extendiendo mi mano hacia él. En ese preciso momento la puerta del gimnasio se abre y ambos miramos en esa dirección.

—¡Santa cachucha! ¿Puedo ser la dama de honor? —Rosa nos mira alternadamente, de inmediato me quito las mechas de la cabeza y finjo ser ajeno a cualquier situación que esté sucediendo.

Maldición, qué vergüenza.

CAPÍTULO 21

Natalie

Espero a David mientras reviso todas las alternativas posibles que tengo para apartamentos en esta ciudad, todos exceden mi presupuesto. Suelto un suspiro y dejo caer mi frente sobre el teclado de mi *laptop*, no sé qué haré hasta que consiga algo con mejor paga. Mi celular suena y lo saco del bolso aún sin despegar la frente del teclado, cuando mis ojos enfocan las letras en el aparato me doy cuenta de que es Oscar. Descuelgo la llamada y casi de inmediato su voz inunda mis oídos.

—Natalie, tengo el número que te dije que iba a conseguir. —Me hace esbozar una sonrisa, al menos una noticia buena entre tanta mierda estos últimos días. Aunque... eso no garantiza el hecho de que consiga el puesto, pero es algo así como mi empleo soñado. Trabajaré duro para conseguirlo, si no lo hago, ya tendré oportunidades más tarde—. ¿Tienes donde anotar?

—Dame un momento... —Consciente de que no llevo papel o lápiz en el bolso, me pongo de pie y comienzo a buscar en las gavetas de un librero de David la pluma que había visto por aquí, al encontrarla busco un papel y al tirar de lo que parece ser una libreta un papel cae de su interior, no me apresuro a recogerlo y comienzo a escribir el número que Oscar me está dictando.

—He hablado con él y le he mostrado algunos de tus trabajos, no creo que diga que no.

—No sé cómo agradecerte, Oscar. —Llama mi atención el papel que se ha caído a mis pies, es una fotografía.

—No tienes que agradecerme nada, Natalie. Yo soy el que no sabe cómo agradecer todo lo que has hecho por mí y mi familia. Sabes que estoy a la orden para lo que sea.

—Vamos, que no ha sido nada. —Esbozo una sonrisa al ver el contenido de la foto, hay un niño que parece ser David. Escucho unas leves risas del otro lado de la línea—. Igual me siento en deuda contigo por la oportunidad que me diste.

—Debo regresar a mi trabajo. Seguimos en contacto, ¿de acuerdo? Para lo que necesites ya sabes que aquí estoy.

—De acuerdo, muchas gracias de nuevo. —Dicho esto, la llamada se cuelga y me quedo viendo aquella foto detenidamente. No hay duda de que es David, a la par de él está un hombre sosteniendo una niña rubia en brazos y una mujer a su otro costado, intuyo que son sus padres y su hermana. Miro el reverso de la foto y tiene una fecha de hace dieciocho años.

Vuelvo mi vista a la fotografía y sonrío al ver a aquel niño con el espacio de un diente faltante. Mi celular vuelve a sonar y esta vez me muestra un mensaje cuyo remitente es Camilo.

De: Camilo

Traje lo que me pediste.

Rápidamente voy al exterior luego de dejar la fotografía en su lugar, el otro día le había preguntado sobre un par de guantes que no ocuparan para llevárselos al anciano indigente del hotel. Casi toda la noche estuve aprendiendo palabras esenciales en el lenguaje de señas, pero la verdad que no creo haber aprendido algo. Con Carmen haremos una recolecta para el hombre y su pequeña familia.

Al llegar al portón ahí está Camilo junto a un bulto, frunzo el entrecejo y alterno la mirada entre él y la caja enorme a la par suya. No creo que precisamente ahí solo quepan un par de guantes.

—¿Una caja? ¿Trajiste todo tu guardarropa? —ironizo, él suelta una leve risa y recoge la caja del suelo.

—Les pregunté a todos mis compañeros de trabajo si querían unirse a la causa y todos estuvieron más que encantados. Y adivina... no solo llevaron guantes. —Abre la caja un poco y de ahí extrae una chaqueta, un pantalón y también hay una caja de donuts glaseados—. Mis compañeros son lo mejor, ¿no crees?

—¡Vaya! Diles que gracias de mi parte. —Él esboza una sonrisa mientras lleva la caja a su hombro y la otra mano la lleva a su bolsillo, me he dado cuenta de que eso es algo que hace todo el tiempo, otra cosa que juzgué mal y me riño interiormente, yo creí que esa era una táctica para ocultar su anillo de matrimonio.

—Tal vez tenga familia, así que también han llevado ropa de niños y algunas donaciones de sus esposas. La mía no quiso deshacerse de ninguno de sus vestidos por muy viejos que estén, aunque no son nada viejos, cambia su guardarropa cada semana. —Se encoge de hombros y cambia rápido de tema—: Me deberías llevar a conocerlo, para saber mejor su talla.

—No es mala idea, cuando tenga mi auto de regreso no dudes que vendrás conmigo. —Él ladea sus labios en una sonrisa y asiente.

—Me alegra saber que aún quedan mujeres dispuestas a ayudar a los demás, el señor Schmitt debe estar orgulloso porque se ha encontrado la esposa perfecta. —Esposa perfecta, no sé qué es perfección para David, pero es obvio que no soy yo.

—La perfección es como la belleza, Camilo. Está en los ojos de quién la mire. —Camilo me mira pensativo y finalmente sonrío negando con la cabeza.

—Siempre que hablo contigo me pones a pensar. Algo que los hombres odiamos —ironiza, me hace reír porque sé que él no es como todos esos hombres. Tal vez Andi y David sí son el uno para el otro, Camilo necesita algo mejor—. ¿Irás con tu amiga?

—O sí, Carmen ama hacer estas cosas. Y dime... tu mujer... ¿no es la esposa perfecta? —pregunto, extendiendo las manos para sostener la caja, por un momento Camilo piensa su respuesta y me pregunto si no debí preguntar. No estoy segura si ya sabrá lo de David y solo quiere olvidarlo para conservar su trabajo.

—Lo era —dice, con un gesto serio que de inmediato intenta cambiar—, pero no voy a negar que yo también tuve parte de la culpa, por eso es que ahora intento hacerlo funcionar, aunque a veces no se me dé muy bien porque... digamos que le gusta pelear por todo. —Ladea los labios en una sonrisa, mira mis manos extendidas para tomar la caja y niega con la cabeza—. Yo te puedo ayudar a llevarla al interior, es bastante pesada.

—Yo puedo. —Escucho de inmediato una voz detrás de mí. Giro en esa dirección al sentir la mano de David sobre el hombro para luego separarse de mí y tomar la caja—. Muchas gracias —le dice con una media sonrisa, y sin esperar respuesta de Camilo camina hacia el interior. Lo observo retirarse y Camilo se despide de mí con un leve asentimiento para volver a su postura de trabajo.

Sigo a David y deja la caja muy cerca de la puerta justo al entrar, no pregunta nada, solo continúa su camino hacia las escaleras sin siquiera voltear a verme.

—Dame veinte minutos. —Es lo único que le escucho decir antes de perderlo de vista al subir el último escalón.

David

Ya me estoy desesperando, vuelvo a repetirme otra vez por qué las mujeres tardan tanto, miro el reloj una y otra vez, se suponía que ella estaba arreglada desde antes de irme a entrenar. Cuando la observo acercarse lleva pantalones y una chaqueta corta de cuero, frunzo el entrecejo. Sube al auto esbozando una sonrisa.

—¿Que no estabas lista ya? —pregunto, ella acomoda su cinturón y luego vuelve la vista a mis ojos.

—No —dice—, no me sentía bien con ese vestido.

Nunca voy a comprender a las mujeres, puedo jurar que hasta se ha cambiado la ropa interior, yo puedo usar el mismo calzoncillo dos días seguidos siempre y cuando no huelan mal. ¡Puff! Mujeres.

Conduzco a su lugar de trabajo, viendo mi reloj nuevamente, espero no llegar tarde. Casualmente, el día de hoy el tráfico se vuelve pesado. Dejo caer la cabeza en el espaldar con los ojos cerrados y las manos al volante mientras espero que el semáforo cambie, suelto un suspiro. Hoy llego tarde.

—David, yo te dije que no había necesidad de que me trajeras. —Natalie llama mi atención, volteo la vista a ella ya un poco desesperado con la situación.

—Créeme que hasta yo me estoy arrepintiendo. —Por fin el semáforo cambia y de inmediato piso el acelerador hasta el fondo.

Ella no dice nada y por un momento me arrepiento de lo que dije, definitivamente en modo desesperación no tengo tacto. Natalie tiene la vista puesta en la ventana y lo que me parece mejor es disculparme.

—Lo siento, no es lo que quise decir... no he tenido un buen día, y sí, ya sé que apenas inicia...

—No te preocupes. —No me deja terminar, me ve por un par de segundos con una sonrisa ladeada en el rostro y vuelve la vista donde estaba.

—Si no te hubieses cambiado tanto de ropa en estos momentos no estaría en estos apuros — intento excusarme, pero sé que de nada me sirve ya.

—No pensé que el tráfico iba a estar tan pesado hoy. —Mejor no digo nada porque sé que me voy a molestar más—. Puedo hablar con Oliver, le diré que llegas tarde por mi culpa —dice, sacando el teléfono celular para luego comenzar a teclear.

—No es por Oliver, Nat. Tengo trabajo pendiente y me gusta terminarlo antes de tener más trabajo —aclaro, pero sigue en su labor con el bendito celular, estiro la mano para intentar tomarlo y ella lo aleja más de mí. Me detengo por otro jodido semáforo y aprovecho para intentar quitarle el celular.

—Natalie, deja ese bendito celular. —Ella intenta que no lo tome y me tengo que quitar el jodido cinturón.

—David, déjame —dice entre risas—. Me estás aplastando.

—Entonces no envíes ese puto mensaje al caga-billetes, que se va a imaginar miles de cosas si tú le dices que llego tarde por tu culpa, dámelo. —También me causa gracia. Luego soy yo el que soportará todo el doble sentido que pasa por ese cerebro de Ricky Ricón.

—Bueno, lo que sea que se imagine es mejor que decirle que te molesta tener que llevarme al trabajo por compromiso. —Ahí sí me detengo de mi labor de quitarle el teléfono celular y me regreso a mi lugar con los ojos puestos en ella.

—Constanza, sé que no te he dado una buena imagen de mí, pero no digas eso, yo te dije que te traería y no lo hago por compromiso. —En ese momento escucho el sostenido sonido del claxon del auto detrás de nosotros y me percató de que el semáforo ya ha cambiado—. No me malinterpretes, estoy bajo muchísima presión, pero no quiero que creas que en realidad es algo contra ti, aunque no nos llevemos para nada bien ahora, sí lo hicimos en algún momento...

—Sí, como dos días.

—Fueron dos días asombrosos... —Ella esboza una sonrisa y la miro en ese momento, también me río un poco y nos quedamos en silencio hasta que diviso el edificio del canal para el que Nat trabaja y le escucho decir:

—Pero no te preocupes, no he tenido personas acostumbradas a hacer algo por mí, es como mi propia maldición. Debería estar acostumbrada, ¿no? —Ríe de esa forma desganaada suya que ya conozco, y vuelve la vista a la ventana.

No digo nada, no tengo que decir, ahora me siento miserable. El resto del corto trayecto es un completo silencio, un silencio que ni la canción de las melodiosas voces de los Bee Gees puede llenar. Si se va a divorciar de mí al menos quiero que tenga otra percepción de lo que soy como persona, no lo que he mostrado hasta hoy, yo no soy así, al menos no antes de toda esta mierda junta y manejar una empresa.

—Escúchame, Constanza. —Aparco una vez que llegamos frente a su lugar de trabajo, la miro desabrochar su cinturón y mirar su reloj de nuevo.

—Llegarás tarde...

—Oye, yo no soy así, ¿de acuerdo? Solo no nos conocimos de la mejor forma, bueno, nos conocimos de la mejor forma —hablo, con un gesto seductor porque pensar sobre esa noche que nos conocimos sí es un buen recuerdo—, pero mi punto es que no nos dimos tiempo de conocernos. No he dado la mejor versión de mí porque todo esto me ha creado estrés y...

—Te comprendo... —me interrumpe, pero no me está viendo a mí, su vista está puesta en el parabrisas analizando desde aquí su lugar de trabajo frente a ella—. No es como que yo estuviera tan relajada tampoco.

—Antes de que esto se termine, ¿me permitirías demostrarte que en realidad no soy la mierda que crees que soy?

—¿Qué? —Se ríe un poco—. Yo no creo que seas una mierda, David. Bueno, tal vez sí un poco. —Hace una pausa y yo no sé si reírme o cabrearme por eso—. Solo nos conocimos en el momento equivocado y cometimos errores, como todas las personas. Es algo común...

—¿Común? No he conocido a nadie que se case en Las Vegas, borracho y con una casi desconocida. —Natalie vuelve a soltar una risita, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Gracias por traerme.

Se baja del auto. Me quedo ahí sin hacer nada porque no sé qué hacer, ni qué decir, ni qué pensar, porque hasta cagadas pienso últimamente. Hago lo mismo cuando ella ha dado unos pasos en dirección a la puerta, al menos la acompañaré hasta la entrada. Ella se gira hacia mí al escuchar que activo la alarma del auto y me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Qué haces? Llegarás tarde.

No contesto porque en ese preciso momento un señor de avanzada edad se acerca a nosotros, me mira con una amplia sonrisa por debajo de sus bigotes y extiende su mano hacia mí.

—Hasta que por fin lo conozco en persona, señor Schmitt, he escuchado hablar mucho de usted últimamente. —Frunzo el entrecejo mientras tomo su mano, miro a Natalie y sutilmente

niega con la cabeza esbozando una sonrisa incómoda al señor frente a mí.

—El placer es mío, señor Williams —digo, viendo su identificación que muestra que es el director del programa que Natalie conduce. Esbozo una de mis mejores sonrisas y él luego saluda a Natalie con un abrazo.

—Llego tarde —dice, viendo su reloj—. Espero verlo en la fiesta de aniversario, señor Schmitt, tengo que escuchar esa historia de amor entre ustedes dos desde su boca, me dan tanta inspiración. Sí lo traerás Naty, ¿cierto? —Natalie asiente con una sonrisa mientras observa al anciano retirarse.

—¿De qué historia de amor está hablando?

—No hagas caso —habla balbuceando, ahora siento intriga por lo que sea que dijo. Pero no puedo quedarme a averiguarlo ahora—. Además, ni siquiera yo estaré en esa fiesta... —Sé que sí va a estar, pero no quiere venir conmigo. Antes de que pueda terminar la frase, con el brazo rodeo su cintura y devuelvo su gesto del beso en la mejilla.

—Vengo por ti a tu horario de salida. —Voy hacia mi auto a paso rápido—. Y tendrás que contarme esa supuesta historia de amor que te inventaste. —Me encierro en mi vehículo sin esperar su respuesta y me retiro sin siquiera volver a verla.

CAPÍTULO 22

David

—Siento llegar tarde —digo al caga-billetes, que ya está con su cara de pocos amigos mirando su reloj al verme llegar. Con esa mirada intimidante desde la cabeza de la mesa de vidrio, lleva su codo al brazo de la silla en la que está y se sostiene la barbilla mientras me mira fijamente hasta llegar al lugar que me corresponde.

Si yo fuera mujer, lo demandaría por acoso sexual.

—Debes tener una excusa muy buena, si no, te descuento estos siete minutos de retraso. —No duda en decir, ni siquiera he tomado mi lugar y ya está con sus jodidas amenazas.

—Oliver, no puedes descontarme esos siete minutos, tengo tampones que comprar —digo con fingida desesperación, él suelta una risa y no puedo mantener mi postura, me carcajeo con él, pero no por mucho tiempo, porque se supone que aquí somos personas serias.

Saco mi *laptop* y tomo el lugar a la derecha del caga-billetes, comienza a teclear en su computadora y yo en la mía, tengo exactamente 20 minutos para terminar los informes que se supone tengo que presentar en esta reunión.

Más personas comienzan a llegar y de pronto la sala comienza a llenarse, alguien pone su mano sobre mi hombro y al ver al señor Argazzi de pie a la par mía lo saludo con un apretón de manos, el caga-billetes hace lo mismo y luego de felicitar me por contraer nupcias toma lugar a la par de Oliver, con quien comienza a charlar sobre el matrimonio. Por un momento miro a Oliver y me doy cuenta de que ya lo perdimos.

—Las mujeres son como las flores, hay que tratarlas con delicadeza y cuidarlas como si fuera la última especie en peligro de extinción —dice el anciano, no presto atención y continuo tecleando—. Solo un caballero es capaz de cuidar a una flor.

¿En serio, señor Argazzi? ¿Por qué mejor no se vuelve consejero matrimonial y deja de ser un empresario?

—Si no —continúa—, cualquier borrego querrá devorarla. —Eso me da risa, pero intento mantenerme profesional en este asunto porque se supone que lo soy.

—Entendiste, David... cualquier borrego puede devorar tu flor. —Maldito Oliver, uno queriendo aparentar ser serio y trabajador. Llevo mi mirada de desaprobación hacia él y tiene una amplia sonrisa que termina en carcajadas al escuchar la risa del señor Argazzi.

La reunión termina y justo al salir para ir hacia mi oficina el sonido del celular me interrumpe, la foto de Natalie aparece en la pantalla y no me percató de los idiotas alrededor de mí viendo fijamente mi teléfono celular.

—Es mi esposa —digo con una sonrisa, de inmediato ellos voltean en otra dirección y continúan con su plática. Voy a tener que cambiar esa foto suya en traje de baño. Descuelgo cuando me he alejado lo suficiente y nadie escuche cualquier cosa que vaya a hablar con ella—. Dime.

—El señor Williams me llevará a casa. —Le escucho decir del otro lado—. Más tarde veré a Alex, así que no te preocupes en venir por mí.

Tardo un par de segundos en contestar y finalmente digo:

—Bien, pero cualquier cosa me llamas, ¿sí? —Sé que quiere evitarme. No quiere que vaya por ella después de lo acontecido esta mañana. No sé cuántas veces más tengo que disculparme, por algo siempre mi abuelo Ramiro decía: «Es más fácil que te perdone Dios que una mujer».

—Está bien. —Es todo lo que dice y después cuelga sin decir nada más.

Me quedo viendo la pantalla del teléfono celular, especialmente esa foto suya que me gusta tanto. Natalie me gusta, pero no puedo dejarme llevar por eso, sé lo fácil que me resulta enamorarme y el amor te hace débil. Todos juegan con las personas débiles.

Guardo de inmediato el teléfono celular al ver al caga-billetes acercarse con el señor ElBorroSeComeráTuFlor y dos socios más a su lado.

—David, ¿almorzamos juntos? —habla Oliver, los dos socios que lo escucharon nos quedan viendo alternadamente y de inmediato dirigen su mirada hacia el lugar donde el señor Argazzi se ha quedado hablando con otro anciano.

Vuelvo mi mirada a Oliver con una ceja enarcada.

—Oliver, no digas esas cosas en público, porque luego creen que eres mi flor y me van a aconsejar que no te coma un borrego —susurro, Oliver me mira con el entrecejo fruncido y me apresuro a caminar hacia el exterior.

Luego soy yo el que sufre las consecuencias.

En fin, almorcé con el caga-billetes, nadie se niega a un almuerzo gratis, aunque te crean jardinero. Tal vez necesite salir a almorzar con mujeres de vez en cuando y no solo con Oliver.

Ya en mi oficina mientras termino algo de trabajo, un mensaje me interrumpe y de inmediato saco el celular del bolsillo sin despegar la vista del monitor hasta que tengo el celular frente a mí.

De: Constanza

¿Te gusta la lasaña?

Frunzo el entrecejo... Lasaña. De inmediato comienzo a teclear mi respuesta.

Para: Constanza

¡Puaj! No.

El celular vuelve a sonar casi al instante.

De: Constanza

Ok...

Me quedo pensando por un momento que tal vez esa no fue la respuesta correcta si en realidad quiero hacer mejor las cosas.

De: Constanza

¿Y qué te gustaría cenar?

Natalie, ¿por qué eres así? Miro el reloj y veo que ya me pasé una hora de la que se supone es mi horario de salida.

Para: Constanza

¿Te parece si salimos a cenar?

Me quedo viendo la pantalla del teléfono una vez que se envía y después lo dejo sobre el escritorio para continuar lo que estoy haciendo. Algunos minutos después me percaté de que no ha contestado, pero en ese preciso momento el celular suena nuevamente.

De: Constanza

Está bien :)

Miro nuevamente el reloj y poniéndome de pie comienzo a teclear mi respuesta.

Para: Constanza

En 45 minutos estoy allá.

Guardo el trabajo que estoy haciendo y en pocos minutos ya estoy entrando a mi auto. Conduzco hasta mi casa y antes de llegar le envío un mensaje de texto que de inmediato contesta. Al llegar, ya está ahí esperándome, sube al auto y la observo ponerse el cinturón.

—Bien, ¿dónde quieres ir? —Su mirada busca mis ojos y tiene el entrecejo levemente fruncido —. Vamos, el lugar que tú quieras.

—¿Cualquier lugar? —pregunta con una ceja enarcada. Asiento, esa es la mejor pregunta que le puedes hacer a una mujer.

La verdad, me esperaba un lugar lujoso, de esos súper elegantes a los que les gustan a las mujeres que las inviten, pero ella ha elegido un lugar sencillo, con un diseño minimalista y, por lo que veo, con bastante arte por doquier. Me bajo del auto analizando aquel lugar que desde la entrada asegura ser para *hippies*. Natalie me toma de la mano al entrar y no puedo evitar ver a mi alrededor y que todas las personas presentes me miren a mí, bueno, nadie más lleva un traje de diseñador aquí.

Caminamos hacia una mesa que está en una esquina. Es un lugar bastante calmado y hay música poco audible, lo que hace perfecta la comunicación. Siento todas las miradas en mi nuca. De haberlo sabido, voy a casa y me pongo mi camiseta de Bob Marley.

—Me gusta la comida de este lugar —dice, quitándose el abrigo, dejando al descubierto unos sencillos vaqueros y una blusa blanca de cuello alto.

—Y apuesto te gusta también el lugar —digo, señalando los cuadros que hay en las paredes. Ella arquea los labios dejando ver su perfecta dentadura mientras se acomoda en un lugar.

—¿Cómo lo supiste? —Finge admiración, lo que me hace reír un poco. Tomo el lugar frente a ella y observo cómo acomoda su cabello hacia un lado mientras lee el menú que le ha entregado un joven mesero que dice unas palabras en italiano. Para mi sorpresa, ella comienza a contestarle en el mismo idioma con perfecta fluidez y luego lleva su vista a mí.

—¿Qué vas a pedir, David? —Aún estupefacto por este nuevo dato que sé sobre ella y por la pereza que tengo de leer el menú, la dejaré que pida por mí.

—Tú conoces este lugar mejor, así que sea lo que a ti te parezca. —Ella me mira un poco dudosa, pero finalmente asiente y pide lo mismo. El joven se retira con una sonrisa anotando algo en una libreta. Llevo mi mirada a Natalie con una ceja arqueada.

—Así que también sabes italiano. —Lleva su vista a mis ojos mientras cruza sus brazos sobre la mesa.

—Estudié italiano hace mucho tiempo, me gusta Italia. —Me señala con el dedo índice—. Deberíamos ir algún día.

—Guau, eso suena estupendo.

—Y bueno... —Cambia de tema, acomodando una servilleta frente a ella—. Rodrigo es un viejo amigo que tiene mucho de trabajar en este lugar, solía venir aquí muy a menudo con Alex antes de que ella comenzara a trabajar en la revista.

—Interesante... —Es lo único que se me ocurre decir, consciente de que estuve un año en una academia y no hablo el idioma ni la mitad de la forma en que ella lo habla, mejor ni lo menciono —. ¿Hay algún otro idioma que hables?

—Solo inglés, español e italiano; bueno, aprendí un poco de alemán el tiempo que viví en casa de Alex, especialmente groserías gracias a ella y su tío Frank. —Suelta una leve risa y esa información llama mi atención, no por las groserías o el alemán.

—¿Vivías en casa de Alex? —Ella asiente con la cabeza mientras el joven que ahora sé que lleva el nombre de Rodrigo le lleva un vaso con agua e intercambian más palabras.

—Digamos que era eso o vivir en la calle —dice, una vez que Rodrigo se ha retirado—. Mi madre me dijo que no podía vivir con ella porque no quería tener que explicar a sus nuevas amistades que tenía una hija fuera de su matrimonio.

—¿Qué madre le dice eso a su hija?

—La mía —contesta de inmediato, comienza a contornear con el dedo índice la boca del vaso sin mirarme—. La verdad que estoy muy agradecida con Alex y su familia por permitirme quedarme con ellos hasta que me vine a Nueva York.

—Perdón por lo que voy a decir, pero... ¿Qué mierda tiene tu madre en la cabeza? —Me espero su repreensión, pero para mi sorpresa ella solo se ríe y cruza los brazos sobre la mesa.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Pero no la culpo, no debe ser fácil criar una niña desde los dieciséis años, ella quería ser actriz y no pudo lograrlo porque mis abuelos le dieron la espalda y mi padre nos dejó cuatro años después. Ella tenía tres trabajos, muchas veces nos quedábamos sin nada que comer porque su salario no daba para mucho y nunca tuvimos un auto. Su camino más fácil fue casarse con un hombre acaudalado que no la juzgó por tener una hija de ocho años.

—Odio a las mujeres que se casan por conveniencia.

—Bueno, ella solo quería salir de la miseria, no fue fácil todo lo que vivimos. Pero luego tenía que explicar el por qué tenía una hija adolescente siendo tan joven. La familia del tipo era bastante conservadora, ya sabes, de esos que no tienen hijos hasta que se casan y son mal vistos los divorcios. Y bueno, de ahí surgió el llamarme error muchas veces y llegar al punto de pedirme no salir de mi cuarto cada vez que sus nuevas amistades llegaban a visitarla.

La verdad no sé qué decir, no conozco a la madre de Natalie, pero ya la odio, así que espero no conocerla. En ese momento el mesero llega con nuestro pedido y le dice algo a Nat para dirigirse a mí, a lo que yo asiento.

—Pero no le guardo rencor. ¿Sabes? —Eleva la vista hacia mí para en segundos volverla a poner en su plato—. El rencor enferma el alma y no te deja vivir tranquilo pensando que todas las personas que conozcas son iguales, y no lo son.

Me quedo pensando en sus palabras por un largo momento, hasta que mis pensamientos son interrumpidos por un grupo que comienza a tocar música al estilo Bob Marley. El tema de conversación pasó a ser sobre nuestros trabajos y su celular sonó dos veces, pero en ningún momento lo tomó mientras conversábamos, por lo tanto, yo hice lo mismo aun cuando el mío vibró muchas veces.

Al salir del lugar la fuerte lluvia moja el pavimento y nos detenemos un rato para esperar que cese un poco. Natalie acomoda su abrigo y me recuesto sobre un pilar abrazándome por el frío cuando siento sus brazos rodearme por un costado y me hace reír.

—¿En serio crees que con ese tamaño y esos brazos tan delgados vas a calentarme? —Ella suelta una risa y me acomodo para devolver su abrazo. Dije que intentaría llevarme bien con ella, o al menos, que tenga otra impresión de mí, y creo que correspondiéndole es la mejor forma.

—A mí me gusta mi tamaño, David.

—A mí también —contesto de inmediato. Considerando que Natalie me lleva a la altura de la barbilla cuando no lleva zapatos altos, aunque casi todo el tiempo está en tacones. Se separa por un momento de mí mirándome a los ojos, esos ojos oscuros que forman parte de esa cara con una piel tan tersa y unos labios delgados pero llamativos que en estos momentos están dibujando una sonrisa.

—Me lo pasé bien —dice, aún con la mirada puesta en mis ojos. Con una de sus manos acomoda un mechón de mi cabello, su tacto me hace recorrer un escalofrío en la espalda, pero es algo que se siente tan bien al mismo tiempo—. Gracias por la invitación.

—Gracias a ti por aceptarla. —Le dedico una sonrisa, nuestros ojos se conectan y por un momento siento como si solo estuviéramos ella y yo aquí, sin el bullicio de las demás personas acomodándose en el minúsculo pasadizo.

No sé en qué instantes mis labios están sobre los suyos.

CAPÍTULO 23

David

Sus labios son tan cálidos y suaves, son tan adictivos que siento no poder separarme de ellos, los saboreo uno a uno de una forma delicada, sin prisa, como si fuera el primero o el último. Mi lengua se encuentra con la suya y ella sigue el ritmo con un completo frenesí, tomo su pequeña cintura en mis manos, la deseo tanto, quiero tumbarla en mi cama y desnudarla, hacerle miles de cosas...

«Por Dios».

De inmediato detengo el beso riéndome interiormente. Joder, joder. Dije que me iba a llevar bien con ella... pero no esto... Natalie no es ese tipo de mujer que solo besas por besar o te acuestas solo por acostar, es precisamente ese tipo de mujer con la que no tienes siquiera derecho a fantasear y yo no puedo ser ese tipo de hombre que ella merece

—Lo siento —digo, una vez que me he separado lo suficiente de ella—. ¿Nos vamos?

—¿Sentir qué? —dice de inmediato, con el entrecejo levemente arrugado—. Es solo un beso, David. Relájate. No es nada que no haya sucedido antes.

Ella esboza una amplia sonrisa y se acomoda el gorro del abrigo para ir conmigo hacia el auto, por un momento me desconcierta. ¿Para ella un beso no significa nada? Es decir... ¿No le importaría besar a alguien por ahí? Bueno, me besó a mí a los minutos de conocernos, pero... no... bueno... quiero pensar que eso solo lo ha hecho conmigo y no quiero que se ande besando con cualquier sujeto por ahí.

—Vamos —me dice interrumpiendo mis pensamientos, hace un gesto con la cabeza para que vaya con ella, miro al cielo intentando ver si ya está lo suficientemente despejado y camino con ella.

—David, ¿puedo hacerte una pregunta? —cuestiona, girándose levemente hacia mí, se detiene para esperarme, estamos a un par de metros del auto y por suerte solo es un breve rocío el que nos está cayendo.

—Claro —digo, viendo exactamente en dirección donde está mi auto mientras busco las llaves en el bolsillo. No me detengo y ella camina a mi lado.

—¿Te has enamorado, cierto? —Ahora sí llevo mi mirada a ella con curiosidad, vuelvo la mirada al auto, sin ningún tipo de expresión contesto su pregunta.

—Sí. —La verdad, no me gusta hablar de esto y espero no tenga más preguntas por hacer—. ¿Y tú?

—No. —Su respuesta es inmediata, seguimos caminando en silencio hasta llegar al auto y apretar el botoncillo para desbloquearlo.

—Tienes suerte. —Fuerzo una sonrisa, me adelanto un poco para abrirle la puerta del vehículo. Hago una seña con la mano para que suba y luego de sonreír sin llegar a mostrar su dentadura, accede. Cierro la puerta para rodearlo y subir de mi lado.

—¿Tan malo fue?

Ya todo mi cuerpo está en el interior del vehículo cuando escucho su pregunta. Cierro la puerta viendo al frente pensando mi respuesta.

—Es la cosa más jodida del mundo y la verdad no pienso volver a caer de esa forma.

Estoy consciente de que vamos a divorciarnos y no importa mucho que le diga que no me pienso enamorar nunca más. Porque es la verdad, no pienso hacerlo y me niego volver a portarme tan estúpido.

—Todo el mundo teme a enamorarse. —Se encoge de hombros y se acomoda el cinturón—. Espero algún día enamorarme de alguien que obviamente también esté enamorado de mí.

—Lo encontrarás, te lo mereces. —Sonríe de lado y lleva su vista a la ventana.

El resto del camino fue un completo silencio, ella solo viendo por la ventana mientras se muerde la uña del dedo índice y yo concentrado en la carretera sumergido en mis pensamientos.

—Está bastante temprano... ¿Vemos una película al llegar?

—No —contesto de inmediato, consciente de las películas que a ella le gustan ver. No quiero dos horas de tortura—. Tengo trabajo que hacer.

—Miré una foto tuya —dice de pronto, tengo que bajarle el volumen a la canción de Aerosmith, vuelvo la mano al volante y la observo solo por unos segundos con el ceño fruncido, tiene su vista clavada en mí y vuelvo la mía a la carretera—. Supongo que con tu familia.

—¿De dónde sacaste esa foto? —Recuerdo que solo tengo una en mi casa, así que ya sé de dónde la sacó.

—Estaba buscando una libreta y salió de ahí. —Me quedo en silencio recordando aquella fotografía de cuando era feliz con mi familia—. Se debe sentir bien tener fotos en familia. Yo ni siquiera tengo alguna foto de mi niñez. Mi madre nunca se tomó una foto conmigo y mi padre, bueno, a él nunca le ha preocupado nada.

No contesto, hay temas de los que no me gusta hablar y este es también uno de ellos, ella no dice nada más al ver que me cierro ante el tema, vuelve su vista a la ventana y yo continúo viendo la carretera, aunque pensándolo bien, al menos yo sí tuve una familia, ni que fuera por un corto tiempo.

—Sí, se siente bien, aunque solo queden para recuerdos. —Puedo sentir su mirada sobre mí, pero no dice una palabra, tal vez notó que no quiero hablar sobre ello y no quiere preguntar, así que prosigo—. Desde que mi padre murió nada volvió a ser igual.

—¿Y... qué pasó con tu hermana?

—Es prostituta.

—David, no puedes juzgar a una mujer por su vida sexual —me riñe, la miro por un momento y sus ojos furiosos me miran de una forma tan inescrutable que hasta me da un poco de gracia, y esto que no sabe que la he llamado peor.

—Una mujer que se va con alguien solo por querer dinero sin trabajar también es una prostituta.

Ella arruga la frente en el momento que la observo para decir estas palabras, estamos justo llegando a casa. Llama mi atención un auto estacionado al frente a estas horas. De inmediato mis ojos van hacia la tortuga ninja que está de pie junto al señor que cubre su espacio por la noche, frunzo el entrecejo al verlo y justo en el momento que me detengo para esperar que el portón se abra, Natalie baja del auto y solo la miro por el parabrisas caminar hacia Camilo.

Me bajo enseguida para conocer el motivo de su visita y él saca unas llaves que tintinea frente a nosotros. Natalie suelta un grito perforando mi tímpano y lo abraza, yo... no sé qué pensar.

La imitación en rubio de Jackie Chan me mira y se remueve incómodo separándose de ella con una sonrisa, se aclara la garganta y se apresura a decir:

—Se me ocurrió arreglarlo por mi cuenta.

Todo el momento que dijo esa frase lo hizo mirándome a mí un par de veces, aunque yo estaba concentrado en el auto estacionado frente a nosotros.

—Yo no sé cómo agradecértelo, en serio. —Escucho a Natalie, miro un momento donde están Camilo y él, al encontrarse con mis ojos mira en otra dirección y después baja la mirada a sus zapatos para sonreír y decirle:

—No tienes que hacerlo, te dije que sabía mucho de autos. —De nuevo me mira y yo lo miro a él, alterno la mirada entre Nat y la tortuga ninja, esto no me gusta nada.

—Bien, ¿cuánto te debo? —Me apresuro a decir mientras camino hacia él. Camilo el casado me mira otra vez, ambos me miran y Natalie me hace una seña sutil de negación con la cabeza, me encojo de hombros, nadie hace favores de gratis y prefiero pagar por ello.

—Señor Schmitt —habla de inmediato—, con todo el respeto, pero no suelo hacer favores para esperar algo a cambio... o dinero. —Observo que Natalie le esboza una sonrisa y vuelvo mi mirada a él.

—Bien. —Es todo, eso es todo lo que voy a decir porque en realidad tengo miles de palabras que gritarle, pero no voy a hacerlo. Respiro hondo y giro sobre mis talones para volver al auto y poder entrar a mi casa para dormir como si no hubiera un mañana.

—¿Necesitas un empujón a tu casa? —Escucho a Natalie antes de subir al auto, lo que me hace sutilmente girar a verlos.

—Si no le molesta al señor Schmitt —contesta de inmediato viendo en mi dirección con una mirada dudosa; sí, sí me importa, hijo de p...

—No, para nada —digo sin esperar respuesta, solo me encierro en mi auto y sin ningún tipo de gesto espero que se aparten para poder pasar y así lo hacen. Pero antes de que ponga en marcha mi auto miro a Natalie caminar hacia mí, lo que me hace bajar la ventanilla con el entrecejo levemente fruncido.

—Ya vuelvo —habla mientras toma mi rostro con ambas manos, deposita un beso en mi frente y esboza una sonrisa. Todo esto frente a la mirada de la tortuga ninja, que en ese momento baja la mirada a sus pies y solo la sube cuando la escucha mencionar su nombre. La observo alejarse y Camilo abre la puerta del auto para que ella suba.

Yo me quedo ahí como un idiota hasta que su auto ya no es visible para mis ojos. Suelto un suspiro para alivianar la tensión que siento y luego de pasarme la mano por el rostro repetidas veces, entro.

Solo unos minutos después ya estoy bajando a la sala con un pantalón de dormir nada más y sosteniendo mi computadora con una mano, en la otra llevo una taza de café que dejo sobre la mesa frente a la tele para ir por unas galletas a la cocina. Una vez con todo eso que llamo gasolina para concentrarme, me dejo caer en mi sillón y abro el documento que se supone debo terminar, solo miro el cursor parpadeante frente a mí, tal vez sí debí aceptar ver la jodida película con ella, hubiese tenido la excusa perfecta para decir «no, tú y yo tenemos una puta película que ver». Joder.

¿Cómo no se me ocurrió a mí arreglar el maldito auto antes? Bueno, llevarlo a arreglar, porque es obvio que yo no sé nada de eso. Pero más importante que saber es tener el teléfono del que sabe, ¿no es así?

Miro el reloj y ya ha pasado una hora, una hora completa y solo pienso en que deben estar por ahí viendo la película que Natalie quería ver, una hora completa que se supone que tendría que haber terminado este documento, miro mi reloj nuevamente y estoy a punto de levantarme para

llamarla a su teléfono celular cuando escucho la puerta principal abrirse y ella aparece detrás quitándose el abrigo.

No digo una palabra, finjo estar concentrado escribiendo no sé qué estupidez que se me ocurra escribir cuando escucho sus pasos llegar hasta mí, levanto un poco la mirada cuando me está entregando una bolsa de papel.

—Te traje algo... son donuts glaseados —dice, y elevo la mirada a sus ojos con los míos entrecerrados.

—¿No es que no tenías dinero? —Tomo la bolsa con una ceja enarcada.

—Bueno, Camilo las compró. —Tiro la bolsa en la mesa de enfrente y continúo con lo que sea que estoy escribiendo. Ella mira la bolsa y me mira a mí soltando una leve risa que se me hace graciosa.

—A la mierda Camilo, me voy a comer esos malditos donuts —suelto tomando la bolsa nuevamente, ella se ríe más fuerte y llevo la vista a sus ojos—. Oye, trae la película que querías ver, veamos qué familias mueren esta vez por dos inconscientes que dicen amarse.

—¿No tenías trabajo que hacer? —dice, sentándose a la par mía tomando uno de los donuts.

—Sí, tú la miras, yo trabajo. —Ella esboza una sonrisa y se pone de pie para luego subir las escaleras a toda prisa... malditos donuts glaseados, están muy buenas, lástima que vengan de Camilo y no me sienta confiado.

Unos minutos después ya viene bajando los escalones, llevo mi mirada a ella de una forma distraída al escuchar sus pasos, pero de inmediato me fijo en el pijama color fucsia que lleva puesta.

Definitivamente, visto ahí, creo que es uno de los mejores colores que puedan existir, ella gira hacia mí y de inmediato llevo mi mirada a la computadora como si nunca mi vista hubiera estado en esas curvas. Comienzo a teclear mi nombre, porque no sé qué otra cosa más escribir aquí.

—Pensé en ti, así que elegí *Rápido y Furioso* —dice y me limito a asentir, porque la verdad no puedo levantar la mirada a ella sin que se me levante otra cosa. Pero... ahí me percató y suelta una carcajada precisamente por la película que vamos a ver, ella me mira y también suelta una risotada por lo gracioso del nombre que lleva.

Definitivamente, ya nunca más veré *Rápido y Furioso* de la misma forma.

Se sienta a la par mía de piernas cruzadas luego de que la película comience, inicio a borrar todas las mierdas que he escrito y ahora si con más seriedad comienzo a hacer lo que tenía que hacer. Natalie, como siempre, deja su cabeza sobre mi hombro y se me dificulta un poco escribir, sin embargo, dejo que ahí se quede por algunos minutos hasta que siento que las pestañas me pesan.

Cierro la *laptop* para irme a dormir, y cuando voy a decírselo la observo, se ha quedado dormida hecha un ovillo a la par mía. Viéndola así no puedo evitar pensar en lo tierna que se ve, pero de inmediato mi vista se va a sus piernas cuando ella se remueve y abre medianamente sus ojos.

—¿Nos vamos a dormir? —le digo, ella bosteza mientras asiente y dejo la computadora sobre la mesa de delante.

—Tú ve a dormir, yo me quedo aquí —dice, acomodándose en el sofá tomando un cojín.

—Una mierda es que se va a quedar aquí —digo, de manera reñida, ella suelta una leve risa sin abrir los ojos, por lo cual me pongo de pie y la tomo en brazos para subir a toda prisa las escaleras con ella soltando grititos y carcajadas al mismo tiempo.

—David, vamos a caer rodando por estas escaleras.

—Me ofendes. —Finjo indignación mientras subo el último escalón—. ¿Lo ves? No ha pasado nada.

La llevo hasta la puerta de su habitación, que ya tiene una flor púrpura en la entrada, la puerta está entreabierta y solo me basta con empujarla con el pie para que se abra completa. Llego hasta su cama y la dejo caer de manera delicada.

—¿Lo ves? Sana y salva, no me subestimes. —Le guiño un ojo, ella sonrío y por unos instantes sus orbes oscuros se clavan en los míos—. Buenas noches —digo, cortando el contacto visual caminando hacia la puerta de la habitación.

—Buenas noches. —Le escucho decir, me giro para cerrar la puerta y le esbozo una sonrisa que ella corresponde hasta que la madera blanca con la flor púrpura queda ante mis ojos.

CAPÍTULO 24

David

Tomo la banqueta frente a Steve del otro lado de la barra, él está limpiándola, pero al momento de percatarse de mi presencia deja de hacerlo, esboza una sonrisa y me da un apretón de manos.

—¿Qué te trae hoy por acá sin compañía, muchacho? —Steve reposa sus codos sobre la barra viéndome con intriga, lo cual es ilógico, ya sabe que puedo venir a hacer a su establecimiento.

—Quería venir a verte. —Steve suelta una risa porque sabe que es mentira—. Ya sabes que vengo por mi botella de vino.

—¿Cuándo conoceré a tu esposa? —pregunta, como si yo viniese a hablar de mis asuntos matrimoniales.

—Nunca, me voy a divorciar. —O eso espero.

—Ay, muchacho. —Niega con la cabeza y continúa limpiando la barra—. Ya te veo como yo en los sesenta años, buscándote una relación formal y las únicas candidatas tienen menos de 30 años.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, Steve? ¿Cómo puede gustarte una mujer con más de treinta años menor que tú? —digo al viejo Steve, él se encoge de hombros mientras acomoda sus grandes lentes.

—No es por eso —replica, con su voz rasposa de tanto cigarrillo, no me imagino a Steve con esa edad dándole placer a una veinteañera—, es porque ya no encuentro una soltera de mi generación. Además, para el amor no hay edad.

—Pero si tú ya no tienes espermatozoides, tienes espermatozauros. —El viejo Steve suelta una carcajada que hasta a mí me hace reír.

—Este es el David que me ha agradado, no aquel en el que te habías convertido en aquella época.

—Shhh —le interrumpo, antes de que diga algo más. No quiero que me mencione eso otra vez—. El pasado pisado, Steve.

—Exacto —me dice, dejando de hacer su labor—, repítete eso una y otra vez. Las personas no merecen ser juzgadas por errores de otros. No sabes cuánto me arrepiento yo de haber roto corazones solo porque alguien me lo rompió a mí.

—Lo sé, lo sé. Ya me has contado eso mil veces.

—Siempre te lo he dicho, David, no quieres que te engañen... fíjate en la pureza del alma y la grandeza del corazón. —Observo al viejo Steve alejarse y justo un par de minutos después viene con la botella de vino y me la extiende.

Sin decir ninguna palabra efectúo el pago, estoy replanteándome la idea de volver a venir donde el consejero Steve. Un par de minutos después estoy camino a mi auto y treinta minutos después estoy en mi casa sentado en el sillón tomando vino, saco mi laptop para terminar algo de trabajo que dejé pendiente.

«Fíjate en la pureza del alma y la grandeza del corazón». Sí, claro.

Estoy revisando un jodido informe sobre el sillón de mi sala y veo que hay cosas que no cuadran, maldigo y bufo cerrando los ojos para calmarme cuando unas pequeñas manos se postran sobre mis hombros, frunzo el entrecejo y miro por encima del hombro a Natalie, que comienza a darme masajes en esa zona.

—Constanza, ¿por qué no me dijiste que ya estabas aquí? —riño, ella comienza a quitarme el saco y me hace reír.

—Si te lo dije, pero no contestaste. —Saco el teléfono celular de mi bolsillo y efectivamente hay un mensaje suyo, lo más probable es que estuviera con Steve y no lo sentí vibrar en el bolsillo. Natalie continúa masajeando mis hombros y se siente jodidamente bien, estos últimos días nos hemos llevado bastante mejor.

—Constanza, vas a hacer que me duerma. Tengo que terminar esto hoy —digo, tomando un sorbo de vino, Natalie rodea el sillón sentándose a la par mía. Lllaman mi atención los leggings color blanco que lleva puestos y un top que hace conjunto—. ¿Puedo saber dónde vas?

—Al gym —me dice, poniéndose de pie, hay un bolso sobre el sillón pequeño de la sala y ella va hasta él, lo cuelga en su hombro y se gira hacia mí.

—No entiendo por qué vas a un gym si puedes ir conmigo a la casa del caga-billetes sin pagar. —Miro el reloj, ya es un poco tarde para que vaya al gimnasio.

—Porque me obsequiaron una membresía de seis meses que no puedo desperdiciar —habla, revolviendo su bolso, saca una botella con agua y le da un sorbo.

—¿Quién te ha dado un obsequio así? —Siempre llama mi atención su abdomen marcado y su cintura estrecha, no puedo evitar ver esa parte, es como si reclamara mi atención todo el tiempo.

—Un amigo —dice con indiferencia, guarda la botella de agua dentro del bolso y vuelve la mirada a mí.

—¡Mm! —Es lo único que logro pronunciar y vuelvo la vista al monitor para continuar tecleando. Siento su mirada sobre mí, sin embargo, no la observo.

—Tengo membresía gratis por mi trabajo, David. —Suena lógico, pero no digo nada, me limito a teclear en mi computadora—. Oye, si quieres que me quede contigo, me quedo —dice, dejando el bolso sobre la mesa frente a nosotros, se deja caer a la par mía encendiendo el televisor—. Podemos ver la película que a ti te gusta, esa que se llama *Mean Girls*.

—¡Pufff! —Ruedo los ojos—. Yo no dije que me gustara, te dije que la chica pelirroja y la rubia son lindas, es todo.

—¿Por eso te la sabes de memoria? —Suelto un suspiro dejando caer las manos sobre el teclado de la *laptop*.

—Bueno, las chicas son lindas. ¿Cómo no sabérmela de memoria? —Comienzo a teclear nuevamente en la computadora y ella ríe haciéndome soltar una risa a mí también, por un par de minutos no dice nada y yo tampoco, sin embargo, no es un silencio incómodo, es uno de esos que se sienten bien y te hacen sentir confianza.

—¿Quieres venir al *gym* conmigo? —Gira su torso hacia mí y despego la vista de la computadora por unos instantes para ver su rostro. Miro el reloj y vuelvo mi vista a ella.

—Ya es un poco tarde y tengo que terminar esto —digo, señalando la *laptop*, vuelvo a teclear y me imagino todas esas miradas sobre el trasero de Natalie haciendo ejercicios, me hace considerar la idea de ir al *gym* con ella.

—Deja eso —me dice, cerrando mi *laptop*—, desde que vine estás en esta cosa. —Toma la computadora y la arrebató de mis manos.

—Dame la puta *laptop* —digo, ella se ríe y la pone detrás de su espalda.

—Relájate, estás estresado y luego comienzas a pelear por cualquier cosa.

—No —suspiro—, acordamos intentar llevarnos bien, ¿no? Eso no va a pasar, así que dame mi computadora. —Intento quitársela, pero es inútil, mi mano puede tocar otra cosa, así que lo hago

sin mucho éxito, aunque... pensándolo bien, puedo aprovecharme y fingir que fue un accidente.

Entre risas intenta alejar la computadora de mí y me inclino para tomarla.

—Natalie. —Me río—. Dame la maldita computadora, que si no termino el maldito del caga-billetes me lanza del piso veinticinco.

—No lo creo, no puede vivir sin ti —me dice, guiñándome un ojo. De inmediato la miro con desaprobación y ella se suelta en risas, aprovecho eso para tomar la jodida computadora de sus manos que no quiere soltar, cuando al fin lo hace, alejo la computadora lo más que puedo de ella, en solo minutos está a horcadas sobre mí y deslizo la computadora al otro extremo del sillón.

Rodeo su cintura con mis brazos de una manera fuerte para que no se mueva y ella se queda quieta y ahí me percató de la posición en la que estamos, de inmediato suelto mi agarre y ella también se percata de la situación, pero no se mueve y yo tampoco, la miro a los ojos y ella a mí, acerca su rostro al mío, tanto que nuestros alientos se mezclan, ni siquiera ha rozado mis labios y ya siento que se me está subiendo la temperatura, yo... quiero besarla, en ese preciso momento que me decido por mandar al carajo cualquier regla de no tocar a Natalie, su celular nos estremece con un estruendoso sonido de la pantera rosa.

Es el destino.

Ella se pone de pie de un salto y toma su celular, he quedado tan desorientado que mis movimientos son torpes y mi computadora casi cae al suelo, de inmediato puedo ver que cambia su semblante y solo contesta con monosílabos.

—¿Sucede algo? —pregunto en el momento que ella cuelga, se vuelve a mí forzando una sonrisa.

—No es nada, solo quería una entrada para ir a la exposición de arte y no lo conseguí. Me voy —dice cambiando de tema, asiento mientras comienzo a leer el documento que estaba haciendo porque ya ni me acuerdo—. ¿Quieres que te traiga algo? —pregunta, saca unos auriculares de su bolso. Muevo la cabeza en negación.

—Estoy bien —le digo, se acerca a mí y se inclina para depositar un beso en mi frente que me hace sonreír—. ¿Y cuándo se supone que es esa exposición?

—Mañana.

—¿Mañana? ¿Y tan importante es? —Ella asiente y suelta un suspiro.

—Para mí lo es, es la más grande de este país y será aquí en Nueva York. —Me da una mirada triste que me dan ganas de ir a matar a quien sea que no hizo entradas suficientes—. Antes no tenía dinero y ahora no hay entradas.

La observo retirarse, lleva su mano a la manecilla una vez que ha llegado a la puerta, me mira por última vez y esboza una sonrisa.

—Espera. —Ella abre la puerta, pero se detiene al escuchar el resto de mis palabras—. Quédate, mañana podemos entrenar juntos. ¿Qué película quieres ver esta vez? —Me pongo de pie, buscando alguna buena película. Ella sonríe y cierra la puerta, y a grandes zancadas camina de regreso hacia mí.

—Pero prométeme que no...

—Sí, sí, sí, no estaré pegado a la computadora. Pero si me despiden será tu culpa.

—Oliver te ama, no te preocupes —se mofa y otra vez dirijo mi mirada de desaprobación hacia ella, quien esboza una sonrisa, deja su bolso sobre la mesa y se deja caer en el sofá. Toma el control de la televisión una vez que yo ya estoy en el lugar a la par de ella, la miro relajarse en el espaldar del sillón mientras lleva un dulce a su boca.

Luego de alguna hora, está acomodada sobre mi hombro, hablamos sobre la exposición de arte más que de la jodida película, yo no soy ir a ese tipo de cosas, así que no entiendo ni mierda y ya me está dando sueño. Mis ojos se están cerrando, me acomodo en el sillón y ella hace lo mismo mientras continúa contándome sobre las exposiciones de arte a las que ha ido, su cabeza está sobre mi brazo, me gusta estar así, rodeo su cintura y ella entrelaza sus dedos con los míos. Ni siquiera me percató de esta cercanía porque me estoy quedando dormido, y en serio lo agradezco, porque si no juro que me provoca una erección. Me limito a asentir, aunque ya no sé qué está hablando y por no ser descortés y decirle que necesito ir a la cama a dormir no sé en qué instantes me quedo dormido.

CAPÍTULO 25

Natalie

A la mañana siguiente, despierto con un terrible dolor de espalda.

Abro los ojos y pestañeo varias veces para ubicarme que estoy en la sala de la casa de David, sobre el sofá y que ya es demasiado tarde. Mierda.

Me siento mirando alrededor y hay una manta sobre mi cuerpo, miro el espejo a un costado mío reflejando una imagen no bonita de mi persona. De inmediato me levanto arreglando mi cabello y viendo si sobre mi cara no hay rastro de haber babeado anoche.

Mi rímel se ha corrido e intento arreglarme lo más que puedo cuando me pregunto dónde está David. Es muy temprano para que salga a trabajar. ¡Ni siquiera se dignó a despertarme!

Voy a entrar en pánico al ver la hora que mi reloj muestra y suelto todo el aire que mis pulmones estaban reteniendo cuando recuerdo que hoy no trabajo, lo que me hace recordar el motivo.

Voy hasta la cocina por un vaso con agua, una vez que vierto el líquido dentro del vaso de cristal transparente regreso al sillón tomando un sorbo con paso lento, sobre la mesa que está frente al mueble dejo el vaso para buscar mi celular dentro de mi bolso y revisar mis redes sociales, me siento completamente masoquista al ver los perfiles de mis padres y lo felices que se ven en familia. Me decido por primera vez en mi vida enviarle un mensaje a mi padre, tal vez no me reconozca y por ese motivo no acepta mi solicitud.

Me dejo caer de espaldas sobre el sillón con mi mano en mi frente una vez que le he dado a enviar, reposo el brazo que sostiene mi celular sobre mi abdomen. Escucho la puerta abrirse, levanto la cabeza y un David sin camisa se aparece tras ella.

—Buen día —me dice, le sonrío a modo de respuesta. No puedo evitar que mis ojos viajen por ese sudoroso cuerpo y observar el recorrido de unas pequeñas gotas de sudor que acarician su abdomen y llegan justo a la goma de su pantalón deportivo mientras él camina hacia mí—. ¿Disfrutas este paisaje? —pregunta, abriendo las manos y señalándose a sí mismo—. ¿Quieres pintarme al estilo Jack a Rose en el Titanic? —Me guiña un ojo, me dan ganas de reír, pero no voy a hacerlo frente a él.

—He visto paisajes mejores —digo con indiferencia, volviendo a la posición que estaba. Escucho un jadeo de su parte y vuelvo mi mirada a él.

—¿Disculpa? —dice en un tono exagerado, lleva su mano derecha al pecho fingiendo indignación—. No hay un mejor paisaje que King Kong en su selva. Lástima que no pueda andar en su hábitat natural porque da comezón.

No, con David no se puede ser serio, aprieto el puente de mi nariz y termino soltando una risa, aunque no quiera. Él con toda la seriedad que no lo caracteriza camina en dirección a la cocina negando con la cabeza.

—¿Y así vas hasta la casa de Oliver? ¿Sin camisa? —cuestiono, viendo como su *leggin* deportivo se le ajusta perfectamente bien, cuando gira hacia mí y lleva sus manos a su cadera.

—¿Por qué no? —contesta y aparto la vista de inmediato—. Para eso hago abdominales todos los días. —Enarco una ceja viendo sus ojos y él esboza una sonrisa coqueta.

—¡Pero qué modestia! —exclamo, a veces no sé si es tan presumido porque en serio lo es o porque amaneció de buen humor para las bromas.

Me sorprende cuando se acerca a mí, por un momento pienso que se le olvidó algo en este sillón, para mi sorpresa, en el preciso momento que voy a ponerme de pie, él se inclina dándome un beso en la frente que me hace reír.

Nunca debí haber hecho este tipo de cosas con él. Pero no voy a acostumbrarme a este David.

—¿Qué quieres desayunar? —le pregunto, él sigue en la misma posición y no puedo evitar observarlo detenidamente, ese color de iris entre miel y verdoso que hace conjunto con su desaliñado cabello y una perfecta barba estilo candado. No voy a negar que David es tan atractivo físicamente, pero con la etiqueta de mujeriego por todos lados.

—No te preocupes, la niña Rosa me ha preparado algo. —Me hace reír, se endereza y mira su reloj—. Es tarde —exclama, caminando en dirección a las escaleras—. ¿Por qué no estás corriendo de un lado a otro quejándote de lo tarde que es?

—Hoy no trabajo, había pedido este día para estar descansada e ir a la exposición de arte por la noche.

David no dice nada, simplemente lo observo perderse tras la pared que lleva a las escaleras. Pero bueno, no tiene por qué importarle, es demasiado esperar que David se interese por temas que a él no lo beneficien.

Me quedo ahí, pensando en qué hacer todo el día de hoy. Me pongo de pie para ir a mi cuarto y tomar una ducha, aprovecharé para ejercitarme. Al pasar junto al cuarto de David, puedo escuchar su voz cantando a gritos alguna canción de los Backstreet Boys de la que no recuerdo el nombre, algo que me resulta gracioso; principalmente porque tiene una excelente voz que no pareciera venir de él.

En casi una hora ya voy conduciendo hacia el *gym*, pero antes paso por un lugar buscando algo de comer, aparco mi coche para ir en dirección a la cafetería y luego de pedir una ensalada con una botella de agua, tomo lugar en una mesa de la esquina, no sé por qué siempre me gusta este lugar a cualquier sitio que vaya.

Estoy tomando una botella de agua cuando llama mi atención una pareja de ancianos, ambos comparten un refresco mientras ríen a carcajadas, 24 años de mi vida y nunca he conocido a nadie que se sienta tan feliz de compartir un refresco conmigo.

Discretamente saco mi teléfono celular y les tomo una fotografía. Comienzo a teclear rápidamente y busco el número de Alex.

Para: Alex

Creo que estoy viendo tu futuro.

Escribo esto en la descripción. Sé que a estas horas debe estar trabajando, pero para mi sorpresa el celular suena casi de inmediato.

De: Alex

Pero él tiene barba, así que es TU futuro ;)

No sé si reírme o llorar porque yo nunca tendré un futuro así con nadie, aunque sé que su intención es decirme que es mi futuro con David. Creo que Alex no sabe que un futuro así es al que David teme.

Para: Alex

Terminator no tiene barba :(

El anciano rodea la mesa y se sienta junto a la señora, para luego depositar un tierno beso en sus labios, la anciana sonrío... yo... «¿Por qué Dios no me mandas uno así, aunque sea anciano?».

pienso viendo hacia el techo, como si Dios estuviera en algún lugar por allá arriba. Según mi abuela está a nuestro lado todo el tiempo, lo que me hace bajar la mirada y ver el lugar a la par mía, hasta que Alex me saca de mis pensamientos.

De: Alex

¡LOL! ¡Natalie, basta! Me has hecho imaginármelo. ¡Estoy trabajando!

Me hace sonreír cuando un mensaje de David invade mi pantalla, he olvidado cambiar esa foto suya del día del escape a Las Vegas.

De: Patricio Schmitt

He conversado con mi abogado lo del divorcio y prefiero hablar estas cosas contigo en persona.

Unos días y vuelvo a ser soltera, debería estar feliz. Miro mi reloj calculando más o menos la hora que me tardaré en el gimnasio, en un par de horas ya es mediodía.

Para: Patricio Schmitt

Bien.

Levanto la mirada nuevamente y ahora entran más personas, una mujer y un hombre, con ellos una niña y el hombre carga un bebé. Para mi sorpresa, llegan a la mesa de los ancianos y luego de darles un caluroso abrazo se sientan frente a ellos conversando eufóricamente, otra sonrisa se enmarca en mi rostro, algo que nunca va a pasarme, pero me alegra ver que aún existen personas que sepan el valor que tiene la familia.

Media hora después ya estoy en el *gym*, mi cuerpo acalorado sobre la caminadora y sudores corriendo de mi cuello hasta perderse en el escote de mi top deportivo, la música invade mis oídos y me siento con tantas energías que me hace renegar al escuchar un mensaje llegar a mi teléfono celular.

De: Patricio Schmitt

¿Dónde estás?

Sus típicos mensajes controladores me hacen pensar en las pobres chicas que han salido con él. De inmediato mi celular vuelve a sonar y es otro mensaje suyo.

De: Patricio Schmitt

¿Te parece si vamos a almorzar? Es importante.

Frunzo el entrecejo y comienzo a teclear mientras voy por mis cosas.

Para: Patricio Schmitt

Claro.

Su respuesta no tarda en llegar con el lugar donde me está esperando, ya sé que esto tiene que ver con el supuesto divorcio.

Hablamos durante todo el camino, aunque mis respuestas sean cortas y distantes porque voy al volante, las suyas llegan rápido, por lo que asumo ya está en el lugar que me dijo. Al llegar, tenía razón, él ya está ahí, al verme esboza una sonrisa que le correspondo de inmediato y voy hasta él para darle un beso en la mejilla.

—Bien —digo, tomando lugar frente a él, sus dedos están entrelazados sobre la mesa y me está viendo fijamente—. ¿Tiene algo que ver con el divorcio? —Creo que eso es lo único que sería importante hablar conmigo para David Schmitt.

—¿Fuiste al gimnasio sin mí? —Enarca una ceja y me hace reír, por Dios.

—Tú fuiste sin mí esta mañana. —Tomo el menú sobre la mesa y él esboza una sonrisa de lado—. ¿Y bien? ¿Qué te dijo tu abogado? ¿Tendré que darte una pensión?

Él se ríe, comienzo a ojear el menú cuando sin analizar sus movimientos miro que pone algo frente a mí. Frunzo el entrecejo y de inmediato llevo la vista a lo que sea que está sobre la mesa.

Son dos entradas a la exposición de arte. De inmediato le miro y tiene una sonrisa enmarcada en el rostro, se encoge de hombros mientras recuesta su espalda en la silla.

—Sorpresa —dice, llevándose una botella de cerveza a la boca. Aún estupefacta, miro de nuevo las entradas y espero que no me esté jugando una broma.

—D... David, cómo es... ¿Cómo es que tú?

—Bueno, conozco a... —No lo dejo terminar cuando me pongo de pie y sentándome sobre sus piernas comienzo a besar su rostro.

—Gracias, gracias, gracias —digo, entre besos. Rodeándolo con mis brazos, él suelta una risa y luego aclara su garganta.

—Nat, me estás haciendo pasar vergüenza, vuelve a tu lugar —ríe, me percató de que las personas a nuestro alrededor nos miran, disimuladamente me levanto acomodando mi ropa vuelvo a sentarme en el lugar que estaba.

CAPÍTULO 26

David

Por primera vez en mi vida siento que he hecho algo bien.

Miro el cuadro frente a mí mientras espero a Natalie. Con una mano en mi bolsillo y con la otra sosteniendo una copa de vino, analizo la supuesta pintura que es un jarrón con flores. ¿Será esa una pintura vanguardista? No lo sé, me perdí entre tantos términos que Natalie mencionó y que no entendí.

Tomo un sorbo de vino al ver el reloj cuando escucho unos pasos detrás de mí, giro sobre mis talones para encontrármela a ella intentando ponerse un collar, no puedo evitar que mis ojos analicen cada rincón de ese cuerpo enfundado en un pequeño vestido blanco. ¿Sería muy atrevido pedirle que me deje tocar?

—¿Me ayudas? —pregunta, sacándome de mis pensamientos. Se forma una sonrisa en sus labios que van de un suave tono de rojo, da media vuelta quedando de espaldas a mí.

—Por supuesto —contesto, aclarando la garganta cuando mis ojos se van para otro lado, dejo la copa de vino sobre la mesa detrás de mí. Tomo el collar, su aroma a flores invade mis fosas nasales y cuando el collar está perfectamente colocado, se gira nuevamente en mi dirección.

—Solo voy por mi bolso. —Comienza a caminar hacia las escaleras y me quedo ahí viendo la forma delicada que sube cada escalón.

En un par de semanas me estaré divorciando de ella, no puedo evitar pensar qué va a ser de su vida luego, si tendrá dónde vivir, con quiénes saldrá o si vivirá con alguien más. Tal vez, cuando se nos olvide toda esta mierda de que estuvimos casados podamos ser amigos, sinceramente, es la única mujer con la que considero poder tener una amistad.

—Lista —habla cuando estoy tomando la copa de vino nuevamente. Le doy un sorbo y la devuelvo a la mesa para salir de la casa cuando ella está bajando las escaleras a toda prisa. Me mira y mira la copa sobre la mesa, camina hacia mí tomando la copa para llevarla a la cocina. Ya me estoy comenzando a acostumbrar a sus arranques de orden obsesivo.

En diez minutos ya estamos camino al lugar que se supone es la exposición. La observo de reojo y está mordiendo la uña de su dedo índice, desde que la conocí me he dado cuenta de que eso es lo que hace cada vez que está ansiosa.

—Gracias, David —dice, no sé cuántas veces me ha agradecido hoy, pero creo que en toda mi vida nadie me había agradecido tanto como ella.

—No es nada. —Mi vista sigue en la carretera, en cuestión de segundos y sin siquiera percatarme sus labios están sobre mi mejilla y de inmediato vuelve a su lugar.

Tampoco nadie me había babeado tanto como ella.

—¡Natalie! —Me hace reír, comienzo a limpiar mi mejilla y miro en el espejo retrovisor que me ha dejado sus labios pintados de rojo—. ¿No ves que puede haber chicas lindas ahí? No puedo andar con tus labios pintados sobre mi mejilla.

—También habrá hombres guapos, no pueden verte con mis labios pintados sobre tu mejilla. —Saca el pañuelo del bolsillo de mi traje y comienza a limpiarme.

—En ese caso, déjalo así —digo, fingiendo molestia, le arrebato el pañuelo y lo devuelvo a mi bolsillo, ella suelta una risa que me termina contagiando. Vuelve a incorporarse en su lugar con la

vista al frente, manteniendo una sonrisa en el rostro.

El resto del camino lo recorremos en silencio con música de Go Go Dolls y uno que otro chiste que a ella le hace reír, nos estamos comenzando a llevar bien.

—Me la paso bien contigo, David —dice una vez que hemos llegado, se recuesta de lado en el espaldar de su asiento y me mira a los ojos—. Gracias por venir conmigo.

Le sonrío con un gesto de afirmación y miles de recuerdos, esos en los que no quiero pensar otra vez, invaden mi cabeza.

Flashback

—Esta es la última vez que salgo a un lugar contigo, me avergüenzas. —Suelta mi mano de manera brusca y camina hacia la puerta de salida.

—Solo fue un chiste, Brittany, relájate. —Ella lleva la mano a su cabeza apartando unos mechones de cabello de su rostro.

—¿Relajarme? Son personas importantes y a ti te gusta comportarte como el bufón del lugar. ¿Cuándo vas a madurar? —Se aleja de mí, con toda la ira que su rostro ha podido recoger. Como era de costumbre, comienzo a seguirla y la tomo del brazo antes de que salga del lugar.

—Cariño, lo lamento, no volverá a pasar. —Se suelta de mi agarre de manera brusca.

—No me toques, búscame cuando puedas ser una persona seria. —Sabiendo lo estúpido que me miro detrás de ella siempre, aun así la sigo.

Fin del flashback

—David. —La voz de Natalie interrumpe mis pensamientos, de inmediato llevo mi vista a ella.

—Lo siento —digo, dándole una sonrisa—, y por supuesto que tenía que venir, no vaya a ser que Camilo el casado aparezca. —Suelto el cinturón para salir del auto en el momento que ella suelta una risa.

Rodeo el auto para abrirle la puerta, al parecer se sorprende, por el gesto que hace, pero casi de inmediato esboza una sonrisa.

—Gracias —dice de manera coqueta, sale del auto y tomando mi mano casi a rastras me lleva al lugar.

—Oye, tranquila, vieja —me mofa, recordando su típica frase. Ella se ríe y luego de dejar las entradas con el guarda de seguridad entro al lugar con toda la tranquilidad posible, la verdad que aburrirme por dos horas no era mi plan de un viernes por la noche.

El lugar es inmenso y me sorprende la cantidad de personas que Natalie conoce en este lugar y tomada de mi mano, me presenta con todos ellos.

Mientras habla con unas personas, doy un recorrido por la sala no muy lejos de donde está Natalie hablando con un par de señores de mediana edad. La verdad que nunca había venido a estos lugares, y me doy cuenta de que este pasillo está lleno de pinturas abstractas.

Doy un recorrido por cada cuadro, en serio, parece que el pintor solo se untó pintura en los pezones y comenzó a hacer círculos en un lienzo, ¡joder! Voy a considerar hacerme pintor.

—¿Te gusta? —La voz de Natalie me interrumpe, miro a mi costado y ella también está viendo el cuadro, de inmediato mis ojos van a la copa de *champagne* que está sosteniendo.

—¡Por supuesto! —ironizo—. He soñado con esta pintura con círculos toda mi vida. —Ella me lanza una mirada despectiva, mientras le quito una copa de *champagne* de sus manos.

—¿Sabes al menos qué significa? Es la representación artística de la vida. —Miro el cuadro nuevamente e intento verle la forma de vida.

—Tal vez sea la representación de mi vida, una mierda completa que ni yo entiendo. —Ella ladea sus labios en una media sonrisa y toma de regreso la copa de *champagne*.

—La vida no es una mierda, David, la vida es tan buena como la aceptes.

—La vida es injusta, cuando más necesitas es cuando más te quita. —Sigo viendo los jodidos círculos del cuadro, cuando Natalie me toma del brazo y comienza a llevarme hasta el fondo del pasillo.

Nos detenemos frente a un cuadro, pero este sí es más realista, maldita sea, parece una fotografía. Hay un anciano que sostiene su barbilla con la mano, parece estar viendo lo que otro anciano frente a él tiene en sus manos, mientras que él sostiene otras cosas que el segundo anciano está viendo.

No puedo evitar pensar que se parecen al viejo Steve y sus espermatozauros.

—¿Qué interpretas en este? —me dice, la miro por unos segundos y vuelvo la vista al cuadro mientras le quito la copa de *champagne* y me apresuro a tomar un sorbo antes que me la arrebate de regreso.

—Lo terrible que te ves cuando llegas a anciano. —Ella se ríe, tanto que termino soltando una carcajada. Niega con la cabeza señalando el cuadro.

—Él —dice, señalando a un anciano con el cabello largo— anhela tener lo que el otro tiene, mientras que el otro anhela tener lo que él tiene. ¿Lo ves? Ambos tienen buenas cosas, es lo que pasa con las personas, no se dan cuenta de que tienen algo bueno y siempre quieren tener lo que otra persona tiene.

—Yo no quiero tener lo que otra persona tiene, simplemente me hubiese gustado que mi vida fuera diferente.

—¿Por qué? ¿Sabes cuántas personas andan por ahí buscando empleos? ¿Cuántas no tienen un auto? ¿Cuántas personas no tienen un lugar para vivir? Tú tienes todo eso, deberías estar agradecido.

—Sí, pero eso no me hace feliz.

—Bueno, en Las Vegas no parecías triste.

Sus palabras me hacen reír nuevamente.

—Claro, todos los borrachos son felices. —Me encojo de hombros, miro nuevamente el cuadro tomando un sorbo del líquido burbujeante que sale de mi boca y corre por mi barbilla al escuchar la risa de Natalie—. Y dime... ¿Tú eres feliz?

—Por supuesto —contesta de inmediato, entrelaza su brazo con el mío al escuchar que está comenzando la exposición, comenzamos a salir de aquel pasillo—. La felicidad está en la mente, y todo lo malo que sucede es simplemente algo pasajero. Míralo de esa forma y verás cómo tu vida cambia. —Toma la copa de *champagne* y se la lleva a la boca.

Continuamos caminando con nuestros dedos entrelazados y sin decir una palabra llegamos al lugar donde se están reuniendo varias personas. Nos quedamos así todo el tiempo que dura la exposición.

CAPÍTULO 27

David

No miento cuando digo que me agrada la compañía de Natalie, una persona bastante madura para su edad y eso sin mencionar la amabilidad digna de ella. Una vez que la tortura ha terminado, la observo despedirse de todas las personas que conocía y me sorprende la agilidad con la que hace nuevos amigos.

Con las manos dentro de los bolsillos la espero, miro el reloj y levanto la mirada al notar que viene en mi dirección, esboza una amplia sonrisa. A grandes zancadas llega hasta donde estoy y toma mi mano para llevar mi reloj frente a sus ojos.

—¿Nos vamos? —le pregunto, ella asiente.

—Pero es temprano. ¿Te parece si vamos por unas cervezas? —Ah, por Dios, esas son las mejores palabras que alguien te puede decir, la verdad que las necesito—. Pero yo invito, ya has hecho mucho por mí.

—No —riño—, no voy a dejarte... —De inmediato ella lleva la palma de su mano a mi boca y así me saca de aquel lugar a empujones—. Natalie, por Dios —digo entre risas.

—David, déjame invitarte, ya has hecho mucho por mí. —Finalmente me suelta.

—Tú has hecho más cosas...

—No —me interrumpe, es que con las mujeres no se puede. Camina en dirección al auto y yo camino tras ella—. Y bien... ¿la pasaste tan mal como pensabas?

—La verdad no. —Soy honesto—. No es el mejor lugar en el que quisiera estar, pero tampoco es tan malo. —Ella suelta una risa y detiene su paso para caminar a la par mía.

—Sabes... mi sueño es pintar algún día tan real como todos esos pintores que has conocido hoy.

—Mi sueño es beber cerveza sin engordar. —Vuelve a reír en lo que llegamos a mi auto y abro la puerta para que suba, una vez que se incorpora rodeo el auto para subir de mi lado.

El único lugar más cerca es el bar del viejo Steve, al final se le cumplirá su sueño de conocerla, solo espero que esté lo suficientemente ocupado para que no esté con sus palabras de la vida ni se le ocurra contar nada que no debe.

Al llegar, como esperé, el lugar está repleto de personas. Tomando a Natalie de la mano nos abrimos paso entre algunas personas, solo luces de neón alumbran las penumbras.

—¿Qué hay, Steve? —digo, acercándome a la barra. Él está del otro lado y al verme esboza una sonrisa—. ¿Ya conseguiste a la mujer de tus sueños?

—Aún no, soy viejo y feo —dice, dejando de hacer lo que sea que estaba haciendo para acercarse a mí.

—¿Qué? Steve, ¿por qué dices eso? No pienses que eres feo, solo piensa que eres un mono hermoso.

Natalie suelta una carcajada que llama la atención del viejo Steve, quien de inmediato deja de reír para verla con el entrecejo levemente fruncido, vuelve la mirada a mí y luego a ella.

—¿Y esta preciosa dama es tu esposa? —dice, acomodando sus lentes. Esposa... por la forma en que lo dijo sé que lo ha dicho a propósito.

—Ella es Natalie —le digo—. Natalie, este es el viejo Steve. —Ella aprieta los labios y mira a Steve, que me está lanzando una mirada despectiva.

—Mucho gusto, Natalie —dice, extendiendo su mano a ella, quitándome la mirada de encima solo por unos segundos—. Conozco a David desde que usaba pañales, si quieres alguna historia vergonzosa de su pasado no dudes en volver. —Aclaro mi garanta.

—Bien, vámonos —digo, tomando a Natalie del brazo—. Dos cervezas por aquella mesa. — Señalo una mesa del rincón, donde el viejo Steve no pueda estar chismoseando.

Tomado de la mano de Natalie muerta en risas, llego hasta el lugar que había dicho, por suerte está vacío y las únicas personas alrededor parecen estar disfrutando de su plática entre ellos. Natalie toma lugar y yo frente a ella esperando que Steve nos traiga la cerveza.

—Bien... ¿el viejo Steve? —me interroga, no he terminado de acomodarme y ya quiere hablar del viejo.

—Es de cariño, está loco —contesto entre risas—. Era un viejo amigo de mis abuelos, de mis padres, siempre que él o mi madre tenían algo que hacer me quedaba en su casa.

—Bien, siendo así tendré que volver.

—No —digo de inmediato—, ni se te ocurra. Steve anda buscando una joven para usar sus espermatozauros.

—¿Sus qué? —cuestiona de inmediato.

—Sus espermatozauros, tengo la impresión de que ya no le saldrá semen, le saldrá polvo. — Natalie se suelta en carcajadas y con las manos en el rostro se inclina hacia la mesa. Hasta a mí me hace reír.

—David... ya... basta... —dice entre risas, ni yo me puedo contener—. ¿Por qué eres así?

—¿Qué? Él es peor. Ni siquiera te diría que tienes que conocerlo porque sería llevarte por el camino de la perdición. —Natalie continúa riendo con la cara sobre sus brazos mientras estos están sobre la mesa. Nos llevan las cervezas, pero es el ayudante de Steve quien luego de saludar con un asentimiento se retira rápidamente.

—Bien, si no quieres que regrese tendrás que contarme tú mismo. —Toma la botella y le da un trago.

—No hay mucho que contar —digo, ahora yo tomando la mía—, siempre fui el típico niño bien portado que solo se concentraba en sus estudios.

—¿Algo así como un *nerd*? —suelto una risa.

—Sí, algo así.

—No creo que sea todo. —Niega con la cabeza mientras deja la botella sobre la mesa nuevamente.

—Bien, ¿qué quieres saber en específico? Creo que te he dicho lo más importante.

—Solo me has dicho de tu familia, quiero saber más... de ti, hasta hoy no sé ni siquiera cuál es tu color favorito.

—No pones atención.

—Tú no sabes cuál es el mío.

—El fucsia —contesto sin dudar, ella suelta una risa mientras endereza su postura dejándose caer en el espaldar de su silla

—No es el fucsia —dice, negando con la cabeza—, en tu cuarto quería hacer una pintura cuya base era el fucsia, la necesitaba para mi portafolios y pensé que te iba a gustar tener una bonita constelación de estrellas frente a ti todos los días.

Me quedo viéndola fijamente y reposo los codos sobre la mesa para entrelazar mis dedos.

—¿Es en serio? —Ella asiente—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me dejaste explicarte?

No digo nada, me quedo ahí observándola, ella ni siquiera me está viendo, juega con el borde de la botella de cerveza y lo único que se me ocurre es ponerme de pie, rodear la mesa y sentarme a la par suya.

—Lo siento —digo, tomando lugar a la par de ella. Se encoge de hombros mientras me da más espacio para sentarme—. Bien, pregunta lo que quieras. —Natalie me mira con una sonrisa—. Pero tendrás que invitarme a un trago de vodka, una cerveza no es suficiente para toda la información que tenga que soltarte.

Ella comienza a reír, es obvio que al final yo pagaré por todo, no voy a dejar que ella pague, mucho peor frente al viejo Steve.

—¿Sabes qué es el vodka? —pregunto en el momento que están llevando los vasos, tomo uno de sobre la mesa y miro a Natalie con el trago frente a sus ojos.

—¿El perro embotellado?

—¡No! Esa era la cerveza. El vodka es la prueba de que Dios ama vernos estúpidos. —Comienza a reír nuevamente, estoy considerando dejar de decir tantas pendejadas.

Por alguna hora estuvimos ahí, riéndonos por cualquier estupidez y coreando cualquier canción que suene, nunca había hecho esto junto a alguien sin sentirme avergonzado. Minutos después ya estamos saliendo del bar de Steve, creo que nunca me había divertido tanto con una mujer, bueno, no este tipo de diversión.

Como por costumbre del clima, cuando salimos comienzan a caer todas las tempestades del cielo, ella se detiene en la acera y me mira con cara de diversión.

—¿Corremos hasta el auto? —pregunta, poniéndose el abrigo, miro las aguas torrenciales allá afuera y la miro a ella.

—¿Qué? No... —Pero antes de que pueda terminar la oración ya está corriendo bajo la lluvia y no tengo de otra más que seguirla, por Dios, pudimos esperar, ahora voy a pescar una neumonía por su culpa.

Ella sube al auto y yo de inmediato me incorporo de mi lado delante del volante. Entre risas comienza a quitarse el abrigo, extendiendo la mano para que me lo dé y una vez que lo hace lo pongo en el asiento trasero.

Vuelvo la mirada a ella, su cabello está mojado y parte de sus mechones con rizos están pegados sobre su cara.

—Me estoy congelando —dice, observo que casi tiritita, me hace reír mientras enciendo la calefacción.

—Yo no te dije que corrieras bajo la lluvia. —Ella me sonrío, extendiendo el brazo para despejar su rostro de esos pequeños mechones rebeldes y de inmediato sus orbes castaños se clavan en mis ojos. Creo que estoy ebrio como para hacer lo siguiente que se me pasa por la cabeza.

Con la mano sobre su mejilla me acerco a ella y sin pensarlo mucho uno mis labios con los suyos, esos labios con un ligero amargor por la cerveza se pasean libremente por los míos, Dios, me encanta cómo besa. Definitivamente esto es algo de lo que me voy a arrepentir mañana.

El beso es suave, de esos cariñosos, sin prisas ni preocupaciones, un beso amistoso que hace vibrar algo en mi interior. Me separo un poco de ella y ambos nos vemos a los ojos por varios segundos, no sé cuánto alcohol tendré en la sangre, pero no quiero parar. Vuelve a mis labios, pero este beso es más demandante y apasionado. La temperatura dentro del coche comienza a subir y no precisamente por la calefacción, Natalie se ubica sobre mí sin despejar sus labios de los

míos, mis manos rodean su cintura atrayéndola más a mí. Sus mechones de cabello mojados ahora hacen contacto con mi rostro, por donde también comienzan a descender gotas desde mi cabello.

Mi mano recorre su pierna por debajo de su vestido y de inmediato extendiendo mi mano a la guantera para buscar un preservativo, por aquí debe haber alguno. No... no puedo hacer esto... puedo estar borracho, pero...

—Natalie. —Logro decir separándome un poco de ella, tengo los ojos cerrados porque en serio no quiero ver qué reacción tiene en estos momentos, todo en ella apunta a formalidad y yo no... —. Yo...

—No te preocupes —me dice, la siento negar con la cabeza por la cercanía de nuestros rostros.

—Es que no lo entiendes... —susurro, intento calmarme interiormente, por Dios, nunca había tenido que calmarme en estas situaciones y no sé cómo se hace.

—Ay, por Dios, no me digas que eres gay. —Abro los ojos de golpe para encontrarme con un gesto lleno de intriga frente a mí.

—¿Qué? —Ella suelta una risa, sí, qué linda bromear en estos momentos—. ¿Sabes qué? Ya te voy a mostrar quién es gay —digo, tirando el asiento hacia atrás. Ella cae sobre mí en risas y con las manos aferradas a su cintura comienzo a besarla, ella muerde mi labio inferior de manera suave y la miro a los ojos por unos cuantos segundos.

—¿Estás segura? —pregunto, viéndola fijamente a los ojos, ella asiente y vuelve a mis labios de una manera suave mientras busco un preservativo—. Nos vamos a arrepentir de esto mañana. — Se ríe, baja el cierre de mi pantalón, no sé cómo va a pasar eso aquí compartiendo una casa, pero en estos momentos no puedo pensar, mucho peor cuando su mano invade mi zona íntima y se cierra alrededor de mi amigo haciendo movimientos ascendentes y descendentes.

—Nos divorciamos en unas semanas —dice, entre besos va deshaciendo los botones de mi camisa y yo voy tirando de sus bragas hacia abajo. «Nos divorciamos en unas semanas», eso suena bien, siento como sus besos nublan mi cerebro o lo que sea que tengo allá adentro en estos momentos. Logro alcanzar un preservativo, ella no pregunta por qué tengo algunos en mi auto, lo cual agradezco. Rasgo el paquetito plateado al sentir sus pequeñas manos pasarse por mi abdomen y bajar de nuevo a hacer contacto con mi intimidad.

—Me gusta como hueles —dice, aspirando mi cuello, se acomoda de una mejor manera y se deshace de sus bragas, acto seguido, se desliza sobre King Kong cubierto en el látex de una manera tan suave y delicada que me hace estremecer al sentir su calidez invadirme por completo.

—Y a mí me gustas toda tú —susurro en su boca. Esboza una sonrisa, comienza su danza con suaves movimientos, gime cerca de mi oído y me encanta la manera en que lo hace, inclina su cabeza hacia atrás, lo que me permite besar su cuello y de inmediato sus labios buscan los míos.

Comenzamos a devorarnos el uno al otro, sus movimientos me están volviendo loco, mis manos se aferran a sus piernas y posteriormente clavo mis dedos en su pequeña cintura; tomo las riendas de la situación y me dejo llevar por el descontrol y la embriaguez de sus labios, aumento el ritmo, mis manos alrededor de la cintura atraen más su torso al mío, escucho su gemido muy cerca de mi oído y de inmediato la siento tensarse sobre mi cuerpo, esboza una sonrisa sobre mi boca, una que correspondo ya consciente de que he hecho mi trabajo de la mejor manera, con mis brazos alrededor de su cintura me dejo llevar por la pasión del momento hasta que consigo la liberación aferrando su cuerpo al mío.

Con nuestras respiraciones entrecortadas y nuestras frentes juntas, abro los ojos para encontrarme con ese precioso rostro y me doy cuenta... de que acabo de cometer el peor error de mi vida.

CAPÍTULO 28

Cuatro años antes

David

—Jaque mate. —Ella esboza una sonrisa dejándome ver sus dientes alineados mientras con una ceja enarcada me mira fijamente.

—Esto no puede ser verdad. —La miro a los ojos con gesto de asombro y miro el juego sobre la mesa frente a mí.

—Te dije que soy buena en esto. —Se jacta y se encoge hombros—. Fui capitana de mi equipo en la secundaria. Puedes ganarme en fútbol, pero no en esto. —Señala el juego con el dedo índice y sus delgados labios, que simplemente van decorados con un suave brillo labial, se curvan de un lado dejándome ver un hoyuelo en su mejilla derecha, y me hace sonreír.

—Me sorprendes —digo sin despegar mi mirada de la suya, estiro el brazo para tomar su mano y ella rápidamente se pone de pie, rodea la mesa y llega hasta mí para sentarse sobre mis piernas, tan solo segundos después sus labios están sobre los míos y sus brazos alrededor de mi cuello profundizando más el beso—. ¿Sabes? Las mujeres inteligentes son mi debilidad.

—Tú eres mi debilidad —contesta de inmediato, muy cerca de mis labios, sus dedos delgados y suaves peinan mi cabello hacia atrás dejándolo más despeinado de lo usual. Vuelve a juntar nuestros labios y con la mano acomodo un mechón de su cabello negro que se ha interpuesto entre nosotros y lo llevo detrás de su oreja.

—Deberíamos ir a estudiar ahora —susurro, sé que ella sabe que lo que estoy proponiendo no es precisamente estudiar, todas las veces que ella me ha pedido ayuda para alguna tarea de matemáticas terminamos haciendo de todo menos estudiar. Además, sé que siempre es una excusa porque en realidad no es mala en matemáticas.

Suelta una risa en mis labios. Niega con la cabeza y abre los ojos para encontrarse con mi mirada.

—Me quedaré con Kathlyn esta noche, ¿te molesta? —digo que no mientras niego con la cabeza—. Eres el mejor —dice volviendo a unir nuestros labios hasta que una voz nos interrumpe.

—Brittany. —Ella de inmediato se separa de mí para enfocar a la chica que nos mira esbozando una apenada sonrisa. La saludo con un asentimiento que ella corresponde y llama mi atención la persona a su lado, ya conozco a Henry y ya hemos coincidido en algunas ocasiones. No me sorprende verlo aquí, lo que me sorprende es que está tomado de la mano de Kathlyn cuando es, precisamente, el tipo de mujer con la que él nunca saldría—. Él es Henry. Cariño, ella es la amiga de la que te hablé y su novio.

Henry nunca sale solo con una mujer a la vez, así que casi siento pena por esta chica. Ambos decimos al mismo tiempo que ya nos conocíamos, nos reímos y nos damos un apretón de manos. De hecho, se podría decir que nos conocemos de toda la vida por ser el hermano menor de mi mejor amigo.

—Ah, no sabía que se conocían —habla la pequeña rubia mejor amiga de Brit, mi novia de inmediato le estrecha su mano y este con una amplia sonrisa le devuelve el saludo.

—Es un placer —dice ella, ambos se sonríen, ambos se saludan y ambos después se sientan a conversar cuando yo estoy pidiendo una pizza y su amiga sale a la terraza quejándose del clima.

—Creo que la *pizza* está aquí —exclama Kathlyn después de varios minutos cuando yo me estoy concentrando en un libro del examen de mañana. Brittany se pone de pie y Henry hace lo mismo, pero mi chica dice que va por la pizza y Henry aclara que irá por una cerveza, aunque le pide ir a su novia y ella le dice que prefiere quedarse un momento.

—Ya regreso —me susurra Brittany en el oído y deja un beso sobre las comisuras de mis labios haciéndome reír. Me guiña un ojo antes de girar sobre sus talones e ir en dirección a la puerta.

Me quedo ahí como un tonto observándola retirarse, Brittany se gira levemente en mi dirección y gesticula un «Te amo» con los labios. Le correspondo de la misma forma, esbozando una sonrisa, y continúa su camino acomodando su bolso en el hombro.

Actualidad

El rostro de Natalie es apenas iluminado por la luz del alumbrado público que entra por el parabrisas del auto, su respiración está agitada al igual que la mía, ella es la primera en cortar el contacto visual cuando entierra su rostro en mi cuello.

Exhalo el aire de mis pulmones pausadamente, cierro los ojos, pensando en las miles de formas como pude haber evitado esto, no quería cometer este tipo de equivocaciones con ella, no era esto lo que quería en realidad que sucediera entre nosotros dos.

Wise men say

Como si fuera poco, esa jodida canción de Elvis Presley comienza a sonar.

Only fools rush in

Joder.

*But I can't help
falling in love with you.*

Ella se remueve un poco, levanta la mirada y se endereza. Sin hacer contacto visual conmigo simplemente estira el brazo y cambia el canal de radio.

—Creo que debemos irnos —dice, separándose de mí. Se acomoda en el asiento del copiloto.

—Tienes razón. —Fuerzo una sonrisa. Me deshago del profiláctico y acomodo mi ropa para luego poner en marcha el auto. La canción sigue sonando.

*Take my hand,
Take my whole life, too.*

Extiendo la mano y apago la jodida radio.

Todo el camino de casa es un completo silencio, un silencio que no es el mismo de hace unas horas camino hacia la exposición de arte, ya nada va a ser lo mismo, es imposible ser simplemente amigo de una persona que te atrae lo suficiente como para cometer este tipo de locuras en un auto.

Llegamos a mi casa y me quedo ahí sin moverme, la observo buscar su bolso y luego su calzado, los cuales se había quitado hace un rato. Me recuesto en el espaldar de mi lugar observando cada uno de sus movimientos. La ayudo a pasarle un zapato que estaba cerca de mí, ella lo toma mientras me da una sonrisa.

—Gracias —dice, sonrío de lado y pensativo miro por la ventana para volver a poner mi vista sobre ella.

—Natalie, escúchame... —Ella, sin ningún tipo de expresión, busca dentro del bolso y al escucharme levanta la mirada con el entrecejo levemente fruncido—. Lo que pasó...

—Te dije que no te preocupes —me dice y sigue buscando en el bolso hasta que encuentra su celular—, yo sé lo que fue. Los dos somos lo suficientemente adultos como para saber que eso no fue nada serio. Culpemos al alcohol.

Su respuesta definitivamente me toma por sorpresa, busco sus ojos con una expresión que juro nunca haber hecho en mi vida. Me esperé de todo menos esto. Aturdido, llevo la vista al frente y luego a ella nuevamente.

—¿A qué te refieres? —Ella vuelve otra vez su mirada a mis ojos.

—Que lo olvidemos —continúa y esboza una sonrisa. Debo estar delirando. Ella abre la puerta del auto una vez que se ha acomodado los zapatos y se vuelve hacia mí—. Por cierto, gracias por acompañarme.

Vuelve a sonreír, se baja del auto y luego de cerrar la puerta la observo alejarse con mi cabeza hecha un nudo, peor que como la tenía antes de esta conversación. Contoneando sus caderas de esa forma particular suya va hacia la puerta de entrada, con las manos se lleva el cabello hacia atrás antes de abrir la puerta.

Me dejo caer en el espaldar de mi lugar con la mano en la frente y espero un par de minutos más a que todos mis pensamientos terminen de acomodarse. Salgo del auto y camino en dirección a mi casa, rumbo a mi habitación me masajeo las sienes con los dedos, mi cabeza va a estallar. Abro los ojos para abrir la puerta de mi pieza y ella está ahí en la entrada de la suya, se percata de mi presencia y levanta la mirada para esbozar una sonrisa al verme.

—Buenas noches —menciona, ladeo mis labios en una sonrisa y viendo sus ojos contesto de la misma forma—. Y, por cierto, lo del divorcio sigue en pie por si es lo que te preocupa.

¿Qué? ¿Tan mal estuve? Culparé el espacio en el auto.

Ella entra a su habitación y me quedo ahí observando la jodida puerta blanca. Definitivamente necesito dormir, mañana será otro día y tendré tiempo de asimilar mejor las cosas.



I can't help... falling in love with you...

Maldita canción que ahora no puedo dejar de cantar. Suelto un suspiro y me relajo en el respaldar de la silla, miro el laptop sobre el escritorio y definitivamente no tengo idea de lo que estoy poniendo. Tengo sueño, tendré que tirarme el café encima a ver si así me despierta de una vez.

Tomo el maletín para buscar el USB. En ese momento, de entre mis papeles cae algo al suelo, frunzo el entrecejo al ver un dulce con listones de colores y una notita, lo recojo del piso para darme cuenta de que es la letra de Natalie; de hecho, solo con ver los listones de colores sé que esto es obra de ella.

Es de cereza ;)

Me hace sonreír, maldita sea.

Me quedo viendo el jodido dulce, apenas la vi un par de veces el fin de semana, desde ese día tengo la sensación de que está intentando evitarme, o yo lo estoy haciendo, la verdad que no lo sé, pero con tantas cosas por hacer en la empresa apenas salí de mi habitación los últimos dos días, pero mi sonrisa se disipa cuando me percato de que estoy pensando que quiero verla, dejo el dulce sobre el escritorio y continúo mi trabajo.

CAPÍTULO 29

Natalie

Miro la superficie marrón y blanca de la taza que tengo en las manos, soplo un poco el caliente líquido para luego llevarlo a mis labios bajo la mirada de Alex, que está frente a mí con las piernas cruzadas y el torso ligeramente inclinado con los codos sobre la mesa.

Esta mañana la había invitado a un café mientras llevaban un piano a su casa, se supone que es una sorpresa de su padre por su cumpleaños, así que no podía estar presente. Yo soy la única persona disponible para distraerla durante este tiempo. Ni tan disponible, pero solo con una llamada de Oliver Anderson a mi jefe ya tengo todo un día completamente libre.

Tomo un sorbo del café mientras ella analiza todos mis movimientos, ya me tiene intimidada. Ese día a través de un mensaje de texto, con los tragos de más, le había comentado lo sucedido en el auto de David, al menos agradezco que no se lo comenté a Carmen, porque justo ahora estaría en una sala de interrogación al estilo investigación policíaca, con un faro de frente y la cara de Carmen sacándome todo tipo de información posible.

—Natalie, eso nunca termina bien —dice sin despegar los ojos de mí, hoy desde que subió a mi auto su primera pregunta fue al respecto. Vuelvo la taza a la mesa que nos separa, sin mirarla, y me encojo de hombros.

—La verdad es que prefiero que seamos amigos, Alex. —También le había comentado sobre mi decisión. Hace unos meses, Alex hubiera aplaudido mi acto de indiferencia hacia lo acontecido con David, pero ahora el amor la ha trastornado y cree que todas las personas deben enamorarse.

—Existen dos tipos de personas en este mundo —dice, apartando su taza de café hacia un lado para entrelazar los dedos sobre la mesa—, las que las mandan a la *friendzone* y las que se *friendzonean* solas, tú eres de las segundas.

Se deja caer en el espaldar de la silla tomando la taza de café y llevándola a sus labios. Es que Alex no conoce a David, ser su amiga todavía es mucho pedir.

—Alex, son felices los que nada esperan de los demás, porque así nunca serán defraudados. —Hago un gesto de brindis con la taza de café y ella suelta un suspiro.

—Natalie, que tu padre haya hecho lo que hizo no significa que todos los hombres vayan a hacer lo mismo.

—Imagínate. —Suelto una risa desganada—. El primer hombre que existió en mi vida y no quiere saber nada de mí. Prefiero estar sola que repetir la historia de mi madre, tal vez ella tiene razón, nunca voy a encontrar un hombre que me tome en serio.

—Natalie —riñe—, no vuelvas a decir eso. Tu madre te repetía eso todo el tiempo porque todos los hombres que a ella le gustaban se fijaban en ti, no es tu culpa que ella le gusten los tipos idiotas.

—No me lo recuerdes. —Niego con la cabeza llevando la vista a la taza de café, con una expresión totalmente distinta en el rostro. Ella no dice nada porque sé que también recuerda por qué me mudé a su casa.

Algo que no le conté a David aquel día fue que mi madre me había echado porque según ella yo provocaba a los hombres, mi paciencia se colmó una vez que su ahora esposo entre tragos se intentó sobrepasar conmigo y mi madre gritó «lárgate», pero no se lo dijo a él, me lo dijo a mí.

—Según lo que Oliver me ha comentado, David no es una mala persona. —Alex interrumpe mis pensamientos cambiando ágilmente de tema.

—No lo es, simplemente no es la persona para mí. Algún día llegará esa persona, pero no voy a traumararme intentando forzar a David a sentir algo por mí.

—Algún día tiene que ceder. —Se encoge de hombros. Para ella es bastante fácil decir eso, pero yo no soy ninguna rubia de ojos verdes para hacer que alguien caiga a mis pies tan fácil.

—Por lo que he logrado entender es una persona dañada. —Hago una pausa—. Las personas dañadas no entregan su corazón así de fácil. Supongo que esa chica debió ser muy guapa si logró enamorar a David de esa forma. —Alex escupe el café de su boca y comienza a reír.

—Lo siento —dice, aclarando su garganta, frunzo el entrecejo y ella tapa su boca mientras continúa riendo, sus ojos llenos de diversión se topan con mi taza de café y de inmediato cambia toda su expresión—, una mosca aterrizó en tu café.

Llevo mi vista a la taza frente a mí y veo el insecto moviéndose de un lado a otro.

—Usualmente es solo un cabello. —La mosca aletea en la superficie del líquido y pienso qué se debe estar sintiendo al caer en algo caliente por no resistir la tentación, justo me pasó lo mismo en el auto de David la otra noche.

—¿Sabes qué? —dice, llamando mi atención—. Haz un escándalo y tendremos estas bebidas gratis, más dos para llevar.



Y así fue, más un cupón de café gratis por un mes.



Voy hacia mi auto luego de despedirme de Alex, Oliver había venido por ella, ellos no pueden estar separados por un par de horas. Subo al vehículo y enciendo la calefacción, desde aquí observo cómo Oliver le abre la puerta y ella sube, pero antes le agarra el trasero haciendo que se sobresalte, lo que me hace reír a carcajadas, no, yo no puedo con ellos dos juntos. Me quedo ahí pensando que se debe sentir bien tener a alguien con quien hacer todo tipo de locuras, aunque yo tal vez nunca encuentre a esa persona, me alegra que ella sea feliz.

Suspiro con pesadez y pongo en marcha mi auto, son más de las seis de la tarde cuando llego a la casa de David, ya estas no son horas de trabajo de Camilo por tal motivo, el señor que toma su puesto nocturno abre el portón, saluda con un asentimiento y hago un gesto con la mano, al que él corresponde.

Al pasar a la par suya, bajo la ventanilla del auto, él a grandes zancadas se acerca a mí y saco un café de los que llevo en el asiento del copiloto, se lo entrego con una sonrisa y él con un gesto amable lo toma agradeciéndome por el gesto.

Entro a la casa, el auto de David no está por ningún lado, ya estas son horas que él está por aquí, miro el reloj y casi apunta las ocho de la noche. He sentido que últimamente ha estado evitándome.

Voy hacia mi habitación, dejo el abrigo y la bufanda sobre la cama. Busco algo de ropa más cómoda en mi armario y me cambio una vez que he encontrado el atuendo que buscaba, no sé si sea adecuado usar estos tipos de atuendos frente a David, pero la verdad que tengo peores y este es el más... ¿decente?

Tomo mi libreta de dibujos, junto a mis lápices y mis pinturas, estoy haciendo un dibujo para Alex y dárselo como regalo de cumpleaños. Tengo unos cuantos años de no dibujar rostros y esto me ha tomado una eternidad, aunque me está gustando el resultado, he mejorado bastante. También tomo mi celular y comienzo a bajar las escaleras mientras reviso mis redes sociales.

Voy hacia la cocina, tomo una banqueta y antes de darle los últimos retoques al dibujo me preparo un sándwich, por costumbre nunca preparo algo para mí sola, en el microondas dejo uno para David al momento en que se digne a aparecer.

Retomo el lugar en la banqueta y comienzo con algunos detalles, escucho la puerta principal abrirse y ya sé de quién se trata, no solo porque sea la única persona que viva aquí, sino por su caminar y esa forma particular en que suenan sus zapatos cuando anda por la sala. Sus pasos se detienen en la entrada de la cocina, camina en mi dirección y levanto la mirada para encontrarme con esos bonitos ojos hazel, esbozo una sonrisa que él corresponde de la misma forma dejando su maletín sobre la encimera.

—Hay un sándwich en el microondas —digo, volviendo mi mirada al dibujo. Él está abriendo la puerta del refrigerador en estos momentos y simplemente observo de reojo que gira su torso en mi dirección.

—Gracias —contesta simplemente; sin decir nada más escucho sus pasos dirigirse en otra dirección y luego un líquido vertiéndose dentro de un vaso. Un par de minutos después lo escucho alejarse y observo el vaso de cristal que ha dejado sobre la encimera.

Me pongo de pie, escucho el timbre de una notificación proveniente de mi celular, tomo el aparato para dirigirme en dirección al vaso sucio que David ha dejado y con un rápido movimiento de mi dedo pulgar desbloqueo el teléfono. Abro la llave y observo el agua caer. Sin prestarle atención al contenido de la notificación llevo el vaso para enjuagarlo, estoy viendo cómo el líquido transparente limpia el cristal y llevo la mirada a la pantalla del teléfono.

Mi corazón da un vuelco.

De inmediato, mis ojos comienzan a empañarse a medida que mi cerebro va reconociendo cada una de esas palabras, el remitente es mi padre.

De: John Carson

Sé quién eres, Natalie. Te deseo lo mejor que un padre le puede desear a su hija, pero mi familia no sabe de tu existencia, no quiero explicarles sobre mi pasado, por favor, entiéndelo.

Siento un nudo en la garganta, él está escribiendo, siento que mi pecho se comprime mientras espero su siguiente mensaje, sin poder teclear una letra, me quedo ahí solo observando la pantalla hasta que...

Por favor, no vuelvas a escribirme.

Me quedo paralizada, creo que una patada hubiese sido mejor que esto, parpadeo muchas veces para evitar que las lágrimas mojen mis mejillas, sin embargo, un par de gotas saladas se liberan e, incapaz de poder quitarle los ojos a aquellas palabras, no me doy cuenta del agarre fuerte que tengo en el vaso de cristal hasta que siento que se rompe en mi mano y de inmediato un dolor punzante se apodera de mi palma.

Mis ojos llorosos van al cristal hecho pedazos y miro cómo el agua se mezcla con el rojo de mi sangre, estoy comenzando a sorber por la nariz y me apresuro a buscar una toalla para detener la hemorragia.

Escucho unos pasos rápidos aproximarse en mi dirección, mi cabeza está en blanco, me siento perdida y no me doy cuenta de cuantas lágrimas están corriendo por mi rostro. David toma mi

mano y de inmediato saca un pañuelo del bolsillo con el cual presiona la herida.

—¿Qué pasó? —dice agitado, está haciendo un nudo con las esquinas del pañuelo en la parte superior de la mano luego de envolverlo—. Necesitamos ir al hospital.

—No, estoy bien. —Me fuerzo a sonreír, presiono en la herida con la otra mano. Este nudo quema mi garganta, contengo las lágrimas lo más que puedo, mis ojos queman, casi siento mis rodillas flaquear, pero intento pensar que alguien ha tomado su teléfono celular, no creo que esas palabras estén proviniendo de la persona que me dio la vida.

La persona que siempre pensé que llegaría a buscarme sin importar qué tan mala fue la relación con mi madre, porque yo no tuve la culpa de lo que hicieron ellos dos a los dieciséis años.

El celular vuelve a sonar y esta vez es David el que se aproxima a ir por él, no hago nada para que no lea el mensaje, no quiero que lo lea, pero mi cerebro y mi cuerpo no están conectados, él cambia su expresión al ver el contenido del mensaje, simplemente no quiero preguntar qué dice.

—Qué hijo de puta. —Le escucho decir, observo que comienza a teclear de manera rápida y en un ágil movimiento le quito el teléfono celular—. Déjame decirle que se vaya a la mierda, Natalie. En serio piensa que tú solo puedes contactarlo porque necesitas dinero.

—David, déjalo. —Mi voz está ronca, mis manos tiemblan, mi esfuerzo por contener las lágrimas por más tiempo es inútil, me echo a llorar ahí mismo, frente a David, me rompo en mil pedazos. Él me está viendo, de inmediato se acerca a mí, me rodea con sus brazos y me apega a su pecho.

—Cielo, ya... ya... —sisea, reposando su barbilla en mi cabeza—. No... no llores.

Se queda ahí acunándome entre sus brazos, acaricia mi cabello, intento lo más que puedo contenerme, nunca he dejado que alguien me mire de esta forma, pero esas palabras aparecen en mi mente una y otra vez. No sé por cuánto tiempo estuvimos así, cuando ya no me quedaban lágrimas solo me quedé ahí en su pecho, con la vista puesta hacia algún punto fijo, no puedo explicar la calidez que siento de estar así, pero es David, no puedo acostumbrarme a eso. Sin embargo, hoy no quiero pensar en ello.

—Tenemos un botiquín, ¿cierto? —Asiento y recompongo mi postura.

—Pero no te preocupes, yo puedo hacerlo. —David niega con la cabeza, toma mi mano y mis cosas que estaban sobre el desayuno. Se detiene unos cuantos segundos viendo el dibujo de Alex, pero sin decir nada lo lleva bajo su antebrazo mientras con la otra mano me lleva con él.

Me dejo guiar hacia mi habitación y sentados en el borde de la cama dejo que cure la herida de mi mano. Vuelve a abrazarme una vez que ha puesto una venda, da un beso en mi coronilla y nos quedamos ahí, sin decir nada sobre el colchón de mi cama, con su espalda recostada y yo sobre su pecho, mi cabeza enterrada en su cuello y aspirando ese aroma de Hugo Boss que no voy a lograr sacar nunca de mi cabeza, hasta que me quedo profundamente dormida entre sus brazos.

CAPÍTULO 30

David

Despierto sintiendo el cuerpo frío. Tallo los ojos con pesadez, todo aquí huele a Natalie, hasta mi ropa. Me toma un par de segundos recordar el motivo por el que me quedé aquí, pero ella no está por ningún lado. Llevo la vista alrededor de su habitación y llaman mi atención algunos dibujos colgados de la pared, frunzo el entrecejo y me pongo de pie para ir hasta ellos, me sorprenden todos, algunos a colores, otros en blanco y negro, paisajes, personas... por Dios. Cuando Natalie me dijo que le gustaba el arte nunca me imaginé que ella podía ser tan buena.

Miro el reloj para ver la hora, es bastante temprano, me pregunto dónde estará a esta hora. Miro el celular sobre su mesa de noche y voy hasta él para preguntarle dónde está, pero no dejo de ver la pared con todos esos dibujos y pinturas mientras tecleo su número en mi teléfono celular, porque hasta ya me lo sabía de memoria.

Salgo de su cuarto, voy a llamarla cuando un mensaje del caga-billetes invade mi pantalla, recorro el pasillo sin despegar la mirada del aparato hasta que llego a los escalones.

De: Caga-billetes

¿Al fin vendrás al cumpleaños de Alex?

Me hace detenerme a la mitad para escribir mi respuesta, por un momento me quedo pensando qué decir, el otro día me había preguntado si asistiría, pero no dije nada al respecto, no supe cómo decirlo. Sigo mi camino a paso lento mientras deslizo los pulgares por el teléfono.

Para: Caga-billetes

Hay mucho trabajo en la oficina. Alguien tiene que estar por allá.

Eso es suficiente, justo al llegar al último escalón levanto la mirada, ahí está Natalie de espaldas a mí, frente a ella está un caballete que sostiene el dibujo de Alex mientras ella delicadamente le está haciendo un pequeño trazo.

Camino en su dirección, se ve tan concentrada que ni siquiera gira hacia mí como siempre lo hace. No es hasta que estoy detrás de ella que se percata de mi presencia y se estremece tirando sus lápices al suelo.

—¿Tan mal estoy? —ironizo—. Cierto que acabo de despertar, pero puedo jurar que aun así me veo hermoso. —No despego la mirada del dibujo, si ayer creí que era estupendo hoy lo es el doble, su risa me saca de concentración y miro sus ojos, lleva un poco de maquillaje y su cabello castaño cae en suaves ondas por su espalda. Su mirada no es igual que la de otros días, pero intenta ocultarlo, ayer me di cuenta de que odio ver llorar a Natalie.

—Modestia debería ser tu segundo nombre.

—Suena mejor que Cristhian —bromeo, se ríe levemente mientras se inclina a recoger algunos de sus lápices.

—Quiero que me des tu opinión —me dice, le ayudo a recoger el resto de objetos que están en el suelo—. Del uno al diez, quiero que seas sincero. ¿Qué te parece ese dibujo?

Quisiera decirle mi respuesta con términos de pintor para sonar interesante, pero lo único que recuerdo es la palabra vanguardista.

—Mil —contesto sin pensarlo y le entrego sus cosas—. Es una linda pintura vanguardista. —Ella suelta una risota en lo que se pone de pie tomando la mano que le he extendido hace unos

segundos.

—No es una pintura vanguardista, pero gracias. —Me río, supongo que no lo es, pero quería saber cómo era hablar en términos de pintor.

Pasa su dedo anular suavemente sobre la comisura del labio del dibujo y solo la observo a ella, la pose que toma cuando está meramente concentrada, cómo su entrecejo levemente se arruga y muerde el interior de su mejilla mientras analiza cada uno de los rincones del lienzo frente a ella.

—Nat, está perfecto.

—¿Estás seguro? —Sus ojos se encuentran con los míos de una forma interrogante—. ¿No lo dices por ser amable?

—¿En serio parezco alguien de decir algo por amabilidad? —me mofa, ella esboza una sonrisa—. Aunque unos grandes ojos, una gran cabeza y un cuerpo delgado era suficiente. Escucho su carcajada mientras camino en dirección a la cocina—. Le diré a Alex, no, aún mejor, le diré a Oliver. —Me río, me sirvo un vaso con agua y observo que todo aquí está perfectamente limpio. Camino en su dirección sosteniendo el vaso y la observo recostando mi hombro en el umbral de la puerta.

—¿Estás bien? —Bueno, esa pregunta debió ser antes, pero yo soy David Schmitt y hago todo al revés, ya debe estar acostumbrada. Vuelve su mirada a mí y simplemente asiente, cambia de tema de manera rápida y la entiendo. No debe ser algo de lo que quiera hablar.

—Tengo que ir a casa de Oliver —dice, poniéndose de pie—. Prometí ayudar con los arreglos del cumpleaños e ir por el pastel en... —Mira su reloj de mano— ...media hora.

—Yo puedo ir por él —digo, caminando hacia ella.

—No es necesario.

—No —la interrumpo—, iré por el pastel, tú concéntrate en lo que sea que Romeo Anderson quiera para la fiesta de cumpleaños, es demasiado quisquilloso y si no pones un globo donde él quiere te hará poner dos y en el lugar que él ha dicho. —Ella suelta una carcajada, niega con la cabeza y camina hacia mí.

—Está bien. —Me da un sonado beso en la mejilla que me hace sonreír, pero como siempre bromeo con ella, comienzo a limpiarme con la manga de la camiseta. Rodea mi cuello con sus brazos y comienza a darme besos una y otra vez haciéndome soltar una carcajada, hasta que recuerdo que no me he lavado los dientes y mejor me aparto.

—Bueno, voy a alistarme para ir por el dichoso pastel. —Ella asiente, dejo el vaso sobre una mesa cerca de nosotros, como siempre ella lo toma y va a dejarlo a su lugar, suelto un suspiro exasperado mientras la observo retirarse y observo cómo su vestido azul cielo se le ajusta por todos lados, definitivamente así no me pone las cosas fáciles.

Tomo un baño, me alisto y desayunamos juntos, para luego ir a por el bendito pastel. En menos de una hora ya estoy frente a la casa de Oliver, bajo de inmediato al ver al señor Anderson salir por la puerta, le esbozo una sonrisa al verlo y él se acerca a grandes zancadas dándome un abrazo.

Me ayuda con el pastel y solo unos minutos después se acerca Natalie, lo dejamos donde ella indica cuando accidentalmente un poco de pastel que había en mi mano queda sobre mi mejilla. Voy a sacar mi pañuelo para hacer una respectiva limpieza, pero Natalie se me adelanta pasando su lengua por mi mejilla causándome cosquilleo, me hace reír, pero no me percaté de que a un par de metros de nosotros está el señor Anderson viéndonos con intriga hasta que su voz me interrumpe.

—¿Y esta joven es tu novia? —Se aproxima a nosotros cruzando los brazos sobre el pecho. No puede ser. Miro a Natalie y ella a mí, yo... no... joder.

—Esposa, de hecho —casi balbuceo, pero me controlo, Natalie me mira con ambas cejas arqueadas, no puedo gesticularle un «lo siento» cuando tengo la atenta mirada del anciano Anderson sobre nosotros, pero no puedo mentirle, él es algo así como un segundo padre para mí. Natalie de inmediato cambia de expresión y sonrío al señor Anderson.

—¿Por qué todos se casan y yo ni siquiera me doy cuenta? ¿Es en serio? ¡Margot! —Se gira y busca a su esposa, lo que me faltaba, un sermón de ellos dos juntos.

Margot se acerca y el señor Anderson le dice lo que justo acabo de decir, ella arruga el espacio entre sus cejas y se vuelve a mí, luego a Natalie y luego a mí. Con esa mirada intimidante idéntica a la de Oliver lleva sus manos a la cintura.

—¿Qué les pasa a todos que ahora se casan y no nos invitan? Estoy segura de que les avergüenzas tú, Oliver, cuando te emborrachas. —Se dirige al anciano Anderson, él la mira con el entrecejo fruncido y agradezco al Ser Supremo crucificado de las alturas por las personas que entraron en este momento y distrajerón la atención de nosotros. Por Natalie me doy cuenta de que es la familia de Alex.

—Me voy —le digo a Constanza, girando mi torso hacia ella cuando los señores Anderson se han retirado en dirección al resto de invitados.

—Pensé que ibas a quedarte.

—Tengo mucho trabajo, no quiero dejarlo pendiente. —Le doy un sonado beso en la mejilla, idéntico al que ella me dio hace unas horas, la hace reír, puedo ver que esa risa sí llega a sus ojos y me gusta eso, me gusta verla feliz—. Vendré por ti dentro de unas horas. ¿Te parece?

Está concentrada en una letra O que sostiene en sus manos, levanta la mirada para asentir, esboza una sonrisa que le correspondo para luegoirme y cerrar la puerta a mis espaldas.



—¿Qué hay, Steve? —Me siento en la misma banqueta de siempre mientras Steve está del otro lado de la barra, de espaldas hacia mí se gira levemente haciéndome un gesto con la mano y me percato de que está hablando por teléfono. Un par de minutos después deja el teléfono en su lugar correspondiente y se acerca a mí con una amplia sonrisa.

—¿Cómo estás, David? No pensé volver a verte solo.

—Yo soy feliz solo, Steve.

—No fue lo que vi hace unos días. —Sube una de las cejas en forma picarona, lo que me hace verlo con desaprobación—. Me agrada esa chica para ti, David.

¡Ah!

—Por supuesto, es la mejor amiga que he tenido.

—¿Amiga? —Steve tira de una banqueta y se sienta frente a mí—. Todos los buenos matrimonios se inician con una amistad. —Bufo, Steve solo se ríe ante mi gesto, ya sabe que me tiene cansado.

—Estamos bien así, Steve.

—Eres tonto, David, esa mujer es hermosa. Yo en tu lugar la tomaría de la mano y la presumiría por todos lados. ¿Sabes cuántos hombres matarían por estar en tu posición?

No respondo, solo miro los arrugados ojos de Steve, que me mira con una expresión como si lo que acaba de decir sea justamente lo más obvio del mundo.

—Pregúntale a Charles —añade, viendo al chico a un costado de nosotros. Él niega con la cabeza a Steve, quien suelta una carcajada, las mejillas del chico se tiñen de rosa y de inmediato se retira perdiéndose tras la puerta, me hace reír. O... ¿debería molestarme?—. ¿Lo ves? Y no es el único en este lugar.

Steve enarca una ceja y se retira sin decir nada, unos segundos después regresa y trae consigo un pedazo de pastel.

—Bien, qué te trae por acá a estas horas. —Pone el platito de porcelana frente a mí y vuelve a tomar lugar frente a la banqueta.

—Se supone que tenía medio día libre, pero no me lo tomé y terminé todo mi trabajo antes. — Steve frunce el entrecejo y antes de que diga algo contesto la que ya sé cuál es su pregunta—. Es el cumpleaños de Alexandra, la esposa de Oliver, se supone que yo esté ahí.

—¿Y por qué no...? ¡Ah! —El viejo Steve se queda pensativo viendo hacia algún punto y vuelve su mirada a mis ojos—. Supongo que Henry estará ahí.

—Eso me dijo Oliver, y por consiguiente estará...

—Sí, me la imagino, tiene complejo de pulga, ¡nunca se le despega a ese muchacho! —Steve vuelve a tomar la banqueta en la que estaba hace un momento y con los codos sobre la barra entrelaza los dedos—. Yo en tu nombre voy a ese lugar, le doy un beso a Natalie frente a todos para demostrar que me he encontrado algo mucho mejor que esa...

—¿Y qué cuando me divorcie? —Le interrumpo, recordando que haga lo que haga no será nada más que un teatro.

—Eso lo haces porque tú quieres, no le has dado una oportunidad al matrimonio, no es tan malo estar casado.

—Nunca has estado casado, Steve. —Le doy una mirada despectiva y él solo se ríe levemente.

—Pero me basta con ver las parejas felices, cuando ambos se respetan, no caen en la rutina y se aman, nada se derrumba, David. Desgraciadamente es algo que no lo sabía de joven, pero igual no borraría los errores de mi pasado si pudiera. ¿Sabes? Eso sería borrar toda la sabiduría de mi presente.

—El enamoramiento no es para toda la vida, Steve.

—Y vaya que si tienes razón, por eso hay que aprender a amar. Porque amar y estar enamorado no es la misma cosa, hijo, no te confundas.

No digo nada, el viejo simplemente tiene sus ojos puestos en mi persona y yo solo hago un gesto de aburrimiento porque no tengo algo objetivo para contradecirle, él siempre tiene palabras para todo y no quiero errar al decirle que está equivocado, porque muy en el fondo de mí sé que tiene razón.

—Tengo una cita —suelta de pronto, haciendo que me atragante.

—¿Qué? —Lo miro con burla. El viejo esboza una sonrisa mientras acomoda sus lentes—. Las citas con tu cardiólogo no cuentan.

Él me mira y agrega:

—Hablo en serio.

—¿Y qué piensas hacer a esta edad, Steve? ¿Chocar los huesos hasta echar chispas?

—¿Qué? Viejos son los caminos y siguen echando polvo, David. ¿Has escuchado eso? —Me hace soltarme en carcajadas. El viejo Steve también se ríe cuando su teléfono suena, el ayudante de Steve que ahora sé que lleva el nombre de Charles se aproxima a tomarlo.

—No, nunca he escuchado eso, Steve.

—Un viejo dicho de familia, algo que mi abuelo, que en paz descanse, aprendió en un pueblo que visitó en el extranjero. Y sí que tienen mucha razón. —Enarca una ceja y yo no puedo contener las risas recordando lo que ha dicho.

—Bien. ¿Quién es la pobre mujer?

—Se llama Flor —contesta de inmediato.

—¿Flor? —Él asiente—. ¿Es joven?

—No, es de mi edad, lo cual es perfecto. —Me río de nuevo, no quiero imaginarme la escena de dos ancianos en su luna de miel. El celular me interrumpe, lo saco de mi bolsillo y leo el mensaje de inmediato al ver que la remitente es Natalie. Me quedo pensando qué responder cuando me dice que me ha guardado un pedazo de pastel y... que quiere verme.

Tengo sentimientos encontrados con esas palabras: «quiero verte». Steve se pone de pie luego de que Charles le diga unas palabras y va hasta el teléfono que Charles le extiende. Miro el mensaje nuevamente.

—Steve, me voy —digo en voz alta, él se gira levemente y asiente. Me pongo de pie y tomo mis cosas.

—Espero no volver a verte solo. —Ruedo los ojos. Minutos después ya estoy camino a mi auto.

Llamo a Oliver para saber si Henry ha llegado, pero asegura que no, lo que me hace ir más tranquilo, le pregunto a Natalie qué le gusta a Alex y ella dice que las hamburguesas, apuesto que no pensó que me lo tomaría tan literal y le compraría una hamburguesa por su cumpleaños por la forma en que se rio cuando le di el regalo a Alex.

La observo hablando con la señora Anderson y con ellas la mamá de Alex, las tres están riendo, pero me limito a comer pastel sin escuchar su plática, la miro a ella, tan amable, tan sonriente, tan servicial; le agrada a Margot. Ella se percata de que la estoy viendo y esboza una sonrisa, una sonrisa que le correspondo de la misma forma. Hablo con el señor Anderson, de quien evado preguntas sobre mi matrimonio y bromeamos un buen rato hasta que ya me estoy aburriendo y decido irme a casa.

Unas horas después nos despedimos de todos ellos, vamos hasta mi auto y le abro la puerta para que ella suba. Me subo a mi lado y ella está pensativa viendo por la ventana.

—¿Querías quedarte un rato más? —Lleva la mirada a mí y niega con la cabeza.

—Solo quiero dormir, estoy cansada —contesta con un intento de sonrisa, asiento poniendo en marcha el auto. Cierra los ojos mientras se recuesta en el espaldar de su lugar, no sé si esto tendrá que ver con lo de su padre o por si en serio está cansada, por si acaso, tomo su mano, que reposa en la pierna. Ella abre los ojos y mira mi mano sobre la suya, entrelaza nuestros dedos y así los mantenemos durante el corto trayecto hacia mi casa.

Ella es la primera en bajar del auto, y yo voy seguido de ella. Caminamos juntos pero en silencio hasta nuestras habitaciones. Tomo la manecilla de la mía y la observo a ella ir hasta la suya, se da media vuelta y me desea buenas noches.

—Natalie. —Ella se detiene antes de entrar a su habitación—. ¿Te parece si vemos una película? Compré aquella que dijiste que te gustaba.

—¿*La última canción*? —replica de inmediato. Asiento, ella esboza una sonrisa y cierra la puerta para caminar hacia mí.

—Pero dices que estás cansada. —Miro el reloj y abro la puerta de mi habitación—. Así que tal vez podemos verla mañana.

—No. —Niega y me toma de la muñeca en dirección a la sala—. No me importa si me quedo dormida. —Me hace reír—. Yo hago las palomitas.

Media hora después ya estamos acomodados sobre el sillón, a oscuras y listos para ver la película. Comienza el filme a proyectarse en la pantalla y como siempre ella se recuesta en mi hombro. Extiendo el brazo y ella se acomoda sobre mis piernas, acaricio su cabello, pero soy yo el que se está quedando dormido. Hago mi mejor intento por ver la película y escuchar los comentarios de Natalie, pero luego de un rato mis ojos se están cerrando, quiero dormir.

—Nat, quiero... —La observo, ya se ha quedado dormida, me quedo viéndola por unos segundos más y apago el televisor. Bueno, no hay forma de que me quede durmiendo aquí como el otro día, así que me pongo de pie y la cargo en mis brazos.

Espero no tropezar con ella, subo los escalones con cuidado y ella solo se remueve un poco, abre los ojos cuando estamos llegando a su habitación y de manera torpe la dejo en su cama. Tengo mucho sueño como para hacerlo al estilo película de Hollywood, ella se ríe un poco y toma mi antebrazo.

—David, quédate. —Miro su rostro adormilado y solo me esboza una media sonrisa para volver a cerrar los ojos. Se hace a un lado para darme espacio.

—¿Prometes no meterme mano? —Se ríe, pero no tengo ganas de hacerme el difícil con tanto sueño, así que me dejo caer a su lado y ella me rodea con el brazo.

CAPÍTULO 31

David

El líquido amargo que contiene mi taza me quema la boca en el momento que le doy un sorbo, y hago un gesto al sentir el daño en mis papilas gustativas. Saco mi teléfono celular del bolsillo y esbozo una sonrisa al ver el mensaje en la pantalla del aparato.

De: Constanza

¿Mucho trabajo?

Comienzo a teclear la respuesta mientras camino hacia mi oficina, al llegar a la puerta observo que está semiabierta, no tardo más de dos segundos en reconocer la cabellera rojiza que está dentro, al percatarse de mi presencia se gira levemente en mi dirección y simplemente pasa a mi lado dejándome —o más bien, lanzándome— unos papeles en un sobre, suelto un suspiro ignorando su actitud mientras camino hacia mi escritorio, haré que Oliver la despida.

Voy hasta mi asiento y me dejo caer luego de dejar la taza sobre el escritorio. Una vez que mi espalda choca la silla me percató de que no he enviado el mensaje a Constanza, y por tal motivo le doy a «enviar» mi respuesta afirmativa. No tarda ni un minuto en hacer llegar su respuesta, pero no lo reviso para sacar lo que contiene este sobre, muerdo el interior de mi mejilla al reconocer las letras que contienen cada uno de los pliegos en mis manos.

Son los papeles de divorcio.

Un correo de mi abogado llega, llevo la vista al aparato y echo un vistazo a sus palabras dejando a un lado el mensaje de Constanza, simplemente me hace saber que está todo listo y que espera mi respuesta cuando ya estén los papeles firmados.

No voy a negar que estar soltero otra vez me hace feliz, tanto que comienzo a teclear un mensaje para hacérselo saber a Natalie, pero algo en mi interior me frena y me debato entre hacerlo o no. Luego de lo acontecido con su padre y saber que no tiene a nadie más es imposible no pensar qué será de ella luego de que todo esto acabe.

Relamo mis labios y me decido por contestar primeramente al abogado, un «revisaré el documento cuando tenga tiempo» es suficiente, pero la verdad es que ya los estoy revisando, dejo el teléfono celular a un lado para seguir revisando los papeles y vuelvo a tomarlo al recordar que no he revisado el mensaje de la castaña.

De: Constanza

¿Ya almorzaste? Apenas tocaste el desayuno hoy, ¿estás enfermo? Culparé al caga-billetes por tanto trabajo que te encarga, tal vez necesites medicamentos, deberíamos ir a ver a un doctor.

Me hace reír, precisamente porque por su culpa al no dejar una alarma nos levantamos tarde y apenas probé un bocado. Además, estaba muy cómodo con mi cara en esos pechos.

Estoy tecleando la respuesta cuando de inmediato otro mensaje suyo invade mi pantalla.

De: Constanza

¿Quieres que te lleve el almuerzo a tu oficina?

Para: Constanza

Si te digo que no, ¿se lo llevarías a Camilo?

De: Constanza

No.

Para: Constanza

Entonces no.

De inmediato me envía un *emoji* que no logro descifrar pero que es gracioso, me río, llevo de nuevo la vista a los papeles sobre mi escritorio y otra vez a mi teléfono celular, donde está su nombre indicándome otro mensaje suyo. Tal vez deba guardarlos por ahora, al menos, voy a asegurarme de que ella tenga un lugar adonde ir.



Son más de las seis de la tarde cuando recuerdo que tengo que ir a casa, creo que yo mismo voy a demandarme por exceso de trabajo. Luego de preparar todas mis cosas, tomo el maletín y salgo de la oficina, dejo la empresa y camino en dirección a mi auto cuando una silueta a unos cuantos metros llama mi atención, miro mi reloj para cerciorarme de la hora que es y ella parece estar peleando con alguien por teléfono.

No me detengo a escuchar, sigo mi camino cuando los ojos llorosos de Andi me enfocan y de inmediato intenta recomponer su postura para caminar erguida en la dirección contraria. En otra ocasión hubiera caminado hacia ella y preguntado qué había pasado, ella se echaría a llorar diciendo que su esposo no quería regresar de su viaje de negocios y que estaba segura de que tenía una amante. Yo la consolaba y terminábamos en un hotel.

Me siento usado.

Pero esta vez ella no está dándome la cara para que le tenga lástima, esta vez está de espaldas y por el movimiento de sus hombros parece estar llorando. Con una mano sostiene el celular y con la otra sostiene su frente, aparta el celular de la oreja y comienza a llorar sin importarle quién pueda escucharla.

¿Me voy o no?

Camino de regreso hacia ella luego de dejar mis cosas en el auto, al notar mi presencia de inmediato aclara su garganta y limpia sus ojos, con el mentón alzado me mira.

—¿Se le ofrece algo, señor Schmitt?

—¿Qué haces aquí a estas horas, Andi? —Llevo las manos a mis bolsillos esperando su respuesta, simplemente aparta un mechón de su cabello rojo para despejar su frente.

—Espero que Camilo venga por mí.

—¿Y ahora de qué viaje de negocios no quiere regresar? —ironizo, recordando todas las veces que me dijo esa mentira, de inmediato cambia todo su gesto y me detengo a pensar si es un mal momento para bromear con eso.

—¿Para eso estás aquí? ¿Para burlarte de mí?

—Ya deja eso, Andi. Vamos, yo te llevo. —Hago un ademán con mi barbilla apuntando en dirección a mi auto, ella mira el vehículo y luego a mí. Sin esperar su respuesta camino hacia mi auto, la verdad si quiere o no quiere no es mi problema, ya hice esa mierda de ayudar al prójimo y espero haya contado para ingresar al reino de los cielos, o algo así decía mi abuela.

Para mi sorpresa, ella camina hacia mí y del lado del copiloto se sube al auto, subo de mi lado y en menos de dos minutos estamos camino a su casa. Un silencio incómodo invade el pequeño espacio, me concentro en la música de los Beatles viendo a la carretera, por un instante Natalie pasa por mi cabeza cuando Andi interrumpe mis pensamientos.

—¿Sabes? —Hasta había olvidado su presencia aquí—. Camilo tiene a alguien más.

Y aquí vamos otra vez.

—Ya me sé ese cuento, Andi.

—No, esta vez es en serio. —No me voy a reír porque sería de mala educación—. Habla todo el tiempo con alguien, ahora hasta se ha interesado por las artes y esas cosas. —Eso definitivamente llama mi atención y me hace fruncir el entrecejo mientras escucho atento todas sus palabras—. Hasta quería conseguir unas entradas imposibles para una tal exposición de a...

—¿Quién es la chica? —La interrumpo de inmediato, es lo único que sale de mis labios y temo la respuesta.

—No lo sé. —Escucho que sorbe por la nariz—. Solo vi unos mensajes en su teléfono celular, al parecer la chica también está en planes de divorcio.

Me quedo ido viendo la carretera. No la carretera en sí, en realidad pienso. Andi se suelta a llorar, pero la verdad que no me importan sus sollozos; arte, exposición, planes de divorcio, Natalie.

—¿Qué más sabes? —pregunto con indiferencia, la verdad no quiero que piense que me importa la plática por ella, pero tampoco mencionaré a Natalie.

—Me ha pedido el divorcio. —Trago fuerte—. Le pregunté si era porque quería estar con alguien más y me dijo en mi cara que sí.

No contesto, no hay nada que pueda contestar. ¿Qué se supone que diga? Mi mente da mil vueltas en estas últimas palabras.

—Dijo que tenía una cita y no podía venir por mí, ¿puedes creerlo? —Yo... aclaro mi garganta.

—Bueno, tú lo hiciste primero...

—¡No hables si no sabes nada! —espeta y me arrepiento haberla traído conmigo, no la miro, porque mi paciencia tiene un límite—. Él primeramente tuvo un lío con una tipa de su misma compañía. En esto no te mentí. Luego, salía todo el tiempo con una tal amiga, ¡por Dios! ¡Qué estúpida era para ese entonces!

Suelto una risa, Natalie lo tiene en un pedestal.

—Vaya tortuga ninja...

—¿Qué?

—Nada, llegamos —digo al estacionar frente a su casa y espero que baje, no, a ella no le abriría la puerta para que salga, nunca.

Ni siquiera la estoy viendo, solo escucho el sonido de la puerta abrirse y segundos después la observo rodear el auto y acercarse a mi ventana.

—Gracias, David.

Asiento en silencio, no cruzo palabras con ella, Andi ya no llama mi atención como alguna vez lo hizo, mucho peor cuando pienso en cuántas veces la besé y no sabía si la noche anterior le había dado una mamada a Camilo.

Qué asco.

Llego a mi casa y observo el pequeño auto de Natalie en el parqueo, lo cual me hace respirar con alivio el saber que está aquí. Camino en dirección a la puerta y justo al cruzar el umbral la escucho hablando por teléfono, bastante eufórica y se mueve de un lado a otro dejando unas cosas en un bolso. Justo al verme esboza una sonrisa y se aproxima a mí a grandes zancadas, aún sosteniendo su teléfono contra la oreja.

—Llego en unos quince minutos —dice, no logro saber quién es, no sé con quién hablará y justo en ese momento las palabras de Andi resuenan en mi cabeza.

«Dijo que tenía una cita y no podía venir por mí».

Los labios de Natalie se presionan en mi mejilla mientras su brazo va alrededor de mi cuello, le sonrío a modo de respuesta, pero esa sonrisa no me convence ni a mí mismo, veo que lleva unos simples vaqueros con botas y una blusa con mangas largas cuya tela deja a la vista su trabajado abdomen, está alistando su bolso y a la par está la caja que una vez Camilo le trajo.

—¿Vas a tardarte? —pregunto, una vez que ella ha terminado su llamada, está dejando su celular en el bolsillo y se gira levemente en mi dirección. Después de preguntarle si podíamos cenar juntos me dijo que tenía planes y no quise seguir preguntando más porque eso no se vería nada bien.

—Bueno, no me esperes despierto —suelta con sorna, pero a mí no me hace nada de gracia. Se lleva el bolso al hombro, toma su abrigo que estaba reposando en el sofá y camina a paso rápido en dirección a la puerta principal.

—Se te queda eso. —Ella se gira, señalo la jodida caja y esboza una sonrisa.

—Esa la llevaré mañana, he visto al hombre necesitado un par de veces y creo saber qué días exactamente se encuentra en ese lugar.

—¿Con quién irás? —No puedo evitar preguntar, aunque intento sonar indiferente, por la forma que ella arquea sus cejas me doy cuenta de que no logré mi objetivo.

—Camilo va a acompañarme. —Me quedo viendo fijamente el maletín que he dejado sobre el sofá e intento hacer que buscaré algo dentro de él.

—Yo puedo ir contigo.

No la estoy viendo, estoy buscando no sé qué cosa dentro de mi maletín y lo único que se me ocurre es sacar un bolígrafo. Natalie no dice nada, solo está parada ahí mirándome o eso siento.

—Llegarías tarde, mientras que mañana es el día libre de Camilo y puede...

—No —digo, caminando en dirección al sofá donde voy a sentarme luego de tomar mi portátil—. Yo puedo llevarte.

Ella no dice nada, siento su mirada en mi nuca cuando me dejo caer en el sillón, camina en mi dirección y se sienta a mi lado.

—¿Qué sucede?

—Camilo el casado no tiene por qué llevarte a ningún lado, no es su responsabilidad. —La escucho reír un poco, en mi *laptop* comienzo a teclear cualquier cosa.

—Tampoco es tu responsabilidad.

—Lo es, hasta el día que firmemos los papeles de divorcio, Nat. —La miro a los ojos, ella también me ve a mí. Aquí recuerdo que estamos solo a un paso del divorcio. Corto el contacto visual para ver el monitor de mi computadora—. ¿Dónde vas?

No responde de inmediato, así que ya sé cuál será la respuesta, pero no llega. Cierro mi *laptop* y antes de ponerme de pie escucho su voz:

—Quedamos con unos compañeros en un lugar cerca de aquí.

Un simple jadeo es mi respuesta, ella se pone de pie antes que yo y añade:

—Es el cumpleaños de una de mis compañeras de trabajo y quiso hacer algo sencillo con algunos de nosotros.

Donde supongo que el maldito de Camilo el casado va a estar, qué clase de karma estoy viviendo que Camilo y yo tenemos que compartir las mismas mujeres.

—¿Quieres... venir? —Su voz interrumpe mis pensamientos, miro en su dirección y ella está esperando mi respuesta—. Pero sí te pediría que te cambies de ropa, es algo casual y no quiero que seas el único con un traje Gucci.

Miro mi traje y la veo a ella.

—¿Qué tal si estoy orgulloso de presumir de mi traje Gucci, Natalie? —Ella sonríe. Aún está esperando mi respuesta, la verdad, me hago el difícil y comienzo a meditar en la pregunta—. Voy a pensarlo —digo, caminando en dirección a las escaleras, la verdad que sí voy a ir y ella lo sabe, pero me gusta sentirme importante.

—Si tú no vas, le dir  a Ca...

—Dame diez minutos. —Escucho su risa. S  qué es lo que est  haciendo y también s  que no habla en serio. Me gusta seguirle la corriente y estoy sonriendo mientras subo hacia el segundo piso, aunque si algo es verdad es que no me agrada nada Camilo. Y entonces, mi gesto cambia después que recuerdo los papeles de divorcio y una vez que est n firmados ya no habrá más de estas salidas, ella podrá salir con quien quiera y yo no podrá hacer nada al respecto.

CAPÍTULO 32

David

Busco un lugar donde aparcar mientras observo de manera rápida el lugar frente a mí, no tardo ni dos minutos en reconocer que se trata de un boliche, no es un lugar ostentoso, pero tampoco es tan sencillo como Natalie mencionó. No debí ponerme esta camiseta de Pokémon.

—Natalie, me dijiste que era un lugar sencillo, traje una puta camiseta de Pokémon. —Ella se ríe, toma su bolso y se gira levemente en mi dirección.

—Estás bien, David. Además, no todos los hombres se miran así con una camiseta de Pokémon.

—¿Así como?

—Guapo. No sabía que Pikachu podía verse tan bien. —Me guiña un ojo, me hace reír, ella también se ríe—. Te apuesto a que varias van a pedir que las electrocutes.

—¿Qué diablos...? —Me río más fuerte, apago el auto para salir y mi espalda choca con el respaldo del asiento mientras espero que Natalie se ponga su brillo labial aún en risas.

—¿Has jugado a boliche alguna vez? —Le doy un vistazo y me encojo de hombros, ella se está viendo en un pequeño espejo que guarda de inmediato en su bolso.

—La última vez que jugué fue hace unos cuatro años, luego de eso no he tenido citas y esto es muy... romántico. —Ella arruga el espacio en su entrecejo y luego sus labios se curvan en una sonrisa—. Bueno, cuando vienes solo con esa persona.

—¿Desde cuándo no tienes una cita? —Me deshago de mi cinturón y la observo a ella, me está viendo con algo de intriga en su rostro. Lo que quiero decirle es que odio la palabra *cita*.

—Depende a qué llames... —Hago una cautelosa pausa— cita.

—A lo mismo que tú, salir con una persona en plan... romántico. —También se deshace de su cinturón, pero se queda ahí, con la espalda en el asiento viéndome fijamente, esperando mi respuesta, una respuesta que no quiero contestar.

—No lo sé, desde mi última novia tal vez. —Salgo del auto. Lo rodeo para abrirle la puerta, pero antes de que lo haga ella ya ha salido—. Maldición, Natalie, ¿por qué me haces ver tantas películas románticas si no me dejas practicar lo que aprendo?

Ella se ríe, pero no me ve, busca algo dentro del coche y se inclina para sacar algo del asiento trasero, recuesto mis caderas en el auto y miro especialmente cómo su prominente curva se resalta mucho más en esa posición.

Siento que me palpita algo y no es precisamente el corazón.

—¿Y por qué no has tenido otra novia desde entonces? —Ella se endereza y gira en mi dirección, miro hacia otro lugar y en el parqueo hay un auto casi idéntico al mío.

Esto es igual a cuando una mujer va a una fiesta y se encuentra a otra mujer luciendo el mismo vestido. Natalie ve en la dirección que yo estoy viendo y bufá mientras acomoda las correas de su bolso en su hombro.

—Creí que no lo invitarían.

—¿A quién?

—A Sean, el idiota que tiene un auto como el tuyo.

Intento hacer memoria sobre si alguna vez hemos hablado de algún Sean con un auto como el mío, y la verdad que no lo recuerdo. Sí, cuando ponía cero atención a sus palabras.

—¿Qué hay con el tal Sean?

—Es un idiota.

Miro la caja envuelta que carga entre sus manos, con un enorme moño rojo en el centro. Extiendo los brazos para ayudarla a cargarla, me la da sin problemas mientras esboza una sonrisa.

—Vaya explicación. —Se ríe, entrelaza su brazo con el mío mientras saca el teléfono celular.

—Voy a preguntarles dónde están —dice con la vista en el aparato y asiento, aunque no me esté viendo camino junto a ella a paso lento mientras vamos hacia el interior del lugar.

Está apenas iluminado, Natalie detiene su paso para mirar alrededor, pero dudo de que encuentre a alguien cuando todos se ven con las caras de todos colores. Me da tiempo de analizar el lugar, luce igual que una sala de juegos de boliche, a excepción de la gran esfera de colores que cuelga del techo y una redondeada pista de baile, solo me falta ver a John Travolta bailando en una esquina.

—¿Quieres algo de comer? —me pregunta, llevo la vista en su dirección y veo que observa hacia un puesto de hot dogs, de inmediato sus ojos se posan en los míos esperando mi respuesta. La verdad, con Natalie me siento atendido, y eso es malo.

Se supone que yo soy el que tengo que atenderla a ella.

—Tal vez más tarde. —En ese momento su celular suena alertando de un mensaje de texto, sus ojos van a la pantalla y de inmediato mira a su costado, sonrío y hace una seña con su mano.

—Por allá están —dice, tomándome de la muñeca y literalmente arrastrándome hacia aquel lugar no importando a cuántas personas nos encontremos en el camino.

Nos acercamos a una mesa donde supongo están sus compañeros de trabajo, todos sonrían en nuestra dirección y miro a un tipo con un traje que está llevando una botella de cerveza a su boca y le da un lento y largo trago mientras nos mira... a ambos

—¿Por qué me hiciste cambiarme si ahí hay un tipo con un traje? —murmuro en su oído, ella clava la mirada en el sujeto y rueda los ojos.

—Porque tú no eres como el engréido de Sean. —Ahora sé quién es Sean y por la forma en que me está viendo sé que no nos vamos a llevar bien. Da un trago nuevamente a su cerveza y la deja sobre la mesa echando un vistazo rápido a mi camiseta.

Natalie los saluda a todos de manera efusiva, excepto a Sean, pero a Sean nadie parece prestarle atención. Dirijo la vista a las otras personas en la mesa y hay tres mujeres; aparte de Sean, hay un hombre joven de cabello oscuro.

—Chicos, él es... —Natalie hace una pausa, me mira por unos instantes y se debate entre qué decir.

—Su esposo —digo sin vacilar, extendiendo la mano a la mujer que está frente a mí, ella sonrío ampliamente y sacude mi mano... demasiado.

—Ya lo sabíamos —dice—. Soy Carmen. —Natalie le sonrío y de inmediato, para aligerar la tensión, toma el regalo y se lo entrega, hasta ahora no me percaté de que Carmen es la cumpleañera.

Saludo a todos, hasta llegar a Sean, quien sin ningún tipo de expresión extiende su mano hacia mí en un intento de sacudida, yo hago lo mismo mientras busco un lugar, y desgraciadamente el único disponible es cerca del tal Sean.

Tomo el lugar y entrelazo los dedos sobre la mesa mientras espero que Natalie deje de hablar con la mujer del cumpleaños, el supuesto Sean extiende una cerveza hacia mí, la miro de reojo y lo

miro a él, si no es porque provenía de manos del otro tipo presente no la tomaría.

—Gracias —digo y él asiente. Saca su teléfono celular y desliza el dedo pulgar por la pantalla. Acto seguido, lo lleva a su oreja.

—Bien, estaré ahí en unos minutos. —Cuelga sin más, manipula su teléfono celular y se pone de pie—. Mi esposa me está esperando, iré por ella.

Todos asienten, excepto yo, porque a mí me vale una mierda. La morena pequeña toma lugar a mi lado, pero luego hace espacio para que Natalie sea la que se siente junto a mí.

—Así que David Schmitt, es un placer conocerte en persona —habla una mujer pelirroja—. Natalie habla mucho de ti.

Sonrío y miro el rostro de Natalie, que me hace una sutil seña de que no es así. Me hace reír, llevo la cerveza a mi boca y le doy un trago. En ese momento se acercan un grupo de más personas, y cuando creí que solo seríamos diez, el salón comenzó a llenarse de los compañeros de trabajo y lo peor de todo, es que Carmen me presentó a todos como el esposo de Natalie y como veo que todos la aman, presiento que me van a odiar una vez que me divorcie de ella.

Lo que me hace recordar que ya tengo los papeles. Y tarde o temprano tengo que hablarlo con ella.

—¿Bailas? —Constanza me saca de mis pensamientos, estoy sirviéndome bocadillos de un contenedor que han puesto frente a nosotros. Llevo mi vista en su dirección y tiene una sonrisa en su rostro.

—No estoy lo suficientemente borracho como para bailar, mucho peor música ochentera. —Se ríe. Observo que Carmen está abriendo sus regalos y en ese momento está viendo el de Natalie.

—No sé por qué me imaginé que esa sería tu respuesta —responde, relajándose en el respaldo del sillón. Carmen suelta un grito, pero es ahogado por la música del lugar y corre en dirección a Natalie sosteniendo un cuadro, debí suponer que sería una pintura y no una caja de *pizza*.

—Me encanta, Natalie, me encanta. —La pequeña mujer da saltos. Natalie se pone levemente de pie para darle un abrazo. Las observo a las dos mientras miro el dibujo que ella sostiene en las manos. Sonrío, Natalie es una artista.

Vuelvo la vista a los bocadillos y un par de minutos después Natalie se deja caer a mi lado nuevamente, toma uno de los bocadillos frente a nosotros y lo lleva a su boca.

—¿Por qué un hombre? —le pregunto, ella traga el bocadillo que acaba de comer para contestarme.

—Es su padre, siempre quiso un retrato de él en pintura, murió cuando ella era un bebé y solo conservan una foto. Me lo comentó un día, pero en ese entonces ella no sabía que yo podía pintar.

—¿Por qué pintas a todos menos a mí? —Finjo indignación, ella sonrío mientras limpia suavemente los bordes de sus labios con una servilleta.

—¿Quieres que te pinte?

—¿Con o sin ropa? —Se ríe. Doy un trago a una cerveza con la mirada puesta en sus ojos.

—Como tú quieras. —Se encoge de hombros sin deshacer una sonrisa que curvan sus labios.

—Considerando que mi cuerpo está bien trabajado, te diría que desnudo. —Vuelve a reír—. Pero dado que esta puede llegar a ser una pintura famosa por mi trabajo, nadie puede conocer a King Kong en una galería de arte.

Suelta una carcajada, una carcajada que me hace reír y casi ahogarme con la cerveza.

—Además, no quisiera estar desnudo por varias horas esperando a que me pintes —continúo, esboza una sonrisa y me quita la botella de cerveza que sostengo en mis manos.

—No tengo necesidad de estarte viendo si te pintara. —Niega con la cabeza tomando un sorbo—. Y lo haré, pero no desnudo, sería extraño. —Me hace reír—. Tienes que tener un recuerdo mío para cuando me vaya.

Me quedo pensando en esas palabras, ninguno de los dos dice nada más, ella solo deja la botella de cerveza sobre la mesa frente a nosotros y vuelve a recostarse en el respaldar del sillón de cuero.

—¿Quieres jugar a boliche? —pregunta, cruzando una de sus piernas sobre la otra—. Créelo o no, yo nunca he jugado.

La miro con una pizca de incredulidad, entrecerrando los ojos.

—No te creo.

—Nunca lo he hecho —dice a la defensiva—, nadie nunca me ha llevado a ningún lugar divertido. —Estoy observándola, ella juega con una pulsera que lleva en muñeca izquierda—. ¿Sabes? Para ser mi esposo falso, eres el hombre con la que mejor me la he pasado en toda mi vida.

Me río, al menos eso me hace sentir bien. Ella toma la gorra que llevo en la cabeza y la acomoda en la suya, me gusta cómo se ve, especialmente cuando tira de ella hacia atrás.

—¿Quieres ir a jugar a boliche? —Puedo ver un destello en sus ojos mientras esboza una sonrisa y asiente. Se pone de pie de un salto y me toma de la muñeca, siempre cuando algo le emociona comienza a decir miles de palabras por minutos, eso me divierte.

Nos calzamos los zapatos de bowling y me inclino a ayudarle con los suyos, ella solo me observa mientras los acomodo en sus pies, agradece una vez que terminamos y extendiendo mi mano hacia ella mientras la ayudo a ponerse de pie, sin despegar nuestras manos caminamos hacia las pistas y una del extremo derecho está vacía.

—Ya lo sabes... —le digo—, hay que derribar aquellos bolos. —Señalo los diez objetos y ella asiente. Tomo una bola para ella y le enseño la forma de poner los dedos. Lo hace como le digo, le muestro el lugar y cómo deberá lanzarla.

—¿Es todo? —pregunta y muevo la cabeza en una afirmación. Está concentrada en la pista vacilando sobre si lanzar la bola o no.

—¿Te ayudo? —Ella me mira y luego de gesticular una pequeña sonrisa asiente.

Tomo su cintura y su mano para mostrarle cómo lanzar la pelota, le explico cómo debe posicionarse y todos los pasos a continuación. Por mi concentración, no me percató de la cercanía de nuestros rostros hasta que vemos que la bola derriba tres bolos y ella con emoción se voltea hacia mí y nuestras narices alcanzan a rozarse, no me muevo y ella tampoco. Ella solo sonrío mientras da un pequeño paso hacia atrás.

—Gracias —me dice y las comisuras de mis labios se elevan.

—No hay de qué.

Aún lleva mi gorra, pero ni siquiera me dan ganas de quitársela porque se ve tan adorable con ella. Su sonrisa se amplía y toma de nuevo mi muñeca para ir por otra bola. Tomo una y regreso a la pista para recordar viejos tiempos, pero mi seguridad se va a la mierda cuando la jodida bola se va hacia un lado derribando solo un bolo.

Natalie suelta una carcajada, yo no le veo la puta gracia.

—Es la falta de práctica. —Aclaro la garganta. Mejor no voy por otra bola—. ¿Te parece si vamos a comer? Muero de hambre.

Ella asiente, toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos mientras se deja ir en dirección al puesto de *hot dogs*.

CAPÍTULO 33

David

No recuerdo cuándo fue la última vez que me reí hasta más no poder con una mujer hasta la media noche en un puesto de *hot dogs*, jurándome que ya no iba a comer más, sin embargo, aquí estoy tres *hot dogs* y cuatro cervezas después pensando en todas las horas que tendré que ejercitarme mañana. Pero vamos, ¿quién dice que no a la comida gratis?

—¿Ya quieres irte? —pregunta la castaña a la par mía, está concentrada limpiando sus manos en una servilleta, aún lleva puesta mi gorra y alza la mirada para esbozar una sonrisa.

Miro mi reloj, falta poco para las doce y recuerdo que mañana es día de trabajo, pero por algún motivo me gusta estar aquí y me gusta estar con ella, de modo que no me importan las cuatro horas que posiblemente vaya a dormir. Hago un asentimiento con la cabeza luego de mirar alrededor y ver que ya quedamos pocos, me termino el último bocado del hot dog para ponerme de pie.

Ella camina delante de mí, se despide de sus compañeros de trabajo que aún quedan en el salón y yo hago lo mismo. Carmen me rodea con los brazos y me da un apretón, joder, voy a morir, pero me suelta a tiempo.

Me percató de que Sean aún está presente y me concentro en la rubia a su lado, no parece importarle del todo sus palabras, nos mira a nosotros; sin embargo, al verme, de inmediato lleva su vista en dirección a la persona que está con él.

—¿Te parece si pasamos a por helado de yogur? —Natalie llama mi atención, quito la mirada del tal Sean y la llevo a ella cuando añade—: Yo invito.

—Odio el helado de yogur —contesto, ella arquea una ceja con una mueca de diversión—. Odio todo lo que es una cosa y aparenta ser otra.

Ella suelta una leve risa y niega con la cabeza mientras salimos del lugar. Extiende mi abrigo frente a mí y me hace un gesto para que entre en él, llevo las manos a mi cintura con una mirada de sorna.

—¿Qué? —me dice. Ya lleva el abrigo puesto. Intento tomarlo con mis manos, pero lo aparta de mi alcance y ríe un poco por su intención.

—Okey —digo, girando un poco para ponerme el abrigo—. Con estas atenciones me siento como toda una princesa.

Ella suelta una risa, termino de ajustarme la prenda mientras toma lugar frente a mí.

—Lamento mucho si digo demasiadas estupideces —hablo, Natalie arquea las cejas y levanta la mirada llevando una bufanda a mi cuello, que miro con curiosidad.

—No son estupideces, David. Me gusta tu forma de ser. —La miro solo por unos segundos, luego me percató de que me está acomodando la bufanda.

—Natalie... —siseo al ver que está acomodando esa cosa roja con renos. Recuerdos llegan a mí, recuerdos de cuando mi madre hacía eso. Doy un paso hacia atrás y me quito la bufanda para ahora llevarla a su nuca—. Tengo la mía en mi auto.

—Está nevando y cruzaremos la calle para ir por el helado de yogur.

—Exacto, está nevando. ¿Cómo puedes ir a por helado de yogur? Hace unos 0 °C allá afuera. —Comienzo a acomodar la bufanda alrededor de su cuello, ella mira atenta mi rostro, pero yo no la

estoy viendo a ella, estoy viendo la prenda entre mis dedos.

—Bien, entonces pediremos café para ti. —Le sonrío de lado, ahora sí miro sus ojos y ella a mí para volver a concentrarme en la jodida bufanda.

—Está bien, el café será.

No decimos nada más mientras salimos del salón, Natalie señala el lugar al otro lado de la calle. Tampoco hablamos cuando andamos hacia dicha dirección, ni cuando ella está pidiendo el helado de yogur o cuando pide el café para mí, ni cuando está intentando pagarlo pero yo lo hago por ella. Ni cuando caminamos de regreso al estacionamiento.

—¿Puedo preguntar qué te pasó? —dice, llamando mi atención, vamos cruzando la calle a paso lento, por la hora y la ubicación del lugar no está muy transitado. La observo de reojo y por un momento no entiendo su pregunta—. Me refiero a qué sucedió contigo que hasta odies el helado de yogur.

—Es yogur queriendo ser helado —digo como el más obvio—. ¿Quién no odiaría eso?

Resoplo con sorna, ella solo se ríe, pero yo hablo en serio.

—Dijiste que odiabas todo lo que es una cosa y aparenta ser otra. —Seguimos nuestro camino, doy un sorbo a mi café sin decir una palabra—. Por eso, me gustaría saber qué pasó.

Natalie se adelanta un poco y observo que va en dirección a una banqueta a un costado sobre el andén, me doy cuenta de que no tiene intenciones de ir a casa ahora y está bastante frío acá.

—No me gusta hablar del pasado, Nat. No tengo nada bueno que decir —digo al tiempo que tomo lugar a la par de ella. Lame la cuchara de yogur y gira su rostro en mi dirección.

—Entiendo, era una perra, ¿cierto? —Me hace reír, me recuesto en el respaldar de la banca y dejo caer la cabeza en el borde viendo hacia el cielo.

—No ofendas a las perras, tuve una llamada Lucy y era un amor. —Ahora es su turno de reír, cruza una pierna sobre la otra y lleva otra cucharada de yogur a su boca. Un poco del yogur queda sobre la comisura de su labio y extendiendo la mano para limpiar un poco, ella arruga las cejas con el tacto y acto seguido esboza una sonrisa limpiando lo que queda.

—Cuando yo era pequeña —comienza a hablar llevando su vista al frente— creía que algún día llegaría un príncipe azul a rescatarme de una torre en un caballo blanco y viviríamos felices para siempre.

Me río, sé que no debo, pero no puedo evitarlo.

—Lo... lo siento —balbuceo, aclaro mi garganta para seguir atento a sus palabras y ella se ríe también haciendo que mi esfuerzo por permanecer serio sea nulo.

—No te rías, David. —Me golpea suavemente con el codo, pero ella también es un manojito de risas—. Luego crecí y me di cuenta de que eso jamás iba a pasar, desde el momento que vi a mi padre alejándose con su maleta para irse con otra mujer. Luego mi madre se encargó de llenarme la cabeza de que ningún hombre iba a amarme porque todos eran como él.

—No es verdad.

—Exacto, yo creo que tú no eres así. —Lleva la vista en mi dirección—. Y sé que el día que decidas abrirle tu corazón a alguien serás el hombre que cualquier mujer deseara tener.

Vuelvo a reír, pero esta vez con burla.

—Espera. —Tomo un sorbo de café y lo escupo dramáticamente—. ¿¡QUÉ!?

Ella suelta una carcajada, una de esas que me hacen reír a mí también y nos quedamos ahí, juntos, recostados en la banca y con la vista al cielo una vez que ya las risas han mermado.

—Bien, te contaré, pero no quiero preguntas al respecto —hablo luego de varios minutos, ella muestra una media sonrisa mientras asiente. Mi café incluso se ha enfriado e intento darle un sorbo, pero hago una mueca al sentir el líquido amargoso en mis labios. Tiro el envase en dirección a un bote de basura, pero no, no encesto—. ¿Qué mierda me pasa?

Natalie solo se ríe mientras mira en dirección al cesto de basura y continuó:

—Estuve en una relación de cuatro años con una persona portándome como un idiota. Le propuse matrimonio y ella aceptó, pero lo hizo para, según ella, no dejarme en ridículo.

Puedo sentir la mirada de ella sobre mí, pero yo estoy viendo hacia un punto al vacío porque esto no es algo cómodo para hablar. Aún siento una punzada de dolor e ira atravesar mi cuerpo y todavía tengo esas ganas de desbaratar todas las cosas que se atraviesen en mi camino.

—¿Cómo diablos...? —Ahí se detiene, sé que recuerda que no quiero preguntas al respecto y relaja sus facciones para seguir escuchando.

—Pero no fue todo —continuó—, me lo dejó dicho en una nota, aunque no reveló que era para casarse con otra persona al mes siguiente.

—Por Dios —sisea—, llamarla zorra sería una ofensa para las zorras. ¿Cierto? —Suelta de pronto, me hace reír. Vuelvo a tomar la posición en la que estaba mientras diminutos copos de nieve golpean mi cara.

—¿Podemos irnos? Ya se me está congelando el trasero aquí.

Una risa se escapa de sus labios, me pongo de pie y le ofrezco mi brazo como gesto caballeroso, toma mi mano cortésmente y entrelaza mi antebrazo con el suyo. Caminamos hacia el auto, en silencio, pero es un silencio bastante cómodo, agradable, ella tiene su vista puesta en el auto desde que lo divisamos entrando al lugar, por un momento observo lo perfecto que es su perfil y justo en ese momento recuerdo los papeles de divorcio en mi oficina.

—Nat. —Llamo su atención, ella de inmediato mira en mi dirección—. Oye, ¿tienes dónde ir? —Su mirada es interrogante, va a decir unas palabras, pero hablo antes de que ella lo haga—. Me refiero a una vez que nos divorciemos.

Ella no dice nada, por un momento me cuestiono si la pregunta no fue apropiada.

—Bueno, estoy buscando un nuevo empleo —contesta, de una manera calmada. Suelta mi brazo justo al llegar al auto para rodearlo e ir del lado del copiloto.

—¿Un nuevo empleo? —La observo mientras sigo sus pasos, desactivo la alarma del auto y abro la puerta.

—Es en un programa nuevo de televisión, necesitan maquilladores —dice, entrando al vehículo—. Pero no cualquier maquillador, es más bien un artista que haga todo ese tipo de heridas escalofrantes que ves en la televisión.

Me quedo pensándolo unos segundos y rodeo el auto para deslizarme de mi lado.

—Eso suena interesante.

—Lo es... pero... no lo sé. —Puedo escuchar la duda en su voz—. Están aplicando miles de artistas de esta ciudad que conozco y no creo que...

—Natalie, basta. —Llevo mi mano a la suya dándole un suave apretón—. Ya verás que lo conseguirás. Eres una persona talentosa y nadie va a quitarte ese puesto. Y bueno, si se lo dan a otro avísame, lo secuestramos, la policía iniciará su búsqueda y eso dará tiempo para que busquen un reemplazo y se fijen en ti.

Se vuelve a reír.

—¿Sabes qué? Tienes excelentes ideas —habla con ironía.

—Oye, no es en vano que dirijo una empresa. —Enarco una ceja y pongo el auto en movimiento—. ¿Sabes qué? Tienes que hacerme una de esas para el próximo Halloween. —No sé ni siquiera si aún hablaremos para el próximo Halloween, pero Natalie me cae bien como para no perder comunicación con ella.

—No, si vas conmigo a la fiesta de Halloween tenemos que combinar. —Miro levemente en su dirección, vacilante, hasta que agrega—: Seremos las hermanas Olsen.

Y me visualizo mentalmente ese día, con mi cabellera rubia, un vestido ajustado e intentando ocultar a King Kong. No sé si reírme de eso o echarme a llorar. Tal vez ambas.

—Ni en mis peores pesadillas, Natalie Constanza. Ni en mis peores pesadillas.

Y hablamos de ello todo el camino. Entre risas y tarareo de una que otra canción que sonaba en la radio, llegamos a casa. Estoy llegando a mi habitación y estoy tomando la manecilla de la puerta cuando su voz interrumpe mis pensamientos.

—Buenas noches. —Miro en su dirección, está quitándose la bufanda roja de renos del cuello y con una amplia sonrisa la pone en el mío.

—Buenas noches —contesto, quitándome la jodida bufanda. La observo dar media vuelta e ir hasta su recámara. La llamo por su nombre y de inmediato su atención está en mí—. ¿Quieres quedarte?

—¿Prometes no meterme mano? —No me deja contestar, entra en mi habitación volviendo a poner la bufanda en mi cuello.

Lo bueno es que no prometí nada.

CAPÍTULO 34

David

Pero definitivamente me porté bien. Caigo en la cuenta de que estoy durmiendo con una mujer. ¡Sí, dormir! Solamente eso.

Estoy comenzando a dudar de mi hombría. Creo que me estoy haciendo gay. Miro a Oliver a una corta distancia de mí, lleva una taza de café a su boca, lo analizo.

¡Puaj! ¡No! Definitivamente, sigo siendo hombre.

—¿Qué carajo me estás viendo? —Ni siquiera está mirando en mi dirección, está sumergido en su computadora y me habla como si en serio estuviera observando lo que estoy haciendo, estamos frente a frente en la mesa, deja la taza de café a un lado de su *laptop* para luego cruzar sus dedos sobre la madera reluciente y ahora sí, lleva su mirada interrogante hacia mí.

—Quiero saber si me pareces atractivo, pero definitivamente, no eres mi tipo. —Me encojo de hombros, mi espalda choca con el respaldo de la silla mientras tomo la taza de café frente a mí y la llevo a mis labios. Él suelta un jadeo, se lleva la mano dramáticamente al pecho con cara de fingida indignación.

—Me lastimas —contesta, lo miro con desaprobación y él se ríe a carcajada limpia, tanto que tengo que mirar alrededor por si ha llamado la atención de alguien y tendré que pedir disculpas.

—Maldición, Oliver, cierra la puta boca, estamos en un restaurante —siseo, saco mi celular de manera seria para mostrarme interesante por si alguien voltea a vernos, él sigue riendo. Me doy cuenta de que últimamente se ríe por todo, es la maldición de estar casado, yo no me imagino por ahí con puros «jijiji» y «jajaja» por todo. ¡Todo!

—¿Y qué? Es navidad, todos andan riendo por ahí. —Detengo el tecleo en mi teléfono y sin despegar el dedo pulgar de la pantalla dejo la taza sobre la mesa y lo miro.

—Y yo que creí que era el único que se estaba volviendo gay. —Resoplo, llevo la vista a mi teléfono celular y continúo viendo el perfil de Natalie en Instagram.

Esta mañana me había creado un perfil con el fin de observar qué comparte ella en sus redes sociales mientras me convencía a mí mismo de que mi comportamiento era completamente normal.

Acomodo mi cabello hacia un lado, extendo la mano con la cámara de mi teléfono de frente y sonrío abiertamente, el flash se dispara de inmediato y Oliver me mira con el entrecejo levemente fruncido.

—Me estoy haciendo un Instagram. —Le hago saber, eso parece no aclarar su duda, porque muchas veces habíamos hablado de la pérdida de tiempo que son las redes sociales. De hecho, lo son—. Quiero, ya sabes, hacer nuevos amigos.

Oliver me está viendo con los ojos entrecerrados, está dejando el tenedor que había tomado antes de regreso a su plato, se recuesta en el respaldo de la silla sin despegarme los ojos de encima.

—¿Instagram? —Le escucho decir. Miro mi foto y no me convence del todo. No me convence el fondo, específicamente.

—Sí, esa cosa donde subes fotos y puedes hacerte popular sin hacer nada más que mostrar tu cuerpo, pero mejor voy a esperar estar en la oficina —digo, viendo a mi amigo—. El tipo calvo de allá atrás roba la atención. —Señalo discretamente al Santa Claus en una mesa a unos metros

detrás de nosotros, se ha quitado el gorro y tiene una calva bastante brillante, parece una bola de discoteca andante.

O, mejor, me dan ganas de ir hasta ahí y frotarla para ver si puedo observar mi futuro.

—Sí, David, sé lo que es Instagram. —Le escucho decir, pero no le doy mi atención, mi vista está en el teléfono y el dispositivo se desliza de mis manos al ver que Natalie ha compartido una foto en traje de baño, jo...

Aclaro la garganta y recojo el teléfono del alfombrado piso.

—Definitivamente, no soy gay —le hablo a Oliver, él solo me está viendo, con el espacio entre sus cejas más arrugado, se rasca la barbilla, pensativo, y vuelve a poner los ojos sobre mí.

—David, se supone que venimos a trabajar, no a investigar si eres gay.

—No, tú me dijiste que veníamos a almorzar, no a trabajar. Siendo así me largo.

Más risas de su parte.

Lo miro con desaprobación, negando con la cabeza vuelvo la atención a la fotografía frente a mí y como que el cuello de mi camiseta ahorca, está de espaldas hacia la pantalla y en el fondo puedo ver edificios que puedo jurar pertenecen a Miami. Pero el punto de atracción no es específicamente el fondo.

Definitivamente, agradezco no tener piscina en mi casa, porque tener que verla así todos los días me hincharía las pelotas.

—¿David? —Escucho a Oliver tronar sus dedos y levanto la vista para ver su gesto interrogante. Aclaro la garganta para espabalarme y llevo la vista al plato para olvidarme de lo que acabo de ver, tengo que evitar que la sangre se me agolpe en un lugar en específico.

—¿Qué? —digo, poniendo el teléfono de regreso a la mesa luego de bloquear la pantalla, tomo el tenedor entre mis dedos y lo escucho atento—, ¿me decías?

—Te preguntaba si van a cenar en mi casa —me habla con gesto de desesperación. Pienso en su pregunta y en todo lo que conlleva comer con su familia, no con sus padres, sino con su hermano y su esposa—. ¿Qué te sucede hoy?

—No es nada, ya sabes que estas fechas festivas me fastidian. —La verdad es que no es cierto, me da igual el afán de las personas en esta época, siempre y cuando mantengan las calles despejadas y no haya cortes de suministro eléctrico, claro.

—En fin, mi madre quiere que llegues. Como te puedes imaginar ya adora a Natalie —menciona, eso hace que una leve sonrisa se asome en mis labios, pero la borro de inmediato porque el caga-billetes no puede ver algo así en mi rostro.

—Tu madre adora a todos. —La verdad es que todos adoran a Natalie, no puedo evitar pensar en que si mi madre aún viviera también adoraría a Natalie.

—No a todos —me dice de inmediato y sé a quién específicamente se refiere—, que muestre educación frente a algunas personas en específico no significa que le agraden. Y ya sabes a quién me refiero.

—Sí, lo sé —le corto, hago un gesto de negación con la mano indicándole que no continúe porque en serio necesito terminar mi almuerzo tranquilo. Oliver mira hacia un punto por encima de mi hombro y esboza una sonrisa. Sin necesidad de voltear a ver ya sé de quién se trata y me lo confirma una risa detrás de mí.

—Maldición, Alex. ¿Por qué vienes a arruinar nuestra cita? —digo sin verla, pasa a mi lado y levanto la vista para ver esa mirada llena de desaprobación. Ella le da un abrazo al caga-billetes y de

inmediato mis ojos buscan a Natalie por el lugar, me había dicho que iba a estar con Alex, así que se me ocurre preguntar por ella.

—Sí, estoy bien, ¿y tú, David? —ironiza, sentándose en un lugar a mi derecha.

—¿Natalie no estaba contigo? —suelto, ignorando su pregunta, su mirada de inmediato se dispara en mi dirección. Cada vez que miro a Alex no puedo evitar pensar en Caroline, mi hermana, mucho más para estas fechas festivas cuando se supone que estás con tu familia.

—¿Estás preocupado? —Esboza una sonrisa pícaro que no me pasa desapercibida, ruedo los ojos y suelto un suspiro ante lo que se convierte en una risa por parte de Alex—. No lo sé, dijo que iría al *gym* y luego a casa.

He notado que últimamente Natalie evita los encuentros entre nosotros cuatro. Atribuyo eso al hecho de que la relación de Oliver y Alex parece perfecta y la nuestra está lejos de serlo. Bueno, no es que tengamos una relación, en realidad.

Decido irme a casa unos treinta minutos después, pero antes paso por la oficina para traer unos papeles importantes. Mientras voy en el ascensor reviso el teléfono celular y caigo en la cuenta de que no he recibido un mensaje de Natalie en todo el día, me debato entre enviarle uno yo y preguntar si puedo pasar por ella, pero me contengo; en su lugar, llevo el teléfono de regreso a mi bolsillo justo cuando las puertas metálicas se abren indicando que ya estamos en mi piso.

Voy hasta mi oficina y me dejo caer en la mullida silla frente al escritorio, saco del primer depósito unos papeles cuando los papeles de divorcio aparecen en mi campo de visión. Muerdo el interior de mi mejilla sin despegar la mirada de los papeles, pensando en cómo carajos voy a hacer esto, pero tengo que hacerlo algún día.

Un sonido proveniente de mi puerta hace que deje caer todos los papeles de manera desordenada dentro del maletín, de inmediato mis ojos enfocan a Andi entrando a mi oficina, la miro vacilante y me preparo un discurso mental para las palabras que deba decir en caso de que quiera lanzarse hacia mí o algo así.

—Feliz Navidad —dice, lo que me hace fruncir el ceño, ella camina hacia mí y tiene un postre en sus manos—, solo quería agradecerte por lo del otro día.

Deja el postre frente a mí, lo miro, una de mis cejas se eleva y llevo la vista interrogante a Andi, quien ahora está dejando más papeles sobre mi escritorio.

—¿Qué? —Sus ojos me enfocan de inmediato y deja todo el portafolios que traía consigo en una esquina—. Solo quería agradecerte por lo del otro día, es todo.

Se aleja, la observo retirarse y se pierde tras la puerta. Vuelvo a ver el postre que está cubierto con un material transparente que lleva un pequeño lazo rojo en la cúspide. Estoy tentado a tirarlo en la basura porque no estoy seguro de qué puede contener, pero lo llevo a casa porque no puedo desconfiar todo el tiempo de las personas.

Lo dejo sobre una mesa mientras me deshago de mi saco todavía mirándolo con recelo, miro mi reloj de mano percatándome de que ya pasaron cuatro horas y Natalie aún no está por aquí. Me sirvo una copa de vino y camino en dirección a mi maletín; saco todos los papeles y me acomodo en el sillón frente a la chimenea, comienzo a pasarlos uno por uno y los dejo sobre la mesa cuando me llama la atención la correspondencia que está cerca del florero, específicamente un sobre con decoración navideña. Dejo todo el *spam* a un lado y casi me da un ataque cardíaco cuando la cosa que tengo entre mis dedos viene de Paula y Marisol. Oh, por Dios. Pero ahora son Paulo y Marisol. ¿Qué? ¿Cuándo pasó esto? ¿Y cómo es que conocen dónde vivo? ¿Y por qué han escrito: «Para nuestro querido David Patricio»?

Temeroso y ansioso en partes iguales, saco el papel que está perfectamente doblado y parece ser una carta. Mis manos casi no pueden responder cuando estoy desplegando el papel, comienzo a leer todas las letras y tengo que hacerlo unas tres veces para terminar de entender.

Queridos David Patricio y Natalie Schmitt,

Les deseamos una feliz Navidad de parte de la familia Nguyen. Ya no somos los mismos que conocieron en aquella celda, hemos cambiado. ¡Ahora somos padres! ¿Pueden creerlo? ¿Saben qué es lo mejor? Que cumplimos todos los requisitos para la adopción de una hermosa niña camboyana. Todo esto no lo hubiéramos logrado sin ti, Patricio Schmitt, nos inspiraste a ser mejores personas y dar este gran paso. ¡Somos felices juntos! Ustedes dos fueron lo mejor que nos ha pasado.

P. D.: Tu nombre Patricio nos gustaba más.

XOXO

No puedo creerlo.

Del sobre se cae una fotografía. Cuando miro a aquellas tres personas tardo más de un minuto en reconocerlos, sí, definitivamente son ellos, pero sin la falda de tul. Ahora están arreglados, hasta se ven como dos personas serias y no los malditos locos que me ofrecían drogas en una celda. Además, le han agregado una nota:

«Esperamos verlos pronto, nos gustaría que ustedes fueran los padrinos de Patricia. Sí, la llamamos en honor a ti, Patricio.»

Un sonido en la puerta principal me hace salir del trance y de inmediato ver en esa dirección. Miro a Natalie sobre la alfombra limpiándose la nieve de las botas, se ríe al ver que le caen copos del cabello cada vez que sacude la cabeza. Me hace sonreír, pero vuelvo a pensar en la gravedad del asunto de la carta que tengo en las manos y lo dejo todo dentro del sobre.

—¿Cómo es que Paula y Marisol saben dónde vivimos? —le pregunto cuando está sacudiéndose nieve del abrigo.

—Paulo.

—¿Paulo? ¿Cómo sabes qué...?

—Me contactó por Instagram. —Natalie se ríe—. ¿Puedes creerlo? Todavía te llaman Patricio Schmitt. No tuve el coraje de decirles que ese no era tu nombre real, así que le dije que te llamabas David Patricio. —Suelta una sonora carcajada.

—Oh, por Dios. ¿Tú le diste mi dirección?

—Sí, parecen buenos chicos. Adoptaron a una niña. ¿No son geniales?

—¡Pero están locos!

—Te equivocas, han cambiado mucho. Apuesto que ahora tú estás más loco que ellos. —Oh, claro. Me río irónico y Nat enarca una ceja con una amplia sonrisa, camina en mi dirección y observo que deja algo sobre la mesa. —El proceso de adopción es largo y si lo lograron es porque están perfectamente capacitados para tener un hijo. Eso no lo logra cualquiera. —La escucho mientras miro que lo que está poniendo ahí es una pecera pequeña y dos pequeños peces nadan de un lado a otro.

—¿Los haremos *sushi*? —interrogo, ella se ríe, niega con la cabeza y se gira en mi dirección con una ceja enarcada—. Y qué bien por Paulo y Marisol, solo espero que no tengas vídeos sobre lo que pasó en Las Vegas. Por cierto, ¿dónde estabas?

—Estuve en la tienda de mascotas, siempre quise tener uno de estos. —Señala la pecera y saca algo de su bolso, es una pequeña bolsa de donde toma algunos granos para luego dejarlos caer dentro de la pecera.

—Bueno, ahí hay dos.

—Por supuesto, no podía quedarse uno de ellos solito en aquel lugar.

No tengo una respuesta acorde para eso, tengo una respuesta lógica sobre que los peces no tienen sentimientos y no creo que uno vaya a extrañar a su compañero; de hecho, si fueran pensantes tal vez fuera un pez feliz porque no tendría que nadar en popó de otro pez. Pero no voy a decírselo, no después de que ha estampado sus labios en mi mejilla y ha hecho que casi derrame la copa sobre los papeles.

—¡Natalie! —ríño entre risas. Ella se aleja y se sienta sobre la alfombra, muy cerca de la chimenea.

La observo calentarse las manos y acomodarse el cabello, que hoy lleva en suaves ondas, puedo notar que ya el largo casi roza sus caderas. Se ha quitado el abrigo y ahora se deshace de su chaqueta mientras canta alguna canción que no logro reconocer.

—Hay algo que quiero hacer antes de que finalice el año... o a inicios del otro. ¿Cómo está tu agenda? —Mis alarmas se activan de inmediato y mis cejas se arrugan interrogantes, por mi cabeza pasan miles de cosas, pero se me ocurre preguntar primero.

—¿Y qué es eso?

—Lanzarme de un paracaídas. —Eso me hace cambiar de gesto, tantas cosas por hacer antes de que finalice el año—. ¿Te gustaría venir conmigo? ¿No es así? —Me río, porque ni loco haría algo como eso.

—Hay distintas formas de suicidarse —contesto, negando con la cabeza—. Y menos dolorosas.

Eso la hace reír, mira en dirección al postre de Andi y lleva su mirada de interrogación hacia mí. Antes de que crea que yo compraría algo tan cursi como eso le digo mi respuesta más sincera.

—Andi me lo regaló. —De inmediato su gesto se vuelve indescifrable y antes de que se imagine miles de cosas no sé por qué me siento en la necesidad de aclarar—. Fue en son de paz, según ella, ni creas que tendría algo con esa mujer, ni siquiera lo he tocado porque tengo miedo de que tenga veneno o algo así.

Se ríe y toma el postre, para dejarse caer a mi lado. Yo me acomodo mejor para que ella pueda caber en este pequeño sillón.

—Entonces vamos a envenenarnos juntos. —No sé cómo Natalie puede confiar en todos, ella lo toma como una broma, pero yo sí creo que pueda tener algo ahí. Toma mi copa y le da un sorbo al vino mientras con una mano intenta deshacerse del moño y la ayudo. Decido dejar los papeles en esa misma mesa y extendiendo el brazo por encima del respaldar del sillón, ella se acomoda mejor y se recuesta en mi hombro—. Por cierto, no estoy embarazada. —Me atraganto con el pastel—. Debí decírtelo cuando lo supe, pero lo olvidé.

Oh, genial, no había nacido y yo ya hasta ya había olvidado al niño. «Qué buen padre eres, David, qué buen padre», me digo a mí mismo. Pero obviamente no menciono eso, simplemente me limito a asentir y continuar masticando cuando ella me entrega un papel y lo abro para ver que no, no está embarazada, qué alivio, casi quiero cantar el aleluya, pero entonces... miro ahí: Dr. Ancel Kirchner.

—Ah, el doctor... —hablo y me lleno la boca de pastel para evitar hablar de más. Natalie se ríe, entonces saca su teléfono, comienza a manipularlo y, después, un hombre rubio, con los ojos azules y bastante parecido al doctor Cullen de las películas de *Twilight* aparece frente a mis ojos.

—Es él —me dice, como si fuera a sentirme mejor, como si un hombre de ese tipo y con el cuerpo trabajado en el gimnasio va a hacerme sentir mejor. Y no es que tenga baja la autoestima,

porque yo estoy bastante bien en realidad, y no es por tirarme flores. Pero ese... —. Y ese es su esposo.

Cambia la foto, entonces miro al tipo que está en la pantalla. Después una foto de ellos dos juntos y veo el gesto de burla en el rostro de Natalie. No puede estar hablando en serio.

—¿Estás bromeando conmigo?

—No, él es el ginecólogo, quien está casado... con un hombre. —Entonces la miro a ella—. Creí que era mejor aclararlo antes de que se soltaran tus demonios internos al ver el nombre del doctor Kirchner ahí.

Nos quedamos en silencio, yo viéndola y ella riéndose de mí. Entonces estiro el brazo y lo paso por encima de sus hombros para flexionarlo rodeándola del cuello.

—¡David! —Me grita entre risas. Estoy presionándola contra mi cuerpo, obviamente de forma suave sin lastimarla, pero lo suficiente como para inmovilizarla—. ¡David, basta!

—Repíte conmigo: «No debo burlarme de David». —Solo estoy escuchando sus risas y me contengo de soltar una carcajada—. Y debo aclarar antes que mi ginecólogo está casado con un hombre.

—¡David!

—¡Repítelo!

Entonces, yo suelto una carcajada cuando me comienza a hacer cosquillas y comienzo a sacudirme como una cobra macheteada, así tal cual, tan vulgar como suena. Natalie se separa de mí, entonces, tendido en el respaldar del sillón quedo todavía consumido entre risas y ella se acurruca a mi lado.

—Voy a extrañar esto cuando nos divorciemos —dice, tomándome su comentario por sorpresa, mi corazón comienza a latir desbocado, siento una extraña punzada atravesarme como una espada y, de pronto, siento como si un puñado de grava se hubiera instalado en mi estómago.

Lo intento disimular lo más que puedo, trago saliva y aclaro la garganta.

—Yo igual —contesto, intentando mostrarme indiferente, pero la verdad es que no miento.

CAPÍTULO 35

David

No sé qué es lo que me da más miedo de estar con Natalie, el hecho de que esté disfrutando mi tiempo con ella o el temor de gozar tanto de su compañía hasta tal punto que no pueda volver atrás. Que sentarme frente a la chimenea contando cualquier estupidez que la haga reír mientras tomamos una copa de vino se haya convertido en mi nuevo pasatiempo favorito. Que viajar en auto por algunas horas, mientras charlamos y escuchamos sus canciones preferidas, sea algo con lo que me sienta extrañamente cómodo.

Tal vez solo sea la impresión de encontrarme a una mujer que se ría tanto con mis historias, alguien con quien puedo ser yo sin preocuparme por el mal olor de mis axilas luego de una pesada rutina de gimnasio. Me da temor acostumbrarme a eso y luego verla partir, quedarme con un hueco en el pecho comiendo helado y cantando canciones de los BeeGee's. Ahora me será imposible no comparar mis siguientes citas con ella, se me hará difícil, por, sobre todo, no pensar que a Natalie no le importa lo material ni los restaurantes lujosos, porque ella no es así y ni siquiera sé que pueda regalarle a una mujer como ella. Comienzo a *googlearlo*.

«¿Qué regalarle a una mujer a la que no le impresiona lo caro y fino?»

Suelto un suspiro, largo y pesado, cuando más de cien mil coincidencias apuntan a una cena romántica, ruedo los ojos y miro la barra del buscador, comienzo a teclear algo nuevo siendo más específico:

«¿Qué regalarle a una mujer a la que no le impresiona lo caro y fino, que no sea romántico, por favor?»

—David. —De pronto la rasposa voz del viejo Steve me estremece y casi me caigo de la banqueta donde estoy. Me espabilo de inmediato, aclaro la garganta y llevo la vista en su dirección, esbozando una forzada sonrisa mientras guardo el teléfono celular—. ¿Te acuerdas de este viejo de vez en cuando?

—No te pongas romántico, Steve. —Él suelta una leve carcajada y le extiende un pedazo de pastel de manzana que Natalie había hecho esa mañana—. Te traje algo.

—Se ve bien, pero mi problema de diabetes... ¡a la mierda! ¿Quién quiere pies? Dame eso. —El viejo Steve hace que una risa se me escape y toma el recipiente que trae el pastel y camina en dirección de la puerta que va hacia la cocina; solo dos minutos después está de regreso con dos cucharas y me extiende una. Tira de una banqueta y se sienta frente a mí en el otro lado de la barra.

—¿Dónde está tu chica? —le pregunto, el viejo esboza una sonrisa. Reposo su mano sobre la barra y me mira.

—Hoy tendremos nuestra cuarta cita.

—¿Qué? —No puedo evitar reír. El viejo Steve se lleva un pedazo de pastel a la boca y asiente con la cabeza—. ¿Cuándo diablos pasaron las otras tres citas?

—Ni siquiera yo lo sé. —Steve tiene una sonrisa de oreja a oreja que me hace reír aún más por el hecho de imaginármelo a él en una cita—. Estoy nervioso, hasta me tomé un relajante muscular.

—Steve, ¿por qué tomas relajantes musculares si no tienes músculos? —Él me mira con desaprobación, niega con la cabeza sin despegarme sus pequeños ojos furiosos de encima,

finalmente esboza una sonrisa y continúa comiendo el pastel.

—Voy a casarme con esa mujer. —Suelto un suspiro y contengo la risa, porque no quiero decir nada de lo que en estos momentos pasa por mi mente—. Y tú vas a ser el padrino de mi boda.

—Steve, ¿recuerdas la edad que tienes?

—Por supuesto, tengo una vejiga que no me permite olvidarlo. —Definitivamente, hablar con el viejo Steve es la mejor terapia para un mal día. Aún recuerdo que él fue quien se quedó conmigo luego de los funerales de mis padres, aún en el peor momento me hacía sacar una sonrisa.

Con la cuchara que me había extendido hace unos minutos corto un pedazo del pastel y lo llevo a mi boca, a pesar de haber comido un buen pedazo antes de irme a trabajar, podría comerme otro porque debo admitir que Natalie es una excelente repostera.

—Oye, esto sabe bien —menciona Steve, y asiento en respuesta, es justo lo que estaba pensando, pero no voy a decirlo—. Te lo dije, la mujer que todo hombre desea tener.

No digo nada en ese momento, no tengo que decir, no puedo ni siquiera llevarle la contraria en esto porque sé que, muy a mi pesar, es verdad.

—Sabes... tengo los papeles de divorcio. —Hago una pausa, ni siquiera miro el rostro de Steve y ni siquiera quiero imaginarme su gesto—. No tengo idea de cómo decirle a Natalie, no sé cómo se lo pueda tomar o si...

—No lo hagas —dice, interrumpiéndome, ruego los ojos y suelto un suspiro.

—Hablo en serio, Steve, necesito un consejo.

—Yo nunca he estado casado, así que nunca tuve que divorciarme jamás en mi vida. Soy la última persona que puede darte un consejo. —Bufo—. A ver —dice, dejando la cuchara a un lado del recipiente justo sobre la barra—, ¿qué es lo que más te preocupa?

Me detengo a pensar en esa pregunta, lo que hace unas semanas deseaba más que cualquier cosa era que llegara ese día que tendría los papeles de divorcio en las manos, ahora quisiera hacerlos desaparecer. Intento convencerme de que lo que siento ahora es solo porque no quiero ser parte del grupo de personas que han abandonado a Natalie y es lo que le digo a Steve.

—No quiero formar parte del grupo de personas que la han abandonado, Steve. No quiero ser una estadística más en su vida, ella no se merece eso.

—Entonces no te divorcies. —Una risa desganada se escapa de mis labios y negando con la cabeza vuelvo la atención al pedazo de pastel frente a mis ojos—. Puedes arrepentirte.

—Steve, Natalie y yo no somos el uno para el otro.

—David —dice, casi como un suspiro—, no existe el amor destinado, existe el amor humano, ese que se construye a diario, el que hay que luchar para sacar adelante.

No digo nada por unos segundos que, para mí, se convirtieron en una eternidad. Otra vez me encuentro sin qué decir ni qué hacer, pero lo intento disimular y tomando una pose más relajada digo lo siguiente:

—Tantas cursilerías me dan jaqueca, Steve.

Para mi suerte, su atención se quita de mi persona y se centra en la entrada del bar al momento que la campana anuncia la llegada de un cliente al establecimiento de Steve. Él se pone de pie para atender a quien sea que haya entrado y busco el teléfono celular para citar a Natalie en algún lugar para decirle sobre el divorcio, porque tarde o temprano tengo que hacerlo.

—John, amigo, ¿qué te trae por acá? —Escucho la voz rasposa del viejo Steve, no presto atención a lo que dice exactamente la voz masculina porque mi mente está centrada en todos los

pensamientos que se me atraviesan y en lo que debo o no hacer ahora.

Juego con mi teléfono entre mis manos, pero viendo hacia un punto en específico sobre la barra. Regreso mi vista al teléfono celular y antes de que pueda armarme de valor y escribirle un mensaje sobre el lugar donde vernos, un texto de su parte me interrumpe.

De: Constanza

Lo he conseguido.

Sus palabras me hacen fruncir el ceño y de inmediato escribo mi respuesta con una pregunta sobre qué es lo que ha conseguido, miro la pantalla de mi teléfono por unos segundos que hasta pude contar de lo rápida que fue su réplica. Mis ojos se mueven de manera ágil y precisa por cada palabra que contiene el mensaje.

De: Constanza

El empleo, David. En el programa, el que hablamos el otro día.

Me toma un segundo cambiar de gesto y esbozar una sonrisa. Y en solo un instante estoy deslizando mis dedos sobre el aparato electrónico para enviar mi respuesta.

Para: Constanza

Te lo dije.

No espero su texto de regreso, solo chequeo el reloj y me doy cuenta de que esta es la hora que ella ya está en casa. Me pongo de pie y me despido de Steve con un gesto de mano, él esboza una sonrisa y hace lo mismo. Salgo del bar y en unos pocos minutos ya estoy en mi auto.

Me toma algún cuarto de hora o más llegar a casa, ni siquiera me importan las calles abarrotadas y las filas en los semáforos. Efectivamente, cuando llego ella está ahí, su auto es el primero en saltar a mi vista y luego la observo salir por la puerta principal, me sonrío y estaciono mi auto para ir en su dirección, pero no me espera, ella ya está ahí cuando bajo del coche, a unos cuantos metros, a paso rápido acorta nuestra distancia y sinceramente, su siguiente acto, sorpresivo y acogedor, me toma por sorpresa. Su pequeño cuerpo se estampa contra el mío y sus piernas, fuertes y firmes, se envuelven en mi cintura. Algo cálido me llena el pecho, algo indescriptible me llena de una emoción aterradora. La rodeo con mis brazos, dice tantas palabras que me hacen escapar una risa, camino con ella aún a horcajadas, me alegra verla feliz, tanto así que mi mente olvida por completo lo que tengo por decirle y deseo guardármelo hasta que sea un momento más apropiado.

—Bueno, esto tenemos que celebrarlo —digo, y se le escapa una risa. Su rostro queda muy cerca del mío, tanto así que nuestras narices se rozan, soy incapaz de moverme y ella se percata de nuestra cercanía, pero no se inmuta, se queda ahí con nuestros rostros así de cerca, tan cerca que siento el aroma a fresas que desprende su labial. Me aterra que este nivel de cercanía me agrade tanto.

—Tengo que contarle a Alex —dice, y sus pies de inmediato tocan el suelo, dejándome confundido y con los pensamientos desbocados, aclaro la garganta y finjo buscar algo entre los cojines del sofá, aunque no tengo ni idea de qué carajo inventar que se me perdió por aquí.

—¿No le habías contado? —pregunto, intentando sonar indiferente, detiene el tecleo en su celular y me mira, aclarando su garganta vuelve la mirada a su teléfono.

—Cuando me lo confirmaron fuiste la primera persona que pasó por mi cabeza. —Por un instante nuestras miradas se conectan, no sé cómo sentirme con esa declaración; no sé, siquiera, qué decir—. ¡Oh, por Dios! No le cuentes eso a Alex, va a odiarte.

Eso me hace reír, ella también se ríe. Se aleja mientras continúa escribiendo en el aparato y solo minutos después trae un sobre en las manos. Su celular lo deja dentro del bolsillo del vaquero y me extiende algo que por un momento siento temor de lo que pueda ser, pero ella tiene una sonrisa amplia, así que no sé si sentir alivio o más terror.

Abro el sobre despacio, sin despegarle los ojos de encima porque esa sonrisa se me antoja macabra, miro el interior del pequeño paquete y me percató del porqué de su expresión.

Son dos tiques. Bien pudieron ser reservaciones para un hotel en Los Hamptons o unos días en alguna playa exótica en México, pero no, son dos putos tiques para lanzarse de un paracaídas.

—Mañana a las diez.

—No, ni de coña, Natalie Constanza. Ni de coña.

CAPÍTULO 36

David

Pero no hubo manera de convencerla. Todo el camino al supuesto aeropuerto reservado específicamente para actividades recreativas —como si morir fuera una actividad recreativa— fue un jodido tormento mientras Natalie solo decía:

—Relájate, David, ya verás que será muy divertido. Necesitas salir de la rutina y sentir lo que es la adrenalina.

¿Adrenalina? Adrenalina es conducir a doscientos veinte kilómetros por hora cuando estás tomado y te persigue una patrulla, ella es la que no sabe qué es adrenalina de verdad. No entiendo qué adrenalina se puede sentir mientras caes de algo que va volando en el aire.

¡Oh, por Dios! Hoy voy a morir.

Ahora entiendo cuando alguien te dice que antes de morir ves con el ojo del alma todo lo que has hecho en tu vida, o algo así. Eso mismo me pasa a mí y me doy cuenta de que no he hecho nada bueno mientras miro por el parabrisas aquel lugar frente a nosotros.

—David. —Escucho la voz de Natalie reclamando mi atención y por un momento me siento perdido, me espabilo aclarando mi garganta, tomo una calada de aire y me preparo mentalmente para caminar hacia mi muerte—. Vamos.

Constanza se baja del auto de una manera tan entusiasta que me aterra, ni por la salvación de mi alma quiero tirarme de un helicóptero, avión o lo que sea. Parpadeo unas tres veces para armarme de valor, y cuando me mentalizo de que sí, que definitivamente voy a morir dentro de unas cuantas horas, intento abrir la puerta del auto, pero ella ya está ahí sosteniéndola para mí con esa sonrisa sádica en sus labios, la misma con la que me despertó esta mañana.

—¿Quién carajo puede disfrutar esto? —Tomo las gafas de sol y las pongo en mis ojos una vez que mis pies tocan el pavimento del parqueo, cierro la puerta del auto y miro en todas las direcciones esperando ver a alguien muriendo para jugar al paramédico y así perdamos nuestro turno.

—Ehhh, todos —habla, tomando mi mano y llevándome a rastras hacia el interior del sitio. Miro a una multitud de personas rebotante de alegría, ansiedad y entusiasmo, con sus monos estúpidos de paracaidistas. Si algo voy a agradecer es que al menos me miro bien con este traje.

—¿Sabes qué? —le digo a Natalie, ella se gira un poco en mi dirección mientras caminamos hacia, creo, recepción—. Esto es una mala idea.

—David, basta.

—Tengo tanta mala suerte que, si muero, te aseguro que no van a encontrar mi cuerpo.

—David —menciona entre risas—, ¿por qué te quejas tanto?

—Porque, para empezar, quejarse es gratis.

Ella solo está riendo mientras firma unos papeles luego de dar con la ubicación de la recepcionista, les doy un vistazo y me doy cuenta de que dice que ellos no son responsables de cualquier daño o accidente causados por la mala manipulación del arnés. Ah, y que también tenemos que regresar por nuestra cuenta con tan solo una brújula y un mapa. Es decir, podemos caer en una tribu de caníbales y nadie irá a nuestro rescate.

—David, firma aquí. —Natalie me extiende los jodidos papeles y vacilo por varios segundos si firmar esto o no—. Vamos, se hace tarde.

—Oye, ¿crees en la vida después de la muerte? —pregunto, luego de pensar seriamente que es muy probable que esté firmando mi acta de defunción—. ¿Crees que debería llevar un par de calzoncillos por si acaso?

O preservativos, tal vez.

—David, solo firma —dice, un tanto molesta y un tanto divertida, termino de firmar los malditos papeles y ella se los entrega a la amable señora que lleva una camiseta con el logo del lugar. Esperamos un momento, mientras ella se acomoda los lentes y se cerciora que, definitivamente, hemos firmado.

—No se preocupe... —habla la fémina con cabello entrecano mientras lleva su mirada de nuevo a lo que, creo, son mis papeles—. Señor Schmitt, solo registramos treinta muertes el año pasado.

Se me paraliza el corazón.

—¡Qué reconfortante! —exclamo con mofa—. Siento un alivio enorme al saber eso. ¿Escuchas eso, Natalie? —La miro fingiendo sorpresa—. ¡Solo treinta personas murieron el año pasado!

—Pero eran personas con experiencia que decidieron saltar con paracaídas individual desde la avioneta. Ustedes pagaron por el de principiantes, unos instructores irán con ustedes. —La mujer da un mordisco a un donut y continúa hablando—. Según nuestras estadísticas, solo se registraron trece muertes el año pasado por salto tándem.

Oh, por Dios.

—Si el paracaídas principal falla —continúa la mujer, luego de tragar el bocado de donut— y el de repuesto también, solo vaya hacia la luz.

—¿Qué? —Ella hace una simulación de extender unas alas y volar con los brazos abiertos y luego se encoge de hombros.

Miro a Natalie y ni siquiera está prestando atención, está mirando el mapa que hace unos momentos le habían entregado y me extiende el que se supone es mío, tira de mi mano y a jalones me lleva en dirección a lo que creo que son las avionetas.

Con nuestros dedos entrelazados subimos en la que nos indican y sigo esperando que el clima juegue a mi favor, se acerque una tormenta y nos digan que, lamentablemente, no podemos tirarnos desde el avión, pero nada de eso pasa. ¿Dónde están los desastres naturales cuando alguien los necesita? Miro a Natalie y me aterra verla tan tranquila y emocionada en partes iguales, presiento que en cualquier momento de la caída a mí me dará una crisis nerviosa y terminaré con popó en los pantalones.

—¿Sabes que si esto falla nos estampamos en el suelo? —le pregunto, fingiendo una tranquilidad que en estos momentos desconozco, cuando ya nos hemos elevado unos cuatro mil metros y uno de los instructores asignados nos está ayudando a acomodarnos el arnés.

—Será la última cosa que hagamos y la haremos juntos.

La miro con desaprobación, aunque eso suena bien cursi y romántico preferiría haber optado por una maldita cena en la orilla de una playa y bajo la luna de las estrellas, es mejor pasar vergüenza que un maldito susto como este. Ella simplemente se ríe y el pánico vuelve a mí al pensar que esto es lo último que probablemente haga.

—Relájate, David, ya verás que no hay nada mejor que caer a doscientos kilómetros por hora desde un avión.

—¡Sí! Por supuesto, mejor incluso que estar a salvo en tu casa viendo series de Netflix —contesto con sarcasmo. El instructor, que hace unos momentos nos estaba hablando sobre algunas

indicaciones a tomar en cuenta, se acerca a mí y otro más joven a Natalie.

—¿Están listos? —pregunta el hombre mayor y yo solo me concentro en el muchacho que está sujetándose al traje de Natalie. Él le está sonriendo y explicándole algo que, supongo, es sobre la caída desde el avión, no hay necesidad de sonreír para explicarle a alguien cómo lanzarse desde un avión.

—¿Entendió, señor Schmitt? —me habla el hombre, que ahora que lo observo detenidamente bien podría ser el gemelo perdido de Lord Voldemort, pero con nariz. Yo asiento, aunque no sé qué carajos me dijo, pero él no me ha dicho nada sonriendo, así que no, no hay necesidad de sonreír y quiero decírselo al jovencito frente a Natalie.

—Está bien. Venga conmigo —habla el que no debe ser nombrado. Oh, por Dios, él enlaza algo en mi traje y quedamos sostenidos de la cintura. Observo a una emocionada Natalie charlando con el tipo ese, hasta que Voldemort tira de mí y tengo que sostenerme de todos lados mientras nos acercamos a la puerta abierta y el aire me golpea fuertemente el rostro—. A la cuenta de tres.

—No, no, no —digo, negando con la cabeza—. ¿Qué? ¿Vamos a ir primero?

—Quiero decirle que si no siente el tirón que le mencioné al inicio —¿Tirón? ¿Qué? ¿Hablamos de algún tirón?— es que es muy probable que el paracaídas haya fallado. Si el de reserva también falla, hay un 98 % de probabilidades de que no sobrevivamos.

¿Qué carajos? Oh, por Dios, voy a morir, juro que voy a morir. Dios, si me escuchas, no permitas que un inepto tome mi puesto en la revista *Anderson* y lance a la mierda todo lo que he hecho.

—¿Listo? —Observo por última vez lo que será mi día en la tierra. Miro a Natalie y al tipo ese ir primero porque yo estoy sostenido de un barandal en estado de *shock*.

—Nos vemos abajo —me dice Natalie besando mi mejilla. Le beso los labios aprovechando que el tipo ese está frente a nosotros y ella arruga el entrecejo.

—Por si muero —le digo, y una risa se le escapa. Hace un gesto de adiós con la mano y asiento en respuesta. Se lanzan y unos cuervos comienzan a revolotear en mi estómago. En segundos ya no hay ni rastro de ellos en mi visión.

—Vamos, seguimos. —El hombre tira de mí y mi corazón comienza a latir con violencia.

—Espere... solo... —No me deja que termine, me lanza y cierro los ojos con fuerza cuando siento una corriente de aire golpearme con ímpetu, a tal punto de no poder respirar.

Maldición, a este punto estoy temblando, suspendido en el aire, la sensación es agobiante pero excitante en partes iguales. Siento al instructor moverse y logro escuchar algo de sus labios parecido a un «Oh, Dios». ¿Qué? ¡No! Abro los ojos e intento ver hacia arriba y no hay nada sobre nosotros, el hombre vuelve a sacudir algo de su arnés y vuelvo a escuchar un «Oh, Dios». ¡No! Comienzo a gritar con fuerza porque presiento que esto no va bien, comenzamos a dar vueltas en espiral.

¿En qué momento accedí a venir aquí?

CAPÍTULO 37

David

No. No quiero morir.

No, no quiero ir hacia la luz ni a ningún lado. Joder.

Siento que no puedo respirar.

Solo puedo pensar en que me quedan como cinco minutos de vida, estamos dando vueltas y a este punto hasta el instructor está comenzando a gritar. Voy a desmayarme, tal vez así no siento la fuerza del impacto. Nunca he gritado tanto en mi vida, ya mis cuerdas vocales se están desgarrando y mi garganta ya no da para más.

Algo cae de su mochila, de inmediato mi cara cambia a un gesto de desesperación y grito con más fuerza. El instructor comienza a agitar los brazos como alas y yo comienzo a hacer lo mismo, no sé si esto va a salvarnos de algo, pero a este punto ya nada me importa.

—Vamos a moriiiiir —grita tanto que soy capaz de escucharlo a la perfección, y todas mis alarmas internas se activan—, vamos a moriiiiirrrr.

Parece que está llorando. Mierda. Está llorando.

Yo estoy al borde del colapso, sabía que esto era mala idea, lo sabía. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué no le hice caso a mi sexto sentido?

—Nah, es broma. —Le escucho decir con una risa ahogada por el aire, presiona el botón rojo y en ese momento siento el famoso tirón del que tanto hablaba.

¿Qué?... Alto ahí... ¿Qué? ¡La madre que lo parió! ¡Hijo de su puta madre! ¡Hijo de su putaaaa madreeeeeee!

—¡Hijo de tu putaaaaaa madreeeeeeeeeee! —le grito con todas mis fuerzas, quiero llorar, de tensión o de alivio, no me interesa. El muy maldito comienza a reír a carcajada limpia mientras descendemos. Quiero agarrarlo y darle un puñetazo en la cara ahora mismo, pero la velocidad a la que me golpea el viento me lo impide.

Iba a morir de un infarto.

—Iba a morir por tu culpa, hijoooooo de putaaaaaaa.

Debí imaginarme el porqué de su parecido con Lord Voldemort.

Mi garganta está seca y ni siquiera lágrimas me salen por la conmoción, siento las rodillas flaquear y a este punto me tiembla hasta King Kong. Voy a matar a este tipo, voy a matarlo, el arnés me está rozando la entrepierna y la adrenalina que siento ahora es para golpear en la cara a este bastardo.

Él comienza a zarandearse y, por ende, esos movimientos no ayudan a mi sistema nervioso, cierro los ojos con fuerza.

—Te matoooooo —le grito a todo pulmón, el suelo se ve más cerca y solo quiero poner los pies en la tierra y no volver a hacer esto nunca más—. Más te vale que tengas un seguro de vidaaaaaa, más te vale, malnacidoooooo.

No sé cómo alguien puede hacer esto por diversión.

Algunos siete, ocho o diez minutos después, no estoy seguro, es cuando finalmente miro el suelo a unos escasos metros. Él habla sobre algo que según él me dijo antes de tirarnos del avión, alguna cosa sobre cómo aterrizar, pero en este punto me vale una mierda la manera como debo aterrizar.

Solo unos segundos después mis pies se estampan contra la tierra y mis rodillas no reaccionan a tiempo, ambos caemos rodando, cubriéndonos de polvo y hojarasca seca, uno encima del otro, aún unidos por la cintura, lo cual me dificulta rodar en paz, terminamos chocando y, para rematar la situación, envueltos en el paracaídas.

—Esa no era la forma...

—¡Me vale una mierdaaaaa! —le grito a la mala copia de Voldemort, interrumpiéndolo. Estoy casi hiperventilando, él solamente se ríe y comienzo a desenredarme del paracaídas para lazarme sobre él—. Maldito seas. —Torpemente, intento ponerme de pie para dejarle ir mi puño en su cara, pero por el agarre de nuestros trajes cada movimiento es tonto y en vano. Pero lo intento, lo dejaré sin nariz para que le haga honor a su cara del señor tenebroso, él intenta defenderse y me molesto más por no poder desquitar mi ira con toda la comodidad posible.

—La próxima vez —Forcejea conmigo en un intento inútil— sí estará atento a las indicaciones, ¿cierto?

—Por tu culpa no habrá una próxima vez, hijo de la fruta. —Lo sostengo del traje y levanto el puño para estamparlo contra su cara pálida. Recuerdo a Natalie en ese momento y suelto el material del mono del señor tenebroso para buscar el *walkie-talkie* que hace unos minutos nos habían dado.

Él suelta el agarre que aún nos mantenía unidos y corre en otra dirección luego de soltar el paracaídas de su arnés, me dejo caer bocarriba intentando recuperar el aliento y antes de que encuentre el aparato, diviso a Natalie a un par de metros. Ella viene en nuestra dirección y desde esta distancia, por la sonrisa en los labios, puede apostar que a ella sí le ha gustado esta tortura. Mis ojos de inmediato van al tipo idiota que fue su instructor, que está caminando junto a ella y en ese momento quiere poner su mano en su cintura.

—Por allá está la niñita rubia —le dice Voldemort, quitándose las gafas y el casco...

Esperen...

¿La qué?

Escucho las risas de Natalie y se acerca a mí a paso rápido mientras miro al idiota con desaprobación.

—¡Feliz año nuevo, señor Schmitt! —habla el hombre, le sonrío de manera sarcástica y le saco el dedo medio. Con una sonrisa se pierde tras unos arbustos con el otro instructor y vuelvo mi vista a Natalie, quien suelta una carcajada y me extiende el brazo.

—¿Estás bien? —me habla, ya más relajado y con mi corazón bombeando sangre como debería, asiento—. ¿Lo ves? Sobreviviste.

Quiero hacer mi comentario más sarcástico posible, pero no quiero mencionar la broma de Voldemort, así que tomo su mano y de un tirón me ayuda a ponerme de pie.

—Es la última vez que te acompaño a algo como esto, Natalie Constanza, la última. —Con una risa toma mi mano, con ayuda de una brújula y los dos idiotas llegamos a la parada de buses más cercana, parte de la experiencia también consiste en regresar en autobús.

Fueron las dos horas más largas de mi vida.

Llegamos al aeropuerto maldito, ese “para actividades recreativas”, casi al atardecer, para entregar los objetos que se supone nos traerían de regreso. En recepción está la misma señora de la luz con su caja de donuts y un moño despeinado en la cabeza.

—Oh, tienen cara de haberse divertido. Especialmente tú, muchacho. —Me señala, la miro con seriedad, espero los putos papeles que tengo que firmar y cuando me los extiende lo primero que

llama mi atención es la línea en que se lee «firme aquí si no ha muerto».

Dejo mi firma, junto a un comentario: «¿En serio? Yo pensaba regresar desde la luz para firmar esto».

Conduzco a mi casa y en un punto Natalie se queda dormida, con su mano sobre la mía, la cual solo quito para meter cambios y vuelvo a dejarla en su lugar. Me toma algunos sesenta minutos sentir el alivio de ver mi casa frente a mí y saber que ya puedo tomarme una ducha y deshacerme del traje de la tortura. Acomodo mi auto en el parqueo y llevo la mirada a Natalie, unos mechones de cabello marrón caen de manera rebelde por su rostro y los despejo de su frente.

—Nat —digo en un susurro, ella solo se remueve un poco y entreabre los ojos, esbozo una sonrisa y me bajo del auto. Acto seguido, lo rodeo y abro la puerta de su lado para cargarla en mis brazos.

—David —dice, entre risas—, ¿qué haces?

—Puedes seguir durmiendo. —Suelta una carcajada, con el pie cierro la puerta del auto y entro a mi casa, subo las escaleras con ella a toda prisa y me doy cuenta de que tengo que practicar más cardio.

Entro a su habitación y me quedo impactado por la cantidad de arte en este lugar, mis ojos van a cada uno de los cuadros y dibujos en cada pared, quiero encender la luz para observarlos mejor, pero en mi intento de dejar a Natalie sobre su cama ella se sostiene de mi cuello haciéndome caer junto a ella y rodar sobre las sábanas azules, haciéndome reír. Gira en mi dirección de modo que quedamos frente a frente, tan cerca, pero estoy acostumbrado a esta cercanía y no me dan ganas, ni por la salvación de mi espíritu de alejarme, aunque sea un centímetro.

—Gracias por acompañarme —me dice, le doy una media sonrisa en respuesta, se acerca a mí y deja un beso húmedo en mi frente—. Cuando quieras repetimos.

Suelto una risa que bien puede confundirse con un llanto.

—¡No sabes las ganas que tengo de repetir eso! —contesto con ironía—. Ahora está en mi lista de cosas por hacer antes de morir. De hecho, será la última cosa en mi lista por si muero ahí mismo.

Llevo una parte de su cabello detrás de su oreja y ella se acerca a mí, roza su nariz fría con la mía, eso me hace reír y me siento tentado de unir esos labios con los míos y así lo hago.

Sus labios están suaves, exactamente como la última vez que los besé, pero este beso es diferente, es uno que grita cuánto extrañaba esto, un beso que me recorre de pies a cabeza, que me sabe a tortura. Que causa una revolución dentro de mí tan inmensa, pero que al mismo tiempo se siente... dulce.

Sus manos, tersas y suaves, pasan por mi torso, sobre el traje maldito y las lleva hasta mi cuello para profundizar el beso, me besa con ansias —con urgencia— y yo correspondo de la misma forma. Mis manos se aferran de manera fuerte y firme sobre su cintura y soy perfectamente consciente del momento en el que ella está sobre mí, mis manos pican por sentir ese cuerpo por debajo de ese traje. Un suspiro lento y entrecortado se escapa de mis labios al sentir su boca bajando por mi barbilla y mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes a su paso, volviendo a su origen. A este punto ya he perdido la cordura. Soy consciente, también, de que a este paso no me podré detener. Con mis dedos ansiosos y temblorosos voy bajando el cierre del traje. El beso toma menos fuerza y lentamente se va separando de mí. La siento esbozar una sonrisa y, acto seguido, un gesto de negación.

¡No! Se deja caer al mi lado y me llevo las manos a la cara de manera fatalista. ¡Nooooo!

No sé qué hacer, mi corazón late a mil y temo tener un ataque cardíaco justo ahora. La miro, pero ella se ríe. ¡Dios mío! ¡Ser santísimo! ¿Cómo puede haber tanta maldad en una mujer? Se acomoda a mi lado y yo termino por reírme, porque no hay otra cosa que hacer en estos casos, carajo. ¿Por qué no existe un manual que te diga cómo actuar ante estas situaciones? Nos simplificaría la vida, señores.

Me quedo ahí un momento, sin saber qué decir o qué hacer, o si encerrarme en el baño y terminar lo que comencé. La observo un momento, con su rostro hacia mí, pero sus ojos cerrados, no sé qué me está pasando con esta chica que me hace sentir de esta forma, de pronto solo quiero abrazarla y acurrucarla en mis brazos, no me importa siquiera tener relaciones o no, paso la mano sobre su cintura y me acomodo de manera que mi barbilla descansa en la base de su cabeza, nos quedamos así... juntos y, a este punto, siento que este es uno de los mejores momentos de mi vida, algo que se siente tan bien y tan mal en partes iguales, pero que me llena el pecho de una sensación abrumadora y desconocida. Me doy cuenta de que tal vez sea tarde para intentar retroceder.

CAPÍTULO 38

David

Abro los ojos con lentitud al sentir una claridad golpear de manera intensa mis pestañas. Parpadeo para acomodarme a la luz y, de inmediato, me percató de que me he quedado dormido, con el traje estúpido de paracaídas, en el cuarto de Natalie. Me toma unos segundos recordar lo acontecido anoche y una sonrisa, inconscientemente, se me dibuja en el rostro. A punto de ponerme de pie la puerta de la habitación se abre y Natalie, quien ya se había dado un baño y ahora lleva un *top* y unos *leggings*, aparece y me extiende unos papeles. Son los papeles de divorcio.

Son los jodidos papeles de divorcio y hago memoria de dónde pudo haberlos sacado. Recuerdo que la última vez que los toqué fue el día que los dejé dentro de mi maletín cuando los encontré en mi escritorio. Pero hago memoria de aquel día que llegué a casa y saqué unos papeles del trabajo que dejé sobre la mesa frente a la chimenea.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunta. Su voz suena calmada, serena, todo lo contrario a como me imaginé que sería un divorcio. Camina hacia su mesa de noche mientras pienso las palabras más adecuadas para decirle sobre el porqué aún no se lo había dicho.

—La verdad es que no encontraba la forma, ¡vamos!, no es como que me divorcie todos los días. —La observo gesticulando una media sonrisa, me la juego para sonar despreocupado, como se supone que debería ser, hasta hacerlo incluso sonar como una broma.

—Solo hubieses mencionado los papeles de divorcio y listo. —Observo la pluma que sostiene su mano y, sin pensarlo dos veces, la desliza en el espacio vacío sobre la delgada línea arriba de su nombre.

Mi corazón está a punto de paralizarse o hacerse un hueco en mi pecho y salir corriendo.

Hace unos meses esto me hubiese hecho saltar en un pie. Lo hubiese mandado todo a la mierda y a esta hora estaría camino a alguna fiesta a celebrar mi soltería. Pero por un extraño motivo lo que siento está muy lejos de la felicidad, una sensación extraña que se me antoja amarga, agridulce...

Trago saliva en el momento que la escucho hablar:

—Solo falta tu firma. —Me extiende el papel. Con mis dedos temblorosos tomo los folios y guarda la pluma de regreso a su gaveta. Esperaba otra reacción, algo que me causara remordimiento, pero su rostro está tan pacífico que me hace preguntarme si seré únicamente yo sintiéndome de esta manera.

—¿Estás segura? —pregunto, y lo que quise hacer sonar como socarronería suena más bien a súplica y quiero darme una cachetada—. Más bien... quiero decir... —Me pongo de pie y voy hasta la mesa de noche para sacar la pluma de nuevo y dejar de verme tan ridículo—. ¿No sientes ni un poco de remordimiento por dejarme abandonado con dos peces y daño psicológico por lanzarme a la muerte así por así, el día de ayer?

Ella suelta una risotada, intento ocultarlo, pero en realidad mis manos sudan y tiemblan, tanto así que también me río para aliviar la tensión que siento sobre mis hombros, tomo la pluma y lo hago, sin detenerme a pensar, sin decir siquiera una palabra, sin otro gesto más que una sonrisa.

—Listo —hablo, viendo los papeles. Me vuelvo a ella para mostrárselos y asiente sin decir nada más—. Nat, no quiero que te sientas obligada a irte solo por esto, quiero decir... que... puedes

quedarte aquí el tiempo que quieras...

—Está bien —me corta, esbozando una sonrisa—, muchas gracias. —Sus labios se pegan en mi mejilla y, en parte, eso me hace sentir alivio. Tomo una larga calada de aire al verla cruzar el umbral de la puerta y saco mi teléfono celular para redactarle un correo a mi abogado, su respuesta no tarda en llegar confirmando la hora que pasará por los papeles esta mañana.

Tomar una ducha, vestirme, conducir a la empresa, tomar un café, llegar a mi oficina y sentarme, fueron cosas que hice completamente de manera automática, esperé la hora que dijo el abogado que vendría con la mirada fija en algún lugar, tomando un sorbo de café cada setenta y siete segundos, hasta que él estaba ahí golpeando mi puerta con los nudillos y le entregué los papeles.

—El divorcio toma un tiempo, señor Schmitt. —Fueron sus palabras, asentí en silencio, con la vista fija en algún lugar, hasta que sus siguientes palabras me hicieron reaccionar—. ¿Está seguro de esto?

—Por supuesto —contesté de inmediato, dejé la taza sobre la mesa y comencé a teclear en mi computadora.

Son más de las cinco de la tarde, lo sé porque he estado viendo mi reloj cada cinco minutos, no he terminado mi trabajo y no tengo mente para hacerlo. Me froto el rostro con las manos y justo un par de minutos después mi celular suena. No dudo en sacarlo de mi bolsillo ni un segundo, y mucho menos cuando veo el número de Natalie en la pantalla.

—¿Hola? —digo justo al descolgar, tomándome un tiempo para no sonar desesperado.

—David, ¿puedes venir por mí? Mi auto se averió —dice esto último con una pizca de vergüenza, pero al rato es sustituido por una risa al escuchar unas palabras que no logré identificar—. Lo siento, Carmen está conmigo.

—Está bien. ¿Dónde estás? —Me pongo de pie de inmediato y guardo todos mis papeles de manera apresurada, dejando solo una libreta y una pluma para anotar la dirección en la que se encuentra.

—Bien, dame unos veinte minutos. —Escucho su afirmación y tomando mi maletín salgo de la oficina. Solo diez minutos después estoy conduciendo al lugar y dos minutos pasados del estimado de tiempo que le dije me encuentro frente a una casa antigua que de inmediato me percató de que es un orfanato.

Bajo del auto y comienzo a teclear un mensaje cuando estoy en la puerta del local y cuando lo envió es Carmen, la amiga de Natalie, la que aparece por la puerta brindándome una gran sonrisa.

—Natalie ya estará aquí, solo estamos acomodando algunas cosas. —Asiento, miro que con dificultad carga una caja y le ofrezco mi ayuda. Ella me guía a un salón lleno de globos y de inmediato llama mi atención la cabellera achocolatada de Natalie, está rodeada de niños mientras ellos se ríen y ella les dice algo mientras está de cuclillas y una niña se sostiene de su cuello.

—Ella es buena con los niños. —Escucho que me dice Carmen, quien me indica el lugar donde dejar la caja sobre una mesa junto a algunos regalos—. Dice que quiere una familia numerosa, así que... ve perfeccionando la puntería, muchacho.

Como que me ahogo con mi propia saliva. Ella me golpea el brazo con el codo, al mismo tiempo que me guiña un ojo y se aleja. Comienzo a toser y de pronto siento que me falta el aire; busco algo que tomar, un niño se acerca a mí y me extiende un jugo con su regordeta mano. Carraspeo para aclarar la garganta y tomo el envase.

—Gracias, amigo —menciono cuando el aire ya ha entrado a mis pulmones al niño menudito y simpático de no más de cuatro años que me está viendo fijamente.

—¿Quién eres? —me dice, me acuclillo para quedar de su tamaño.

—Soy David, ¿y tú? —extiendo la mano para despeinar su negro y ondulado cabello y me da una media sonrisa.

—Soy Liam. Mi mejor amigo se llama David —dice de inmediato con entusiasmo mientras quito el sello del envase y tomo un sorbo del jugo.

—¿En serio? ¿Y dónde está tu amigo David?

—Justo aquí, al lado mío, ¿no lo ves? —Frunzo el entrecejo al mismo tiempo que miro a su lado—. No, a ese lado no, al otro.

Miro el otro lado y por un momento me siento estúpido buscando al otro David.

—Dice que le agradas —agrega—, pero quiere saber por qué tienes cabello en el rostro.

—Ah... —¿Qué se supone que le contestas al amigo imaginario de un niño de cuatro años que quiere saber por qué tienes cabello en el rostro?—. Cuando tú... o más bien, ustedes... —Lo miro a él y miro a su lado, fingiendo que el otro David está ahí—... crezcan también tendrán cabello en el rostro. —El pequeño hace una mueca, mira hacia un punto fijo y vuelve su atención a mí.

—Siendo así, no quiero crecer. —Me siento ofendido, voy a contestar y decirle que los hombres con barba son mucho más sexys, pero de inmediato su aguda vocecita me interrumpe—. ¿Eres amigo de Natalie?

—Es... —vacilo en mi respuesta—... bueno, se puede decir que dentro de poco sí.

—Es mi amiga también, algún día podemos jugar los cuatro a las escondidas. —Liam se acerca a mí y muy cerca de mi oído susurra—. David siempre gana.

—¿En serio? —Finjo asombro—. Nunca me lo hubiera imaginado. —El pequeño asiente entusiasmado y se aleja de mí cuando Carmen dice su nombre y le extiende unos dulces, los toma con una sonrisa en los labios y luego vuelve su atención a mí.

—Adiós, David. —Mueve la mano indicándome una despedida y asiento con la cabeza—. Fue un gusto conocerte. Vamos, David —susurra a su lado. Lo miro perderse tras una puerta y por un momento me quedo ahí, viendo el punto donde el pequeño Liam ya no está con una sonrisa.

Siento una mano posarse sobre mi hombro y Natalie está ahí, tendiéndome un dulce, lo tomo con una sonrisa al mismo tiempo que me pongo de pie.

—¿Conociste a David? —pregunta, y busca algo dentro de una bolsa enorme que tiene en las manos.

—Eso creo, no le gustó mi barba, al parecer. —Natalie se ríe, su vista sigue puesta en la bolsa que carga y la ayudo a sostenerla cuando sus siguientes palabras definitivamente llaman mi atención:

—Perdió a sus padres hace un par de años, desde entonces se hizo un amigo imaginario. —Por un momento me siento abrumado por la historia del pequeño Liam, no sé qué es perder a tus padres de tan pequeño y terminar en un lugar como este—. Ninguno de sus familiares quiso quedarse con él. Una tía materna, que fue quien obtuvo la custodia, lo vino a dejar a este lugar.

Creo que estar abrumado se queda corto, me quedo sin nada que decir y lo primero que hago es buscar al pequeño Liam con la mirada entre la multitud de niños que andan corriendo por ahí y lo miro en una esquina, jugando con unos autos pequeños. Vuelvo la atención a una niña que está tirando del brazo de Natalie y ella le extiende más dulces.

—¿Nos vamos? —La voz de Carmen interrumpe mis pensamientos y vuelvo mi vista a ellas dos.

—Carmen venía conmigo en mi auto... ¿Podemos...?

—Oh, no —interrumpe Carmen—, puedo llamar a un taxi.

Niego, le extiendo la mano en dirección a la puerta de salida y ella asiente en silencio. Natalie la sigue y yo voy tras ellas, hasta que nos subimos a mi auto. Todo el camino es silencioso, excepto las veces que sonaba alguna canción por la radio y Carmen nos decía a gritos que esa era su canción favorita. Me di cuenta de que todas eran sus canciones favoritas. Solo unos minutos después nos despedimos de ella y Natalie se baja para darle un abrazo.

—¿Ya sabe que tendrás otro empleo? —le pregunto, una vez que está dentro, hace un gesto afirmativo y su expresión se vuelve nostálgica.

—Lloró, pero después dijo que iría a torturarme la vida todos los días. —Eso hace que una risa se me escape y vuelvo a poner mi auto en marcha. El resto del camino pasamos en completo silencio, pero no uno incómodo, sino de ese tipo de silencio que te gusta porque estás con la persona correcta. Solo minutos después estamos en el garaje de mi casa, Natalie se quita el cinturón y pone su atención en mí:

—Oye, ¿tienes algo que hacer ahora? —Me estoy quitando el cinturón cuando la escucho hablarle, le digo que no y le agrego:

—Estoy pensando en ir a ejercitarme un poco. ¿Quieres venir?

—Claro, apuesto a que hago más abdominales que tú. —Se baja del auto, miro esa sonrisa burlona suya antes de cerrar la puerta. Bajo la ventanilla para hablarle, entonces se inclina cuando me escucha:

—¡Ja, ja! Eso jamás.

—¿Qué quieres apostar? —No voy a mentir que hago un esfuerzo sobrehumano para no ver su escote y me concentro en sus ojos. Me doy una palmadita mental en la espalda por mi fuerza de voluntad y pasar en alto lo bien que se mira en esa pose.

—Lo que tú quieras.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Salgo del auto con la barbilla en alto. Me quito el saco de mi traje y camino en dirección a la puerta sin siquiera esperarla. Cuando me giro, está en el mismo lugar, con una sonrisa al estilo Jocker y agrego—: ¿Y bien? ¿No estás lista para tu derrota?

—Ya sé qué es lo que vamos a apostar. —Camina hacia mí y se detiene justo al frente mío, con las manos cruzadas sobre el pecho y esa decisión digna de las mujeres cuando están pensando en hacer maldades.

—¿Qué cosa?

—Te lo diré cuando ya hayas perdido.

—Eso no se vale.

—¿Asumes que vas a perder? —Enarca una ceja y se da media vuelta haciendo que su cabello también se mueva a su paso. Abre la puerta y se detiene para girarse a mí y agregar—: ¿Y bien? ¿No estás listo para tu derrota?

CAPÍTULO 39

David

No debí hacer una apuesta con Natalie. Ese será mi nuevo mantra: no hacer apuestas con Natalie. Y mucho peor sin saber antes de qué se trata.

Miro el espejo frente a mí y con el entrecejo fruncido miro la afeitadora, vuelvo mi vista a Constanza con un gesto de súplica, pero no le importa, ni siquiera cuando hago un mohín que a cualquier mujer le enternecería, excepto a ese tipo que le gusta hacer maldades. Casi visualizo a Satanás tomando una taza de café mientras conversa con ella la nueva forma que van a utilizar para destruir el mundo. Y se lo dije, pero entonces se rio y encendió la afeitadora.

—Perdiste y dijiste que apostabas lo que sea. —Me extiende la máquina maldita, se encoge de hombros, toma la crema de afeitar y también la pone frente a mí, con una sonrisa, esa misma que me sabe a cruel y despiadada—. Fue lo que tú elegiste, David.

—No me dejaste otra opción —le contesto, esperando algo de arrepentimiento de su parte, que me diga que se disculpa, pero no hay nada, solo su vista clavada en mi persona, vuelvo a hacer el mohín.

Natalie suelta una carcajada, camina en mi dirección y toma lugar en el borde de la bañera, aún está sosteniendo la crema de afeitar leyendo la etiqueta o tal vez pensando otra forma para ridiculizarme. Vamos, que no pensé que ella pudiera hacer más abdominales que yo.

—Claro que te di otra opción —replica de inmediato, agitando el envase para luego dejar salir un poco sobre la palma de su mano.

—Ponerme unos zapatos de tacón y pasearme por la empresa no era una opción —digo nuevamente con un gesto de desaprobación sobre ella—. ¿Puedo dejarlo para después? ¿Cuándo regrese de mi trabajo? —Sí, estoy pensando en salir de aquí y no regresar, tal vez mudarme a China o Tailandia.

—Ayer dijiste que lo dejarías para hoy. —Confieso que dormí imaginando las formas como podría escapar por mi ventana y no volver. Porque aparte de estar a punto de perder mi barba, perdí mi dignidad—. No puedes apostar algo y no cumplir.

—Yo no sabía que... olvídale. —Tomo la máquina de afeitar y cierro los ojos con fuerza.

—Aún tienes la opción de usar tacones. No te quedarían mal.

—Me vería di-vi-na —me mofo, viéndola con seriedad. Constanza sin despegar la mirada de encima ni la sonrisa sádica, se pone de pie solo para juntarme la crema de afeitar en el rostro, pero no solo eso, sino que toma mucho más y la esparce por toda mi cara.

Me toma unos segundos reaccionar y quitarle el envase de las manos, por instinto comienza a alejarse de mí y corre por todo el espacio mientras yo voy tras ella, comienzo a verter un poco del líquido espumoso en mi mano una vez que se queda atrapada en el baño entre la pared y yo, sin escapatoria. Entre risas intenta escabullirse, pero contra mi cuerpo la sostengo con fuerza, mi mano viaja a su rostro y en solo un instante su cara y parte de algunos de sus rizos castaños están cubiertos del líquido blanquecino. Forcejea conmigo para agarrar el envase, pero no se lo permito, terminamos deslizándonos y cayendo al suelo a carcajadas, me doy cuenta de que me quedé sin crema de afeitar y para estar seguro me giro en su dirección y dejo caer sobre ella el resto de líquido.

—Oh, Dios —digo, con gesto fatalista—. No tengo crema de afeitar. ¡Qué pena! —exclamo, muy alto, fingiendo sorpresa, con los ojos bien abiertos—. ¡Esto es una estafa! Solo te rocié un poco y mira...

—¿Alguna vez te dijeron que eres un excelente actor? —me dice, arrebatándome el envase y agitándolo para cerciorarse de que no hay nada dentro—. ¡Qué lástima que tengas otra en el botiquín detrás del espejo!

—Nooo-o-o. —Finjo lloriquear, con las manos en el rostro, hasta que siento una fuente de agua chocar con fuerza en mi rostro—. Noooo.

Tomo la fuente y con el rostro empapado ahora la apunto a ella, que está hecha un ovillo en una esquina riendo con diversión, entre risas desliza su espalda por la pared hasta quedar sentada sobre el piso, las carcajadas me restan fuerza y solo dos minutos después estoy tendido a su lado, con el abdomen adolorido sin poder detener mi impulso de carcajearme a gusto.

—Llegaré tarde por tu culpa —le hablo, con la frente puesta en uno de sus hombros, las risas van mermando al cabo de unos minutos, me percató de que estoy empapado, ambos lo estamos. Casi me paralizó cuando siento su mano postrarse en la parte trasera de mi cabeza y comenzar a acariciar mi cabello con suavidad, una delicadeza tan extrema que casi me roba el aliento. A este punto, mi cara está en la curvatura de su cuello y su mejilla está descansando en mi frente.

—Encontré un apartamento —me dice, de pronto, cuando estaba a punto de quedarme dormido. Su comentario definitivamente me llama la atención y me hace tragar con fuerza—. Dentro de unas semanas estaré mudándome.

No digo nada sobre eso, solo sé que algo dentro de mí parece romperse e intento meter ese sentimiento en una caja, ponerle un moño y arrojarla en lo más profundo de mi ser.

—¡Oh, por Dios! ¿Ahora cómo voy a aprender a vivir solo otra vez? —pregunto con mofa y una clara preocupación fingida, ella se ríe poniéndose de pie y me extiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—No es tan difícil —habla con sorna—, solo comienza a tirar tus cosas por toda la casa y listo.

Ahora es mi turno de reír. Levanto el dedo pulgar en señal de aprobación y la observo alejarse y perderse tras el vidrio corrugado del pequeño espacio.

—¿Te ayudó con la mudanza? —pregunto, no dice nada por un momento y pienso que ha salido de la habitación. Camino en dirección a la puerta del baño cuando aparece en mi campo de visión con la jodida crema de afeitar, la agita en el aire con gesto triunfante mientras yo llevo las manos a mi cara.

—Noooo —lloriqueo.

Pensándolo bien, debí haber muerto en el paracaídas el otro día. Hubiese sido un excelente titular: ‘Gerente de la revista Anderson muere en accidente de paracaídas’, pero después, pensándolo mejor, hubiese aparecido en titulares junto al gemelo perdido de Lord Voldemort y me hubiese quitado el protagonismo, quien, por cierto, esta mañana me comenzó a seguir en Instagram y me dejó un mensaje que no pienso leer nunca.

Volviendo al tema de mi nuevo aspecto, siento que he vuelto a nacer, literalmente, no en el buen sentido, sino en el malo, muy malo. Me miro en el espejo retrovisor del auto y me doy cuenta de que tengo cara de bebé, ya hasta había olvidado el por qué me dejaba la barba, he rejuvenecido unos diez años, pero eso no es nada bueno.

—Te ves bien, David.

—No me hables.

Natalie está en carcajadas en el asiento del copiloto, no me ha hecho mostrarle una sonrisa; ni en el desayuno, ni camino al auto, ni cuando nos detuvimos a comprar helado de McDonald's, ni ahora, que vamos hacia su trabajo, todo por hacerme pasar por esto.

—Vamos, David, no puedes estar molesto conmigo toda la vida. —No contesto, mi vista sigue clavada en la carretera, ni siquiera me importa llegar tarde ahora. Quiero encerrarme en una cueva y no salir hasta dentro de unos cinco años—. Crecerá en unas semanas.

Mejor enciendo la radio. Tamborileo los dedos sobre el volante y muevo mi cabeza levemente al son de la música clásica de alguna banda que no logro reconocer. Me encanta viajar en silencio, cuando no estoy de humor, claro.

—Además, es tu culpa, todavía te pregunté si estabas de acuerdo.

—Tidivia ti priginti si istibis di acuiridi.

Dado que ahora tengo cara de niño, nadie puede culparme por mi comportamiento infantil.

Más risas por parte de Natalie, ya estoy a punto de derribar la coraza de la seriedad y soltarme a reír con ella, pero mi fuerza de voluntad tiene que poder más, aprieto los labios en una línea recta en un intento de no reír, llegamos a un semáforo que de inmediato cambia a luz roja y me detengo esperando pacientemente que se acabe esta tortura. Miro por la ventana de al lado cuando en ese momento ella se lanza sobre mí y comienza a hacerme cosquillas.

—Natalie, basta —digo entre risas. Ya no puedo más. Intento que vuelva a su lugar, pero no lo logro hasta que una serie de pitidos provenientes del claxon de los autos detrás de nosotros comienzan a sonar, entre risas se aparta y pongo en marcha el auto cuando me percató de que el semáforo ha cambiado de color.

—Escúchame —hablo, conteniendo una risa—. Esta es la última vez... —Estira la mano y vuelve a hacerme cosquillas—. No, nooo. —A este punto ya me duele el abdomen, aclaro la garganta en un fallido intento de no reír—. Basta, si chocamos tú irás a la cárcel por mí. —Finalmente se relaja en su lugar cubriéndose el rostro con ambas manos hasta que, por fin, luego de algunos diez minutos se deja de reír.

—Vamos, David, te ves increíble —dice, no contesto otra vez, me concentro en el parabrisas y el terrible tráfico a estas horas, miro el reloj y no, no llegaré a tiempo, pero no me importa, tal vez llegando tarde pase más desapercibido.

Para mi suerte, el resto del camino es tranquilo y me estaciono frente al edificio del canal para el que trabaja Natalie, no la miro, continúo concentrado en el parabrisas porque no tengo ganas de hablar.

—Nos vemos más tarde. —Le escucho decir al abrir la puerta del auto, seguido de una risilla de su parte ante mi silencio, vuelve a entrar y presiona sus labios contra mi mejilla rodeando mi cuello con los brazos.

—Nooo —digo al recordar que lleva pintalabios rojo, pero continúa llenando mi rostro de besos sin importarle mis advertencias, hasta que finalmente deja de hacerlo. Se baja del auto, colgando el bolso de su hombro y me da un adiós con la mano una vez que está fuera del vehículo.

—Por cierto —habla, cuando saco mi pañuelo para limpiar el resto de su labial—, iré a ver el apartamento por la tarde, ¿vendrías conmigo?

—Por supuesto, solo envíame un mensaje cuando pase por ti.

—Bien. —Ella asiente, miro el reloj y veo que ya me he pasado de la hora que se supone que debo estar y ni de coña aparezco a la hora que el caga-billetes me dijo, no sé con qué mentira llegaré frente a Oliver ahora, pero tal vez mi nuevo *look* lo distraiga.

Y eso es lo que pasa.

Para mi suerte, al entrar a la sala de la reunión, luego de ignorar la atención de todos los empleados sobre mi persona, Oliver está tecleando en su computadora, al notar mi presencia mira el reloj, pero al ver mi rostro de inmediato su entrecejo se frunce y cierra su computadora.

—¿Qué hay, maldito caga-billetes? —saludo, tomando lugar a su derecha y Oliver me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué hiciste con tu barba de *hippie*? —interroga, le muestro mi cara de desaprobación acomodando mi saco, en ese momento siento vibrar el celular en el bolsillo izquierdo de mi pantalón y lo saco de ahí en el instante que la imagen de Natalie se forma en mi cabeza.

—Perdí una apuesta con Natalie —digo, restándole importancia—. Era eso o usar tacones todo el día.

—¿Apuesta? —replica de inmediato, lo escucho reír cuando desbloqueo la pantalla de mi celular y el nombre de Andi es el que brilla en el aparato.

—Hace más abdominales que yo. ¿Puedes creerlo? Ya me estaba burlando de ella cuando alcancé los 180 sin descansar y ella hizo 220 —contesto, viendo las palabras de la pelirroja en mi teléfono.

De: Grano en el culo Andi

Pero qué bien te ves.

Decido ignorarlo, continúo hablando con el caga-billetes cuando otra vez vuelve a sonar para preguntarme por qué no contesto y me dan ganas de tirar el teléfono por la ventana.

—Por cierto, moveré a Andi a otro departamento —le digo a Oliver, quitando la atención de mi teléfono para que él no lo note—, o me cortan los huevos —miento, la verdad creo que a Natalie ni siquiera le importa, tal vez debería probarlo—. Ahora necesito un secretario.

—¿Un secretario? —Cristal, la nueva secretaria de Oliver, se acerca y deja una taza de café frente al caga-billetes. En ese momento escribo la respuesta a Andi, quien no tarda en mostrarse indignada.

Para: Grano en el culo Andi

No tengo por qué contestarte, aunque ya estoy perdiendo tiempo escribiendo esto, por lo tanto, voy a aprovechar para decirte que no me importa del todo si te gusta o no.

De: Grano en el culo Andi

Solo estaba siendo amable, adiós.

Me masajeo la sien y tomo la taza del café de Oliver para darle un sorbo, él solo está viéndome con el ceño levemente fruncido y dejo la taza de nuevo en su lugar para volver mi atención a él.

—Sí, secretario, Oliver —recalco—. Andi ya me está volviendo loco.

Y no en el buen sentido. Antes me volvía loco en el sentido de cachondo. Eso fue antes de que las cosas se complicaran, de que yo me casara y descubriera que estaba compartiendo fluidos con Camilo el casado, que no me cae tan bien.

Por suerte, la reunión inicia y el caga-billetes no pregunta más, guardo el teléfono celular y espero a que esto se termine. Una vez que salgo de la sala la primera que aparece en mi campo de visión es Alexandra, con quien luego de intercambiar palabras me doy cuenta de que algo no está bien. Voy a enviarle un texto a Natalie cuando llego a mi oficina y llama mi atención la cabellera roja de Andi. Al notar mi presencia se comporta de una manera extraña que me hace dudar por un momento; una vez que se retira, comienzo a buscar algo que haya podido instalar aquí para luego usarlo en mi contra.

Un mensaje llega a mi móvil. Lo había dejado sobre mi escritorio hace unos instantes y al tomarlo mi corazón da un vuelco de emoción al ver su nombre brillar en la pantalla.

De: Constanza

¿Cenamos juntos?

Casi de inmediato comienzo a escribir una respuesta afirmativa, pero siento que me veo desesperado, por lo tanto, espero unos minutos y me encamino a la oficina de Oliver con los papeles que me ha dejado Andi y que requieren la firma del caga-billetes.

Entro a la oficina de mi amigo e intercambiamos algunas palabras mientras firma los papeles, algo relacionado con el padre de Alex y una supuesta enfermedad que me parte el corazón al recordar la muerte de mis padres y lo doloroso que fue pasar por eso, mucho más cuando todas las cosas se me acumularon en ese entonces.

—Por cierto, Anderson —le hablo, una vez que me ha entregado nuevamente los folios y me estoy poniendo de pie—. Necesito que me firmes unos papeles para mover a Andi a otro departamento.

—Escucha —me dice, cuando camino en dirección a la puerta—, si vas a contratar a un secretario no contrates a jóvenes, porque no quiero tener que despedir a alguien porque le ande echando un ojo a Alex. ¿Entiendes?

—Eres un maldito celoso. —Suelto una carcajada—. Recuerdas cuando decías... celar... ¿para qué?

—Porque otra mujer como Alex no la voy a encontrar nunca.

—Ni yo encontraré a otra como Natalie, pero no por eso la voy a celar todo el tiempo...

—Espera... —me interrumpe, y hasta este instante soy consciente de mis palabras, me doy cuenta de lo que acabo de decir y en mi cerebro se reproducen de manera lenta y precisa—. ¿Acabas de decir que nunca encontrarás otra como Natalie? Estás rompiendo la barrera que juraste nadie pasaría, David Schmitt.

En ese momento intento lo posible por enmendar mis palabras, pero no se me ocurre nada inteligente para decir o hacer. Simplemente decido ignorarlo con un bufido y una sonrisa sarcástica.

—Sabes qué, mejor voy por los papeles. —Cierro la puerta antes de que diga más estupideces y voy en dirección a mi oficina. Me siento en la mullida silla detrás de mi escritorio, por unos instantes con los dedos entrelazados, con la barbilla descansando sobre ellos y los codos sobre la mesa, intento pensar en qué es lo que me pasa, quiero creer que es solo cariño, es imposible no sentir aprecio por alguien con quien convives todos los días.

Pienso en eso todo el rato hasta convencerme de que lo que siento no es algo más y me voy a casa a la hora de siempre. Mientras manejo y paso frente al bar de Steve vienen recuerdos sobre aquel día en el estacionamiento, intento alejar de mí cualquier pensamiento, lanzarlo lejos, de pronto me da curiosidad por saber qué siente ella por mí, pero no voy a preguntárselo. Me envía un texto indicándome que se quedará un tiempo más en su trabajo y que Carmen va a llevarla y me acuerdo de que no le dije nada sobre la cena, pero mejor se lo diré una vez que estemos en casa. Mientras tanto, aprovechando el tiempo que ella se quedará en su trabajo voy hacia la casa del caga-billetes y entrenamos juntos mientras espero a Natalie, que aseguró que vendría en un par de horas. Oliver se burla de mi nuevo aspecto un par de veces y yo de su nueva casa con cortinas rojas y su sillón exótico.

—Este hijo de puta de sillón es cómodo —digo, tomando un vaso que me extiende. Él suelta una leve risa mientras se deja caer en el sofá frente a mí.

—Sí, debo admitir que lo es —contesta, mientras le doy un sorbo al batido de proteína—, una vez me senté y me dormí ahí, Rosa me tomó una maldita foto, me hizo un maldito *Feibu* usando esa foto para imagen de perfil. La odiaría si no fuera porque cocina bien.

Eso me hace reír, hasta tal punto de casi ahogarme con el maldito batido.

—Espero que te ahogues por imbécil. —Sí, sí, palabras de un buen amigo. Apuesto a que llorará sobre mi tumba si algo llega a pasarme, voy a decírselo, pero el timbre suena y se pone de pie de un salto.

—Debe de ser Natalie —le digo, poniéndome de pie igualmente—, dijo que quería venir a hacer ejercicios conmigo.

—¿Más retos? Yo quiero estar ahí para burlarme.

—Te pica el culo.

Voy detrás de él y se detiene justo antes de abrir, voy a decir algo sarcástico pensando que Natalie está detrás de esa puerta, pero cuando doy un vistazo se me paraliza el corazón al ver a la persona de pie ahí, del otro lado, y por la forma en que me mira sé que tampoco se esperaba mi presencia aquí.

CAPÍTULO 40

Tres años antes

—No puedes estar hablando en serio, Brittany. —Mi mirada es casi suplicante, siento cómo la sangre golpea con fuerza detrás de las orejas, tengo las manos frías y nunca había sentido tanto temor por perder algo en mi vida.

—Lo estoy, entiéndelo, David. —Escucho la pizca de desesperación en su voz, como si le urgiera que yo desapareciera de su vista, me niego a aceptar lo que pasó. Sigo pensando que es una mala broma de su parte— Yo no siento nada por ti.

—¿Es alguien más? —me atrevo a preguntar.

—¡No! ¡Por Dios! —exclama de inmediato, recostada sobre el umbral la puerta de su apartamento suelta un bufido—. David, solo vete, por favor. Ya llegará la chica indicada para ti, pero yo no soy esa persona.

—Íbamos a casarnos —suelto, casi en un sollozo—. ¿Qué...?

Su risa sarcástica me interrumpe.

—Acepté casarme contigo para que no pasaras vergüenza, David. Por el amor de Dios. Si me lo hubieses preguntado en un lugar privado mi respuesta hubiese sido diferente.

—Claro... y tuviste que aclararlo un mes después... a través de una nota.

No dice nada en ese momento, sostiene su mirada en la mía, tan fría e indiferente.

—Entiende que no, David, no quiero estar contigo nunca más. —Levanta la voz y puedo sentir la frustración con que espeta esas palabras—. ¿Por qué te empeñas en herirte...?

—Amor. —Escucho una voz masculina, en ese momento miro por encima de su hombro y puedo jurar que mi corazón dejó de latir en ese instante, siento cómo la garganta se me ha secado de golpe en el momento que mis ojos lo enfocan a él, que solo lleva una toalla sobre su cintura y con otra se seca el cabello. Mi vista de inmediato viaja a la bata de baño de ella y a su cabello, que aún gotea un poco de agua—. ¿Qué diablos hace este idiota aquí?

No presto atención a la pregunta de Henry, me limito a verla a ella, que solo tiene su mirada hacia el suelo, se vuelve en dirección a esa persona cuando escucha sus pasos dirigirse en nuestra dirección.

—Él ya se iba... —Escucho la vacilación en su voz y por un par de segundos que sus ojos me enfocan puedo ver una pizca de vergüenza que se filtra a través de ellos.

—Más le vale. —Lo escucho cuando se ha acercado lo suficiente para cerrar la puerta en mi rostro, pero justo antes de hacerlo dejo ir mi puño contra su cara.

Actualidad

Doy un paso hacia atrás con la cabeza hecha un nudo al igual que mi estómago, intento mostrarme indiferente y doy media vuelta para sentarme en el sillón violador y fingir que nada ha pasado, por la ventana logro divisar a Natalie entrando por el portón de la casa del caga-billetes y ruego para que no haya hurgado en mi vida y sepa quién es esa persona allá afuera.

Miles de pensamientos llegan a mí, todos aquellos que apuntan a aquella época de mi vida que me hace sentir avergonzado, de pronto estoy sumergido en el recuerdo de aquella pelea con el hermano de Oliver por esa persona que me hizo sentir tan miserable y patético hasta la mierda. Escucho que intercambian unas palabras con el caga-billetes y reconozco la voz de Natalie en esos momentos hasta que un par de segundos después aparece en mi campo de visión, me espabilo de inmediato al ver su sonrisa cuando sus ojos me enfocan.

—¿Qué sucede? —me pregunta. Niego con la cabeza intentando alejar cualquier pensamiento que me haga ponerme de mal humor, pero me es casi imposible.

—No es nada —digo, cuando en ese momento me toma por sorpresa el hecho de que se sienta sobre mis piernas. Toma el vaso de batido de proteína que está sobre la mesa frente a nosotros y bebe un poco.

—¿Ese es el hermano de Oliver? —cuestiona, por un momento no me había detenido a pensar que lo más seguro es que también él esté por aquí y maldigo mentalmente, porque lo más seguro es que quiera ir a dar órdenes a la empresa, como siempre lo hace, aunque no sepa una mierda.

—Es lo más seguro —hablo, sonando sereno, aunque mi mente sea una completa revolución peor que un nudo hecho por un *boyscout*. Tomo el vaso de sus manos y le doy un trago.

—¿Son amigos? —Casi me atraganto, Natalie no sabe esta parte de la historia y no pienso contársela tampoco. Aunque suelto una risa irónica y ella no pregunta más, hago lo posible por verme relajado mientras niego con la cabeza sin dar más detalles y saborear la vainilla del líquido.

Escucho unos pasos cruzar la sala de la casa del caga-billetes y de pronto me encuentro con la mirada de Henry, siento el impulso de estrenar mis habilidades de dos clases de kárate con él, pero recuerdo que no tengo necesidad de usar tales cosas porque es del tipo que sale corriendo en busca de sus padres. Escucho la voz de ella arriba de las escaleras y él corta el contacto visual conmigo para dirigirse en su dirección.

—Oye, pues el tipo no está mal —habla Natalie viendo a Henry, y yo como que me ahogo con mi propia saliva, suelta una carcajada y la miro con desaprobación—, pero voy a admitir que tú estás hecho un bombón, así que no te llega.

Me quiero reír, pero no lo hago. Me pongo de pie de un salto con toda la seriedad tiñendo mi rostro y llevo a Natalie a rastras en dirección a la puerta de salida.

Oliver está caminando hacia nosotros y suelta un suspiro que me indica que tampoco le agrada la presencia de esas dos personas, pero no hablamos nada y agradezco que no pregunte ni hable de más frente a Natalie.

—Te veo mañana, Anderson. —Él asiente. Se rasca la nuca con intención de decirme algo, pero no lo hace y se lo agradezco interiormente. No es algo de lo que quiera hablar ahora, tampoco algo que quiero que Natalie sepa, no quiero tener que revivir esa historia contándosela a alguien más.

—Sí, hasta mañana —dice simplemente. Veo las intenciones de quedarse que tiene Constanza en su rostro y antes de que me convenza la llevo a mi hombro y ella suelta un grito agudo que me hace reír.

—David, bájame ahora.

—Pesa más un saco de patatas.

—¿Alguna vez has levantado un saco de patatas?

—No, pero puedo investigarlo en Google y apuesto a que pesa más que tú.

Ella comienza a reír y justo antes de entrar a mi casa el celular comienza a vibrar dentro de mi bolsillo, por un momento el corazón me comienza a golpear con fuerza el pecho cuando me viene a la mente que se puede tratar de la persona que miré hace unos minutos.

Dejo a Natalie sobre sus pies cuando estamos frente a la puerta de mi casa y vacilando saco el teléfono celular cuando lo siento nuevamente vibrar en mi pierna.

—Oye. —Natalie me llama, pero sigo viendo mi teléfono celular, aunque intento lo más que puedo prestar atención a sus palabras—. ¿Te parece si vemos una película?

—Me parece bien —contesto, haciendo contacto visual con ella en el momento que deslizo el dedo por la pantalla de mi teléfono celular y cuelgo la llamada del número desconocido, aunque sé perfectamente de quién se trata.

—Está bien, solo me cambio y preparo algo. —Asiento, me ubico sobre el sillón con los codos sobre las rodillas, presiono mi nariz entre el índice y el pulgar y cierro los ojos con fuerza al sentir una nueva vibración del teléfono, que había dejado junto a mí sobre el mullido sofá.

Llevo el dedo índice y lo paso sobre la pantalla solo para percatarme de que se trata del mismo número y ni por una milésima de segundo siento ganas de contestar. Desvió la llamada nuevamente y casi de inmediato llega un mensaje de ella...

¿Podemos hablar? Podemos ir a cualquier lugar, solo me gustaría que charláramos... tomar una copa o algo...

Sostengo el celular en mis manos leyendo nuevamente el mensaje y no puedo evitar pensar en aquellos acontecimientos de hace años. Y siento pena por mí mismo. Casi quiero golpear mi cabeza contra la ventana repetidas veces por ser tan idiota.

Nuevamente llega un mensaje y siento el terrible impulso de cambiar de número.

Solo una charla como amigos... no quiero que te imagines otra cosa.

Dejo caer el teléfono a mi lado. Me siento estresado y de mal humor, mi espalda choca en el respaldo del sillón y me froto el rostro con las manos para liberar la tensión.

—¿Palomitas? ¿O sándwich? —Escucho la voz de Natalie a mis espaldas—. También hay helado de chocolate.

—Yo creo que me voy a dormir —le digo, poniéndome de pie—, estoy cansado y mañana tengo que despertarme bastante temprano y... —Tomo mi teléfono celular y camino en dirección a las escaleras—. Hasta mañana, Nat.

Ella solo me observa retirarme, con el tazón de palomitas en sus manos, casi siento pena por no seguir la rutina de todas las noches, pero no me siento con ganas de hacer otra cosa. Dejo un beso en su frente para, acto seguido, subir los escalones de dos en dos.

—Hasta mañana. —Le escucho, esbozo una media sonrisa en su dirección y solo unos minutos después estoy sumergido dentro de mis sábanas.

Decido apagar el celular cuando una llamada nueva llega y lo dejo lo más lejos de mí.

CAPÍTULO 41

David

Está de más decir que no logré dormir absolutamente nada. La alarma sonó luego de algunos minutos de haber conciliado el sueño, me remuevo inconforme sobre mis sábanas y siento que la cabeza me da vueltas. Algo me dice que hoy no estaré de buen humor.

Lo primero que hago luego de abrir los ojos es buscar mi teléfono y encenderlo. Suelto una bocanada de aire al ver que no tengo llamadas perdidas de ningún número, de inmediato llega un mensaje del caga-billetes sobre tener que estar temprano en la empresa porque él irá por Alex al aeropuerto.

Pero olvidó mencionar un detalle. Al llegar a la empresa, él está ahí. Su hermano.

Inhalo aire, lo suficiente como para soportar el hecho de tener que verlo ahí, tomando la posición de Oliver cuando él no sabe un carajo lo que está haciendo y me da rabia cuando se presenta en una reunión de socios a corregir al resto cuando ni él mismo sabe de lo que está hablando.

No soy el único que se percata de eso, por la mirada del resto de los presentes me doy cuenta de que no solo yo estoy a punto de soltar una carcajada, pero nadie dice nada al respecto, porque es el hijo del dueño de este lugar. Y yo tampoco digo una palabra para evitar problemas, algo que debí haber sabido hace un tiempo y no hubiera comprometido mi beca universitaria. Luego de la reunión intento no cruzarme con él, soy el primero que deja la sala e intento no mediar palabra con nadie que pueda entretenerme, no quiero tener que topármelo en los pasillos o afuera. Por lo tanto, me quedo en mi oficina y no salgo, viendo hacia un punto fijo con los codos sobre el escritorio y los dedos entrelazados, descanso la barbilla en ellos, como por alguna media hora hasta que me doy cuenta de que esta no es una posición cómoda.

Escucho la puerta de mi oficina abrirse y casi de inmediato la cabellera pelirroja de Andi es la primera en aparecer en mi campo de visión, casi voy a maldecir en su nombre cuando veo la pila de papeles que trae consigo y me hace fruncir el entrecejo.

—Dice el señor Anderson —Detesto que lo llamen señor Anderson— que necesita que acomodes estos papeles.

Suelto una carcajada irónica, me pongo de pie y tomo los papeles que trae en las manos, paso a la par suyo cerrando la puerta de golpe a mis espaldas. Me lo encuentro en el cubículo del escritorio de Crystal, con una taza de café en las manos y leyendo unos papeles. De inmediato llamo su atención cuando dejo caer los folios sobre la mesa y me mira enarcando una ceja.

—Ese es tu trabajo para hoy —habla, casi con un tono de ironía, con ese gesto arrogante que me dan ganas de olvidar el lugar donde estoy y qué puesto tengo—, no necesitas hacer nada más.

—¿Por qué no lo haces tú? —pregunto, tomando la misma pose suya y con el mismo gesto—. Este debería ser tu trabajo, porque te apuesto a que es lo único que sabes hacer.

Hay un silencio en la sala en ese momento, de ese tipo que expone cualquier sonido vergonzoso del organismo humano, siento como la tensión fácilmente podría cortarse con un cuchillo y en ese instante escucho un carraspeo de garganta y él mira hacia un punto por encima de mi hombro. De inmediato me doy cuenta de que se trata de Oliver. Él nos mira a ambos soltando un suspiro y yo regreso a mi oficina luego de saludar con un leve asentimiento. Me quedo ahí el resto del día,

hasta que mi teléfono me saca de concentración y me percató de que es la hora en que ya debo ir a casa.

Dudo un par de minutos si debo ver el mensaje o no, y tomando una larga calada de aire saco el teléfono de mi bolsillo, que de inmediato desbloqueo. Siento alivio cuando la luz parpadeante me muestra el número de Natalie, hasta ese momento me percató de que hoy no he charlado con ella y ni siquiera la vi al salir de mi casa. Paso el dedo índice por el teléfono y casi de inmediato sus palabras cubren la pantalla del dispositivo.

De: Constanza

Estoy con Steve. ¿Puedes venir por mí?

¿Steve? Oh, por Dios.

Leo el texto unas cinco veces y me pongo de pie de un salto dejando mis cosas dentro del maletín sin importar el orden, no me doy cuenta del tiempo que me toma salir de la empresa y llegar hasta el establecimiento de Steve. Parqueo mi auto y justo en menos de un par de minutos estoy dentro del lugar visualizando a Natalie, habla y ríe a carcajada limpia con el viejo Steve.

Camino en su dirección y en el momento que ambos me miran esbozan una sonrisa, de ese tipo que son mitad cómplice y mitad macabra, de las que no sé si reír o llorar, quedarme o salir corriendo.

—David, mira esto —exclama Steve con un entusiasmo que me aterra. Levanta una hoja de papel y la pone frente a su rostro y de inmediato que mis ojos enfocan mejor la figura, me percató de que es un dibujo con la cara de Steve con una gran sonrisa—. Es lo mejor que alguien haya hecho para mí algún día.

Steve admira el dibujo y yo ya me acostumbré a sus trabajos que ni siquiera me fijo en los detalles porque sé que siempre serán espectaculares.

—Solo que Natalie fue amable, ocultó el lunar peludo en tu barbilla —le suelto al viejo Steve, el anciano me mira con desaprobación, mientras me siento en la banqueta a la par de Natalie, que intenta no soltar una risa.

—Iré a enmarcarla y la colgaré en la pared —dice con una alegría que casi desconozco en Steve—. Muchas gracias, Natalie. Tienes una artista, David, te felicito. Es la primera vez que te veo elegir bien a una chica. —Me tensó, el viejo Steve se aleja sin esperar mi respuesta y lo observo perderse tras la puerta que da acceso al interior de su establecimiento. No miro a Natalie, siento vergüenza. Sé que Steve hace las cosas a propósito y tengo ganas de lanzarlo por la ventana.

Por suerte, Natalie solo ignora sus palabras. Se vuelve a mí y me extiende una cerveza que, al parecer, acaba de ser abierta.

—¿Aún no tienes tu auto? —pregunto y ella asiente, toma un trago de la otra botella de cerveza a su lado y vuelve la vista al papel que tiene sobre la barra.

—Sigue en el taller —habla, y comienza a garabatear en la hoja blanca y de pronto me invade la curiosidad por saber qué hace.

—Al parecer necesitas uno nuevo —menciono, ella suelta una risa y niega con la cabeza mirando en mi dirección.

—Hay personas que no nos podemos dar esos lujos, David. —Le escucho decir—. Tengo un apartamento que pagar, cuentas que costear por mí misma y sabes lo caro que resulta en este sector de la ciudad.

No digo nada al respecto, la observo atentamente mientras sigue concentrada en el papel, ni siquiera menciono el hecho de que puedo ayudarle a pagar parte de eso, porque la conozco lo

suficiente como para saber que no va a aceptar mi ayuda.

—¿Aceptarías uno de mi parte?

—Por supuesto que no.

—Lo sabía.

Ella solo me dedica una mirada mientras se encoge de hombros y vuelve a lo que estaba haciendo.

No es mi intención comparar a Natalie con esa persona de mi pasado, pero no puedo evitar pensar lo diferente que es ella, no solo física, sino emocionalmente. Es, de hecho, diferente a cualquier mujer que haya conocido, y por un momento se me cruza la idea sobre qué regalarle para su cumpleaños, pero sé que no va a aceptarlo, no aceptaría nada de mí ni de manera obligatoria.

—Apuesto que puedo beber más cerveza que tú. —La escucho hablar, haciéndome volver en mí. Me percató de sus palabras y ni de coña vuelvo a hacer una apuesta con ella.

—¿Qué? No, olvídale. Ni lo pienses. ¿Qué será esta vez? ¿Raparme la cabeza?

Natalie suelta una carcajada y en ese instante Steve se aparece con dos botellas de cerveza más y la pone frente a nosotros.

—¿Qué vamos a celebrar, Steve? —le digo, tomando la botella. Porque ni por salvación de mi espíritu la desperdicio; y pienso que tal vez Steve quiere emborracharme para luego verme hacer estupideces.

—Me voy a casar —suelta de golpe, escupo el trago que hace un momento había tomado y cae sobre mi pantalón, miro el recorrido que hace la gota sobre King Kong y pienso que debo cambiarme este pantalón de inmediato—. En unos meses, así que ve preparando tu traje.

—Steve, ¿es en serio? —Miro sus ojos, tiene una sonrisa de oreja a oreja y asiente efusivo, yo solo pienso que en la luna de miel precisamente no se va a hornear pastelitos.

—Dijo que sí.

—¿Ah?

—Sí, no lo sé, ni siquiera preparé un discurso, solo le dije lo que se me ocurrió en ese momento. Flor se entusiasmó por completo.

—¿Y qué le dijiste exactamente?

—Que me ahogué en un océano llamado mujer. Pero estaba más que encantado. —Toma un paño y comienza a limpiar la barra que nos separa—. Se lo dijo a sus hijos de inmediato y se emocionaron todos.

—¿Tiene hijos?

—Y diez nietos, me encanta, perteneceré a una familia grande. —Steve tira de la banquetta frente a él y se sienta frente a nosotros—. Le dije que yo no tengo hijos, pero que tú eras lo más cercano a uno, serás mi padrino.

—Guau, gracias, qué honor —hablo en serio, miro que la sonrisa suya se ensancha y casi puedo ver un rastro de lagrimilla en su ojo—. Pero, Steve, acabas de tener tu cuarta cita.

—Cuando sabes que esa es la mujer correcta, no necesitas más citas, David.

Natalie suelta un suspiro y yo quiero reírme por las cursilerías de Steve. Solo pensar que en algún momento de mi vida me dejé llevar por esas estupideces románticas y me dan ganas de pedirle prestada una cubeta a Steve y comenzar a vomitar.

Dejamos a un ilusionado Steve algunos treinta minutos después y caminamos por el parqueo hasta el auto, en silencio, hasta que a Natalie se le ocurre romperlo y decir:

—A ti no te importaría que salga con alguien más, ¿cierto? —Su pregunta me toma por sorpresa, casi me hace congelarme en el lugar, yo... emm... no... ¿Cuál era la pregunta?

—¿Qu... —Aclaro la garganta—. ¿Qué? Por supuesto que no.

—Okey.

—¿A ti sí? —Intento que la pregunta suene burlesca y socarrona, pero en realidad suena desesperada y quiero pegar mi frente contra el pavimento por hacer preguntas estúpidas de las que no quiero saber la respuesta.

—No. —Suelta una pequeña risa—. ¿Por qué debería?

Silencio.

Más silencio hasta que llegamos a mi auto y le ayudo con la puerta del lado del copiloto. Me deslizo de mi lado frente al volante, luego de eso pongo el auto en marcha y ninguno habla más durante el camino. Suena una canción, tres, cuatro, ocho canciones y ninguno de los dos comenta nada, ni siquiera para hablar tonterías o tararear canciones.

El motor se apaga una vez que estamos en la cochera y nos quedamos aquí sentados uno al lado del otro, con la oscuridad de la noche cubriéndonos.

—Me mudo el próximo fin de semana. —Le escucho decir, siento que un nudo se me forma en la garganta, pero intento sacarlo de mi interior lo más pronto posible.

—Está bien, solo dime para ir contigo, me gustaría acompañarte —hablo en respuesta, la veo asentir cuando mis ojos viajan a su persona, se baja del auto y luego de unos segundos yo hago lo mismo.

Estoy sacando el celular de mi bolsillo y me asombro de que las llamadas pararon el día de ayer, voy a dejarlo de nuevo en su lugar cuando una figura frente a mi casa llama mi atención. Natalie detiene su paso y esa persona de inmediato se pone de pie del escalón en escalón que estaba, mira a Nat con cierta impresión. Ambas me miran a mí y yo solo tengo mis ojos puestos en ella.

Oh, Dios mío.

CAPÍTULO 42

David

De pronto siento como si mis pies se hubieran congelado en el lugar. No sé cómo reaccionar ni qué decir o hacer, mucho peor cuando mi vista baja a su vientre y está lo suficientemente abultado como para saber que eso no es producto de tan solo una buena cena en Burger King.

Natalie también mira su vientre y ella nos mira a los dos. Cuando Constanza lleva la mirada a mí veo esa expresión en su rostro de no saber si matarme o salir corriendo, no sé por qué siento el impulso de aclarar las cosas, pero antes de que pueda hablar y defenderme la persona frente a nosotros interrumpe mis pensamientos y espeta con extrañeza:

—¿Quién es ella? —Lo que se suponía que fuera una pregunta cordial ha sonado más bien como un reclamo, uno de esos que ha puesto tensa a Natalie y a mí me ha cabreado mucho más. Sé que no es su intención decir precisamente esas palabras de esa forma, porque la conozco lo suficiente como para saber que así de demandante es ella todo el tiempo.

Natalie la mira y luego a mí, sin saber qué decir, intentando adivinar la respuesta en mi rostro, pero yo no tengo ganas de contestar eso, porque no tengo ganas de explicarle de mi vida privada cuando estoy preocupado, concentrado en esa zona que sobresale por su ajustado vestido.

—Soy su hermana. —Natalie interrumpe de pronto, lo que me hace desviar la concentración del problema frente a mí y enfoco a mi esposa de mentira.

—¿Su hermana? —menciona esa persona frente a nosotros. Ya ha quitado la expresión de mero arrepentimiento, estoy seguro de que actuado, para mirar a Natalie como si fuera verdad que en realidad tengo otra hermana.

—Sí, nuestra madre ficticia se cogió a dos tipos diferentes y por eso no somos genéticamente iguales. ¿Qué diablos haces aquí, Caroline?

—Yo...

—¿Es tu hermana? —me pregunta Natalie y casi puedo ver el alivio en su mirada por la forma que su cuerpo se relaja, pero no digo nada porque mi cabeza está dando vueltas en este momento, casi me siento como la niña del exorcista.

—Te dije que si salías por esa puerta no volvieras —le digo a Caroline, ignorando la pregunta de Natalie—. Y, además —Señalo su vientre—, no esperes que yo me haga cargo.

—Fue un accidente.

—¿En serio? ¿Caíste de unas escaleras sobre el pene erecto de un tipo desnudo? Porque si no fue así entonces déjame decirte que no fue ningún accidente...

—David. —Natalie me da un codazo bien fuerte, según ella, disimulado, pero que casi me saca el aire de los pulmones. Vuelvo mi vista a ella y voy a quejarme cuando Caroline interrumpe:

—¿Es tu novia?

—Soy su futura exesposa.

—¿Tu futura exesposa?

—Sí —espeto, ya molesto por la situación—. Si no te hubieras ido con ese tipo que podría ser tu padre te darías cuenta de que me casé y ahora me estoy divorciando. Y muchas otras cosas que no pienso hablar contigo. —Paso a la par de ella y escucho los pasos de Natalie detrás de mí,

cuando subo las gradas y estoy lo suficientemente cerca de mi puerta para encerrarme y no volver a ver atrás, Nat toma mi antebrazo y de un tirón me hace ver en su dirección.

—No vas a dejarla aquí, mucho peor en ese estado.

—Yo no le dije que se embarazara...

—David...

—Tampoco le dije que se fuera con aquel sujeto que apuesto ahora tiene la edad de Steve.

—Eso no es verdad, solo es diez años mayor que yo. —La escucho, pero finjo que no lo hago y pretendo hacer que no está aquí.

—Quise retenerla y terminé en la cárcel por su culpa.

—¡Lo golpeaste!

—Dios, solo fue un pequeño golpe en el ojo derecho.

—¡Después ibas a arrollarlo con tu auto!

—Él dijo que no necesitaba ir a la universidad. —Ya a este punto ni siquiera sé que volumen es el que tiene mi voz—. Quería mostrarle que el doctor que lo atendería en el hospital era alguien que sí fue a una universidad.

—Ya basta —espeta Natalie y suelto un suspiro pesado por lo absurda que debe verse esta escena. Solo quiero entrar a mi casa y meterme entre mis sábanas, olvidar el caos en que se ha convertido mi vida antes de que se acabe el poco de cordura que me queda.

—Yo solo quería...

—No, Caroline —la interrumpo cuando escucho que ha hablado, señalo con mi dedo índice en su dirección y creo que mi expresión denota la furia que siento justo ahora—. Es lo que tú querías, ¿no es así? Que yo desapareciera de tu vida, que no me metiera en tus decisiones, que tú ya eras mayor para tomar las riendas de tu vida. Ya verás qué haces tú con tu accidente.

Caroline se suelta a llorar, maldita sea. Me llevo la mano libre a la cabeza en un gesto frustrado y desesperado. Me masajeo la sien e intento calmarme buscando una paz en mi interior que no encuentro por ningún lado.

—Yo tengo un apartamento. —Escucho hablar a Natalie con la voz temblorosa, bajando las gradas en dirección a Caro—. Apenas tiene unos cuantos muebles, pero puedes sobrevivir con eso. Yo me iba a mudar el fin de semana, pero puedo hablar con el dueño del edificio y decirle que puede iniciar el contrato a partir de hoy, puedes quedarte ahí mientras tanto.

—Natalie, por favor. Ella tiene que aprender que no todo en esta vida es tan fácil, que todo trae consecuencias y uno debe asumirlas.

—David, cállate —espeta Natalie y lo hago, pero no porque me lo ordene, sino porque estoy molesto, tan molesto que puedo soltar palabras que no deba y aprieto los labios en una raya recta para no gritarle y decirle lo inconsciente que es y ha sido todo el tiempo.

—Lo lamento, lamento mucho esto. —Escucho decir a Caroline, sollozando. No digo una palabra, Natalie va hacia ella, se quita el abrigo y se lo pone sobre sus hombros, sé cómo es Natalie y no va a dejarla ir así por así; sin embargo, yo he hecho mi coraza porque de alguna forma tiene que entender que la vida no es fácil como ella cree—. Voy a trabajar, solo necesito un lugar para quedarme mientras encuentro otro.

—Por Dios, Caroline —suelto irritado—. Tienes apenas veinte años, no terminaste la universidad y este idiota ni siquiera pisó una. ¿Cómo pretendes mantenerte en esta ciudad, con un bebé y un salario de camarera?

—No era lo que yo tenía planeado... —Caroline vuelve a llorar, no sé si hartarme o creerme su actuación, pero se me parte el corazón, tengo ganas de pegar mi frente contra la puerta de madera tantas veces como sea posible, hasta quedar inconsciente y olvidar este momento.

—David, préstame tu auto —me habla Natalie, casi con una mirada fulminante, a este punto ya ni siquiera sé que hacer—. David, lo siento, pero yo no pienso dejarla aquí afuera...

Yo no me considero tan gilipollas como para dejarla plantada aquí luego de haber viajado no sé cuántas horas y cargando un bebé en su vientre, pero le dejé claro una vez que si volvía aquí arrepentida era muy probable que yo ya no estuviera para ella, y mi palabra tiene que hacerse valer.

—No... yo... no... quiero. —Caroline niega con la cabeza y se aparta de Natalie limpiando su rostro—. Este fue un error, yo...

—David, es tu hermana. No puedes comportarte de esa forma.

—Es que no lo entiendes —digo con frustración. Natalie resopla, se envuelve la bufanda alrededor del cuello y veo sus intenciones de irse con ella—. Ella es la que quería ser adulta, iba a pagarle todo para que fuera a la universidad, iba a hacerme cargo de todos los gastos, Natalie. ¿Y qué hizo ella? Tomar ese dinero destinado a su educación universitaria para irse con ese sujeto —escupo de manera despectiva—. ¿Ahora quieres que simplemente deje pasar su error? ¿La deje entrar a mi casa y yo me haga cargo de las consecuencias de sus decisiones? Porque sé que eso es lo que haces aquí, Caroline.

—No es verdad —dice, en medio de lágrimas—. Sí cometí errores y lo reconozco, solo quiero un poco de apoyo mientras me estabilizo en otro lugar y eres la única persona que tengo, David, y lo sabes. —Más lágrimas, desgraciadamente es verdad, de nuestra familia solo nos tenemos el uno al otro. Observo la mirada de furia que Natalie tiene puesta sobre mí y simplemente se da la vuelta y se va, recuesto la espalda sobre la puerta de madera y cierro los ojos con fuerza cuando los abro, las dos se están encaminando en dirección a la salida.

—Ninguna de las dos va a ir a ningún lado —la interrumpo cuando miro que una llovizna comienza a caer y pronto se van a empapar. Tampoco quiero a Natalie relacionada con ella, ni a ella con Natalie—. Vamos, entren.

Natalie duda por un momento, la conozco y sé que ella no se quedaría, pero sé que Caroline sí lo va a hacer, porque no importa lo fuerte que le hables, siempre va a preferir lo más fácil, es lo que hace. Caro se encamina en dirección a la puerta y Natalie regresa con ella. Mi hermana toma la maleta que tenía cerca del jardín, pasa a la par mía cabizbaja luego de que abro la puerta y se detiene en la sala sin saber hacia dónde ir, como si fuera la primera vez que está aquí y no sepa si pedir permiso para subir.

—El cuarto del que antes te adueñabas le pertenece a Natalie por ahora, es el único que está amueblado.

—Pero puedes tomarlo si gustas. —Natalie me interrumpe, entrando por la puerta, dedicándome una mirada de desaprobación—. Yo puedo dormir en cualquier lado si así lo deseas.

—No, está bien. Puedo tomar el sofá —contesta ella, aún limpiando su rostro de cualquier rastro de lágrimas, y deja su maleta en mitad de la sala.

—En ese estado no puedes dormir sobre un sillón.

—Quédate en el cuarto de Natalie. Ella se quedará en el mío.

Caroline nos mira alternadamente, tal vez preguntándose miles de cosas que no se atreve a cuestionar en voz alta, pero sé que lo va a hacer en un futuro cuando no esté tan enojado con ella y

ya esté en confianza con Natalie, porque sé que va a hacerlo, así que mejor me adelanto:

—Yo voy a dormir en el sofá cama. Así que siéntete como en tu casa. —Claro que eso último se lo dije con ironía. Me limito a seguir mi camino y escucho los pasos de Natalie detrás, le desea buenas noches a Caroline y llega hasta mí.

—Te creí más humano, David.

—Tú no tienes ni idea, Natalie...

Se da la vuelta y me deja hablando solo. Quiero pegarme en la frente de nuevo contra la puerta, no quiero pensar en nada por ahora. Tomo mis cosas y me voy al sofá en completo silencio y me encierro en la habitación del fondo para dejarme caer sobre el jodido sillón, que está más feo que yo en mi adolescencia.

Intento dormir mientras me concentro en que mañana será un nuevo día. Y una mierda.

Al día siguiente me estreso más de lo que estoy cuando descubro que Caroline tiene una deuda de diez mil dólares. Casi quiero gritarle cuando me lo dice y si no es por ese bebé que lleva dentro la saco de mi casa ahora mismo.

—¡Necesitaba un auto!

—¿De diez mil dólares? ¿Sin tener un trabajo?

—No lo pensé en ese momento. —Suelto una risa irónica. «Como todas las cosas que haces», pensé.

—¿Y dónde está ese maldito auto?

—Lo choqué y Keith tuvo que venderlo así porque no teníamos dinero para repararlo.

—Entonces que lo pague él.

—Está a mi nombre, David.

—¿Y qué hay del restante? ¿De lo que cobró por el auto chocado?

—Lo perdimos en una apuesta. —Oh, por Dios. Juro que me va a dar un derrame cerebral conviviendo con esta mujer. Como si no fuera suficiente lidiar con los problemas de mi día a día, ahora viene mi hermana a causarme más caos.

Debí suponerme, no debí dejarla poner un pie dentro de mi casa, intuía lo que se me avecinaba y ahora no sé qué diablos voy a hacer con esto.

—Pues yo no voy a pagar un auto que no pudo pagar ese idiota de tu novio.

—¡Que ya no es mi novio!

—¿Lo ves? ¿Esa es la vida que querías? ¿Una deuda, un bebé en camino y madre soltera a los veinte?

Y llora otra vez. Culpa a las hormonas y Natalie me culpa a mí.

Estoy a punto de perderme en una isla y no volver. Después de escuchar su llanto por media hora tuve que ir a pagar el maldito dinero. Dice que va a pagarme, pero yo sé que esa es una más de sus mentiras, no tiene ni dos dólares en el bolsillo.

No vuelvo a mi casa ese día y me quedo en un hotel cerca de mi hogar, a las diez de la noche tengo unas diez llamadas perdidas de Natalie, que decido ignorar a propósito, y al día siguiente tengo un ramo de rosas rojas sobre el escritorio de mi oficina y me siento como una novia berrinchuda cuando leo la nota que dice que provienen de Natalie.

—¿Qué mierda? —Es lo primero que digo justo cuando descuelga el teléfono. Escucho que se ríe, murmura algo a alguien y segundos después una puerta abrirse.

—¿Así que las recibiste? ¿Y bien? ¿Te gustaron? —Resoplo y miro el ramo de rosas rojas con mala cara.

—Claro, si tuviera dieciséis años y una vagina. —Natalie suelta una risa y yo me río con ella, paso la mano por mi rostro desprendiéndome un poco de la frustración que he venido cargando estos días.

—Las rosas son lindas a cualquier edad, David. No solo a los dieciséis. —Casi siento eso como una indirecta. Tal vez debería enviarle rosas yo también con la excusa perfecta que ella las ha enviado primero, como forma de agradecer.

—¿Las rosas rojas son tus favoritas? —Escucho el sonido de algo metálico que mueve del otro lado de la línea mientras espero su respuesta. Casi me olvido de que ahora en su nuevo trabajo es muy probable que no tenga tanto tiempo libre como en el anterior. —¿Estás muy ocupada?

Más ruido hasta que finalmente contesta:

—Un poco.

—¿Entonces, te parece si te llamo después? —Me dice que sí, entonces cuelgo mirando mi teléfono celular y me decido que sí, voy a enviarle flores. No tengo idea de cómo hacer esto. Me pongo de pie para extraer la tarjetita y ahí está la información sobre la floristería. Llamo al número que aparece ahí y mientras espero ser atendido me pongo de pie para ir a por un café.

La amable mujer al otro lado de la línea me dice todos los pasos que debo seguir. Y cuando mi pedido está listo, ya estoy vertiendo un poco de café dentro de una pequeña taza. Ella habla algo antes de despedirse, pero no puedo poner atención, porque en ese momento veo el periódico frente a mí, de inmediato lo tomo cuando llama mi atención el título y me aterra ver mi nombre en él.

CAPÍTULO 43

David

Tomo de inmediato el pliego de papel, dejando la taza sobre la mesa para ver mejor la atrocidad escrita en esta cosa. Mis ojos viajan por cada una de las letras impresas y me toma unos tres intentos de lectura entender todo esto y percatarme de la gravedad del asunto. Y lo peor de todo es que lleve mi nombre en él.

«El matrimonio arreglado entre Alexandra y Oliver Anderson»

«David Schmitt, gerente de la revista *Anderson*, aseguró este pasado viernes que el joven magnate contrajo matrimonio con su secretaria, Alexandra Carlin, para no perder la presidencia de la revista, luego de que su padre amenazara con quitarle el puesto por no llevar una vida formal...».

Qué hijo de p...

Odio la prensa amarillista, odio todo lo que me incluya a mí en chismes de cuarta y pienso quién mierda pudo haber dicho algo así e incluirme en esta cosa. Ahora tengo que hacer una maldita rueda de prensa y negar todo esto públicamente, malditos reporteros aburridos que no tienen una mierda que hacer.

Intento tranquilizarme, camino de regreso a mi oficina con el periódico en las manos mientras pienso quién pudo haber dicho algo así e incluirme. Tengo que hablar con Anderson antes de que este rumor se esparza por todos lados porque esto puede hundirnos, no solo a él, también a mí... porque si llega a oídos del señor Anderson... Necesito llamar a mi abogado y demandar al periódico y a las personas involucradas, en ese momento saco el celular de mi bolsillo justo al llegar a mi oficina y antes de alcanzar el escritorio observo por el ventanal el bulto de reporteros en la entrada de la empresa.

Oh, por Dios.

Tengo que solucionar esto ahora, voy a ir en dirección a la oficina de Oliver cuando una llamada entra en mi celular, una llamada del mismo número que he ignorado todo este tiempo y lo dejo de regreso en mi bolsillo porque no es el mejor momento, no sé qué tiene ella con aparecer en el momento menos indicado, pero es tan insistente que me hace detenerme a mitad del pasillo y cerciorarme de que en realidad miré bien el número y no es el de otra persona en particular. De inmediato que el teléfono está en mis manos la llamada se corta y agradezco interiormente cuando me doy cuenta de que sí es ella, pero antes de dejarlo de nuevo en el bolsillo el aparato vuelve a sonar, esta vez anunciando un mensaje de texto. No dudo ni un minuto en revisar lo que contiene y sus palabras me revuelven algo por dentro.

Sé quién ha hecho esto. Sé que tal vez no quieras contestarme, pero sobre esto era lo que quería hablar contigo el otro día.

El texto definitivamente llama mi atención, me quedo viendo la pantalla del teléfono por un largo rato hasta que finalmente me decido en contestar, porque por un momento en mi cabeza se pasa Henry. Nadie quisiera jodernos más que él, estoy tecleando mi respuesta nada agradable cuando un nuevo mensaje invade mi pantalla.

No estoy segura de si han sido ellas, pero puedo averiguarlo, tengo contactos dentro de...

No sigo leyendo el mensaje, porque mis ojos se han detenido en la palabra ellas. Borro todo lo que había escrito y me parece mejor llamarla, en estos momentos no estoy para pensar que debería

tener un poco de raciocinio e ignorarla porque necesito saber de qué habla.

Toma unos tres tonos que ella finalmente conteste la llamada y luego de eso hay un silencio, un silencio de parte de ambos que no me atrevo a romper, hasta que escucho su voz del otro lado de la línea.

—Hola —me dice, luego de algunos segundos, tenía años de no escuchar nada de ella que hasta había olvidado ese tono meloso y suave en su voz, me aclaro la garganta para continuar.

—¿De qué estás hablando, Brittany? —Otro silencio seguido de esa pregunta, escucho un ruido del otro lado de la línea y seguido de eso, una puerta abrirse. No dice nada por otro rato más, hasta que finalmente la escucho:

—Lo siento, David, no estoy en un lugar en el que pueda hablar de eso.

—¿Qué es lo que sabes? —la interrumpo, quiero dejar claro que el único motivo por el que hablo con ella es este, no quiero su amistad, ni escuchar su voz, ni querer entablar una conversación con ella. Quisiera decírselo, pero ahora hay una información en juego.

—Deberías preguntárselo a tu asistente. —Su frase se repite en mi cabeza una y otra vez, mi asistente... Andi... por instinto levanto la mirada hacia un grupo de personas trabajando a unos metros de donde estoy, entre ellos está Andi dejando unos papeles, en ese instante me observa y de inmediato baja la mirada de nuevo a los folios en sus manos—. Lo repito, no estoy en un buen lugar para hablar de ello, David.

Toda mi atención está centrada en aquella pelirroja, meditando sobre si en algún momento le comenté algo sobre Oliver y su matrimonio arreglado. Pero estoy seguro de que no, no lo hice, ella debió sacarlo de algún lado, tiene acceso a todos mis archivos y estoy seguro de que se las ha ingeniado para conocer mis claves.

—¿Cómo lo sabes? —Quiero convencerme de que tal vez sea una jugada suya, pero también conozco a Andi lo suficiente y voy en su dirección antes de que se retire y perderla de vista, porque sé cómo trabaja y lo que es capaz de hacer.

—Ellas vinieron a mí...

—¿Ellas?

—David, no estoy en el lugar correcto para tener esa charla.

Cuelgo sin despedirme, porque ya estoy lo suficientemente cerca de Andi como para pensar en ser educado. La tomo del antebrazo y la giro hacia mí en ese momento, aunque esté rodeada de personas y miro que lo que hacen es cotillear sobre la noticia en el periódico.

Al verme, todos vuelven a sus labores, fingen que no han dicho nada al respecto y Andi simplemente intenta despistarme dándome una sonrisa y unos papeles. Como dije, la conozco lo suficiente como para saber que ella no me dedica una sonrisa cuando me mira, o es que estoy comenzando a ver cosas donde no las hay por la información que creo que sé justo ahora.

Le pido que vaya conmigo y puedo ver la pizca de preocupación en su cara que intenta maquillar lo mejor que puede. Camina detrás de mí, escucho el sonido de sus tacones y abro la puerta de la oficina haciendo que pase primero para yo ir tras ella. Saco mi teléfono celular y le envío un mensaje a Brittany, uno sobre la información que me dijo que podía conseguir y de inmediato contesta que lo hace enseguida.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto a Andi. Sus caderas estás recostadas en el escritorio de mi oficina viendo el periódico que encontré en la cafetería. Finge asombro y lo hace muy bien.

—Yo... ¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Llevo la vista a sus ojos, puedo ver el nerviosismo por los movimientos torpes de sus manos y el tamborileo de uno de sus pies sobre la alfombra—.

Ven, recordemos viejos tiempos.

Se sube al escritorio y suelto una risa sarcástica, ella toma mi corbata y tira de mí, me alejo lo más que puedo. Quiero gritarle y quiero gritarme a mí por ser tan estúpido y enredarme con una mujer como esta.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto con voz más alta, haciendo que Andi se estremezca. No puedo creer esto, juro que si fue ella...—. ¿Qué es lo que pasa contigo?

—Yo... yo no sé de qué me hablas...

—Sí lo sabes y lo sabes muy bien. —A este punto no soy consciente de mi tono de voz, pero sí soy consciente de que en cualquier momento puedo comenzar a tirar todo aquí si logro sacarle algo de su participación en este acto.

—Que no. ¿Qué clase de persona me crees? —Sus ojos se humedecen, suelta una lágrima cuando se baja del escritorio y la limpia de inmediato de su mejilla—. ¿Qué te hace pensar que yo haría algo así?

Eso me confirma que sí sabe de qué estoy hablando, ya no necesitaría ni siquiera pruebas para darme cuenta porque simplemente se ha delatado sola.

—Porque te conozco lo suficiente, Andi. Sé de lo que eres capaz de hacer en contra de las personas cuando algo no sale como quieres. —Lágrimas siguen escurriendo de sus ojos y por un momento mi posición pierde fuerza, porque aún no tengo nada confirmado, no sé si en realidad Brittany quiere desviar mi atención del verdadero culpable y me parece que ella sí se involucraría en algo así.

—Yo no... David, no tengo nada que ver en esto, te lo juro... —Su voz se corta, comienza a llorar y no digo nada más porque la verdad es que no tengo nada seguro contra ella. Mi enojo contra su persona merma al verla en ese estado y, al mismo tiempo, quiero reprenderme por dejarme manipular tan fácilmente por sus lágrimas.

Oliver entra a la oficina, veo la furia en sus ojos y eso hace que algo en mi interior se active, algo me dice que esto lo ha afectado lo suficiente como para tomarme de las solapas de mi traje y lanzarme contra la pared sin dejarme terminar la frase sobre mi inocencia en este caso.

—Oliver, ¡joder! Te estoy diciendo que no fui yo. Estoy intentando averiguar quién ha dicho eso. —No sé en qué tono dije eso, pero la garganta me duele. La forma que Oliver me mira me hace pensar que mi mejor amigo está desconfiando de mí, cuando yo nunca le he dado el mínimo motivo. Puedo pensar que la presión de la situación lo ha hecho nublar su mente, pero no puedo evitar una punzada de rencor que me atraviesa el pecho, porque yo no dudaría así de alguien tan cercano a mí y me molesto, con toda esta situación, con Andi, con él.

Alex tiene que separarlo de mí, porque él no pensaba hacerlo, aún no quita su mirada de mi persona cuando ella lo está arrastrando lejos. Lleva sus manos a la cabeza en un gesto que denota frustración, impotencia. Y yo solo comienzo a marcar números en mi teléfono y desquito mi ira con Andi.

—Te juro que si tú tuviste algo que ver te haré la vida imposible. —Me siento un completo idiota por gritarle sin saber en realidad si ella ha sido o no. Pero en estos momentos no estoy para pensarlo, todo esto va a causarme una crisis de ansiedad y juro que si ha sido ella no la perdono.

Hablo con mi abogado, con los del periódico. Oliver se retira con Alex y yo le digo a Andi que se vaya, que no quiero verla el resto del día. Ella lo hace. Me siento en mi escritorio y me quedo ahí por bastante tiempo, viendo hacia un punto fijo, pensando en todo lo que me ha sucedido últimamente y me pregunto qué he hecho mal para merecer todo esto.

Tengo una llamada de Natalie, pero decido ignorarla, porque no quiero hablar sobre esto y sé que ella va a comentarlo, no quiero hablar con nadie tampoco, quisiera desaparecer por unos instantes y la puerta de mi oficina se abre, es el señor Anderson y siento cómo mis órganos internos se estrujan con fuerza.

—Ven conmigo —habla y obedezco, porque siempre que él habla lo hace de una forma tan calmada que de igual manera tiendes a hacer lo que dice. Me pongo de pie de inmediato y camino tras él en silencio hasta llegar a su oficina, donde está su otro hijo, que tiene ese porte egocéntrico de pie viendo hacia la ciudad por el ventanal. Al escucharnos se gira hacia nosotros y el señor Anderson le pide que se retire, a lo que él asiente con ese aire de suficiencia. Agradezco que se pierda de mi vista.

—Señor Anderson, yo... —No dejo que hable, pero él tampoco me deja terminar, de inmediato alza el dedo índice indicándome silencio y hace un gesto de negación con la cabeza.

—Es el último día que pones un pie en esta empresa —me habla y mi corazón deja de latir, me siento desesperado. Quiero gritar en este momento, porque no se puede acabar todo así de la nada solo por una nota de prensa.

—Señor Anderson, le juro que yo no tuve nada que ver. Usted más que yo conoce a la prensa...

—¿Pero lo sabías? —Me interrumpe. No puedo mentirle, asiento con pesadez y bajo la cabeza porque sé que no hay nada que hacer, porque todo está perdido y solo quiero devolver el tiempo —. Es todo, te quiero fuera.

El caga-billetes entra a la oficina en ese instante, y le dice lo mismo que a mí, se lo toma igual que yo e intenta negociar con él la posibilidad de quedarnos aquí, pero es imposible, él se siente traicionado y, a decir verdad, yo también. El señor Anderson se retira después de decirnos que mañana quiere las oficinas de ambos desalojados, cierra la puerta con fuerza, Oliver y yo no decimos una palabra, solo miramos hacia un punto y siento que la sangre me hierve por dentro. ¿Qué voy a hacer ahora...?

—El que hizo esto me las va a pagar, juro que sí. —Me retiro, vuelvo a mi oficina cuando de inmediato me llega un mensaje de texto de Brittany. No dudo ni dos segundos en abrirlo y ahí está todo lo que necesito. Maldita Andi, y me sorprende de que hay otra persona que ni conozco detrás de esto. Le agradezco y se lo hago saber, pero no pregunto más, no pregunto cómo lo ha conseguido o cómo sabía esto, solo me dedico a ver el correo y recién me entero de que es una mujer con quién Oliver estuvo ligado hace un tiempo, antes de Alex supongo, así que no es solo mi culpa que estemos en esta situación.

Voy camino en dirección a la oficina de Oliver, sosteniendo el teléfono en la mano con fuerza y él va saliendo de ahí sosteniendo su teléfono contra su oreja. Intento alcanzarlo y cuando lo hago miro sus ojos cristalizados, pero parece no importarle mi presencia.

—Oliver, ya sé quién está detrás de todo esto... —No me deja terminar, de inmediato me interrumpe sin despegarse del teléfono.

—David, por favor, avisa a Natalie de que el padre de Alex acaba de morir. —Por un momento pienso que tal vez sea una broma, pero al ver su gesto y expresión no me queda más que asentir—. Estoy seguro de que ella querrá verla ahí.

Saco mi teléfono celular para hacer lo que me indica, ni siquiera sé cómo dar este tipo de noticia, así que cuando ella descuelga y me pregunta si todo está bien lo primero que le digo son las mismas palabras que Oliver mencionó.

No sé su reacción, pero su entusiasmo no es el mismo que cuando contestó la llamada, no dice más, se despide y cuelga. Comienzo a guardar mis cosas, porque ya no tengo nada que hacer aquí ni hoy, ni mañana, ni nunca más. Me siento devastado y me quedo pensando en qué haré con Andi, porque sé que esto no puede quedarse así. Al llegar a casa, me encuentro con el otro problema llamado Caroline, quien de inmediato al verme llegar se pone de pie de un salto y toma la aspiradora.

—¿Estás bien? —me pregunta al verme llegar con las cajas de la empresa.

—Me quedé sin empleo y ahora no sé qué carajo vamos a hacer.

Ella no dice nada o no la dejo contestar, porque de inmediato subo directo a mi habitación y ahí me sumerjo entre las sábanas intentando olvidar la mierda de día que tuve hoy y pensando en qué haré mañana, qué haré con Caroline y qué voy a hacer hasta que encuentre otro empleo.

Pienso en llamar a Natalie, no sé por qué siento que su voz de cierta forma me reconfortaría, aunque no sé si sea un buen momento, es posible que su amiga la esté necesitando más que yo. Mejor me decido por hacerlo más tarde y saco el teléfono del bolsillo al escuchar que ha llegado un mensaje, me sorprende ver el texto de aquella persona invadir toda la pantalla del aparato y pienso unos varios segundos antes de enviarle mi respuesta.

¿Estás bien?

Casi me quiero reír con ironía y enviarle mi respuesta más sarcástica, pero no voy a mostrarme derrotado frente a ella. Por lo cual, mi simple respuesta es:

Sí, gracias.

Pasan un par de minutos y no contesta, en ese momento me reprendo interiormente porque ella fue la persona que me ayudó en esto, de no ser por ella justo ahora estaría tirándome de los pelos sacando conclusiones estúpidas que no me llevarían a nada. Vuelvo a tomar mi celular, que había dejado a un lado sobre la cama y me decido por intentar hacerle algo de conversación.

Lo lamento, ¿ahora sí puedes decirme cómo sabías eso?

Pasa solo un instante cuando nuevamente su mensaje está en la pantalla de mi celular.

No puedo hablarlo por teléfono. Estoy en la ciudad ahora, ¿Te apetece ir por un café?

No voy a mentir que sí pensé negarme, correr de ahí y no volver a ver atrás. Pero en parte siento que le debo un favor e intento alejar cualquier pensamiento del pasado, cualquier cosa que me haga querer odiarla de nuevo, pero sí, será la última vez que acepto una oferta de su parte y se lo dejaré claro, esto no es una charla de amistad, es solo de cortesía y casi quiero cortarme los dedos por lo siguiente que escribo.

¿Dónde te veo?

CAPÍTULO 44

David

Tamborileo los dedos sobre la mesa de madera frente a mí, mientras espero a la persona que me citó a este lugar. No voy a mentir de que me vi tentado en volver a casa dos veces mientras conducía, fingir una enfermedad grave, una obstrucción intestinal o una apendicitis, cualquier cosa que requiera quirófano urgente, y si fuera posible fingir mi muerte; todo con tal de no tener que estar aquí haciendo esto. Pero al mismo tiempo, cualquier pensamiento de ese tipo era nublado por la imagen de Andi y el hecho de que por su culpa ahora estoy sin empleo y es muy probable que muchas personas estén pensando lo peor de Oliver; y ni hablemos de lo que pensarán de mí.

Tomo una calada de aire e intento sacar cualquier frustración que quiera atormentarme ahora, y justo en ese momento es cuando mi celular suena. Pienso que es Brittany y quiero creer que es para decirme que no podrá venir, que la atropelló un camión o algo por el estilo. Pero es el nombre de Natalie que parpadea en la pantalla, no dudo ni un instante en contestar y casi de inmediato su voz resuena dentro de mi cabeza.

—Hey —digo en el momento que descuelgo la llamada.

—¿Cómo estás, David? —Sé que su pregunta se debe a lo acontecido el día de hoy, me quedo en silencio porque no sé qué decirle, porque quiero explotar en este instante y hablar sobre cómo en realidad me siento y qué estoy haciendo justo ahora, porque quiero desahogarme para dejar de sentirme tan miserable.

No es común que yo quiera hablar sobre mi vida con alguien, pero con Natalie me siento diferente, me siento capaz de decirle hasta lo más mierda que me siento, tiene algo que me hace confiar y hablar sobre cualquier cosa.

—No tengo empleo, Nat. —Es lo primero que se me ocurre decir y me toma un segundo continuar con lo que tengo que contar—. El señor Anderson no se tomó muy bien la noticia, no porque piense que yo haya dicho eso, sino porque lo sabía y yo se lo oculté. Pero yo no lo hice, te lo juro...

—David, basta —me interrumpe—, no creo que tú lo hayas hecho. Ya encontrarás algo, lo sé, eres un hombre inteligente e increíble. No te agobies por eso, que la revista *Anderson* es solo el inicio del futuro brillante que tienes por delante.

Eso me hace casi dibujar una sonrisa en el rostro, pero el problema real es otro, lo más probable es que ahora todo el mundo esté pensando en lo arpa que soy por haber delatado a mi mejor amigo de esa forma.

—Pero mientras tanto... ¿Qué haré, Natalie? —Casi sueño derrotado, como nunca antes me había tenido que mostrar ante alguien—. Nada me garantiza que justo ahora vaya a conseguir un empleo...

—Mientras yo tenga un empleo... por eso no te preocupes.

Me río, porque en realidad es algo para atacarse en carcajadas y solo el hacerme la idea de ser yo quien esté en casa y ella trabaje me causa escalofríos.

—Y qué esperas que haga. ¿Que me quede en casa horneando galletas mientras mi esposa va a trabajar?

Y hay un silencio luego de eso, denso y cortante, me percató de mis palabras y quiero enmendarlo, pero antes de que diga algo, Natalie le resta importancia y me interrumpe:

—No... de hecho, también limpiar la casa, lavar la ropa y preparar la cena mientras llego... — Ambos nos reímos y eso disuelve un poco la tensión, sacudo la cabeza en una negación para sacar esos pensamientos traumáticos—. Oye, mañana es el funeral, ¿vendrás?

—No lo sé, Nat —hablo con sinceridad—. Es muy probable que Oliver crea que yo hice eso y siento que no debería...

—Nadie cree eso, David. Ni siquiera Oliver, no te preocupes.

—Bueno... no fue lo que demostró hoy, Natalie. ¿Qué harías tú si Alex apareciera en una nota de periódico mencionando tu más íntimo secreto?

—La mato. —Los dos nos reímos con esa afirmación, me siento más relajado, voy a admitirlo, y dejo caer la espalda sobre el respaldar de mi asiento mientras escucho sus siguientes palabras—. No, la verdad que no, yo no vivo sin ella.

—Espera... —finjo indignación, llevando la mano a mi pecho, aunque ella no pueda verme—. ¿No puedes vivir sin ella, pero sin mí sí puedes hacerlo? ¿Qué clase de persona eres, Natalie?

Escucho su risa cuando en ese momento veo en dirección a la puerta de entrada y ahí está ella, Brittany. No escucho lo que dice Natalie porque en ese momento estoy viendo a la persona que me dedica una sonrisa y hace un gesto con la mano. Con un asentimiento devuelvo el saludo y vuelvo mi atención a la llamada en mi teléfono.

—Nat, ¿te llamo luego?

—Está bien, pero... sí me gustaría que vinieras. Hay cosas de las que quiero hablarte.

Brittany ha dado suficientes pasos como para estar a una corta distancia, me pongo de pie casi de inmediato y en un instante está frente a mí, no sé ni siquiera cómo saludar en esta ocasión, porque nunca había tenido que reencontrarme con una ex, mucho peor con la forma que ella y yo terminamos.

—Sí, está bien. Te veo allá —cuelgo. Hago un gesto con la mano para indicarle que tome el lugar frente a mí, a lo que ella asiente. Vuelvo a mi silla mientras ella toma la que está enfrente, ninguno de los dos habla, ninguno de los dos se atreve a romper el silencio y mencionar alguna palabra.

El mesero se acerca y nos tiende el menú a ambos, no quiero probar bocado en este instante, por lo cual hago una sutil seña con la cabeza que denota una negación, el mesero asiente y se dirige a ella, que está con la cabeza baja. Solo pide un café, sin azúcar y descafeinado, con palabras en francés, y me pregunto si es tan necesario hablar en otro idioma para pedir un café.

—¿No vas a pedir algo? —Le escucho decirme cuando el mesero se ha alejado lo suficiente y estamos de nuevo ella y yo solos.

—La verdad que no quiero nada. El café me causa problemas para dormir, mañana tengo que salir de la ciudad bastante temprano, necesito ir a Miami porque tengo que estar con mi esposa. Brittany, ve al grano, por favor.

Ella hace un gesto, algo entre inconformidad y una sonrisa, baja la mirada hacia la mesa y luego la dirige al vaso con agua que había dejado frente a mí hace unos momentos.

—David, no quiero que me malinterpretes —habla finalmente, cuando sus ojos se han topado con los míos. No tienen esa mirada soberbia ni de superioridad, como recuerdo que la conocía. Pero no me dejaré llevar por un rostro inocente, porque la conozco lo suficiente como para saber

que tarde o temprano puede atacar y solo espera que baje la guardia—. Yo solo quería ayudarte. Pensé decírtelo antes, pero no querías contestar las llamadas.

—Con un mensaje al respecto hubiera bastado —hablo con firmeza, ella suelta una risa que se me antoja frustrada y divertida al mismo tiempo—, pero ya, vamos al grano, por favor. Quiero ir a casa, no he tenido un buen día y necesito una buena siesta.

—David. —Hace una pausa—. Si te incomodó esto me lo hubieses dicho. Lo que menos quería era molestarte. No tenías por qué hacer algo solo porque te sentías en deuda conmigo.

Hay un silencio luego de eso, de esos tan incómodos que te dan ganas de salir corriendo. El mesero llega a nosotros y le extiende su taza de café mientras vuelve a preguntarme si quiero algo más, hago un gesto de negación con la cabeza. Aunque mejor hubiese sido pedir algo para mantener la boca ocupada antes que se me escape una tontería.

El mesero se aleja y vuelvo mi atención a Brittany, quien ahora está revolviendo su café con una cucharita, hasta que su voz interrumpe:

—Tienes razón, era mejor hablarlo por un mensaje. Puedes ir a tu casa si así lo deseas.

—No —contesto, precipitadamente. Además, no tengo nada mejor que hacer en casa más que lamentarme y recordar que no tengo un maldito empleo—. Ya estamos aquí. Solo pasemos de las estúpidas charlas sobre qué es lo que nos ha pasado estos tres últimos años, porque a decir verdad a mí no me interesa y apuesto que a ti tampoco.

Ella suelta una risa desganada, después lleva la taza de café a su boca y toma un sorbo.

—Cuánto has cambiado, David.

—¿Por qué? ¿Solo porque no quiero charlar cosas innecesarias y quiero acabar con todo esto cuanto antes? ¿O porque no te recibo con flores y chocolates?

—No es a lo que me refería —dice de inmediato sin verme, viendo hacia la mesa donde está dejando la taza de nuevo sobre el platito de porcelana. Ahora lleva el cabello corto, el mismo tono oscuro y unos mechones negros caen sobre parte de su rostro, de inmediato despeja su cara para verme nuevamente—. La chica pelirroja me contactó, no sé cómo o cuándo consiguió el número de mi oficina, supongo que lo obtuvo de la empresa. También me habló una tal Lauren, que también se comunicó conmigo un par de veces. No tienes idea de lo que esas dos mujeres hablan sobre Oliver y tú, David.

—Oh, por Dios —siseo, casi quiero gritar, pero me contengo, no es el lugar ni la forma.

—Me dijeron que ustedes habían jugado con ellas y que querían hacerles pagar de esa forma.

Me río, irónica e histéricamente negando con la cabeza.

—Maldita mujer.

—Me negué a apoyarlas para conseguir información sobre el matrimonio de Alex y Oliver. Luego de eso me dijeron que ya no necesitaban mi apoyo porque habían conseguido el número del abogado que les ayudó con esa mentira, y cómo consiguió la información ya debes imaginártelo.

—¿Y por qué me lo dices? ¿Por qué simplemente no les ayudaste?

—Porque no gano nada con eso, David. Porque tengo suficientes problemas en mi vida como para andar causándoselos a otros. Sé que tienes una mala impresión de mí, pero no puedes juzgarme por algo que hice hace años. Son cosas que quiero enterrar y no volver a recordar.

—Yo... bueno, la verdad es que... no sé, ha pasado tanto.

—Exacto, ha pasado mucho y te empeñas en seguirme recordando de esa forma y tratándome mal haciéndote ideas que no son ciertas.

—Bien, entonces lo lamento. —Pero en realidad no sonó como quise hacerlo sonar, más bien sonó sarcástico y me quise disculpar de nuevo, pero sé que va a salir en el mismo tono.

Ella no habla más, su mirada viaja a su bolso y de inmediato saca un billete para tenderlo sobre la mesa.

—Yo creo que es mejor que me vaya.

—¿Puedes al menos terminar tu café? —Ella niega con la cabeza, acomoda su bolso nuevamente sobre el hombro y se pone de pie sin vacilar.

—La verdad que lo que menos quería era incomodarte, David. Y no sé por qué te imaginas cosas que no son, estás casado, yo también, no sé qué te hace pensar que sería tan cínica como para entrometerme en tu vida personal.

No contesto, ella solo se pone de pie y luego de un gesto que tomé como despedida, se aleja y yo la observo retirarse, pero no viéndola a ella en sí, sino pensando y ahora me siento mal conmigo mismo. Cubro mi rostro con las palmas de las manos reposando los codos sobre la mesa, me veo tentado de enviarle un mensaje con mis disculpas, pero mejor decido dejarlo pasar, en lugar de eso me dispongo a buscar mi vuelo hacia Miami antes de hacer cualquier tontería.

CAPÍTULO 45

David

Pero cometí la tontería antes de siquiera llegar a casa y descansar, esa misma noche decidí contarle todo a Nat, aunque le oculté quién me había brindado esa información. Agradecí en mi interior que no me preguntara más. Su respuesta fue que simplemente pensara qué hacer con la cabeza fría, pero me lo dijo después de que yo ya le hubiera enviado un mensaje a Camilo, pidiendo vernos, no sé en qué pensaba, pero definitivamente el alcohol del líquido rojo que estaba dentro de la copa que sostenía en las manos ya estaba controlando mi cerebro. No es como que vaya a hablar con un indio que no sabe artes marciales o alguien que no sabe apuntar un rifle hacia mi cabeza o una persona que no sabe quebrarme todos los huesos.

Mierda.

Pero aquí estoy ahora, temiendo por mi vida. Me doy cuenta de que la venganza puede más que el miedo, porque mi cuerpo parece estar pegado en la silla, aunque tengo divisada la puerta de entrada y la salida de emergencia, así como también tengo el número de la policía en marcado rápido.

Tal vez también necesite contratar guardaespaldas después de esto, pero recuerdo que estoy desempleado y no tengo dinero.

Tamborileo los dedos contra la mesa de madera y me siento un traicionero, por estar en un bar que no es el de Steve, pero tampoco puedo llevar a Camilo a tener esta charla frente al viejo Steve, si va a golpearme no quiero que ninguno de mis conocidos lo sepa. Si nadie lo sabe solo puedo fingir que me resbalé en las escaleras de mi casa, me caí y me fracturé no sé qué cantidad de huesos.

—¿Qué hay? —Escucho una voz áspera y ronca detrás de mí, me giro lentamente para encontrarme con una figura bastante intimidante, hoy es el día libre de Camilo y al parecer viene de sus clases de karate, su cabello está sostenido por una coleta deshecha en la parte de atrás de la cabeza, lleva una camiseta sin mangas ajustada al cuerpo y deja a la vista un tatuaje en su bíceps.

—¿Una A? ¿De Andi? —pregunto cuando él está removiendo la banqueta a mi lado, suelta una risa en el momento que toma el lugar y se vuelve a mí como no comprendiendo mi pregunta.

—Es la A de Anarquía—contesta con el entrecejo levemente fruncido, y vuelve a reír.

—¡Vaya! —A de Anarquía, qué reconfortante.

O tal vez está buscando una excusa para esa A que de seguro se hizo en alguna borrachera.

No decimos nada por los siguientes minutos, él pide algo para tomar hasta que finalmente vuelve a concentrarse en mí.

—Siento llegar tarde, estaba dando clases de karate en el orfanato y a los niños les encanta tanto que casi no me dejan ir de ahí.

—¿El orfanato?

—Sí, Natalie me pidió que le ayudara un día que una compañera no pudo asistir y al decirle a unos niños que sabía karate insistieron en que querían aprender. La verdad que el karate y los niños son mi pasión, así que es la mezcla perfecta.

Más silencio, tomo un sorbo de la copa de vino frente a mí viendo en otra dirección del lugar.

—¿Así que tú y Natalie se han visto a mis espaldas?

Él aclara la garganta.

—Yo... —De pronto, siento una punzada de ira atravesarme el pecho—. No podía negarme, pero no es lo que usted cree, señor Schmitt. Sí almorzamos juntos el otro día, pero no fue por lo que usted piensa...

—¿Qué? ¿Fuiste tú el que almorzó con ella?

—Emmm... sí... pero... —De pronto me hierve la sangre, la sien me palpita y el pulso detrás de mis orejas se ha vuelto insistente.

—Claro... la invitas a tus clases de karate, ahora te importan las galerías de arte...

—No... ¿Quién dijo...?

—También la ayudas a conseguir ropa para los vagabundos...

—No quiero que me malinterprete...

—Y ahora resulta que también vas al orfanato solo porque ella te lo pide...

—Lo hago por Carmen.

Eso hace que detenga mi monólogo y gire mi torso en su dirección para verlo de frente, hasta me parece que lo ha dicho en otro idioma porque me hace pensar que lo he entendido mal.

—¿Qué?

—La que me gusta es Carmen —aclara, como si necesitara hacerme entender. Toma un sorbo de la bebida que han puesto frente a sus ojos y solo se encoge de hombros. Yo no sé ni qué decir o qué hacer, me río porque no puedo hacerme en la cabeza la idea de Camilo y Carmen como pareja—. Natalie fue a almorzar conmigo porque está en Inglaterra y cuando llegue queremos hacerle una fiesta sorpresa.

—No es cierto.

—Lo es.

Dejo de reírme, porque no puedo entender cómo alguien teniendo una esposa como Andi puede pasar a gustarle una mujer que es todo lo contrario. Hasta que su siguiente comentario contesta mi pregunta:

—Carmen es una mujer que vale oro. He aprendido que el interior de una persona vale mucho más que su exterior.

Entonces pienso que la mujer por la que Andi sufre es Carmen, una mujer bajita, gordita y bastante simpática, sí, todo lo contrario de ella. Va a morir cuando se dé cuenta de esto, ya que presume demasiado de tener una belleza superior a la de la mayoría de las mujeres. De hecho, no hay mejor venganza que la propia vida, tu propio karma.

—Lo que significa que... todo este tiempo de insistir en ayudar a Natalie, ¿era por Carmen? —Él asiente sin pensarlo. Deja el vaso sobre la barra sin quitar la vista de mi persona—. ¿Natalie lo sabe?

—Así es... ella fue un punto fuerte para acercarme más a Carmen —habla, asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué simplemente no me lo dijo?

—Porque es de las personas que saben guardar un secreto, y yo le dije que esto no lo conversara con nadie.

—Ah, genial —suelto, con socarronería.

—¿Ese era el motivo por lo que me citó aquí, señor Schmitt? —Ahora sí lo miro, y todo lo que había ensayado para decirle ahora es un borrón en mi cabeza y ni siquiera sé por dónde empezar.

—No, de hecho, hay algo más que necesitas saber. Y llámame David, por favor.

Aún con la cabeza dándome vueltas con toda esta información por procesar, le conté todo, sin tacto, sin antes preparar el terreno y me preparé psicológicamente para una bofetada, pero el golpe no llegó, yo no lo estaba viendo y temía hacerlo, pero cuando mis ojos viajaron a su persona él estaba sereno, concentrado en el vaso frente a él, con el entrecejo levemente fruncido. Temí por mi vida y visualicé la puerta de salida, calculé la distancia y la velocidad con la que necesitaba salir de ahí para evitar ser golpeado por la tortuga ninja.

—A decir verdad, yo también hubiese hecho lo mismo —habla finalmente, eso definitivamente llama mi atención y vuelvo a posar mis ojos sobre él.

—¿A qué te refieres?

—Que si Natalie fuera un poco similar a Andi, es decir, no le hubiese importado su matrimonio, yo hubiese hecho lo mismo.

—Qué hijo de p...

Él solo suelta una risa, tomando de nuevo el vaso con zumo y dándole un trago, se encoge de hombros y se centra nuevamente en mí.

—Lo nuestro con Andi se acabó hace mucho. Me casé con ella cuando era casi un adolescente y estaba cegado por su físico, aunque... a decir verdad, ella era totalmente diferente a como es ahora, es decir, su personalidad, era una chica dulce, encantadora... bondadosa. —Todo esto lo dice de una forma que hasta a mí me da nostalgia—. Pero la Andi de ahora no es aquella misma de la que me enamoré. —De pronto todo su gesto cambia y agrega—: Qué bueno que me das la excusa perfecta para alejarme de ella.

—Creí que estaban trabajando en su matrimonio.

—Y así fue, por unos tres días. Pero no tiene sentido arreglar algo que está roto. —Hace una pausa—. Y además que no eres el único que... ya sabes.

—Por Dios.

Ni siquiera quiero imaginarme la flora bacteriana que tendrá esa mujer entre las piernas.

Su risa me interrumpe y hace que preste mi atención en él nuevamente.

—¿Natalie? ¿En serio creíste que me interesaba Natalie?

Y me río con él, por alivio o vergüenza, ya no lo sé.

—Salud —me dice y levanta su bebida. Tomo la copa frente a mí y la choco con el vaso que él sostiene, aún asimilando toda la información—. Porque no en realidad no estoy interesado en Natalie.

Se ríe y yo igual, pero suena más a un sonido extraño que a una carcajada. Qué vergüenza.

—Salud —contesto y llevo la copa a mi boca, dándole un trago enorme para intentar olvidar esta plática con Camilo por completo.

Y ahí estuvimos hasta medianoche, hablando cosas triviales y riéndonos de cualquier tontería. Voy a admitir que no fue ni por cerca como me lo imaginé, no es tan malo hablar con Camilo, de hecho, hasta disfruté ese tiempo con él.

Pero esto es algo que nunca, ni de coña, admitiría frente a Natalie.

CAPÍTULO 46

David

No sé la hora exacta cuando estoy en el aeropuerto de Miami, solo sé que muero de hambre y sueño, siento la cabeza a punto de explotar y me arrepiento de haberme quedado despierto hasta la madrugada cuando sabía que tenía que viajar tan temprano.

Ayer por la noche, o más bien, la madrugada del día de hoy, cambié el vino por *whisky* en las rocas y, Camilo, luego de insistir en decirme que no tomaba, finalizó acabándose los chupitos por mí y ambos dejamos el bar coreando una canción de Red Hot Chili Peppers, porque al parecer hasta teníamos los mismos gustos musicales.

—¿Te gusta Red Hot Chili Peppers? —le pregunté al escucharlo corear una canción de esa banda que sonaba en la radio, no dudó ni un instante en contestar mostrando una gran sonrisa.

—*Can't Stop* es mi favorita —respondió, comenzó a cantarla y yo lo acompañé en el coro. Así nos fuimos luego de unas cuatro canciones de Red Hot Chili Peppers y la quinta la terminamos en el *parking*. Pero no fue todo, después nos fuimos al bar de Steve y se lo presenté como mi nuevo amigo, lo felicité por su matrimonio y le dije que me había enterado de que a Camilo en realidad no le gustaba Natalie, que le gustaba su compañera de trabajo, así que no tenía nada de qué preocuparme.

Tan así de alcoholizado estaba. Hoy me arrepiento por completo.

Bajo del avión y me siento como Edward Cullen cuando soy expuesto ante tanta claridad a estas horas de la mañana, me da la impresión de que pronto arderé en fuego y siento un dolor punzante atravesarme el cráneo, cierro los ojos con fuerza y me pongo las gafas de sol. Odio las malditas resacas.

Voy por mi maleta y hago todos los trámites para salir de aquí ahora mismo, pero sé que de nada me serviría, porque tengo un funeral al que asistir dentro de unas horas y los funerales no son precisamente mi evento favorito. Me voy camino a la dirección indicada, estoy sacando mi teléfono celular para comunicarme con Natalie, me dijo que iba a estar aquí y no he sabido nada de ella desde ese último mensaje, pero justo en ese instante la castaña aparece en mi campo de visión. Está mirando hacia un lado, de inmediato como si alguien llamara su nombre sus ojos me enfocan y esboza una sonrisa. En ese momento está dirigiéndose hacia mí e intento corresponder su efusivo abrazo cuando su cuerpo choca con el mío y sus labios se pegan en mi mejilla repetidas veces.

—Nooooo —digo, con tono fatalista cuando se separa de mí y veo su labial rojo corrido un poco y solo me esboza una sonrisa en respuesta.

—Espera —dice, sacando un pañuelo de su bolso—. Aquí hay muchos surfistas bronceados y musculosos, no quiero que te miren con mi labial regado por la cara.

La miro con desaprobación, aunque no estoy seguro de si puede verlo detrás de estas gafas de sol. Le quito el pañuelo que está sosteniendo contra mi cara y tomo su cabeza con ambas manos y acerco el rostro a sus labios para frotar la mejilla contra su labial.

—Listo, vamos. —Contengo una risa cuando escucho una carcajada suya a mis espaldas. Sigo mi camino hasta la puerta de salida y me detengo antes de pasar el umbral para esperarla.

—Por cierto... —dice, llegando hasta mí. Continuamos caminando a la par y cruzamos la puerta de salida. No sé hacia dónde nos dirigimos, pero yo solo continúo en su dirección—. ¿Dónde estuviste anoche? Te llamé unas cinco veces.

Había visto sus llamadas, claro. Pero no podía contestar en ese momento y decirle que estaba tomando con Camilo en un bar, así que decidí ignorarlas y fingir que no las había escuchado.

—Fui por una botella de vino, nada más.

—¿Con Camilo? —Eso hace que me detenga en seco, y ella a la par mía también se detiene cuando me ve a mí hacerlo.

—¿Qué? ¿Cómo? Oh, por Dios, ¿él te lo dijo?

—No —contesta de inmediato, arrugando el espacio entre sus cejas—. Lo vi en tu Instagram. ¿Cómo es que tenías una cuenta de Instagram y no me lo habías dicho?

¿Mi Instagram? Oh, Dios...

—¿Yo publiqué algo? Ni siquiera recuerdo mi contraseña...

—Fue Steve, y te etiquetó.

—¿Steve?

—Steve tiene Instagram... también llamó a Camilo la tortuga ninja...

—¿Qué? —Me río, no sé a qué hora pude llamar a Camilo de esa forma, pero ya que no me golpeó supongo que no le molestó mi comentario... o eso espero.

—¿Desde cuándo eres amigo de Camilo? —Su voz interrumpe mis pensamientos, no le diré nada de lo que descubrí ayer, fingiré que sigo pensando que ellos tienen algo y actuaré como si no me importa, esperaré a que ella me lo cuente todo cuando quiera hacerlo.

—Camilo no es mi amigo, coincidimos en el bar y descubrimos que tenemos varias cosas en común, eso fue todo. ¿Podemos irnos? —Cambio ágilmente de tema—. Estoy a punto de arrancarme los pelos y créeme que calvo no soy nada *sexy*.

Una risa se escapa de sus labios.

—Ya... —me dice, con un gesto que me hace pensar que no se lo cree—. Igual después le pregunto a Camilo.

Mato a Camilo si dice algo al respecto, me encojo de hombros fingiendo indiferencia y Natalie toma mi mano para dirigirme hacia el aparcamiento, llama mi atención que vamos hacia un auto de antaño, con color amarillo y flores, bastante ridículo, y me detengo al ver que está abriendo la puerta.

—¿Qué es esa cosa? —digo, sin pensarlo. Natalie se detiene a la par de él y abre la puerta del copiloto haciendo una señal con su mano para invitarme a subir.

—Solo entra —habla, rodeando el auto para incorporarse en el asiento frente al volante, pero antes de hacerlo añade—: la abuela de Alex me lo prestó para que viniera por ti y era esto o no aparecerme del todo.

—Creo que mejor hubiese pedido un taxi —bromeo, aunque en realidad no me importa viajar en algo así, siempre y cuando se mantenga cerrado, claro.

—¿Quieres comer algo? —Le escucho preguntar, cuando estoy dejando mi equipaje en el maletero, la miro con un gesto de obvedad cuando me acerco a ella y estoy tomando el lugar del copiloto. Eso ni se pregunta, Natalie, eso ni se pregunta.

—Me comería una vaca entera si pudiera... —En ese momento observo que Natalie está descapotando el auto, lo que significa que quedará expuesto a todas esas flores—. No, Nat. Ni se te ocurra.

Ella solo se ríe, pero no le importa, quedamos completamente sin techo y solo se pone unas gafas de sol que llevaba sobre su cabeza y me mira con una sonrisa.

—Acostúmbrate —habla y yo intento cubrirme el rostro con la mano. En estos momentos desearía tener una bolsa de papel para meter la cabeza en ella.

Al menos es un Mustang, hay que darle crédito a eso.

Me cae mejor cuando comienza a sonar *rock and roll*, y me relajo en mi lugar porque, total, he hecho otras veces el ridículo en público y es algo a lo que ya debería estar acostumbrado. Reposo la cabeza en el respaldar mientras el coche avanza y cierro los ojos para poder dormir ni que sea un poco. La canción cambia por algo más relajado y tamborileo los dedos sobre mi pierna al son de la música.

—Me habló mi madre. —Le escucho decir de pronto, en ese momento abro los ojos y centro la vista a su persona, su mirada está puesta en la carretera y sin verme continúa—: No sé cómo se dio cuenta de que estaba aquí, creo que lo supuso cuando se enteró de la muerte del señor Carlin. —Hace una pausa, como si no quisiera continuar, pero lo hace—. Y ahora quiere verme. ¿Puedes creerlo? ¿Cómo puede ser posible que después de tanto tiempo quiera hablar conmigo?

Ambos no decimos nada, yo porque no tengo nada que opinar más que decirle que la mande a la mierda justo ahora, y ella, no lo sé, tal vez espera algo reconfortante de mi parte, pero ya me conoce lo suficiente como para saber que no soy de dar ánimos cuando hablamos de una persona que no me cae bien.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —Es lo único que se me ocurre hablar y vuelvo a poner la vista al frente, escucho un suspiro de su parte y agrego—. Ahora es tu turno de ignorarla a ella, si quieres.

—Las cosas no son así, David. Es mi madre y no puedo... yo... no quiero que... —No continúa la frase, su voz se corta—. Quiere ir al funeral.

—¿Entonces tendré que conocerla? Porque te juro que no tengo nada bueno que decirle.

—David...

—Dime algo —la interrumpo, sin pensarlo tanto, porque la verdad que si estuviera yo en esta situación ya me hubiera olvidado de que tengo madre—. ¿Cuándo fue la última vez que se comportó como una madre?

Ahí se queda callada, no dice nada y yo tampoco. Aunque la miro esperando, su respuesta no llega hasta que finalmente dice:

—Hubo días no tan malos.

—Entonces no... madre no es para ser unos días solamente.

Más silencio. Termina la canción que estaba sonando, la voz del interlocutor ahora es la que se escucha y Natalie baja el volumen del sonido. La miro de nuevo, está viendo al frente pero no la carretera en sí, está pensando, porque la conozco lo suficiente como para darme cuenta de que no está prestando atención al auto frente a nosotros como parece.

—Me dijo que observara cómo la vida puede irse de nuestras manos de la noche a la mañana. —Suelta una risa desganada, una de esas que no se sabe si es ironía o ganas de llorar y maldecir a todos—. Que quiere saber cómo estoy, que llevamos mucho sin tener una charla.

—¿Y qué es lo que quieres hacer tú? —Nos detenemos en un semáforo en rojo, Natalie piensa la respuesta, no despega sus manos del volante ni su vista del parabrisas—. ¿Tú también quieres hablar con ella?

—No sé —me dice de inmediato, negando con la cabeza, el semáforo cambia de color y pone en marcha el auto nuevamente—. Yo... quiero creerla, pero al mismo tiempo me hace pensar que

aprovechará la situación, me creeré todo su *show* de madre buena y cuando le cuente que me estoy divorciando me recordará todas las veces que me dijo que yo no funcionaría en un matrimonio.

—Yo voy contigo...

—¿Qué?

—Que no tienes que decirle que te estás divorciando, que yo voy contigo.

No pude evitarlo. Lo que sea con tal de hacer a esa mujer desagradable tragarse sus palabras.

—No...

—¿No?

—No quiero obligarte a hacer esto, David.

—¿Me estás obligando? —Silencio. El único sonido que invade el espacio que nos separa es el silbido del viento y alguna canción a un volumen que no me deja reconocerla. No le despego la mirada, aunque ella no me mira a mí, no habla, hasta que finalmente dice algo después de algunos kilómetros.

—No tenemos alianzas de matrimonio.

—Puedo conseguir alianzas de matrimonio.

Más silencio, niega con la cabeza y yo suelto un bufido, gira el auto y se introduce en una trocha, miro alrededor y veo que la civilización está quedando lejos.

—Si me vas a secuestrar, por favor intercambiamos papeles. No quiero que mi rostro aparezca en las noticias como el secuestrado, prefiero ser el secuestrador.

Suelta una leve risa y ahora sí me ve, con un gesto y sonrisa socarrona.

—Lo tomaré en cuenta —me dice y se detiene frente a una enorme casa, que asumo es el hogar de los Carlin por la cantidad de personas con ropas oscuras que hay en el lugar. Natalie no habla más del tema que veníamos tratando y solo baja del auto luego de simplemente decir—: Llegamos.

—¿Y bien? —hablo al descender del coche. Está camino al maletero y voy también en esa dirección—. ¿Consigo alianzas? ¿O simplemente olvidamos este tema?

Nuestras miradas se conectan en el momento en que estoy junto a ella. Aunque de inmediato sus ojos viajan en dirección a la maleta roja y me acerco para tomarla antes de que ella lo haga.

—¿En serio lo harías? —Le escucho decir, sin dudarle asiento dejando el equipaje en el suelo—. Porque no quiero que te sientas obligado, no era por eso por lo que quería hablar contigo, solo necesitaba contártelo para que me dieras tu opinión.

—Y ya tienes mi opinión. Solo es continuar fingiendo un matrimonio, ¿no es así? No es nada que no hayamos hecho estos últimos meses.

Duda por unos instantes, hasta que finalmente contesta:

—Bien, yo le llamo y le diré que podemos vernos en algún lugar después.

Hago un gesto de afirmación con la cabeza, no sé cómo voy a contener las ganas de gritarle a esa mujer.

CAPÍTULO 47

David

Como me imaginé, la madre de Natalie no se presentó al funeral.

No sé si su gesto durante todo el entierro era por el evento en sí o por el hecho de que su madre se inventara cualquier excusa para no aparecer. Aunque sé que tal vez en el fondo deseaba —tanto como yo— que ella no llegara, la conozco lo suficiente como para darme cuenta de que estaba algo entusiasmada aún con mis comentarios negativos al respecto. Habló sobre eso todo el tiempo previo a las horas fúnebres y yo me limité a asentir para no decirle que no me creía toda la actuación de buena madre de esa señora.

Y tenía razón. Al final, unas extensiones de cabello fueron más importantes que ver a su hija. Y, aunque quedaron de verse en un restaurante cerca de la casa de ella, una visita de último minuto, según ella, la hizo retrasarse; de acuerdo con su último mensaje, no iba a tardar más de quince minutos.

Miro el reloj de nuevo y me muerdo la mejilla con fastidio, ya lo he visto unas cinco veces en los últimos dos minutos porque ya ha pasado más tiempo del que afirmó se retrasaría. Me sorprende el interés que está mostrando y su intención de ser buena madre, algo que me sabe totalmente fingido. Y yo ya estoy comenzando a desesperarme.

—No va a venir —le digo a Natalie, que está sentada a mi lado derecho en la mesa pequeña de cuatro personas que habíamos reservado, viendo hacia un punto sobre la botella de vino frente a nosotros. Lleva una copa a sus labios y en ese instante dirige su atención a mí.

—Ella es así. —Es lo único que dice, encogiéndose de hombros. Toma un sorbo del líquido rojo y vuelve a dejar la copa sobre la mesa—. Le gusta hacerse esperar.

Puedo ver, por la forma que con la que golpea la mesa suavemente con las uñas, que no está cómoda con la situación, puedo casi apostar que ella sí prefiere que su madre no aparezca, y yo tampoco. Pero no estoy aquí por nada y más le vale aparecer. Miro el reloj nuevamente, otro minuto desperdiciado.

—Bien. ¿Lo ves? Significa que no ha cambiado. —Hago un gesto de obviedad mientras me sirvo en la copa un poco de vino bajo su atenta mirada. Había hablado todo el camino al respecto, sobre lo poco que creo que alguien cambie y ya debe estar aburrida de escuchar eso de mi boca.

—No pierdo nada con escucharla, David —me contesta mientras se relaja en el respaldar de la silla, la verdad que estoy acostumbrado a esa forma de ser tan suya, esa de esperar un milagro en las personas—. Tal vez sea verdad que ha cambiado, tal vez no.

No contesto, porque yo presiento que hay un trasfondo en todo esto y por mucho que se lo quiero decir tampoco quiero sonar pesado. Esto es algo que tiene que ser su decisión y sé que es lo suficientemente fuerte como para enfrentar cualquier decepción, como ha hecho a lo largo de su vida. Es lo que no quiero que le suceda, Natalie no se merece unos padres como esos.

—Bueno, solo esperemos que sí aparezca —digo, soltando aire de golpe. Miro el reloj nuevamente y mejor dejo de hacerlo antes de ponerla nerviosa—. Tengo muchas cosas por decirle...

—David, no...

—¿Puedo al menos decirle que no me cae bien?

—No...

Bufo y Natalie simplemente suelta una pequeña risa que se esparce por el lugar como una bonita sinfonía de campanillas de iglesia. Lleva la mirada a la mano izquierda y analiza la sortija en su dedo anular.

—¿Dónde las conseguiste, por cierto? —me dice, sin despegar la vista de su mano. Cuando le mostré las alianzas antes de entrar a este lugar no hablamos nada sobre ello, estaba ella más concentrada en el asunto de su madre y yo en que odio los restaurantes de este tipo, esos que parece que te cobran hasta por ver el menú, no es cuestión de no querer pagar tanto, sino de la calidad de personas que visitan estos lugares.

Ni siquiera nos percatamos del momento en el que una pareja de ancianos pasó junto a nosotros, justo en el instante que la cajita de terciopelo se me cayó al suelo y me incliné a recogerla, Natalie miraba hacia el interior del lugar, tal vez buscando a su madre, no lo sé. Pero yo estaba sosteniendo su mano, cuando tuve la cajita en mis manos estaba de rodillas frente a ella, escuché un suspiro y la anciana le dijo a su acompañante: «Las parejas de hoy son tan románticas, ojalá que le diga que sí». Lo único que pensé es que pedir matrimonio en el parqueo de un restaurante no es para nada romántico. Natalie soltó una leve risa, que me contagió a mí también, pero eso fue todo. Puse el anillo en su dedo y después de eso entramos al lugar sin mencionar una palabra siquiera.

—Una larga historia —contesto volviendo al presente. Veo hacia la entrada; tal vez, por gracia u obra del Espíritu Santo, ella aparece mágicamente por la puerta—. ¿Cómo se llama tu madre, por cierto?

—Olivia —me dice de inmediato. Se aparta el cabello hacia un lado, dejando al descubierto la piel bronceada de uno de sus hombros y mi vista se centra en el lunar ubicado justo en el centro, ya lo había visto otras veces, pero no me había percatado de la forma de corazón que tiene—. Pensé que simplemente ibas a pedirle prestadas las alianzas a Oliver.

—Esta ocasión no merecía alianzas prestadas. —Ella nota donde mi vista se queda puesta y viendo en esa dirección una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Es herencia. Aunque a mi madre siempre le molestó que tuviéramos eso en común —habla, encogiéndose de hombros. Si sigue haciendo comentarios de ese tipo, incrementarán mis ganas de contratar un sicario y hacer desaparecer a esa persona por accidente—. ¿Y a qué ocasión te refieres? ¿A la de disfrutar teniendo a mi madre frente a ti para aprovechar cualquier descuido y lanzarle tus dardos venenosos?

—Ganas no me faltan, Natalie.

Se vuelve a reír y confirmo el hecho de que me gusta cómo suena su risa.

—Entonces, ¿simplemente las compraste? Porque de ser así déjame decirte que ha cometido una tremenda locura, señor Schmitt.

—No se preocupe, señorita Carson, puedo devolverlas.

—¿Puedes...?

—Una amiga es la dueña de una joyería, le dije que necesitaba unas sortijas y tardé medio mundo en encontrar la sucursal que tiene en esta ciudad.

—Oh, la amiga de la que habló Oliver aquel día...

—No —digo, soltando una risa. Aunque sí, recuerdo que Oliver habló sobre ella el otro día, maldito caga-billetes—. Bueno, sí, es ella.

Deja salir un suspiro, algo que no sé cómo descifrar, pero de inmediato siento el impulso de aclarar las cosas y no dejar que se imagine más de lo que no es.

—Pero solo es una amiga, lo juro. Nos conocimos en la universidad, fue novia de... —No quisiera decir el nombre de la persona que mencionaré a continuación, pero me veo obligado a hacerlo para aclarar las cosas. Principalmente porque ella y yo nos hicimos buenos amigos después de que pasáramos por lo mismo: ella era la novia de Henry, el hermano de Oliver, y este la dejó a ella por casarse con Brittany—. De un conocido que tuve hace mucho tiempo. Pero no tuvimos, ni tenemos, ni tendré nada con ella. Solo somos amigos.

—Yo no dije que no lo sea.

—Pero te conozco lo suficiente como para saber qué es lo que te estás imaginando justo ahora.

—Y según tú... —me interrumpe, cruzando sus brazos sobre su pecho—. ¿Qué es eso que me estoy imaginando?

—¿Sabes? Hay cosas que es mejor no decirles. Pero me emborracharé y las diré de todas formas.

—Bien —dice, dejando escapar una risa. Ya a este punto creo que habíamos olvidado el hecho de que su madre nos ha dejado plantados en este lugar—, entonces dímelo.

Gira levemente el torso en su dirección, de manera que estamos frente a frente, sosteniendo un contacto visual que me intimida, pero no dejo hacérselo notar, aunque me suba las pulsaciones y sienta que el cuello de mi camisa ahorca.

—Que sí te molesta, aunque quieras negarlo. —Quise hacerlo sonar con socarronería, con una pizca de indiferencia, pero cierta parte de realidad, esperando escuchar algo esperanzador de su parte. Ni siquiera sé por qué, y ni siquiera estoy borracho para defenderme luego.

—Lo dice la persona que odiaba a Camilo porque creía que estaba interesado en mí.

Lo mato.

—Por Dios. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Nada... ¿Pero ahora es tu mejor amigo?

—No es mi mejor amigo.

Hace un gesto de diversión que no sé cómo descifrar, pero asumo que no es nada bueno. Aunque a estas alturas ya debe de saber que yo soy muy malo a los tragos y puedo hacer cualquier tontería cuando tengo algún porcentaje de alcohol en la sangre. Tapo mi rostro por instinto con ambas manos deseando que existiera una forma de volver al pasado y borrar todas las gilipolleces que he cometido.

—Es... —Vacilo un momento en mi respuesta y me invento una excusa rápida intentando sonar convincente—: Porque creí que el tipo era un jugador.

—¿Entonces... lo estás admitiendo?

—Tú no contestaste mi pregunta.

Más silencio mientras nos vemos a los ojos, pero en ese momento su mirada se pierde en algún punto en específico a mis espaldas que me hace ver en esa dirección, de inmediato. Una mujer tal vez de la estatura de Natalie, con el cabello liso y castaño, muy parecidas, a decir verdad, es la que ahora está cruzando el umbral. No tengo ni siquiera que preguntar, solo por los rasgos de su rostro, la forma de caminar, la manera que pasa su cabello de un lado al otro... ya tengo mi respuesta. Es una mujer con elegancia, incluso atractiva, voy a admitir, con un cuerpo esbelto y curvilíneo; a decir verdad, le dio la mejor herencia a Natalie, ella no puede quejarse.

—Es ella —habla, casi en un susurro. En ese momento está poniéndose de pie y yo hago lo mismo en el instante, empujo mi silla hacia atrás y sin despegar la vista de la mujer que acaba de llegar me ubico a la par de Natalie acomodando mi saco en el acto.

—Bien. ¿Cómo debo comportarme? —pregunto, con un tono más bajo de lo normal. El lugar es bastante grande y aún algunos metros nos separan de ella, está sostenida del brazo de un hombre castaño, tal vez de mi estatura, muy bien vestido, que puedo asumir es su esposo.

—Sé tú mismo.

—¿En serio quieres que sea yo mismo?

—Sin hacer comentarios sarcásticos, claro.

—Entonces así no puedo ser yo mismo.

La señora parece buscarnos en la multitud y antes de acercarse al encargado —asumo que a preguntar sobre la mesa donde estamos—, nos alcanza a ver; por la forma en que esboza una amplia sonrisa en nuestra dirección mi mano rodea la cintura de Natalie y los ojos de su madre, quien ahora sé que se llama Olivia, se posan en mi persona, me analiza e intento poner la cara de amabilidad más falsa posible.

CAPÍTULO 48

David

La señora Olivia está más cerca de nosotros, entre más se acorta la distancia, sus rasgos se aprecian mejor, casi puedo apostar que así se verá Natalie a los cuarenta y quiero decírselo a esta señora, si le molesta lo del lunar que tienen en común, no me quiero imaginar su reacción cuando le haga saber que es su clon.

—Nati. —Le escucho decir, para rematar la situación tienen una voz casi idéntica, a no ser por el pequeñísimo tono rasposo que me indica que es buena fumadora—. Creí que ibas a venir sola. Digo, es que me habías dicho que tu esposo no vino contigo.

Se acerca a ella y le estrecha los brazos para esperar un abrazo. Incómoda, Natalie le devuelve el gesto.

—No, te dije que no había podido llegar ayer por cuestiones de trabajo —contesta, en el momento que ambas se abrazan. Las dos llevan un vestido negro, a excepción por las mangas largas que lleva el de la señora Olivia, el hombre a su lado acomoda su moño y me estrecha la mano a mí, la tomo con cortesía.

—Oh —exclama, Olivia—, él es Anton van der Vaart. Es la persona con la que estoy saliendo. —Aclara su garganta, eso me dice que ya no está casada y casi puedo adivinar que es por la calidad de persona que es, está mal crear prejuicios, pero con todo lo que Natalie me ha contado sobre esta persona es muy difícil que pueda imaginarme algo bueno—. Anton, ella es mi hija y él es su esposo, David Schmitt, ¿cierto? —pregunta en mi dirección, viendo entre Natalie y yo alternadamente, asiento con una fingida sonrisa.

—Así es. Es un placer conocerla al fin. —Extiendo la mano en su dirección, la cual ella toma y sonrío. Anton saluda a Natalie, Constanza con un gesto característico de su persona le sonrío con humildad mientras su madre le toma el brazo en una actitud que se me hace posesivo, lo que estaría bien si no fuera porque es su hija la que tiene al frente.

—¡Vaya! —habla el tipo—. El parecido entre ustedes es impresionante.

Veo la sonrisa de Olivia, incómoda. Un poco inquieta. No soy muy bueno con el lenguaje corporal, pero sí puedo notar cuando alguien está tenso, medio distraído y medio torpe, lo que me indica, como me imaginé, que no fue un comentario de su agrado. De inmediato cambia la plática y pregunta si podemos tomar lugar a lo que yo doy una afirmación y sostengo la mano de Natalie para volver a nuestros asientos.

Anton elogia la elección del vino luego de servirse una copa. Le sirve un poco a Olivia, quien de inmediato toma un sorbo mientras su novio habla muy bien del lugar donde estamos, finalmente Olivia es quien desvía la conversación y se dirige a mi persona.

—Y bien, ya que somos familia. Cuéntanos un poco de ti, David. ¿Puedo llamarte así, cierto? —No, quiero decirle que se dirija a mí con respeto, como señor Schmitt o que mejor no me llame de ninguna forma, que simplemente no me dirija la palabra, pero tengo que dar una buena impresión, así que me muerdo la lengua y mejor trago vino. Asiento en respuesta y ella continúa—. ¿A qué te dedicas?

—Soy gerente —contesto con un leve asentimiento, no mencionaré, ni de coña, que me despidieron, pero también no está mal alardear un poco—. También soy inversionista, poseo

acciones de algunas empresas. —Aunque le agregó un poco de falsa modestia a mi respuesta—: Pero nada impactante.

Silencio de parte de Olivia, me limito a tomar el vino de mi copa viendo entre ella y Anton, quienes tienen una mirada curiosa sobre mí.

—¡Vaya! —habla él. Puedo ver la sonrisa amplia que esboza, algo que no se asoma ni por cerca en la cara de Olivia—. Eso es genial, una persona muy joven en este negocio es algo impresionante.

—Anton también es inversionista —dice Olivia de inmediato—. Tal vez podamos un día reunirnos todos en familia, ustedes dos tendrán mucho que hablar.

Anton asiente, y yo solo muestro una sonrisa que deja abierta la opción, aunque no del todo. Al menos, el tipo se mira alguien humilde, él no habla de más, mientras que Olivia se encargó de hacernos saber casi todo el currículum de su supuesto novio, lo que me ha dejado un sabor amargo en la boca, porque me hace saber que, en realidad, su madre cree estar en una competencia con Natalie.

Opino que mejor debería salir con un psicólogo.

—¿Ya no sigues trabajando en el programa de televisión? —Cambia drásticamente de tema por fin y yo casi quiero agradecerle, su atención está puesta en Natalie, que parecía estar absorta de la situación, como si ya estuviese acostumbrada a todo este tipo de comentarios—. Angélique nos hacía sintonizarlo todos los días y vimos que otra persona estaba en tu lugar.

—Dejé el empleo hace un tiempo —le contesta Nat. El camarero se acerca a nosotros y cada cual hace su pedido. Algún platillo elegante de esos difícil de pronunciar es el que pide la señora Olivia, mientras todos nos decidimos por algo más práctico. El joven se retira y de inmediato, de nuevo Olivia, vuelve su atención a su hija.

—¿Así que lo dejaste? Creí que te habían despedido. —Mal asunto, ya vamos mal y apenas esto está iniciando. Me remuevo incómodo porque tengo una bola de malas palabras atorada en la garganta que mueren por salir a la luz y decirle a esta mujer lo que nadie le ha dicho antes—. Digo, no tenías mucha experiencia en la televisión.

—No, conseguí otro —la interrumpe.

—El programa de televisión era algo sensacional, lo mejor que le haya podido pasar a una persona que desperdició su tiempo en la universidad estudiando... lo que sea que estudiaste, ya ni lo recuerdo.

Me tenso, que alguien me sostenga ahora. Casi puedo proyectar en mi cabeza una imagen de mi persona atacando a esta mujer como un león a su presa en esos documentales de Animal Planet. Natalie se incomoda, lo sé, aunque no demuestra nada en su gesto, solo la veo tragarse todo lo que tiene ganas de decir porque ella es así. Puedo pensar que está acostumbrada a este tipo de comentarios, pero eso está mal, terrible, cuando proviene de tu progenitora.

—Bellas Artes. —Le escucho decir, sin inmutarse—. La verdad que si pudiera devolver el tiempo no elegiría otra cosa.

—¿Y eso te ha servido de algo ahora?

—Natalie hace el maquillaje artístico de un programa televisivo de ciencia ficción muy popular a nivel internacional —intervengo, no puedo evitar el leve tono de fastidio en mi voz—, la felicito por dar a luz a una artista.

Natalie golpea de manera leve mi pierna con el pie, yo solo la miro de reojo ignorando sus protestas y me llevo a la boca mi copa de vino para evitar decir más cosas que tengo ganas de

hacerle saber y tal vez no debo, al menos no ahora, pero en su momento saldrán y no serán buenas.

—¡Guau! —musita Anton, también viéndonos con gesto de incredulidad, pero al mismo tiempo con cierta curiosidad—. ¿Eres artista?

—Lo es, y la mejor —exclamo viéndola por un instante, su mano está ahora reposando sobre la mesa, por lo cual entrelazo mis dedos con los suyos a propósito—. En toda mi vida he conocido miles de ingenieros, economistas, maestros, catedráticos, pero muy pocos artistas, porque ese es un don que no se adquiere en ninguna escuela.

Ninguna de las dos personas frente a nosotros dice algo, miro mi copa y la muevo haciendo un leve movimiento circular para remover el líquido rojo de dentro restándole importancia al resto, el camarero llega con nuestros platillos, lo que agradezco mucho, porque necesito tener la boca ocupada en algo.

—No me habías dicho que tu hija era una artista —habla el hombre junto a la persona que dice llamarse madre dándole su atención a ella, pero de inmediato se vuelve a nosotros—: Y David tiene razón, de joven yo quería ser pintor, pero nunca me salió bien, entonces decidí estudiar Ciencias Económicas.

Le sigue un asentimiento de mi parte con una sonrisa, mientras miro a Olivia intentando corregir su error.

—Te comenté que no hablamos mucho desde que se mudó a Nueva York —comenta después de un buen rato—. Fue un orgullo para todos en casa que tuviera trabajo en una cadena grande de televisión, pero no me había dicho nada sobre este nuevo empleo. Esta era una noticia que podíamos haber celebrado en familia.

Si la hipocresía tuviese un nombre, creo que se llamaría Olivia.

—Y Bellas Artes es una carrera increíble. —Este señor tiene más puntos conmigo que con la propia madre de Natalie—. No es para cualquiera, tienes que ser una persona multifacética para lograr terminar una carrera así.

—Tiene que ver los retratos que hace mi esposa solo con un papel y un lápiz. —Sí, he dicho *esposa* en voz alta—. O los paisajes que pinta tan realistas y las cosas escalofriantes que hace en el programa de televisión.

—Eso me encantaría —habla Anton de nuevo, dejando de cortar un pedazo de carne.

—Puede visitarnos a nuestra casa cuando quiera, señor Van der Vaart. —Otro golpe en mi pie y este un poco más fuerte, que casi me hace tirar el vino de regreso a la copa.

—Sí, revisaré mi agenda. No estaría mal una visita a Nueva York.

La madre de Natalie no ha dicho nada, se ha limitado a guardar silencio y comer su ensalada con un nombre extraño pero que para mí es solo lechuga y pollo. Su hija tampoco habla al respecto y el señor Anton es el único que parece dispuesto a continuar la conversación.

—Veo que la amas —me habla Anton cuando justo estoy tragando un bocado de mi cena y casi me atraganto—. La forma en que hablas de ella es increíble. Tu hija aparte de talentosa es muy afortunada, Olivia.

La mencionada solo le sonrío en respuesta y no dice nada.

—El afortunado soy yo, señor Anton. —Le muestro una sonrisa y no me atrevo a ver el gesto de Natalie en estos momentos, al menos no me golpeó la pierna de nuevo, supongo que lo hice bien. Solo espero que no me pregunte sobre esta plática de hoy, porque no creo que haya mentido con algo que dije y tampoco quiero tener que dar explicaciones.

CAPÍTULO 49

David

El resto de la cena fue silenciosa, lo cual agradecí interiormente porque otro comentario despectivo por parte de la señora Olivia hubiera desatado mi ira, junto al monólogo que venía preparando mentalmente por si las cosas se salían de control.

Olivia guardó silencio y me di cuenta de que me caía mejor cuando tenía la boca cerrada, mientras que el señor Anton solo se encargó de hablar de negocios conmigo. El señor Van der Vaart, voy a admitir, me ha caído mucho mejor que la propia madre de Natalie, aún no entiendo cómo puede una persona como él salir con una mujer como ella.

Natalie, por su parte, tampoco estuvo cómoda después de las interacciones con su madre. Yo tampoco, pero a diferencia de ella, yo no pude disimularlo. Tanto así que, a la hora de despedirnos, no me acerqué a ella y un gesto fue suficiente para decirle adiós. La verdad que no me importa la imagen que debe tener de mí, pero quiero que sepa que ella no me cae bien en absoluto.

—Fue un gusto conocerte, Natalie —habla el señor Anton, extendiendo su mano hacia ella. Olivia había ido al baño a retocar su maquillaje. Anton se vuelve a mí con el mismo saludo—. Igual a ti, David.

—Lo mismo digo, señor Van der Vaart —contesto con un asentimiento y un apretón de manos. En ese momento la madre de Natalie se está acercando a nosotros y toma la mano de su novio para salir del lugar.

—Llámame Anton —me dice para girarse e ir en dirección a Olivia—. Espero que a partir de hoy nos veamos más seguido.

Dibujo una media sonrisa observándolos retirarse, yo la verdad no espero que nos veamos más seguido; y no es precisamente por él, sino por ella. Escucho un bufido de parte de Natalie, que me hace verla con intriga mientras toma su bolso y se vuelve a mí:

—¿Vamos por un trago? —pregunta, colgándose su pequeño bolso con correa fina sobre el hombro. La miro por un instante con un gesto de preocupación fingido mientras le doy el último trago de vino a la copa.

—Aún no me repongo de la borrachera de ayer —contesto, tendiéndole mi brazo—, pero a la mierda. ¿Quién quiere hígado?

Suelta una risa y caminamos juntos hacia el *parking*, en completo silencio. La verdad, no quiero hablar sobre lo que ha pasado en esta cena y espero que ella tampoco. A cierta distancia observo a Anton y Olivia subir a un deportivo curiosamente aparcado a la par de nuestro vehículo. Agradezco haber rentado un auto antes de venir a este lugar porque moriría de vergüenza tener que subir en la cosa amarilla de la abuela de Alex frente a ellos.

Ambos pasan cerca de nosotros, Anton toca el claxon y con un asentimiento me despido nuevamente, me limito a seguir a la par de Natalie sin decir nada hasta que llegamos al auto. Le ayudo a subir del lado del copiloto y en un instante subo de mi lado frente al volante.

—Bien, ¿dónde quieres ir? —le pregunto, ingresando la llave en el lugar correspondiente. Su vista está puesta en la ventana lateral y de inmediato se vuelve a mí.

—Hay un lugar bastante cerca de aquí, ¿quieres bailar? —Me río, por supuesto que no.

—Ya te lo dije, si no estoy lo suficientemente borracho yo no bailo. —Se baja del vehículo y la miro con curiosidad rodear el coche. Abre la puerta del lado donde estoy y tiende su mano en dirección al asiento del copiloto.

—Muévete —ordena, ruedo los ojos. No digo nada, me cambio de lugar, pero sin bajarme del auto. Solo escucho la risa de Natalie y, acto seguido, queda frente al volante mientras yo intento acomodarme en esta cosa. Cierra la puerta del coche y pone en marcha el vehículo.

—Bien, ¿cuáles son tus planes esta vez? —Se me ocurre preguntar después de algunos minutos de viaje.

—Voy a emborracharte para que después bailes conmigo.

Me río de nuevo, la dejo llevarme hasta ese lugar al que ella quiere ir, sin quejarme y sin repetir, una vez más, que ni de coña bailo sobrio. La veo tranquila, como si en realidad la situación con su madre no le afectara del todo o es costumbre, pero a mí aún me salen humos por las orejas solo con recordarlo.

—¿No te afecta? —Ella frunce el entrecejo, pero no despega la mirada del parabrisas—. Digo, tu madre siendo tan gilipollas. —Es lo único que se me ocurre preguntar, aunque después me arrepiento, tal vez era mejor olvidar esto por su bien psicológico y el mío.

Pero no se inmuta, nada en su cara cambia y solo se encoge de hombros con las manos en el volante y sus ojos en la carretera.

—Es Olivia —contesta, con cierto desdén que me parece resignado—, estoy más que acostumbrada a sus comentarios. Por un momento pensé que te encontraría un defecto y me lo diría frente a todos.

—Será hija de pu... —Me detengo, la miro y tiene una leve sonrisa marcada en el rostro—. Lo siento. —Aclaro la garganta, dije que no iba a mencionar tantas malas palabras y tengo que cumplir lo que dije—. Entonces, ¿eso significa que no encontró un defecto en mí?

—Al parecer no —suelta, se detiene en un semáforo y me mira a mí—. Anteriormente, cualquier chico que le presentaba decía cosas sobre tener las orejas muy grandes o ser muy pálido o tener los pies torcidos.

—¿Qué? —Me río, porque es una estupidez tremenda. Ella se ríe conmigo y al cabo de un rato ya mi ira se va esfumando, ya me siento relajado y tal vez baile un poco sin necesidad de alcoholizarme antes.

—Si vamos a bailar debes saber que no soy tan bueno.

—No es verdad —me contradice, pone el auto en marcha de nuevo cuando la luz se cambia y me limito a ver las calles—. Ya has bailado conmigo y no lo haces mal.

Tan solo transcurre un corto tiempo cuando está aparcando frente a un lugar. No es elegante, parece un pequeño refugio de piedra natural y al bajar del coche puedo escuchar cumbia o salsa, la verdad que no sé ni qué tipo de música es, pero estoy seguro de que ninguna de las dos va conmigo.

—¿Qué es este lugar? —pregunto, con el entrecejo arrugado mientras cierro la puerta del auto y Natalie activa la alarma.

—Un lugar de música latina, es muy bueno.

—¿Y pretendes que yo baile eso contigo?

—Luego de unas cuantas copas te saldrá muy natural, no te preocupes. —Me vuelvo a reír, solo espero que no haya cámaras, porque no quiero que esté registrado el día que hice el ridículo bailando salsa, aunque me han grabado en peores condiciones y con bailes más horribles.

Natalie toma mi mano, parece conocer el local como la palma de su mano. Luego de entrar y fijarme en toda la cantidad de personas que iban y venían. Natalie continúa arrastrándome entre la multitud y bajamos unas gradas hasta llegar a un saloncito, me gusta el lugar elegido, hay menos personas y la música está con un volumen más bajo, lo cual agradezco, porque esta música a ese volumen no va con mis tímpanos. Unos sillones de piel adornan el lugar, se ven bastante cómodos, o eso es lo que creo, cuando me siento y me quedo ahí un ratito me doy cuenta de que se me ha dormido el culo y parte de un testículo.

—Creo que es mejor ir a la barra —le digo a Natalie, cuando la observo llegar con un par de tragos en las manos, y es que cuando hablé de emborracharme hablaba en serio, eran unos copazos gigantes con una sombrilla y azúcar en el borde.

—¿No estás cómodo? —pregunta tendiéndome el licor, el cual miro con vacilación pero que igual me lo pasaré entre espalda y pecho.

—No del todo. —Omito las partes de mi cuerpo que se durmieron y le extiendo mi mano en la dirección mencionada. Ella camina conmigo hacia la barra cuando la gente comienza a aplaudir, chiflar y hacer de todo. Llama mi atención y miro hacia el escenario, tomo una banqueta junto a Nat, quien también mira la escena frente a nosotros.

—¿En serio te gusta este lugar? —le hablo, ella asiente mientras le da un trago a la copa que lleva en las manos.

—¿Tú no? —Hago un gesto que ella interpreta de inmediato y se ríe. Aunque el lugar está bien, si sonara otro tipo de música y hubiera personas que no estuvieran vestidas con piñas o flores tropicales...

—Creo que no estamos vestidos para la ocasión —le digo, viendo pasar a un tipo vestido como Michael Jackson. No encuentro la relación entre el traje y la música salsa.

—Habrá un concurso del mejor imitador de celebridades —me dice, como leyendo mi mente —. ¿Quieres participar? —Suelto una risa irónica y mejor me trago el licor.

—Si me paso de copas es muy probable que termine ganándoles a todos —me mofo, pero en realidad ya no sé qué esperar de mí cuando estoy borracho.

Su vista de nuevo se pierde en el escenario cuando las luces se apagan y una tenue iluminación verde y azul es la que alumbra el lugar, llama mi atención cuando se cambia la música a algo mucho más movido y salen fuegos artificiales de ambos extremos de la tarima.

—Muchas gracias, David. —Escucho a Nat, sus palabras me desconciertan, aunque su vista está puesta al frente, estamos bastante cerca como para escuchar lo que decimos aún con el ruido de la música.

—¿Por qué?

—Por lo de hoy, por lo que le dijiste a mi madre...

Elevo la comisura de mi labio al mismo tiempo que le doy un sorbo al copazo y la miro por unos instantes.

—Y esto que no le dije todo lo que pensaba decirle, lo guardaré para la próxima.

—No habrá próxima. —Se encoge de hombros. Su vista sigue puesta en el escenario, aunque yo me giro por completo para quedar de frente. Me siento tan cómodo con la cercanía y al parecer, ella también.

—¿Por qué? ¿No piensas volver a verla?

—La próxima vez le diré que nos divorciamos.

—No puedes hacer eso. —Mis palabras, que en realidad intento hacer sonar como irónicas, suenan como desesperadas y quiero ahogarme con este trago, por lo cual rectifico lo que dije con otra mitad verdad y mitad mentira—. Estaba disfrutando de contradecir a tu madre.

Ella niega con la cabeza, con un gesto divertido y despreocupado. Se lleva la copa a la boca y yo solo observo cómo toma un sorbo con delicadeza, veo el movimiento de su garganta al tragar el líquido y mis ojos se van más abajo, donde específicamente su pecho resalta sobre el vestido negro de un solo hombro que lleva puesto.

—¿Qué hay de todas las cosas que dice tu madre, Natalie?

—Ya no me importan, la verdad. ¿Qué puede decir una mujer de mantener un matrimonio si se ha divorciado dos veces?

Buen punto, aunque no sé qué sentir al respecto. No sé ni siquiera qué decirle.

—No es justo que después de la actuación que hice hoy le digas a tu madre que te divorciaste. ¿Entonces dónde quedó mi esfuerzo? —indico con ironía. Natalie se ríe, deja la copa sobre la barra y gira su torso en mi dirección, nuestras piernas se entrelazan por la cercanía, pero no hago nada por moverme. De soslayo miro sus piernas y contengo las ganas de pasar mis manos por ahí.

—Muy buena actuación, por cierto. En serio, te lo agradezco. —Nuestras miradas se conectan por unos instantes, una fracción de segundo que se siente eterna.

—No fue actuación, Natalie —me sincero—. En realidad, sí estoy orgulloso de ti. Si tu madre no puede ver la calidad de hija que tiene merece una cachetada... con un ladrillo. —Una leve risa se me escapa y Natalie, que por unos minutos se queda pensativa, reacciona al instante y me sonrío mientras toma la copa de nuevo entre sus manos—. Soy el exesposo más afortunado del planeta tierra.

Ahora sí se ríe, levanta la copa y la deja en mi dirección.

—Por los exesposos. —Le escucho decir y yo, con una sonrisa, levanto mi copa y la choco contra la suya.

—Por los exesposos —repito, llevándome la copa a la boca y dándole un buen trago. Mi vista viaja a la pista de baile y miro las parejas moverse al son de la música.

—¿Vamos? —La miro.

—Ni siquiera he terminado este copazo, espera a que me emborrache bien para acercarme a hacer el ridículo a ese lugar. —Solo escucho su risa, deja su trago sobre la barra y me toma de la mano para tirar de mí hasta la pista, no puedo creer que vaya a hacer esto. De todas las cosas que he hecho por ella, al parecer el paracaidismo ha sido lo menos vergonzoso.

Dejo la copa XXL y me dejo guiar por ella a la pista. Miro alrededor para al menos copiar los pasos, y como no hay forma de que pueda hacer eso de moverme sensualmente comienzo a hacer el paso del robot, donde ya nos habíamos colocado.

Natalie se ríe, se ríe tanto que hasta lleva las manos tapando su rostro, y tiene que sostener su abdomen cuando comienzo a hacer los pasos de *Party Rock Anthem*, me detengo porque ya no solo es Natalie que está riendo y prefiero guardar lo de hacer el ridículo solo para cuando esté borracho y tenga la excusa: estaba tomado. Sus risas son tan elocuentes que me termina contagiando y luego soy yo el que se carcajea imaginando la escena que debí protagonizar en este lugar.

—Lo siento —le digo, reincorporándome. Dejando las risas de lado para mostrar mi faceta seria, acomodo mi corbata y con una pose erguida le tiendo la mano—. Ahora sí, ¿quiere bailar conmigo señorita, esta música de...?

—Celia Cruz —contesta.

—Bueno, Celia Cruz —repito, mi mano sigue extendida hacia ella. También se recompone acomodando su vestido y toma mi mano con un asentimiento.

Comienza a mostrarme algunos pasos e intento seguirla, aunque me siento ridículo. Se me hace mejor el *breakdance*, y esto que no sé ni cómo puta se hace. Me río de mí mismo porque no tengo idea de lo que estoy haciendo, Natalie se ríe conmigo y continúa a pesar de que estamos haciendo el ridículo, aunque ella lo hace perfectamente bien, yo no soy un digno compañero de baile suyo.

—¿Sabes? —le digo, después de varios minutos intentando seguirla. Me acerco a su oreja para hablar y siento un escalofrío atravesarme la espalda al tenerla así de cerca—. Dado que estoy haciendo el ridículo, no me vendrían mal unas clases.

—Pero no lo haces mal.

—Lo dices solo porque tienes miedo de que deje de ser tu amigo. —Se echa a reír de nuevo y yo no sé cómo es posible que se divierta tanto con mis tonterías, pero me gusta, me gusta ser estúpido de vez en cuando. Continuamos de esa forma hasta que ya siento que mi cuerpo suda y no es para menos si estoy de saco y corbata, terminaré mi noche con mal olor en las axilas.

—Por cierto, yo te debo agradecer a ti —le digo yo esta vez a ella. Su gesto se torna curioso y enarca una ceja al mismo tiempo que da una vuelta y se queda frente a mí.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por no avergonzarte de mis estupideces. —Se vuelve a reír, me hace darle otra vuelta y a mí ya me duelen los pies, y esto que siento que no estoy haciendo nada.

—Yo no las considero estupideces, David. Me gusta cómo eres, me haces ver las cosas desde otra perspectiva, una más divertida y menos adulta, no estaba teniendo un buen día, llegas tú y simplemente me haces olvidar todas las cosas por las que estoy pasando. —Hay un momento en el que nuestras miradas se conectan, nunca había escuchado eso de parte de alguien en mi vida y se siente tan bien, es como una liberación, ser yo mismo con alguien no me había pasado nunca—. Así que, la verdad, no hay nada que te cambiaría.

Da otra vuelta, una sonrisa inconsciente se me escapa de los labios y una canción menos movida y un poco más romantizada comienza a hacerse sonar por el lugar, bien, creo que con esta sí puedo.

—Creo que tu música va de mal en peor —le digo, sus labios se curvan. Miro alrededor y lo único que hacen las parejas es unirse, tomar la cintura de la chica y comenzar a cambiar de pie para moverse de un lado a otro, bueno creo que sí, puedo hacer esto.

Se acerca a mí, me rodea con sus brazos y la escucho suspirar cuando su rostro se pega al material de mi saco. Nos quedamos ahí un rato, se me hace eterno, tanto así que cierro los ojos mientras envuelvo mis manos en su torso. Su cabello se pega a ambos lados de su cara, aunque ella aún huele bien, si yo apesto en este momento tendré que demandar a Hugo Boss.

—¿Huelo mal? —le pregunto, ella levanta la mirada y me observa con auténtica curiosidad plasmada en su rostro.

—¿Es en serio? —Creo que no tengo cara de estar bromeando, lo dije de forma discreta viendo alrededor procurando que nadie me haya escuchado.

—Por supuesto. —Ella se ríe y comienza a olisquearme, enfrente de todos, su nariz se pega de mi cuello y siento un escalofrío recorrerme entero, por Dios, esa es mi zona débil, pero no la cachonda, la débil, esa que te puedes retorcer en el suelo de risas y eso no es nada *sexy*.

—Nat —hablo entre risas—, no hagas eso.

Ya hasta me están llorando los ojos de soportar carcajadas porque aquí no puedo simplemente dejarme llevar por la circunstancia. Me río más fuerte porque ella no deja de hacerlo, aún con mis protestas, con mis regaños, con mis formas de apartarla de mí, todo eso es inútil.

—Natalie, basta. —Continúo riéndome hasta que hago un esfuerzo sobrehumano soportando las cosquillas y tomo sus manos llevándolas hasta atrás de su cuerpo, la inmovilizo pegándola más a mí, no la dejo moverse, aún con sus intentos por zafarse de mi agarre ella comienza a reír.

—Estoy segura de que esto no se baila así.

—Yo también, pero al menos nadie nos está viendo. —Su boca está a unos centímetros de la mía, casi puedo sentir su aliento, ella cierra los ojos y comienza a moverse al ritmo de alguna música de Ed Sheeran de la que justo ahora no recuerdo el nombre. Me hace sonreír verla así, solo la luz tenue del lugar golpea su rostro y dibuja todas las figuras maravillosas que tiene su cara.

Ella abre los ojos un poco, hasta quedar su vista sostenida en la mía.

—¿Qué? —pregunta, me doy cuenta de que tengo esa sonrisa estúpida en la cara y cambio el gesto aclarando la garganta. Ahora es ella la que se ríe.

—Na... nada. —Voy soltando mi agarre con cautela y envuelve sus brazos en mi cuello de una manera especial, de una forma tan... cercana.

Acerco mi rostro poco a poco, hasta que nuestras narices se rozan y nos mantenemos así, mientras rodeo su cintura con los brazos. Está solo a unos centímetros y sin dudarlo, presiono mis labios contra los suyos, es un beso suave, cariñoso, uno de esos que se sienten tan bien y tan mal al mismo tiempo, uno que me hace recorrer electricidad desde la base de mi cabeza hasta la punta de los pies.

Siento que el mundo se detiene en este instante, que hasta la música deja de sonar solo por este momento en que mis labios se encuentran unidos a los suyos. Siento mi celular vibrar en el bolsillo, pero no le doy atención en este momento. Natalie se separa de mí y nuestras frentes quedan juntas, nuestros ojos se conectan por un momento y me doy cuenta de que esta mujer me gusta, me gusta más de lo que debería.

CAPÍTULO 50

David

Me limito a verla, a admirarla así, tan cerca. Sus ojos se cierran de nuevo y miro un mechón de su cabello oscuro caerle sobre el rostro, lo llevo detrás de su oreja al mismo tiempo que ahueco su rostro en mis manos y deposito un último beso en sus labios, ella me sonríe en respuesta y corresponde el beso, mañana culpo al alcohol, sí, eso voy a hacer. Me dejo guiar por la música lenta y dejo que Natalie acaricie mi cuello y su mano recorra mi espalda hasta detenerse justo en mi cintura, ahí me rodea con sus brazos y se separa de mí para acomodar su rostro en el hueco de mi mandíbula.

Nos quedamos así por unos minutos más que a mí me parecieron horas. Hasta que la música cambió de pronto y más personas comienzan a aglutinarse en la pista. Me quedo con ella en la misma posición hasta que toma mi mano y me hace dar una vuelta junto a ella. Suelto una carcajada, me adapto al nuevo ritmo y esto es algo más... ¿*sexy*? La observo bailar alrededor de mí, mover las caderas y rozarme partes que no debería.

Carajo, mejor le pido que nos vayamos o terminaré mi noche en el baño, utilizando mi mano derecha y con un envase de vaselina.

—¿Nos vamos? —siseo, cerca de su oído, aspirando ese aroma que desprende su cabello y se mezcla con ese olor exquisito de su piel. A una distancia prudencial, porque justo ahora no quiero que se dé cuenta lo que me ha provocado.

Ella me mira y asiente, con una voz suave y aterciopelada me dice:

—¿Sabes? Me gustaría hacer algo de lo que me arrepienta mañana. —Definitivamente su comentario llama mi atención, más por la forma pausada en que habla, porque específicamente a mí se me ocurren muchas cosas que hacer ahora de lo que me arrepienta mañana, mucho más cuando el alcohol ya se me ha asentado en la cabeza.

—¿Algo como qué?

—Un tatuaje.

Me quedo estático.

—¿Un tatuaje? —Ella asiente con un entusiasmo que me aterra y la miro a los ojos con toda la seriedad que he podido recoger; si antes tenía un gesto picarón en mi rostro, ahora es de completa confusión y creo que no he escuchado bien, por lo que agrego—: ¿Es en serio?

Vuelve a asentir, con una sonrisa al estilo el Joker y dice:

—Sí, deberíamos tener el mismo tatuaje. —No, no quiero ni pensar en la idea de una aguja contra mi piel, nunca en mi vida he considerado tener un tatuaje y no lo haré justo ahora—. Sería divertido.

—No, no, no, no. —Bien, lo he dicho muchas veces, pero quiero que quede claro, tiro de ella para salir del sitio aún ante su resistencia y su risa—. Estoy bien sin tinta por ningún lado.

—David —protesta, aunque puedo notar el aire de diversión que me mezcla en su tono—, sería divertido tatuarnos lo mismo.

—¿Para qué? ¿Para parecer que somos parte de una secta? —Se carcajea, hace resistencia al momento de estar saliendo de aquel lugar y me detengo para volverme a ella.

—Le temes a las agujas...

—No. —Me río, la tomo de la mano para emprender mi camino hacia el *parking*, milagrosamente cede de inmediato, pero continúa:

—Y también las alturas.

—No, no tengo nada contra las agujas o las alturas —reafirmo, ella solo deja salir una carcajada y a mí no me hace nada de gracia recordar eso.

—¿No eres tú el que habla de la importancia de vencer los miedos?

—Yo no...

—Lo leí en la entrevista que te hicieron el año pasado. Te busqué en Google cuando me casé contigo.

Me detengo y la miro.

—Eso es acoso.

—¿Qué? Tenía que saber si mi esposo era un maniático. Lástima que internet no me dijo sobre tu colección de ropa interior de Batman.

La miro con desaprobación al mismo tiempo que se me tiñe la cara de vergüenza y ella suelta una carcajada ante mi expresión. Creo que mejor sigo mi camino y finjo que no he escuchado nada de esto.

—Pues, soy un maniático, pero ya debes saber eso.

—Bueno, eso ya lo sé. Vamos, ven conmigo. —Sé que me va a convencer, no sé ni siquiera para qué hago resistencia, puedo oponerme en diversas ocasiones, pero al final del día voy a terminar conduciendo hasta donde ella me diga.

—¿Tengo otra opción?

—No. —Tiene una gran sonrisa en su cara, una que me dice que no va a descansar hasta ver cómo me manchan la piel y mañana sí será algo de lo que esté arrepentido. Pero haré resistencia, sí que la haré, no puedo ser tan fácil con Natalie.

—Pero dejo claro desde ya que no me haré el maldito tatuaje.

—Como quieras. —Toma las llaves de mis manos, las había sacado hace unos momentos cuando divisé el vehículo. Ahora ella va camino al auto y yo me limito a seguirla porque, reitero, no tengo otra.

Conduce varios minutos hasta que estamos en una zona muy en el centro de la ciudad, bastante calmada y elegante, me señala el lugar pequeñito con un logo de una enorme aguja de frente.

—Aquí es —me dice, apagando el auto después de aparcar muy cerca. La zona de parqueo llama mi atención, porque es perfecta si quieres hacer algo dentro del auto antes de irte, pero mejor saco esa imagen de mi cabeza. Miro el árbol que tapa la luminaria y ese es el motivo por el cual no se ve casi nada en esta zona.

Salgo justo después de que Natalie lo hace, la veo caminar hacia el sitio y yo solamente camino detrás de ella con cautela, hasta que estamos frente a las dos puertas de vidrio, que se abren automáticamente con nuestra llegada.

Veo a Natalie ir hasta recepción y doy un vistazo alrededor, fotografías de tatuajes, una bestia en el brazo de un tipo, una serpiente envuelta en una rosa y me acerco a una que no logro divisar bien a la distancia, cuando estoy más cerca, me doy cuenta de que en realidad sí había visto bien y era una vagina sobre la rodilla de un hombre.

Vaya, vaya...

—Le dije muchas veces que si en realidad quería tener el coño de su novia en su rodilla y me dijo que sí. —Escucho a mis espaldas una voz ronca y un tanto tenebrosa que me hace girar sobre

mis talones de inmediato, la imagen que captan mis ojos es tan maquiavélica como me la había imaginado, es un tipo enorme, tal vez de más de dos metros, con los brazos trabajados en el *gym*, pero se nota que dejó de hacerlo hace mucho tiempo, porque donde debía haber masa muscular hay un montón de grasa y celulitis, cubierto de tatuajes hasta los dedos.

—Genial, todo un trabajo artístico —contesto, mirando de nuevo el tatuaje. Intentando descifrar si en realidad es cualquier vagina o en realidad le trajo alguna foto o algo así.

—Me trajo una fotografía —dice, y yo me giro consternado. ¿Acaso también lee mentes? Pero no solo por eso, sino por lo que acaba de decir, le trajo una fotografía de una vagina—. Te lo digo porque todo el mundo me lo pregunta y sé que vas a hacer lo mismo.

Creo que tiene sentido.

—Pues, gracias por la explicación. ¿En serio te trajo una fotografía de la vagina de su novia?

El sujeto asiente, se encoge de hombros, como si en realidad no le pareciera nada del otro mundo.

—Quería que le pusiera en un texto «el coño de mi novia es el mejor», pero después lo convencí de que no lo hiciera, ¿puedes creerlo? —Se ríe de una forma tan tenebrosa desde el fondo de su garganta, si este tipo te sale a media noche con ese aspecto y esa risa te puedo asegurar que te cagas del miedo, al menos yo lo haría. Él está viendo una maquinita en ese momento, limpiando algo sobre ella y se vuelve a mí otra vez—. ¿Vas a tatuarte?

—Oh, no... vengo con alguien que quiere...

—Jackson. —La voz de Natalie me interrumpe, no la logro ver porque el cuerpo del tipo enorme bloquea la visión de su imagen y él se vuelve a ella.

—Natalie —exclama, vaya... se conocen...—, pero qué milagro que estés por aquí. —Ella se encoge de hombros, a medida que el tipo se acerca a saludarla puedo divisar un poco de su imagen. Lo único que me viene a la mente cuando veo a estos dos juntos es la película de *La bella y la bestia*, pero él no creo que se convierta en un príncipe, claro—. ¿Tú vienes con este?

Este tiene nombre, Jackson.

—Oh, sí, él es David. —No agrega nada más. La bestia me extiende su mano y casi me da miedo tomarla por si le parece divertido estrujarla o algo así. Mis dedos se ven tan pequeños a la par de los suyos, de hecho, todo yo soy con una especie de insecto a la par de su enorme cuerpo y esto que soy un hombre alto—. Él es Jackson, íbamos a la escuela juntos.

—¿En serio? —interrogo, tomando su mano con vacilación, pero así como la extendió se fue y agradecí que dejara mis dedos intactos. El sujeto llamado Jackson asiente—. Disculpa, pero, ¿qué edad tienes?

—Tengo casi veintitrés. —Voy a admitir que me asombra, porque tiene una barba frondosa que casi le pega al pecho y su imagen es tan aterradora que me hace sentir como un tigre sin dientes. No parece un tipo en sus veinte—. Era el más joven de mi clase, de hecho. ¿Vamos?

El sujeto de casi veintitrés años nos dirige hacia un minúsculo espacio donde están una silla y algunas maquinitas pequeñas en una mesita. Miro alrededor, al menos se mira confiable, un punto para el grandulón.

—¿Tú también vas a tatuarte? —pregunta Jackson, de nuevo, cuando ya le había dicho que no, que solo estaba aquí por ella.

—Dije que no...

—¿Por qué no? —Él está de espaldas, preparándose, supongo, para tatuar lo que Natalie le pide.

—Tiene miedo a las agujas —dice Nat, y casi quiero odiarla por eso, la miro con desaprobación cuando se está acomodando en el lugar que la bestia le indica y tomo la banqueta cerca de ella para coger lugar a su lado.

—No es verdad...

El tal Jackson se ríe, suelta carcajadas mientras se prepara y yo solo lo miro a él.

—Lo siento —me dice, tomando un lugar al otro lado—, la última persona a la que le escuché decir eso fue a mi hermano. —Y agrega—: Tiene cinco años.

Mejor guardo silencio, el tipo se calla finalmente y Natalie le indica lo que hará, algo sencillo y muy simple, que solo toma unos minutos, pero me sorprende cuando ella me toma la mano, a medida que el sujeto dibuja en la piel cerca de su muñeca izquierda y entrelaza sus dedos con los míos.

Fue un corto tiempo, pero se me hizo eterno, justo al terminar suelta mi mano y me muestra el pequeño tatuaje que el tal Jackson ha hecho.

—¿Un pez? —le pregunto al girar mi cabeza y ver las líneas que forman la figura. El pequeño tatuaje está en la base de su mano, a un costado de la muñeca.

—Sí, un pez significa libertad.

—Libertad... genial.

—¿Quieres hacerte uno igual?

—No, no, no. —Me río, negando con la cabeza al mismo tiempo que vuelvo a pronunciar más negaciones en mi boca—. No voy a tener al maldito Nemo tatuado en mi brazo.

Escucho la risa de ella y el sujeto suelta una risotada al mismo tiempo que está revisando el aparato.

—Bueno —dice la bestia—, tenemos dragones, serpientes, el dios de la guerra, Goku... tú eliges, pero tomarán horas.

—¿Horas? No, no, creo que estoy bien. —El sujeto se vuelve a reír, la risa tan burlona y tenebrosa que suelta siempre, como dije, da escalofríos.

—Natalie, ¿esta señorita es tu novia? —habla con sorna, lo miro a él, con furia, aunque está concentrado en algo en sus maquinitas y no me mira.

Yo miro a Natalie, sé que ella entiende esta mirada que estoy mostrando justo ahora, esa que indica lo mal que me cae este sujeto llamado Jackson.

—Vamos, solo es una línea —dice Natalie—. Además, tu reloj puede tapanlo en caso de que no quieras que alguien lo vea.

—No puedo, mi trabajo...

—No tienes trabajo.

—Gracias por recordármelo, Natalie. Gracias por hacerme recordar que me quedaré pobre.

—Yo necesito un asistente —habla Jackson, y yo solo miro hacia el techo intentando concentrarme en otra cosa para ignorar a este tipo—, pero mi requisito es que tengas al menos cinco tatuajes.

—¡Guau! ¡Pero qué oferta! Gracias, Jackson.

—Y unos tres *piercings*. ¿Tienes *piercings* al menos?

—No.

Él se vuelve a reír y yo ruedo los ojos al cielo.

—¿De dónde sacaste a este señorito tan tiquismiquis, Natalie? —¿Qué diablos es *tiquismiquis*?

—Está bien, me haré el puto pez —hablo, Natalie da palmaditas y se pone de pie para darme el lugar. Miro al tal Jackson esbozar una sonrisa y preparar sus herramientas.

—¿Quieres hacerlo, Natalie? —Le escucho hablar. Miro a Natalie con los ojos abiertos de par en par.

—¿Es en serio? —pregunto, ella solo muestra una sonrisa, una que me dice que aparte de que acaba de convencerme, me hará el maldito pez en el brazo.

—Claro, si te gustaría.

—Yo... eh... ¿Sí es seguro, cierto?

—Natalie me hizo un tatuaje a mí —nos interrumpe el tipo. Se saca la camiseta e intento no concentrarme en su gran estómago. Me muestra una serpiente en su espalda y, la verdad, que no me sorprendería si Natalie sabe hacer esto también.

—¿Habla en serio? —La miro y asiente con entusiasmo. Pero no puedo negarme ni siquiera a esto cuando esos preciosos ojos marrones me miran de esta forma—. Bien, hazlo. Que sea rápido, por favor.

¿Ya qué? Total, como dije, termina por convencerme. La dejo que lo haga, cierro los ojos con fuerza cuando la aguja toca mi piel y respiro profundo con esa sensación de ardor que me invade en la zona de la muñeca. Natalie sostiene la máquina divertida y toma unos pocos minutos darme cuenta de que ya pasó todo, respiro con alivio cuando se termina y casi tengo que agradecer al cielo cuando quedo libre y Jackson me da unas indicaciones.

—Bien, hermanas Tiffany y Brittany Wilson, están listas. —Miro al grandulón con furia, el tipo se retira con una gran sonrisa en el rostro y miro el tatuaje—. ¿Sí han visto esa película? La de ¿Y dónde están las rubias? ¿Cierto? La de los tipos que se disfrazan de mujeres blancas, ¿puedes creerlo? ¿Cómo es posible que nadie haya notado que eran tipos...?

—Jackson, sí la hemos visto —le corto, antes de que me cuente toda la historia, porque ya no quiero seguir un minuto más aquí. Él sigue caminando hasta la puerta y susurro a Natalie—: Esto sí será algo de lo que me arrepienta mañana. —Algo para arrepentirme el resto de mi vida, de hecho—. Un maldito pez en mi muñeca. ¿Qué voy a decir cuando alguien me pregunte por esto?

—Ya te lo dije, que significa libertad y te lo hiciste después de tu divorcio. Un buen mensaje cuando salgas con otra chica.

Me quedo pensándolo un momento.

—¿Qué tal si no quiero volver a salir con otra mujer?

Sus ojos se conectan con los míos en ese instante, justo cuando va a abrir la boca el sujeto llamado Jackson entra de nuevo y camina hacia nosotros, deshago el contacto visual y llevo la vista a la manga de mi camisa.

—Toma. —Escucho la voz ronca de Jackson y levanto la vista, es un dulce—. Por ser un niño fuerte.

Se vuelve a reír y a mí no me hace nada de gracia.

—Gracias... Jackson. —Tomo el maldito dulce porque no me da la gana desperdiciarlo. Natalie le devuelve la pequeña máquina a Jackson, algo en ella es diferente hoy, a pesar de lo que tuvimos que presenciar con su madre, está sonriente, como si nada hubiera pasado. Envidio eso de ella, no recuerdo cuándo fue la última vez que olvidé algo así de fácil, yo en su lugar ahora estaría lanzándole maldiciones a mi progenitora si me hubiese tocado vivir con alguien así. O tal vez es solo que ama verme sufrir y hacer cosas que nunca antes se me hubieran ocurrido hacer por alguien.

Dejamos el establecimiento de la bestia, me limito a atravesar el *parking* a su lado mientras miro de nuevo el jodido pez y busco la forma como voy a taparme esta cosa frente al caga-billetes para

evitar ser avergonzado.

—Así nunca te vas a olvidar de mí. —Me habla en ese momento, esa frase hace que algo se me revuelva en el interior, le doy un vistazo con una media sonrisa marcada en mi rostro.

—Créeme que no te voy a olvidar. —No la estoy viendo en el momento que digo esas palabras, en el momento que hago contacto visual con su persona ella solo esboza una sonrisa y agrego—: Porque, para bien o para mal, nunca se olvida a tu primera esposa, lo dice la ciencia.

Me encojo de hombros, ella me mira y se ríe, sostiene mi mano y cuando estamos a punto de llegar al auto, me dice:

—Me mudo este fin de semana. —Se me escapa un suspiro, aunque no lo pretendo. Sin decir nada, solo asiento en su dirección y vuelvo la vista al frente—. Puedes venir cuando quieras.

—Gracias —le digo en respuesta, intento lo más que puedo sonar relajado, como si en realidad no importara—. ¿No te da miedo? Estar ahí sola, alejada...

—No. —Se ríe—. Me gusta estar sola de vez en cuando. Ya empaqué mis cosas.

Me quedo en silencio porque no sé cómo sentirme al respecto, no sé ni siquiera cómo se actúa en estos casos y no puedo decirle lo abatido que me siento por su decisión, aunque sabía que en algún momento iba a hacerlo, nunca pensé que cuando llegara ese día iba a sentirme de esta forma.

Intento mostrarme sereno, indiferente, mientras desactivo la alarma del auto y abro la puerta para Natalie, quien luego de darme las gracias entra sin decir una palabra. Hago lo mismo de mi lado y conduzco en silencio, hasta que llegamos a casa de los Carlin, donde ella se está quedando, me detengo en la entrada, sin decir nada se desajusta el cinturón y me giro a ella.

—¿Y tú vas a olvidarme? —Sonríe, pero no me está viendo, mira el parabrisas en dirección a la casa de la familia de su amiga.

—Para bien o para mal, a tu primer esposo no lo olvidas.

—Creo que con eso me conformo.

Suelto una risita, al mismo tiempo que mi celular suena, antes de que ella salga del auto le doy un vistazo rápido al aparato, que saco del bolsillo, mis manos tiemblan en el momento que leo el texto. Es un mensaje de mi abogado. Dice que ya es oficial, estamos divorciados.

Me toma unas cuantas lecturas más darme cuenta de lo que en realidad dicen estas palabras. Natalie se acerca a mí y mira también lo que estoy leyendo, no veo su expresión en ese instante, no tengo idea de qué pudo sentir en su interior, pero cuando miro su rostro su expresión es serena, como si no le importara en realidad o simplemente no quiere hacerlo notar.

—¡Hurra! —dice, al mismo tiempo que yo trago saliva—. Bueno, bienvenido a la soltería de nuevo, señor Schmitt.

Intento lo más que puedo reaccionar y réirme ante sus palabras, una vez más leo el mensaje de mi abogado y dejo de regreso el teléfono en el bolsillo.

—Bueno, felicidades, ya eres una mujer soltera. —Mi voz está más grave de lo normal, tal vez por la serie de sensaciones que se amontonan en mi garganta y que intento aclarar para hacer creer en realidad esto no me importa del todo... O eso intento.

Los dos nos quedamos ahí en silencio, viendo al frente, ni siquiera sé por qué. Observo la carretera delante de mis ojos y después la casa de los Carlin, que está tras una rotonda con una fuente cubierta de arbustos.

—Y ahora... ¿qué procede, Natalie? —Tengo su atención, ella me mira unos instantes con una media sonrisa.

—Seguir con nuestras vidas, emborracharnos y ligar en una discoteca, supongo.

—Pero yo no quiero ligar, ahora necesito un tiempo para encontrarme conmigo mismo. — Obviamente, eso lo he dicho con completa ironía. Natalie se ríe y yo con ella, porque eso se escuchó tan estúpido desde mi boca, pero lo que no comprende es que hay algo que es verdad en lo que acabo de decir.

—Bueno, mientras se encuentra a usted mismo, señor Schmitt —dice, desajustando su cinturón y abriendo la puerta—. Entonces, llámeme.

Con mi gesto le digo que sí, nos quedamos viendo un momento, directamente a los ojos, en un gesto que se me hizo íntimo... cómplice. Se acerca a mí y deja un beso húmedo en mi mejilla, uno que me hace sonreír en el acto.

—Hasta mañana, querido exesposo.

Me río con ella, la observo salir del auto y antes de que cierre la puerta del coche, me bajo y rodeo el vehículo, ella me mira con intriga. Le pregunto algo, una cosa que antes, ni de broma, me atrevería a cuestionarle, más que nada porque soy de actuar de manera directa, pero con Natalie me siento genuinamente diferente. Si tuviera la oportunidad de cambiarle algo a mi vida para borrar aquel suceso en Las Vegas, creo que lo dejaría todo tal cual está.

—¿Puedo darte un último beso? —Pasan unos segundos antes de que responda algo y es una risa, niega con la cabeza, pero sin pensarla demasiado, se acerca a mí y rodea mi cuello con sus brazos, nuestros labios se unen, mis brazos viajan alrededor de su cintura y después una de mis manos va hacia su cuello. Sé que no es el mejor lugar, que es muy probable que haya personas viéndonos, pero justo ahora es lo que menos me importa, lo único que quiero es disfrutar de estos labios de fresa, de esa manera delicada de besar tan suya y de esos dedos hábiles que se postran sobre mi mejilla, una serie de sensaciones se arremolinan en mi estómago y cuándo me percató de que esto ha tardado más de lo que tenía pensado, me separo de ella y la miro a los ojos.

—Ahora sí, hasta mañana —le digo y ella se ríe, deposito un corto beso en sus labios y me alejo para, posteriormente, esconderme dentro de mi vehículo.

O eso es lo que me hubiese gustado que pasara, pero en realidad nada fue así. Natalie se bajó del auto y yo me congelé en mi lugar, simplemente la vi a través de la ventana levantar su mano para agitar sus dedos y simular un adiós con su mano, el claxon fue mi respuesta junto a una media sonrisa mientras me hacía la idea que estaba divorciado.

Es oficial, ya estoy divorciado. Debería estar feliz, lo sé. Pero lo que siento no está ni cerca de eso.

CAPÍTULO 51

David

Natalie se mudó el fin de semana. Pero yo no hice nada para que no lo hiciera; este era nuestro plan desde que todo esto empezó, divorciarnos y seguir con nuestras vidas.

Desde aquella noche, apenas hemos hablado, fuimos en el mismo vuelo, pero no pudimos compartir más que unas miradas por la distancia de nuestros asientos. Su actitud es la misma, ella no ha cambiado en nada, me di cuenta el día que la llamé a petición del caga-billetes, algo relacionado con Alex después de su cena de cumpleaños y por algún motivo que no quise indagar no se pudo comunicar con ella. Cuando escuché la voz de Nat en mis oídos quise hablar sobre muchas cosas, pero la situación de Oliver era prioridad, después de eso supe que había apagado su teléfono, desde entonces no hemos vuelto a conversar y creo que es lo mejor si queremos continuar con nuestras vidas. Al llegar hoy a mi hogar me encontré el camión de mudanzas frente a mi casa y lo vi llevarse unas pocas cosas que Natalie tenía aquí conmigo.

Me siento en los escalones que dan al frente, con mi copa de vino en las manos y me doy cuenta de que Camilo no está, lo cual agradezco, porque no quiero hablar sobre esto con él, no después de que el otro día, en medio de borracheras, me dijera:

—Cuida a Natalie, es de ese tipo de mujer que cuesta encontrar.

Recuerdo haberme reído, aunque yo sabía que estaba en lo cierto, y Steve lo miró dándole toda la razón y estrechó su vaso frente a mí esperando chocarlo con el mío. Cosa que no hice, por supuesto, fingí indiferencia mientras me pasaba el trago por la garganta.

—Es lo que le vengo diciendo a este muchacho —dijo el anciano, tomando un sorbo de su cerveza, los miré a ambos, sé que esperaban que dijera algo, así que me apresuré a contradecir.

—Ni siquiera hemos tenido una relación de verdad. Estoy seguro de que ella no querría salir conmigo.

—¿Ya se lo preguntaste? —me interrogó la tortuga ninja, con la mirada fija en mí, como si quisiera decirme algo, y tuve ganas de preguntárselo después, cuando Steve ya no estuviera presente y no pudiera recordármelo cuando estuviera sobrio. Pero lo olvidé por completo y ahora es algo que no me atrevo a cuestionarle.

—N... no, pero hasta el momento...

—¿Y tú? —me interrumpió de nuevo Camilo el ya no casado. Según lo que me contó, con Andi el divorcio iba a ser algo duro, porque ella no quería hacerlo desde que le dijo que quería a otra persona y, además, ella le había dicho que pelearía la casa y el auto, lo que le había heredado su abuelo a la tortuga ninja—. ¿Tú sí quisieras salir con ella?

Ambos me miraron, ahí me quedé callado.

Siento a alguien tomar lugar a mi lado, Caroline también mira cómo se llevan todo en el camión de mudanza, por unos minutos no dice nada, lo cual me sorprende, pero era demasiado bueno para ser verdad, porque casi de inmediato se vuelve a mí y refunfuña:

—¿Por qué eres tan estúpido, David? —La miro, ella ha desviado su vista al frente, está mordiendo una manzana y parece no prestarme atención mientras mastica, hasta que sus ojos de un tono verde azulado se postran en mí.

Caroline es físicamente como era mi madre, la misma estatura, mismo cabello rubio ondulado, mismo color de ojos, nariz perfilada y pómulos resaltados, no hay forma de que mire a Caroline y no me acuerde de ella. Yo, sin embargo, compartía físico con mi padre. Por lo tanto, Caroline y yo no guardábamos parecido físico, más que el color de cabello que, incluso, él de ella es un tono más claro.

—¿De qué estás hablando? —le hablo, le quito la manzana de las manos y le doy un mordisco.

—Divorciarte. ¿Por qué lo haces? —Me mira como si lo que sea que dice fuera tan obvio, como si supiera cómo en realidad ocurrió todo, ella no tiene idea, apuesto a que tiene una imagen romántica de mi persona en el altar junto a Natalie vestida de blanco.

—¿Por qué? Porque se supone que era lo que debíamos hacer.

—¿Por? —La miro de nuevo y le dedico una mirada cargada de desaprobación soltando un gruñido.

—Porque sí, Caroline, porque era lo que los dos queríamos —contesto con fastidio—. Estás muy preguntona hoy, ¿no tienes algo más que hacer?

—Vale, duermen juntos, vas por ella a Miami, se llaman todo el día, te has quedado hasta la madrugada viendo películas románticas por ella. Creí que el divorcio era para personas que ya no se amaban, no para personas que están enamorados.

—Caroline, ve a tu maldito cuarto.

—Ya no tengo diez años, David.

—Pero es como si los tuvieras.

—De acuerdo, me voy. —Se pone de pie dramáticamente, o eso creo, en realidad le cuesta levantarse con la ligereza que antes lo hacía, no entiendo mucho de embarazos de mujeres, pero sé que su vientre está lo suficientemente grande como para compararla con una ballena—. Pero no sin antes decirte que me dices a mí que soy idiota todo el tiempo y mírate a ti, dejando ir a una mujer como Natalie, la única mujer que ha llegado a tu vida y me ha caído bien, por un momento pensé que ya no eras tonto y no te fijabas en moscas muertas que les gustan los pitos de hombres con dinero.

—Caroline...

—¿Qué? —Le agrega una cara de flipe. Señala su vientre abultado y dice—: Sé perfectamente qué es un pito.

Se va y yo me quedo con una manzana a medio masticar en la boca y a punto de dejarla caer al suelo, santo cielo.

—¿Sabes? Extraño esa época cuando usabas coletas y se te caían los dientes, eras más adorable.

—Ajá... y yo extraño la época cuando salías con buenas mujeres. Oh no, espera, nunca lo has hecho.

Ni siquiera volteo en su dirección, ruedo los ojos y finjo que no la escucho, continúo viendo cómo el camión de mudanzas se aleja. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me pongo de pie y me voy directo a mi sofá para dejarme caer sobre él junto a mi computadora.

Miro alrededor y de pronto me siento tan vacío, como si existiese un hueco en mi interior que no se lograra llenar con nada, todos los días lo único que hago es visitar al caga-billetes, con quien me limito a hablar de trabajo, siempre está consumido en su *laptop* y atribuyo eso a la situación que tiene con su padre, no escucha, no presta atención, no dice nada. A mí me cuesta concentrarme, en serio que lo intento, pero hay una parte de mí que está en agonía, esa parte donde siento que hay un espacio que rellenar, pero me convengo de que solo es cuestión de tiempo para volver a acostumbrarme a estar solo.



Tecleo en mi computadora cuando el caga-billetes se sienta frente a mí, levanto la mirada cuando observo que lo único que hace últimamente cuando se sienta enfrente es sacar su *laptop* y comenzar a escribir. Atribuyo eso a lo acontecido con el señor Carlin, así que no pregunto, continúo en lo que estaba cuando la camarera se nos acerca y ambos al unísono pedimos un café, lo miro de nuevo, pero me limito a concentrarme en la pantalla de mi computadora cuando recibo un mensaje y al sacar el teléfono de mi bolsillo me doy cuenta de que es Steve.

El anciano me pide llegar al bar de manera urgente y quiero poner cualquier excusa para no tener que plantarme frente a su mirada después de haberlo llamado casi a medianoche contándole que me había divorciado, lo que no sería tan malo si no hubieran sido tres veces en una semana y todas con el cerebro alcoholizado y canciones de Aerosmith de fondo. Pero me quedé en *shock* cuando me dijo que se casaba este fin de semana y ahí le dije que llegaba en un par de horas y es lo siguiente que hago cuando dejo la cafetería con Oliver todavía allá adentro.

Justo al cruzar el umbral el anciano me sonrío de manera amplia y de inmediato me percato de la persona que tiene enfrente. Mi corazón da un vuelco en mi pecho y ella me esboza una sonrisa, sé que esto es obra de Steve, lo sé por la forma en que sus labios se curvan de una manera tan maliciosa y ahora mi estómago se estruja solo de pensar que le haya contado sobre mis llamadas a medianoche.

Casi quiero meter mi cabeza en un agujero. Maldito Steve.

—David, qué alegría tenerte por aquí. —Esa sonrisa de nuevo, lo miro con desaprobación a medida que avanzo en dirección a Natalie, sus ojos me dicen que sabe algo y yo siento las repentinas ganas de lanzar a Steve por la ventana.

—Recibí tu mensaje —le digo al anciano, Nat se pone de pie y llega hasta mí. Me da un abrazo, uno que denota entusiasmo y no puedo evitar que esa alegría se me contagie hasta que miro a Steve con ese gesto suyo, muestra su dentadura trabajada por un buen dentista al mismo tiempo que niega con la cabeza y limpia la barra que nos separa.

—Si le dijiste algo, te mato —gesticulo hacia él sin que Natalie pueda oírme. Él levanta las manos al aire y niega con la cabeza, llevando una mano al pecho que indica un juramento.

—En realidad te pedí venir para que nos pusiéramos de acuerdo. —Le escucho, al mismo tiempo que Constanza se separa de mí y toma lugar en la banqueta que estaba. Remuevo una que está a su lado, justo frente a la cara de Steve—. Serás mi padrino, también le pedí a Natalie venir porque organizará mi boda.

El viejo Steve simula acomodarse una corbata.

Claro, como yo me creo todo lo que me dice.

—Entonces, ¿esto es para organizar la despedida de soltero? Bien, ¿*strippers* o nudistas?

Saco el teléfono celular y finjo escribir algo ahí, Steve suelta una carcajada.

—Anota ambas cosas. —Sí, dice eso porque Flor no está cerca.

Alguien entra al local y Steve se aleja de nosotros para atender a la persona, miro a Natalie y ella tira de una banqueta a su lado, da golpecitos sobre la base en el momento que está tomando su lugar y me voy al lugar que me indica.

—Y... ¿Cómo has estado? —La escucho, sin querer nuestras rodillas se rozan, veo lo que tiene enfrente y es un papel con algún traje de hombre señalado por unas notas.

—Bien, creo. Oliver y yo estamos trabajando juntos en un proyecto, del que no puedo hablarte ahora, pero sí tal vez más adelante. —Se ríe un poco, asiente y se vuelve a mí—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu nueva vida?

Toma el lápiz que había dejado a un lado de los folios y comienza a garabatear algo sobre el papel con el dibujo.

—Genial, creo que no pude encontrar un lugar mejor. Es modesto, pero es algo. —Le sonrío con un leve asentimiento. Miro de nuevo el papel y subo la vista a sus ojos.

—Escúchame, cualquier cosa que te haya dicho Steve es mentira.

Tomo la taza de café que tiene delante y le doy un sorbo sin pedir permiso, ella no dice nada, ya me conoce lo suficiente como para saber que no me importa compartir babas, solo mira la taza que dejo de regreso, con los brazos cruzados sobre la barra y se vuelve a mí:

—¿Qué cosa específicamente? —Entrelaza los dedos y deja reposar la barbilla sobre ellos. Ahora sí me mira con intriga, una muy fingida que solo me hace corroborar que Steve ha hablado algo. Tengo ganas de pegar la frente contra la barra en repetidas ocasiones o la de Steve.

—Cualquier cosa que se pueda decir cuando te has pasado de copas. —Escucho su risa, intento restarle importancia, como si en realidad no fuera nada. Quiero creer que todavía el viejo no ha dicho nada de lo que avergonzarme, cambio de conversación de manera drástica y me atrevo a preguntar—: ¿Qué tal tu nuevo apartamento?

—Genial. —Asiente con satisfacción—. ¿Qué tal tu vida de soltero?

Solo me río, no doy una respuesta porque la verdad no sé qué se debería contestar en estos casos, debería decirle que estoy bien, o contarle que la estoy pasando mal, no lo sé, soy tan nuevo en esto.

—La verdad es que... sería genial si no tuviera a Caroline rozando mi paciencia todos los días. —Me encojo de hombros ante su mirada y su sonrisa, pero su celular nos interrumpe antes de que ella pueda defender a mi hermana, sé que iba a hacerlo. De inmediato corta el contacto visual y mira el bolsillo, de su pantalón vaquero saca su teléfono, que no duda ni un minuto en contestar. Se pone de pie y se disculpa antes de retirarse a una distancia prudencial. La miro ahí, sonriente atendiendo el aparato y una sensación incómoda me estremece por dentro.

Escucho a Steve acercarse y de inmediato quito mi vista de ella para centrarme en Steve, que está removiendo una banqueta y sentándose frente a mí con una sonrisa, hay algo nuevo en Steve, aparte de las ojeras y los círculos alrededor de sus ojos, hay una chispa y una alegría de la que no me había percatado antes.

—¿Qué le dijiste? —le reclamo justo en ese momento. Con una mirada seria, el viejo suelta una carcajada desde el fondo de su garganta.

—Ya te dije que nada, ¿desde cuándo me conoces por soplón? —No digo nada, mi mirada poco amable hacia él habla de todo—. Pero vamos a hablar algo en este momento, aprovechando que ella no está aquí. ¿Qué es eso que vi cuando entraste a este lugar?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—De esa forma que ustedes se miran, pero ambos dicen estar bien con el divorcio.

Me río con ironía.

—Por Dios, Steve, no...

—David, escúchame, el único veneno que te puede intoxicar si no te lo tragas es el orgullo.

Natalie en ese momento se acerca a nosotros, no me da tiempo de contestarle a Steve porque ya se está poniendo de pie, le esboza una sonrisa a Natalie y nos dice que tiene que atender una mesa,

sé lo que está haciendo, en realidad quiere dejarme a solas con ella. Natalie deja su teléfono en el bolsillo y toma los folios que había dejado sobre la barra.

—Tengo que irme —me dice y yo asiento ante su afirmación—. Tengo mucho trabajo que hacer y tengo que volver al set cuanto antes.

—Bien. —Busco a Steve por algún lado, pero está hablando con unas personas a una buena distancia. Así que me pongo de pie y pienso en regresar a despedirme luego—. Déjame acompañarte hasta el estacionamiento.

Natalie me dice que sí con un gesto y me encamino con ella hacia el exterior. Caminamos juntos y en silencio hasta llegar al lugar donde está su auto, con mis manos dentro de ambos bolsillos del pantalón, se detiene justo antes de abrir la puerta de su Mini Cooper y se vuelve a mí:

—Fue un gusto verte, David. —Algo se me remueve en el pecho, una sensación agradable me embriaga y me hace esbozar una sonrisa.

—Para mí también fue todo un placer.

Nat me sonríe de esa forma encantadora y debo admitir que es una de las cosas que más me gustan de ella, de hecho, todo de Natalie me gusta, no hay nada que pueda decir que le cambiaría, pero su sonrisa es lo que más me ha logrado cautivar todo este tiempo.

La observo subir a su auto, miro hacia la cafetería y observo a Steve a través del ventanal, continúa conversando con las mismas personas que cuando salimos del local. Me vuelvo a Natalie, a quien le hago un gesto con la mano y de inmediato baja la ventanilla con un gesto interrogativo.

—Oye... ¿Qué tal está tu agenda esta noche? Compré un cuadro y me gustaría que lo miraras. —No es del todo mentira, compré un cuadro, pero eso no es una excusa para decirle que llegue a mi casa. No sé desde cuándo parezco un adolescente invitando a salir a una mujer. Aunque no es que la esté invitando a salir directamente, pero es mejor hablar antes, ponernos al día, pensar en... intentarlo bien esta vez.

—¿Compraste un cuadro? —me interroga sonriente. Le digo que sí, pero no tengo idea de qué es, lo cual también es cierto—. Esta noche no puedo, David.

Le pregunto por qué, casi balbuceando, intento ocultar mi preocupación.

—Ya tengo planes... Saldré con alguien... hoy. —Algo se rompe en mi pecho e intento sacar de mí la angustia que de pronto se ha apoderado de mi mente, recompongo el gesto de inmediato y balbuceo lo siguiente:

—Ah... claro, está bien... am... espera, ¿no es Camilo, cierto? —Intento burlarme y sonar relajado, lo extraño de todo esto es que ya no me importaría si me dice que saldrá con la tortuga ninja, de hecho, hasta preferiría que me dijera que saldrá con él. Ella suelta una risa, tal vez recordando todo lo acontecido con él, pero niega con la cabeza y dice:

—No es Camilo. —Hace una pausa cautelosa al mismo tiempo que aferra sus manos al volante del coche—. Es... un amigo. Del set... de grabación.

Siento como si mi mundo se detuviera en ese instante, espero que se ría y me diga que es una broma, pero no lo es, al menos no hay nada que me indique que está mintiendo. Alguien del set, alguien a quien probablemente va a ver justo ahora y ha estado viendo todo este tiempo, un tipo que seguramente no ha desperdiciado tiempo para salir con ella, una persona que de seguro estaba esperando que se divorciara para invitarla a una cita.

—Lo entiendo, yo... —Hago una pausa, viendo alrededor, porque en realidad no quiero verla a los ojos, no quiero que lo que siento ahora se cuele por mi mirada. No quiero siquiera estar aquí

en este momento y solo quiero ir a casa, meterme entre mis sábanas y dormir por unos cuantos días. Finjo que no importa, en serio que lo hago—. Supongo que... nos vemos luego, entonces.

—Claro, pero puedo verlo otro día... si gustas —me dice con una amplia sonrisa marcada en el rostro. Asiento y me despido con un gesto de mano ocultando cualquier sentimiento, ella es perfecta para no mostrar lo que siente, así que no puedo siquiera predecir qué debe pasar por su mente justo ahora, qué es lo que debe estar pensando; lo único que puedo descifrar es que no le afecta en lo absoluto. Sin embargo, yo soy como un libro abierto, aunque hago mi intento, no quiero mostrarme angustiado, quiero fingir que todo está excelente, curvo mis labios en un intento vago de sonreír hasta que pone en marcha su auto y la sonrisa va desapareciendo a medida que ella se va perdiendo de mi vista.

CAPÍTULO 52

David

Está de más decir que ese día no pude concentrarme en más nada. Cuando llegué a casa me quedé viendo por la ventana no sé por cuántas horas mientras tomaba un poco de vino y con la *laptop* sobre mis piernas intentaba poner atención al correo que me había enviado el caga-billetes esa tarde. No pude probar bocado, no hice más que sentir pena por mí mismo.

No me siento bien, quiero despejar mi mente y lo único que hago es salir a correr. Le envió un mensaje a Oliver, le digo que ahora estoy ocupado, que revisaré el documento luego, no le quiero decir lo que en realidad me está pasando, que tengo ganas de tirarlo todo y salir corriendo. Mi amigo no me contesta, así que dejo mi celular de nuevo en el bolsillo, regreso a casa cuando mi estómago comienza a protestar y me doy cuenta de que no he comido en casi todo el día.

Lo primero que hago en mi hogar es ir hasta el refrigerador, busco algo por aquí y me doy cuenta de que no he ido al supermercado y no tengo ganas de hacerlo, así que tomo lo único que salta a mi vista, una botella de yogur que no dudo en destapar y darle un trago.

—No deberías comerte eso. —Escucho la voz de mi hermana, en ese momento me doy cuenta de que mi vista ha estado puesta sobre algún punto de la encimera, sin ver nada en sí. Levanto la mirada para encontrarme con una Caroline perfectamente arreglada, con un vestido negro con cuello alto, maquillaje y tacones—. Ha estado ahí mucho tiempo.

Señala el envase en mis manos, pero no le presto atención a lo que me está diciendo.

—¿Dónde vas? —la interrumpo, ella me sonrío con suficiencia y toma una pose erguida para contestar:

—Tengo una entrevista de trabajo. —Arrugo el espacio entre mis cejas y le doy otro trago al yogur pensando que lo que me ha dicho es una broma. No me imagino a Caroline trabajando, no lo haría ni estando en perfectas condiciones, mucho menos en ese estado—. Natalie me ha conseguido un empleo en el set.

Siento mi corazón encogerse cuando escucho el nombre de Natalie, así que decido dar esta conversación por terminada y no se me ocurre hacer todas las preguntas que se amontonan en mi cabeza. Me dejo caer de regreso en el sillón, con vista hacia la ventana y tomo mi celular de regreso para ver si hay alguna respuesta del caga-billetes, ella continúa y casi quiero odiarla por no comprender que no quiero escuchar su nombre.

—Seré la asistente de Natalie. Pero igual tengo que ir a la entrevista y todos esos procesos odiosos que hacen.

Me quedo callado, con la vista clavada en mi teléfono, como si mirara algo en especial, pero en realidad no es nada en específico.

—Q... Qué bien.

—¿Te incomoda que hablemos sobre ella? —Suelto una pequeña risa irónica lo más fingido posible—. ¿Por qué simplemente no la invitas a salir y dejas de angustiarte? Pareces alma en pena en esta casa.

—¡Porque ella me rechazó! ¡Va a salir con alguien más! —De acuerdo, sé que no debo desquitar toda mi frustración con mi hermana, no debería, sin embargo, ella no debería estar hablando de esto tampoco.

—¿Y qué esperabas? ¿Que ella plantara a una persona por ti? Lo más seguro es que él está trabajando más duro por ella y tú estás aquí mirando por la ventana tomando yogur vencido. ¿Qué diablos tienes en la cabeza?

—¿A qué hora es tu entrevista? —Cambio de tema de inmediato. No la estoy viendo, saco el teléfono de mi bolsillo y tomo lugar en el sillón frente a la ventana.

—Pink se divorció y después volvió a casarse con su exesposo. Vamos, que eso ya debes saberlo, porque lo leí en un artículo de la revista *Anderson*. Tú puedes correr con la misma suerte.

—Caroline, ¿a qué hora es tu entrevista? —repito, con un leve fastidio. La miro en ese instante, está pintándose los labios.

—Dentro de alguna hora, ¿me llevas? —Asiento, aunque no quiera llevarla a ese lugar, pero después de todo es mi hermana, me da pánico que algo llegue a pasarle. La escucho retirarse, no sin antes decirme que se dará unos retoques en su maquillaje.

Me termino el yogur, con el celular entre mis dedos se me ocurre ir a Instagram, mi parte racional me grita que es mala idea lo que pienso hacer, pero la otra parte, la estúpida y molesta, quiere saber de quién se trata esa persona con la que Natalie sale. No dudo en irme a su perfil, aunque no me arroja ningún resultado, solo hay fotos de ella y mi corazón da un vuelco en mi pecho cuando observo una foto mía en su perfil.

No dudo ni un instante en ir hasta esa publicación y es una fotografía de mi persona el día del cumpleaños de Carmen, sin ninguna descripción, yo con mi camiseta de Pokémon comiendo pastel, mi nariz se había cubierto del baño dulce e intentaba limpiarme con la lengua, algo que ni de coña dejaría estar en internet.

Reviso los comentarios, cada uno habla de lo adorable que me veo en la foto y la verdad que pienso que las mujeres están locas, estoy con una camiseta de Pokémon y la nariz cubierta de pastel... ¡Vamos, señoritas! Que eso no es nada *sexy*. Sigo revisando uno a uno, pero me detengo de pronto en uno en especial, uno proveniente de Brittany.

El comentario es sencillo, unos emoticones de risa.

De pronto entro en pánico, porque en realidad me parecería absurdo que mi exnovia y mi exesposa ahora sean amigas. Aunque Natalie no me ha dicho nada al respecto, voy más allá de su perfil y me doy cuenta de que se siguen mutuamente. También me sigue a mí y me percató de que tengo un mensaje suyo, es un simple «Hola» que decido ignorar, ruedo los ojos, dejo mi celular sobre mis piernas y me froto el rostro con ambas manos.

Me dejo caer en el respaldar del sillón y miro de nuevo mi teléfono. Decido apartarlo antes de que la tentación me nuble el poco raciocinio que me queda. De pronto me llega una notificación, no dudo en mirarla, en ese instante esperanzado con encontrarme un mensaje de Natalie en mi teléfono. Pero no es nada de eso, mi estómago se encoge violentamente cuando observo que hace unos segundos ha subido una foto con alguien. Una foto con un chico.

De pronto me siento enfermo, me duele la cabeza y siento algo incómodo en el estómago. Cierro los ojos un momento para ver su imagen reflejada aún sin verla, la foto no es de ahora, o eso creo, porque ambos están en el set sonriendo para la cámara, no sé si este será el tipo del que ella me habla, pero me voy directo a su perfil y puedo ver que él tiene imágenes con ella, más de un par y en varias ocasiones, el tipo es un actor o eso es lo que pone en su descripción. Algo se instala en mi pecho y un nudo se aferra de mi garganta. Miro la fotografía una vez más y la rabia me invade por dentro.

—David. —Escucho a Caroline, no quiero moverme de aquí. Dejo mi teléfono en la mesa de al lado, pero sin despegar mi vista de algún punto fijo en el vacío—. ¿Nos podemos ir ya?

No le digo nada, porque no me siento bien. Poco tiempo después me doy cuenta de que en realidad no estoy bien, cuando siento algo querer salir de mi interior y no son precisamente palabras. Siento que el estómago se me encoge y un dolor agudo me atraviesa el intestino.

—Creo que no estoy bien —le digo, tocando mi frente al mismo tiempo que mi estómago. Ahora siento que todo me da vueltas y dejo caer mi espalda contra el respaldo.

—¿Qué te pasa? —Escucho a Caro, su tono es de preocupación y se acerca a mí para poner su mano en mi frente, mira el yogur que tengo al lado y me interroga—: ¿Te comiste el yogur?

—Sí.

—Te dije que no lo hicieras.

—No, me dijiste que no debía comérmelo. Pero hay muchas cosas que no debería hacer que siempre hago.

—Necesitamos ir al hospital.

—No es nada grave, Caroline. Ya casi estoy bien. —No, no lo estoy y me doy cuenta justo en el momento en que siento un dolor abdominal que me hace inclinarme hacia adelante—. Por Dios, ¿esto es una indigestión o un exorcismo?

Escucho el celular de mi hermana sonar, lo saca de un bolso pequeño que lleva colgado en el hombro y se retira una distancia prudencial para contestar. Me quedo en el mismo lugar y en la misma posición, no me interesa qué dice o con quién habla.

Cierro los ojos un momento, intento concentrarme en pensar otra cosa y no en las ganas de vomitar que tengo o la fotografía en el perfil de Natalie. Escucho a Carol llegar hasta mí y después decir:

—No voy a ir.

—Solo me acuesto a dormir, ya voy a estar bien, por Dios.

—¿Tienes un botiquín?

—Yo... no... Natalie tenía uno, pero es muy probable que se lo haya llevado.

—¿Dónde lo busco?

—En el baño de tu habitación... o en mi baño, no lo sé.

—Voy a preguntarle.

—No vas a preguntarle nada, por Dios.

Pero lo hace, casi quiero tirarme por la ventana cuando le dice que estoy muriendo. Caroline es la exageración personificada, todo lo hace ver mucho más grave de lo que es. Pero no creí que Natalie se lo tomara en serio, unos minutos después está tocando mi puerta y la miro ahí, justo al otro lado de mi entrada, con una bolsa de farmacia en las manos. Algo se me revuelve por dentro, cuando la miro pasar al interior después de que Caroline le ha abierto la puerta.

Carajo.

—Por Dios, estoy bien. Caroline inventa cualquier tontería.

No puedo evitar mirarla entera, lleva un vestido rosa pálido que le queda estupendo y el cabello largo le cae en suaves ondas por la espalda. Intento verme como si en realidad su presencia no me perjudicara, pero en realidad sí lo hace. Mucho más por la fotografía que acaba de compartir.

—¿Te comiste un yogur vencido? Me voy unos días y ya te estás intoxicando. —Puedo entender la ironía de sus palabras, ni siquiera me dan ganas de reír, estoy molesto y me dejo caer en el sillón con las manos sobre la cabeza—. ¿Estás seguro de que no quieres ir al médico? Puedo decirle a Oscar que venga si gustas.

Ese nombre ya lo había escuchado mencionar. Por un momento hasta ya lo había olvidado. ¿Será Oscar su cita? De pronto me siento más enfermo y con ganas de salir corriendo.

—¿Quién es Oscar? ¿Tu cita de hoy? —Se ríe, me mira en ese instante cuando he levantado la mirada para interrogarla.

—Oscar es mi tío.

—¿Qué? ¿El mismo Oscar que te ha llamado todo este tiempo?

Natalie asiente.

—Oscar es un hermano de mi padre. —Hace una pausa al mismo tiempo que se sienta a mi lado—. Es médico. Lo conocí, no sé, a los diez, creo. Nunca conocí a un familiar de mi padre, hasta que un día llegó a casa y dijo que era mi tío, según me contó sabía de mi existencia desde hace mucho tiempo, pero mi padre nunca quiso dar información sobre mí porque nunca quiso a su familia involucrada conmigo, eso ya no debe sorprenderte.

—Estoy que mato a tu padre. —Escucho una risita, pero yo hablo en serio. Deseo tener a ese señor de frente en algún momento.

—Oscar desde ese momento me apoyó en todo lo que mi padre no hizo, no le dijo nada a mi padre nunca, pero por él me mudé a esta ciudad, su esposa y él me dieron un lugar para vivir hasta que conseguí rentar un apartamento, nunca me acostumbré a llamarlo tío, está bastante joven y a él no le importa que le diga Oscar.

Nos quedamos en silencio un momento, principalmente porque es una historia sobre la que no habíamos hablado antes.

—No me lo habías dicho.

—Nunca me preguntaste.

Se encoge de hombros y me sonrío, ni siquiera sé cuántas veces maldije a Oscar cuando lo escuchaba mencionar de su boca, ahora quiero disculparme. Pone su mano sobre mi frente y la lleva sobre mi cabello. No puedo siquiera medir la sensación que me recorre entero con su caricia, me doy cuenta de que es algo de lo que más añoro de su persona.

El dolor de estómago sigue ahí, mi cabeza a punto de explotar también y el malestar general me tiene acorralado, pero justo este momento me hace estar tranquilo y esa sensación desaparece cuando quita la mano de mi cabello para ver su teléfono, que está sonando.

Prefiero ver a otro lugar cuando desbloquea la pantalla y unas letras aparecen en ella. Suelta una risa pequeña, una de alegría, de esas que me hacen pensar que en realidad la pasa bien con esa otra persona y me molesto, me hace sentir incómodo. Guarda el teléfono y yo me vuelvo a ella.

—¿Quién es él, Natalie? —Me atrevo a preguntar. De inmediato sus ojos se clavan en los míos, la verdad que no es mi intención que suene como un reclamo, porque en realidad no lo es, pero al menos quiero saberlo, quiero entender qué tiene este tipo—. ¿Es el tipo ese, el que es actor?

Se queda callada un momento y su mirada se convierte en una inquisidora, en una que sin palabras me pregunta cómo lo sé, o eso es lo que interpreto, por lo que me adelanto a contestar:

—Vi la fotografía en Instagram.

Natalie no me contesta, por lo cual finjo esta vez que sí estoy mal y me sostengo la cabeza cerrando los ojos con fuerza. Se pone de pie y saca un termómetro para meterlo debajo de mi axila.

—Solo necesito dormir, iré a recostarme. Por favor, lleva a Caroline a su entrevista.

—No me voy de aquí hasta que no estés bien, David.

En ese momento la miro, se sienta a mi lado, con su torso y rostro de frente.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué cosa?

—Esto... estar aquí, solo... ve a tu cita. No me siento bien que estés aquí conmigo y haciendo esperar a alguien allá afuera.

—¿Te molesta?

—¿Que estés aquí?

—Que yo tenga una cita.

No digo nada, lo único que hago es negarme soltando una risa irónica, que por mi estado no suena como debería. Me pongo de pie con la intención de irme a mi habitación, pero antes me dirijo a ella devolviéndole el maldito termómetro.

—No me molesta, por supuesto que no. ¿Por qué diablos me importaría? Es tu vida.

No dice nada, solo toma lo que le entrego y me voy en dirección a las escaleras, pero antes de poner un pie en el primer escalón, doy media vuelta y digo:

—Si fuera yo el que saliera con otra persona, ¿cómo te sentirías? —Hay un silencio después de eso, un contacto visual y un gesto de parte de Natalie que no logro descifrar, Caroline llega a la sala, pero de inmediato da media vuelta y se va por el mismo camino.

—Te lo pregunté, David. ¿Lo recuerdas? Tú me dijiste que no te importaba.

—Pero... —Me río, maldita sea. No, no me importa, intento repetírmelo una y otra vez—. Yo... maldita sea, no quiero, ¿de acuerdo? No quiero que salgas con ese tipo, ni con nadie. ¿Es eso lo que querías escuchar?

Ella suelta una carcajada cargada de ironía, comienza a tomar las cosas que había sacado para dejarlas dentro de la bolsa. Toma su cartera y cierro los ojos con fuerza apretando mi nariz entre el dedo índice y el pulgar. Suelto un suspiro y la miro caminar en dirección a la puerta, de pronto siento que todo me da vueltas y el suelo se ha vuelto inestable.

—Claro, ahora no soportas que alguien más me invite a salir.

—Maldición, no... no es eso...

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste tú, David? ¿Por qué simplemente no lo hiciste en todo este tiempo que me mirabas todos los días? ¿Cuándo fue la última vez que me llamaste? ¿O alguna vez fuiste a verme? ¿O me preguntaste cómo estaba? ¿Cuándo? ¿Ahora vienes aquí a decirme que no quieres que salga con alguien?

Hay un silencio después de eso, principalmente por la serie de palabras que se amontonan en mi garganta, pero que no puedo sacar porque me he quedado enmudecido. No me da tiempo de contestar, porque en ese momento sale por mi boca todo el yogur, el vino, el agua, unas palomitas de maíz... En fin, todo. No me puedo contener, casi me siento como la niña del exorcista en aquella específica escena que me causó trauma de niño, si no muero por esta intoxicación, voy a morir de vergüenza.

Caroline se acerca a mí, me recuerda a las veces que me emborrachaba y terminaba en esta situación con ella a mi lado, pero es preferible que te pase ebrio, porque es muy probable que no recuerdes nada al día siguiente. Desgraciadamente, esto lo voy a recordar por el resto de mi vida.

Me dejo caer en el primer escalón, con la cabeza sobre las manos y los codos sobre las rodillas, ni siquiera miro el desastre que acabo de protagonizar, levanto la cabeza y Natalie ya no está, me siento en agonía de pronto, solo imaginarme que me ha dejado aquí y me ha visto en este estado. Me siento enfermo de nuevo, miro a Caroline ir en dirección a la cocina y me apresuro a decir:

—Déjalo, yo voy a limpiarlo.

—Solo ve a dormir, David.

Pero no me levanto de donde estoy, la conversación con Natalie se reproduce de nuevo en mi cabeza y de inmediato me arrepiento por lo que dije. No sé cuánto tiempo me quedo ahí, me doy cuenta de que Caroline limpia mi desastre, pero yo estoy viendo hacia un punto fijo, sin observar nada en sí, sintiendo lástima por mí mismo.

Me pongo de pie para irme a mi habitación, antes de girar para subir las escaleras escucho el sonido de la puerta abrirse y ella aparece en mi campo de visión, Natalie, con un suero líquido en las manos que me entrega de inmediato y unas pastillas que deja caer en la palma de mi mano.

No me dice nada, solo me indica cómo debería tomar cada cosa, que si no me siento mejor tendrá que llamar a Oscar y que vaya a descansar que ella va a encargarse de todo. No nos miramos a los ojos, me voy a mi habitación y me dejo caer entre mis sábanas, intentando olvidar esa conversación que tuvimos hace un momento.

Natalie se quedó conmigo esa noche. Recuerdo que después de unos minutos entró a mi habitación y se sentó sobre el borde de mi cama, me preguntó cómo me sentía. Después de eso creo que me quedé dormido, porque al despertar, sin haberme dado cuenta, ella está aquí a mi lado, envuelta entre mis sábanas, con su rostro en mi dirección, la admiro por unos minutos, con el corazón latiéndome a mil. Esta mujer me encanta, tanto que puedo asegurar que nunca me encontraré otra

CAPÍTULO 53

David

Cuando despierto de nuevo, casi a medio día, ella ya no está.

Recuerdo que se levantó casi unos minutos después de que yo lo hice y me encontró en el baño, pero nada comprometedor, estaba lavándose los dientes.

—¿Estás mejor? —me preguntó, la miré a través del espejo y le dije que sí—. Tengo que ir a trabajar, cualquier cosa me llamas, ¿de acuerdo?

Le dije que sí de nuevo con un leve asentimiento sin hacer contacto visual. Levanté la mirada y la observé dar media vuelta, tomar sus cosas y salir del lugar. La verdad que no sabía qué decirle, y preferí mejor arreglar mis pensamientos para poder hablarle más tarde.

Me encerré en mi habitación casi toda la mañana, apagué el teléfono y me dediqué a escuchar música y concentrarme en lo que sea que tenía en la pantalla de mi *laptop*. Ya no estaba enfermo, pero mi cabeza daba miles de vueltas en la conversación de la noche anterior, intenté callar todos esos pensamientos haciendo algo, pero otra vez no lograba concentrarme del todo. Sentía que todo lo que hacía era ilógico y acabé borrando todo lo que había escrito para tirarme a la cama y volver a dormir.

—Solo voy a limpiar un poco —me dice Caroline una vez que abro la puerta después de escucharla tocar insistentemente. Me había despertado de no tan buen humor, miro la aspiradora y le doy espacio para que entre, pero esa fue toda nuestra interacción. Me voy al baño a darme una ducha mientras ella se encarga de limpiar el lugar, eso era lo que habíamos acordado, como forma de pago de la deuda que tiene conmigo.

Al ver que no había forma de trabajar con mi cabeza en otro sitio, llamo a Steve y le pregunto si puede acompañarme a buscar mi traje para su boda, él me dice que sí, aunque me mira con cierta extrañeza una vez que lo recojo por el bar. Le digo que soy malo eligiendo atuendos y necesito su opinión, pero la verdad es que solo quería pasar un tiempo con Steve.

—No he visto a Natalie —dice de pronto, una vez que estamos en la tienda y se me cae la corbata que sostengo en las manos—. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—La verdad que no. —Es todo, me pongo el saco que cuelga de mi antebrazo y me encuentro con los ojos de Steve en el espejo. El anciano está sentado con las piernas cruzadas y ambas manos extendidas en el sillón *beige*.

—¿Discutieron? —Ruedo lo ojos.

—No... —digo de manera seca—. ¿La has visto? ¿Por qué entonces me preguntas por ella?

—No, no la he visto. —Me doy media vuelta y ahora tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Sabe de lo que hablo, sé que sabe algo por la forma maliciosa en que se curvan sus labios al ver mi expresión, decido ignorarlo y probarme el siguiente traje, que no es muy diferente al primero—. Pero tu rostro me dice muchas cosas.

—Steve, casi muero. Mi rostro debe decirte mucho sobre mi experiencia cercana a la muerte. — El anciano se ríe y se pone de pie un momento. Se acerca a mí con esa sonrisa todavía plasmada en el rostro y me acomoda la corbata. Steve y su ahora prometida quieren que los invitados vistan completamente de blanco, la boda sería en la orilla de la playa, frente a la casa de Flor, a varios kilómetros de aquí. Ya todo está todo listo, Steve va a casarse y yo todavía no puedo creérmelo.

—Lo escuché por ahí...

—¿Por ahí?

—Un pajarito...

—Diablos... vamos, Steve... que ya no tengo cinco años.

El viejo Steve me muestra una sonrisa y comienza a anudarme la corbata celeste.

—Bueno, son amigos, ¿no? Supuse que seguían viéndose.

—No... —Hago una pausa, no le hablo de lo de ayer, sé que Steve querrá saber más detalles y no va a descansar hasta que se lo diga todo. Hay cosas de anoche que prefiero guardarme.

—Una amistad siempre puede convertirse en amor, pero el amor jamás en amistad. —Me quedo sosteniendo la vista en su rostro, pero él está concentrado en lo que hace.

El anciano da un paso hacia atrás y me mira.

—Ese es, así es como quiero que se vea mi padrino —exclama, dejando atrás la conversación que teníamos hace un momento. Algo que no quise retomar y me decidí por ese traje para salir de ahí. Estoy exhausto, aturdido y confundido, necesito tiempo para pensar y lo único que tengo es ganas de llegar a casa y dormir.

Llama mi atención el momento en que Steve se detiene en una tienda ubicada al lado y se compra una sábana. Cuando quiero preguntarle al respecto, le quita la etiqueta y me limito a caminar tras él hasta una banca donde está recostado un vagabundo.

Me detengo a su lado y una vez que arropa al pobre hombre camina en dirección al *parking* y yo le sigo, en silencio. Un silencio que se corta al momento que Steve pronuncia unas palabras que preferí que se quedara callado.

—No te importa que te cuente algo, ¿cierto? —Se detiene un momento y mira hacia mí.

—Depende.

El viejo continúa su camino y yo me limito a seguir a la par suya.

—Vi por casualidad a Natalie en el supermercado, estaba con alguien, un muchacho. ¿Y sabes qué hacían ahí? Lo que tú deberías estar haciendo ahora con ella.

—Steve, no sigas.

—Ya no viven juntos, pero no hay nada de malo en acompañarla a comprar cosas para su nuevo apartamento. Quieres ser su amigo, ¿no? Las buenas relaciones inician con una amistad, ¿por qué dejas que alguien más lo haga?

—Steve... —Le lanzo como advertencia.

—¿Qué esperas? ¿Que ella esté caminando hacia el altar con otra persona? —Se detiene un momento para verme a los ojos y no tengo de otra que quedarme frente a él, aunque no tengo ganas de tener esta conversación en lo absoluto. Pero agradezco que no espere mi respuesta, en lugar de eso se apresura a decir—: Me pasó una vez, me había enamorado de una mujer y no me di cuenta hasta que se casó con otro hombre.

—No es verdad.

—Lo es.

—¿Y qué pasó con ella?

—Se casó con tu abuelo.

—¿Qué? —Steve continúa su camino con las manos en los bolsillos y yo solo lo miro alejarse, pero ya ni los pies me responden.

—Sí, me enamoré de tu abuela —dice, mirando de soslayo en mi dirección—. Era un poco mayor que yo, pero no era inconveniente, porque nos atraíamos mucho. Yo era un completo

tonto que no se dio cuenta de que tenía a la mujer ideal y la dejó en brazos de otro. Literal, la vi caminando hacia el altar con otra persona. ¿Es lo que quieres que te pase?

—No, no te creo, Steve. Me suena a una mala película de romance de las que Natalie me obliga a ver. —El viejo Steve suelta una risa melancólica y se encoge de hombros para volverse a mí.

—El destino es caprichoso.

—¿Sabes el trauma que me has causado con solo imaginarme que pudiste ser mi abuelo? — Steve se vuelve a reír y me toma por los hombros.

—Te digo todo esto porque te tengo aprecio, David. Eres como un hijo para mí, aparte de un gran amigo, un confidente y compañero de tragos. —El viejo Steve suelta una risita desde el fondo de su garganta y me mira a los ojos—. Quiero verte feliz. ¿Y sabes qué es la felicidad? Todo eso que tienes que sabes que no se puede comprar con dinero.

Ambos nos miramos a los ojos por un momento, aún intentando digerir lo que me ha dicho el viejo Steve porque, precisamente, yo no soy una persona sentimental pero sus palabras se han hecho un hueco en mi pecho. Él es una de esas cosas que me hacen feliz, que no se compra con dinero.

La vista del viejo Steve se pierde detrás de mí, esboza una sonrisa y me rodea para ir en esa dirección. Lo miro y solo a un par de pasos está un hombre que le da un apretón de manos con una sonrisa.

—John, ¿cómo estás? —El hombre frente a nosotros es alguien que me resulta extrañamente familiar, pero no puedo recordar de dónde. Un hombre de estatura promedio, casi del tamaño de Steve, con el cabello negro y los ojos marrones—. Él es David. David, él es mi amigo John.

El hombre, quien en ese momento tenía una sonrisa grande, al verme su gesto cambia de pronto e intenta recomponerse aclarando la garganta, pero su sonrisa no es igual, se me hace un tanto nerviosa y no es que sea el mejor interpretando lenguaje corporal. Le estrecho la mano, pero él no dice nada, se limita a verme un momento y baja la mirada para de inmediato volverse a Steve.

—Tengo algo de prisa, Steve —habla él, mientras hago memoria de dónde pude conocer a este hombre, en realidad he conocido a muchas personas y sé que sería ilógico intentar recordar a una en específico—. Me pasaré por el bar esta tarde, fue un placer.

Con un leve asentimiento se despidió en mi dirección y hago lo mismo al verlo alejarse, todavía me quedo un momento mirándolo, pero no se me viene nada con su imagen a la mente. Entro al auto, al mismo tiempo que Steve dice algo y se sube del lado del copiloto.

Para mi suerte, Steve no habla nada todo el camino. Aunque la inquietud de sus palabras me queda presente. Al llegar a casa y hacerme un poco de café, miro el perfil de Natalie en Instagram y no hay novedades. No sé si sentirme bien o mal al respecto. Busco una de sus fotografías, una que es específicamente en mi casa y me quedo viéndola por un tiempo que se me hace eterno.

Me doy cuenta de que ese espacio que siento interiormente es por ella. Que con solo verla unos segundos eso en mi interior merma un poco y dejo salir un suspiro pesado cuando me percató, que esto que siento no es solo cariño. Dejo caer mi espalda en el sillón y en un instante estoy llamándola a su número, quiero verla, quiero hacer todas esas cosas que hacíamos antes, pero no contesta, hago otro intento y no me es posible localizarla. Dejo el teléfono a un lado y después de unos minutos me decido ir a su apartamento.

Me había dicho tantas veces la dirección que la recuerdo de memoria y cuando llego a su edificio me doy cuenta de que en realidad no es nada modesto, como me lo había hecho saber. Es un lugar cubierto de vidrio y cuando entro la fachada del sitio es estupenda.

Sé cuál es el piso, pero no recuerdo muy bien el número de apartamento, así que decido sentarme en el último escalón mientras la espero y saco el teléfono celular de mi bolsillo para, una vez más, intentar llamarla, pero no hay respuesta y comienzo a entrar en pánico.

Llamo unas tres veces más, ya parezco el exacosador psicópata porque he dejado más de diez llamadas perdidas, pero no es normal que Natalie pierda tantas llamadas. Estoy a punto de rozar la histeria cuando el teléfono me lanza al buzón por undécima vez y en ese momento escucho el ascensor abrirse, y acto seguido unas risas que reconozco cubren el espacio. De inmediato me pongo de pie, me giro para mirarla de frente, pero me paralizó en mi sitio cuando veo a la persona que la acompaña.

De pronto, siento que algo se ha instalado en mi pecho, algo que me hace querer dejar todo aquí y salir corriendo, algo que me hace palpar la sien y cerrar con fuerza los puños a mi costado; sin embargo, me quedo donde estoy, sin ningún gesto, tragándome todas aquellas malas palabras que tengo ganas de lanzar, y el sujeto al verme baja la mirada y se vuelve a Natalie:

—Te espero adentro —le dice él, es el mismo tipo con el cabello castaño y los ojos claros que vi en su perfil el otro día. La angustia me recorre entero. Solo observo la familiaridad con la que toma las llaves de las manos de Natalie, pasa a mi lado y se va hacia algún sitio que no me atrevo a ver, me quedo viendo mis zapatos un momento hasta que me atrevo a mirar a Natalie de nuevo.

—David... Q... ¿Qué haces aquí...? ¿Por qué no me avisaste de que venías? —Ella va más arreglada de lo que lo haría comúnmente, por lo que asumo que pospuso su cita de ayer para hoy, por lo que siento que estoy sobrando aquí.

—Te llamé varias veces... —Logro articular, de pronto siento mi garganta seca y prefiero irme —. Creo que... es mejor que... me vaya...

—Dejé el celular en el apartamento.

—Fue un gusto verte, Natalie. Yo... —la interrumpo. Pero mejor me callo. Camino hacia ella sintiendo una bola de fuego quemarme por dentro, como si un puñado de grava de pronto se hubiera instalado en mi estómago. Paso a su lado y nuestros ojos se conectan por un momento, dejó un beso en su frente, uno suave, sencillo, de esos a los que ambos ya estamos familiarizados.

—David...

—No te preocupes, hablamos otro día.

Siento un nudo tomar posesión en mi garganta a medida que avanzo hacia el ascensor, y cuando me doy media vuelta ahí está ella, todavía en el mismo lugar y solo me da un rápido vistazo, sostiene su mirada con la mía y le dedico una leve sonrisa hasta que las puertas de metal se cierran y mi reflejo, abrumador y decepcionante, es el que aparece en mi vista.

Cuando llego al auto me quedo ahí por un largo rato con el corazón latiéndome a mil, con los ojos empañados y la sangre golpeándome con fuerza dentro de las venas. Espero una llamada suya, un mensaje o algo, pero nada de eso llega, y yo tampoco me atrevo a hacer algo, ni siquiera sé qué es lo que siento. Pero duele tanto, porque esto era lo que habíamos acordado, ¿no? Acabar con esto de una vez y seguir con nuestras vidas.

CAPÍTULO 54

David

No he sabido nada de ella después de ese día. No recibí una llamada, tampoco un mensaje ni nada de su parte. Yo tampoco intenté comunicarme con ella, entre más distancia mantenía, esto sería más llevadero, o eso creí porque, hasta el momento no había funcionado. Todo lo que hice los últimos días fue completamente mecánico, trabajé más de la cuenta para mantener la mente ocupada en algo e intentar ahogar esa sensación que me embriaga por dentro al recordarla, esas ganas de querer devolver el tiempo para repetir todas aquellas cosas que hacíamos juntos.

Quiero sacarla de mi cabeza, frente a la ventana en mi sillón marrón y la *laptop* sobre las piernas, miro el espacio donde solía aparcar su auto mientras tomo vino para, de alguna forma, nublar su imagen de mi mente.

Escucho mi celular timbrar sobre la mesa a mi lado, lo tomo de inmediato con la esperanza de que sea Natalie, pero nada está más lejos que eso, la persona que muestra mi pantalla es a Brittany, quien me deja un mensaje que prefiero ignorar. No pasa mucho tiempo cuando envía otro mensaje y me pregunta sobre qué hice con Andi, pero no contesto de nuevo. Después me dice que encontró a Henry con ella en su despacho y me río, por lo irónica que es la vida. Casi de inmediato, otro mensaje preguntando si puede hablar conmigo.

Respiro hondo cuando ni siquiera espera mi respuesta, en un instante me está llamando y me debato entre contestarle o no. No, no quiero hablar con ella, ni con nadie, la verdad. Pero sus llamadas son tan insistentes y, en parte, le debo que me haya dado aquella información. Descuelgo y me llevo el celular a la oreja.

—Hola.

—Pensé que no contestarías —dice de inmediato, por el tono rasposo de su voz parece haber estado llorando—. Nunca lo haces, no pensé que ahora...

—¿Estás bien?

—No... la verdad que no. —Se queda en silencio un rato. Yo tampoco tengo mucho por decir. Sé que se debe a lo que me acaba de decir sobre Andi, pero no entiendo por qué específicamente me lo dice a mí.

—Bueno, pero fue la vida que elegiste, ¿no? —No es mi intención sonar rudo, sin embargo, ese tono digno de reproche es el que me acompaña y no puedo evitarlo.

—Fue por mi madre, David —me interrumpe a la defensiva—. Y lo sabes, sabes cómo era ella conmigo y me decía todo el tiempo que lo importante era la estabilidad económica. Hacía todo lo que ella me pedía, quería que se sintiera orgullosa de mí, ahora preferiría haber seguido mi corazón. —Hace una pausa y ante mi silencio agrega—: ¿Quieres salir un momento? —No contesto, miro mi reloj, como si en realidad la hora importara cuando no tienes a nadie que te espere en casa.

—Está bien. —La verdad que ya ni siquiera me importa verla. Ya no hay nada que me haga odiarla o querer tenerla cerca, ya no siento nada. Ni odio, ni compasión, ni cariño. Solo quiero salir de aquí un rato.

Me dice el lugar y yo propongo uno bastante cerca de mi casa porque no tengo ganas de ir más lejos. Cuando llego al sitio lo primero que me viene a la mente es Natalie, con ella fue la última

vez que vine aquí. Siento rabia de nuevo al recordar que ahora debe de estar con alguien y hago lo posible porque eso no me afecte.

Diviso a Brittany desde el primer momento que pongo un pie adentro y me doy cuenta de que no me siento afectado en absoluto, cuando la veo ahí en una mesa viendo por la ventana, con el gorro de su chaqueta puesto en la cabeza. Ya no queda nada dentro de mí para ella.

—Siento llegar tarde —le digo, en ese momento ella me mira. Tiene los ojos levemente hinchados y no me sorprendería que se suelte a llorar ahora mismo. Pero ella en cierta forma está pagando su propio karma y, la verdad, no siento pena por ella, ni un poco.

—Está bien. —Nos quedamos en silencio, pero en realidad no es de ese tipo incómodo, me siento mejor si no me habla, tomo mi lugar y doy un vistazo al menú, después a ella, porque no ha dicho una palabra.

—Voy a divorciarme de Henry —dice en ese momento. No tiene la vista puesta en mí, sigue viendo por la ventana y yo me quedo en silencio, no tengo una respuesta para eso—. Y en cuanto a la tipa esa, Andi, me aseguraré de que sea la última vez que ponga un pie en una empresa.

—Creo que ya no lo hará teniendo a Oliver Anderson de enemigo para siempre. —Ella asiente, todavía sin mirarme, y continúa:

—Mi madre va a matarme.

—Deja de pensar en tu madre.

—No sabes cómo me arrepiento de haber seguido todos sus consejos absurdos. —Más silencio—. ¿Qué tal si todo hubiese sido diferente? Sabes a lo que me refiero.

—¿Cuál es tu punto? —pregunto, tajante, ahora ya me estoy arrepintiendo de haber venido. No la estoy viendo. No quiero hacerlo.

—Nada, solo he estado pensando en eso... ¿Nunca te has puesto a pensar cómo sería tu vida si todo hubiese sido diferente?

—Sí, hay cosas que me han puesto pensar eso, como mi matrimonio con Natalie. —Aunque ahora lo único que cambiaría es mi comportamiento con ella todo este tiempo. Lo que antes para mí se había convertido en una pesadilla es uno de los mejores recuerdos que tengo, que no pude aprovechar al máximo.

—¿A qué te refieres? —Por la incógnita de su rostro, es muy probable que no sepa que mi matrimonio fue en Las Vegas, totalmente borracho y que apenas conocía a Natalie de unos días.

—Olvidalo.

—¿Está todo bien?

—De hecho, no. —Dejo el menú un momento sobre la mesa—. Me divorcié.

En ese momento sus ojos hacen contacto con los míos, suelta una risa extraña al mismo tiempo que vuelve a ver hacia la ventana. Me desconcierta un poco, principalmente con la ironía de su carcajada, hasta que agrega:

—¿Te puedo decir algo? —Asiento, porque no creo que haya algo que me pueda decir que pueda afectarme tanto, hasta que escucho—: Tú mereces algo mejor que una cara bonita y un par de pechos.

De pronto, siento que me hierva la sangre. Me contengo, en serio que sí lo hago, intento respirar profundo para no soltar la bola de malas palabras que tengo en la garganta. Pero esa parte mía que nunca quiere quedarse callado se apresura a decir lo más elocuente posible:

—Te crees mucho más que cualquier persona solo por tener un título de la universidad de Yale, ¿no es así? —En ese momento sí me mira, su gesto de diversión cambia por uno más complejo y

me escucha sin interrumpir—. Tú no conoces a Natalie en absoluto. No sabes la clase de ser humano que es, cien veces mejor que tú y que yo juntos. Estoy seguro de que si ella hubiese querido entrar a Yale y ser abogada lo hubiese hecho perfectamente, lo que no creo es que tú puedas hacer todas las cosas que ella hace. Y si tuviera la oportunidad de devolver el tiempo volvería a conocerla.

—David... no era mi intención...

—Es la última vez que te escucho hablar de ella de esa forma. —Me pongo de pie, porque no pienso quedarme un minuto más. No tengo nada que hacer aquí con esta persona. Me dirijo a la salida del local y la escucho a ella detrás de mí.

—David... en serio, lo siento. Me dijiste que te habías divorciado...

—Pero eso no significa que te vaya a permitir hablar mal de ella.

—Estás enamorado... —Me detengo un momento y me giro hacia ella.

—Sí, lo estoy.



Llega el día de la boda de Steve, una tarde bonita de un sábado con un atardecer de película en el horizonte. Me preparo mentalmente para ver a Natalie sin que su presencia me afecte. No la había visto desde el día que iba con aquel sujeto, y justo al salir al patio trasero de la casa de Flor mi corazón salta dentro de mi pecho cuando la veo a cierta distancia charlando con algunas personas a la par del umbral cubierto con una enredadera y flores doradas.

Lleva el cabello en ondas, recogido en una coleta baja, un vestido largo entallado de la cintura y la falda cae de una manera suave hasta sus pies. Sus hombros están descubiertos y su lunar en forma de corazón salta a la vista.

Me quedo viéndola por un momento, casi de inmediato sus ojos se topan con los míos y me esboza una sonrisa con un leve asentimiento que correspondo de la misma forma intentando ocultar todas aquellas cosas que se amontonan en mi pecho, y mejor me decido por buscar a Steve para intentar distraerme en otra cosa.

—¿Listo? —le digo al anciano, quien se acomodaba una manga de la camisa. Él esboza una sonrisa al mismo tiempo que se frota las manos y me responde:

—Siento que he estado preparado para esto toda mi vida. —Le sonrío de lado y asiento estrechando la mano para emprender nuestro camino cuando todos son invitados a tomar lugar.

Me ubico a una distancia corta de Steve. La ceremonia inicia, y aunque intento concentrarme, me es casi imposible. Natalie está sentada frente a mí y nuestra vista se topa en un par de ocasiones.

La música de la entrada nupcial comienza a sonar y miro ahí, a la chica de Steve, caminando hacia al altar. No me pasa desapercibida la forma en que la novia mira a su prometido y cómo su gesto cambia por completo al verlo ahí esperando por ella. Tampoco puedo pasar por alto la forma en que un Steve embelesado la mira a ella y se le humedecen los ojos.

Me alegro por Steve, por fin ha encontrado al amor de su vida.

Ambos ancianos leen sus votos y las personas sueltan sonidos de ternura cuando ambos sellan el pacto con un beso. De nuevo mi mirada se topa con la de Nat e instintivamente la desvío y miro en dirección a los recién casados.

En la recepción nos sentamos en mesas separadas.

El patio de la casa de Flor está perfectamente arreglado, con faroles iluminando de manera tenue, reflejándose en la cristalería y los platos blancos, las mesas cubiertas con manteles del mismo color y centros de mesa con flores celestes.

Las luces se apagan un momento y solo la pista se ilumina para dejarnos una visión de los novios bailando una pieza en honor a su boda. Mi corazón se detiene un momento, cuando la canción que comienza a sonar es la de Elvis Presley, la misma que sonó en mi auto aquel día específico que...

De manera inconsciente mi vista va de inmediato hacia Natalie, que también me dedica una mirada breve, no sé por cuánto tiempo mantenemos esa conexión, pero casi de inmediato ella mira hacia otro lado y yo me giro hasta quedar completamente de espaldas y concentrado en la copa frente a mí sobre la mesa que comparto con algunos hijos de Flor.

Me tensó a medida que la canción va avanzando porque no quiero recordar nada de eso y cuando todo se termina siento alivio, pero ni siquiera puedo aplaudir, todos se ponen de pie por la pareja y yo ni siquiera puedo moverme de donde estoy.

La música cambia, pero la canción anterior me ha quedado grabada, aunque ya no está la sigo escuchando dentro de mí, el corazón me palpita con fuerza y las personas comienzan a levantarse e ir a la pista de baile.

Me quedo solo, respiro profundo cuando me doy cuenta de que me he quedado viendo hacia un punto específico, pero nada en sí, busco otro lugar donde mirar cuando me doy cuenta de que Steve se está acercando, de la mano de Flor, ambos se miran felices. Flor es una mujer morena, hermosa, que se ve bien al lado de Steve, hasta lo hace ver más joven, más alegre. El anciano remueve la silla a mi lado y observo cómo hace una sutil seña con la barbilla que sé para quién va dirigida, antes de que incluso ella aparezca y tome el lugar que le indica ya sé qué es lo que hace Steve.

Pero no es a la única que llama, también la familia de Flor toma lugar en esa mesa, el viejo Steve levanta una copa y me pongo de pie para, de inmediato, junto al resto de presentes hacer lo mismo.

—Por la familia y los amigos —dice, sosteniendo a Flor por la cintura. Ella le da un beso en la mejilla, no puedo evitar sonreír al escuchar a todos los presentes suspirar y al viejo Steve soltar una risita nerviosa. Steve es feliz y se lo merece—. Para que momentos como estos queden en nuestras memorias para siempre.

Todos le aplauden.

El viejo Steve me mira a mí y agrega:

—Recuerdo cuando le dije a David que estaba recién cazado, ahora el recién cazado soy yo. — Todos en la mesa soltamos una carcajada y el viejo Steve continúa—: Un brindis por todos los recién cazados de esta mesa.

—Por todos los recién cazados —dicen todos en coro acompañado de pequeñas risas y hacemos el brindis. Steve tenía razón, va a pertenecer a una familia grande y al parecer todos los hijos de Flor lo aprecian. Todos se ponen de pie a abrazarlos y a mí ni siquiera me da tiempo de saludarlo porque el día de hoy es una persona muy solicitada.

—¿Bailas? —Natalie llama mi atención. En ese momento la miro, no me había dado cuenta de la cercanía de nuestros cuerpos, algo que me resulta extrañamente cómodo y familiar.

—Sabes que no. —Pero me ignora como siempre, me toma del brazo y tira de mí llevándome casi a rastras a la pista de baile. Me hace sonreírle en el acto y me doy cuenta de que es la única mujer que me ha hecho hacer todas estas cosas.

—No he dicho que sí.

—No me importa.

Esa es Natalie, me río un poco al mismo tiempo que ella me rodea el cuello con los brazos. Envuelvo su cintura con los míos y la pego a mi cuerpo. Ni siquiera puedo explicar qué es eso que siento cuando estoy con ella, pero se siente tan bien cuando hundo mi cara en el hueco entre su mandíbula y su clavícula. Aspirando ese aroma de Coco Mademoiselle que no he podido sacarme de la cabeza en mucho tiempo.

Ni siquiera estamos bailando, más bien estamos abrazados moviéndonos de manera extraña, pero no me importa en lo absoluto, no puedo medir cuánto la he extrañado, cuánto he echado de menos estos roces, nos quedamos ahí por un momento, sin decir nada, sin hablar. Me doy cuenta de que la he extrañado tanto que mi corazón duele, que en realidad quiero tenerla aquí conmigo el resto de mi vida.

Y voy a decírselo, voy a hablarle sobre todo aquello que siento por ella. Sobre todas las cosas que me hace sentir, y mis manos se aferran alrededor de su cintura, la pego a mí. Su mano va hasta la parte posterior de mi cabeza, algo que solía hacer cada vez que estábamos así y cierro los ojos por instinto, desearía con todas mis fuerzas congelar este momento, quiero hablar, quiero decirle todo lo que siento, pero no quiero arruinarlo, aunque al mismo tiempo quiero decirle que la amo, porque en realidad lo que siento por ella es mucho más que esa simple oración. Entonces, cuando voy a abrir la boca, la escucho:

—David, me iré a Italia. —Justo en ese momento la canción se termina y mi corazón se detiene por una fracción de segundo. Aunque fui capaz de escuchar a la perfección, me intento convencer de que no he entendido bien.

—¿Qué? —Me separo de ella un momento y la miro a los ojos, aún con mis manos en su cintura y sus brazos alrededor de mi cuello, repito—. ¿De qué estás hablando?

—Me iré a Italia.

—Nat... no... —De pronto siento que un nudo se forma en mi garganta, me separo por completo de ella, sigo pensando que esto es una broma, porque no, no hay forma de que esto sea cierto—. Es... es una broma, ¿verdad?

—No... me voy mañana...

Otra música comienza a sonar, pero no nos movemos de ahí, yo solamente me concentro en su rostro y mantenemos el contacto visual por un largo tiempo. Siento cómo mi mundo se derrumba poco a poco y yo, no... no puedo creerme esto.

—Es Italia... al otro lado del mundo...

—Sí...

—Natalie... —La interrumpo, siento que el corazón me late en la garganta. Todo alrededor de mí se desvanece solo para quedarme escuchando su voz y que me diga que esto no es verdad—. ¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—Porque allá hay excelentes academias de arte y...

—Tú ya eres excelente... —Me dedica una sonrisa, pero no una que me calme del todo. Una sonrisa que más bien me hace recordar todos aquellos momentos juntos y me encoge algo por dentro—. Natalie, no puedes, por Dios.

Mi voz suena desesperada, es como si sus palabras me hubieran atravesado el pecho como espadas, como si por un momento dejara de existir y ni siquiera escucho mis latidos.

—Acepté una beca, David... es un postgrado, lo estuve pensando por mucho tiempo y finalmente lo hice, inicio mis clases la otra semana.

—Pero... no... ¿Por qué no me habías dicho?

Nos quedamos en silencio un momento, solo viendo sus ojos oscuros, hay algo en su mirada que no logro descifrar, algo que me dice que no piensa darme una respuesta. Contengo la respiración un segundo y me paso las manos repetidamente por el rostro.

—Natalie... no... yo... —Ni siquiera me salen las palabras: ¿cuánto tiempo será esto? ¿Cuánto tiempo pensará castigarme de esta forma? ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres?—. ¿Por cuánto tiempo?

No me dice nada, ya sé la respuesta. Sé que piensa quedarse allá más tiempo del que incluso pueda caber en mi mente.

—Natalie, no... —Niego con la cabeza. Ni siquiera tengo palabras, ni siquiera un mísero monosílabo puede salir de mi interior de una manera correcta, siento la garganta seca. No puedo decirle que no se vaya si en serio quiere irse a estudiar a Italia, esta es una oportunidad para ella, no puedo impedirselo, pero...—. Nat, solo no te vayas mañana, déjame... no sé... unos días... yo... solo... —Todo lo que tengo por decir se me acumula en la garganta evitando soltar algo coherente—. Oh, por Dios, yo solo... yo solo quiero que te quedes, Nat.

La música deja de sonar y ahora es la voz del anciano Steve la que escucho, pero no puedo prestar atención porque mi vista está clavada en Natalie, estoy completamente enfocado en ella y no sé qué es lo que dice Steve a sus invitados. Ambos vamos a hablar al mismo tiempo y ambos nos callamos. Hasta que finalmente le concedo la palabra a ella y escucho:

—David... no puedo rechazarla ahora. Ese era nuestro acuerdo, ¿no? Divorciarnos y seguir con nuestras vidas. ¿Cuál es la diferencia con que yo me vaya a Italia? Me voy de tu casa y es como si yo no existiera... creí que esto no iba a importarte.

—Yo solo actué por ese acuerdo que teníamos... Natalie. Porque ni siquiera sabía si tú querías... —Hago una pausa, una larga pausa seguida de un silencio abrumante mirándonos a los ojos—. Además, tú no me llamaste tampoco.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo la que te llame?

—Yo te llamé...

—¿Cuándo? Cuando Oliver te dijo que me llamaras. ¿Cuánto ha pasado desde esa vez?

—Yo... —Me llevo la mano a la cabeza, tirando mi cabello para atrás en un gesto que denota frustración e impotencia—. Quería verte, por eso fui a tu apartamento, no sabes la falta que me has hecho todo este tiempo, quería conversar contigo, pero estabas con alguien más. ¿Cómo puedo llamarte después de eso si estabas con otra persona?

—Si me hubieses llamado antes de todo eso, si me hubieses pedido salir antes que otra persona lo hiciera, yo nunca hubiera preferido salir con alguien más antes que contigo, David. —A este punto, los dos hemos levantado la voz lo suficiente. No sé en qué momento pasó de ser una charla a una discusión. No es el mejor momento, esto no debería estar pasando aquí, pero ya ni siquiera me salen las palabras. Es como si de pronto me hubiera enmudecido, como si todo lo que se me ocurre hablar no pudiera exteriorizarlo.

La gente se ríe y después aplauden por las palabras del viejo Steve, que yo ni siquiera escuché y en este momento son irrelevantes. Natalie se gira en dirección al escenario e intentando cambiar su gesto también aplaude como el resto de las personas. Intento hacer lo mismo, pero yo no soy tan bueno ocultando que esto me ha afectado tanto. Me percató de que Steve se está acercando a nosotros y al vernos me da una palmada suave en la espalda.

—¿Te importa si nos tomamos una foto? —me dice, yo asiento. Él le da un gesto a Natalie que indica que vamos a tardarnos solo un momento, ella le dice que sí. El viejo Steve me toma del brazo y camina a mi lado al mismo tiempo que le hace una seña al sujeto que sostiene una cámara.

Mi mente sigue dando vueltas en la conversación con Natalie, el viejo Steve menciona unas palabras a las que no puedo prestar atención y lo interrumpo:

—Natalie se va a Italia. —Steve me mira con el entrecejo levemente fruncido, pero no dice nada en ese momento, me pasa el brazo sobre los hombros cuando mira al fotógrafo acercarse a nosotros. Una vez que el sujeto con la cámara ha disparado el *flash*, él se vuelve a mí y dice:

—Ya lo sabía. —Ahora es mi turno de verlo a él, Steve está viendo en otra dirección buscando algo mientras se acomoda el moño celeste en el cuello.

—¿Cómo es que ya lo sabías? —Él me dice que sí con un gesto. Se lleva las manos hacia atrás, con esa pose erguida que solo Steve a su edad puede tener—. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo sabías esto?

—Ella me lo comentó, hace muchos días. —De pronto me siento con ganas de gritar. Sé que no es la ocasión correcta para discutir esto, pero tantas preguntas se amontonan en mi mente. ¿Por qué soy yo el último en darme cuenta de esto? ¿Por qué prefirió que yo sea la última persona que sepa que está a punto de irse?—. Me habló de la beca que le ofrecían, no estaba segura de aceptarla y yo le dije que era una excelente idea para despejarse, para mejorar, para encontrarse a sí misma. Vivir en Italia algunos años no es una mala idea.

Lo miro.

—¿Qué? ¿Por qué le dijiste eso, Steve? —El viejo Steve arruga el entrecejo y ahora sí su mirada se enfoca en mí, quedamos de frente y me mira a los ojos. Estoy seguro de que puedo transmitir la rabia que siento. Lo sé.

—Creí que no te importaría, David.

—¿Te estás escuchando? Tú sabes que sí me importa, Steve. Tú más que nadie lo sabes. ¿Y por qué soy yo el último que se da cuenta de esto?

—Porque tú actuaste como si en realidad ella no te importara. —El viejo Steve suelta un suspiro, al mismo tiempo que me acomoda la corbata y dice—: Pero es que ustedes... los dos... son tan testarudos. Ahora dime... ¿Qué piensas hacer, David?

—¿Qué puedo hacer yo, Steve? Tiene una beca para estudiar un postgrado en Italia, aunque quisiera no puedo ser tan egoísta como tenerla aquí conmigo y no dejarla crecer en lo que le gusta hacer. —Steve me mira a los ojos, un momento nada más, después mira en otra dirección y sin verme a mí, dice:

—Entonces creo que es mejor así. Ustedes necesitan un tiempo. Si están destinados a estar juntos, van a volver a reencontrarse. Y si eso pasa, ya no la dejes ir.

Flor llega en ese momento, cualquier gesto nada amable contra Steve me cambia por completo y todos los reproches que se me ocurren me los guardo para dedicarle una sonrisa a ella y no arruinar su noche, ni la de Steve, porque a pesar de todo, él se merece todo esto que está viviendo. Pero no me parece buena idea quedarme un rato más, Flor le dice algo en el oído y después de asentir, se vuelve a mí:

—Vamos a hablar esto con más calma, David. Cuando regrese. —No tengo nada que hablar con Steve, cuando él regrese ya Natalie estará a miles de kilómetros y no hay nada que él pueda hacer—. Hay cosas que son mejores cuando las dejas ser.

Ellos se disculpan y se alejan, cuando giro buscando a Nat, la primera imagen que mis ojos captan es a ella junto a uno de los chicos que estaban en mi mesa anteriormente. El tipo parece

contento comentándole algo relacionado al lugar por la forma en que señala hacia la playa.

Sé que será así siempre, donde ella vaya va a tener miles de pretendientes disponibles. Sé lo que Italia significaría para ambos, sé que dentro de algunos seis meses ni siquiera se acordará de mí. Siento que me duele el pecho, me voy de ahí sin decirle adiós a Steve. Me duele demasiado como para detenerme a hablar más con él sobre esto. Solamente quiero olvidarme de todo, me encierro en mi auto y comienzo a conducir a gran velocidad, para llegar a casa lo antes posible. Para dejar de pensar un momento en esta agonía que siento que me está matando por dentro.

CAPÍTULO 55

David

Me paso toda la noche en vela pensando en ella.

Todavía no puedo comprender cómo es que específicamente Natalie me ha calado hasta los huesos por mucha resistencia que hice. Por más que quise resguardarme de ese terrible sentimiento, ahora estoy aquí con sus imágenes reproduciéndose en mi cabeza, con todos esos momentos que compartimos juntos mostrándose como un *gif* en mi mente.

Me duele hasta el alma, no puedo pensar en nada más que en eso que me quema por dentro. Con los ojos empañados miro sus fotografías en Instagram y me riño interiormente por no poder dejar de hacerlo.

Ayer, en cuanto llegué a casa después de la boda de Steve, me di cuenta de que mi hermana sabía que Natalie se iba y ella no se había atrevido a decírmelo porque Natalie quería ser quien me lo dijera, pero tuvo que esperar al último día para hacerlo. Sin embargo, yo estoy aquí, ignorando el sinfín de alarmas que se encendían en lo más rotundo de mi cerebro, con el corazón latiendo desbocado mirando mi reloj mientras aguardo en los últimos escalones del aeropuerto pensando que debí perder el raciocinio en alguna parte.

Mi pulso se acelera y mis manos comienzan a tiritar en el momento que su cabellera castaña y perfecta está apareciendo en mi campo de visión. Su rostro va haciéndose tangible frente a mi vista conforme los escalones eléctricos van subiendo, aunque su vista está clavada en un papel yo no puedo dejar de verla, no puedo creer que en unas horas esté lejos de aquí. Pensé mucho en venir hasta aquí, pero mi parte egoísta, la que no quiere dejarla ir, me apresuró a llegar al aeropuerto y decirle:

—Natalie, por favor... —Nunca le había hablado a nadie con ese tono de súplica, nunca siquiera llegué a pensar que lo utilizaría para pedirle a una mujer que se quedase conmigo. Nuestros ojos siguen conectados y mis manos temblorosas ahuecan su rostro y junto mi frente con la suya cerrando los ojos por un momento—. Cielo, por favor, no... —No, no puedo decirle que no se vaya, que no haga algo que en realidad le gusta hacer. ¿Qué clase de persona egoísta sería si permito eso?

Natalie me toma ambas manos y las aleja de su rostro, las sostiene entre las suyas y nos miramos a los ojos, nunca voy a poder borrar esa mirada achocolatada de mi mente, jamás voy a poder sacarme a Natalie de mis pensamientos. Solo quiero que se quede, lo único que pido es que esté unos días más conmigo. Iniciar de cero si es posible, aprovechar esta oportunidad, sin embargo, lo único que me sale es:

—Te deseo lo mejor, Natalie. Sea lo que sea, estés donde estés. Solo puedo desearte lo mejor y decirte que... —Hago una pausa—... que te amo, Natalie.

Pero entonces, cuando estoy a punto de mencionar esas palabras, alguien aparece detrás de ella. El mismo tipo actor que ha estado saliendo con ella y algo se rompe dentro de mi pecho. Algo que me hace en ese momento terminar de quebrar esa coraza que he intentado construir por muchos años.

—Natalie, es la hora —le dice, pero yo no puedo despegarle la mirada de encima y al escuchar esa voz mi corazón se rompe por completo. No puedo seguir insistiendo, mis ojos viajan al sujeto,

quien no puede mantenerme la mirada fija y ambos pasan a mi lado. Solo le doy un último vistazo a Natalie para verla a ella también mirarme antes de perderse tras la puerta.

Me quedo viendo un punto fijo, sin moverme. En ese instante, mis ojos derraman todas esas lágrimas que había intentado contener, mi espalda choca con la pared detrás de mí y me tapo el rostro con ambas manos, me deslizo hasta quedar sentado en el piso y, ahora sí, no puedo frenarlo.

La he perdido, la he perdido por completo.

Lo primero que hago al llegar a casa es comunicarme con Steve. Pero está en su luna de miel, así que no puedo hacer nada, no hay absolutamente nada que Steve pueda hacer por mí. En parte es su culpa, por no decirme antes, por no dejarme arreglarlo a tiempo.

No tengo idea de dónde puede estar Alex, no le cuento nada a Oliver porque él está atravesando sus propios problemas. Delante de él finjo que todo está bien y que en realidad no tengo el corazón roto en mil pedazos. Busco a Carmen, pero ella no quiere hablar conmigo. Termino frente a Camilo, que no tiene idea de dónde Natalie pudo haber ido.

Cuando sé que Steve ya ha regresado, lo primero que hago es conducir hasta su casa, su nueva casa junto a Flor frente a la playa. Al verme llegar el anciano me abre la puerta, pero debe ver mi rostro porque no hace ninguna broma, no muestra entusiasmo, no dice nada.

—¿Cómo estás, David? —Es lo único que sale de él y yo quiero gritarle, quiero decirle lo que vengo memorizando todo el camino hasta aquí por no haberme dicho que Natalie se iba a tiempo, pero en su lugar, lo único que logro soltar con rabia son lágrimas. Ahí frente a Steve no puedo contenerme siquiera, y él se acerca y me abraza. Le devuelvo el abrazo y el viejo Steve se queda ahí conmigo.

—Lo siento... yo...

—Está bien, David...

Me quedo con Steve ese día.

Camino a la orilla de la playa y me dejo caer sobre la arena para mirar el atardecer. Steve me dijo que iba a preparar café y casi de inmediato escucho sus pasos aproximarse a mis espaldas y se sienta a la par mía.

—¿Estás mejor? —pregunta, extendiéndome una taza. Le agradezco y asiento con la vista puesta en el horizonte.

—Sí... yo... lo lamento, Steve.

—No pasa nada.

Le doy un sorbo al café, no me atrevo a ver a Steve a los ojos. Me limito a mirar el agua y después el líquido oscuro dentro de mi taza.

—¿Cuánto tiempo se supone que va a durarme esto? —Steve suelta una risa, de esas que casi se escuchan tenebrosas, le da un sorbo a su café y contesta:

—Tal vez unos días, o tal vez para siempre.

—Qué alentador. —Intento sonar bromista, pero el ánimo no me ha mejorado del todo. Siento que no me reconozco, y aunque lo intento, sé que hasta Steve puede notar lo afectado que estoy.

—Si dentro de unas semanas sientes que no puedes olvidarla, pero ya no duele, eso es amar, David. —Suelto una pequeña risa irónica.

—Ella se fue con... creo que con alguien más. Ella estaba con alguien más el día que la vi en el aeropuerto. Ambos llevaban maletas... y...

—No es lo que piensas. —El anciano niega con la cabeza, sopla de manera leve la capa de humo que se desprende de su taza y toma un trago del café.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Has hablado con ella?

—Simplemente lo sé.

—Esa no es una respuesta.

—Ella no está con él, David. ¿Te digo por qué? —Sin comprenderlo muy bien, asiento—. Porque tú eras la única persona que la mantenía en este sitio. Tú eras el único que la hacía pensar sobre aceptar la beca o no hacerlo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—La oferta de la beca le llegó hace unos meses. Ella me lo comentó, me lo dijo.

No puedo decir nada, no puedo hablar, no puedo moverme. Solo quisiera devolver el tiempo atrás, hacer las cosas diferentes. Enmendar todas las tonterías que hice.

—¿Sabes? Hay gestos que guardan más amor que un beso.

Miro al viejo Steve, tan calmado y sereno, sosteniendo su taza con ambas manos.

—Yo... no... no te creo.

—Si algún día vuelven a encontrarse, por favor, prométeme que no vas a dejarla ir.

—Pero por qué... ¿Por qué no me lo dices hasta ahora, Steve? ¿Qué pasa si cuando vuelva a encontrarla tiene a otra persona?

—¿Por qué no hiciste algo? ¿Por qué no hacer un esfuerzo por ir a Italia de vez en cuando? ¿Por qué no llamarla hasta allá todos los días mientras esté en Italia? ¿Que acaso ahora no existe esa cosa llamada Skype?

Me quedo en silencio viendo a Steve, meditando un poco sobre lo que me acaba de decir. No sé por qué no pensé en esa solución antes, no sé por qué no se me ocurrió pedirle estar en contacto todo este tiempo. Intentando encontrar una excusa, me apresuro a decir:

—No creo en las relaciones a larga distancia... es una tontería. —Me río un poco, una risa que me sale nerviosa y a prisa—. Las relaciones a larga distancia nunca terminan bien, Steve. Ella puede encontrar a alguien allá, otra persona que...

—Entonces significa que ella no era para ti.

—No estás siendo de mucha ayuda.

—Existe el amor de tu vida y el amor para tu vida, David. Ya tuviste una vez al amor de tu vida, pero no al amor para tu vida. Si Natalie es el amor para tu vida, van a volver a reencontrarse. ¿Crees en el destino?

—No creo en tal tontería.

Él me mira en ese instante. Steve deja ver una sonrisa de lado al mismo tiempo que se lleva la taza de café a la boca y enuncia:

—El amor es un misterio... es así de simple y así de complicado.

—A veces no sé para qué hablo contigo, Steve. —El viejo suelta una carcajada.

—Si existe el destino, y si los dos están predestinados, van a volver a encontrarse; van a sentir de nuevo todas esas cosas que quisieron dejar atrás por ser tan testarudos, porque sientes que no habrá nadie capaz de llenar ese vacío que dejó esa persona. Ella me pidió un consejo y se lo di. No podía contarte porque temía que tu reacción la hiciera quedarse... o tal vez... irse...

—¿Qué?

—Le temió a tu reacción. Pensó que tal vez a ti no te importaría tanto como ella creía y en parte tenía razón. No hiciste nada por saber de ella...

—Ella tampoco...

—Lo sé... por eso te dije, los dos tan testarudos. —El viejo Steve niega con la cabeza y continúa—. Natalie es una persona muy noble. Piensa más en los demás que en sí misma. ¿Sabes por qué le dije que lo hiciera?

—No sé si quiero escuchar esa respuesta. —El viejo Steve se ríe de nuevo y deja la taza a un lado intentando encontrarle una base compacta.

—Su padre...

—¿Su padre?

—John... yo no lo sabía... ¿tú sí?

—¿De qué estás hablando ahora?

—¿Recuerdas a John? —Intento hacer memoria, no hay un John que se me pase por la mente—. Es un amigo, aquel que nos encontramos en el parqueo aquel día que fuimos juntos a buscar tu traje.

—Sí... creo que sí...

—Es el padre de Natalie... —Lo miro en ese momento, ahora entiendo, ahora sé por qué ese sujeto me miró de esa forma, significa que él me conocía, pero, mierda... ¿Por qué diablos no pude saberlo antes?—. Yo no lo sabía. Me enteré un día que ambos coincidieron en el bar. Natalie me comentó su relación con él y que después de ese día él se había comunicado con ella. No me comentó qué le dijo o de qué hablaron, solo me dijo que necesitaba irse un tiempo... y yo le dije que esa beca en Italia estaba bien.

—Pero... Por... ¿Por qué no comentármelo a mí? ¿Por qué no hablarlo conmigo? Teníamos una excelente relación antes...

—Pero se divorciaron, ¿no? Y se supone que eso no es algo que un par de divorciados deberían hacer, según ustedes mismos. —El viejo Steve se ríe un poco—. Es algo tan absurdo.

Me quedo en silencio un momento y siento una punzada de ira atravesarme el pecho, me siento tan impotente, a kilómetros de distancia, sin comunicación con ella. Como desearía devolver el tiempo, poder cambiar muchas cosas, pero jamás... nunca... cambiaría por nada el hecho de haberla conocido.

—¿Y qué sabes del tal John? —pregunto a Steve después de un rato de no mencionar una palabra y solamente mirar el horizonte—. ¿Puedes decirme dónde vive? Tengo muchas cosas que decirle.

De inmediato su atención se centra en mí y dice:

—David... —El viejo Steve niega con la cabeza, pasa su brazo sobre mi hombro y dice—. El destino se encarga de poner a esas personas en su lugar y John no se quedará fuera. Siempre me pregunté por qué le iba tan mal en la vida y tuve mi respuesta cuando Natalie me comentó toda la historia sobre él. Ella es una mujer fuerte y supo enfrentar todos sus problemas familiares con valentía. En realidad, me gusta esa chica para ti. Es tu perfecta media naranja...

Me río un poco.

—Olvidalo, yo creo que soy un medio limón...

—Me parece que ya había escuchado eso antes... ¿Lo ves? Después dices que no son perfectos el uno para el otro. —El viejo Steve se carcajea y continúa—: Deja de temerle al amor, David. Ama y déjate amar...

—Yo no le tengo miedo...

—¿Entonces qué es? —Silencio de mi parte, quito la mirada de Steve para ver mi café—. Prométeme, ahora sí, que si en algún momento la vida se encarga de ponerlos de frente otra vez,

no vas a volver a dejarla ir.

No decimos nada después de eso, sé que es muy probable que si en algún momento vuelvo a tenerla de frente ella ya esté con otra persona. Ya de nada me sirve querer devolver el tiempo.

Miro a Steve tomar su taza de café y darle un sorbo, se ve con energías renovadas e incluso se ha quitado unos cinco años de encima. Supongo que así es como te hace ver la felicidad, sentirte tranquilo contigo mismo, saber que has hecho las cosas bien y este es el fruto de tu trabajo. Platicamos por un rato más cosas triviales hasta que se hace realmente tarde y quiero volver a casa.

—Recuerda lo que me prometiste —me dice, recostando su hombro sobre el umbral de la puerta de entrada de su casa—. Repite conmigo: «Debo seguir siempre los consejos de Steve».

Me río y le sonrío, me extiende la mano y la tomo para darle un apretón, él me envuelve en sus brazos y me da unas palmaditas suaves en la espalda.

—Gracias, Steve.

—Conduce con cuidado.

Asiento, camino hasta el auto y observo a Steve todavía en el umbral. Logro visualizarlo desde el espejo retrovisor a medida que me alejo hasta que lo pierdo de vista cuando estoy a una distancia considerable. Siempre Steve ha sido mi forma de terapia desde que tengo memoria, no sé qué sería de mi vida sin ese anciano.



Cuando regreso a casa los recuerdos con ella vuelven a asentarse en mi cabeza, cuando me quedo dormido la sueño a ella cruzando la puerta de mi casa, dándonos un abrazo, contándonos todo lo que había pasado en estos días. Como si nos añoráramos lo suficiente como para charlar horas y desear no volver a separarnos jamás. Pero al despertar me doy cuenta de que eso está más lejos de la realidad.

Natalie ha cerrado todas sus redes sociales, en unas cuantas semanas es como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra. Las únicas fotografías tuyas son las que se pueden encontrar en la web, y tenerla lejos sin saber nada de ella me está comenzando a matar poco a poco. Lo último de lo que me di cuenta es que ya había alguien en su puesto del programa y Caroline era la asistente de esa persona. Todos dicen que no saben dónde está, incluso Caroline, pero sé que no es cierto. Es como si todos estuvieran de acuerdo con que Natalie y yo no debemos estar juntos.

Estoy comenzando a creer lo mismo.

Al cabo de unos días lo único en lo que pienso es en deshacerme de sus recuerdos, intentar buscar otra cosa para relacionar todo aquello que me recuerda a ella: una galería de arte, una película romántica, mi café de las mañanas. Ahora me detengo en cada cuadro que miro para intentar analizarlo, ahora me encuentro viendo la textura, el lienzo y clasificando los colores. Tan así de jodido estoy.

Siento que me es imposible olvidarme de Natalie, cada día que pasa mi recuerdo se aferra más a ella, no puedo evitar sentirme solo, abatido, desorientado. Oliver me llama por la tarde cuando estoy dispuesto a emborracharme hasta perder el conocimiento, me dice que ha hablado con su padre, quiere que vuelva a tomar mi antiguo puesto en la revista y que hablaremos sobre vender la idea que teníamos juntos, le digo que sí a todo, porque en realidad no quiero hablar mucho. Debería sentirme contento, lo sé, pero en realidad esa noticia no llena el vacío que siento por dentro.

Guardo la esperanza de que el día del nacimiento de la bebé de Caroline Natalie esté presente. Pero nunca las cosas pasan como uno cree, porque todo el tiempo que estoy en el hospital con el corazón en la mano pensando qué decir en caso de que ella apareciera, en realidad ella no se apareció. El único que llega ese día es el exnovio tatuado de Caroline, justo en el momento que me mira al cruzar la puerta baja la mirada hacia sus botas y se queda de pie a una distancia considerable. Tengo tanto por decirle, él sabe que tenemos mucho de qué hablar, pero en este momento no me dan ganas de discutir, así que prefiero pasar de él e ignorarlo.

El único momento que me olvido de ella es cuando dejan a mi sobrina en mis brazos, todos mis sentidos se concentran en el ser pequeñito y frágil envuelto en una manta rosa que me sonríe y me hace sonreírle de regreso. Caroline se ríe de su gesto y en ese instante agrega:

—La llamaré Grace, como mamá. —Algo se encoge en mi pecho al escuchar su nombre y asiento en respuesta—. Gracie, de cariño. —Una voz masculina suena desde la puerta y miro a Caroline tensarse al ver la persona a la que pertenecen esas palabras. Había olvidado mencionarle que el tipo estuvo allá afuera todo este tiempo.

—Carol, ¿puedo hablar contigo? —Miro al sujeto, que de inmediato baja la mirada, y después a mi hermana, que está sentada en la camilla. Aunque no reacciona como lo esperé, tampoco está molesta, y quita la mirada de él para verme a mí.

—¿Lo agarro a golpes? —le pregunto, ella se ríe y niega con la cabeza.

—Es su padre, después de todo. —Desgraciadamente lo es. Con un gesto le digo que sí, la enfermera me ayuda con la niña y me pongo de pie para dejarlos a ellos solos en el pequeño cuarto.

Desde la ventana los observo, no discuten, no dicen nada, él solamente se encarga de sostener a su hija cuando la enfermera la deja en sus brazos. Ambos la miran y ahí comienzan a intercambiar palabras y sonreír. La enfermera que atendía a mi sobrina se detiene a mi lado cuando sale de la sala y también mira por la ventana.

—Creí que usted era su padre. —Me río un poco al mismo tiempo que la miro de soslayo y vuelvo a concentrarme en la pequeña familia que tengo enfrente.

—No, por Dios, es mi sobrina.

—Tiene bastante parecido a usted. —Le sonrío en respuesta, más que todo como un agradecimiento por no decirme que se parece al idiota de Keith—. Lindo tatuaje.

Miro en dirección donde ella me señala y es el jodido pez en mi muñeca. Mi gesto cambia de inmediato al verlo y los recuerdos se amontonan con fuerza dentro de mi cabeza. Intento recomponer mis facciones y miro de nuevo hacia la ventana encogiéndome de hombros.

—Gracias. —La mujer asiente, saca una libreta y apunta algo para, acto seguido, arrancar el papel. Me lo entrega con una sonrisa y se aleja contoneándose una vez que tomo la nota que me entrega: es un número de teléfono, con un corazón al final de la hoja. Hasta ese momento no le había dado mi atención, tiene el cabello negro sostenido en una moña detrás de su cabeza, ojos claros y sonrisa impecable. Pero, aun así, nada que pueda compararse con Natalie.

Miro el número de nuevo, pero no puedo hacer lo que ella pretende, no hasta que me cure por completo de Natalie, hasta que deje de causarme revuelo por dentro, cuando ya me termine de convencer de que se acabó, de que cualquier oportunidad que alguna vez tuve con ella ahora se ha esfumado. Ya he perdido todas las esperanzas, pero una vez que todo esto pase, que las cosas se normalicen en mi corazón y dentro de mi cabeza, no descarto darle una oportunidad a otra persona. Pero de momento no, ninguna mujer merece ser comparada con lo perfecta que solía ser mi exesposa.

CAPÍTULO 56

David

Nadie debería morir en una tarde de primavera.

Es lo que me repetía una y otra vez cuando conducía hacia la casa del viejo Steve, con las manos aferradas al volante y una serie de sentimientos agolpándose en mi garganta y golpeándome con fuerza el pecho. Todavía no podía creérmelo.

Seguía en la etapa de negación y las palabras se seguían reproduciendo en mi cabeza tal cual las escuché:

—¿Steve? —dije al recibir una llamada desde su teléfono muy temprano. Steve nunca me llamaba a esas horas y medio adormilado, solo escuché:

—Soy Flor...

—Flor... ¿Cómo estás? —Voy a admitir que su llamada en parte me alarmó, más cuando la escuché sollozar y aclaró su garganta para decirme:

—Steve acaba de fallecer.

Está de más decir que sentí cómo mi mundo se venía abajo, cómo todas esas paredes que con esfuerzo había construido para no sufrir se derrumbaban para darle paso de golpe a la nueva noticia que acababa de recibir. De pronto todo se reproducía en mi cabeza, nuestra última conversación, sus llamadas para preguntar si estaba bien, sus mensajes para levantarme el ánimo. Su rostro se comenzó a proyectar en mi mente, todas las escenas de Steve desde que tengo memoria comenzaban a amontonarse en mi cabeza y llenarme de angustia el pecho.

De pronto, todos esos recuerdos se sentían tan frescos, tanto así que cuando llegué a su casa y miré la cantidad de personas ahí pensé que no podía ser cierto. Hace una semana había llegado a mi casa para conocer a Gracie, ahora no puedo creer que esté aquí cerca de un ataúd que encierra su cuerpo. Diviso el lugar donde tuvimos nuestra última conversación en este lugar, frente a un atardecer como el que se está mostrando ahora...

Steve, no, por favor.

Siento un dolor inmenso instalarse en mi pecho, algo abrumador me hace soltar algunas lágrimas y no me atrevo a acercarme al ataúd, no quiero verlo ahí, sin un consejo que me diga cómo debo actuar ahora con su muerte. Solo quiero desplomarme y llorar junto a él.

Steve, dime qué hacer ahora.

Me siento en la esquina, recuerdo todas las veces que Steve cuidaba de mí cuando era un niño, todas las historias que me contaba antes de dormir, todas las dramatizaciones que hacía de todas las películas que mirábamos juntos. Cada uno de esos momentos se instalan en mi pecho y duelen. Steve fue el primer mejor amigo que tuve y ahora se había ido para siempre.

—¿Qué pasó? —le pregunto a Flor cuando llega al lugar donde estoy. La pobre mujer está bajo efecto de algún medicamento, según lo que me comentó, gracias a ello pudo darme la noticia.

—Su corazón estaba débil...

—¿Tú lo sabías? —Ella asiente, al mismo tiempo que unas lágrimas comienzan a colarse en su rostro y se las enjuaga con un pañuelo que lleva el logo del bar de Steve bordado en una esquina.

—Lo descubrió mucho antes de nuestro matrimonio. Intenté darle los mejores últimos días de su vida, pero... —Flor hace una pausa y su voz se quiebra al decir lo siguiente—. Para estas cosas

nunca se está preparado.

—¿Por qué no me lo dijo? —Tengo una bola en la garganta, apenas puedo mencionar esas palabras sin que mi voz parezca la de un desconocido.

—No quería preocupar a nadie.

No quiero recordar esas cosas, quiero recordar al Steve de siempre, el entusiasta y positivo que solo miraba lo bueno de la vida. Quiero creer que esto no es verdad y miraré a Steve todas las tardes después de salir de edificio de los Anderson con esa sonrisa y me dirá justo lo que quiero escuchar. Llegaré a su bar cada vez que me sienta triste y él tendrá las palabras correctas para levantarme el ánimo. Quisiera devolver el tiempo y haber pasado más ratos con Steve.

Todo lo que sucede para mí es irreal, todo a mi alrededor, el resto de la velada, las personas amontonándose, el camino hacia el cementerio, el momento en que está siendo sepultado. Me siento un expectante de mi propia vida, como si solo estoy sentado en el pasto observándome desde cierta distancia, sintiendo pena por mí mismo, incapaz de sentirme vivo.

Me quedo viendo hacia un punto en específico, pero nada en sí, intentando bloquear mis recuerdos. No quiero creer que esto esté pasando, no quiero imaginarme a Steve en esa caja, sin poder decir nada, sin escuchar esa risa que de alguna forma me relajaba. Suspiro intentando controlar el temblor de mis manos y quiero irme de ahí, quiero encerrarme para olvidar lo cruel que ha sido la vida conmigo.

Me tapo el rostro con ambas manos y me limpio las lágrimas que involuntariamente se han salido de mis ojos. Cierro los ojos un momento porque no puedo ver a Steve siendo sepultado, no quiero ver a las personas que están llorando su partida. Quiero creer que esto sigue sin ser real, que Steve está en su bar y que lo veré todos los días de mi vida, porque todavía lo necesito.

No sé qué voy a hacer, tal vez emborracharme hasta perder la conciencia, pegarme contra la pared hasta romperme los huesos, gritar con fuerza hasta quedarme afónico o quedarme quieto, en silencio, como ahora. Como si el espíritu me hubiera abandonado el cuerpo, dejándome vacío. No sabía muy bien qué haría con mi vida de ahora en adelante, soportando esta agonía a la que me tengo que enfrentar una vez más.

Cuando abro los ojos no puedo evitar que las lágrimas se escapen de mis ojos, que me empapen las mejillas, que se cuele con la brisa que está comenzando a caer. Cuando todo el mundo comienza a retirarse me permito sacar la angustia que llevo por dentro, aún con el temblor de mi cuerpo y ese nudo empeñándose en permanecer en mi garganta. Me limpio el rostro y me doy media vuelta.

Natalie está ahí.

Justo a unos escasos metros y a la par de ella está mi hermana. Cuando nuestros ojos se conectan ni siquiera soy capaz de digerir su presencia, pienso que es alguna alucinación de mi aturdido cerebro hasta que sus brazos se envuelven alrededor de mi cuello y su cuerpo impacta contra el mío. No reacciono tan rápido, pero cuando lo hago es solamente para soltar lágrimas en el hueco de su cuello, donde puedo aspirar de nuevo ese aroma de su perfume.

No hablamos nada, yo porque no puedo enunciar ni una sola palabra y ella se limita a apretarme con fuerza, no sé ni siquiera cuánto tiempo tardo en darme cuenta de que todas las personas se han ido y solo quedamos ella y yo. Pero en realidad nada importa, ni siquiera que comience a llover con fiereza, no me dice nada, no me dice que vayamos a casa, no nos movemos ni un centímetro. Ella está aquí conmigo, a pesar de todo, es en lo único que quiero pensar ahora.

No me merezco a alguien como Natalie. Sé que nunca encontraré una persona que supere la calidad de ser humado que ella es.

—Nat, lo lamento tanto. —La siento negar con la cabeza y sus manos bajan por mi espalda aferrándose a mi cintura. Me parece que sea un sueño y no quiero despertar—. En serio, lo siento. Por no...

—No, David... —Se separa un momento de mí y con el pulgar limpia una lágrima que corre por mi mejilla. Toma mi rostro con ambas manos y deposita un beso en mi frente, uno de esos a los que estábamos acostumbrados y que se me hacen tan familiares y me hacen un nudo en el pecho que se adueña de mi corazón—. No pasa nada.

Sé en este momento que Natalie se ha instalado profundamente en mi interior, me ha traspasado la piel, se me ha colado hasta el alma, me ha inundado la sangre, el sistema nervioso, el cerebro, la conciencia. Todo lo que yo soy ahora le pertenece a ella.

Vuelve a envolverme en sus brazos y no puedo evitar que el temor me envuelva entero, que ella mañana tenga que irse y ya no esté conmigo.

Me acompaña esa noche a casa y se queda ahí conmigo, a mi lado, acariciándome el cabello, antes de Natalie no sabía cómo era que el calor de otra persona te envolviera entero, que las caricias traspasen la piel, te toquen el alma y te inunden el corazón. Intento asimilar que ya no puedo ir donde Steve, no puedo correr a contarle que Natalie ha vuelto, no puedo preguntarle qué me sugiere hacer ahora o qué decir. Visualizo a Steve tomando su taza de café el día que tuvimos aquella conversación en su casa hace algunos meses.

El único recuerdo que me queda de él son fotografías y las cosas que me dijo de las que jamás podré olvidarme.

Extrañaré al viejo Steve.

Cuando despierto al día siguiente, un recuerdo mezclado entre Natalie y Steve es lo primero que me asalta la mente; lo único que hago es respirar hondo para detener las lágrimas que me amenazan cuando recuerdo a Steve, en su bar, con su enorme sonrisa y las palabras correctas. Los siguientes días apenas soy consciente de lo que pasa alrededor, ni siquiera sé cómo sentirme, cómo actuar o qué decir. Pero todo lo estoy viendo es como una película, como si fuera un espectador de mi propia vida. Quiero decirle muchas cosas a Natalie que ni siquiera sé cómo iniciar. Tantas palabras que se amontonan en mi cabeza que ni siquiera sé cómo acomodar.

Debería estar trabajando, pero aunque lo intento, me es imposible. Debería estar hablando con Natalie, pero tampoco puedo, siento que no existo, siento que en realidad las palabras no quieren fluir como deberían. Todos se preocupan por mí, incluso Oliver, quien ha insistido en salir a tomar un trago. Creo que no comprenden cuánto me duele esto por dentro, que incluso podría estar arruinando mi oportunidad con Nat.

—Sabes que... tengo que volver. —Le escucho decir, estoy mirando fijamente a través de la ventana de la cocina, con una copa en la mano. Algo se me encoge por dentro cuando la oigo decir eso, algo inexplicable me revuelve el mundo entero—. Pero te prometo que...

—¿Cuándo? —la corto. No me dice nada por un momento, yo no me giro, no quiero hacerlo cuando tengo esa noticia rondando en mi cerebro.

—Mañana. —Se me hace un nudo en la boca del estómago. No puedo dejar que se vaya así otra vez.

—¡Dios! Tengo tantas cosas por decirte que... —De nuevo ese intento por ser fuerte me queda mal. Terrible. No puedo decir nada más sin sentir ese nudo molesto en mi garganta. Escucho sus

pasos a mis espaldas caminar en mi dirección y después sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura mientras mi vista nada más está clavada en la ventana.

—Shhh... —sisea, aferrándose a mi torso—, no te preocupes, David. Ya habrá tiempo para todo. —Entrelazo mis dedos con los suyos. Nos quedamos ahí un rato más, hasta que comienza a oscurecer, y entonces me doy media vuelta y la envuelvo en mis brazos. Natalie está aquí y no quiero soltarla.

CAPÍTULO 57

David

Al día siguiente despierto y Natalie ya no está ahí. Lo primero que hago es buscar mi teléfono celular, no hay mensajes, no hay llamadas, no hay notas, no hay nada que me diga si ya se fue a Italia y entro en pánico, no quiero que se vaya, no sin antes decirle todas esas palabras que tengo atoradas en la garganta que no me he atrevido a hablar y que me están matando. Quiero tirarlo todo aquí, pero justo en el momento que levanto mi almohada una nota cae al suelo, no dudo en recogerla de inmediato y mi corazón salta dentro de mi pecho cuando descubro que es su letra, con un lugar y una hora específica.

Mi avión sale a las ocho con cuarenta y cinco. No quise despertarte.

Prometo llamarte cuando llegue.

Nat.

Miro la nota y después mi reloj, me doy cuenta de que ya casi es la hora. Corro hasta el baño para lavarme la cara y me arreglo el pelo. No importa la ropa que llevo, me había quedado dormido con lo mismo que vestía ayer, pero eso ahora no tiene relevancia, tengo que llegar ahora. Conduzco a toda velocidad y en minutos estoy en el aeropuerto de nuevo. El estómago se me encoge cuando cruzo el lugar a toda prisa, cuando llego hasta el sitio exacto estoy jadeando y no logro verla por ningún lado. Entro en pánico solo con imaginarme que ya puede ser muy tarde, pero entonces diviso su melena castaña, está de espaldas a mí, pero esa figura no se me perdería en ninguna parte. Y en ese momento, como si alguien llamara su nombre, se gira y me mira a mí.

Mi mirada de súplica es la primera en hacer acto de presencia cuando sus ojos enfocan los míos, entonces me da un gesto, uno similar a una sonrisa y comienza a caminar hacia mi persona. No puedo siquiera describir lo preciosa que se mira con un abrigo largo de color oscuro que deja ver su blusa de cuello alto con el mismo tono, con vaqueros color *beige* y unas botas. No es hasta el momento que está frente a mí que la rodeo con mis brazos, sin esperar una palabra de su parte, mis dedos se hunden en su piel y entiero mi cara en el hueco de su mandíbula.

—Natalie...

—No pensé que vendrías...

—Por Dios... —la interrumpo y me separo de ella para verla a los ojos—. No tienes idea de lo que... Nat... por favor... no te vayas... no sin antes saber todo lo que me he guardado todo este tiempo... —Trago saliva, el pulso se me acelera y el corazón me golpea fuerte dentro del pecho—. No tienes idea de cuánto me arrepentí de todas las cosas que no me atreví a decirte antes.

—Bien. —Se aclara la garganta, sin despegarme la mirada de encima continúa—: ¿Y qué es eso que quieres decirme?

—Que yo no puedo vivir sin ti, Natalie. —Mantengo el contacto visual, siento que si un momento miro en otra dirección voy a perderme la belleza que hay dentro de esos ojos de chocolate. Son tantas cosas que tengo por decirle que comienzo a enumerarlas, pero no me salen ni un poco como yo me había imaginado que sería en mi cabeza. Mi voz suena a la de un desconocido, a la de un niño ansioso, quiero decir tanto que continúo sin poder detenerme, sin siquiera coger aire—. Que te amo con todo mi corazón y que no hay forma que esta vez te deje ir sin que sepas que no hay un día que no te piense. Que me siento tan afortunado por haberte

conocido, porque irme a Las Vegas contigo fue lo mejor que pudo haberme pasado y no lo cambiaría por nada. Que si pudiera devolver el tiempo... volvería a dejarme cazar por ti.

Natalie suelta una risa, una de esas adorables y graciosas que me contagian de felicidad. Aunque no era esto lo que yo pretendía... bueno... creo que no ha salido como yo esperaba.

—Lo siento. No salió para nada como lo tenía pensado. —Me contengo una risa al mismo tiempo que sorbo por la nariz y miro los ojos de Natalie, cristalizados, tan tiernos y conmovedores en partes iguales. De pronto me siento en paz... me siento tranquilo... como si me desprendiera de tantas cosas que no habían dejado de agobiarme, aunque no es lo que esperaba, verla reírse, sonreír, es más de lo que pudiera pedir. La miro en ese momento y lo primero que hago es acercarme solo dejando de hacer contacto visual por un momento para ver sus labios—. Yo... — Mis manos viajan a ambos lados de su rostro—. Creo que no hay palabras suficientes para decirte todo lo que pienso, para darte las gracias por todos estos días que estuviste conmigo. Ni siquiera existen todas esas oraciones que necesito para describirte, para hablarte sobre lo importante que fuiste y sigues siendo para mí. Cualquier frase se queda corta con todo lo que te mereces, cielo.

Todo esto lo estoy diciendo mientras me acerca un poco más hasta que nuestros alientos se mezclan y cierro los ojos un momento para sentir su boca así de cerca.

—¿Qué... qué estás haciendo? —me pregunta cuando mis labios están rozando los suyos. Entonces, me atrevo a responder:

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

Sin pensarla dos veces uno mis labios con los suyos, un beso que no tiene prisa, uno de esos cariñosos, que me recorre entero, que sin necesidad de palabras dice todo lo que le he querido decir todo este tiempo, todo lo que me he callado todos estos meses, todo lo que no he podido contarle. Un beso que manifiesta cuánto la he extrañado, que no puedo vivir sin ella, que no pienso dejarla ir. Natalie envuelve sus manos alrededor de mi cuello y profundizo el beso, nunca había besado a nadie con esta necesidad con la que estoy besándola a ella ahora, nunca nadie me había besado con la intensidad con que ahora Natalie lo está haciendo.

—Te amo, Natalie. Te amo con todo mi corazón. —Nuestras frentes están juntas, nuestras respiraciones se encuentran. La miro ahí tan cerca de mí y me doy cuenta de que esta mujer me gusta, me encanta, me fascina de una forma que jamás había experimentado con nadie. Entonces hago algo que me prometí no volver a hacer jamás, algo que ni siquiera me hubiese imaginado hacer en un futuro, pero aquí estoy más seguro que nunca, porque así lo quiero, porque la amo en serio y porque sé que ella es la mujer de mi vida, de la que nunca quiero separarme y vivir por el resto de mis días: me postro sobre una rodilla, tomo la mano de Natalie y ante su mirada expectante, me atrevo a preguntar—: Nat, ¿quieres casarte conmigo... otra vez?

No me dice nada, nuestros ojos se conectan en ese momento y no puedo descifrar su gesto. Ahora siento miedo, no sé qué haría si ella no siente lo mismo que yo, no sé qué haría si ella me rechaza. No sé qué pasaría si en este instante Natalie me dijera que no está dispuesta a casarse conmigo de nuevo.

—No sé, tengo que pensarlo.

—¿Qué? —Entonces me mira a los ojos, con cierto gesto de picardía.

—Que voy a pensarlo, porque hay un sujeto rubio que no me he podido sacar de la cabeza durante todos estos meses, y me pregunto qué me ha hecho para hacerme sentir de esa forma. — No voy a mentir que estuve a punto de desmayarme, escuchar aquello es como una ola de alivio que me hace soltar un suspiro junto a una sonrisa.

—Pues qué maldito... —Natalie se ríe, ni siquiera me importa que haya gente pasando a nuestro lado o que algunas personas estén mirándonos desde una distancia prudencial, o que alguien detrás de nosotros esté poniendo atención a la escena tan detenidamente, pero ahora no es precisamente por lo que quiero preocuparme, hasta que escucho, justo detrás de Natalie:

—Natalie. —Ella se gira, y entonces me doy cuenta de que todo el tiempo ese sujeto que estuvo detrás de nosotros es Oscar, el tío de Nat, a quien no puedo creer que esté conociendo con los ojos llenos de lágrimas, la nariz llena de mocos, con las manos temblorosas y los pies hechos gelatinas. Tengo que agregar que todavía estoy postrado en una rodilla y cuando lo veo aparecerse ahí lo primero que hago es ponerme de pie de un salto, más por la impresión de finalmente llegar a conocerlo—. Creo que te esperaré en casa. Podemos reprogramar el vuelo si lo necesitas. —Ahora él me da toda su atención a mí y ladea sus labios en una media sonrisa para decirme—: Un gusto conocerte, David.

Me estrecha su mano y yo hago lo mismo dándole un suave apretón con un saludo cordial y se despide de nosotros. Ambos lo observamos alejarse hasta perderse tras unos portales. Entonces, miro a Natalie y después escucho la llamada a un número de vuelo. Natalie mira hacia un papel que sostiene en manos, me mira a los ojos y bromea:

—¿Crees que alcances en una maleta de cuarenta y cinco pulgadas?

—Me ofende que hasta ahora desconozcas mis habilidades, cielo.

Natalie se carcajea, se acerca a mí y con sus brazos envolviendo mi cintura susurra sobre mis labios:

—Y sí, sí quiero casarme contigo... otra vez... una y mil veces, si es posible. —Su declaración me llena el pecho de algo indescriptible, de una sensación abrumadora, pero de algo que se siente tan bien, tan reconfortante, que me llena de felicidad y me hace sonreír. La abrazo fuerte, me da un beso suave en los labios y agrega—: Yo también te amo, David.

EPÍLOGO

David

Decir que estoy enamorado de Natalie hasta la médula es quedarme corto.

No sabría decir cómo pasó, ni en qué lugar, ni en qué instante, ni en qué mirada, ni en qué sonrisa. Cuando quise darme cuenta ya estaba sumergido hasta el cuello, ya no había forma de salir de ahí, no había manera de volver atrás, y no es que quisiera tampoco, no cuando ella me miraba con esos ojos, me sonreía de esa forma, me abrazaba con ese entusiasmo, me hacía el amor con esas ganas. Ni siquiera puedo explicar con palabras lo que siento por Nat. Lo único que puedo decir es que la amo, de esa forma que solo puede sentirse una vez, de esa manera singular y maravillosa que te taladra hasta los huesos.

Aquí confirmo lo que ya he dicho en varias ocasiones: no voy a encontrarme otra mujer como Natalie, nunca.

—Estamos hoy aquí reunidos... —El sujeto vestido de Elvis Presley comienza a hablar mientras una música romántica del mismo artista suena de manera tenue dentro de la capilla—. Para unir a David Schmitt y Natalie Carson en sagrado matrimonio... —Hace una pausa—. Otra vez.

El pequeño público suelta una pequeña risa. No sé cómo había sucedido esto, no tengo idea de cómo habíamos llegado hasta aquí otra vez, creo que fue después de una botella de *whisky*, luego de que Natalie terminara su postgrado en Creación Artística y celebráramos que las cosas nos estaban yendo bien a todos. Ahí estaban Oliver y Alexandra; también estaban Carmen y la tortuga ninja, no podían faltar mi hermana y su, otra vez, novio Keith (quien no logra caerme bien todavía, pero lo había contratado como mi nuevo asistente, por tal motivo tengo que soportarlo). Todos nos habíamos emborrachado en casa del caga-billetes y después de contarles lo que fue nuestra caótica vida cazados, porque así con Z es como lo llamamos cuando queremos hablar algo sobre nuestro primer matrimonio y reírnos un rato, todos ellos se pusieron de pie y dijeron al unísono:

—Deberíamos irnos a Las Vegas... hoy mismo. —Natalie y yo nos miramos, y después, como estábamos sincronizados, los dos hablamos al mismo tiempo:

—Deberíamos casarnos en Las Vegas... —Después de todo, eso era algo original y además nuestra relación nunca fue normal del todo, por tal motivo eso no sonó para nada descabellado. La nuestra no era una típica historia de amor, era algo para reírnos y pensar si en un futuro deberíamos contar a nuestros nietos o censurarla de una vez por todas. Entonces, nos tomamos de las manos y dijimos—: ¡Vamos a casarnos otra vez en Las putas Vegas!

Todos nuestros amigos chillaron y aplaudieron al mismo tiempo. Tal vez porque estaban ebrios o porque ya tenían bastante tiempo esperando que nos decidiéramos dónde celebrar nuestra boda. Estoy seguro de que querían escucharnos decir esto, por la forma en que ellos celebraron y no tardaron mucho en iniciar los preparativos. Yo me reí porque Natalie ahora mencionaba mi puta palabra favorita a menudo, aunque después me riñera y todos me echaran la culpa de las groserías que estaba aprendiendo a decir Gracie, mi sobrina. Entonces, le di un beso en el dorso de la mano y le dije, mirando el anillo de compromiso en su dedo anular—: ¿Entonces, señorita Carson, está lista para convertirse en mi esposa hoy mismo?

Y así fue como terminamos aquí, como fue que después de jurarnos no volver nunca más a este sitio acabamos diciendo nuestros votos frente al mismo sujeto vestido de Elvis Presley en la misma capilla de hace casi tres años. Con trajes similares a los anteriores porque al parecer la única tienda abierta a esta hora es una específicamente de disfraces, ya comenzaba a comprender cómo es que acabé vestido de esa forma.

Pero esta vez era genuinamente diferente, ambos queríamos esto, y aunque no estoy seguro de lo que estoy haciendo, de lo que no me cabe la menor duda es que quiero casarme con Nat, que quiero tenerla a mi lado por el resto de mi vida y lo confirmé cuando la miré entrar al sitio, cuando la marcha nupcial comenzó y me dio una sonrisa temblorosa, dulce y gentil en partes iguales, que hizo palpitar mi corazón a un ritmo insospechable.

—Estamos aquí por estas dos personas que están a punto de hacer una promesa para siempre... —continúa la persona encargada de llevar a cabo la ceremonia—. Porque el amor es la esencia de la felicidad, es estar en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y más riqueza. —Más risas del público—. Que la felicidad que compartimos hoy con ellos los acompañe ahora y siempre. Es momento de escuchar sus votos para proceder a la nueva unión de esta pareja hermosa. —Todos aplauden, el hombre nos acerca un par de alianzas de plástico, que después cambiaré por supuesto, y entonces, sin despegarle los ojos de encima a Nat, tomo su mano y me apresuro a decir:

—Yo, David Schmitt, prometo amarte, protegerte y respetarte a ti, Natalie Carson, por todos los días de mi vida. Prometo serte fiel y también te prometo aquí frente a todos los presentes que jamás volveré a contestar tus preguntas de manera sarcástica. —Escucho el coro de risas de los presentes y miro el gesto de diversión de Nat. También esa mirada de malicia que ya me indica cuál es su siguiente paso, y entonces lo confirmo cuando le escucho decir:

—Yo, Natalie Carson, prometo amarte, protegerte y respetarte a ti, David Schmitt, por todos los días de mi vida. También prometo serte fiel, acompañarte en miles de aventuras, estar contigo en las alegrías y tristezas. Prometo aquí frente a todos los presentes que además de asegurarme de que nunca te falten las cervezas, también haré lo posible para que nunca más te falte papel higiénico en el baño y no tengas que gritármelo desde el segundo piso cuando la película está en la parte más interesante. —Me río, una carcajada profunda que me sale de lo más profundo de la garganta y después de esto mejor me preparo para lo que sea.

—Yo, David Schmitt, prometo nunca más llevarte la contraria, ni decir «Te lo dije» aunque te lo haya advertido en varias ocasiones, y si a un caso lo hago, procuraré que el saco de *kick boxing* esté en la sala, en perfectas condiciones y que yo no me encuentre cerca. —Se ríe, de nuevo. Y continúa:

—Yo, Natalie Carson, prometo no volver a pedirte que te lances conmigo desde un paracaídas, solamente si me prometes que mirarás todas las películas románticas sin quedarte dormido.

—Ya me veo saltando desde un maldito paracaídas de nuevo. —Escucho más risas del público y entonces ahora sí, con seriedad, la miro a los ojos y le agrego—: Pero, sobre todas las cosas, mi cielo, prometo que siempre voy a amarte, no importa las locuras que diga o las tonterías que haga, lo cual será algo difícil porque soy un tonto enamorado que habla mucho. —De pronto las risas cambian a gestos de ternura y su cara de diversión a una sonrisa tierna que pone los pies de gelatina.

—Te amo, David. Y estoy tan orgullosa de ti y de convertirme en tu esposa. Te prometo que voy a hacerte feliz el resto de mi vida hasta que la muerte nos separe.

Mantenemos contacto visual al mismo tiempo que esbozamos una sonrisa tímida, suave, serena y cariñosa. Deslizamos los anillos en nuestros dedos y tomo el rostro de mi esposa con ambas manos para depositar un beso dulce, sin prisa, sobre sus labios.

—Ah... claro... ya puede besar a la novia. —Escuchamos al encargado del lugar. Nos reímos y entonces tomo a Natalie de la cintura y tiro de ella hasta quedar en una posición de esas de película romántica de los ochenta, ella suelta un gritito de la impresión y ahora sí deposito un beso sensual, provocativo, incitante, sobre su boca.

—Bueno, yo los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe. ¡Que vivan los recién cazados! —dice el sujeto, Natalie y yo nos carcajamos para volver a nuestra posición normal después de que todos han repetido lo mismo y el *flash* de la cámara de Alexandra nos vislumbra. Escuchamos el sonido del descorche de una botella de *champagne* y después de eso, de nuevo:

—¡Por los recién cazados! —Todos gritan al mismo tiempo, alzando sus copas para la foto grupal que Alex insiste en sacarnos con su cámara. En ese momento, dos sujetos vestidos de tul se plantan frente a ella bloqueando el panorama y entonces, escuchamos decir:

—¡Yo soy Paula y yo Marisol, y juntas somos las damas de honorrrr!

Tal vez había olvidado mencionar ese detalle, no sé en qué momento pasó, pero también los habíamos invitado a ellos. Es verdad, ahora son sujetos responsables con una hija. Natalie y yo los vemos y ellos a nosotros, nos carcajamos en grupo y escucho a Natalie decir:

—Ellos llamaron Patricia a su hija en tu honor. ¿Tendríamos que nombrar a alguna de nuestras hijas Paula o Marisol?

—Siendo ese el caso espero que sean niños. —Una risita suave es su respuesta y entonces agrega:

—Me gusta el nombre de Steve. —Esbozo una sonrisa en su dirección, porque es justo lo que había pensado desde hace tiempo.

—A mí también.

—Y el segundo va a llamarse David.

—¿Todavía no hay planes para el primero y ya estás buscando el nombre del segundo? Bueno... —La levanto en brazos haciendo que Nat suelte una carcajada encantadora—. Entonces mejor vamos practicando desde ya para ir perfeccionando la puntería, ¿no crees?

Pero... ¿Qué puedo decir? La práctica sí funcionó y a la perfección, todavía bromeábamos con ello hasta antes de escuchar decir al doctor Kirchner que venían doble.

Y sí, uno se llamó David y el otro, Steve.

Fin

ESCENA EXTRA

Primer matrimonio en Las Vegas

—¿Hola? —Escucho la voz del caga-billetes del otro lado.

—Oliverrr, eszztoy en lasss Vegazzss —digo, casi sin articular bien las palabras, no sé cuánto he tomado, después de la quinta o sexta ronda perdí la cuenta, pero joder, estoy como nuevo.

—¿Qué mierda estás haciendo en Las Vegas, David? —«¿Qué hace una persona en Las Vegas, Oliver?», quisiera preguntarle, pero en realidad mi cerebro y mi boca no se coordinan al mismo tiempo, entonces solo logro decir:

—Puezzs merezco unasss vacacioneszz.

—Mañana mismo te quiero en la empresa, si algo falla te juro...

—Ponnmme enn altavoozss. —Estoy viéndome frente a un espejo, mis bíceps están enormes y hago una pose de fisicoculturismo para admirarme más de cerca.

—No, no te pondré en altavoz. —Suelto un bufido y me llevo la mano libre a la cintura intentando conservar la calma.

—Neceszzito deciiirrls algo, tengooo que hablaaar con Alexxz tambiénnn.

—Alex no va a hablar contigo, ni va a hacer que cambie de opinión si decido despedirte. —Me río, no sé por qué, pero estoy demasiado feliz y tal vez sea la cantidad de alcohol que me corre en la sangre. Natalie me desconcentra cuando comienza a besarme el cuello y va bajando ese recorrido por mi pecho.

—Basta, Natalie —siseo con una risita boba. Ella también se carcajea y aclarando la garganta hablo de nuevo al teléfono.

—Biennn, less vamozz a dcirrr. —Ya no sé qué estoy hablando, la verdad. Tal vez me arrepienta de esto mañana, no lo sé, pero hoy todo me parece una grandiosa idea que hasta me dan ganas de plasmarla en un libro y venderla.

—Biennn, al mizzmo tiempooo, a la cuentaaaa de... trezz. —Escucho la risa del caga-billetes del otro lado, significa que vamos bien—. Natalie cuannndo diga treess les decimos. Bien... unoooo, dozzz, t...

—Nozotroo....

—Nat... Dijimosss que a la cuenta de treszss —riño, ella se ríe. Pero como molestarme con ese cuerpo cubierto solo con ropa interior de color rojo. Natalie ya estaba pensando en llevarme a la cama. ¡Vamos! De otra forma su ropa no combinaría tan perfecta de esa forma.

—Otravezzz... uno, dosss, espera que diga tresss, ahoraaa. Trezzz.

—NOSSS CASAAAMOS —decimos al unísono, Natalie va por unas matracas que no sé de dónde diablos salieron y comienza a hacerlas sonar mientras yo comienzo a gritar eufórico.

—Ustedes dos se acaban de conocer. —Escucho a Alexandra. ¡Qué aguafiestas!

—¿Y? Ustedeezz también y azzí se casarrorn —me defiendo, y cuando miro a Nat moviendo sus caderas de un lado a otro tarareando una canción, me doy cuenta de que acabo de tomar la mejor decisión de mi vida.

—Esto fue diferente —dice el caga-billetes interrumpiendo todos los escenarios pecaminosos que rondan en mi cabeza. ¿Escenarios pecaminosos? ¡Es mi esposa! Según la Biblia, fantasear con hacerle el amor a mi mujer ya no sería pecado.

—Alexxx, puedes creerlo... —Natalie me quita el celular haciendo que casi me vaya de espaldas—. No tuvimos sexoo haszta el matrimonnio.

Yo nunca pensé tener una relación en la que aguantaría hasta el matrimonio. Esto es amor de verdad. No escucho lo que la otra chica le contesta, así que le arrebató el teléfono y pregunto por el caga-billetes para decir:

—Oliverrr, ya que meee me acabo de cazzsar tiennezz que daarrme unos díass librezzs.

—¡Una mierda es que te voy a dar! Regresas mañana mismo antes... —Escucho risas, luego Alex dice algo y yo me pierdo porque la lengua de Natalie está paseándose por mi cuello erizándome todos los bellos de la piel.

—Biennn, porrr culpaa de uzteddes no tenndremoz lunaa de mielll, ahora zi nossz dizcullpann tenemossz un matrimmonio que conzumaar.

—Ootra vez —dice ella, cuelgo la llamada y lanzo el estúpido celular al suelo para comenzar a devorar esos labios—. Bueno, en realidad todavía no ha passsdo, peero quería deccir esas palabrass.

Los dos nos reímos como idiotas y yo comienzo a descender mis labios en dirección a su cuello, no pudimos hacer nada en el maldito ascensor por el que pagué cincuenta mil dólares, así que espero que espero lucirme ahora mismo. De inmediato me lanzo hacia la mesa de noche con movimientos torpes busco los veinte preservativos que nos regalaron en la supuesta capilla hasta que doy con uno. Rasgo el paquetito plateado en lo que me deshago de mi ropa interior y ella de las suyas, el preservativo se cae de mis manos, miro borroso, me decido por tirar ese a la basura y tomar otro.

—Despuézz de todo nosz quedaaan diecinueve máás —le digo, agitando el siguiente como un trofeo. En ese preciso momento giro en su dirección y mi dedo meñique choca con el mueble haciéndome ahogar un grito. ¡Hijo de p...!

—¿Esttás bieeen? —Natalie se acerca a mí, todo está oscuro y ninguno de los dos se molesta en encender las luces. Me siento en el borde de la cama intentando disimular mi angustia.

—Sssíí... sí —digo, tragando mis penas, no fue tan malo, ya pasó. Consciente de que perdí el otro profiláctico con el golpe, me voy y tomo uno nuevo con las manos temblorosas. Me lanzo sobre ella para que mi King Kong demuestre que puede ser mejor que Godzilla y ahoga un gritito de satisfacción cuando me está ayudando a ponérmelo.

Me está dando sueño, no, ahora no... intento acomodármelo, pero entre la poca luz no nos hemos percatado de que está al revés. ¡Mierda! Me pongo de pie de un salto para ir a por el siguiente, tomo el paquetito rasgándolo con mis dientes. ¡A la mierda lo que digan los fabricantes de preservativos! Como todo un semental me vuelvo a lanzar sobre su regazo tirando lejos las ganas que tengo de quedarme dormido, entre todo el desenfreno y los besos apasionados todo me da vueltas y no sé en qué instante me quedo profundamente dormido.



NovaCasaEditorial



novacasaeditorial



Nova Casa Editorial



NovaCasaEditors



Nova Casa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova